

Michael Cunningham
De carne y hueso



En *De carne y hueso*, Michael Cunningham nos lleva a un viaje magistral a través de cuatro generaciones de la familia Stassos mientras examina la dinámica de una familia que lucha para «llegar a la mayoría de edad» en el siglo xx. En 1950, Constantine Stassos, un trabajador inmigrante griego, se casa con Mary Cuccio, una adolescente italoamericana, y juntos tienen tres hijos: Susan, una belleza ambiciosa, Billy, un brillante homosexual, y Zoe, una niña salvaje. Con los años, una maraña de anhelos enredados, amor, deficiencias y sueños no cumplidos se desarrolla a medida que el matrimonio de Mary y Constantine fracasa y Susan, Billy y Zoe se van para crear sus propias familias. Zoe cría a un niño con la ayuda de un travesti, Billy hace una vida con otro hombre, y Susan cría a un hijo concebido en secreto, cada uno extendiendo el significado de la familia y el amor. Con el poder de una tragedia griega, la historia se construye con un *crescendo* desgarrador, que permite vislumbrar la vida contemporánea que hará eco en el corazón de los próximos años.

Lectulandia

Michael Cunningham

De carne y hueso

ePub r1.0

Titivillus 22.06.2018

Título original: *Flesh and Blood*
Michael Cunningham, 1995
Traducción: Flavia Company

Editor digital: Titivillus
ePub base r1.2

más libros en lectulandia.com

Este libro es para Donna Lee y Cristina Thorson.

*En una ocasión, un hombre airado arrastró
a su padre por el suelo de su propio huerto.
«¡Para!», se quejó finalmente el anciano con un
grito. «¡Para! Yo a mi padre no le hice ir más
allá de este árbol».*

GERTRUDE STEIN,
The making of Americans.

LA DANZA DEL COCHE

1935

Constantine, de ocho años, trabajaba en el huerto del padre mientras pensaba en su propio huerto, aquel cuadrado de granito en polvo que él mismo había cercado con estacas y peinado a rayas en lo alto de las tierras de la familia. En primer lugar limpió de malas hierbas las hileras de habas de su padre y luego reptó entre los nudos y tocones de las viñas, también de su padre, y ató de nuevo los zarcillos sueltos a las estacas con una cuerda tosca y de color pardo, que era precisamente el color y la textura con que el esfuerzo duro y honrado se presentaba en su imaginación. Cuando su padre decía aquello de «tenemos que trabajar hasta la muerte para mantenernos con vida», Constantine imaginaba la cuerda, áspera, fuerte y pardusca, llena de pelos sueltos, que envolvía al mundo por un lugar difícil de dominar que jamás se sometería ni permanecería atado, del mismo modo que las vides nunca iban a dejar de zafarse y de lanzar con rabia sus brazos tortuosos hacia el cielo. Una de sus ocupaciones era la de guiar las vides, y había llegado a despreciarlas y a respetarlas al mismo tiempo por su rebelde obstinación. Las parras tenían una vida secreta y enmarañada, una voluntad tranquila, pero era él, Constantine, quien iba a sufrir si no se mantenían en orden, ligadas a las estacas. Su padre tenía una vista despiadada, capaz de descubrir una brizna de hierba mala en diez fardos de buenas intenciones.

Mientras trabajaba pensaba en su propio huerto, escondido en la cumbre de la colina bajo el resplandor del sol, poco más de tres metros cuadrados, tan inservibles para ese futuro estrechamente encauzado del padre que se los regalaron para que jugara, porque era el más pequeño. La tierra de su huerto estaba constituida por apenas unos centímetros de polvo formados en una pendiente de roca, pero él estaba decidido a sacar fruto de ella mediante el trabajo y la perseverancia, mediante su propia fuerza de voluntad. A su madre le había sisado de la cocina docenas de semillas, las que en alguna rarísima ocasión se le quedaban pegadas al cuchillo o se le caían al suelo, aunque tuviera mucho cuidado porque derrochar era pecado. Su huerto estaba situado en la cima de una roca achicharrada donde nadie se molestaba en ir si llegaba a producir algo, cosecharía los frutos sin decir nada. Esperaría hasta que llegara la época de la recolección y entonces descendería triunfante, con una berenjena, un pimiento o tal vez un tomate entre las manos. Caminaría a través de las sombras otoñales hacia la casa, en donde su madre habría servido la cena para su padre y sus hermanos. La luz dorada, a sus espaldas, recortaría su figura y penetraría en la oscuridad de la cocina en cuanto él abriera la puerta de par en par. Su madre, su padre y sus hermanos lo mirarían, a él, el pequeño, de quien tan poco se esperaba. Cuando estaba en los viñedos y miraba el mundo a sus pies —las ruinas de la granja de Papandreous, los campos de olivos de la compañía Kalamata, el resplandor lejano de la ciudad— pensaba que un día treparía por las rocas y encontraría los primeros brotes verdes en su parcela de polvo. El cura aseguraba que los milagros eran el resultado del esmero y de una fe ciega. Él era creyente.

Y se esmeraba. Cada día se hacía con la ración de agua que le tocaba, se bebía la mitad y rociaba las semillas con la otra mitad. Era sencillo, pero de todos modos hacía falta una tierra mejor. Los pantalones que le hacía su madre no tenían bolsillos, así que resultaba imposible robar puñados de tierra del huerto de su padre y trepar con ellos por la superficie lisa de la roca, pasado el cobertizo de las cabras, sin que lo descubrieran. Así que robaba de la única forma que podía hacerlo, es decir, se agachaba cada tarde, al finalizar la jornada de trabajo, como para atar alguna ramita que había quedado suelta, y se llenaba la boca de tierra. La tierra tenía un sabor fuerte, fecal. Algo oscuro en la lengua que era al mismo tiempo nauseabundo y peligroso, extrañamente delicioso. Recorría con la boca llena todo el camino hasta las rocas. No suponía demasiado riesgo, ni aunque pasara delante de su padre o de sus hermanos. Estaban acostumbrados a que no les hablara. Pensaban que no hablaba porque sus pensamientos eran simples. En realidad, permanecía en silencio porque tenía miedo de los errores. El mundo estaba hecho de equivocaciones, era un enredo espinoso y no había cantidad de cuerda suficiente, por muy bien que se atase, que pudiera guiar semejante lío. El castigo acechaba en todas partes. Era más sabio callar. Cada atardecer pasaba con su acostumbrado silencio por donde sus hermanos trabajaban aún con las cabras y ponía los carrillos de tal manera que nadie podía adivinar que tenía la boca llena. Mientras cruzaba el huerto y subía por las rocas, intentaba no tragarse nada, pero inevitablemente algo de tierra se le colaba por la garganta y lo contaminaba a su paso con su sabor agrio y picante. La tierra estaba mezclada con excremento de cabra, y hacía que le lloraran los ojos. Aun así, cuando llegaba a la cima todavía quedaba un buen puñado de tierra húmeda que echarse a la palma de la mano. Entonces, rápidamente, temeroso de que alguno de sus hermanos lo hubiese seguido para burlarse de él, añadía el puñado de tierra a su huerto minúsculo. Estaba empapado de su saliva. Lo ponía ahí y pensaba en su madre, que olvidaba cuidar de él porque ya tenía demasiadas cosas en la vida de las que preocuparse. Imaginaba que llevaba comida a sus hermanos hambrientos y vociferantes. Pensaba en la cara que tendría cuando atravesara la puerta un día de cosecha. Se quedaría de pie en el marco de la puerta, vagamente iluminado delante de su sorprendida familia. Entonces iría hasta la mesa y dejaría allí lo que había llevado: un pimiento, una berenjena, un tomate.

—Qué noche tan agradable, ¿verdad? —dijo Mary.

Constantine no pudo contestar. La belleza y la intrepidez de la muchacha, su presencia pálida y erguida, le producían un nudo en la garganta. Se sentó en el columpio de los padres de ella, que crujió, y observó con impotencia cómo se apoyaba en la barandilla del porche. La falda se le movía por entre las piernas. El viento nocturno de Nueva Jersey jugaba con su pelo.

—Las noches como esta realmente me cautivan —dijo ella—. ¿Ves todas esas estrellas? Me gustaría coger unos cuantos puñados y rociarte con ellas la cabeza.

—Ah —dijo Constantine, con una especie de gemido apagado con el que esperaba haber manifestado su agrado. Hacía ya casi meses de todo aquello, y él todavía no podía dar crédito a su suerte. No podía creer que saliera con aquella maravillosa muchacha norteamericana. Ahora Constantine tenía una segunda vida que se desarrollaba en la cabeza de ella y vivía preocupado, casi continuamente, de que Mary, por fin, cayera en la cuenta de que todo era un error.

—Estarías genial con todas esas estrellas encima —le dijo, pero, por su voz, él había notado que ella misma se había cansado ya de su propia idea. Cuando bajaba la voz y se tocaba el pelo con las manos sin más ni más, quería decir que había perdido interés en lo que decía, aunque era capaz de seguir hablando sin escucharse. Nunca había conocido a nadie que se aburriera tanto y con tanta facilidad.

Se levantó y fue hasta la barandilla, para reclamar de nuevo su atención. Se colocó junto a ella, a mirar el jardincito de la parte de atrás de la casa de sus padres, el cobertizo de las herramientas, los montones de estrellas.

—Eres tú quien está genial —le susurró.

—Bueno, no estoy mal del todo —dijo ella, sin volverse. Su voz mantenía un tono brumoso, confuso—. Pero es que tú eres guapísimo, y sabes que es así. Precisamente el otro día, una compañera en la escuela me preguntó si no me ponía nerviosa salir con un chico tan guapo como tú. Estaba a favor de los chicos hogareños.

—Yo soy un chico hogareño —dijo.

En ese momento ella se volvió a mirarlo. Él se sorprendió al verle las mejillas encendidas por el enfado.

—¡Anda ya! —le dijo—. Eso es impropio de un hombre.

Había vuelto a decir algo equivocado. Pensó que con lo de hogareño ella había querido referirse a los chicos que desean tener un hogar. Siempre intentaba parecerse a lo que a ella le gustara más.

—Yo no... —respondió—, solo quería decir...

Ella asintió y le pasó un dedo por la pechera de la camisa.

—No me hagas caso —le dijo—. Esta noche, por lo que sea, estoy un poco nerviosa. Me parece que esas estrellas me han alterado.

—Claro —dijo él—. Son preciosas.

Dejó de pasarle el dedo por la camisa, se volvió de nuevo hacia el jardín y empezó a enrollarse un mechón de pelo en un dedo. Constantine observaba aquel dedo con un nostálgico deseo de introducirlo en su garganta como a un guijarro.

—Pero se desperdician a sí mismas sobre Newark —dijo—. Míralas, venga brillar con todas sus fuerzas. Es triste, ¿no te parece?

Constantine estaba enamorado de Newark. Adoraba la orgullosa presencia de las chimeneas, la serenidad simple y cotidiana de las casas de ladrillos. No obstante, sabía que Mary necesitaba que despreciara todas las cosas bonitas y corrientes que le había enseñado a adorar con su presencia.

—Sí —dijo—. Sí, es muy triste.

—Oh, Con, estoy cansada, no sé, estoy cansada de todo.

—¿Estás cansada de todo? —preguntó.

Rio, y su risa tuvo un final en tono de burla. A veces decía cosas que a ella le resultaban graciosas sin que él supiera por qué. Algunas de sus afirmaciones o de sus preguntas parecían confirmar alguna broma mordaz que solo ella conocía.

—Estoy cansada de las clases. No sé para qué sirve tanta historia ni tanta geometría. Quiero trabajar, como tú.

—¿Quieres trabajar en la construcción? —dijo.

—No, tontito. Pero podría trabajar en una oficina. O en una tienda de modas.

—Deberías acabar el colegio.

—Pues no sé para qué. Ni siquiera soy buena.

—Desde luego que eres buena —dijo él—. Eres buena en todo lo que haces.

Ella se enroscó el pelo alrededor del dedo con más fuerza. De nuevo estaba disgustada. Pero ¿cómo iba a acertar? A veces le gustaba que la halagara. Y otras veces le devolvía los halagos como un puñado de ripios.

—Sé que crees que soy perfecta —dijo en voz baja—. Pues bien, no lo soy. Tanto tú como mi padre tenéis que daros cuenta de eso.

—Ya sé que no eres perfecta —dijo él, y su voz sonaba algo falsa. Era una voz chillona, joven, llena de disculpas. Con un tono algo más grave, añadió—: Eres la chica a la que amo. —¿Era esta declaración parte de esa broma inmensa tan difícil de adivinar?

Ella no rio.

—Los dos lo decimos —siguió con la vista fija en el jardín—. Amor, amor, amor. Con, ¿cómo sabes que me amas?

—Sé que es amor —le dijo—. Pienso en ti. Todo lo que hago es por ti.

—¿Cómo te sentirías si te dijera que a veces me olvido de ti durante un montón de horas?

Él no contestó. Un animal pequeño, un gato o una zarigüeya, curioseaba en silencio los cubos de basura.

—No es que no me preocupe por ti —continuó—. Claro que me preocupo, de una

manera impresionante. A lo mejor soy superficial. Pero no dejo de decirme que se suponía que el amor tenía que cambiarlo todo. Quiero decir, yo soy la misma de siempre. Me levanto por las mañanas, igual que antes y ahí estoy, frente a un nuevo día idéntico al anterior.

Los oídos de Constantine se habían llenado de un sonido oceánico y reverberante. ¿Había llegado el momento? ¿Iba ella a decirle entonces que sería mejor que dejaran de verse durante algún tiempo? Para detener el tiempo, para invadir el aire, dijo:

—Puedo llevarte a otro lugar. Soy ayudante del capataz, pronto sabré lo bastante para conseguir otros trabajos.

Ella lo miró. Su rostro estaba despejado.

—Quiero tener una vida mejor —dijo—. No soy tan terriblemente codiciosa, de verdad que no, es solo que...

Apartó su atención del rostro de él y la dirigió hacia el porche. Constantine vio el porche a través de los ojos de Mary. Un columpio oxidado, una caja de botellas de leche, un geranio lánguido que crecía en una macetita de cerámica. Fue consciente del movimiento de los padres y los hermanos en el interior de la casa, donde cada cual alimentaba su ramillete privado de quejas. El padre estaba envenenado por el polvo del taller. La madre vivía entre las ruinas de una belleza que, tiempo atrás, pensó que se llevaría a la otra vida. Su hermano Joey, que era un holgazán, buscaba siempre el fondo de las cosas, imbuido de un impulso ciego, de la manera que el barbo busca siempre en el fondo del río.

Constantine cogió la mano de Mary y la apretó con la suya.

—Lo conseguirás —le dijo—. Sí, todo lo que deseas puede suceder.

—¿Lo crees de verdad?

—Sí. Sí, sé que es así.

Ella cerró los ojos. Estaban a salvo, en ese momento, de la broma, y él supo que podía besarla.

Mary se esmeraba en la elaboración de un pastel de Pascua en forma de conejo, según las instrucciones de una revista, y recortaba las orejas y la cola de una capa de masa amarilla, redonda, serena e inmaculada como una luna infantil. Estaba en pleno estado de concentración. Tenía los ojos fijos en lo que hacía y la punta de la lengua le sobresalía por entre los labios. Había cortado ya una oreja perfecta y estaba a punto de empezar con la otra cuando Zoé, la hija más pequeña, tropezó con su tobillo. Mary lanzó un quejido y le hizo a la segunda oreja una muesca de la medida de la uña del pulgar de un hombre.

—¡Maldita sea! —murmuró. Antes que Zoé tropezara con ella, Mary estaba absolutamente poseída por la necesidad de cortar en aquel pastel recién hecho una oreja simétrica y sin tacha alguna. No era nadie más, nada más en el mundo.

Miró a Zoé. La niña, que lloriqueaba, estaba a gatas a sus pies y dejaba la marca de sus manitas en el suelo moteado. Mary supo lo que iba a ocurrir. Zoé no tardaría en ser presa de un acceso de desolación del que no se la podría rescatar con nada. Zoé era la más rara de los hermanos, una cajita cerrada en la que Mary no podía entrar de ninguna de las maneras, ni con amabilidad, ni con impaciencia, ni con golosinas. Susan y Billy eran más normales. Chillaban cuando tenían hambre o cuando estaban cansados. Miraban a Mary con un gesto suplicante, incluso en los berrinches más escandalosos, como si quisieran decir: «Dame lo que sea, algo con lo que pueda sentirme bien otra vez». Se los podía consolar con un juguete, o con una galletita. Pero Zoé parecía acoger con satisfacción la infelicidad. Podía pasarse una hora entera afligida sin ninguna razón aparente. En aquel momento se disponía a pasar por uno de esos trances. Mary lo intuía, de la misma manera que su madre había vaticinado la llegada de la lluvia en días absolutamente despejados. Se lo decían sus articulaciones. Desperdigados frente a ella, en el mármol donde trabajaba, había capas de pastel, ralladura de coco, pastillas de gelatina y palitos de regaliz. Mary observó todo aquello y luego dirigió la vista hacia la niña, que estaba rabiosa y a punto de caer en el desaliento más total con una especie de placer voluptuoso y desesperado, parecido al que mostraría una mujer adulta al desplomarse en la cama después de vivir un nuevo día de frustración.

—¡Con! —llamó Mary.

—¿Qué? —contestó él desde el patio trasero.

—Con, este no es el lugar más adecuado para la niña en este momento. ¿Quieres hacer el favor de llevártela contigo ahí afuera hasta que yo acabe con esto?

Esperó en silencio que Constantine dejara escapar un suspiro hondo y húmedo a modo de negativa. Mary esperó hasta oír la respuesta:

—Sí, voy enseguida. Enderezó el cuchillo contra la formica.

—Bueno, cariño —le dijo a Zoé—, ahora viene papá para llevarte afuera un ratito y así podrás jugar con Susie y con Billy, ¿eh? Ya llevas demasiado tiempo encerrada

en esta casa vieja, ¿verdad que sí?

Constantine abrió con brusquedad la mampara.

—¿Seguro que te molesta?

Mary tomó aliento y se volvió a mirarlo. Dio un tono animado a su voz.

—Hola, cariño —dijo—. Pues aquí me tienes, trabajando en mi obra maestra. Lo único que necesito es un poquito de paz y tranquilidad para acabarla. Así que, ¿serías tan amable de hacer esto por mí?

Se pasó la mano por el cabello y le dirigió una sonrisa tímida y conciliadora. Estaba tan concentrada en la expresión de sus virtudes como lo había estado en la hechura del pastel.

Constantine la besó en la mejilla y le puso una mano en el hombro.

—Te has metido en una tarea difícil, ¿eh?

—Difícilísima —contestó ella con alegría. Zoé golpeaba el suelo con las palmas de las manos.

Constantine le dijo:

—¿Quieres ir a jugar un ratito con tus hermanos? ¿Vas a armar un pequeño escándalo en el patio y a darle a mamá un descanso?

Se agachó para coger en brazos a la niña. Cuando volvió a enderezarse, a Mary le llegó su aroma mezclado con el aire: ese olor suyo a humedad, a desodorante y a esa nueva colonia que usaba, una combinación dulce y salada al mismo tiempo.

—Eres un santo —le dijo.

Constantine meció a la niña en sus brazos.

—¿Cómo va eso?

—Bien —dijo ella—. Muy bien. —Se inclinó sobre el pastel para bloquear su visión. Se sorprendió al darse cuenta de que no quería que él descubriera la oreja dañada, aunque sabía perfectamente que ni lo habría notado ni le habría dado importancia.

—¿Es una sorpresa?

—Puede ser. Pero los niños ahora os vais afuera a jugar, ¿de acuerdo?

—Sí. Vamos, Zoé. A ver en qué andan tu hermano y tu hermana. Vamos a intentar meterles un poco de sentido común en la cabeza.

Salió con la niña, cuyo inminente ataque de desolación se había esfumado, al menos temporalmente, gracias al movimiento. Mary esperó a oír el sonido de la mampara al cerrarse. Entonces, con un alivio evidente, como si tuviera unas pequeñas válvulas de apertura y cierre en el interior del pecho y del vientre, reanudó su trabajo con el pastel. A pesar de que no era una artista, estaba convencida de comprender el temperamento artístico. Entendía el ensimismamiento y la necesidad apremiante, prácticamente física, de tener tiempo, un tiempo para trabajar sin interrupción alguna. Se quedaba levantada hasta después de medianoche para coser y hornear sus dulces, para tallar las calabazas o para convertir las ramas de pino sobrantes en coronas. Daba igual, nunca había horas suficientes, ni tampoco dinero suficiente. Casi cada día

perdía el aliento cuando los niños se ponían a llorar, a pelear o a agarrarse de ella, como si fuera el paso del tiempo, vertiginoso y desorganizado, lo que le quitara el resuello. Acababa mareada, bostezaba continuamente y luchaba por recuperar las fuerzas mientras ataba unos cordones de zapatos o volvía a leer el cuento favorito una vez más. Ahora que Constantine tenía a los niños bajo vigilancia en el patio trasero, podía respirar tranquila y acabar de cortar la segunda oreja del conejo. Levantó las dos orejas y las colocó a los lados en lo alto de la cabeza redonda del conejo. Desde luego, se iba a parecer a la foto de la revista. La muesca podía taparse con una capa de azúcar.

Casi había oscurecido. La parte trasera de la hilera de casas estaba teñida de una luz intensa, y reinaba tal serenidad que incluso Elizabeth Street parecía sobrenatural y completamente vacía, como la ciudad santa de los muertos. El sol caía oblicuo sobre los cuidados patios traseros, y hacía que los columpios y las tumbonas proyectaran sus sombras sobre ellos. Alguien encendió una lámpara en el porche, que brilló con su pálida luz amarilla contra el cielo de un azul uniforme, y hubo también quien, tres casas más allá, puso en marcha los aspersores, que lanzaron sus gotitas de agua al aire fresco de la noche antes de regar el césped.

Eso era lo que Constantine había conseguido. Se había puesto a trabajar con otra gente y, de alguna manera, semana tras semana, había conseguido reunir lo bastante para comprarse aquella casita con tres dormitorios en la planta superior y un patio trasero. El barrio no era precisamente de lo mejorcito, estaba lleno de hispanos y gente de color, pero en momentos como ese incluso un barrio piojoso podía parecer parte de un proyecto más ambicioso, con unas perspectivas de expansión y de mejora para el futuro.

El último rayo de sol desapareció tras la fábrica de papel, y Constantine fue el único testigo. Susan estaba sentada en el suelo, y jugaba con Billy a un complicado juego, algo que ella misma había inventado y que se jugaba con dados, con unos cuantos animalitos disecados y con los minúsculos hoteles de plástico del Monopoly. Billy se distraía continuamente y Susan no dejaba de llamarlo al orden con una indignación enérgica digna de una niñera. Constantine sabía que no tardaría en propinarle al hermano un merecido bofetón de impaciencia, puesto que Billy era un niño muy vivaz, sujeto siempre a distracciones infinitas. A veces estaba realmente en baba, fascinado por el vuelo de un insecto o por la caída de una hoja o, sencillamente, por el espacio vacío que se abría ante sus ojos. Constantine caminaba en círculos con Zoé en los brazos y, mientras, le susurraba tonterías, pues era el único modo que conocía de calmarla cuando estaba enfadada. En un efímero arrebató de nostalgia, había insistido en que la llamaran Zoé, como su abuela. Ahora se arrepentía. Mary se había pronunciado a favor de algún nombre americano, como Joan o Patricia. Y dado que Zoé había demostrado tener un espíritu incomprensible y atormentado por desgracias indescifrables, se preguntaba si, por culpa de algo tan simple como un nombre, su hija se vería supeditada a tener una vida extraña.

Cuando el sol se hubo puesto por completo, llevó dentro a los niños, antes que la pelea alcanzara su vórtice. Zoé estaba irritable, pero esa batalla no estaba perdida. Si conseguía meterlos en casa y mantener allí la calma, se hallarían de nuevo en el reino de Mary, sujetos otra vez a sus poderes de consuelo y de mando, más eficaces que los suyos. Dijo a Susan y a Billy:

—Vamos, chicos, que se hace de noche.

Hizo caso omiso de sus súplicas para que los dejara cinco minutos más, los ayudó a recoger los hotelitos, y les dio permiso para terminar la partida en el salón. Cuando les abrió la puerta trasera para que entraran a la cocina, Mary levantó la vista del mármol y mostró su sorpresa y su fastidio.

—¿Ya estáis de vuelta? —dijo.

—Se ha ido el sol —dijo él—. Hace demasiado frío para que estén fuera.

Ella asintió, bostezó y reanudó el trabajo. Constantine fue detrás de Billy y de Susan hasta el salón y dejó a Zoé en el suelo, con lo cual, acto seguido, la niña empezó a chillar. Ayudó a Susan y a Billy a ordenar los hotelitos rojos de plástico tal y como estaban antes, sobre la alfombra verde en la que tropezaban continuamente.

—Aquí es imposible jugar —dijo Susan.

—Odio este juego —añadió Billy.

—A jugar —dijo Constantine—. Y nada de peleas. La cena estará lista enseguida.

Volvió a coger a Zoé. Le dijo que no pasaba nada, que ella era su pequeña, un angelito que venía del cielo, pero sus gritos continuaron. La llevó de nuevo a la cocina.

—¿Cómo va la cena? —preguntó.

—La cena —dijo Mary—. Es después de las seis, ¿no?

—Son las siete menos cuarto. Los niños se están poniendo de mal humor.

Ella volvió a bostezar y se cogió al borde del mármol como si el suelo bajo sus pies no fuera firme. Delante tenía un pastel con forma de conejo, cubierto con una capa de coco rallado que imitaba el pelo.

—Mira qué bonito —dijo él mientras mecía a la llorosa niña en sus brazos—. Mira, Zoé. Mira, cariño. Un conejito.

Mary alisó el coco con una paleta y dirigió una mirada hostil a Constantine. De alguna manera oscura e imposible de predecir, él había vuelto a cometer un error.

—Los chicos están muertos de hambre.

—En el congelador hay filetes de pescado rebozado y patatas —dijo—. A lo mejor podrías colaborar un poco. A lo mejor podrías encender por mí el horno y sacar las cosas del congelador. —Alisó la lisa ralladura de coco y añadió—: Mañana es el Día de Pascua, Constantine. Y viene a comer toda mi familia. Aún queda por hacer un montón de cosas.

Constantine se puso rojo. No iba a pelear. Iba a concentrarse en el amor y en la insignificante perfección del pastel. Apartó de sí a Zoé y le susurró unas cuantas tonterías para calmar sus gritos. Luego, sin hablar, encendió el horno, sacó del

congelador los congelados paquetes de colores brillantes y los dejó con delicadeza en el mármol, como si pudieran romperse. Y más tarde, después que los niños hubiesen cenado y se hubiesen metido en la cama, ayudó a Mary a rellenar las cestitas de Pascua en la mesa del salón. Las cestas eran de espliego trenzado con palmera de color rosa. Mientras él les metía dentro puñados de paja de plástico verde, Mary añadía los caramelos y los juguetitos.

—Aún tengo que acabar el vestido de Pascua de la pequeña —dijo ella—. Y tenemos que esconder los huevos para la Búsqueda del Huevo de mañana.

—Sí —dijo él—. Claro.

—¡Qué caro está todo! —suspiró ella—. Me cuesta creer el precio que tienen las cosas.

Constantine tragó saliva y rellenoó una cestita de paja. ¿Por qué se negaba a entender el asunto del dinero? Mary se fue a la cocina y volvió a aparecer con el pastel en forma de conejo. Lo colocó en medio de la mesa del comedor. Lo observó con gesto crítico, con la cabeza ladeada. Los ojos eran dos caramelos rojos, la nariz estaba hecha con un bombón de chocolate negro y los bigotes eran de regaliz. Los ojos de Constantine se abrieron de par en par al ver el pastel. Era realmente increíble. Parecía hecho por una de las pastelerías del centro de la ciudad, una de aquellas blancas e inmensas que tenían el tejado brillante, que colocaban sus magníficos dulces en bandejas de plata y cuyas ocultas chimeneas exhalaban aromas tan profundos y tan dulces como la esperanza.

—Debería haberles dicho a Joey y a Eleanor que trajeran algo —dijo—. Al fin y al cabo, su situación no es peor que la nuestra. Con, pon un poco de papel de periódico en el fondo de las cestitas antes de meter la paja, y así no parecerá que hay tan poca.

—De acuerdo.

Mary lanzó un suspiro, una honda exhalación acompañada de un tenue pitido, un sonido correspondiente a alguien ya mayor, sorprendente en una mujer de veintiséis años.

—Estamos en Pascua —dijo.

Él asintió. Era Pascua en América. La Pascua griega no llegaría hasta tres semanas más tarde, pero sabía que a Mary no le gustaría que hablara de eso. Ella, cada vez que tenía ocasión, le decía:

—Nosotros somos americanos, Con. A-me-ri-ca-nos.

Su propia madre, que se había trasladado de Palermo a Nueva Jersey para que sus hijos pudieran nacer ciudadanos norteamericanos, hacía ondear en el jardín delantero una bandera estadounidense junto a una figurita de yeso que representaba a una Madonna apesadumbrada.

—Estoy cansadísima —dijo Mary—. Estamos de vacaciones, y deberíamos pasarlo bien, pero lo único que siento es que estoy exhausta.

—Trabajas demasiado —dijo él—. Deberías aflojar un poco el ritmo.

—Bueno, pero está todo por hacer —dijo ella—. ¿O no?

Las cestitas estaban casi terminadas cuando Billy apareció ante ellos. Parpadeaba y llevaba puesto su pijama de vaquero. Mary había insistido en lo del pijama, de la tienda Macy's, sin importarle el precio. Billy permanecía descalzo en el vano de la puerta, y cuando Mary levantó la vista y lo vio allí, en su rostro se dibujó un gesto de pasmo mudo y sonriente. Ya era demasiado tarde para esconder las cestitas. Constantine oyó el sonido irregular de la respiración de Mary.

—Cielo, ¿qué te pasa? —dijo ella.

—¿Y vosotros qué estáis haciendo aquí? —preguntó Billy.

—Nada, cariño —dijo Mary. Fue a arrodillarse delante de él para taparle la vista—. Estábamos aquí, sentados y nada más. ¿Qué te pasa? ¿Tenías una pesadilla?

Billy se estiró para mirar por encima de su madre. Constantine notó que se le formaba un nudo en la garganta.

—Vuelve a la cama —dijo.

—¿Qué es todo eso? —preguntó Billy—. ¿Son nuestras cestas de Navidad?

Constantine hizo un esfuerzo por contenerse. Es mi hijito, se dijo para sí. Y mi hijito es un niño curioso. Pero otra voz, una voz que no era exactamente la suya, insultó al niño por su pequeñez anormal, por su creciente tendencia al lloriqueo. Por estropear la sorpresa de Mary. Estas nuevas tradiciones eran importantes y precarias, todas esas visitas de santos barbudos y hadas y conejos. Debían guardarse celosamente.

—No, cariño —dijo Mary con un tono alegre y suave—. Verás, el Conejito de Pascua estuvo aquí, pero se olvidó de unas cuantas cosas. Esta noche está ocupadísimo. Nos dejó las cestitas, y nos pidió que no se nos ocurriera dejárselas ver absolutamente a nadie hasta que él volviera.

—Yo quiero ver —dijo Billy, y el nudo en la garganta de Constantine creció un poco más. Era su único hijo. Con cinco años, tenía un cuellito flacucho y una voz chillona e implorante.

—Vuelve a la cama —dijo Constantine. Billy lo miró con una expresión que era al mismo tiempo desafiante y temerosa.

—Yo quiero ver —dijo de nuevo, como si sus padres no hubiesen comprendido la simplicidad y la lógica de su petición.

Constantine se levantó. El gesto de miedo que cruzó el rostro de Billy hizo que notara con más fuerza aún la obstrucción en la garganta. Mary cogió a Billy por sus hombros huesudos y le dijo:

—Vamos, corazón. Si esto no es más que un sueño, mañana ni siquiera recordarás nada.

—No —chilló Billy y un instante después Constantine ya se había encargado de él. Lo levantó, y se sorprendió de lo poco que pesaba. Billy era como una caja de palillos.

—A la cama —le dijo Constantine al niño. Podría haber contenido la ira si el niño

hubiese continuado en una actitud desafiante. Pero Billy se puso a llorar, y entonces, sin haberlo pensado demasiado, Constantine empezó a sacudirlo mientras le decía—: Calla. Calla y vete a la cama.

—Déjalo, Con —dijo Mary. Para. Déjame a mí.

Su voz sonaba distante. Constantine estaba ya poseído por la rabia y sacudió a Billy de una manera brutal hasta que el rostro del niño estuvo desencajado y congestionado.

—Por Dios, Con, para ya, por favor —dijo Mary.

—A la cama —gritó Constantine. Dejó a Billy en el suelo, con brusquedad, y el niño se desplomó como si se le hubiesen deshecho los huesos. Mary se abalanzó hacia él, pero Constantine le impidió el paso. Obligó a Billy a ponerse en pie, lo sostuvo derecho y lo colocó en dirección hacia las escaleras—: Largo —gritó, y le dio al hijo una palmada en el trasero lo bastante fuerte para que el niño recorriera tambaleante media sala. Después, el niño volvió a caerse entre lloriqueos y ahogos. Constantine se dio un golpe en la cadera con la mesa y uno de los huevos de colores de Mary, uno de los azules, rodó de manera desigual por la madera encerada. Mary vaciló. Constantine vio la duda en su rostro. Acto seguido, ella corrió hacia Billy y rodeó su cuerpecito con un abrazo. El huevo oscilaba al borde de la mesa. Cayó.

—Para —gritó Mary—. Por favor, déjalo en paz.

Constantine estaba ahora en pleno enardecimiento, en un estado de absoluta y crujiente exaltación. Presa del delirio, tiró las cestitas de la mesa. Los bombones se esparcieron como piedrecitas contra las paredes. Los corderitos de chocolate se rompieron al chocar contra el suelo, los huevos de plástico se abrieron y de ellos cayeron las chucherías que Mary había escondido en el interior. Se dispuso entonces a aplastar el pastel con el puño. Levantó el brazo sobre las insípidas figuras hechas de caramelo, las vistosas orejas, y entonces se detuvo, con el brazo todavía en alto. Podría haber hundido el puño en aquella blancura redonda y mullida. Podría haber cogido unos puñados y metérselos en la boca. Podría haberse comido el pastel, y lloroso, con la cara y la pechera de la camisa llena de trocitos de ralladura, con la boca llena, suplicar que lo perdonaran. Pero lo que hizo fue bajar el brazo, lentamente, y quedarse junto al pastel. Luego se acercó a la esposa y al hijito y se arrodilló a su lado.

—No me toques —dijo Mary entre sollozos—. Déjanos en paz.

Levantó las cestitas del suelo y las colocó con cuidado encima de la mesa. Luego recogió la paja, los huevos envueltos en papel de plata.

—¿Se puede saber qué te pasa? —preguntó Mary con voz grave.

—No lo sé —dijo él—. No lo sé.

—Estás bien y de repente, al momento siguiente, estás...

Colocó uno de los huevos de chocolate en su nido de paja y acto seguido fue a arrodillarse junto a su esposa y a su hijo. Billy estaba acurrucado contra Mary. Constantine puso la mano en el cuello del hijo, con timidez. Se oía el tictac del reloj

del recibidor.

—Por favor —dijo. No estaba seguro de lo que iba a pedir—. Aprenderé —añadió—. Todo puede cambiar —puso el brazo que le quedaba libre sobre los hombros de la esposa. Ella no reaccionó a su contacto ni con agrado ni con disgusto—. Haré por ti todo lo que pueda —dijo. En vista de que ella no contestaba nada, él volvió a levantarse, inseguro, y recogió el resto de los dulces. Devolvió los pollitos a sus nidos de paja y metió otra vez las chucherías en el interior de los huevos.

—Delicioso —dijo Joey, el hermano de Mary, mientras se daba unas palmaditas en el estómago. Con aquellos golpecitos, Joey conseguía que el estómago hiciera un sonido compacto, sordo. Mary pensó en las carnes del hermano, en la cantidad de pelo que le cubría el cuerpo y en lo punzante y avinagrado de su humor. Miró a Eleanor, la esposa de Joey.

—Estupendo —dijo Mary—. Deseábamos que os gustara.

Añadió el plato de Joey a la pila que llevaba, y dirigió una mirada rápida a los restos del almuerzo. La comida había estado bastante bien, aunque lamentaba el sabor a madera de los espárragos, y también le pesaban las servilletas amarillas, que en la tienda parecían de un color vivo y brillante y que, sin embargo, en la mesa tomaban un aspecto pálido, como de hospital. Los pulmones se le contrajeron y bostezó para tomar aire.

—¿Cansada? —le preguntó la madre—. Tienes que haber trabajado muchísimo para preparar esta comida, ¿verdad que sí?

—No —dijo Mary con irritación. Se había ruborizado, como si la hubiesen descubierto en alguna falta egoísta—. No, no estoy cansada en absoluto. Es solo que, bueno, las vacaciones, ya sabes.

—Sí, ya lo sé —dijo la madre. El padre de Mary estaba sentado junto a la madre, en el silencio ensimismado de siempre. La esposa de Eddie, Sophia, se levantó para ayudar a Mary a recoger la mesa. Recogió el plato de Constantine, y él le sonrió con la cordialidad helada de un príncipe extranjero. Se había pasado la comida en actitud prudente y festiva, y a veces se reía de los chistes antes de que hubiesen acabado de contarlos. Llevaba su chaqueta de lana azul y la corbata a rayas que Mary le había regalado para su cumpleaños.

—Todo ha sido perfecto, cariño —dijo él—. Mejor imposible.

Ella sonrió, y dio un hondo suspiro.

—Gracias, cielo —dijo.

En el salón, Billy y Susan jugaban con los hijos de Joey y Eleanor.

—Pues déjalo aquí —oyó que decía alguno de ellos. Chuck, el mayor de todos. Pensó en los problemas que se habían presentado durante la comida, y permaneció atenta a Billy.

—No —oyó que decía Susan—. No se lo des, se lo comerá.

—¡Niños! —los llamó Mary—. ¿Va todo bien?

Se hizo el silencio. Mary llamó:

—¡Billy! ¿Me oyes?

El niño apareció de inmediato en la puerta, con la cara roja.

—Chucky quiere mi pollito de Pascua —dijo.

Mary dirigió a Eleanor una mirada. Eleanor dijo:

—Chuck, ¿qué estáis haciendo?

—Nada —contestó Chuck con terquedad—. Estamos jugando.

Billy bajó la vista al suelo como si en la alfombra hubiera algo misterioso.

—Se ha metido mi corderito en la boca —dijo.

—Puedes compartir las cosas con tu primo, ¿no? —dijo ella.

—Chuck —dijo Eleanor—. ¿Te estás portando bien?

—Sí, mamá —contestó él.

Billy levantó la vista de la alfombra y miró a Mary con una expresión que mezclaba la esperanza y el miedo. Llevaba puesta la chaquetita amarilla para la que ella había ahorrado durante algún tiempo, y la corbata de lana de colores con dibujitos.

—Ven aquí, cariño —le dijo. Su voz sonó más fuerte de lo que ella habría querido—. Quiero que me ayudes con el postre.

Él fue al trote a su lado.

—Se lo va a comer —dijo.

—Bueno, pero tienes que compartir tus cosas —le dijo Mary—. Vamos, necesito que me ayudes a sacar el helado. —Le acarició el cabello. Se produjo un leve chisporroteo eléctrico, el suave murmullo de su ser.

—Mary, vas a echar a perder a este niño —dijo Joey.

Ella se encogió de hombros. Y luego se acordó de sonreír.

Su hermano pequeño, Eddie, le dijo:

—Bill, ¿por qué no vuelves ahí y le dices a Chuck lo que le vas a hacer si se le ocurre comerse tu golosina?

Los ojos de Billy se llenaron de lágrimas. Constantine sonrió y Mary mantuvo la mano sobre la cabecita de Billy. De pronto sintió la necesidad de cogerlo por el pelo y tirar de él.

—Necesito su ayuda —le dijo a Eddie con brusquedad—. Vamos, cariño, tenemos que dar de comer a todo un regimiento.

Lo condujo hasta la cocina, en donde Sophia preparaba el agua para lavar los platos.

—¡Oh!, deja eso —le dijo Mary. Sophia y Eddie llevaban años intentando tener hijos. Sophia era una mujer corpulenta, de naturaleza suave, e iba por la vida con una actitud de frustración sincera y confiada. Los bebés crecían en su útero hasta cierto punto y luego se desintegraban.

—Pensaba dejarlo todo preparado —dijo Sophia.

—¿Sabes lo que podrías hacer? —dijo Mary—. Podrías sacar los tenedores y los platos para el postre. Están ahí mismo, ¿los ves?

—Sí, sí, de acuerdo.

Mary entró en la despensa a buscar el pastel. Billy fue tras ella, con el claro sonido de sus minúsculos zapatitos negros al golpear contra el suelo. A Mary le dolía el corazón.

—Aquí está —dijo—. Mi obra maestra.

—Mamá, estoy cansado —dijo Billy.

—Ya lo sé, cariño. —Levantó la bandeja del pastel. Sentía como si tuviera el pecho atado con tiras de hierro.

—Odio a Chucky —dijo Billy.

—No tardarán en irse —dijo Mary.

Billy la miró con una expresión de mudo terror que se le hundió en el vientre como un puñetazo. Se quedó en medio de la cocina, con el pastel en las manos. La capa de azúcar estaba tan impecable como la nieve recién caída. Mary sintió el tempestuoso caos del mundo, sus infinitos peligros, y deseó decirle a su hijo: «Yo también estoy cansada. Yo también odio a Chuck». Deseaba ofrecerle el pastel a Billy y a nadie más pero, al mismo tiempo, quería mantenerlo fuera de su alcance.

—¿Cuándo se va a ir? —preguntó Billy.

—Pronto, cariño —dijo ella—. En cuanto nos comamos el pastel. Venga, vamos.

Llevó el pastel al salón. Billy la siguió.

—Cha-chán... —dijo ella, orgullosa de su obra.

Constantine dijo:

—Esperad a ver esto. Mi esposa podría ser una auténtica pastelera, sí señor.

Mary dejó el pastel en medio de la mesa y recibió con modestia todos los halagos. Lo cierto es que el pastel tenía un aspecto magnífico. La muesca que le había hecho a una de las orejas pasaba totalmente inadvertida. Susan, Chuck y Al, el pequeño, habían vuelto a sentarse a la mesa.

—Allá va —dijo Mary, cuchillo en mano. El conejo de bizcocho era vistoso y extravagante, y tenía una expresión afable de sorpresa. Había hecho verdaderos milagros a costa de caramelos y regaliz. A su alrededor el ambiente se había vuelto grave, con algún instante de frescura.

—Vamos, corta —dijo Joey—. Estamos esperando. Se nos hace la boca agua.

—Mary —dijo Constantine—. ¡Mary!

—¿Eh? Ah, sí, perdón. —Levantó el cuchillo y, con una sonrisa imperturbable, lo hundió en el pastel.

1960

Cuando empezaron los gritos, Billy y Kate estaban jugando. Kate tiró el dado y perdió un turno porque su chico había llegado tarde a recogerla. Era bastante gorda, nada irritable, y no le preocupó lo más mínimo. Lo único que quería era ganar. Billy tiró el dado y le tocó ir al coche de su padre a subirse el dobladillo. Estaban en su habitación, siempre arreglada, y daba la sensación de que allí estaban a salvo.

Entonces les llegó la voz del padre, temblorosa de rabia, que se filtraba por debajo de la puerta.

—¿De dónde crees que sale el dinero, Mary? ¿Crees que conozco algún lugar secreto en donde crece? Pues no. No conozco ese lugar.

Kate se inclinó por encima del tablero y dijo:

—La matará.

—No, no lo hará.

La madre de Billy hablaba con una paciencia llena de furia:

—Constantine, el dinero se ha acabado. Se ha gastado. Así que apártate de mi vista, ¿de acuerdo? Estoy intentando trabajar.

Billy oía perfectamente los sonidos que su madre hacía al limpiar. El cepillo golpeaba contra los armarios de la cocina de un modo obstinado, como un caballo que diera coces en el establo.

Kate dijo:

—Si algún día llegas del colegio y ella no aparece por ninguna parte, llama a la policía y diles que miren en el congelador. No lo hagas tú solo. Te volverías loco si te encontraras a tu madre allí dentro.

—Cállate —dijo Billy. Kate mantenía un sistema de normas complejo, que se alteraba de manera continua. Era la mejor amiga de Billy, un año mayor que él. Tenía cinco hermanos muy traviosos, y no se preocupaba en absoluto por el ruido.

—Así es como funcionan aquí las cosas, ¿no? —gritó el padre de Billy—. Así es como funcionan. Te gastas el dinero, no me dices nada, y después sales con lo de que ya no queda dinero. Ese es el sistema, ¿no?

—¿Qué pretendes, Con? ¿Que rellene unos formularios? ¿Qué quieres? ¿Que te informe cada vez que uno de los niños necesita algo de ropa interior?

—Puedes comprarles toda la ropa interior que te dé la gana. Estamos hablando de un maldito mono de trapo que cuesta nueve dólares y cinco centavos. ¿Tengo razón? ¿Me dejo algo?

—Desde luego que tienes razón. Tú siempre tienes razón.

El mono estaba graciosamente sentado en la cama de Billy, y miraba fijamente al frente con sus brillantes ojitos negros y una expresión perpleja y experimentada. Su pelo era una gruesa maraña de rizados de color chocolate. Mientras estaba en la tienda con su madre, Billy había mirado al mono y ella lo había comprado sin dudarle un instante, como si los deseos de su hijo la arrastraran a ella también. Él no estaba

demasiado seguro de quererlo de verdad. Lo que quería era una Barbie como la de Susan, pero su madre quería que él quisiera el mono de trapo y él se dejó convencer. Ahora era suyo.

Kate dijo:

—Ver a la madre de uno muerta es una cosa que la gente no supera nunca en la vida. Si ves a tu madre muerta, no hay nada que hacer, te vuelves loco y nadie te puede ayudar.

Tiró el dado y consiguió una cita con Bob, su favorito. Billy prefería a Ken y a Poindexter, aunque Poindexter era, supuestamente, el compañero que no quería nadie. A Billy le gustaba el aspecto inocente del rostro de Poindexter en la carta, su pelo anaranjado y sus ojos pequeños e inocentes.

—¡Bien! ¡Bob! —gritó Kate.

—Chsss —susurró Billy. Cuando su padre estaba en casa se suponía que tenía que jugar a otras cosas.

—Te amo, Bob —dijo Kate. Besó la carta que llevaba dibujado el rostro de Bob.

—Calla —dijo Billy.

—Mmm, Bob —gritó Kate. Sacó su afilada lengua rosada y lamió la carta. Billy le tiró el dado. Ella se lo lanzó a él, lo bastante fuerte para hacerle daño y él, sin pensarlo demasiado, le dijo que estaba tan gorda que se necesitaría a Bob y a la familia de Bob entera para llevarla al baile. Ella se levantó, llorosa de rabia y Billy se quedó sentado en su habitación el resto de la tarde, hasta que la pelea en la planta inferior se agotó y Kate le telefoneó desde su casa para decirle que ella, cuando creciera, dejaría de ser gorda, pero que él iba a ser un estúpido toda la vida.

Billy estaba tumbado en la cama, leyendo una tira de cómic, cuando su madre lo llamó para la cena. Era una tira ya antigua, una que le había regalado su madre y que contaba la historia de una gata enamorada de un ratón que la despreciaba. Con cada uno de los ladrillos que el ratón le tiraba a la cabeza, la gata se enamoraba todavía más, hasta que la cabeza se le perdía en un torbellino de corazones y de signos de exclamación, un embrollo de las señales de su devoción y de sus heridas. Billy se sentía tan fascinado por aquella tira que le había suplicado a su madre que le permitiera quedarse con ella, y casi cada día miraba a aquella gata de nariz grande embobada por el amor de aquel ratón furibundo armado hasta los dientes. Su madre le había leído lo que decía hasta que se lo hubo aprendido de memoria. «Ignatz mi amorcito. Te quiero infinito. Pum». Aquella secuencia de viñetas lo emocionada, le llegaba a lo más hondo del corazón. No se cansaba nunca de mirar a la gata y al ratón en sus invariables y sucesivas escenas en las que se alternaban las afrentas y el cariño sin fin.

Bajó a cenar y se sentó en su lugar de siempre, desde donde se dedicaba a observarlo todo. Su padre no abrió la boca. El padre comía con una desgana remilgada, que no era en absoluto su modo habitual de comer, y cortaba cada bocado con suma precisión, como si fuera un sastre. A veces, cuando cortaba la carne, dejaba

escapar un quejido apagado, como si el cuchillo le hubiera pinchado su propia carne. Billy miró de reojo las manos del padre, enrojecidas y venosas, lo bastante grandes para abarcar con ellas su cabeza. Se recordó a sí mismo que no debía fijar la vista. En lugar de eso, se concentró en los otros miembros de la mesa, menos peligrosos. Zoé jugaba con una cuchara que brillaba y hacía sombras bajo la luz de la lámpara. Susan estaba sentada enfrente de Billy, con una actitud inexpresiva e intachable, aunque Billy sabía que toda su atención estaba dirigida a asegurarse de que en su plato ningún alimento se rozara con otro.

La madre de Billy comía con una precisión gélida. Para ella, la de comer era una tarea que debía hacerse de una manera metódica y concienzuda. Y mientras comía, no cejaba en su intento de mantener una conversación animada. Cualquier cosa era un buen tema. Su trabajo era comprar, hacer la comida y enterarse de lo que pasaba en el mundo para contárselo después a la familia e iniciar así una conversación.

—Hoy he estado en Widderman —dijo—, para comprar solo algunas cosillas, y ¿a que no sabéis qué? Tienen un estante lleno de radios con un cartel enorme que pone: «Especial. Tres con noventa y nueve». No podía creerlo. Pensé que seguro que había algo que no les funcionaba bien. Total, que le pregunto a Jewel, la que perdió a su hijo en Pearl Harbour, voy y le digo:

»Jewel, ¿qué le pasa a esas radios?

»Y ella me dice:

»Ya, ya sé a lo que te refieres, Mary, pero no les pasa nada malo. Son japonesas.

»Los japoneses, al parecer, trabajan por prácticamente nada, así que las radios apenas si cuestan algo más que el material y el transporte. ¿A vosotros os cabe en la cabeza? Esa gente fue la que asesinó al único hijo de Jewel, y ahora ya veis, ahí está ella, para vender sus radios a precios con los que ninguna compañía americana puede competir. Jewel no parecía pensar nada al respecto y, para ella, aquellas eran unas radios baratas y punto, entonces le he dicho que yo prefería comprar una radio americana antes que una de esas, aunque la americana costara cuatro veces más. ¿Y sabéis lo que ha hecho? Me ha mirado como si estuviera loca. Ella, una mujer que se ha estropeado las piernas en los veinte años que lleva trabajando para Widderman y que perdió a su único hijo con los japoneses, no ve nada malo en el hecho de que la gente compre esas radios. Ha conseguido que me preguntara si realmente se entera de las cosas. No sé, se me ha ocurrido pensar que tal vez ha perdido un poco el juicio. Yo creo que la gente puede volverse loca y seguir igualmente con sus asuntos, bueno, quiero decir que no todo el mundo que se vuelve loco tiene por qué acabar con una camisa de fuerza. Por ejemplo, la otra mañana, cuando estaba en el mercado...

Billy se sentía fascinado por su madre. Su inspiración jamás flaqueaba. Un tema llevaba directamente a otro. La familia de Billy vivía acompañada por la ininterrumpida conversación de su madre igual que si se hubiese tratado de vivir con una radio encendida desde la mañana temprano hasta pasada la medianoche, con programas informativos, musicales y sucesos conmovedores dondequiera que fuese.

Hacía conjeturas respecto a cualquiera de los inagotables temas que despertaban su interés. Se preocupaba tanto por la supresión de las naciones como por los espasmos de un gorrioncito que aparecía en la ventana.

El padre de Billy dejó el cuchillo en el plato y dijo:

—¿Y qué hay de malo en una radio barata?

La madre ya estaba en otra cosa y aquello la cogió por sorpresa:

—¿Cómo?

—Una radio barata. Una radio que cueste tres con noventa y nueve. ¿Qué problema hay? ¿A quién le importa de dónde viene?

—Con, los japoneses...

—Ya sé quiénes son los japoneses. ¿Qué crees? ¿Que no sé quiénes son? —La apuntó con el tenedor—. Ya no hay guerra, ¿no? Se acabó. Ahora puedes coger un avión y volar hasta allí, incluso puedes pasar las vacaciones en Japón. Pero tú —agitó el tenedor frente a ella—, tú te gastarías en una radio cuatro veces más porque está hecha por un extraño de Filadelfia.

—Yo no voy a comprar ninguna radio, Con —dijo ella—. Nadie va a comprar ninguna radio.

—No. Solo juguetes que nos dejan sin un maldito billete de diez dólares.

—Con...

—Esta es la manera de pensar que nos hace pasar apuros. —Miró a Billy y a Susan—. Este es el modo de pensar que nos mantiene separados. Pagamos el triple por las cosas porque no nos gusta el muchacho que las hace baratas. Somos a-me-ri-ca-nos. No queremos una radio japonesa. Queremos una radio americana, más cara. Pero ¿y los juguetes? ¡Ah! Entonces queremos los animales de trapo alemanes. Y queremos zapatos italianos, que cuestan cinco veces más que los americanos. No importan ni Hitler ni Mussolini. Voy a decirte algo. —Ahora apuntó con el tenedor a Billy—. Tu enemigo no son los japoneses. Tu enemigo es cualquiera que te ataque. Y punto. Eso es todo lo que necesitas saber acerca de los amigos y los enemigos.

—Perfecto —dijo su madre, con un tono tan suave que apenas si se la podía oír—. Esa es una buena cosa para enseñarles. Está muy, pero que muy bien.

Su voz se había vuelto casi inaudible. Cuando hablaba así, era como si se dirigiera a alguien que vivía en su interior, un amigo invisible que compartía su creencia de que el mundo era ancho y largo pero, en definitiva, demasiado agotador para cualquiera que viviese en él.

Después de la cena, Billy se quedó con su padre. Nunca se le acercaba demasiado. El padre se sentó en su sitio, a mirar la televisión, y él se puso a jugar con sus animalitos justo en el lado opuesto de la alfombra. Se escabulló a esa especie de tierra de nadie que hay alrededor de todas las cosas. Metió los cerditos en el corral de plástico. Luego los colocó cara a cara y les sumó el caballito de color rojizo que se resistía a quedarse de pie sobre sus cascos de plástico.

Desde la cocina llegaba el ruido de los platos y vasos que su madre iba dejando

en el escurridero. Producía unos rechinamientos con el trapo que eran el sonido de la mismísima limpieza. Se movía por el mundo con pulcritud. El padre siempre dejaba rastro. Dondequiera que fuese, tras su paso quedaban pelos, o picadura de tabaco, o unos calcetines usados y malolientes. Cuando llegaba el calor se despojaba de la ropa y dejaba la silueta de su cuerpo peludo y sudado en los tapizados. Y aunque la madre de Billy fregaba y aspiraba y casi frotaba la tapicería de los sofás con sus trapos, nunca conseguía erradicar la huella penetrante e intensa del padre.

El caballito de plástico no hacía más que caerse una vez tras otra. Se negaba a quedarse en pie, aunque Billy insistía para obligarlo. Si lo intentaba un poquito más, si no se daba por vencido, el caballito acabaría por quedarse sobre sus cuatro patas por la sola fuerza de su inagotable tenacidad. No paró de curvarle las patas hasta que, de repente, con un sonido final quebradizo, una de las patas se partió a la altura de la rodilla. Se quedó con la pata dañada en una mano, incrédulo, y con el caballito lisiado en la otra. La pata era delgada, articulada, y el casco acababa en una hendedura.

Dejó la pata con cuidado, como si pudiera sentir dolor, y con el caballito de tres patas en las manos, se acercó a la silla de su padre y se quedó allí, a su lado, inquieto, hasta que el padre lo miró.

—¿Qué? —dijo.

Billy no podía hablar. Las rodillas del padre, a través de los pantalones grises y finos que llevaba puestos, insinuaban las protuberancias de su constitución huesuda. Los muslos, grandes como el casco de una embarcación, reflejaban la luz en su parte superior y la parte oculta dibujaba sombras irregulares en el fondo verde de la silla. Billy permaneció en un área próxima al padre. Respiraba el olor rancio a tabaco y a sudor y, por debajo de este, le llegaba el aroma fragante de la colonia para después del afeitado.

—¿Qué pasa? —preguntó el padre.

Billy se encogió de hombros y el padre frunció el entrecejo con fastidio.

—Habla.

—Necesito un caballo nuevo —dijo Billy al fin.

—¿Cómo?

—Este caballo está roto. —Billy se sorprendió al oír que la voz le sonaba llorosa—. Se le ha roto la pata.

—¿Necesitas alguna cosa más? —dijo el padre.

—Se ha roto —dijo Billy.

El padre sacudió la cabeza, e hizo acopio de toda la calma y la benevolencia de que era capaz.

—Este caballo todavía sirve —dijo—. Lo que pasa es que lo han herido en una batalla. Esencialmente, está bien. Y tres patas son suficientes para un caballo.

—No, no son suficientes —dijo Billy. Se dio cuenta de que no iba a tardar nada en empezar a llorar. La idea lo mortificaba, pero se sentía impotente para evitarlo.

El padre aspiró fuerte y dijo:

—¿Y si te compro en lugar de un caballo una pelota de fútbol? ¿Y si mañana nos vamos tú y yo a Ike y compramos una pelota de fútbol? ¿Qué te parecería eso?

Billy vaciló. Le gustaba la idea de ir con su padre a Ike por la mañana para probar unos cuantos balones y elegir el mejor. Pero también quería lo que le había pedido, un caballito pequeño y fornido sin ningún defecto, que se quedara en pie cuando él quisiera.

—No quiero una pelota de fútbol —dijo, aunque en realidad sí la quería. Lo quería todo.

El padre meneó la cabeza:

—Entonces, olvídate del asunto —dijo. Volvió la vista al televisor, donde una mujer rubia y alegre cantaba una canción que hablaba sobre algo que era como el queso, pero mejor.

Billy habría dado cualquier cosa por aguantarse las ganas de llorar, pero la pena y la rabia que sentía eran demasiado para él, y otra vez lo ganaron las lágrimas, como de costumbre. Se apartó del padre, sin saber demasiado bien donde dirigirse. Quería ir a alguna parte en la que su llanto no existiera. Quería salirse de él y sentarse a mirar la televisión junto a su padre, ambos irritados y molestos por ese lloriqueo que se oía en torno a ellos.

La madre apareció en el salón.

—¿Qué pasa aquí? —Iba con un trapo de secar los platos usado, y llevaba su melena negra suelta. Billy la miró desvalido desde el centro de su propio estruendo interior.

—Tu hijo quiere un caballo nuevo —dijo el padre—. Y no quiere una pelota de fútbol. Le he dicho que le compraría una pelota de fútbol, no la quiere. Quiere un caballito de juguete.

Billy se veía a sí mismo como un niño mimado, ansioso y desagradecido. Y cuanto más lloraba, más claramente se convertía en ese niño, pero el sentimiento de convertirse en él no conseguía nada sino hacerlo llorar con más fuerza todavía. Si hubiese podido, se habría metido bajo tierra como una tuza y habría excavado un camino hacia Alemania o hacia Japón, cualquier lugar en el que el aire aún no estuviera contaminado por sus pequeños caprichos.

La madre se le acercó y se puso de cuclillas delante de él. Le subieron los colores y le crujieron las articulaciones.

—¿Hay algún problema con tu caballo, cariño? —preguntó.

Él no se movió ni abrió la boca. Continuaba llorando en contra de su propia voluntad. La madre le quitó el caballito de las manos y miró con ternura la lesión.

—No es demasiado pedir —susurró. Entonces, con voz más fuerte, dijo—: Me parece que él no ha pedido una pelota de fútbol, ¿o me equivoco? Me parece que lo que ha pedido es un caballito de plástico que cuesta diez centavos y que se fabrica aquí mismo, en los Estados Unidos de América.

—Tiene un millón de animalitos de esos —dijo el padre de Billy—. ¿De veras

necesita uno más?

—Por todos los santos, no sabes lo que dices.

—Quiere un juguete americano, pues yo le regalo una pelota de fútbol.

—Hablaemos de eso más tarde —dijo la madre de Billy—. Vamos, Billy, ven conmigo a la cocina, así me ayudarás un poco con los platos.

El niño la siguió, porque era incapaz de decidir nada por sí mismo. Sentía que el silencio del padre le oprimía la nuca. En la cocina, la madre le limpió la nariz con un pañuelo que olía a ella.

—Mañana saldremos a comprar un caballito nuevo —dijo—. ¿De acuerdo? Es normal que las cosas se rompan, no pasa nada. Te compraremos uno nuevo y ya está, ¿eh?

El niño asintió con ansiedad. Ella le sonrió, profundamente complacida, y le dijo que era un buen chico, digno de un premio. Le dijo que se merecía un montón de cosas, y que si alguien intentaba convencerlo de lo contrario, era que esa persona no sabía lo que decía. Billy la miraba fijamente, con agradecimiento.

Ella le dirigió una sonrisa desgastada, una sonrisa que él le había visto miles de veces: movía con un ligero tirón las comisuras de los labios hacia arriba y apretaba un instante los ojos, como si el acto de sonreír le causara un dolor agudo e intenso. Algo se conmovió en el interior de Billy, fue una sensación tan turbulenta que creyó que estaba enfermo. Era su amiga. La única que lo tenía en cuenta. ¿Cómo podía entonces sentir aversión hacia ella? Oyó, de nuevo, el chasquido que había producido la pata del caballo al partirse.

1963

Sucedió con rapidez. Sucedió porque Constantine era griego y porque se detuvo en un bar a tomar una cerveza. Aquello desbarató todo lo que él creía saber acerca de la causa y el efecto. Un día húmedo y cobrizo, poco después del solsticio de verano, conoció a un hombre llamado Kazanzakis, un hombre delgado que vestía una chaqueta de lana con botones dorados. A la hora de la comida, Constantine decidió meterse en un bar del barrio lleno de hombres que miraban un partido de los Mets. El televisor, uno de esos enormes aparatos en blanco y negro, titilaba sobre un estante situado encima de unas cuantas hileras de botellas iluminadas. Al lado, había una foto de un lago y de una montaña de color azul gélido que anunciaba una marca de cerveza. Constantine ocupó el único taburete vacío, al lado de Kazanzakis, que estaba atento al partido y comía cacahuets con una avidez ajena al hambre, como si su verdadero objetivo no fuera el de comerse los cacahuets sino el de dejar al descubierto el fondo del plato. Constantine y Kazanzakis empezaron a hablar entre bateador y bateador. Primero hablaron de béisbol, y luego de la construcción. Constantine trabajaba como capataz en una obra que estaba a punto de terminarse. Kazanzakis era constructor, y había empezado a edificar una serie de casas baratas — a las que él designaba con el nombre de proyectos comunales— al norte y al oeste de la ciudad. Se presentaron uno al otro y, al oír los nombres de cada cual, comentaron el lugar de donde procedían. Los abuelos de Kazanzakis, al parecer, habían vivido en una población situada a menos de sesenta kilómetros del lugar en el que había nacido Constantine. Los dos hombres se hablaron en griego. Rieron y pidieron otra ronda de cerveza. Al finalizar el tercer turno, Constantine ya tenía un nuevo empleo. Kazanzakis lo había contratado para supervisar la construcción del proyecto comunal más reciente, que pronto se desplegaría por unos terrenos marrones y pantanosos, ahora rehabilitados, que se extendían unos cuarenta kilómetros al norte. Los hombres se dieron un apretón de manos, pidieron otra ronda. Kazanzakis pasó un brazo por los hombros de Constantine y anunció al bar:

—¡Eh, entusiastas del deporte, quiero presentaros a mi nuevo socio! Un griego, un hombre en el que puedo confiar.

Todo fue casualidad, una pirueta del destino. El implacable trabajo de los últimos quince años no había significado casi nada, al margen de lo que Constantine pudiera haber aprendido acerca de vigas y bastidores. Lo que le procuró su fortuna fue la decisión de entrar en un bar un martes a primera hora de la tarde.

Hizo fortuna porque era griego. Y eso, a pesar de todos aquellos años en que Mary no había hecho más que repetir «Somos americanos, Con. A-me-ri-canos». Una vez puesta en marcha, su suerte griega ya no encontró límite. Kazanzakis demostró tener buen ojo para captar los anhelos humanos, para adivinar lo que la gente quería comprar. Sus casas eran de bajo coste, pero él las adornaba con bonitas vallas de estacas puntiagudas y falsas buhardillas. Hacía propaganda de las diversas

características de lujo: electrodomésticos último modelo, cuarto de juegos, garaje para dos coches. Constantine, por su parte, sabía qué costes podían cortarse sin que se notara. Sabía cómo emplear madera verde y tuberías de plástico. Sabía el tiempo que podía llegar a ahorrarse si indicaba a los obreros que, en lugar de agujerear los travesaños para pasar la instalación eléctrica, se limitaran a hacer muescas con el martillo. Las casas se vendían rápidamente, en cuanto él y Kazanzakis conseguían terminarlas. Constantine, que se había criado en una frugalidad severa e inflexible, mantenía tan bajos los gastos generales que Kazanzakis se acercaba a menudo a abrazarlo y a decirle que era un mago. Nunca habría imaginado que un trato le resultase tan provechoso.

Mary apenas si daba crédito al modo en que el dinero entraba en casa. Ahora, al fin, podía comprar cosas bonitas para los niños, aunque sus hijas preferían, de un modo incuestionable, los objetos baratos y llamativos. Susan quería más ropa para su Barbie, y un horno de juguete en el que una bombillita chamuscaba fuentes de masa para convertirlas en pasteles redondos cubiertos por una costra. Zoé quería un juego con piezas de madera para construir casas, un rifle de juguete y un andrajoso gorro de lo que supuestamente era piel de mapache y que en realidad se trataba de piel de conejo teñida, que recordaba vagamente al olor de la orina. Mary les compró esas cosas, y también otras, con la esperanza de que sus hijas aprendieran a reconocer el brillo de la verdadera calidad en el aire de una habitación. Compró pulseras de oro y jerséis de angora, y joyeros que eran al mismo tiempo cajitas de música y que, al abrirlas, descubrían a una minúscula bailarina que giraba al son del *Para Elisa*. Aquellos regalos tenían un breve período de gracia, pero enseguida les llegaba el abandono. Los vestidos de volantes quedaban tirados con indiferencia por el suelo y las muñecas importadas afuera, con sus rostros delicados, hechos a mano, dirigidos con gesto amable hacia la lluvia.

De sus tres hijos, solo Billy quería las cosas que ella deseaba regalarles. Era un niño soñador, que se llevaba a casa los libros que sacaba de la biblioteca y buscaba lugares para esconderse donde ella siempre lo encontraba. Le compró un abrigo de alpaca y él lo usaba todos los domingos para ir a la iglesia, con un espíritu de sobriedad masculina en miniatura que le llenaba de ternura el corazón. Aunque amaba a sus tres hijos, Billy era el único al que comprendía de veras. Para él compró suaves jerséis escoceses con el cuello en pico. Le compró una cartera de piel de color vino tinto cuando empezó el quinto curso y un gorro de cazador color verde oscuro. A las niñas les compró una casa de muñecas completamente amueblada, que primero estuvo en la habitación de Susan y luego pasó a la de Zoé. El polvo se acumuló en los rincones de los mueblecitos de madera y en las lámparas, que funcionaban de verdad. Mary limpiaba periódicamente la casita de muñecas y, con un placer teñido de culpabilidad, ordenaba muebles y accesorios de distintas maneras.

1964

Susan los llevó al campo de golf. Antes, allí no había más que irnos cuantos patios cercados y un parque. No había más que edificios y un callejón con olor a podrido y la fábrica vacía, en donde las malas hierbas empezaban a brotar entre el hormigón. Ahora había ese campo brillante de césped. Los montones de hojas caídas desprendían vaho y un pájaro cantaba una y otra vez su pío-pío.

Susan sabía que su padre había conseguido todo aquello para ella. Se sintió complacida y asustada.

—Venga, Billy —lo llamó con firmeza. Billy soñaba por allí cerca, unos metros detrás de ella, mientras removía hojas con las puntas de las zapatillas.

—Ya voy —le contestó. Zoé les había ganado la delantera. Susan se volvió para mirar a Billy, que arrastraba los pies bajo las figuras sombrías o brillantes que el follaje proyectaba sobre él. Esa belleza devastada le hinchó el pecho y le oprimió los pulmones con una aguda contracción interior. A veces, se imaginaba a sí misma mientras sacaba a rastras al hermano de un edificio en llamas y le apagaba el fuego que empezaba a arder en sus ropas y en su cabello.

Lo rescataba. Escapaban después a los bosques y vivían allí, lejos de la gran casa impecable que su padre había comprado para ella. En algún sitio tenía que haber bosques.

—Venga, vamos —dijo. Su sombra se dibujaba frente a ella, recortada sobre el suelo lleno de hojas.

—¿A qué viene tanta prisa? —dijo Billy—. Estamos dando un paseo, ¿no? No llegamos tarde a nada.

—No quiero que Zoé se pierda —dijo—. No deja de correr por todas partes y no puedo pararla.

—Zoé no se pierde —dijo él—. Está ahí mismo, trepando a aquel árbol.

Susan se volvió y descubrió a Zoé en pleno ascenso, asida a las ramas más bajas de un pino inmenso. Los colores de la ropa de Zoé, el amarillo pálido de su camiseta y el azul de los vaqueros, aparecían recortados aquí y allá por la pinocha.

Susan chilló:

—Zoé, para ya.

—No tiene por qué parar —dijo Billy—. Puede trepar a un árbol si es lo que quiere.

Susan se detuvo entre Billy y Zoé, y de repente se disipó el sentido de su propio y prometedor futuro. Sería siempre joven, siempre desoída, siempre obstinada en las normas de comportamiento por las que nadie más parecía preocuparse. El mundo podría haber sido muy sencillo. Todo lo que tenía que hacer la gente era hablar suave pero claramente, evitar las peleas y andar a una velocidad que no fuera ni demasiado rápida ni demasiado lenta.

—Se va a caer —dijo Susan, aunque tenía la sensación de que el accidente hacia

el que iba Zoé provendría más del cielo que de la tierra—. Zoé —volvió a llamarla—. Bájate de ahí.

Imaginó que cogía a Zoé en brazos.

—Veo la casa —dijo Billy—. Mira, aquella mancha blanca de ahí, ¿la ves?

Susan se dirigió hacia el árbol.

—Zoé, lo digo en serio.

—Ese es ahora nuestro hogar —dijo Billy, a pesar de que Susan se había alejado demasiado como para oírlo—. Somos ricos. Bueno, somos semirricos.

Susan se acercó al pie del árbol y se quedó allí con los puños apoyados en las caderas. De pie en el césped recortado y uniforme, con los ojos entrecerrados para mirar a través de la pinocha y su propia sombra inclinada a sus espaldas, podría haberse tratado de una joven doncella o de una diosa de la exasperación doméstica. Llevaba una cazadora blanca, unos pantalones hasta la pantorrilla de color rosa y calcetines cortos con bolitas de hilo en los talones para evitar que se le metieran por dentro de las zapatillas de tenis.

—Zoé —gritó—. Bájate de ahí ahora mismo.

Zoé luchaba por subirse a una rama ahorquillada que había a unos diez metros del suelo. No Contestó, tal y como su hermana había predicho. Susan suspiró y le gustó el sonido surgido de sí misma. Era un suspiro adulto, profundo, significativo. Llevaba en el barrio menos de un mes, y ya conocía a tres chicos cuyos ojos —de color marrón, marrón oscuro y verde azulado respectivamente— indagaban los pormenores de su vida.

Imaginaba que aquellos chicos la raptaban de su nueva casa y la llevaban allí fuera, al campo de golf. Ella los dirigía, los alentaba, los obligaba a comportarse de una manera correcta.

—Lo digo en serio —dijo. Pensó, por un momento, que su voz serpenteaba por entre los brazos del árbol en busca de un camino por el que avanzar. Tal vez en ese instante ya había un chico allí fuera, que andaba desconsolado y perdido por entre los árboles y los hoyos en la tierra.

Billy se acercó y se quedó a su lado. Desprendía un olor que, aunque no era fuerte, resultaba inconfundible, una especie de mezcla entre lejía y pan duro. Susan se preguntó si sería realmente aseado.

—No va a bajar hasta que no le dé la gana —le dijo—. Lo sabes muy bien.

—Se va a romper el cuello —dijo Susan—. Prometí que cuidaría de ella.

—Yo también voy a subir —dijo Billy—. Me juego lo que quieras a que desde ahí arriba se ve la ciudad entera.

—No, Billy. Quédate aquí.

Pero Billy trepó a la rama más baja y luego zigzagueó hasta la horcadura del árbol. Susan le miró el trasero, delgado y embutido en los pantalones, y volvió a preguntarse, una vez más, qué clase de chica desearía algún día aliviar las dificultades de su hermano.

—¡Billy! —gritó—. ¡Que te zurzan!

Él ascendía con rapidez y pronto estuvo colocado en la rama que había debajo de Zoé, que estaba sentada con la barbilla apoyada en una de sus rodillas y escudriñaba el aire con una de sus sucias manos por visera.

—¡Eh, Zoé! —dijo él, algo sofocado. Se había arañado las manos con la corteza y la brisa le provocaba cierta picazón en los rasguños. Ella no le contestó. Billy la miró hasta que estuvo seguro de que se mantenía en la rama en perfecto equilibrio, y luego se volvió, y miró hacia Garden City a través de la fronda formada por la pinocha.

—Si no bajáis los dos en exactamente un minuto, seré yo quien vaya a buscaros —gritó Susan.

—¡Qué bonito! —dijo Billy. Desde la altura en la que se encontraba veía las calles de su nuevo barrio, trazadas en una cuadrícula impecable, y las hileras de árboles de hojas rojas y amarillas. Vio a un gorrión que revoloteaba sobre un recipiente con alpiste mientras con las alas creaba una alteración parda y leve del aire. Más allá había campanarios, las armazones de ladrillos de las tiendas y los bancos, una lejanía densa de color azul pálido.

—Los animales pueden vemos —dijo Zoé—. Pueden subir a este árbol y mirar desde aquí nuestra casa.

—¿Y eso te da miedo? —preguntó Billy.

—No. Me gusta.

Zoé se tiró del pelo, se rascó la rodilla. A pesar de que nunca se lo había confesado, Billy sabía que Zoé se veía a sí misma como un animal. Cogía la comida del plato y la mordisqueaba con ansiedad. Dormía acurrucada en una especie de nido fabricado con mantas y sábanas.

—Este es el lugar en el que vivimos ahora. —Billy hablaba medio para Zoé, medio para sí mismo—. Ahora somos semirricos, y aquí es donde vivimos.

Zoé asintió con la cabeza.

—Este es el reino del árbol —dijo—. Esas son las casitas en donde vive la gente.

—Todo esto me tiene un poco preocupado —dijo él—. Quiero decir, lo de la escuela nueva y eso. Tienes suerte de estar todavía en segundo.

Zoé observaba el tiempo que atravesaba la ciudad. Billy se dio cuenta de que podía dirigirse a la identidad animal de Zoé y decirle cosas que nunca le había dicho a nadie más. Ella se adueñó de un momento efímero y único de tranquilidad vigilante del que él también disfrutó.

—Se acabó —dijo Susan—. Allá voy.

—Nuestra niñera —dijo Billy. Zoé sonrió. Era tina niñita delgada y fuerte, morena, de cejas gruesas. En octubre todavía llevaba sandalias.

—¿Crees que ser ricos nos va a cambiar? —dijo Billy—. ¿Tú crees que será todo distinto?

—Aún nos quedan dos deseos —dijo Zoé.

—Eso puede ser importante —dijo Billy. Se acomodó en su rama y notó los

temblores que Susan producía en el árbol al subir por él.

—Maldita sea —dijo al fin, desde unos cuantos metros más abajo—. ¡Que os zurzan, a los dos! Me parece que me he hecho un siete en los pantalones.

—Mira —dijo Billy—. Desde aquí se puede ver el instituto.

—Tenemos que volver —dijo Susan—. Se hace tarde.

—Todavía no —contestó Billy—. No creo que sea prudente aún. Deberíamos darle media hora más.

—Todo está bien —dijo Zoé—. La verdad, no entiendo por qué tienes que darle a todo tanta importancia.

—Tú vete a casa —dijo él—. Nosotros nos quedaremos un rato más. Tal vez nos construyamos una especie de casita aquí arriba.

—No vais a construir ninguna casita. Esto es propiedad privada.

—Zoé y yo nos vamos a trasladar aquí.

—Tenemos que irnos —suplicó Susan—. Venga, la cena ya debe de estar lista.

—Vete tú —dijo Billy—. Zoé y yo nos vamos a quedar un rato más.

—Tranquilo, que ya me voy. —Pero se quedó donde estaba. Una ardilla se movió a saltitos por entre las hojas al pie del árbol, se levantó sobre sus patas traseras y luego desapareció de golpe, como si se la hubiera tragado la tierra. Susan desvió la mirada del árbol y dirigió la vista hacia la casa que el padre había construido para ella. Era consciente de ser esa chica de catorce años, delgada y erguida, sentada a horcajadas en una rama en medio del aroma de las hojas. Deseaba reclamar su propia casa, y deseaba vivir ahí arriba, callada y fiera como una joven madre de las cosas silvestres. Las sombras de las nubes se deslizaron, por la llanura. Un árbol perdió su luz y el tejado cobrizo de un campanario refulgió de pronto, como algo enorme y valioso surgido del fondo del océano. Por espacio de un instante, con la alteración de las sombras, Susan comprendió que era poderosa. Vio cuántas cosas podían llegar a construirse por ella, y cuántas derribarse. La recorrió un escalofrío de emoción. Pensó en un dique que reventaba. Pensó en una brillante pared de plata que caía pesadamente sobre tiendas e iglesias, sobre las calles de orden regular. Podía verlo. Podía ver el agua que se lo tragaba todo, hacía pedazos las ventanas, levantaba los tejados y enturbiaba lo que encontraba a su paso mientras los objetos más cotidianos — una taza, una peluca, una pastilla de jabón —flotaban en la superficie y quedaban atrapados en la tromba. Vio el agua revuelta crecer y crecer y por fin detenerse, ya encaramada al árbol donde estaban, justo una rama por debajo de la que ella ocupaba. Solo escaparían ella, Zoé y Billy. Después de aquello, sobrevendría un silencio pardo y refulgente. A la vista no quedaría más que un campanario, la mitad superior de un reloj detenido, las ramas más altas de unos cuantos robles y olmos. Y poco a poco, el nivel del agua empezaría a descender y de las ramas colgarían anillos y collares. Conduciría a Zoé y a Billy de vuelta al mundo húmedo y vacío y a medida que bajarán, ella se acicalaría. Ahora los tres huérfanos, serenos y afligidos, se enfrentaban a un futuro en el que cualquier cosa era posible. Llegaría al suelo

cubierta de joyas.

1965

Cuando salía a dar sus paseos nocturnos, Constantine imaginaba que Mary iba sentada a su lado. Pero no la Mary con la que convivía en la actualidad, sino la Mary de diecisiete años, aquella chica enérgica y enigmática que siempre mantenía una puerta cerrada. Aquella Mary había conseguido combinar el sentido común con una esperanza escasa y femenina. Entonces aún no había empezado a hacer la lista de sus defectos. Todavía estaba enamorado de aquella Mary y amaba cualquier indicio que quedara de ella: su aplomo, su devoción por el orden, su andar erguido. Cuando salía a dar esos paseos, su acompañante era la joven Mary, que a veces, en su imaginación, se confundía con Susan. Una chica lista, que se sentaba cómodamente en el asiento del acompañante y miraba el paisaje con desconfianza y rigurosa admiración.

Le mostraba la urbanización de viviendas, hilera tras hilera. Toda una urbanización hecha de colores suaves y de formas sencillas y confortables. A veces aparcaba en una de las calles y se daba el lujo de ponerse cómodo en la elegante tapicería color burdeos de su Buick para asir el entorno. Él y Kazanzakis habían construido toda esa ciudad. Allí estaban los tejados, que recortaban el horizonte, y las ventanas, que derramaban su luz en la oscuridad. En noches como aquella, se sentía realmente satisfecho.

Era una población perfecta, nueva y ordenada. Las casas de Constantine se repetían a sí mismas en series de tres. Una tenía el tejado de gablete, otra un pequeño porche delantero, y la tercera, su preferida, estaba provista de un par de miradores elegantes y simétricos como los pechos de una muchachita. Las casas se levantaban hacia el cielo con un ritmo frugal, continuo y él no dejaba de sorprenderse de que efectivamente estuvieran allí. Sus días estaban hechos de pormenores y discusiones. «Jerry, te lo estoy diciendo, no hay ninguna necesidad de poner fieltro entre la parte superior y la parte inferior del techo. Quién te ha pedido que encargaras ni una sola de esas malditas piedras, podemos rellenar las guías de los desagües con tierra». Solo, a la noche, durante sus paseos, apreciaba plenamente las casas que ahora se erguían porque él había hecho traer planchas de yeso y fieltro con el furgón, cinco mil bobinas de material aislante y toda la madera de pino de un bosque. A veces, por la noche, elegía una casa y se quedaba a observarla, siempre desde una distancia prudente. Encendía un cigarrillo tras otro y miraba las ventanas, iluminadas o a oscuras, y veía a los perros que ladraban para que los dejaran entrar. Algunas noches se detenía allí un coche y de él bajaba algún adolescente. En otras ocasiones un hombre o una mujer salían de la casa para regar el césped. Una vez salió un hombre de aspecto robusto vestido con unos pantalones verdes a cuadros y se quedó allí afuera, en el jardín delantero, hasta que del cielo desapareció el último vestigio de luz y comenzaron a distinguirse las estrellas. Constantine lo había observado hasta el mismo momento en que el hombre volvió a entrar en la casa, una de tejado de gablete que había costado, tal vez, una quinta parte de lo que Constantine había pagado por la

suya. Por un momento, aquel tipo le provocó afecto y compasión. Aquel tipo podría haber sido su hermano menor, o su primogénito. Constantine no estaba muy seguro de lo que hacía, de lo que buscaba allí. No habría sido capaz de explicar por qué, una o dos veces al mes, después de cerrar la oficina, se iba a hacer esas excursiones en las que actuaba como un espía. Siempre imaginaba a Mary junto a él, o a alguien como Mary, e imaginaba también las vidas que se vivían entre aquellas paredes. Cuando ponía el coche otra vez en marcha y conducía hacia su casa, siempre lo hacía en un estado de profunda confusión de los deseos. No se permitía dar aquellos paseos demasiado a menudo. Una o dos veces al mes, como máximo. Se decía a sí mismo que le gustaba estar al corriente de todo, mantenerse informado. Advirtió la presencia de una chica sentada en el bordillo, a la espera de alguien que no llegaba nunca. Vio a un gato de pelaje a rayas anaranjadas que cazaba a un petirrojo y vio la vida que abandonaba el cuerpo del pajarito tan deprisa como se deshace un balón cuando estalla. Oyó conversaciones y música y en una ocasión le pareció incluso que oía los gemidos de dos personas que hacían el amor. Conducía hacia casa en un estado de esperanza creciente, enrarecida, casi dolorosa a causa de su intensidad. Había construido para su familia una casa nueva y sólida con todo un acre de tierra alrededor. Les había dado dos chimeneas y treinta y ocho ventanas y una puerta de entrada flanqueada por columnas de madera labrada, blancas y onduladas como pasteles de boda. Al apretar el botón del mando a distancia para abrir la puerta del garaje, era consciente de la presencia de las constelaciones —el Cazador, el Carnero, las Pléyades— y de la red de autopistas interestatales por las que circulaban, incluso en ese preciso momento, clavos, productos agrícolas, zapatos y tractores que se dirigían a sus legítimos hogares. Era consciente del sistema de tuberías subterráneas que trasladaba agua por un mundo de animales de madriguera y de raíces de árboles. Cuando la puerta del garaje se abría sobre sus poleas y sus cadenas lubricadas, se despedía de aquellos pensamientos suyos, comunes y desasosegados, y entraba en un reino de alegría. Le resultaba imposible explicar aquella sensación. Era un sentimiento de inminencia, de platillos gigantes que se desplazaban por el cielo nocturno y se acomodaban según un nuevo orden de acuerdo con un plan demasiado simple para el entendimiento humano. Pletórico de felicidad, guiaba el coche al interior del garaje. Allí estaban sus herramientas, colgadas en perfecto orden sobre el tablero blanco. Allí estaba su segadora mecánica, su prensa, sus tornillos y sus clavos en frascos con etiquetas. Esa noche se permitió permanecer sentado en aquella paz silenciosa del coche durante un minuto más. Acto seguido, entró en la cocina por la puerta lateral, en donde Mary le había guardado la cena hasta su llegada. En la puerta de la nevera había antiguos dibujos de Billy y de Zoé, sujetos con imanes en forma de fruta. Una manzana de plástico, una naranja, un plátano.

—Hola —dijo Mary. Estaba ocupada en hacer una lista. Llevaba unos pantalones rojos y un jersey de deporte.

—Hola —dijo él. Y con pasmosa rapidez, con la emisión de una sola palabra

apacible, la alegría se evaporó. Algo iba mal. Había algo que lo degradaba, incluso aunque ganara bastante dinero y respetara los votos matrimoniales y alimentara y vistiera a sus hijos.

—¿Cómo ha ido el día? —preguntó Mary sin abandonar la lista. Cuando se dedicaba a alguna tarea, se abstraía por completo de todo lo demás. Llevaba recogida su melena negra.

—Bien —dijo él—. ¡Qué bien huele!

—Chuletas de cerdo —dijo ella—. Y puré de patatas. ¿Tienes hambre?

—Estoy que me desmayo. ¿Qué es eso?

—Nada, una lista de lo que se necesita para la fiesta de cumpleaños de Zoé. Aún no puedo creer que yo misma haya invitado a ocho niñas a pasar aquí la noche.

Él meneó la cabeza y estuvo casi a punto de recuperar la felicidad clara y excesiva del garaje. Una esposa guapa, armarios de roble, un plato de chuletas y puré caliente en el horno. Quería ser feliz de una manera sólida, continua, hora por hora, y no de ese modo turbulento, con esos pequeños accesos que lo asaltaban en momentos raros, generalmente cuando estaba solo. Había trabajado muy duro. A veces le parecía que si actuaba como si fuera feliz, si decía lo que diría un hombre feliz, podría atrapar de nuevo la alegría. Podría asirla por sus alas invisibles y atarla firmemente a su pecho.

—¿Dónde están los niños? —preguntó con júbilo.

—Susan está en sus clases de *ballet*. Y Billy y Zoé están arriba, supuestamente dedicados a sus deberes. Hoy has llegado realmente tarde.

—Sí. Es que hay mucho trabajo.

—Ya lo sé. También aquí hay un montón de cosas que hacer.

Él tosió, y se limpió la boca con el dorso de la mano.

—No te quejas del dinero —dijo.

—Vaya, estás de humor —comentó ella. Prosiguió con la lista. Sujetaba el lápiz con una severidad furibunda y Constantine tuvo miedo de ella. Estaba enfadada, seria, y escribía la lista que sería grabada en el granito de la lápida mortuoria de Constantine.

—Trabajo a más no poder —dijo él—. Solo espero un poco de reconocimiento de cuando en cuando, eso es todo.

Ella añadió algo a la lista. Se oyó el ruido del lápiz al rasgar el papel.

—También yo trabajo —dijo ella—. De hecho, eso es lo que estoy haciendo ahora mismo.

Pareció como si la cocina creciese. Sintió que se encogía allí dentro, que era un hombrecito hambriento que permanecía de pie en el linóleo amarillo. Encendió la luz del horno y miró a través del cristal oscuro de la puerta para ver el interior.

—Bueno, ¿y cómo va esa cena? —preguntó. Su voz sonaba de nuevo alegre. Era la voz de un hombre feliz.

—Con, ya casi está lista, te la pongo en un minuto, pero, si la quieres en este

preciso instante, pues supongo que sabrás cómo abrir la puerta del horno, ¿no?

—Desde luego —dijo él. Cogió una manopla y sacó la cena del horno. Dejó los platos en el mármol y le quitó las tapas de cristal transpiradas.

—Tiene buen aspecto —dijo él.

—Refrescos, patatas fritas, pastas. Regalos. Quizás unos frasquitos de colonia. Bueno, no sé. Puede que todavía sean demasiado pequeñas para eso.

Constantine sacó un plato del armario. Se estaba sirviendo las patatas cuando Billy entró en la cocina.

—Hola —dijo Billy. A los doce era aún tan flacucho como a los cinco. En la piel, blanca como la leche, se le marcaban las protuberancias y salientes de su constitución huesuda. El rostro, una versión más angulosa del de Constantine, adoptaba poco a poco una expresión sagaz.

—Hola —dijo Constantine.

Billy fue hasta la nevera y cogió una Coca-Cola. Constantine sintió una opresión en la garganta, un acceso de posesividad. Esa Coca-Cola es mía, la he pagado yo.

—¿Qué tal va eso? —le preguntó.

—Bien —dijo Billy—. Estoy estudiando geografía.

—Geografía. —Constantine apretó el mango de la cuchara. ¿Por qué no lograba querer a aquel hijo? ¿Qué era lo que le faltaba? «Habla», se ordenó Constantine en silencio. «Qué tema de geografía».

—Geografía, ¿y en qué tema estás? —dijo Constantine. Dejó la cuchara en el mármol, pinchó una chuleta con el tenedor.

Muéstrame dónde estás situado en el mapamundi. Un chico que medita tanto, que vive en los libros. Un chico al que no le interesa conocer el nombre de las herramientas, que no manifiesta interés por los juegos al aire libre.

Billy se encogió de hombros. Destapó la Coca-Cola, que despidió un sonido sibilante.

—América Latina —dijo—. Los principales productos de importación y exportación.

—Muy bien —dijo Constantine—. Artículos de importación y exportación. De América Latina provienen un montón de diamantes, ¿verdad?

Billy le dirigió una mirada terminante, satisfecha. Constantine conocía aquella expresión. Era la máscara del vencedor, la profunda calma del talento que se sabe superior.

—No, papá —dijo Billy con una paciencia estudiada—. Nada de diamantes. Exportan plátanos, café y algunas otras cosas.

Constantine sintió que su mal humor crecía. Tal vez estaba equivocado. Tal vez eran otros países los que explotaban minas de diamantes. Tal vez se tratara de África, o de Brasil.

—Eres un chico listo, ¿eh? —le dijo—. Eres un chico realmente listo.

Quizá su voz había sonado con mayor aspereza de la que había pretendido. A

veces decía las cosas y, al oírse las, se daba cuenta de que no transmitían sus auténticos sentimientos.

—No sé —dijo Billy.

—No lo sabes. Bueno, entonces, ¿qué sabes? Tu madre no para de decirme lo inteligente que eres.

Miró a su hijo a la cara. Billy estaba de pie frente a él, con toda la fragilidad de su cuerpo enjuto y pálido. Sus ojos, exageradamente grandes para su rostro, parpadearon bajo el peso de pensamientos inescrutables.

—¿Dónde está Costa Rica, papá? —preguntó.

—¿Qué?

—Costa Rica. El país. ¿Sabes dónde está?

—¿Qué pasa ahora con Costa Rica?

Billy dijo:

—Es que se me ha olvidado. ¿Está al sur o al norte de Panamá?

Constantine le indicó con gestos que se marchara.

—Anda, ve —dijo—. Ve a terminar tus deberes.

—De acuerdo —dijo Billy. Miró de reojo a Mary y ella le devolvió la mirada con una complicidad abierta frente a la que Constantine contuvo el aliento. Sospechaba que estaban confabulados y se contaban historias acerca de sus flaquezas. Billy dio un sorbo a la Coca-Cola, dio media vuelta y se dirigió hacia la puerta de la cocina.

—Oye, oye —le dijo Constantine por detrás—. No me gusta nada tu actitud.

—Con, déjalo ya —dijo Mary—. Billy, sube a tu habitación.

Billy se volvió. Su rostro bullía presa de una emoción que Constantine no sabía con qué nombre designar. Podía tratarse de rabia. Y también de terror.

—¿Cuál es la capital de Dakota del Norte, papá? —dijo Billy.

—¿Con qué me vienes ahora, eh? ¿Qué estás diciendo?

—Con —dijo Mary. El tono preventivo de su voz no hizo otra que agravar su mal humor.

—¿Cuánto es siete veces nueve? —preguntó Billy—. Deletrea la palabra «almohada».

—Ya te he hecho una advertencia. ¿Quién demonios te crees que eres?

—Soy un chico listo —dijo Billy—. Eso es lo que has dicho tú.

—Ya está bien, vete de aquí inmediatamente. Cuando cuente tres, quiero que hayas desaparecido de mi vista. Uno.

Billy se marchó de la cocina. Constantine percibió el alivio en la expresión de Mary. Tenía la lista en la mano.

—Dos, tres —dijo. Se volvió hacia el mármol para acabar de servirse el plato. Había traspasado una chuleta con el tenedor cuando Billy chilló desde la escalera:

—La capital de Dakota del Norte es Bismarck.

Constantine salió disparado de la cocina y subió los escalones de dos en dos. Atrapó a Billy al final de la escalera. Mary lo siguió de cerca, vociferando, pero sus

gritos solo consiguieron echar más leña al fuego. Constantine cogió a Billy por sus delgados brazos y lo levantó en vilo.

—A ver, repite lo que me has dicho —dijo Constantine, y oyó la potencia compacta de su voz. Billy lo miró a la cara con una expresión obtusa, impenitente.

Dijo:

—Siete veces nueve hacen sesenta y tres.

Cuando Constantine lo abofeteó, sintió que borraba una deficiencia en la casa. Que cauterizaba una herida. Sacudió violentamente la mejilla de Billy con el dorso de la mano, le golpeó los dientes con una ira liberadora. Oyó a lo lejos el grito de Mary. La cabeza de Billy se movió hacia un lado, luego regresó a su lugar y Constantine volvió a darle, pero esta vez con la palma de la mano, con un golpe sólido y seguro como el que da un martillo para asegurar un clavo en la madera. Cuando soltó los brazos de Billy, este se desplomó y rodó unos cuantos escalones abajo, en donde Mary lo cogió y lo abrazó contra su pecho. Ella gritaba y lloraba, pero Constantine no entendía lo que decía. Miró hacia arriba y vio a Zoé que estaba de pie en el corredor, temerosa y con las manos asidas al vientre.

—Vuelve a tu habitación —le dijo.

La miró hasta que la vio entrar y cerrar la puerta. Luego pasó junto a Mary y su hijo y bajó las escaleras.

—¡Monstruo! —gritó Mary—. Eres un mal nacido.

Constantine no contestó. No miró hacia atrás. Caminó despacio, con una calma silenciosa, salió de casa y fue al garaje. Se metió en el coche. Controló la uniformidad de su respiración, abrió la puerta del garaje, puso la marcha atrás, aceleró el motor y arrancó. La aguja del velocímetro ya marcaba ochenta antes de que hubiera recorrido dos manzanas. Miró por el retrovisor y vio que la luz del porche de su casa se volvía cada vez más distante, unida al tumulto de las luces del barrio anónimo. Los latidos del corazón le retumbaban en la cabeza. Tenía el rostro encendido por la rabia y la vergüenza. Mientras conducía se prometió trabajar aún más duro. Se prometió que sería mejor, más bondadoso. Se dio cuenta de que, sin saberlo, había emprendido el camino hacia su urbanización, para observar la vida nocturna de las casas y para escuchar, como un penitente en la iglesia, el murmullo de las voces en el interior.

1968

El campo de golf era inmenso como un océano. Una pálida esquirra de luna en cuarto creciente recortaba sus contornos. Las constelaciones rutilaban y el viento del norte, el primero del otoño, agitaba las ramas de los pinos entre las estrellas. Susan estaba tendida en el amarillo tenue del cuadrado de la manta y con una mano empuñaba, de un modo solícito y precavido, el glande de Todd. Le miraba la cara para comprobar si había cambios.

—¡Ah! —murmuró Todd. De la boca y de la nariz le salía vaho blanco—. ¡Ah! ¡Oh! ¡¡Ah!!

—Chsss —dijo ella, a pesar de que él no había elevado el tono. Durante las horas rutinarias de su vida, él vivía contenido en su vasta humanidad con una desenvoltura sorprendente. Daba la sensación de que no le parecían en absoluto extraordinarias cosas como la de poder coger un tazón de sopa por los bordes con las puntas de los dedos o la de que sus pies ocuparan zapatos sólidos y potencialmente letales como bloques de cemento. Seguía las normas al pie de la letra, estrechaba las manos de los otros chicos y les decía, con profunda convicción, que su amistad lo hacía feliz. Pero por la noche, en el campo de golf o en el coche de su hermano, algo demasiado grande amenazaba con escaparse de él.

—¡Ah! —dijo él, y ella susurró de nuevo:

—Chsss.

Él avanzó a tientas por el muslo de ella, y ella deseó que su muslo fuera precioso, como alabastro bajo las ramas agitadas por el viento. Esperaba merecer su adoración, vestida con la falda y las medias, con la chaqueta de lana gruesa de él sobre los pechos desnudos y el círculo frío del anillo de su promoción en una cadena alrededor del cuello. Le deslizó los dedos bajo el elástico de las medias. Ella se movió nerviosa. El roce de los dedos en el vientre le produjo una sensación incómoda, perturbadora. Avanzó, tanteó y le frotó el vello del pubis (¿por qué era tan grueso?), y luego le metió uno de los dedos de un modo rápido, casi furtivo. El dedo empujaba hacia adentro, salía, volvía a empujar. Ella luchaba contra un temor que aumentaba. Era muy obstinado. Su dedo hurgaba en su interior en busca de algo más, de una misteriosa perfección de la que ella temía carecer. ¿Haría bromas sobre ella con sus amigos? Empezó a tocarle el miembro con movimientos más rápidos, porque sabía que en cuanto consiguiera que eyaculase se apaciguaría y volvería a ser él mismo, el Todd comedido y gregario de siempre. Para eliminar de la mente sus propios miedos se concentró en él, en la lanza venosa y en su punta morada, que le parecía de una extraña inocencia. El de Todd era el único pene que conocía, y cuando fantaseaba, siempre con sentimiento de culpabilidad, acerca de otros chicos, imaginaba sus pechos, sus piernas y sus culos, pero nunca sus genitales. En ese lugar, su imaginación colocaba un parche blanco. Los hacía vigorosos, atractivos y neutros, como caballos. Solo el pene de Todd aparecía en su particular geografía del cuerpo.

Se preguntaba si él comprendería la profundidad y el alcance de su lealtad. Se preguntaba si ese esmero, el interés escrupuloso y analítico que sentía, era a lo que la gente se refería cuando hablaba de amor.

—¡Ah! —dijo él con un sonido gutural, acuoso, y ella supo que ya estaba cerca. Le metió el dedo bien adentro. Podría haberle gritado para que parara, pero, en lugar de eso, siguió con la frotación del bálano, arriba y abajo, una y otra vez, con todo el empeño puesto en ello hasta que, con un gemido sofocado, disparó un rayo vagamente luminoso que cayó, a modo de gotitas redondeadas, sobre la superficie lisa de su propio vientre.

—Mmm —dijo ella, y a continuación—: Chsss.

Ahí estaba el olor a lejía. Ahí estaba la entrega del macho, aterradora y triste. Siguió cerca durante los espasmos, hasta que notó que el miembro se le ablandaba entre las manos y el dedo se sosegaba y salía de su interior, y entonces ella podía tenderse junto a él a consolarlo y a sentir el calor de su cuerpo.

No hablaron. Si la noche no hubiese sido tan fría, habrían podido quedarse a dormir allí. Susan estaba tendida con la cabeza sobre el pecho de Todd, que subía y bajaba a causa de la respiración agitada después del esfuerzo animal. Ella amaba ese momento, el momento en que podía tenderse al lado de él y quedarse allí en paz, compartida la posesión de la inmensidad de Todd. Le gustaba pensar que su propio cuerpo cabría entero dentro del de él. Podía usarlo como una especie de armadura. De la hierba ascendió un aroma húmedo y fresco, y contempló aquel vientre donde reposaban charquitos de semen, translúcidos en la oscuridad cambiante de la noche. Al principio, aquella descarga la había repelido, pero poco a poco la revulsión se había transformado en interés. Aquel jugo viscoso provenía del interior de Todd, de su más secreta intimidad. Todd, el presidente del último curso, a quien su madre le planchaba las camisetas. Aquel chorro de semen era tan impropio de él, que Susan no podía evitar que la conmoviera. Sus eyaculaciones implicaban de algún modo una pérdida, y a ella le encantaba consolarlo después. Observó los pequeños hoyos repletos, consciente de que un segundo más tarde se harían más transparentes, perderían su densidad y le resbalarían por las costillas. Ahora, todavía formaban espesos círculos blancos bajo el cielo de octubre. Tocó con el dedo una de las gotas, que titilaba, con una esfericidad perfecta, en su abdomen, justo por encima de la maraña del vello púbico. Se dijo para sí que lo que tocaba era la luz de las estrellas y el dolor de Todd, los ocultos deseos que él le revelaba solamente a ella. Levantó el dedo mojado, lo mantuvo en alto, expuesto al aire frío, y observó su centelleo opaco. Luego se lo llevó a la boca.

—¿Qué haces? —preguntó él.

—Te saboreo —le dijo. El gusto se parecía al olor, a setas y almidón vaporizado, aunque recordaba aún a algo más, algo vivo y profundamente humano.

Ella notó la pausa de la respiración de Todd.

—¡Vaya por Dios, Susan! —dijo.

—Es por motivos estrictamente científicos —dijo ella—. Los jóvenes siempre quieren saber.

Sin embargo, se percató de la poca consistencia de su tono. Había calculado mal. Lo que había hecho no quedaba dentro de la esfera de la gente enamorada. Resultaba sucia, sórdida.

Él preguntó:

—Bueno, y ¿qué opinión te merece?

—Lo cierto es que nunca va a sustituir a los helados.

—Supongo que no —dijo él.

Ambos rieron, pero entre ellos se había creado cierta sensación de vergüenza. Susan apretó contra sus senos la chaqueta de lana.

—Me estoy congelando —dijo.

—Sí, yo también.

—Creo que deberíamos irnos.

—Sí, me parece que sí.

Se levantaron y empezaron a vestirse. Todd sacó un pañuelo del bolsillo trasero de los pantalones y se limpió el estómago con movimientos rápidos e indiferentes, como si lo que limpiara fuera el parabrisas de un coche.

—Empieza a hacer demasiado frío para esto —dijo—. Creo que este año ya no volveremos a venir.

—No. Esta es la despedida del campo de golf.

Miraron a su alrededor como si de pronto los dos se hubieran sorprendido de encontrarse allí. Los hoyos resplandecían en los oscuros campos de hierba.

—Solíamos patinar sobre hielo, aquí —dijo Todd—. ¿No te lo he contado nunca? Por la noche, cuando tenía diez u once años. Dan, Ronnie y yo veníamos aquí y patinábamos arriba y abajo por todos estos montículos helados.

A ella se le aceleró el pulso. De pequeña ni siquiera sabía lo que era un campo de golf. La fachada de la casa adosada de su familia se manchaba a diario con el humo negro de la chimenea. Ahora era ciudadana de otro lugar, de un lugar de un verde exuberante, donde la luna en cuarto creciente daba su respuesta al estallido desafiante de las banderas de los hoyos. Miró deprisa aunque de un modo intenso el rostro plácido de Todd. Poseía una vivacidad inocente, grande como una montaña. Todos los rasgos de Todd —su rostro de impecable simetría, sus manos gruesas, la superficie llana y musculosa del estómago y el trasero— le recordaban a los continentes.

—Seguro que de pequeño eras un encanto —dijo—. Me juego lo que quieras a que eras insoportablemente guapo.

De hecho, podía imaginárselo: robusto y complaciente, alegre casi hasta la ostentación, la clase de criatura que nunca causa ningún problema a nadie.

Él se encogió de hombros, satisfecho. Le gustaba la leyenda de su propia historia. Le gustaba su suave trayectoria.

—Y tú —dijo él—, eras una princesa, ¿no?

Ella se alisó el cabello con las yemas de los dedos, lo besó en los labios. A veces resultaba difícil determinar la fábula que inventaban entre los dos. ¿Ella era una princesa salida de una tierra exótica y llegada para difundir su rareza misteriosa en el campo de golf y en la heladería Dairy Queen? ¿O era la niña empobrecida de los cuentos de hadas con tan solo una posibilidad entre mil millones?

—Vamos —dijo ella—. Tengo la sensación de que mi padre hoy esperará levantado.

—De acuerdo —dijo él. Si la hubiese retenido en su abrazo un minuto más, si hubiese dicho que le daba exactamente igual su padre, sus dogmas y su cólera, ella habría iniciado el largo proceso de enamorarse de él. Pero la fortaleza de Todd estaba en hacer precisamente todo lo que se esperaba de él. Era conocido por su cooperación efusiva y jovial. A veces citaba a Will Rogers: «Nunca he conocido a nadie que no me gustara».

Plegaron la manta y atravesaron en silencio la pendiente del hoyo catorce. Todd le pasó el brazo por los hombros. Ella percibió el sonido potente de su resuello, y casi podía notar el funcionamiento uniforme y seguro de su corazón. Cuando llegaron al coche del hermano, él se apoyó en el capó y la atrajo hacia su pecho. Emanaba una especie de cálida atmósfera propia, endulzada con la fragancia de su colonia Old Spice. De pie junto a él, Susan tenía reminiscencias de un patio de granja: heno fresco y las grupas peludas y bien nutridas de los animales.

—Susan —susurró él, y ella notó su aliento en la oreja.

—Qué.

—Oh, Susi, realmente me pareces fantástica.

Ella rio, y acto seguido se engulló la risa y lo besó con ternura en la oreja. Él mantenía una lucha interna con algo.

—Tú también me pareces fantástico, mi amor —dijo ella con un susurro. Fue como si en su interior hubiera una voz que dijera: Esto es romántico. El asfalto de la carretera, como estaño en la oscuridad, se perdía serpenteante entre árboles y porches diseminados aquí y allá. En el Chevrolet del hermano de Todd centelleaban todos los elementos relacionados con el privilegio y la buena suerte. Entonces, ¿por qué una parte de ella permanecía impasible? ¿Cómo era capaz de mantener la objetividad, la habilidad para catalogar, la parte que reconocía los coches y las luces de los porches y los tildaba de románticos? Lo que quería era perderse.

—Este es nuestro último año —dijo Todd—. Después de esto todo cambia.

—Sí, ya lo sé. Será divertido. Me refiero a la universidad y todo lo demás.

Él le recorrió la espalda con un dedo.

—Claro —dijo—. Va a ser genial. Es solo que... bueno, da igual.

—¿Qué, cariño? ¿De qué se trata?

—He estado aquí toda la vida, ¿sabes? Nunca he estado en ningún otro lugar.

—Ya lo sé —dijo ella.

Él tomó aire con tal intensidad que se sintió comprimida entre sus brazos y su pecho, que se había ensanchado al respirar. El anillo se le clavó entre los senos.

—Este es el adiós al campo de golf —dijo él.

—Eso, de momento. Podemos volver en primavera. Todd, cariño, todo va a ir bien. Todo va a ser maravilloso.

—Claro —dijo él—. Ya lo sé. ¿Qué crees? ¿Que no sé lo maravilloso que va a ser todo?

El tono quisquilloso de su voz la sorprendió. Todd no se mostraba nunca irritable ni arisco. Era como una mesa servida con naranjas y una jarra de leche.

—Lo es, mi amor —dijo ella con viva determinación—. Piensa en la universidad. Piensa en el montón de cosas que van a suceder. Va a ser todo un mundo nuevo.

Él meneó la cabeza.

—A mí me gusta este mundo —dijo. Miró más allá de ella, hacia el campo de golf, donde los pinos proclamaban sus figuras irregulares contra el cielo.

—También a mí me gusta —dijo ella.

Apartó la vista de ella y miró con una intensidad violenta y escudriñadora hacia la hilera de casas que se recortaban en la oscuridad junto a la carretera.

—¿A ti te gustan las casas de dos pisos? —le preguntó—. Yo siempre he querido tener una casa con una planta superior, estas obras de una sola planta no acaban de parecerme verdaderas casas.

Susan creía que conocía la verdad acerca de Todd y de sí misma. Aún se sentía ávida de poseer todo lo que no había tenido nunca y no podía imaginar que se pudiera querer todavía más. Era la más fuerte de los dos, aunque él disfrutaba de todas las ventajas. Fue como si la realidad estallara en el interior de su cabeza: no tenemos nada en común. A continuación la invadieron los remordimientos. Él la necesitaba. Tenía que ayudarlo a mantenerse dentro sí mismo. De otro modo, el chico que vivía en él podía ponerse a volar y a correr con gritos aterrorizados por esa carretera vacía.

—Me gustan las casas de dos pisos —dijo—. Claro que me gustan. Y ahora, ven aquí.

Lo besó y volvió a perderse una vez más en la estabilidad del Chevrolet y en la cálida dulzura equina de su carne. Él era corpulento y sumiso. Algún día lo abandonaría y empezaría a enterarse de la cantidad de cosas que pueden ocurrirle a una chica lista y guapa. Pero por el momento, era suyo. Poseía derechos ilimitados sobre su carne, sobre esa vida de esfuerzos y gratificaciones. Enseguida estuvieron dentro del coche, donde, por primera vez, ella permitió que le pusiera entre las piernas la cabeza dulce y vagamente impersonal de su pene.

Había terminado una pelea. Pudo notar su peso en cuanto atravesó la puerta.

—Hola —gritó alegremente en la cocina vacía.

Todo estaba en orden: los platos resplandecían en el escurridero, el mármol estaba limpio y las hileras de moldes de cobre (un pez, una estrella, un conejo) brillaban sobre la maceta del helecho.

Salió de la cocina y se detuvo ante su propio reflejo en el espejo del pasillo. Llevaba bien el pelo y la ropa todavía parecía limpia y planchada. Aunque la mayor parte de las veces intentaba contener sus fantasías, dejó que su imaginación se fuera al campo de fútbol donde se pronunciaba su nombre en voz alta mientras le colocaban en la cabeza una corona que brillaba de un modo apabullante en el aire cegador. Se miró de arriba abajo. ¿Era una reina o una princesa? ¿Había permitido que Todd fuera demasiado lejos? Se quitó una brizna de hierba del cabello y, puesto que no tenía bolsillos, se la deslizó en el interior de la blusa.

Fuera lo que fuese lo que había ocurrido, también se había acabado. Todo el mundo estaría en la cama. La única prueba de la discordia, además de esa carga invisible que perduraba en el ambiente, eran las lámparas, todavía encendidas en las habitaciones vacías. Seguramente el padre se habría marchado por ahí y la madre habría subido presurosa a la habitación y se habría quedado dormida. Susan recorrió la casa y apagó las luces mientras intentaba dejar de pensar en sí misma coronada, llorosa, elegida. Desde que se habían trasladado a vivir allí, se había enterado de algo que no sabía nadie más en la familia. Se había dado cuenta de que en aquella casa todo era de imitación. Los sofás y las sillas tapizadas de rosas, el castaño brillante de las mesas y el bronce refulgente de las lámparas, todo el mobiliario era falso, fijado con grapas y colas. Resultaban estridentes de tan nuevo. Despedían un aroma sutil a productos químicos. Solo ella, Susan, había estado en casas de verdad. Su madre, su pobre madre, pensaba que un joyero de cuero azul con incrustaciones de oro era el colmo de la elegancia y del buen gusto. Su padre se sentía tan afortunado como cualquiera de aquellos en cuyas ventanas se reflejaban los olmos y el césped de esas anchas avenidas. Pero ella había mirado realmente hacia adentro. Y sabía que las casas de otra gente estaban llenas de libros. Que las casas de otra gente se armonizaban con la presencia majestuosa de los relojes antiguos.

Al apagar las luces de la cocina, advirtió la presencia de una figura de pie en el patio de atrás. Al principio pensó que se trataba de su padre, y sintió que la recorría un escalofrío. ¿Por qué estaba ahí afuera en aquella actitud? ¿Qué iba a hacer? Entonces la figura se llevó a la boca el resplandor anaranjado de un cigarrillo y, bajo aquella luz, descubrió que se trataba de Billy. Salió por la puerta corredera de cristal y se quedó de pie en el porche de hormigón.

—No deberías fumar —dijo.

Él seguía de pie en la hierba, sin moverse. Solo fumaba.

—Te lo has perdido —dijo—. Ha sido algo colosal.

—¿Está bien todo el mundo?

—Supongo. Mamá y Zoé están en la cama.

Ella se cruzó de brazos y levantó la vista hacia las estrellas. Todd debía de estar a punto de meterse en la cama, con la parte de abajo del pijama puesta. Y una fila de trofeos, de hombrecitos dorados con pelotas de baloncesto, debía de brillar en el estante situado encima de su cabeza como si se tratara de sueños abundantes y

petrificados.

—No lo hagas tan dramático —le dijo—. ¿Por qué siempre le das tintes tan dramáticos, Billy?

—Pues porque las cosas suelen ser bastante dramáticas. Seguramente no me harías esa pregunta si hubieses estado aquí hace una hora.

Poco a poco, con un profundo cansancio, caminó por la hierba hasta donde estaba Billy.

—Hace una noche preciosa —dijo.

—Supongo —contestó él—. Supongo que tú a esto lo llamarías una noche bonita.

Ahora tenía quince años, cursaba el segundo año de bachillerato y, en lugar de crecer, era como si se hubiese detenido en una especie de niñez resentida e inacabable. No tenía inquietudes. Se vestía de una manera ridícula, con pantalones acampanados llenos de parches y camisas floreadas y enormes. Sus únicos amigos formaban un grupo de *hippies* y maleantes que merodeaban por los alrededores del instituto como gatos vagabundos. Todd era bastante amable con Billy, pero ella sabía que no acababa de gustarle. No, eso no era cierto. A Todd le gustaba todo el mundo. Era que no respetaba a Billy. Lo veía como una cosa rara, como un tipo cómico. Decía: «Ese hermano tuyo es un auténtico chiflado».

—¿Por qué ha sido? —preguntó.

—¿Y qué más da? Al fin y al cabo, ¿eso qué tiene que ver?

Billy fumaba el cigarrillo con ansiedad. Su rostro estaba constituido por unos cuantos puntos sobresalientes y otros tantos espacios lisos, vacíos. La protuberancia huesuda de la nariz y el mentón, las mejillas hundidas y una boca que se resistía a adoptar alguna forma definida. Tenía la piel llena de acné. A Susan le preocupaba que aquellas características imperfectas se convirtieran en algo incurable.

—Papá está pasando por un momento difícil —dijo ella—. Ahora tiene un montón de responsabilidades. Creo que deberíamos ser pacientes.

—Claro —dijo él—. Sería mejor que entraras, aquí fuera hace frío.

—Estoy bien. Y por cierto, ¿de dónde has sacado ese cigarrillo?

—Hay cantidad de cosas que no sabes sobre mí. Tengo una vida completamente distinta a esta.

Ella meneó la cabeza.

—Creo que me voy para adentro. Estoy agotada.

—De acuerdo.

—A veces pierde el control. Eso es todo —dijo—. Estoy segura de que mejorará. Lo intenta. Hay que tener paciencia.

—¿Te has dado cuenta de que nunca rompe cosas? —dijo Billy—. Yo solía pensar lo mismo que tú, o sea, que sí, que pierde el control. Pero esta noche, después de la pelea, me he dedicado a mirar al pollito de cristal que hay en el antepecho de la ventana. ¿Sabes? Ese pollito está con nosotros desde hace tanto tiempo como mi memoria alcanza, siempre sentado ahí, a la vista, y nunca se le ha ocurrido tocarlo.

Así que, últimamente, he estado pensando que a quienes quiere hacer daño es a nosotros. Sabe muy bien lo que hace. Si realmente perdiera el control, habría hecho añicos ese pollito hace un montón de tiempo.

—¿Te ha hecho algo?

—¿Papá? Qué va. Nunca me ha puesto la mano encima.

—Billy, ven aquí, a la luz.

—Estoy bien.

—Dime qué ha pasado.

—Solo un par de bofetadas. Con toda la mano. Fueron como besos.

—Quiero que vengas aquí a la luz. Quiero verte.

—Déjalo ya —dijo él—. Estoy bien, de veras. Solo quiero decirte una cosa.

—¿Qué?

—Algún día lo mataré y cuando lo haga no quiero que haya nadie que diga que perdí el control. ¿De acuerdo? Cuando lo mate no le voy a hacer daño a nadie más, ni voy a romper absolutamente nada. Pero quiero que quede claro. Quiero que digas que una noche estuviste aquí afuera conmigo, y que yo te dije que iba a matarlo. Solo a él. A nadie más. ¿Lo harás? ¿Harás eso por mí?

Ella apretó los brazos cruzados contra el pecho aún más fuerte.

—Eres un estúpido —le dijo—. A veces me pregunto si te das cuenta de lo estúpido que eres.

Susan estaba tendida en la cama, con la luz apagada. Las margaritas rosadas se arremolinaban en la oscuridad sobre el empapelado. Cuando oyó el ruido del coche del padre se levantó, se puso la bata y bajó. En su camino hacia la cocina miró por la ventana del comedor, pero no logró ver a Billy en el patio de atrás. Quizá se había ido a la cama. O quizá se había ido a caminar por el barrio. Sacó la leche de la nevera y justo cuando ponía el cazo sobre el quemador, apareció el padre.

—Hola, papá —dijo.

Él se quedó quieto en el vano de la puerta y la miraba como a alguien a quien había conocido mucho tiempo atrás, pero como si no recordara el nombre ni las circunstancias del encuentro. ¿Estaría bebido?

—No podía dormir —dijo ella—. ¿Te apetece beber un vaso de leche conmigo?

—Susan —dijo.

—Siéntate. —Le ofreció una silla para que se sentara a la mesa.

—¿Cómo estás, Susan? —preguntó—. ¿Cómo van los estudios?

Conocía su forma de hablar: la articulación esmerada, la seriedad grave y cortés. Cuando iba bebido, recuperaba su acento.

—Los estudios, bien, papá. En fin, los estudios son los estudios. Siéntate. Esto se calienta en un minutito.

Él se apoyó con cuidado contra la nevera. El rubor y la inocencia de su rostro recordaban a un niño. Todavía llevaba puesta la ropa de trabajo, la camisa blanca y la corbata a rayas oscuras. Podía pegarle a Billy, salir de casa a grandes zancadas para ir

a emborracharse y regresar horas después con el nudo de la corbata perfecto.

—Serás la reina del baile —le dijo—. Cariño, me siento muy orgulloso de ti.

—De la fiesta del curso, papá. El baile es en primavera. Y, como esta noche, seré solo una princesa. Lo más seguro es que la reina sea Rosemary. Se ha criado aquí y tiene unos tres mil millones de amigos en el instituto.

—Serás la reina —dijo—. Sí, seguro que serás la elegida.

La leche empezó a subir por los lados, y ella la removi6 un poco.

—Esto no es Elizabeth Street, papá —dijo—. Aquí hay un mont6n de chicas bonitas. Y no te puedes ni imaginar c6mo visten.

Entonces tom6 aire, como si quisiera meterse la 6ltima de sus frases en la boca para tragársela. «No te quejes por el tema del dinero, no al menos cuando est6 como ahora». Pero el rostro de 6l permaneci6 inmutable. Continu6 con la vista dirigida hacia ella, con los ojos h6medos y desorientados.

—Princesa —le dijo—. Te van a hacer reina. Te lo prometo.

6l era grande, peligroso, y estaba repleto de amor. ¿Qu6 suceder6a si no la eleg6an?

—Ser una de las princesas ya es todo un honor —dijo ella—. Y ahora siéntate, papá. La leche ya est6 lista.

Se preguntaba d6nde habr6a ido Billy. Sab6a perfectamente que no iba a matar a su padre, pero si entraba en la cocina ahora y se comportaba seg6n de qu6 manera, nadie pod6a predecir la reacci6n del padre.

—Tú eres algo m6s —le dijo, mientras se sentaba en una silla—. ¿C6mo va todo? ¿Eres feliz? ¿Qu6 tal Todd?

—Todd es Todd —dijo ella al tiempo que serv6a la leche humeante en dos tazas.

—Todd es Todd y los estudios son los estudios —dijo 6l—. No es que suene demasiado bien. No suena a felicidad.

Ella coloc6 una de las tazas en la mesa, frente a 6l.

—No me hagas caso —dijo ella—. Todo es fant6stico. Creo que me ha dado un ligero ataque de angustia estudiantil, o algo parecido.

—¿De qu6?

—De angustia estudiantil. La necesidad imperiosa de haber acabado con los estudios justo en el momento en que casi se ha llegado al final. Es algo que tiene confundida a la ciencia m6dica.

6l mene6 la cabeza. Mir6 la taza de leche.

—Tu hermano y yo hemos tenido un peque6o enfrentamiento esta noche —dijo.

6l deseaba tantas cosas. Pod6a causar tanto da6o.

—Ya me he enterado —dijo ella—. Me gustar6a que no os pelearais as6.

—No me lo digas a m6. D6selo a 6l. ¿Sabes lo que me ha llamado?

—¿Qu6?

—Me ha llamado esbirro. Esbirro, as6 como suena.

—¡Oh, papá!

—Como si hablara de la policía. Me ha llamado jodido esbirro, y perdóname la expresión. Así es como tu hermano habla últimamente.

—A veces no se le puede hacer caso.

—Y tu madre me ha dicho que me largara de casa...

Su voz sonó emocionada, con un tono grave. Se le ensombreció el rostro.

—Se disgusta mucho —dijo Susan—. Ya sabes que es muy sensible y estas peleas son demasiado para ella.

—Supongo que sí. Creo que tienes razón. Cuánto sabes ya, ¿eh? Hay que ver lo que sabes con solo dieciocho años.

—No tanto. Oye, papá, ya es tarde. Tengo que irme a la cama.

—Ojalá tu madre supiera la mitad de lo que sabes tú. ¡Santo cielo! Ojalá no estuviera siempre tan enfadada.

—Tengo que levantarme dentro de cinco horas...

El padre le puso una mano sobre la de ella. Ella distinguió en su expresión el amor, la ansiedad y una aflicción infinita.

—Susie —dijo. En su rostro apareció el gesto suplicante de un bebé, la misma necesidad enérgica y elemental.

—Estoy aquí —dijo ella—. Contigo.

No se movió. Estaba asustada y ligeramente excitada. No se trataba de deseo. O no exactamente de deseo. Oyó cómo pronunciaban su nombre en el campo de fútbol, vio cómo se elevaba la corona bajo los rayos de luz. Despacio, con ternura, tomó entre sus manos delgadas la cabeza grande y doliente de él, y acercó el rostro del padre al suyo. Su aliento despedía un fuerte olor a cerveza, pero no resultaba desagradable. Pensó que él se apartaría. No lo hizo. Estaba asustada. Dejó que el beso se abriera camino.

1968

Zoé sintió que se le atragantaban las palabras. En lugar de hablar, observó. La hiedra que poco a poco crecía en su maceta china perdía una hoja que aleteaba hacia el suelo. El polvo brillaba difuminado en el cuadrado de luz. Y un fantasma se deslizó por la alfombra mientras lloraba en silencio por todo lo que no podía encontrar.

—¿Zoé? —la llamó su madre—. Zoé, ¿estás ahí?

Ella asintió. Se oyó el taconeo de los zapatos de la madre contra el suelo de parqué. Su entrada fue una embestida de perfume y destellos artificiosos. Se oía el roce de las medias contra la falda.

—Muy bien —dijo—. Aún no estás vestida y tienes el pelo hecho un nido de ratas. Va a llegar dentro de veinte minutos, Zoé. ¿Te das cuenta? ¿Lo entiendes?

—Sí.

—En ese caso, ¿puedes ponerte en movimiento?

—Odio ese vestido.

La boca de la madre emitió el sonido de un suspiro de fastidio. La boca de la madre rechazó los antojos y se convirtió en una línea.

—El momento de decirme que odiabas tu vestido era la semana pasada —dijo—. La semana pasada aún estábamos a tiempo de hacer algo al respecto. Ahora quiero que te pongas ese vestido, te peines y te laves la cara. Exactamente en diez minutos. ¿Lo has entendido?

Zoé movió la cabeza en señal de asentimiento. Se toqueteó los dedos de los pies. En el piso de arriba, papá silbaba una canción que solo él conocía. Mamá odiaba que silbara, aunque jamás lo diría. Las canciones de papá eran como agujas clavadas en su piel y mamá había aprendido a disfrutar del dolor.

—Zoé. —Mamá asió a Zoé por el brazo, con sus manos de uñas pintadas de color rosa, y la arrancó con violencia de la silla—. Me estás volviendo loca, ¿sabes? Venga, vamos. Te voy a vestir yo misma.

Zoé dejó que mamá la arrastrara fuera de la habitación, subió las escaleras, junto a las fotografías. Se vio a sí misma cuando era un bebé, aterrorizada y embutida en pijamas cubiertos de ositos bailarines. Pasó junto a la boda de sus padres, y vio a Susan enfundada en su vestido de bautizo. Pasó frente a mamá cuando era joven, con un collar de perlas y una sonrisa ancha y esperanzada.

Zoé sabía que ella nunca se casaría. Una casada tenía que ser metódica. Tenía que vivir en una casa. Y Zoé iba a vivir al aire libre, iba a comer sopa hecha de corteza y agua de lluvia. Ella no estaba hecha para las casas.

—... No es tanto pedir —decía mamá—. Se supone que una niña de doce años tiene que ser capaz de arreglarse solita, y que no hace falta estar detrás de ella y vigilarla cada segundo. La verdad, a veces no sé qué hacer contigo.

Mamá la llevó a la habitación grande, donde el tiempo pasaba más despacio. Allí, una colcha blanca hablaba en silencio sobre la perseverancia de la blancura. Dos

bailarines de plata, un hombre y una mujer, miraban desde la pared detenidos en pleno salto. Mamá la sentó frente al tocador, donde se amontonaban en desorden jarros, tubos y frasquitos de cristal, toda una ciudad en miniatura de cosméticos. Tenía una vida propia, embarullada y confusa. Constituía el centro de algo.

Zoé viviría en alguna otra parte, se dejaría el pelo suelto. Olería a musgo y a pieles.

—Haz el favor de estarte quieta —dijo mamá, y levantó el cepillo—. No puedo evitar que te haga un poco de daño. Zoé, ¿se puede saber por qué tienes tantos nudos? ¿Qué haces con el pelo?

En el espejo redondo, Zoé vio su propio reflejo y el de mamá. Vio que ella constituía el final de la belleza. Tenía las cejas revueltas y la nariz de gancho. Algo que había empezado en mamá y había avanzado a través de Susan, se había estrellado contra sus pequeños ojos negros: su barbilla protuberante.

Ella era otra. No podía continuar con los hábitos de la familia.

—¡Uf! —protestó mamá mientras le pasaba el cepillo por el pelo. Papá silbó desde abajo, desde el pasillo, desde el lavabo. Al silbar él, mamá clavó el cepillo con más fuerza en aquella maraña de pelo negro. Zoé contuvo el dolor con un gesto.

—Estarás lista en un minuto —dijo mamá—. Si lo hubieras hecho hace una hora, que era cuando tendrías que haberlo hecho, ahora no tendríamos que correr.

La voz de Susan llegó desde el pasillo.

—Mamá, ¿has visto mi *brazadefanta*?

—¿Tu qué?

Susan se quedó de pie en la puerta. Su rostro apareció en el espejo.

—Mi brazalete de fantasía —dijo. Su rostro se acercó al de mamá. Estaban las tres juntas en el espejo. Los ojos de Zoé recogieron aquel silencio.

—¿No está en tu joyero?

—Se supone que ya he buscado ahí, ¿no?

—¿Y en el bolsillo del abrigo? Acuérdate de que la última vez que pensabas que lo habías perdido...

—Ya he mirado, pero no. He buscado por todas partes.

—¿Y tienes que ponértelo?

—Quiero ponérmelo.

Mamá emitió su sonido de agotamiento, ese pequeño gruñido que habitaba en el fondo de su garganta.

—Muy bien —dijo—. Acaba tú con el pelo de Zoé, y yo iré a buscar el brazalete de fantasía.

Tendió el cepillo a Susan. Abandonó el espejo y desde el corredor llegó el taconeo impaciente de sus zapatos.

—¡Por todos los santos, Zoé, mira cómo tienes el pelo! —dijo Susan. Despedía su ligero aroma a jabón. Emanaba ese optimismo tan suyo y la eficacia avisgada y segura que siempre la acompañaba.

—No quiero salir en la fotografía —dijo Zoé.

—Pues no hay escapatoria. Quieras o no, vas a salir. Y ahora prepárate, porque esto puede que te duela.

—¡Ah! —gritó Zoé, aunque en realidad Susan le hacía menos daño que mamá.

—Sé valiente.

—Odio que me hagan fotos —dijo Zoé—. Y odio el vestido que me ha puesto.

—Ya lo sé, ya lo sé. La vida es dura. ¡Pero bueno, mira qué nudo!

Papá apareció en el espejo. Le añadió su talla. Le sumó su rostro ansioso y belicoso.

—Hola, señoras —dijo—. ¿Cómo va eso?

—Aquí, lidiando con los pelos de Zoé —dijo Susan—. Es realmente asombroso. Parece pelo, pero cuando intentas pasar por él el cepillo, te das cuenta de que es otra cosa. Alambre, o algo así.

Papá puso una mano sobre el hombro de Susan.

—Hay que darse prisa —dijo con suavidad—. El fotógrafo va a llegar de un momento a otro. Y tu madre está que se sale de las casillas.

—Digo yo que aunque lo hagamos esperar cinco minutos no va a dejar de ser Navidad, ¿no? —dijo Susan.

Papá asintió, sonriente. Aquella había sido una buena respuesta.

—Encontrado —gritó mamá—. ¡Santo cielo! Estaba en el cesto de la ropa. Podría haberlo metido en la lavadora.

Entró en la habitación, pero no apareció en el espejo. Papá quitó la mano del hombro de Susan.

—Zoé casi está lista —dijo Susan.

Mamá apareció en el espejo. El ambiente ganó ciertas posibilidades bulliciosas, una especie de impaciencia electrizante.

—Déjame acabar —dijo mamá. Quitó el cepillo de las manos a Susan y se aplicó con tal energía al cabello de Zoé que hizo que salieran a la superficie del cerebro incluso los pensamientos más ocultos. Los ojos de Zoé se llenaron de lágrimas, sus pensamientos bulleron, pero no dejó escapar ni un solo sonido.

Más tarde, todos se sentaron en el salón, en la penumbra de la tarde, mientras el señor Fleming daba los últimos retoques. El señor Fleming era un hombre pequeño e inquieto, llevaba unas gafas gruesas y tenía un aspecto pasmado. Siempre había algo invisible, que solo él podía ver, y que parecía ocurrir un palmo por delante de su rostro delgado y serio. La cámara se aguantaba sobre las patas de cigüeña de un trípode, con su ojo ciego dirigido hacia la sala.

—A ver, tranquilidad todo el mundo —dijo, mientras bajaba un foco—. Van a ser tan solo unos minutos. ¿De acuerdo? Unos minutitos de nada.

Zoé estaba sentada en el sofá junto a Billy, que llevaba una chaqueta azul de cuyo bolsillo delantero sobresalía un pañuelo rojo, que parecía un secreto imponente. Billy se colocó de modo que su constitución pareciera más robusta, con las piernas bien

abiertas y los brazos extendidos sobre los cojines. Estaba convencido de que las cosas no tenían por qué ser necesariamente serias, aunque fueran importantes.

—Precioso vestido —le dijo a Zoé con disimulo. Ella se encogió, le ardía la frente. A veces Billy quería decir lo que decía y a veces quería decir exactamente lo contrario. El vestido era verde, e iba atado en la cintura con un lazo rojo del tamaño de una col. Cuando mamá se lo trajo a casa, ella se encogió de hombros con un asentimiento irreflexivo. Sea por lo que fuere, era como si no le hubiera quedado claro que tendría que ponérselo alguna vez y que esa vez estaba a la vuelta de la esquina.

—Los chicos que se queden en el sofá —dijo mamá—. Y tú y yo, Con, de pie aquí detrás. —A su alrededor había creado una atmósfera de pesadumbre insaciable y provocadora. Ya se preparaba para estar descontenta con todas las pruebas que enviaría el señor Fleming.

—Mamá —dijo Billy—. Eso es lo que hacemos todos los años.

—Bueno, sabelotodo —dijo mamá—, ¿se te ocurre alguna idea mejor?

—Este año yo quiero estar de pie —dijo Susan—. Sentada parezco gorda.

Susan llevaba el vestido por el que tanto había luchado, uno de volantes y faja de color esmeralda. Mamá había insistido en que no era suficientemente adecuado para la Navidad. Pero Susan imponía sus deseos con una singularidad glacial. Los deseos de mamá pretendían demasiado. Quería que Susan se pusiera un vestido más navideño, pero al mismo tiempo también quería unos nuevos mocasines de cuero fino para Billy y un peinado distinto para ella (¿parecería demasiado joven?) y seis cajas de luces blancas de Navidad en lugar de las luces de colores que había comprado. Por tanto, Susan siempre ganaba, con el conocimiento preciso del que hacía gala un joyero.

Mamá dijo:

—Va a quedar un poco raro que nosotros tres estemos de pie detrás del sofá y que Zoé y Billy salgan sentados.

—¿Por qué no te sientas entre Zoé y Bill —le dijo papá a mamá—, y Susie y yo nos quedamos aquí de pie?

La boca de mamá trazó su línea de siempre, que dijo su no en silencio, mientras se volvía hacia su interior. Llevaba el vestido rojo con un ramito de acebo y tres bolitas rojas de cristal que le temblaban en el pecho.

—¿Y qué tal si tú y yo nos sentamos en el sofá —dijo—, y los chicos se ponen ahí de pie?

—Zoé es demasiado bajita —dijo Billy—. No se le verá más que la coronilla.

Mamá asintió.

—De acuerdo —dijo—. Muy bien. Lo que sea. Me sentaré. Susan, tú ponte aquí detrás con tu padre.

Se sentía perdida en la multiplicidad. Quería posar detrás del sofá junto a papá, pero también quería nuevos discos de villancicos y una vajilla pintada a mano con

rayas de colores como las de los envoltorios de los caramelos y un collar auténtico de perlas para regalarle a Susan el día de la graduación.

—Preparados —dijo el señor Fleming—. Todos a sus puestos. ¿Listos?

Mamá se colocó en el sofá entre Billy y Zoé. Teñía el ambiente con un nerviosismo resplandeciente, con su arrogancia, con el débil sonido musical de sus pendientes. En tres semanas las postales llegarían de la imprenta: Felicitaciones de la familia Stassos.

—Señor Fleming —dijo—. ¿Qué le parece así? Como composición.

El señor Fleming movió el foco una fracción de centímetro. Observó a la familia Stassos desde su miopía anonadada.

—Muy bien —dijo—. Perfecto. Realmente perfecto. Susan, muévete un poquito hacia la izquierda de tu padre. Así. Ahí mismo. Perfecto.

Zoé se agitó sobre los almohadones del sofá. Colocó los brazos en un intento de disimular el lazo rojo de la cintura.

—Zoé, no te muevas —dijo mamá. Se acercó a Billy, le arregló el pañuelo del bolsillo. Le susurró algo, y a él se le escapó una carcajada que lo hizo contraerse. Zoé dirigió la vista hacia papá y Susan, de pie detrás del sofá. Por un momento, pensó que era como si Susan llevara un vestido de novia, todo brillo y encajes. Susan estaba junto a papá, radiante y tranquila.

—Muy bien —dijo el señor Fleming—. Todos tenéis aspecto de personalidades importantes. Y ahora me vais a dedicar todos una sonrisa, ¿verdad?

Zoé vio que ella no estaba en la fotografía. Se cambió de sitio, se movió hacia el centro. Aún no salía.

—¡Eh, Zoé! —dijo el señor Fleming—. ¿Una sonrisita para mí?

Ella asintió. Empezó a sonreír. La habitación se inundó de luz.

1968

Ya era demasiado tarde para no hacerlo. Los besos se habían convertido en algo que Susan permitió y ahora no existía ningún lenguaje con el que negarse a ellos. Ahora solo era posible dejar que ocurriera. El hecho de no decir nada hacía que fuera algo amorfo, sin principio ni fin. La única posibilidad era la de no decir que no.

Si no hubiera empezado ella, si hubiese sido inocente, habría sido quien dijera no. Una chica inocente podría haberlo hecho.

Pero ella, que era quien era y nadie más, dejaba que ocurriera. Lo deseaba. No es que no lo deseara. Y se trataba tan solo de besos y abrazos. Solo ocurría cuando él estaba bebido. Ella era una niña pequeña y era su niñera. Él la besaba con ilusión, de un modo festivo. Tenía mucho cuidado con las manos.

Él no tenía la culpa, no exactamente. Ella había empezado y ahora eso era así, un secreto que ambos compartían. Decir que no le habría dado un nombre.

Faltaban dos minutos para la segunda parte. La banda esperaba formada bajo las graderías y las trompetas y trombones despedían ligeros destellos dorados. Cuando Susan y Rosemary lanzaron el grito de victoria se sonrieron unos a otros. Dos minutos. Las cuatro animadoras dieron unos saltos mortales y Dottie Wiggins, popular a pesar de su apariencia, se dirigió hacia el público y, acompañándose con muecas, se enjugó la frente como si hubiese sido un gran esfuerzo. Las carcajadas se elevaron en el ambiente frío. Alguien lanzó una banderola, una cinta de color rojo encendido que recortó su figura contra el cielo oscuro.

—Victoria, victoria es nuestro grito, V-I-C-T-O-R-I-A.

Cuando volvió a empezar el partido, Susan y Rosemary se quedaron de pie una junto a la otra, con la vista en el campo.

—¿Estás nerviosa? —susurró Rosemary.

—No, un poco, ¿y tú?

—No. Vas a ganar tú.

—No, tú.

El balón se puso en juego rápidamente. Los jerséis color rojo oscuro chocaban con los anaranjados. A los oídos de Susan llegaban los gruñidos y los gritos, el sonido musical de un casco al golpearse contra otro. El balón salió disparado en espiral, dibujó un arco perfecto y Rosemary dijo en un susurro:

—¿Has visto a Marcia? Parece vestida para la fiesta de Halloween.

Susan asintió con un gesto. Marcia Rosselini era una chica guapa y vulgar que hacía de todo. Una vez que se anunciaron las candidatas elegidas, Rosemary le dijo a Susan:

—Marcia ya tiene a todos los chicos con los que se ha acostado para que le den su voto.

Susan no la despreciaba del mismo modo que Rosemary, pero se daba cuenta de que Marcia no era correcta. Desde luego, nadie podía negarle aquella melena

espléndida del color del chocolate, ni esos ojos de color avellana, ni la delgadez vigorosa de su cuerpo. Era la chica más guapa de todo el instituto. Pero pasaba de chico en chico y con todos llegaba hasta el final. Malgastaba su belleza como la heredera de una fortuna que se lo gasta todo en irnos cuantos años locos y brillantes. Los chicos se juntaban a su alrededor y gruñían y mordisqueaban como un grupo de perros hambrientos. Pero, finalmente, y a pesar de toda su buena suerte, Marcia acabó por convertirse en un caso patético. Porque ella misma alimentó a los perros. Porque reía a sabiendas de lo que ocurría y se vestía con faldas muy ceñidas y así iba a acabar en un piso en Elmont o en Uniondale, casada con el chico más sexy y más ardiente de todos, que esculpiría en su piel los años a fuerza de su mal genio y de sus malos hábitos. Las Marcias Rosselinis de diez o veinte años atrás podrían verse con el tiempo como camareras o como cajeras o en los porches de sus casas, dando coces a sus propios y salvajes hijitos. Habían vivido una vida de insaciables deseos y el deseo había ardidado hasta convertirse en cenizas entre sus manos hermosas y expertas.

Ser la reina del curso no era solo cosa de desearlo y conseguirlo, sino algo más largo y complicado. La reina de la fiesta del curso estaba predestinada. Tenía donaire. Era alguien singular. Era alguien lo bastante brillante para vivir sin vergüenza, y cualquier error que cometiera quedaba totalmente tapado por el resplandor de su nueva categoría.

—Marcia no puede ganar —dijo Susan—. Imposible. Vas a ganar tú.

—No, yo creo que ganarás tú —dijo Rosemary—. Tengo el presentimiento de que va a ser así.

De una manera impulsiva, Susan apretó la mano de Rosemary. De acuerdo, tenía que admitirlo, al menos ante sí misma. Su deseo de ganar era realmente desesperado. Necesitaba ganar, mucho más de lo que lo necesitaba Rosemary. No quiso reprimir las ganas de rezar. «Por favor, Dios mío, déjame ser la elegida. Déjame serlo».

En el intermedio, mientras la banda marchaba por el campo, Susan, Rosemary y Marcia esperaron juntas en la línea de meta. Susan y Rosemary llevaban puestos sus uniformes de animadoras. Marcia iba con un vestido escotado de color verde azulado y un zafiro en una cadena fina de oro. Tenía las clavículas prominentes y la cabeza pequeña y bien formada. Se había pintado la raya de los ojos con un trazo negro y grueso, y se había puesto sombra azul en los párpados. Miraba a Susan y a Rosemary con esa expresión soñolienta e irritada que se había convertido en una característica suya.

—Ya ha llegado el momento, chicas —dijo.

Rosemary sonrió y se quitó un hilito del jersey. Odiaba a Marcia igual que un ama de casa odia el desorden. Susan albergaba cierta admiración por su repelente confianza en sí misma, pero se mezclaba con el temor a lo que Marcia iba a hacer con su vida, de modo que su presencia le producía náuseas.

—Exacto —dijo Susan lánguidamente—. El gran momento.

Todd caminó sonriente hacia ellas, con los hombros echados hacia atrás y la mano

izquierda metida de un modo desenfadado en el bolsillo. Se movía como si las circunstancias, minuto a minuto, estuvieran hechas exactamente a su medida. Llevaba el sobre cerrado. Era su deber, como presidente de la clase, anunciar el nombre de la ganadora. Iba vestido con los pantalones grises y la chaqueta azul marino, ropa que Susan conocía tan a fondo como sus propias prendas. Se sintió de algún modo destacada, ensalzada, porque había apoyado la cabeza en aquella chaqueta, con los senos desnudos bajo las estrellas. Luego se sintió avergonzada por lo que había hecho, culpable. Le resultaba imposible saber qué tenía que sentir.

—Hola a todo el mundo —dijo Todd con una sonrisa—. ¿Estáis preparadas?

Todd creía firmemente en el deber y por eso no miró directamente a Susan. No le guiñó un ojo ni le dedicó una sonrisa a hurtadillas. Se condujo en su papel oficial como si su relación fuera cordial pero distante con las tres contendientes, y Susan, por un momento, sintió un odio amargo. Miró de reojo a Marcia, que probablemente consideraba a Todd como una especie de broma. Un jugador del equipo demasiado insulso y respetable.

—Bueno, acabemos con esto —dijo Marcia.

Susan se preguntó si realmente estaría tan segura y tan despreocupada respecto a su futuro como para que de verdad le diera lo mismo que la eligiesen o no. Si ganaba —por ser necia, guapa y por estar destinada a la ruina— ¿acabaría la tarde borracha, entre risas, con el maquillaje hecho polvo y la corona de piedras falsas colocada sobre la polla dura de Eddie Gagliostro? Susan experimentó una envidia más profunda aún que todo lo que había sentido por Rosemary o por cualquier otra de las chicas distinguidas y de buena conducta. Por vulgar y desenfrenada, Marcia se había colocado a sí misma en un reino en el que perder no significaba nada, porque tampoco ganar era importante.

Susan sintió a través del jersey que Rosemary le apretaba con suavidad el brazo, y aquello la hizo volver a la realidad. Rosemary era su mejor amiga, su hermana leal. Rosemary era lo que Susan quería ser. Todd guio a las chicas hasta el centro del campo, donde los miembros de la banda se habían puesto en semicírculo en torno al Cadillac verde claro que llevaría a la reina y su corte en el recorrido. Los chicos de los cursos inferiores estaban preparados con las cámaras fotográficas. Peggy Chandler, la reina del año anterior, esperaba para coronar a la nueva elegida. Peggy, una chica guapa y enérgica, que llevaba un vestido caro cubierto de amapolas rojas, había cogido el tren desde Albany, donde pronto iba a casarse con el ayudante de un abogado del Estado. Rosemary le deseó buena suerte a Susan, y esta hizo otro tanto. Se sentía aturdida, como si le faltara el aliento. El mundo se empequeñecía ante ella. «Por favor», se dijo en silencio. «Por favor, Dios mío». Ni Rosemary ni Marcia necesitaban la corona tanto como ella. Ya estaban bien encaminadas en sus propios destinos.

Las chicas estaban de pie frente al Cadillac, de cara a las graderías. Peggy Chandler permanecía a un lado y esperaba envuelta en su vestido, hermética y

satisfecha. Susan sabía el lugar en que se hallaba sentada su familia, aunque desde donde ella estaba no eran más que una parte de la multitud inquieta y expectante. El mundo era realmente grande. Había mucho que ganar y que perder. Todd subió a la tarima. A continuación ajustó el micro, dedicó unas muecas a los ruidos que producía y luego sonrió al público de una manera efusiva.

—Bienvenido todo el mundo. —Su voz retumbó hueca y profunda a través de los altavoces—. Bienvenidos alumnos y exalumnos. Esperamos que estéis disfrutando del partido. No. Debo corregir. Esperamos que os haga disfrutar la paliza abrumadora que estamos dando a los Panthers.

La noche se llenó de vítores y abucheos. Volaron las banderolas color rojo oscuro. A la luz de los focos se vieron caer cascadas de confeti.

—En estas tierras, los Trojans somos conocidos por nuestro espíritu de equipo, nuestro buen nombre y nuestra ferocidad en el campo de juego. Bueno, al menos algunos de nosotros. Otros son conocidos igualmente por su belleza y su encanto. Ha llegado el momento de coronar a la chica que mejor representa estas cualidades. Señoras y señores, es para mí un privilegio anunciar a la reina de la fiesta de la promoción de 1968.

De nuevo la multitud vitoreó, aunque no con tanta energía. Todd se acercó un poco más al micrófono. La silueta de su perfil lo mostraba solemne y concentrado. Tenía la frente estrecha y la nariz pequeña, una mandíbula tan prominente que Susan a veces imaginaba, sin proponérselo, la forma de su cráneo.

—Permítanme que empiece por decir que estas tres adorables señoritas merecen por igual convertirse en la reina. Las tres, cada una a su manera, representan el ideal de los Trojans. Pero la tradición impone que solo una de ellas pueda ser la elegida. De modo que, sin más preámbulos...

Alzó el sobre, de un blanco brillante. Lo abrió y extrajo una hoja de papel blanco. No hubo ningún cambio perceptible en su rostro ancho y plácido. Dijo:

—Permítanme presentarles a la primera princesa de la fiesta de 1968, Marcia Rosselini.

De la multitud surgieron gritos, vítores y algunos abucheos diseminados. Marcia sonrió y levantó la barbilla, como si retara a Peggy Chandler a colocar en su mano la rosa roja y única de la princesa. Rosemary y Susan se volvieron para mirarse en el mismo instante. Ambas supieron evitar que cualquier signo de alivio o de triunfo asomara a sus rostros. Rosemary dijo con el movimiento de los labios:

—Serás tú.

Susan sacudió ligeramente la cabeza y, también en voz baja, dijo:

—No. Serás tú.

Por un momento, Susan deseó que ganara Rosemary, para que en su vida no existiera la sombra de ninguna decepción. Por un momento deseó que la perfección de Rosemary creciera y creciera hasta encarnar todas y cada una de las virtudes femeninas y que, ella, Susan, pudiera convertirse en su acompañante. En su hija

bondadosa y estimada.

—Ha llegado el momento —dijo Todd en el micrófono. De pronto se hizo un silencio absoluto, quebrado tan solo por el leve zumbido de los altavoces y el lejano chillido del llanto de un bebé.

—Permítanme presentar a la princesa Susan Stassos y a la reina de la promoción de 1968, Rosemary Potter.

Rosemary y Susan se abrazaron. A Susan la invadió un gran alivio y un acceso de fervor. Sí, claro. Estaba claro que Rosemary iba a ganar siempre. Había nacido para eso. Sintió el roce del cabello de Rosemary y pensó: «Soy la primera en abrazar a la reina». El público vitoreaba. Cuando se retiraron, Rosemary lloraba y Susan cayó en la cuenta de que ella no.

—Enhorabuena —dijo. No esperaba que el tono de su voz sonara tan formal. Rosemary, bañada en lágrimas, lo agradeció con un asentimiento y Susan descubrió, con disgusto, hasta qué punto también su amiga había deseado ganar. Hasta qué punto había deseado abandonar el colegio con una victoria completa e inmaculada. Susan sintió que la rigidez se apoderaba de ella mientras Rosemary la mantenía abrazada. Rosemary había dicho, «Serás tú», cuando sabía— seguro que lo sabía —que Susan no podía ganar. Susan tenía un nombre griego. No era rubia.

Se separaron. Sonrieron a la multitud encendida. Peggy Chandler abrazó a Rosemary y colocó sobre su cabeza, suavemente, la corona de piedras falsas. Entregó a Susan una única rosa y la besó en la mejilla de un modo seco. A continuación, puso en brazos de Rosemary una docena de rosas envueltas en gasa. Susan miró a Todd de soslayo. Él sonreía, con la mirada dirigida hacia ella, que le devolvió la sonrisa mientras pensaba: «Sobreviviré. Puede que esto me cambie, pero sobreviviré».

La banda tocó *Polvo de estrellas*, y las tres chicas ocuparon su sitio en el asiento trasero del descapotable. Rosemary estrechaba la mano de Susan. No se hablaron.

Saludaron con ademanes al público. Mientras el coche recorría lentamente su trayecto por la pista ante el ruido y los movimientos de los espectadores, Susan manoseaba el tallo de su única rosa al tiempo que se preguntaba qué había esperado. Tal vez se había sorprendido de que sus expectativas se cumplieran con tanto rigor. Tal vez había creído que la suerte incontestable de Rosemary, la facilidad con la que siempre había ganado, de alguna manera la descalificaba. Mientras el coche daba la vuelta al final de la pista, Susan comprendió que la capacidad de sorpresa del mundo era limitada. La realidad prevalecía sobre los sucesos improbables. Una chica pobre —una chica de piel oscura, extranjera— podía llegar a ser princesa. El horizonte no se extendía más allá.

Cuando el coche acabó el circuito, se indicó a las chicas que permanecieran en el asiento trasero y que siguieran saludando a la gente hasta que la banda acabara su número. Luego Todd abrió la portezuela trasera. Marcia fue la primera en salir, seguida por Rosemary, cuya aparición provocó numerosos aplausos. Cuando salió Susan, Todd la abrazó con tanta fuerza que la hizo resollar.

—Estoy muy orgulloso de ti —le dijo con un susurro.

Cuando la soltó, ella examinó su rostro en busca de alguna señal de compasión o de desencanto. No vio nada parecido, pero era imposible fiarse de él. Aseguraba que nunca había conocido a nadie que no le gustara.

Varias chicas de las que habían albergado la esperanza de figurar como candidatas y que habían quedado eliminadas felicitaron a Susan, quien empezó a saber, por primera vez en la vida, la singular benevolencia que el mundo brindaba a los que no ganaban. Rosemary estaba a unos cuantos metros de ella, al lado de su novio, Randy, y en su rostro brillaban las lágrimas. Esa noche quedaba indemne a sus espaldas: una juventud de éxito ilimitado. Las luces de los *flashes* se disparaban e iluminaban la corona de Rosemary. Susan parpadeó y vio la imagen roja y fosforescente de la corona.

—Los encargados del anuario me han dicho que debía manteneros a las tres juntas para las fotos —dijo Todd con gentileza. Se expresaba de una manera desacostumbrada. En una situación normal, Todd habría dicho: «Tenéis que estar juntas para las fotos». En una situación normal, no reconocía diferencia alguna entre lo que se esperaba y lo que era necesario. Estrechó a Susan por el cuello y ella le rozó el puño de la camisa con las uñas.

Otras dos chicas se acercaron a felicitar a Susan y luego su familia emergió de entre el gentío. La madre fue quien antes la alcanzó y la estrechó enseguida contra su pecho.

—Se te veía realmente guapísima todo el rato.

El padre le dio un golpecito en la barbilla con el pulgar, rio y comentó:

—Tongo. Habría que volver a contar los votos. ¿No opinas lo mismo, Todd?

Todd dijo:

—Señor, en mi mente no cabe ni la menor duda sobre quién es la ganadora.

El padre asintió y se encogió de hombros.

—Rubias —dijo—. El mundo se vuelve loco por las melenas rubias. Yo, personalmente, no lo he entendido nunca.

Susan se acercó a Todd. El padre la responsabilizaba, aunque no quisiera admitirlo. Ella nunca había dejado de tener matrículas de honor, ni había perdido ninguna elección. Había tenido el papel principal en la función de *ballet*. Y ahora aparecía destronada, con una única rosa, mientras las cámaras disparaban sus *flashes* en tomo a una chica que, en cierto modo, había trabajado con más ahínco, había empleado encantos más sutiles, había sido más. Susan Stassos era una doncella. De tres hermanas, ella era una de las dos con las que el príncipe había rehusado casarse. Ahora pertenecía a su padre.

Zoé se quedó rezagada, algo turbada. Sin embargo, Billy cogió a Susan por el brazo y le dijo:

—Por esto deberían concederte el mismísimo corazón real. Quiero decir que todo lo que te quede de vida te va a parecer coser y cantar comparado con lo de hoy.

No quería ser esa chica rencorosa, de pie con su rosa envuelta en papel crepé que avanzaba a empellones por el bar mientras la banda tocaba *Cherish*. Ya que no había podido ganar, quería al menos parecer indiferente como Marcia, que estaba al lado de la pista de baile, orgullosa como una amazona cautiva y rodeada de sus amigas — chicas vulgares, maquilladas y con minifalda— y con Eddie Gagliotra, un muchacho guapo y de mal genio que, en palabras de la propia Marcia, solo servía para una cosa. Una de sus amigas dijo a gritos: —Vámonos al lavabo a fumar, princesa.

Marcia rio. Quizá se mostraría lo bastante hábil para escapar a su destino, al apartamento de dos plantas y al marido violento incapaz de conservar un empleo. Antes de que se marchara a fumar, Eddie le susurró algo al oído que le suscitó una sonrisa cómplice. Eddie tenía los labios gruesos, la nariz partida y en la frente siempre le centelleaba un bucle de pelo grasiento. Susan fingía que escuchaba a Dottie Wiggins, aunque, en realidad, lo que hacía era imaginar qué sentiría si fuera Marcia aquella misma noche pero más tarde, borracha y desnuda en un coche o en una habitación prestada. Imaginaba a Eddie, con esos labios gordos y obscenos. Dottie Wiggins decía algo sobre la universidad y Susan pensó en Eddie, en el placer vanidoso y despectivo que sentiría al hacer que una chica perdiera el control. Irrumpía en las casas y amedrentaba a los niños. A Billy lo había amenazado dos veces en los vestuarios. Susan imaginaba los tendones de sus brazos y de sus muslos, su lengua insolente, los músculos sobresalientes de su pecho y de su estómago. Regresó, ruborizada, a Dottie Wiggins, quien en ese momento decía:

—... Tufts es mejor escuela, pero creo que sería mucho más divertido ir a la Universidad de Colorado, y digo yo que divertirse es importante, ¿no?

—Yo no creo que aquí la gente se divierta en absoluto, la verdad —dijo Susan—. Me parece que hemos aprendido tan solo a hacer mucho ruido y a llamarlo diversión.

Dottie le dirigió una mirada suspicaz.

—Bueno —dijo—, si quieres ponerte trágica y profunda.

Susan dio unas vueltas a la rosa entre sus manos.

—No, encanto —dijo. Nunca había llamado «encanto» a ninguna chica. «Encanto» era la palabra que usaba Marcia con la gente empalagosa—. No, no quiero ponerme trágica. Lo que quiero es divertirme, divertirme de verdad. Lo digo sinceramente.

Sabía a lo que se exponía. Así daba pie al inicio del rumor. Susan Stassos se vuelve rencorosa a causa de su derrota. Dottie se lo diría a todo el mundo. Era una buena imitadora. Se pondría en el papel de Susan, la mostraría rígida al lado de la pista, con la rosa entre las manos y, con una voz que tomaría prestada de Marlene Dietrich, le haría decir: «Encanto, aquí nadie se divierte de verdad».

—Bueno —dijo Dottie—. En esto no hay truco. Divertirse es la cosa más fácil del mundo, especialmente para alguien como tú.

—Alguien como yo —dijo ella.

Pensó en irse a casa aquella noche. ¿Estaría despierto su padre? ¿Habría bebido?

Ahora que era aún menos de lo que había sido, ¿cómo iba a decir que no? ¿Cómo iba a decir que sí?

Todd volvió de alguna de tantas obligaciones como tenía que atender.

—Hola, Susi —dijo—. Hola, Dottie.

—Hola, Todd —dijo Dottie de un modo animado y burlón. La atormentaba la envidia, estaba tensa y sus esfuerzos por resultar fresca, divertida y despreocupada casi habían conseguido consumirla.

—Susi, ¿quieres salir un momento? —preguntó Todd—. Hace una noche preciosa y me gustaría tomar un poco el aire.

—De acuerdo —dijo Susan—. Hasta luego, Dottie.

—Hasta luego —dijo Dottie.

Susan salió con Todd, consciente de que en cuanto desapareciera, Dottie buscaría a alguien para contárselo todo. «Aquí nadie se divierte de verdad».

Susan caminó con Todd hasta el parque de cemento que había afuera de la cafetería y donde los estudiantes podían estar cuando dejaban de bailar. Más allá del parque, cruelmente iluminado, se encontraba la mole del gimnasio y un poco más allá el campo vacío de fútbol. Había otras parejas que susurraban en el resplandor del círculo de luz. Uno de ellos, un chico emprendedor de penúltimo curso, abandonó a su pareja para estrecharle la mano a Todd y hablarle sobre su propia y ya cercana campaña para la presidencia del año siguiente.

—Enhorabuena, Susan —añadió el chico.

Susan le dio las gracias. De su jersey de animadora surgieron rayos de color rojo oscuro que se deslizaron por el aire deslumbrante al tiempo que Todd se libraba del chico y la conducía al lugar donde se perdía la luz. Y allí, en la apacible oscuridad, brillaron los cigarrillos. Algunos fragmentos de nubes pasaron rápidos sobre la luna.

—¡Menuda noche! —dijo Todd.

—Sí, pero, para serte sincera, te diré que estoy contenta de que casi se haya acabado.

Él vaciló. Tenía algo que decir. Susan pensó: «Si está ensayando un discurso de consolación para mí, romperé con él». Esperaba que lo hiciera. Estaba preparada para gritar.

—Susi —dijo—. Susan...

—Dime.

Jugaba con la rosa de un modo insolente. Iba a decirle que pensara en todo aquello como en una experiencia edificante, que diera gracias a Dios por darle una oportunidad así para fortalecer su carácter. Pensó en Marcia, a quien habían llamado «princesa» como si fuera un chiste. En Marcia y en su salida al mundo, poderosa y libre.

—Bueno, verás —dijo Todd—, he estado pensando.

—¿Y?

—En el año que viene, sabes, no hemos hecho solicitudes para los mismos

centros y ahora es demasiado tarde.

—Ya lo sé.

—Y en realidad no hemos hablado sobre la cuestión.

—Es verdad. No lo hemos hecho.

—Así que he estado pensando, Susi, que donde sea que vaya, quiero que vengas conmigo. Tanto si es Yale como si es Princeton.

Se puso rojo y sus ojos cobraron un aire nebuloso, insano. Nunca lo había visto tan aturdido, excepto cuando mantenían relaciones sexuales. De pronto sintió la necesidad de ayudarlo a recuperarse, a volver en sí.

—¿Qué quieres decir? —preguntó con suavidad.

—Supongo, parece que lo que quiero decir es que nos casemos. Tú y yo. Quiero casarme contigo.

La sangre se le agolpó en la cabeza. No pudo pensar más que: «Esto está ocurriendo ahora, en este preciso momento». Alguien quería casarse con ella. Se lo pedía en ese instante, cerca de la cafetería, en la noche de su derrota. Pensó: «No estoy preparada para esto. No debería ocurrir ahora y aquí».

—¡Oh, Todd! —dijo—. No sé.

—¿No sabes si quieres casarte? ¿O no sabes si quieres casarte conmigo?

—Las dos cosas. No, olvida lo que he dicho. Es solo que... bueno, ¿podemos?

No sabía qué quería decir con eso. Deseaba que alguien le dijera si una persona como ella podía casarse. Deseaba saber si Todd era la clase de chico con la que una se casa.

—Pues claro —dijo, y esbozó una sonrisa—. Podemos, si tú quieres.

—Mi padre —dijo ella.

—Ya sé que está chapado a la antigua —dijo Todd—. Hablaré con él. Seré muy... Entonces Susan supo la respuesta. Supo lo que tenía que hacer.

Iba a marcharse a alguna parte. Si ella y Todd iban aquella noche a su casa y anunciaban su compromiso, ella dispondría de un nuevo lenguaje para decir que no. Estaría protegida.

—Podemos —dijo ella—. Sí. Es algo que podemos hacer, ¿no?

—Pues claro que sí —dijo Todd, y rio de una manera afectuosa—. Desde luego que podemos. No cabe la menor duda.

Había recuperado el aplomo, la franqueza y esa habilidad suya para ser el mismo Todd de siempre.

—Podemos —dijo Susan—. Claro, casémonos.

—¿En serio? ¿De veras quieres casarte?

—Sí, sí. Ahora mismo.

—¿Ahora mismo?

—Bueno, en cuanto nos hayamos graduado. Llevaré el velo debajo del capirote. Iremos directos a la iglesia en cuanto tengamos nuestros diplomas.

—¡Qué rara eres! —le dijo—. Eres una chica rara, ¿lo sabías?

1969

Mary escribió en el sobre en el que había llegado el recibo del teléfono: No robaré. Se lo prometió mientras escribía. Pero no dejó de robar. No sabía qué la llevaba a hacerlo. Recordaba la primera vez, en Englehart. Necesitaba resolver el problema de las invitaciones de boda de Susan y, antes de decidirse a ir a Nueva York, había ido a curiosear lo que tenían en Englehart. La dependienta era una chica joven, de una belleza que debajo de tanto maquillaje se volvía incierta. Le mostró los distintos modelos: el típico color crema, un marfil amarillento y un azul lechoso y desleído como el de los billetes de autobús. Papeles orlados con lilas, con palomas y con campanas espectrales. Englehart no les resolvería el problema. Al final tendría que ir con Susan a la ciudad. Al levantarse del asiento que ocupaba frente al mostrador, era consciente de su atractivo de mujer en los últimos treinta y tantos, con su bolso de mano azul de buena calidad, esa mujer que rechazaba con amabilidad los artículos de una tienda que empleaba a dependientas como aquella, una chica cuya belleza vulgar se desgastaba al mismo tiempo que su juventud. En su propia juventud, Mary había visto mujeres que eran como ella era ahora, esposas en buena posición que rechazaban con suavidad y firmeza al mismo tiempo los artículos de las tiendas del barrio. Mientras se ponía de pie, al mismo tiempo que el fino satén de la enagua se le deslizaba por las medias con la facilidad de un líquido, se vio a sí misma con tanta claridad como si hubiese estado fuera de su propio cuerpo. Como si ocupara el lugar de la dependienta vio a aquella mujer acaudalada y de clase acomodada, capaz de envolver todos los regalos de manera impecable, que salía de la tienda de artículos de escritorio y papelería de calidad dudosa. Su ánimo mejoró y sintió una especie de tranquilidad, de satisfacción chispeante que inundó su interior y que acto seguido regresó a la inseguridad con la misma velocidad a la que un plato se hace añicos. Su hija mayor, una reconocida belleza, estaba a punto de casarse con un chico guapo que iba a ir a Yale. Era todo un éxito tener una hija como aquella y sin embargo, aunque le diera muchísima alegría, sentía que, en cierto modo, la buena suerte de Susan la dejaba en mal lugar. Temía parecer un fraude cuando aparecieran juntas en público. Sospechaba que Susan la consideraba triste y, al mismo tiempo, un poco cómica. Se recordaba para sí, con un dolor culpable y placentero a la vez, que a Susan no la habían elegido reina. Mientras caminaba hacia la puerta, oyó a la dependienta cerrar el catálogo de las muestras. Oyó el golpe apagado de la tapa. En su camino hacia la salida se detuvo a mirar las agendas, porque se le había ocurrido que Billy estaba alcanzando la edad en que podía hacerle falta una. Las agendas que vendían en Englehart eran de mala calidad. Las tapas eran de imitación de piel y la encuadernación era descuidada. Mary se quedó con el entrecejo fruncido frente a una de aquellas agendas envuelta en un plástico de color rojo oscuro y decorada con letras doradas, con la palabra «Direcciones», cuya «s» final ya había empezado a despintarse. Era algo tan chabacano, tan indigno de ella, que incluso mirarlo le

parecía disparatado. Observó a su alrededor, vio que nadie la miraba, y casi antes de saber lo que hacía deslizó la agenda en su bolso. Notó que le ardía la cara. Recuperó la calma y caminó lentamente, acompañada de la sobriedad de sus tacones y de sus pendientes de perlas. Abandonó la tienda con la agendita de mala calidad escondida en el bolso, la etiqueta del precio todavía puesta. Más tarde, cuando la miró, vio que la etiqueta indicaba que costaba noventa y nueve centavos.

No sabía por qué lo había hecho. No deseaba aquella agenda horrorosa. Su sentimiento no había sido fruto de la codicia. Aquel impulso había tenido más que ver con la limpieza. Después había experimentado una sensación nerviosa de alivio, como si hubiese interceptado algún presagio de mala suerte, alguna deuda, aunque el problema no hubiera quedado enteramente solucionado. Ahora tenía la agenda, aquel objeto insignificante, y no sabía qué hacer con ella. No podía dársela a Billy, pero sentía que tampoco podía resignarse a desprenderse de ella. Había arriesgado demasiado para conseguirla. Le quitó la etiqueta del precio y la metió en un cajón, con la idea de que tal vez algún día se la regalaría a alguien. Seguro que a la larga le encontraría alguna utilidad.

Desde entonces había robado un buen número de pequeños objetos, y siempre la invadía la misma sensación satisfactoria de peligro, como si se hubiese arriesgado a sí misma para crear un poco más de orden y limpieza. El robo era en su vida un asunto menor. Ocupaba aproximadamente el mismo espacio interior que ocupaba una afición de poca importancia, o la lectura ocasional y atenta del *National Geographic*, que sugería de una forma simultánea que las distintas regiones de la tierra resultaban indeciblemente peculiares y aun así, en un análisis definitivo, más o menos todas parecidas. Mary se sumergió de un modo total y absoluto en los planes de la boda de Susan, que exigía interminables decisiones que abarcaban hasta los capullitos de rosa para la tarta. La boda suponía un esfuerzo tan grande, pesaba de tal manera sobre sus hombros, que al final fue a consultar a un médico para ver si le pasaba algo, y le recetaron unas píldoras de color amarillo pálido. Se tomó una incluso el mismo día de la boda, y se sorprendió de que durante un instante, mientras Susan estaba frente al altar con Todd, la acometiera un acceso de rabia tan agudo como para alterar el dulce efecto de la píldora. La furia carecía de fundamento —puros nervios, se había dicho más tarde para sí— y parecía tener algo que ver con el vestido blanco de Susan, con la elegancia plácida del rostro anguloso de Todd al inclinarse para besarla. Nervios, pensó Mary, y los temores inevitables de una madre respecto a la felicidad de su hija, dada su amplia experiencia sobre la cantidad de cosas que podían ir a mal.

La boda fue perfecta, excepto por los invitados. Había sido desde luego inevitable invitar a la gente que trabajaba para Constantine y, en su mayoría, eran hombres bulliciosos vestidos con trajes baratos y pasados de moda, acompañados de esposas desaliñadas y chillonas que, sin excepción alguna, iban mal vestidas. Con la ayuda del padre de Todd, Mary había alquilado la sala de baile del club campestre, y la había decorado de manera intachable con jarras de lilas blancas y centros de mesa de

rosas color crema. Había conseguido dar con un proveedor que la surtió de gallinitas enanas, arroz de la India y judías al estilo francés con almendras machacadas para más de doscientas personas. No había cometido ningún error, y ahora, por su recepción blanca y crema, desfilaba una brigada de capataces a los que se había contratado específicamente con la intención de que ellos, a su vez, amedrentaran a otros hombres para que construyeran casas rápidas y baratas. Estaban casados con el tipo de mujeres que cabía esperar: descaradas, con vestidos llamativos y cargadas de joyas, con el pelo cardado y torturado para crear un conjunto compacto en lo alto de la cabeza. La madre y las dos tías de Todd llevaban melenas rectas y cortas, y se vestían con colores claros. Mary sufría por su propio peinado francés. Iba con un vestido de color rosa mate, y ahora daba gracias a Dios en silencio por haberse decidido en contra de un volante en el corpiño. Mientras bailaba con Billy, que iba tieso y cohibido en su traje azul de gabardina, observó a Susan, que reía junto a dos de sus damas de honor. Daba la sensación de que había estado en otro país, un lugar donde todas las chicas eran delgadas y guapas sin preocuparse de ello y donde todos los chicos tenían futuros determinados y firmes como puentes colgantes. A pesar del efecto calmante de la píldora volvió a sentir, otra vez una ligera tormenta de emoción que tanto podría haber sido furia como miedo. No deseaba ninguna de aquellas sensaciones, no en un día como ese. Se concentró en la belleza de su hija, en su naturalidad y su encanto extraordinarios. Este era, al menos, un pensamiento digno. Mary canturreo unos cuantos compases de *Begin the Beguins* con la banda de fondo. Dijo a Billy:

—Parece que la boda es todo un éxito.

Él contestó:

—Supongo que todas las bodas son un éxito, ¿no? Quiero decir que mientras se casen de verdad, la cosa va bien.

—Si eso fuera todo, podrían haber ido a un juez de paz y ahorrarle a tu padre unos cinco mil dólares.

—¡Venga ya! ¿De verdad que esta fiesta ha costado cinco de los grandes?

—Te sorprenderías si supieras lo caro que está todo. Vosotros, los niños, no tenéis ni idea.

Él dejó escapar un silbido.

—¡Cinco de los grandes! —dijo—. En una fiesta.

—Cuando te cases tú —dijo ella—, tu padre no se verá metido en ese atolladero. Será la familia de tu esposa la que tenga que correr con los gastos.

—Cuando yo me case —dijo—, iremos al juez de paz. Y si alguien quiere aflojar cinco mil billetes, los cogeremos y nos marcharemos a pasar un año a Europa, por ejemplo.

—La chica con la que te cases tal vez piense distinto.

—No me casaría con alguien que pensara tan distinto.

La pieza terminó y Billy acompañó a Mary de vuelta a la mesa. Iba con la mano

puesta en el codo del hijo, y sus zapatos rosados proyectaban una fresca luminosidad sobre la moqueta de color índigo de la sala de baile del club campestre. Ese era su hijo, que pronto se marcharía a Harvard. Era consciente de su nueva altura, del tamaño de sus manos. Lo quería muchísimo. Y todavía era suyo, el más inteligente de sus hijos, lleno de esperanzas y mortificado por una naturaleza débil que no hacía más que acrecentar el peso terrible de su amor. Era al mismo tiempo etéreo y de una dolorosa humanidad. Solo él, entre sus hijos, sufría de heridas y arrebatos de orgullo que ella era capaz de comprender.

Esa noche, metida en la cama con el camisón puesto, observó a Constantine mientras se desvestía. Su cuerpo, que se había vuelto flácido e hirsuto, le inspiraba ahora una ternura que tenía casi tanto que ver con la maternidad como con el amor. Su marido podría haber sido su hijo mayor, un chico difícil y revoltoso que vivía en un reino situado fuera de su control. Podía amarlo, más o menos, si pensaba en él como en un chico díscolo, como en alguien que a veces hacía daño a los demás, que era objeto de violentos ataques de cólera, pero cuyo corazón razonable sobreviviría a su ira de juventud. En su edad madura, Constantine se había vuelto juvenil, y ella vivía con él consciente de ello, como si viviera con un muchacho con un cuerpo rechoncho y una vena irritable. Llevaba solamente los calzoncillos, se sentó al borde de la cama y dijo:

—Pues ahí va. Ya está casada.

—Pues sí. —Mary sentía aún los últimos efectos de la píldora amarilla, su desaparición suave y paulatina, mundo mantenía su aspecto ligero.

—Casada —dijo Constantine.

—Me parece que la boda ha ido bien, ¿no crees? —dijo Mary—. Tenía algunas dudas acerca de la orquesta. Pero, en general, me ha parecido un auténtico éxito.

Constantine se levantó sin articular palabra y se puso el pijama encima de los calzoncillos. Había tomado algunas copas durante la recepción y se movía con una precaución calculada, pero Mary no pensaba en eso. Mary pensaba en la boda que ella había preparado, en su banquete para más de doscientas personas. Intentaba no preocuparla se por los detalles burdos: el tono subido e impropio del brindis hecho por el socio de Constantine, el capataz que había discutido con la esposa, que llevaba un vestido lleno de flores de color fucsia. Intentó no imaginar las futuras bodas de las damas de honor de Susan, chicas cuyas familias Mary apenas conocía por tratarse de una mujer italiana casada con un constructor griego. Ninguno de los que asistían por parte de Todd se había emborrachado.

—Podríamos haber pasado perfectamente sin el brindis de Nick Kazantzakis —dijo. Volvían los últimos efectos de la píldora—. Seguro que no está bien de la cabeza. ¿A quién se le ocurre hacer un brindis como ese en una boda?

—Nick está perfectamente —dijo Constantine—. Le gusta bromear un poco, eso es todo. A nadie le molestó.

—Pues a Betty Emory, sí. Estaba sentada a mi lado y vi lo tirante que se ponía.

—Que le den por saco. Va tiesa como si le hubieran metido un palo por el culo, no hay más que verla.

—Fantástico, una manera muy bonita de hablar de una señora. Y te voy a decir más, se trata de toda una auténtica señora. Cosa que no se puede decir de más de la mitad de las invitadas que había hoy en la fiesta.

Constantine se metió en la cama. Su aroma era una mezcla de alcohol y de sus propios olores.

—No vamos a pelearnos —dijo—. Esta noche, no.

—Perfecto. Estaré encantada de no pelearme.

Él se subió la ropa de la cama hasta la barbilla. Ella lo observó y vio su rostro demacrado, ojeroso. Se hacía viejo.

—Ha sido el día de la boda de nuestra hija —dijo él—. Sí.

—Ahora su nombre es el de señora Emory. Susan Emory.

—Lo sé.

Ella apagó la luz. La habitación se sumió en la oscuridad y el perfil de algunos objetos empezó a dibujarse en las sombras: la mitad del tocador de Mary, con su espejo oval, las patas más cercanas del diván dónde nunca se había sentado nadie. Mary se quedó allí quieta, mirando el dormitorio, la mente ocupada en tal enredo de pensamientos que era como si en realidad no pensara en absolutamente nada. El reloj de la mesilla de noche hacía su característico zumbido. Había algo más, un sonido extraño que en un principio creyó que provenía de fuera, pero acabó por darse cuenta de que se trataba del llanto de Constantine. Se dio la vuelta, y ella le puso una mano en la espalda, cubierta con su pijama de rayas anchas.

—Con —dijo.

Él no le contestó.

—Con, ¿te pasa algo?

—Estoy bien —dijo él con voz apagada.

—Con, ¿qué te pasa?

—Nada.

—¿Cómo que nada?

Pasó un minuto, ocupado tan solo por el sonido de su llanto. Ella pensó: «Mi vida me supera. No sé nada acerca de ella».

Él dijo:

—No puedo creer que realmente se haya ido.

Sus propias palabras parecieron inspirarle una nueva ola de sollozos, y el llanto adquirió un tono que tenía poco que ver con lo carnal, y que se parecía más al de papel húmedo cuando se rasga. No lo había oído llorar desde hacía muchísimos años. Mary sentía tanta compasión como enojo.

—No se ha marchado —dijo—. Es solo que ahora tiene una vida propia. New Haven no está demasiado lejos.

—Se ha ido —dijo Constantine—. Ya no es nuestra.

—Bueno, ya hace bastante tiempo que dejó de ser nuestra, ¿no crees?

—Era mía —dijo Constantine.

Mary comprendió. Alejó de sí ese pensamiento.

—Estás cansado, eso es lo que pasa —dijo ella—. Y has bebido demasiado. Mañana lo verás todo distinto.

Él se volvió de cara a ella. En la penumbra, distorsionado por el llanto, su rostro parecía víctima de la perturbación, de la vejez. Mary vio, con tremenda claridad, el aspecto que tendría cuando estuviera desvalido, necesitado de sus cuidados para sobrevivir.

—Por favor —dijo él. Alargó los brazos, y al ver que ella no respondía al abrazo, la cogió y apretó el rostro caliente y húmedo contra su cuello—. Por favor —dijo.

—Estás cansado —dijo ella—. Y borracho.

—Estoy mucho más que eso —dijo él—. ¡Santo cielo! —Le besó el cuello, la cogió por la barbilla con una mano y llevó sus labios hasta los de ella. No hacían el amor desde... ¿cuánto? ¿Seis Meses? ¿Todavía más? Pero esa noche tampoco lo hacían, por lo menos en lo que a ella concernía. Ya hacía mucho tiempo que había empezado a ganar la batalla contra sus propios sentimientos. Desde hacía años sentía que el deseo había quedado eliminado definitivamente, que esas luces se habían apagado igual que se apagan las luces de una casa antes de irse a dormir. En algunas ocasiones, tendida precisamente ahí en su cama, se había sentido sobrecogida por el terror. Eso era el destino ya cumplido. Eso era el futuro que se hilvanaba a sí mismo en su piel. No habría más vida que esta. Los sentimientos, el miedo mismo, habían llegado a resultarle familiares y formaban parte de lo que ella quería decir cuando empleaba la expresión «mi vida». Ahora, esta noche, no estaba dispuesta a cambiar su vida. No con ese Constantine borracho y lloroso, no después de un día tan agotador como aquel.

Retiró la boca y dijo:

—Cariño, ponte a dormir. Mañana te sentirás mejor.

—No puedo dormir —dijo él.

—Claro que puedes. —Le habló del mismo modo en que le hablaba a sus hijos cuando se despertaban a causa de alguna pesadilla. Y también ahora, como en esos otros casos, se quedó maravillada ante la seguridad maternal que descubrió en su tono de voz. «Creen que soy su madre. Creen que sé lo que hago».

—Cierra los ojos y verás —le dijo—. Te quedarás dormido sin darte cuenta.

Y, para su sorpresa, la obedeció. Regresó sin rechistar a su lado de la cama como habría hecho un muchacho brusco que quiere disciplina aun cuando diga que desea, todo el ruido y el barullo del mundo. Ella se quedó en silencio junto a él, atenta con una preocupación maternal a sus cada vez más escasos sollozos. Y de pronto, después que cayera dormido, sintió que la asaltaba un horror tan poderoso e inefable que tuvo que levantarse de la cama y tomarse tres de aquellas píldoras, tan solo para concederse la posibilidad común y corriente de conciliar el sueño.

Se hizo con un cepillo para el pelo, una pulsera barata, una pastilla de jabón color ámbar. Sabía que tenía que parar. Se consolaba con una corta lista de virtudes. Todo lo que robaba era barato y nunca usaba lo que cogía. Y puesto que no usaba ninguno de aquellos objetos, no la acusaban. Susan envió algunas postales desde Hawai, en donde pasaba la luna de miel, declaraciones breves y generales sobre su felicidad, escritas con una caligrafía más personal, más madura de lo que Mary recordaba en su escritura. Sujetaba las postales en la nevera con imanes en forma de frutas. Guardaba las cosas que robaba en su cajonera, bien escondidas, hasta que sus posesiones empezaron a parecer el ajuar de una novia pobre.

1970

Él lo llamaba la danza del coche. Tenía aquella fuerza, aquella gracia, aquella quietud musical. En las carreteras secundarias, los árboles se suspendían de un modo sombrío sobre la carretera, las estacas de las vallas aparecían oscuras e imponentes como lápidas sepulcrales. Más allá de los árboles y de las vallas, los granjeros dormían bajo tejados que la luna alumbraba de azul. A Billy le satisfacía imaginarse el silencio. Cuando se lo figuraba, lo que más le gustaba era pensar en el efecto de los faros, de los motores y de la música. Las ramas de los árboles saltaban sibilantes entre reflejos dorados y plateados. El polvo se levantaba amarillo cuando se aproximaban y se volvía rojo en la estela que dejaban a su paso. Fragmentos de sus canciones favoritas encontraban el modo de colarse en los sueños de los granjeros.

—¡La danza del coche! —gritó desde el asiento trasero. Sacó por la ventanilla los pies calzados con unas botas enormes. En algunos momentos, por la noche, sentía que se destapaba un mundo nuevo y grandioso.

A veces era el coche del padre de Larry, otras el del padre de Bix. Y en algunas afortunadas ocasiones, disponían de los dos. El padre de Larry tenía un Chevy Impala de color verde, y el de Bix, un Ford Galaxie. El Chevy era algo más resistente, pero el Ford tenía una andadura flotante e impalpable que te ponía los nervios en el estómago y te producía una erección impresionante en cuanto las cosas empezaban a alejarse a la velocidad de un cohete. Billy siempre esperaba que tuvieran el Ford.

—Más rápido —dijo—. Pisa a fondo. —Era la voz de la velocidad. Era el más pequeño, el más listo, el más intrincadamente amado y odiado. En la radio sonaba *Eight Miles High*.

—Estás loco —dijo Dina. Iba en el asiento trasero, al lado de Billy, con una de sus delgadas rodillas apretada contra la de él, más voluminosa. Se había untado los gruesos labios con un carmín dulzón de color rosa, y se había oscurecido las cejas con el lápiz. Llevaba unas botas más altas que las de Billy. Se llamaba a sí misma la reina pirata.

—Sí —dijo él—. Estoy loco.

Ella restregó las rodillas contra la de él. Lo invadió un nerviosismo antiguo, la sensación sofocante de estar atrapado. En la parte delantera, Bix y Larry se pasaban el vodka inmersos en el estrépito de la música. A veces era vodka, y otras, cerveza. Lo que estuviera a su alcance. En una ocasión, Dina le robó al padre una botella de licor de menta, y Billy y Larry estuvieron vomitando verde a lo largo de seis kilómetros de carretera.

—¡Eh, chicos! ¿Sería posible que a esta señora le llegara algo de bebida? —dijo Dina. Larry le alargó la botella. Bix conducía con los brazos estirados, silencioso y perdidamente extasiado. Era el único de ellos en el que anidaba la mezquindad. La noche pasaba como un relámpago, llena de insectos, de rayos más claros y más oscuros.

Después de beber un trago de vodka, Dina le pasó a Billy la botella, que conservaba el sabor del pintalabios. Billy observó la curva desgreñada y castaña de la cabeza de Bix. Se llenó la boca de vodka y notó el ardor, la minúscula explosión. El estallido le provocó ganas de gritar de pura felicidad, pero se abstuvo de hacerlo. El futuro llegaba con cada nuevo instante.

—La danza del coche —dijo—. Es hora de acrobacias.

—¿Qué clase de acrobacias? —preguntó Larry. Era el que tenía la piel más llena de granitos y la dulzura más sencilla. Daba cosas que nunca le habían pedido. Llevaba el pelo a lo Keith Richards.

—Haz ochos —dijo Billy. Se incorporó, metió la cabeza entre la de Bix y la de Larry. En el tablero de mandos brillaba el silencio de esferas y números. Los troncos de los árboles aparecían muy cercanos a su alrededor.

»Haz ochos —dijo Billy otra vez, al tiempo que le alargaba la botella a Larry. Bix viró bruscamente hacia el lado opuesto de la carretera y luego regresó al mismo lugar. Las ruedas chirriaron con un sonido estridente.

—Ahora la S —dijo Bix—. Solo para hacer calentamiento.

Bix poseía un cerebro militar. Se enfrentaba con el mundo como si fuera un torpedo.

—Vosotros, los de delante, a ver si pasáis la botella —dijo Dina.

—Vamos a volveremos locos —le susurró Billy a Bix en el oído. El movimiento se la había puesto tiesa. Amaba a Bix y le temía. Una rama baja rozó el coche como un ala gigante.

—¡Guau! —exclamó Larry.

—Chica en peligro de morir de sed —dijo Dina. Su perfume estaba por todas partes.

—¿Cómo de locos? —preguntó Bix. Le pasó la botella a Billy.

—Ya llevamos demasiado rato en esta carretera —contestó Billy—. Ahora volemós.

—¿Volar? ¿Quieres volar?

—Sí, desde luego que sí.

—Muy bien, pues allá vamos.

Bix pegó un frenazo y giró de una manera violenta. El coche se hundió en una zanja y volvió a subir. Algunas gotas de vodka centellearon sobre el rostro de Billy. Se oyó el chasquido de un palo al partirse, agudo como si hubiera sido la rotura de un hueso.

—¡Vaya! —dijo Larry.

El coche dio otro brinco y luego se asentó en el terreno. Estaban en un campo. Los faros iluminaban la tierra que avanzaba bajo las ruedas hasta que, de repente, se encontraron frente a un monte de árboles delgados.

Billy dio un alarido. Dina dijo a gritos:

—¿Qué pasa?

—Haz ochos —vociferó Billy—. ¡Venga! —Llevó la botella hasta los labios de Bix y luego la inclinó. El vodka cayó dentro de la boca de Bix y también por su camisa. Bix aceleró y el coche se lanzó hacia adelante, la luz de los faros se proyectaba sobre la hierba alta.

—¡Guau! ¡Qué arriesgado! —dijo Larry con una sonrisa de reconocimiento. Dina colocó una mano sobre el hombro de Billy. Llevaba cinco anillos. Algunos de plata, otros de plástico.

—¿Dónde estamos? —preguntó ella. Su voz estaba ronca de tanto vodka.

—En el espacio —le dijo Billy—. Estamos volando.

El que llevaba el programa de radio, sentado en algún lugar con música y luz eléctrica, puso *Ruby Tuesday*.

—Esto es peligroso —dijo Dina.

—Ya lo sé.

Bix hizo que el Ford describiera un amplio arco. Por las ventanillas entraba la oscuridad y un aroma a vegetación frondosa. El coche pegaba tales brincos en el sendero que les resultaba imposible mantener la botella pegada a los labios. Billy rio y Dina siguió su ejemplo.

—Ahora un ocho —dijo Bix con la suave crueldad del piloto de un avión de bombardeo. A Billy se le disparó el corazón. Se dijo para sí que estaba enamorado de las acciones excitantes.

—Sí —dijo. Dado que no podía acercarse a la botella a los labios de Bix, le tiró un chorro de vodka por la cabeza. Billy se sentía en el filo del mundo, con una felicidad áspera y creciente que avanzaba demasiado deprisa para una vida ordinaria. Solo al correr, al arriesgarse, se podía entrar en esa otra dimensión que se precipitaba a través del tiempo y del espacio a una velocidad triplicada.

Larry tarareaba el *Danubio azul*.

—Da da da da da, ta ta, ta ta.

—Vamos —gritó Billy—. ¡Vamos, vamos, vamos!

La vaca apareció como por arte de magia. Trazaban la última vuelta de la figura del ocho y allí estaba ella, blanca y negra, grande como un automóvil que se aproxima. Billy le vio uno de los ojos, negro y brillante. Le vio la blanca oreja partida. Gritó. Larry gritó. Bix giró el volante y el coche giró acompañado de un agudo chirrido mecánico. Por las ventanas entró un montón de barro. Billy tenía los ojos y la boca llenos de tierra. El coche patinó, hizo eses y luego se detuvo con tal brusquedad que Billy salió despedido al asiento delantero. No veía nada. Sintió que se golpeaba la frente contra algo que no era duro ni blando. El destello de un sueño cruzó como un relámpago por su cabeza: una tormenta de arena en el desierto y una figura oscura que corre a través de él envuelta en una capa. Mick Jagger cantaba: *Who could hang a name on you?*

Bajo la música nació el silencio, un silencio nebuloso y asustado. Billy pestañeó, se quitó el barro de los ojos, volvió a pestañear. Se dio cuenta de que estaba tendido

boca abajo, con la vista puesta en una bota. Una bota marrón. La de Bix. Se dio la vuelta y buscó a Bix.

Bix permanecía sentado ante el volante. Estaba sonriente y le salía sangre.

—Mierda —dijo Bix con una mueca—. ¡La madre que lo parió!

Billy se percató de que estaba tendido en el asiento delantero, bajo el cuadro de mandos. Bix y Larry seguían en sus asientos. Dina estaba en la parte de atrás y parpadeaba con una expresión perpleja pero atenta, como si la conversación hubiese derivado hacia un tema que no le resultara del todo comprensible.

—Un accidente —dijo Billy—. Hemos tenido un accidente.

—¡Guau!

—Mierda. ¡Joder! —Bix rio entre dientes. Por la frente le caían hilillos de sangre. Una gota de color granate le temblaba en la nariz.

—Bix, estás herido —dijo Billy.

—¿Sí?

—Tío, te sale sangre.

—¿De veras?

—El coche podría explotar —dijo Billy—. ¿No es cierto que los coches estallan cuando se estrellan?

—No lo sé.

—Será mejor que salgamos de aquí. Venga.

Todos se quedaron completamente inmóviles, como si de pronto se hubieran dado cuenta de que el coche se balanceaba al borde de un precipicio y cualquier movimiento fuera a enviarlo al fondo del abismo. Bix seguía con las manos en el volante, sonriente, sangrante, con un aspecto majestuoso. Larry dirigía la vista hacia adelante con su habitual expresión de admiración temerosa y bonachona y Dina seguía sentada, atenta y aturdida como una abuela, en el asiento trasero.

Billy dijo:

—Moveos, que esto va a volar en pedazos.

Salieron del coche a gatas y se vieron sumergidos en la noche perturbada, en los restos del torbellino de barro. Billy recorrió una docena de pasos y se volvió. Dina fue tras él. Bix y Larry habían caminado en la dirección contraria. El coche había quedado con el morro metido en una zanja y las ruedas traseras a unos palmos del suelo. Presentaba una imagen al mismo tiempo colosal y patética.

—¡Cielo santo! —dijo Dina en un susurro—. ¿Estás bien?

Él asintió.

—Solo me he golpeado un poco la cabeza. Bix sí que está herido. ¡Eh, Bix!

Billy corrió al otro lado del coche, donde Bix y Larry estaban de pie y con los puños en las caderas, en una actitud de serena valoración.

—Increíble —dijo Larry.

—Bix —dijo Billy—. Venga, déjame ver tu cabeza.

Bix se llevó la mano a la frente con cierta reverencia, como si la herida fuera algo

valioso en sí.

—No pasa nada —dijo—. Me he dado contra el volante, eso es todo.

Cuando bajó la mano, tenía los dedos llenos de sangre. Sonrió.

—Hemos volado —dijo.

—Sí —dijo Billy. Se quedó cerca de Bix. Le llegaba el olor de Bix, el de su sangre mezclado con el de la hierba y un vago aroma a alcohol.

—¿Estás seguro de que estás bien?

—Nunca he estado mejor. ¿Y tú?

—Perfectamente. Un poco magullado.

Bix observó sus propios dedos ensangrentados. Acercó la mano a la frente de Billy y, de un modo lento y premeditado, le dibujó un círculo.

—Pintura de guerra —dijo.

Por la frente de Billy cruzó un escalofrío. Llevaba la sangre de Bix. Dina, la reina pirata, atravesó pálida el campo y acudió a su lado.

—¡Cielo santo! —dijo—. ¿Estamos bien? ¿Qué ha ocurrido?

—Estamos vivos —dijo Billy, y notó que la voz le temblaba de emoción—. Estamos todos vivos.

—Hemos destrozado el coche del padre de Bix —dijo Dina.

—No está destrozado —dijo Bix—. Me juego lo que queráis a que podemos sacarlo de esa zanja.

—Esperad un segundo —dijo Larry. Y corrió de nuevo al coche.

—No lo hagas —dijo Billy—. Va a explotar.

Bix empezó a reírse. Billy se le unió. Y luego también Dina. Larry se metió en el coche y salió con la botella de vodka.

—Todavía queda un poco —gritó.

—Es un milagro —rio Billy.

—Mirad —señaló Dina. Sus anillos despidieron un leve destello. A unos cincuenta metros de ellos la vaca pacía plácidamente sin quitarles la vista de encima. Billy se atragantó de risa. Bix le dio unos golpes en la espalda. Billy cayó al suelo y Bix saltó sobre él. Billy olió la sangre y el aroma personal y definido de Bix. Billy se reía tanto que apenas podía respirar. Se le puso tiesa. Larry bebió un trago de vodka y pasó la botella a los demás. Cuando quedó vacía, Bix se levantó y se la arrojó a la vaca. La botella cayó a unos treinta metros de ella y se rompió contra una piedra. La vaca no se inmutó.

—¡Vaya! —gritó Bix. Se tocó la frente con las manos y se las untó de sangre, luego corrió hasta la vaca, le gritó y le hizo ademanes con las manos. Mientras veía a Bix correr hacia la vaca, Billy se sentía vencido por una sensación de reconocimiento. Allí estaba el coche, en esa postura inverosímil, todavía sonaba la música y los faros iluminaban el suelo. Allí se encontraba la vaca moteada y allí iba Bix a todo correr, ensangrentado y exaltado en su chaqueta de la legión. Aquello no era un *deja vu*. Billy no sentía aquella situación como una reminiscencia de algo vivido. En cambio

estaba seguro de que aquella extraña perfección lo había estado esperando y ahora, ante ella, se convertía en alguien nuevo, alguien especial, después de la larga confusión de su infancia. Lo invadió la agitación, se levantó de un salto y corrió tras Bix. La tierra era blanda y desigual bajo sus botas y supo que penetraba en un momento tan real que no podía hacer más que correr hacia él a voz en grito. Alcanzó a Bix justo en el instante en que la vaca daba media vuelta con un quejido malhumorado y huía al trote. Él y Bix la persiguieron hasta que inició un medio galope oscilante y desgarrado que carecía por completo de cualquier relación con la prisa. La vaca se limitaba, de un modo momentáneo, a accionar su plácido apetito a un ritmo más rápido. Billy y Bix la siguieron con alaridos hasta que, en el mismo instante, como por un acuerdo particular, se detuvieron y empezaron a gritarse el uno al otro. El rostro de Bix se veía alborotado y resplandeciente, manchado de sangre. Y mientras daban alaridos, ocurrió algo invisible. Entre ellos se encendió la chispa de un amor inmenso. Billy dejó de gritar. Estaba de pie, enmudecido y repentinamente asustado. Bix lo miró de un modo inexpresivo. Se le había vaciado la mirada y su rostro parecía tan estúpido como el de una estatua. Entonces pegó media vuelta y volvió hacia el coche. Billy se quedó solo sobre la hierba, intensamente perturbado por la pasión y el miedo. Bix se había llevado consigo aquel instante y Billy salió tras él, ávido de más de aquello, fuera lo que fuese. Cuando llegaron a donde estaban los demás, todos empezaron a bailar, espasmódicos y alegres. En la radio sonaba *Light My Fire*. El momento lo completaba todo. Parecía, en cierto modo, que había obtenido algún tipo de victoria.

Cuando acabó la canción, se sentaron los cuatro en la hierba. Los grillos cantaban y en la radio pusieron *Incense and Peppermints*. Billy se tocó la frente, en el lugar en donde se le había secado la sangre de Bix.

—Tenemos que sacar el coche de ahí —dijo Bix.

—¿Crees que podremos? —preguntó Billy.

—Claro que sí.

Durante un rato nadie articuló palabra. Dina arrancaba puñados de hierba. Estaba sentada al lado de Billy y Billy miraba a Bix. Bix estaba furioso y en silencio. Se dominaba con disciplina militar. A Billy se le aceleró el corazón. Haría cualquier cosa, sufriría cualquier pérdida.

—Hemos volado —dijo. Su voz sonó más suave de lo que esperaba. Se fijó en el cielo, con sus estrellas pálidas y las luces rojas intermitentes de un avión. El instante se contraía. Una nada sibilante y tempestuosa quería regresar.

—¡Joder! ¡Hemos volado! —dijo.

Bix se puso en pie. Tenía los hombros cuadrados y una forma atractiva y contundente de tenerse derecho. Lo hacía como si llevara los bolsillos llenos de piedras.

—Venga —dijo—. Tenemos que sacar de ahí ese maldito coche.

Empujaron por el guardabarros delantero y consiguieron sacar el coche de la

zanja, tal y como Bix había pronosticado. Se sentó frente al volante y, después de varios intentos, consiguió arrancar el motor. No le había pasado nada. Reinaba una quietud absoluta. Algo se había terminado, al menos por aquella noche. Larry se colocó en el asiento delantero, Billy y Dina atrás. Bix guio el Ford de nuevo hacia la carretera.

—¡Qué noche! —dijo Billy.

—De riesgo —dijo Larry. Bix y Dina no hablaron. Billy todavía no estaba preparado para la nada.

—Me parece que necesito un poco más de pintura de guerra —dijo. Se adelantó un poco y tocó la sangre de la mejilla de Bix. Bix lo apartó de un manotazo. Le dio en la barbilla y le tiró la cabeza hacia atrás. El coche se desplazó hacia el lado opuesto de la carretera.

—Bix —dijo Dina—. ¿Se puede saber qué te pasa?

—No me toques —dijo Bix—. No quiero que me toques.

—¿Te encuentras bien, Billy? —preguntó ella, y le apretó las rodillas con las suyas. Él se apartó.

—Estoy bien —dijo—. Déjame.

El silencio se impuso por sí solo, pero, al sentir que el dolor lo sometía, se ausentó de allí. La radio seguía con sus canciones. Billy apoyó la cara en la mano y sacó las botas por la ventana. Su corazón latía con violencia por un amor tan impresionante que lo hacía sentirse aturdido y algo mareado. El coche corría y Billy veía pasar deprisa las ramas de los árboles. Sintió que el perfume de Dina le penetraba en la piel. Bix conducía en silencio y Billy se pasaba suavemente las puntas de los dedos por la mandíbula, se acariciaba el golpe como si perteneciera a otra persona, a alguien por quien sintiera adoración. El coche se precipitó hacia lugares conocidos. Sintió que podría ir en coche la noche entera.

Cuando llegó a casa, una luz pálida y vacilante se filtraba hasta las escaleras. Caminó con tanto cuidado como pudo, pero sus botas estaban hechas para el ruido. Ese era precisamente su cometido.

—Billy. —La voz de su madre llegó junto a la luz. Billy se quedó en el rellano, con la respiración entrecortada.

—Sí, mamá. —«Deja que me vaya a mi habitación. Lo único que quiero, lo único que necesito, es silencio y oscuridad». Subió las escaleras y recorrió la mitad del pasillo, pero la madre salió de la habitación y lo atrapó con una sonrisa ansiosa. Apareció hinchada y radiante en su bata rosada.

—Es tarde —dijo.

—Ya lo sé. Ya sé que es tarde.

Estaba de pie, embutido en sus botas y su chaqueta de cuero, sin dirigirle la mirada. Sabía que olía a vodka y a bosta de vaca. Sabía que tenía sangre en la cara.

—Mírate —dijo—. ¿Qué has estado haciendo?

—Nada —dijo él. Quería una madre como la de Bix, que se paseaba por las

habitaciones con un cóctel y no necesitaba nada más que sus cigarrillos Kent, su *whisky* y su propia personalidad aguda y amarga.

—¿Qué te ha pasado en la frente? —le preguntó—. ¿Te has hecho daño?

—No, estoy perfectamente. Me voy a la cama.

Ella intentó acariciarle la frente, pero él dio un paso atrás. Apenas si consiguió rozarle la manga. Sintió los pulmones comprimidos y aspiró aire a través de los dientes apretados, esforzándose por respirar hondo. Últimamente había sufrido esos accesos de falta de aliento, pero no se lo había dicho a nadie. Se figuraba que tenía cáncer de pulmón.

—Este no es modo de comportarse para un hombre de Harvard —dijo la madre entre susurros y de un modo enérgico.

—Yo no soy un hombre de Harvard, mamá.

—Lo serás en septiembre, Billy. ¿Te das cuenta de lo especial que eres? ¿Te das cuenta de cuántas cosas tienes por delante?

—Bueno, es probable que no quiera ir a Harvard —dijo.

—No seas ridículo. Después de tanto trabajo...

—Ni siquiera se lo he dicho a nadie. Quiero decir, ni a Bix, ni a Larry, ni a nadie. Ni siquiera lo saben.

Ella acercó su rostro al de él. Olía a talco, a sueño y a algo más, una dulzura imprecisa e insinuante que lo atemorizó.

—Bix y Larry —dijo—. Quiero que tengas cuidado con ellos, ¿me oyes? Bix y Larry no son, básicamente, más que delincuentes juveniles.

—Ya, eso es lo que me gusta de ellos.

—Cariño —dijo la madre, y su voz susurrante cobró una premura más profunda, más áspera—. ¿Te pasa algo? ¿Tienes algún problema?

—No, no me pasa nada —dijo él sin inmutarse—. Estoy cansado. Necesito irme a dormir.

—Ya no eres el mismo —dijo ella—. Ya no eres el mismo chico de siempre. Ahora ya no sé quién eres.

Él deseó pasarle las manos por el cabello, abrazarla y contarle... ¿qué? Llegaba un mundo nuevo y ella tendría que resistir en casa. Permaneció durante un instante arrebatado por el amor y el frenesí, rodeado de un aire escaso e irrespirable, con el deseo de tocarla esa vez, que le parecía la última.

—Sí —dijo él—. Soy otra persona. He desaparecido.

1970

Constantine había sido claro: ninguna interrupción, bajo ningún concepto. No cuando estaba con Bob Nupp. Nupp, un obeso vestido con camisa a rayas rojas, era el inspector más tramposo del condado. A Nupp había que halagarlo. Con él había que trabar conversación. Había que cortejarlo como a una muchacha, adularlo y a continuación pasarle rápidamente el dinero con la indiferencia ostentosa y suave con la que un colegial podría deslizar su mano bajo la blusa de una niña. Era toda una representación, y si se perdía un instante en el momento crucial, era fácil perder a Nupp por completo. Constantine había visto cómo sucedía. Nupp vivía en una zozobra indolente de sensaciones entremezcladas, y si el encuentro se interrumpía era capaz de levantar con esfuerzo de la silla su pesado cuerpo, de marcharse con las manos vacías y de aparecerse la mañana siguiente, con mirada de lince y acompañado de su resuello asmático, para examinar el trabajo y cursar algunas citaciones.

Así que cuando Sandy abrió la puerta de la oficina y asomó la cabecita nerviosa en la sala, Constantine pensó para sus adentros: «Hasta aquí ha llegado, se le acabó». No podía despedirla en ese mismo instante, delante de Nupp. De momento, frunció el entrecejo y dijo con un tono brusco:

—Sandy, te he dicho que no quería interrupciones. ¿Te lo he dicho o no te lo he dicho?

—Lo siento, señor Stassos, ya lo sé, es solo que, bueno, se trata de la policía. Han dicho que era un asunto importante.

Constantine respiró hondo y le llegó el olor a sudor de Nupp y el aroma a ambientador de pino. La policía. ¿Se trataría de Susan, que ahora vivía fuera del círculo de su protección? ¿Sería Billy, que siempre organizaba carreras con esos amigos suyos? El mundo estaba lleno de peligros. Tener hijos le proporcionaba a uno el conocimiento del temor para toda la vida.

—Gracias, Sandy —dijo. Vaciló ante el teléfono que había encima del escritorio. Si eran malas noticias, no deseaba oírlas delante de aquel gordo imbécil. Nupp tenía los labios gruesos y moteados como el salchichón. Llevaba camisas de cuello grande con los tres botones superiores desabrochados. Por allí asomaba la flaccidez peluda de su pecho, que mostraba como si fuera algo magnífico y excepcional.

—De todos modos tenía que irme —dijo—. Me marchó ya.

Constantine asintió.

—Te veré mañana, Bob —dijo, y con una claridad por la que luego se despreciaría a sí mismo, se lamentó por el hecho de que aquella llamada telefónica fuera a costarle una verdadera fortuna en citaciones. Desde luego, despediría a Sandy.

Esperó hasta que Nupp se desembarazó de la silla y cruzó la puerta. Apretó el botón del teléfono.

—Constantine Stassos al habla —dijo—. Dígame.

—¿El señor Stassos? —La voz, masculina, sonaba apagada y comedida. Podría

haber sido la propia voz del teléfono.

—Sí. Stassos. ¿Qué ocurre?

—Señor Stassos, le habla el oficial Dan Fitzgerald. Es preciso que acuda usted cuanto antes a la oficina del alguacil de policía del condado de Nassau. Se encuentra en la carretera Old Country, en Mineóla. ¿Conoce usted la zona?

—Pero ¿qué ocurre, oficial? ¿Se trata de uno de mis hijos...? —se interrumpió. Le resultaba insufrible conceder a esa voz tanto poder sobre su futuro. Antes de que la voz tuviera una nueva oportunidad de intervenir, añadió—: Quiero hablar con el responsable de su oficina. Póngame con el sargento.

—Señor Stassos, cuando venga usted a la oficina del alguacil...

—¡Hijo de puta! Dígame qué pasa, ¿eh? ¿Le ha pasado algo a mi hija?

Hubo una pausa durante la cual solo se oyeron los ruidos de las líneas telefónicas. Constantine podía oír el eco lejano de otra conversación. Oyó las palabras «días enteros» pronunciadas débilmente por la voz de una mujer.

—Me temo que no se trata de su hija, señor —dijo vacilante la voz. Constantine pensó que, por alguna razón, le llamaban por la hija de otro hombre, una chica desconocida. Susan, pensó con una plegaria silenciosa.

—Señor —prosiguió la voz—, la mujer retenida es su esposa. Regresaron ambos de la oficina del alguacil en un perfecto silencio. Constantine la llevó hasta la calle céntrica en donde Mary tenía el coche aparcado, ella bajó y subió al suyo sin articular palabra, sin un solo gesto de agradecimiento. Estaba desconcertada, ausente. El maquillaje se le había deshecho y le daba un aspecto confuso, malsano, enajenado.

Constantine la siguió hasta casa y se mantuvo pegado a la empinada parte trasera de su Dodge Dart. No era la primera vez, había dicho la policía. Ellos no arrestarían a una mujer respetable, a un miembro de la comunidad, por haber deslizado de manera furtiva en su bolso unos cuantos objetos de pisco valor, si se tratara de una sola vez. No, habían observado a Mary durante unos cuantos meses. A la gente de Seguridad no le gustaba crear problemas. Las primeras dos veces lo dejaron pasar. A la tercera, le hicieron una advertencia: «Señora, al parecer ha cometido usted un error. Estoy seguro de que no quería meter ese cepillo en su bolso». Pero volvió por sus trece, y tuvieron que arrestarla.

Los polis fueron educados, incluso se los veía incómodos. Esto era América. Si uno había tenido éxito y había ganado dinero, incluso la policía deseaba creer en su inocencia. Aquella incomodidad y condescendencia le resultaba más temible de lo que le habría resultado su odio. Sugirieron que Mary visitara a un psicólogo. Él asintió, firmó los papeles y estrechó la mano del hombre que había llevado a su esposa a prisión. ¿Qué más se podía pedir?

Mary entró en el sendero privado y él la siguió. Ya dentro de la casa, se quedó de pie en la cocina, el bolso cogido con ambas manos y en la mirada una expresión de asombro, como si en aquella habitación tan conocida se hubiera instaurado de repente un orden distinto.

—Mary —dijo Constantine a sus espaldas. Iba bien vestida, con una faldita corta oscura y una chaqueta verde. Constantine se sorprendió al descubrir que se fijaba en su silueta, las curvas de sus caderas y la perfecta simetría de sus piernas envueltas en las medias.

—No —dijo Mary.

—Que no, ¿qué?

—No lo sé. No quiero hablar. No tengo ningún derecho a pedir silencio, ¿verdad?

Constantine oyó la respiración irregular que surgía de ella. Dio unos pasos y se situó frente a Mary, que lloraba, aunque seguía de pie, erguida, y con el bolso apretado por las dos manos. Se dio cuenta de cuánto le costaba respirar.

Sabía que su deber era la furia. De hecho, se sabía furioso, pero su furia ardía en algún lugar ajeno a él. Se hundía y sobresalía resplandeciente fuera de su alcance. Al parecer, solo era capaz de sentir confusión y vergüenza, como si él mismo hubiese cometido un delito.

—Mary —volvió a decir.

—¡Oh, Constantine, por favor! —dijo, y su voz sonó potente a pesar de las lágrimas—. No hay nada de qué hablar.

—Colonia —dijo él—. Un llavero. Una pastilla de jabón.

Ella asintió.

—Eran para Billy —dijo.

—¿Qué?

—Pensaba en él cuando cogí esas cosas. Oh, Con, me voy a la cama. Creo que necesito tumbarme un rato.

—¿Por qué? —dijo él—. Tenemos dinero suficiente. Podríamos haber comprado toda esta basura. ¿Cuánto ha costado? ¿Diez, quince dólares?

—Algo así, supongo.

—Entonces... ¿por qué?

—No lo sé.

Constantine la miró y vio a la joven que había sido tiempo atrás. Vio aquella animada confianza en sí misma, los enfados inflexibles y radiantes, la naturalidad arrebatadora con la que solía bailar, o charlar, o dar sorbos a una bebida. Vio que ahora, en aquella cocina, era y no era esa misma muchacha. Algo se había marchitado, corrompido, la había vuelto dura e impenetrable. Perduraba algo de su resolución y de su orgullo.

—No lo entiendo —dijo él.

—Ya somos dos —dijo ella—. Tal vez deberías gritarme y romper platos. A lo mejor tendrías que pegarme. Me pregunto si eso haría que ambos nos sintiéramos mejor.

—Mary, yo... lo siento.

Ella dejó escapar una risa repentina y breve, casi como el soplido que se le da a una vela para apagarla.

—Tantos años —dijo—, para que al fin sientas remordimientos...

Se interrumpió y lo miró fijamente, con una expresión vacía y oscura que él no conocía.

—Me voy a la cama —dijo—. Hablaremos de esto por la mañana, haré todo lo que sea necesario, pero ahora no puedo pensar en nada más que en irme a la cama.

Abandonó la sala sin tocarlo. Él oyó sus pasos suaves y firmes mientras subía las escaleras.

Constantine se sirvió un trago y se quedó en la cocina a bebérselo. El hielo crujía. El reloj nuevo, en forma de tetera, se barría el rostro con la manecilla roja y fina del segundero. Observó la casa habitada por su propio silencio hasta que Billy atravesó la puerta de delante. Constantine oyó sus pasos en el recibidor, aquel estrépito particular de sus botas al golpear contra las baldosas, un sonido atolondrado, como el de un caballito.

Billy entró en la cocina. Esperaba encontrar a Mary. Al ver a Constantine le cambió la expresión.

—Hola, papá —dijo.

Llevaba una camisa floreada, de color morado y anaranjado, con unas mangas tan holgadas y ondulantes que Constantine se preguntó si no sería de mujer. Sobre las cejas le caían unos mechones de pelo que le empequeñecían el rostro, cosa que, unida al profuso acné que le marcaba la piel, le daban un aspecto estúpido y zafio.

Es un intelectual, se recordó Constantine a sí mismo. Ha obtenido una beca para ir a Harvard.

—¿Cómo va todo, Bill? —preguntó.

—Estupendamente. —Abrió la nevera, se asomó al interior y volvió a cerrar. Cogió una galleta del pote de los dulces y empezó a mordisquearla con delicadeza por los bordes.

—Hoy has vuelto temprano —dijo Billy.

—Sí —respondió Constantine—. Así es.

—¿Dónde está mamá? ¿Ha salido?

—Se ha ido a la cama. No se encontraba demasiado bien.

—Ah.

Constantine se sentía incapaz de imaginar qué le diría un padre a un hijo después de aquello. Dio un trago a su bebida. Casi antes de haberlo decidido, se oyó a sí mismo decir:

—Si esos malditos pelos te crecen un poco más ya no verás nada.

—Veo perfectamente —le dijo Billy—. Tengo ojos por toda la cabeza.

Constantine sacudió la cabeza. Todas sus respuestas tenían que ser ingeniosas, y cada uno de sus movimientos estaba destinado a dejarlo en ridículo y a desafiarlo. Sabía que amaba a su hijo —¿qué clase de hombre no lo haría?—, pero quería que fuera distinto. Deseaba, en ese instante preciso, estar en esa cocina con aquel muchacho y hablar con él acerca de la gloria pasajera de este mundo y de sus

desengaños, desconcertantes y continuos. Quería forcejear con su hijo y lanzarle una pelota de fútbol con todas sus fuerzas.

—Esa camisa, ¿se la has cogido prestada a tu hermana? —dijo.

—Tengo que irme, papá.

—Estamos hablando, ¿no? Digo yo que estamos hablando.

—Tengo que irme a casa de Dina. Dile a mamá que me quedaré allí a cenar, ¿de acuerdo?

—Te he hecho una pregunta.

—Ya sé que me has hecho una pregunta. La camisa es mía, papá. Se trata de mi camisa, de mi pelo y de mi vida.

—Nadie ha dicho que no fuera tu vida. Pero es a mí a quien va a telefonar el rector para discutir lo del pelo. Y soy yo quien ha pagado esa camisa de marica.

Billy estaba en medio de la sala. Se encontraba, al parecer, exactamente en el mismo sitio en que había estado Mary mientras lloraba y sostenía el bolso con ambas manos.

—En realidad, no la has pagado tú —dijo—. Me la he comprado con mi propio dinero. Para eso trabajo en Kroeger, así no tengo necesidad de aceptar de ti nada más que lo imprescindible.

—Tranquilízate —dijo Constantine—. No hace falta enfadarse tanto.

—No has sido tú quien ha pagado esta camisa —dijo Billy—, pero mira, te la voy a dar, de todos modos. Esta valdrá por una camisa que me compraste cuando yo aún era demasiado pequeño para ganar mi propio dinero. ¿Qué te parece?

Empezó a desabrocharse la camisa, y a dejar al descubierto una V de su cuerpo delgado y blanco que con cada botón se hacía más amplia.

—Bill, ¡por los clavos de Cristo!

Se quitó la camisa y se la tendió a Constantine. Su pecho desnudo era esquelético, lustroso, y estaba salpicado aquí y allá por granos de pus enrojecidos. ¿Cómo era posible que un chico joven, a punto de convertirse en un hombre, tuviera un aspecto tan enfermizo y avejentado?

—Cógela —dijo.

—Para ya —le dijo Constantine—. No sigas con esto.

Billy tiró la camisa al suelo.

—¿Y las botas? —dijo—. Fueron realmente caras. Valen por dos o tres pares de los que me compraste cuando estaba en quinto curso.

Levantó una de sus delgadas piernas y luchó por sacarse una de esas botas altas de color tostado. Mientras se la quitaba, casi perdió el equilibrio, y Constantine no pudo evitar que se le escapara la risa. Por primera vez en la vida, compadecía y admiraba a su hijo. Su hijo poseía fervor y una fortaleza aguda.

—Bill —dijo con un tono afectuoso—. Billy. —Mientras el hijo se desembarazaba de la bota, Constantine se acercó a desenmarañarle ese pelo suyo demasiado largo. Tal vez podrían tomarse juntos una copa. Billy tenía diecisiete años,

ya era lo bastante mayor para permitirse un vasito de *whisky* en casa.

Al sentir el contacto de la mano de Constantine, Billy saltó hacia atrás como si le hubiera alcanzado una corriente eléctrica.

—¡No! —le dijo al tiempo que retrocedía.

Constantine se dio cuenta de que Billy había pensado que iba a pegarle.

—Bill —sonrió—. Vamos, cálmate —le mostró la mano con la palma hacia arriba, en un gesto de desnudez, de intenciones inofensivas.

Pero Billy, que sentía vergüenza por haber reulado, dio otros dos pasos atrás. Todavía llevaba una bota puesta, que golpeaba sonoramente contra el suelo.

—Voy a pagártelo todo —dijo—. Absolutamente todo. Hasta la última de las cosas que me hayas dado.

—Te comportas de un modo absurdo —dijo Constantine.

Billy se dio la vuelta y caminó a zancadas hacia la puerta de la casa, con una sola bota y en débil equilibrio.

—A mí no me hables así —dijo Constantine con severidad, pero no hizo ni un solo movimiento para seguirlo. En ese momento no era capaz de aplicar su rigor. Oyó cómo se abría y se cerraba la puerta. Luego le llegó el ruido del tacón de la única bota que le quedaba a su hijo al golpear con fuerza contra la puerta. Entonces sí se sintió con ganas de pelear. Corrió hacia la puerta, pero al llegar a ella y abrir, no encontró más que esa otra bota vacía, tirada de lado en el porche.

La casa estaba en silencio. Conductos y cañerías emitían el sonido suave de su buen funcionamiento. Los electrodomésticos de la cocina zumbaban monótonamente. Mary estaba arriba. Dormía y soñaba sus sueños. Una ladrona, una maleante reincidente. Una mujer que se había sentado taciturna en la claridad de la oficina del alguacil de policía con el maquillaje deshecho sobre la piel pálida y castigada. Billy se había ido a casa de sus amigos, medio desnudo. Constantine se sirvió otro trago mientras pensaba en Susan, valerosa, lista e indulgente, que avanzaba con una seguridad uniforme hacia un futuro que albergaba novedades cada vez mejores. No importaba lo que había sucedido. Ocurrió tan solo un par de veces, y borracha. Una cosilla de nada. Solo fueron besos y abrazos. Era amor, sin más. Pensó en llamar a Susan, pero sabía que su orgullo no se recuperaría del recuerdo de una conversación con su propia hija, medio bebido, para pedirle que lo perdonara. Un día sería viejo. Debía tener cuidado con el pasado que se construía.

La camisa de Billy había quedado en el suelo: un guiñapo de colores. Constantine se inclinó para recogerla y oyó los leves crujidos de sus rodillas oxidadas. Era ligera como el humo, estaba hecha de alguna tela parecida a la gasa. El fondo era un campo negro, y en él florecían naranjas del tamaño de la uña del pulgar y flores de color púrpura en forma de trompeta. Constantine se llevó la camisa al rostro y aspiró su aroma. Olía a su hijo, a su colonia dulce, a su desodorante, al rastro de los caramelos de la aromática gualteria que masticaba para tener buen aliento. Billy estaba obsesionado por la idea de que olía mal y Constantine comprendía aquel temor

juvenil. Él mismo había mascado anís, se había ahogado en perfumes y se había cepillado los dientes tres veces al día. ¿Qué pensamientos amedrentaban a su hijo tanto como para que se empapara en colonia y se escaldara la piel con duchas que empañaban las ventanas de toda la casa? ¿Cuáles eran esos pensamientos? Constantine volvió a tirar la camisa al suelo. Y luego, porque era un padre de familia, porque sentía amor por su hijo, aunque cargado de odio, la recogió otra vez y la colocó con cuidado en el respaldo de una silla de la cocina.

¿Cuánta gente habría sido testigo de la detención de su esposa? ¿Cuánta gente hablaría ahora del asunto, durante la cena? Ya te decía yo que esto iba a ocurrir tarde o temprano, ¿qué puedes esperar de esa clase de gente? Le ardían los ojos. Tanto trabajo, tantas amonestaciones diarias. Todo en un equilibrio tan precario.

Se acercó a la puerta corredera de atrás y fijó la vista en el patio. Pensó en Susan, que estaría preparando la cena en su minúsculo pisito al norte de allí. Le apetecía pensar en eso. Pero la idea de Susan, del mismo modo que su alegría o su cólera, planeó desafiante por la sala y rehusó situarse en el lugar donde se alojaban sus sensaciones legítimas. Lo que latía en él era una amarga oración por Billy, por Mary y por sí mismo. Líbranos de nuestros fracasos innombrables y de las miserias ocultas.

Salió al patio y se quedó allí un rato, con la mirada puesta en alto. Enseguida se haría de noche. El cielo se apagaba, perdía su intensidad azul y se oscurecía por todas partes. Un avión dejó una cola de humo, un rastro de oro rosado en la luz mortecina. La casa de Constantine parecía inmensa y firme como un acorazado. Las ventanas reflejaban el cielo y las ramas negras de los árboles de los vecinos.

Este patio sería perfecto para un huerto si el arce de los Wilkinson no proyectara sobre él tanta sombra. Allá, en el lado sur, ese sería el lugar indicado. Acompañado del vaso vacío, caminó hasta allí y midió a pasos el modesto cuadrilátero que parecía el espacio más prometedor. Sí, un huerto. Hileras de judías, lechugas, la desgarrada belleza de los girasoles. Allí mismo. Las fresas brillarían como joyas. Los tomates serían grandes y carnosos como el corazón de los hombres. Miró la hierba que había bajo sus pies. Sus pies, enfundados en esos mocasines blancos, caros, tenían un aspecto próspero e impecable. Las hebillas doradas centellearon. Bebió un sorbo del vaso vacío y siguió con la mirada fija en la tierra que le pertenecía.

Zoé había oído lo sucedido en la cocina. Lo había observado todo. Ahora veía a su padre a través de la ventana de la habitación, de pie, solo y pequeño. Una pequeñez que era nueva. Ella estaba sentada mientras se filmaba un porro y lo observaba, allí en el césped y rodeado por el anochecer. Le dio la sensación de que la casa entera se contraía.

Apagó el cigarrillo de marihuana, recorrió el pasillo y pasó cerca del silencio vibrante que provenía de la habitación de mamá. Atravesó los colores y el orden tranquilo hasta llegar al patio de atrás, donde los insectos del atardecer trazaban sus círculos.

—Hola, papá —dijo.

Él se volvió, sorprendido. La observó. Por su expresión ella supo que estaba pálida y desarreglada. Era la más excéntrica de los hermanos. La querían, pero era una desconocida.

Se marchaba a otra parte. Se despedía a diario.

—¡Zoé! —dijo él.

Zoé se percató de que casi se había olvidado de ella. —Sí— dijo.

—¡Zoé! ¡Vaya! Eres tú.

—Ya sé. Ya sé que soy yo. Te he visto desde la ventana.

—Yo... —Papá levantó los brazos y los volvió a bajar—. ¿Te pasa algo?

—No.

Se hizo un silencio. Luego papá dijo:

—Pensaba en la posibilidad de hacer un huerto aquí, en el patio.

—¿Ah, sí?

—Hay mucho trabajo por delante —le dijo—. Un huerto necesita cuidados continuos. Se llena de bichos. Luego las malas hierbas. Que si demasiado sol, que si demasiado poco...

Ella se encogió de hombros.

—Me gustaría —dijo—. Me gustaría tener un huerto.

—Podríamos cultivar un montón de cosas —dijo él—. Podríamos tener calabazas, judías, tomates.

—Odio los tomates.

—Bueno. Tomates no.

Ella se estremeció ante la idea del tomate. Él se agachó y hundió las puntas de los dedos en el césped. Se hizo con un puñadito de tierra.

—No es mala tierra —dijo mientras se enderezaba—. Mira esto. ¿Ves qué oscura? Ella asintió.

—A mí me gustaría tener flores —dijo—. ¿Podríamos cultivar flores?

Un jardín sería un sitio al que volver. Un jardín se acordaría de ella.

—Desde luego —dijo él—. Esta tierra está hecha para las flores.

Con cuidado, como si fuera algo frágil, le tendió la bolita de tierra. Ella se la acercó a la nariz y aspiró su aroma fresco y exquisito.

—Es buena tierra —dijo él. Ella fingió no advertir la lágrima que le resbalaba a papá por la mejilla. No sabía qué decir.

—Yo regaría el huerto —dijo ella—. Cuidaría de él.

—Claro que sí —dijo él—. Sé que lo harías.

Le acarició el pelo con su mano grande y vacilante. Ella sostenía la tierra en la mano y observó que la camisa blanca del padre recibía y conservaba los últimos rayos de luz.

—Sé que lo harías —repitió.

SABIDURÍA CRIMINAL

1971

El cielo sobre Cambridge era de un azul ártico, un azul intenso libre de sentimentalismos o de la insinuación de una simple benevolencia. Aunque apenas eran las doce pasadas de un cálido día de octubre, a Billy le parecía posible que el cielo empezara a mostrar estrellitas congeladas. Estaba tendido sobre la hierba del campus, con la vista hacia lo alto. Inez, sentada sobre Hegel y Kierkegaard para no ensuciarse la falda, hizo gala de su grandeza de pájaro, de todas sus habilidades de censura franca y penetrante.

—Billy es demasiado refinado —dijo—. Sea quien sea, el que te puso Billy quería que te pasaras la vida entera portándote bien.

Inez tenía un cuerpo delgado magnífico y una abundante cabellera negra y fuerte. Su rostro era redondo, penetrante y de un misterio incomprensible, como el de una lechuza. En sus gafitas redondas centellearon el sol y los movimientos de la gente.

—Fueron mis padres los que me pusieron Billy —le dijo Billy—. ¿Quién creías tú?

—William es mejor —contestó—. O Willy.

—William, no, desde luego —dijo Charlotte—. ¡William! ¡Puaj!

Charlotte era una chica del oeste, blanca como la leche y con unas manos enérgicas que no paraban jamás. Se tocaba el pelo, luego los botones de la chaqueta de paño de segunda mano, o la rodilla desnuda de Inez.

—Eso es —dijo Inez—. Willy. O Will. Para las ocasiones formales.

—Quizá me podría acostumbrar a Will —dijo él—. Pero Willy es demasiado, no sé. Presuntuoso. Encantador. Seguramente me quedaría con Will.

Inez y Charlotte se consultaron en silencio.

—Hecho —dijo Charlotte—. Te bautizamos Will. El niño Billy ha muerto. Eres un hombre nuevo, ricura. Levántate y anda por el mundo.

—No podéis cambiarme así el nombre —dijo.

—Podemos. Acabamos de hacerlo.

—Muy bien. Veamos. Inez, desde ahora voy a llamarte hermana Agatha de Modesto. Charlotte, en adelante serás conocida como Zsa Zsa.

Nuevamente las mujeres se consultaron con la mirada. Sacudieron la cabeza.

—Nosotras ya tenemos los nombres adecuados —dijo Inez. Charlotte recogió una hoja caída y la partió por la mitad, como si se tratara de una especie de ceremonia que fuera a convertir en realidad aquel momento y aquella conversación. Incluso sus gestos nerviosos parecían eficaces y ordenados.

—Oye, ricura, todo esto lo hacemos por tu propio bien —dijo—. No es un capricho. Billy te ha quedado pequeño, eso es todo.

—De acuerdo —dijo él—. Está bien. Vosotras me llamáis Will y yo os llamaré hermana Agatha y Zsa Zsa. —Ya verás cómo no se nos quedan— le dijo Charlotte. —Espera y verás.

—He sido Billy durante dieciocho años —dijo—. Es demasiado tarde para cambiar. —Pero, en secreto, estaba muerto de ganas de tener un nombre nuevo. Apenas si podía creer que fuera posible.

—Espera y verás —dijo Inez.

El campus se agitaba a su alrededor, las hojas resplandecían y revoloteaban en el aire. Todo el mundo se daba prisa. Todo el mundo cargaba con libros a través de esa intensa luz de otoño que los envolvía como la niebla. Billy creía que, de haber cielo, aquel sería el primero en una serie infinita de cielos, cada uno de ellos tan asombroso, extraño y perfecto como jamás habría podido imaginar. En cada cielo, uno sería alguien nuevo.

—Es pretencioso —dijo él—. Sería como hacer una patética exhibición de ego.

—Piénsatelo —le aconsejó Charlotte, y él estuvo de acuerdo en intentarlo.

Vivían los tres juntos en el último piso de un edificio color marrón desgastado en la avenida Massachusetts. Cobertores de colores vistosos ondeaban en las espléndidas ventanas y en el modesto porche delantero relucían displicentes las campanillas de plata. Billy adoraba la casa. Quería a Charlotte porque era irónica, afectada y ligeramente masculina. A Inez la quería por su premeditado y metódico rechazo del sentido común. Gracias a ella había *speed* y ácidos. Gracias a ella, toda una procesión de extraños, por lo general hombres delgados y contemplativos, aparecían en la ducha o rasgueaban la guitarra en el porche o se sentaban a desayunar, tímidos y sin afeitarse. Billy llamaba a Inez y a Charlotte las Santas Hermanas de la Tolerancia. Les contaba todos sus secretos y también empezó a inventarse algunos nuevos.

Se le quedó el nombre de Will. Ocurrió por tanto lo que él apenas si se había atrevido a desear. Los demás amigos se acostumbraron de inmediato, porque, al parecer, casi todas las cosas del mundo estaban viejas y caducas y era necesario darles un nombre nuevo. El nombre de Will se convirtió primero en un privilegio secreto, más tarde en un derecho y finalmente en una realidad general. Entre los amigos ya no había nadie que lo llamara Billy. Billy pertenecía al pasado lejano, al período moribundo de los coches, el dolor y la codicia colonial, a la próspera desolación de casas. Will tenía mucho mejor aspecto: la piel diáfana, un rostro anguloso y delicado enmarcado por una melena que le caía por debajo de los hombros. Will era fuerte y sosegado, con un cuerpo de proporciones simétricas, las piernas largas y en el pecho un triángulo de pelo suave e irregular. Se movía con elegancia, algo vacilante, enfundado en su chaqueta militar y sus pantalones de color caqui de forma incierta. A veces, según la luz bajo la que se miraba, creía haberse convertido en un hombre llamado Will. Luego pasaba el momento y regresaba a sí mismo, al chico llamado Billy, alguien insignificante y simple. Había quienes lo llamaban Will, pero en sus sueños y en sus pensamientos él era Billy, sin más, un chico lo suficientemente listo para ir trampeando por la vida, un chico bien formado, en los límites de lo posible.

Una cálida tarde de abril en que el aire olía a lluvia y la gente se paseaba por la

calle Brattle con ramos de tulipanes en cucuruchos de papel, un hombre se inclinó hacia Billy y le dijo:

—¿Sabes? Tienes un alma extraordinaria. ¿Te molesta que te lo diga?

Billy, que hasta ese momento leía a Faulkner y bebía café frente a una mesita de mármol blanco, levantó la vista con un temor vivo, como si una voz sin cuerpo hubiese anunciado públicamente el más embarazoso de sus deseos secretos. El hombre estaba inclinado sobre la mesa. Tenía más de treinta años. Los huesos del rostro, complicados, recordaban la geología de la tierra, y sus ojos eran claros. Poseía una enfermedad lunar, aunque no era corpulento. Y en un día sin viento, su cabello aparecía arremolinado como si soplaste un vendaval.

—No —contestó Billy. Estaba completamente atemorizado, pero la voz le salió segura y ligeramente aburrada, como si él ya estuviera acostumbrado a recibir cumplidos como aquel. Le era imposible dilucidar si el individuo estaba loco o inspirado. El rostro del hombre tenía un ardor animal. Vestía con pantalones acampanados, chaleco de piel marrón y llevaba el símbolo del ying y el yang en un cordón de cuero alrededor del cuello.

—Un alma extraordinaria y ancestral —dijo el hombre en tono especulativo—. Tenía que detenerme a decírtelo. No deberías beber café: excita el ánimo, pero mata el espíritu. Ese café hará que todo tu cuerpo quede rodeado de un aura anaranjada.

Billy meneó la cabeza. Sabía que aquel hombre era ridículo y probablemente peligroso, pero no deseaba que se marchara. El hombre lo miraba con abierta admiración.

—Me gusta el color naranja —dijo Billy, y dio un sorbo al café.

—Bueno, es la juventud —dijo el hombre—. Quémala, durará siempre. No te culpo, yo era exactamente igual. Me llamo Cody.

—¿Siempre empiezas así las conversaciones con los extraños?

—No con todos. Veo algo en ti que reconozco, igual que puedo ver el aura que te envuelve. Anaranjada, pero con una capa externa del azul más puro. Como el color de la llama de una cocina de gas.

—Me llamo Will —dijo Billy de un modo desafiante y sintió, de inmediato, que daba un nombre falso. Al adoptar ese nombre, en su vida se abrió todo un torrente de posibilidades.

—Precioso —dijo Cody—. Encantado, estoy seguro.

Cody le estrechó la mano a la manera moderna, primero con la palma, de modo que su mano y la de Billy se acoplaron con el gesto de triunfo de un boxeador. La mano de Cody era grande, seca y suave.

—Tú... ¿eres de por aquí? —preguntó Billy.

—Yo soy de Marte, hijo —dijo Cody. En sus ojos brilló un verde intenso. Poseía una belleza selvática y angulosa que cruzaba de un modo caprichoso por su rostro estropeado de facciones ordinarias—. ¿Eres estudiante? ¿De Harvard?

Billy asintió. Se había acostumbrado a sentir orgullo y vergüenza de sus

privilegios. En cualquier conversación buscaba el momento adecuado para informar de que él no provenía de una clase alta ni acomodada, pero siempre que lo decía le daba la sensación de haber mentado. ¿Acaso no había disfrutado de dinero y de cariño? ¿No eran sus problemas, de hecho, los mismos de los que se quejaban los privilegiados?

—Harvard —repitió Cody, complacido y desdeñoso—. La nueva cosecha de salvadores. ¿Qué estás leyendo?

Billy le tendió su ejemplar de *¡Absalom, Absalom!* Cody meneó la cabeza.

—El magnífico viejo en persona —comentó—. Y dime, Will, ¿qué te gusta a ti de este mundo?

—¿Qué?

—¿Qué te gusta?

Billy sonrió nerviosamente, y se juzgó a un mismo tiempo deseable y algo ridículo. Quería que aquel hombre prosiguiera con sus cortesías, no porque lo divirtieran sino porque, si las eliminaba, si Cody de repente lo abandonaba como si fuera un estúpido chico de Harvard, el compromiso incierto que tenía consigo mismo podía empezar a marchitarse en su interior.

—Pues me gusta Faulkner —dijo, y notó que las orejas le ardían a causa de la moderada insuficiencia de la respuesta. Cuanto más necesitaba fascinar a Cody, más lo detestaba.

—No, un libro no —dijo Cody—. Ni alguien muerto. ¿Qué te gusta del mundo? Me refiero a un organismo vivo, que respire.

—Me gusta el café —dijo Billy con precipitación—. Y amo las rebajas de Kmart. Y ahora me temo que ya tengo que irme.

Cody puso su mano sobre el antebrazo de Billy. Sus uñas, cortas, eran de un tono rosa vivo.

—No te vayas aún —dijo—. Antes camina un poco conmigo. Tengo un presentimiento respecto a ti. Necesito averiguar que estoy en lo cierto.

Billy se dirigió a la mano de Cody:

—Estás apretando bastante.

—Camina conmigo unas manzanas. No dejan de suceder cosas, Will. Todo a nuestro alrededor late, gira, se abre y se cierra. ¿Sabes qué quiero decir?

—No.

—Claro que lo sabes. Vamos.

Dudó. Y acto seguido decidió que se comportaría como Will, una figura valerosa y temeraria fruto más, bien de la imaginación. Presa de sensaciones de desbordamiento y temor entremezcladas, Billy pagó el café y se marchó con Cody. Las farolas de las calles se habían encendido: un pálido amarillo alimonado contra un pálido cielo de atardecer.

—En realidad no te gustan las rebajas de Kmart —dijo Cody—. Tan solo era una respuesta ingeniosa.

—Bueno, la pregunta era pretenciosa.

—Realmente ingeniosa, sí señor. Debes tener cuidado o ese centro selecto al que asistes te convertirá en alguien tan inteligente, enterado y capcioso que tendrás la sensación de que puedes comprenderlo todo. Tú no quieres ser tan mayor.

A su paso, Cody despedía un ligero aroma a virutas de madera. Era un hombre firme que se movía en su propia aureola de olores y leves sonidos metálicos: las llaves de los bolsillos, las pulseras que le rodeaban las muñecas. Billy se sentía inquieto y algo humillado. Notaba la hinchazón en la entepierna. Siempre había sabido lo que quería, pero jamás había imaginado la posibilidad de hacer sus deseos realidad y por eso había vivido como un esteta, como un discípulo joven. Había sido amigo, estudiante y tímido objeto de miradas inquisitivas, delgado y locuaz, vagamente romántico, sin dueño. No había mantenido relaciones camales más que consigo mismo y de una manera rápida. Había sido cauto con sus sueños.

—Sí que quiero ser mayor —dijo—. Y no veo que puede haber de malo en ser inteligente.

—Veneno —dijo Cody—. El ingenio y la inteligencia son peores para ti que treinta tazas de café. Suponen algo así como rodearte de electricidad estática. Pero a ver, Will, ¿tú crees que podrías quererme?

—¿Qué?

—Yo podría quererte. Durante una hora. Tal vez más. No tiene sentido hablar en clave. Veo en ti una pureza que me gustaría acariciar.

—¿Qué? —rio Billy. La risa se acompañó de un sonido áspero, oscilante.

—No actúes como si estuvieras sorprendido. No es no y, si quieres decir no, es asunto tuyo. Pero no me mires como si te estuviera preguntando algo que no se te ha pasado siquiera por la imaginación.

—De acuerdo —y otra vez la risa, aunque su intención no fuera reír—. Es que...

Dejó de caminar. Estaban los dos en medio de la acera. La gente pasaba junto a ellos. Delante, a la derecha, había una tienda de buñuelos que formaba parte de una cadena que tenía una sucursal en la ciudad de Billy. Miró el rótulo brillante de la tienda, las filas de sus dulces conocidos y apetitosos expuestos en bandejas metálicas. Pensó en su habitación, en las estanterías llenas de libros.

—Vivo al final de la calle —dijo Cody—. ¿Por qué, no vienes conmigo y nos fumamos un porro?

Miró el rostro de Cody, limpio y castigado, y se dio cuenta que la pregunta podía contestarse a sí misma. No tenía que poner nada de su parte. No necesitaba pedir ni decidir. Bastaba con no decir que no.

—¿Dónde vives? —dijo.

—Por aquí —dijo Cody—. Sígueme.

Caminó por la calle Brattle, llena de tiendas, junto a Cody. Cody hablaba y Will le contestaba, pero no estaba concentrado en la conversación. Pensaba en el peligro y la licencia, en la protuberancia de la entepierna. Pensó en cambiar de opinión.

Charlotte elogiaría su sentidos común. Inez se burlaría de él por su cobardía. El mundo brillaba tenuemente a su alrededor con la luz de las farolas y los colores de los semáforos. Inez se pronunciaba a favor de una vida de riesgos. Charlotte invocaba la cordura, la prudencia de sopesar las pérdidas y las ganancias. Y él estaba hecho un verdadero lío. Se oyó el ladrido de un perro. No sabía cómo había que actuar en una situación como aquella, así que dejó que Cody lo guiara hasta Story Street y entró tras él al edificio de apartamentos con obra de ladrillo vista del color de la avena.

Billy conocía el edificio —conocía todos los edificios de la plaza de Harvard—, y mientras Cody abría el portal con la llave, Billy sintió un acceso de exasperación.

Cody llevaba su rareza hasta límites impensables. Ahora, ya para siempre, aquel edificio la irradiaría.

—La casa de una amiga —dijo Cody—. Ella está afuera y yo vengo para mantener alejados a los demonios.

Billy volvió a reír, con el mismo sonido agudizado por el pánico. No quería reírse de esa manera. Deseaba mostrarse valiente y seductor, libre.

—No creas que los demonios no existen —dijo Cody—. Los demonios y los ángeles, enfrentados en nuestras almas. El mundo es un sitio más importante de lo que la sociedad quiere hacerte creer. Deja que la gente se ponga seria, deja que piensen en exceso sobre el bien y el mal, y seguro que pierden su necesidad de ser consumidores. ¡Paf! La idea de comprar deja de tener sentido.

—Ya —dijo Billy. Siguió a Cody por dos tramos de escaleras hasta un pasillo sin detalles, como el de un sueño, y luego atravesaron una pesada puerta marrón.

El apartamento estaba forrado de tapices, decorados con flores, motivos vistosos y las siluetas de unos elefantes, impasibles y de mirada fija. Los tapices colgaban tiesos de las paredes y en grandes ondas, de los techos. La luz lánguida del anochecer se colaba por las ventanas y quedaba inmediatamente absorbida por las capas de telas, de modo que la sala tenía un aspecto lóbrego y profundo, como una caverna. Olía ligeramente a incienso. Cody encendió una vela, y luego otra, y aún una tercera.

—¡Qué montón de colchas! —dijo Billy—. Aquí vive alguien que cree en las colchas.

—Siéntate —dijo Cody—. Voy a hacer una infusión.

Se metió en lo que debía de ser la cocina y Billy se sentó en un cojín. Luego volvió a ponerse en pie y caminó hasta la ventana. Los faros de los coches brillaban en la calle. Los letreros estaban encendidos. Billy observó que en un apartamento al otro lado de la calle centelleaba la luz gris azulada de la pantalla de un televisor y sintió una envidia súbita y cortante. Alguien vivía la más normal y corriente de las vidas. Alguien estaba sentado en su propio sofá y destapaba una botella de cerveza frente a las noticias de las siete. Billy decidió que se bebería la infusión, luego le diría a Cody que estaba encantado de haberlo conocido y después se marcharía. Regresaría al orden de sus días, a la simplicidad de su vida.

Cody apareció con dos tazas y se quedó de pie a la luz de las velas. Esperó a que

Billy se le acercara.

—Salud y larga vida —dijo Cody, y levantó la taza.

La infusión tenía un aroma amargo. Billy dejó que el vapor le bañara el rostro, pero no bebió.

—Raíz de bardana —dijo Cody.

—¿Perdón?

—Infusión de raíz de bardana. Al principio no te va a gustar, porque toda tu vida te has alimentado de azúcar. Bébetelo, es bueno para eliminar todas las angustias innecesarias.

Billy se llevó la taza a los labios con cuidado. Realmente, tenía un sabor hediondo, como el agua estancada en el suelo de un bosque. Cody rio.

—Tienes que darle una oportunidad —dijo.

Abrió la caja que había sobre una mesa de madera, extrajo una bolsa de plástico llena de hierba de un color marrón verdoso apagado, y lio un cigarrillo con la habilidad y la concentración de un pastelero. La caja estaba trabajada con incrustaciones de madreperla. Cuando Cody encendió el porro, su rostro se iluminó con la luz de la cerilla como una pintura que se descubre en la pared de una cueva. Tenía el rostro picado de viruela y poblado de arrugas. En reposo, toda su belleza lo abandonaba.

Le pasó el porro a Billy. Billy aspiró el humo con fuerza y notó con satisfacción aquella quemazón agradable y familiar. Cuando le devolvió el porro a Cody, este le colocó la mano en el pecho con delicadeza.

—Noto tu corazón —dijo—. Hijo, ¿de qué tienes tanto miedo?

—No tengo miedo —dijo Billy. Dejó que Cody diera una chupada al porro, luego lo recuperó y volvió a llenarse los pulmones.

—Bueno, pero en el caso remoto de que tuvieras miedo de algo, no tendría razón de ser —dijo Cody—. Esto no es más que amor, señor Will. Es exactamente lo que se busca toda la vida. Y dice mucho en tu favor.

—Creo... —dijo Billy—. Oye, tengo que irme. —Le pasó de nuevo el cigarrillo.

—¿Tan pronto?

—Sí. Bueno, podría decir algo realmente estúpido, como que acabo de recordar que tenía que encontrarme con alguien, pero, la verdad... —Deseaba que lo amaran por su honestidad. Era un buen chico que todavía conocía los límites que establecían lo prohibido. Cody, un hombre dulce y paternal, estaba dispuesto a amarlo por todo aquello que él había decidido rechazar. El ambiente estaba cargado con una luz irregular y sombría—. Oye, en realidad... —confirmó, y su voz sonó lejana, como si proviniera de un chico que estuviera en otra habitación. Observó que Cody dejaba el porro en el cenicero y se acercaba a él. Notó la mano de Cody colocarse suavemente sobre su hombro. Olía a virutas de madera. Se oían sus leves tintineos. Billy quería y no quería al mismo tiempo.

—Todo está bien, hijo —dijo Cody—. No te preocupes. No hay nada malo en

esto, absolutamente nada.

Las manos de Cody descendieron por la espalda de Billy, que se sintió al otro lado de una frontera indefinida. En ese instante estaba ocurriendo algo, y aunque Billy se apartara y se marchara del apartamento a toda prisa, seguiría ocurriendo exactamente igual. Estaba al otro lado y, con una sensación increíble de alivio, permitió que Cody le desabrochara la camisa. Se sintió, por un momento, tan tranquilo y razonable como un niño al que desvisten antes de meterlo en la cama.

—Una delicia —susurró Cody—. Eres una delicia, de muchacho. Es bonito ser tan esbelto y precioso como tú.

Billy dejó que lo envolviera aquella palabra. Precioso. Acercó los dedos al botón superior de la camisa de Cody y, con una precipitación alborozada, se lo desabrochó. Descubrió un fragmento más de la piel de Cody, tostada y poblada de vello oscuro. Billy no podía creer que tuviera licencia para hacer algo así. Las sienes le latían con fuerza y una parte de él se alejó para observar, exultante y con terror, sus manos que bajaban por los botones de la camisa de Cody a medida que los desabrochaba. La camisa de Cody quedó abierta. Billy vio los músculos suaves del pecho, la prominencia hirsuta del estómago. Billy se debatía entre un deseo escrupuloso y una turbación vehemente, tremenda.

—Ven aquí —dijo Cody—. Ven conmigo. —Guió a Billy hasta un colchón cubierto de almohadones, y allí le quitó la camisa con una seguridad firme, casi científica, como si fuera médico y la camisa le produjera a Billy algún daño gradual e impenetrable. Y ahora, échate.

—Pero...

—Chsss. —Cody se llevó el dedo grueso y moreno a los labios. Billy obedeció. Bastaba con no decir que no. La luz de las velas recorría los tapices como una brisa. Notó que Cody le desanudaba los cordones de los zapatos. De pronto, Billy sintió la necesidad de hablar. De pronto le pareció que si no oía su propia voz en la habitación, se perdería. Desaparecería en esa especie de tierra de nadie que flota alrededor del mundo.

—Oye, Cody —dijo, y su voz sonó insignificante entre las sombras—. Me parece que no quiero seguir con esto, o sea que será mejor que me vaya.

—Tú no quieres irte —dijo Cody—. Es solo tu voz que lo dice.

Billy se sintió rabioso. Podría haberle dado un puntapié —el rostro atento y arrugado de Cody estaba justo encima de la punta de su zapato—, levantarse y gritarle:

—No me digas lo que quiero.

No se movió. La rabia afloró ardiente a la superficie de su piel y luego se convirtió en otra sensación, en algo desconocido. La cólera, el deseo y el miedo estaban de tal modo entrelazados en su interior que le resultaba imposible distinguir una emoción de otra. Se quedó quieto bajo el peso combinado de todas ellas mientras Cody, acompañándose de un leve gruñido por el esfuerzo, le sacó las botas y las dejó

en el suelo. Billy, al ver allí las botas, pensó, rápidamente y sin temor alguno, en su propia muerte.

—Yo... —dijo, y no dijo nada más. La imperiosa necesidad que antes lo había impulsado a hablar, lo forzaba ahora a quedarse callado y a errar entre los almohadones, los tapices y la jarra con plumas de pavo real que centelleaban en la penumbra. Empezó a formar parte de la habitación y de cuanto pudiera sucederle. Todo estaba bien.

Con ternura, aunque con idéntica seguridad científica, Cody desabrochó los botones de los pantalones de Billy y se los quitó. Billy se quedó solo con los calcetines, los calzoncillos y la respiración agitada. Se le puso tiesa. Todavía se sentía algo incómodo, pero ahora de una manera abstracta. Sentía turbación y placer a un mismo tiempo, mientras observaba la hilera de elefantes de calor verde claro que dividía la tela que había por encima de su cabeza. Se había incorporado a la habitación. Podía ocurrir cualquier cosa. Vio su camisa y sus pantalones hechos un montón en el suelo y le parecieron las prendas de otra persona, de alguien que él se había inventado.

Cody le quitó los calzoncillos y susurró:

—Una delicia.

Billy respiraba ruidosamente. No llevaba puesto más que los calcetines. Era alguien a quien le sentaba bien la palabra «delicia». Cody se quitó la ropa. Billy levantó la cabeza para observar con un interés ansioso y punzante cómo Cody se deshacía de la camisa, se libraba de los zapatos y se desembarazaba de los pantalones acampanados. No llevaba ropa interior. Estaba completamente desnudo, erecto. Tenía brazos delgados y barriga. Cody se arrodilló en el colchón y frotó el pecho de Billy con las palmas de las manos. Billy no lo miraba. Dirigió la vista al techo, en donde los elefantes marchaban con las trompas cogidas a las colas, y notó los labios de Cody por su vientre. Por un momento lo atenazó el terror. Se le aceleró el corazón. Esto no puede suceder. No puede. Pero él seguía quieto y aquello continuaba adelante. Sucedió. La boca de Cody, que le hacía cosquillas con la barba, descendió y al cabo de un momento se había adueñado de sus adentros. A Billy se le hinchó el estómago. Le preocupaban los dientes. Mantenía la vista fija en el techo. La boca de Cody se movía. Billy se dijo: «Es verdad». Se sintió poderoso y ridículo. Recordó el antebrazo del camarero que le había servido el café hacía una hora. Le había parecido de una belleza descolorida, descontenta. Tenía los antebrazos pálidos, imberbes, fibrosos y poblados de pequeños músculos sobresalientes. Billy miró los hombros desnudos de Cody, la coronilla de su cabeza despeinada. La cabeza de Cody se movía y le provocaba esa sensación intensa y lejana al mismo tiempo, ribeteada de vértigo, que nada tenía que ver con los estremecimientos consabidos que Billy se producía rápidamente con la mano. El cabello de Cody era oscuro, desordenado, inocente. El camarero le había parecido herido por su propia hermosura. Bastante insociable. Los músculos de los brazos se le habían tensado al servirle el café. Billy se dio cuenta de

que podía pensar en el brazo del camarero y decirse «bello». No había ningún impedimento y se lo dijo en silencio. El brazo se convirtió en bello, y luego también el hombre: ese extraño desdichado con la sombra de un bigote. Un hombre que a veces estaba desvestido, que tendría las caderas angostas y un modo huraño de estar de pie, con los brazos cruzados sobre el pecho desnudo. Billy pensó en la desdicha esculpida del camarero. Miró la coronilla de Cody. Sí. Bix le había untado con su sangre la cara. Las nalgas del camarero serían menudas y bien formadas. Sí. Pensó en Bix —su rabia sosegada, la fiera luz de sus ojos—, y pensó en las nalgas menudas y cándidas del camarero y pensó en él mismo mientras lo levantaban unos brazos fuertes, y con una única exclamación de sorpresa, eyaculó.

Y ya está. Se acabó.

A continuación se convirtió en nada. Había sido tanto y ahora era nada, solo una vergüenza torpe y el deseo de estar en cualquier otra parte. Cody se enjugó la boca y sonrió. Dio unas palmaditas a Billy en el estómago y alargó la otra mano hasta el cenicero, para coger el porro.

—Mmm —dijo mientras volvía a encender el cigarrillo—, una delicia.

Billy no habló. Se vio a sí mismo en una habitación, solo, con un hombre mayor loco y lascivo.

—No pasa nada —dijo Cody al tiempo que le ofrecía el porro—. Tú estás bien. Todo está bien.

—Tengo que irme —dijo Billy. No aceptó el porro.

—Lo sé.

Billy abandonó el colchón y se vistió. Cody lo observaba. Billy notaba su mirada. No quería volverse a mirarlo, pero cuando estuvo vestido tuvo que hacerlo, y lo que vio fue a un hombre delgado y de facciones ordinarias, sentado, con las piernas cruzadas, fumándose el último resto de un porro, con la barriga prominente y la punta morada de un pene que sobresalía de una mancha de pelo oscuro. Billy no podía creerlo. Esa fealdad, ese cuerpo lamentable.

—Adiós —dijo.

—Adiós. Y no te preocupes.

—No lo hago.

—Yo estaré aquí dos días más —dijo Cody.

—No creo que nos veamos. O sea, tengo mucho que estudiar...

—Lo sé. Que vaya bien. Y por favor, tortúrate lo mínimo posible.

—Sí, muy bien.

—Vete. Vete en paz, hijo.

Billy asintió. Sabía que ahora podía irse y ser perdonado. Todo su deseo se había evaporado. Aquel episodio no tenía por qué significar nada más que simple curiosidad, la liberalidad que todos los aventureros aportaban al mundo. Acto seguido caminó los tres pasos que lo separaban de Cody y le dio un beso en los labios. Ninguno de ellos habló. Billy se dio la vuelta para salir. Notó una gota húmeda en el

labio inferior. La saliva de Cody o su propio semen. Oyó el golpeteo de sus botas contra el suelo de parqué. Cerró la puerta tras él, recorrió a zancadas el corredor vacío y los escalones de dos en dos. Atravesó el pequeño y pernicioso vestíbulo de pino amarillo barnizado, con sus hileras de buzones cromados y borrosos, abrió la puerta de cristal y salió a la noche alborotada de Cambridge. Era abril, el aire olía a vida, aunque todavía habría algunas nevadas ligeras e intermitentes en las semanas venideras. Will respiró hondo un par de veces. Estaba fuera de la habitación, pero no del todo. La llevaba consigo. Había besado a otro hombre, y supo lo que sería de él de una manera abrupta. Al girar por la calle Brattle se tocó los labios con curiosidad. Lo invadió una turbulenta sensación de felicidad que se apoderó de él de una forma tan repentina, tan inesperada, que se detuvo y se quedó de pie, sin más, ante su reflejo en el escaparate de una librería. Estaba dichoso y horrorizado. Había besado a otro hombre. Se permitió que esta novedad y esta posibilidad nueva, lo habitara. La hoja de un periódico se le enredó en los pies y a la luz eléctrica de Cambridge se dijo su nombre nuevo, tranquilamente, para sus adentros, en un tono de ternura y de sorpresa, como si hablara con un hermano desconocido que hubiese pasado mucho tiempo lejos de casa y hubiera regresado de pronto, sin avisar, para pararse frente a él, radiante, impetuoso y extravagante como un ángel, lleno del dolor puro y sabio de un ángel.

1971

Se negaba a suceder. Susan pensaba que a esas alturas ya debería haber ocurrido, pero nada, no había forma. Ningún anzuelito minúsculo que se uniera a otro anzuelito para empezar el largo proceso de convertirse en manos, en pies, en los primeros y leves movimientos de un sueño ligero, rojo y silencioso. Llevaba una cuenta detallada de los días. Siempre sabía. Había ocasiones en que pensaba: «Ya está». El aguijón ha llegado. Ahora va a empezar. Pero no empezaba nada. En su interior, estaba sola.

No quería esperar mucho más. Deseaba una familia propia. Cuando tuvieran un hijo, les darían total independencia. Los respetarían. Ya no tendrían que visitar a las familias durante las vacaciones.

Aparte de lo del bebé —un problema pasajero—, la vida le iba bien. Bastante bien. No le desagradaba el trabajo, que consistía en escribir a máquina y archivar papeles en la oficina de admisiones. Y tampoco le desagradaba Yale, aunque no se le permitiera la entrada. En privado, lo llamaba el fuerte. Ella y Todd, y todos sus conocidos, vivían en los prados del campus mismo. Próximo al campus, se había creado un grupo de tiendas y de restaurantes baratos alrededor de una iglesia vetusta cubierta de follaje. Eso era lo que se ofrecía, y ese era el lugar al que se podía ir. Más allá de las tiendas y las cafeterías había un barrio bajo, hombres y mujeres negros, el brillo sucio y opaco de la terminal del autobús. Susan mantenía su círculo reducido. Nunca se quejaba. Trabajó amistad con las chicas de su departamento, esposas de estudiantes de Yale, como ella. Le caía bien el jefe, el señor Morst, un hombre larguirucho y jovial que, por alguna razón inexplicable, olía a aspiradora recalentada y además parecía totalmente asexual. El señor Morst hacía demandas comedidas. Por favor archive estas carpetas, por favor pase a máquina estos formularios. Sabía que tanto Susan como las demás estarían poco tiempo allí, y además era consciente de que, si el trabajo comenzaba a crearles problemas, al día siguiente podían encontrar otro, otra ocupación igualmente insignificante. Después del tumulto de deseos confusos y contradictorios que Susan había experimentado en la escuela, esa vida aislada, esa vida de tareas sencillas poco exigentes, le hacía sentir en ocasiones un placer culpable. Hacía exactamente lo necesario, ni más ni menos. Las horas pasaban como vagones, con regularidad, con un ritmo mecánico y un orden que poseía algo de la grandeza precisa y majestuosa de un tren que va de punta a punta del país. Todd estudiaba mucho y obtenía los resultados esperados. No había sorpresas. La carrera de derecho era un valor cada vez más seguro, tanto en Yale como en Harvard. La vida continuaba. Pero en el interior de Susan, en contra de sus deseos, no crecía nada. Hasta que ocurriera, hasta que el bebé empezara a ser, sus días estarían hechos de espera. Mecanografiaba los datos personales de los estudiantes en los formularios, y jamás se equivocaba de línea. Hacía la compra, cocinaba y limpiaba el apartamento. Bebía café con Ellie, Beth y Linda, las compañeras de trabajo. Ellas intentaban evitar el embarazo hasta que sus maridos hubieran obtenido el título, hasta conocer si su

vida de adultos se desarrollaría en Nueva York o California, o en algún lugar en medio de las llanuras.

—Me voy a pasar los próximos veinte años cuidando de una familia —dijo Beth durante el descanso de media mañana—. No me parece mala idea esperar uno o dos años para asumir esa carga.

Ellie añadió:

—Mi madre me hizo prometer que esperaría hasta los veintitrés. Dice que antes de los veintitrés, una mujer no puede criar un niño, porque ella misma es una niña.

—Supongo que sí —dijo Susan—. Pero ¿sabéis?, yo tengo la sensación de que alguien me espera. O sea, de que mi bebé me espera.

—¿Y eso?

Suspiró y su aliento formó pequeñas olitas en la superficie del café.

—Bueno, no me hagáis caso —dijo—. Me paso la mitad del tiempo sin saber lo que digo. Pero se trata de esta sensación, no sé, es como si mi hijo existiera ya y estuviera esperando, para empezar a vivir, a que yo diese con él.

—O ella —dijo Linda.

—Presiento que el primero va a ser un niño. Estoy segura. A eso me refiero. No dejo de pensar que ya es una persona y que yo no hago más que detenerla. Si espero demasiado, esa persona desaparecerá.

—Es mejor tener hijos cuando uno ya se ha establecido —dijo Beth—. Ni siquiera sabes dónde estaréis el año que viene a estas alturas. Si te quedas embarazada ahora, quiero decir ahora mismo, esta noche, quizá te tocaría trasladarte a algún lugar remoto con un bebé de tres meses.

—Todd no ha enviado ninguna solicitud a facultades de derecho de lugares remotos —dijo Susan, y la invadió una secreta sensación de júbilo.

De las cuatro chicas, ella era la que se había casado con el chico de futuro menos cuestionable. Arnie, el marido de Beth, había cambiado su especialización súbitamente, de la ingeniería al periodismo. Bob, el de Linda, había suspendido dos asignaturas. Esas chicas necesitaban protegerse, calibrar sus vidas de la mejor manera posible, porque podían enviarlas a cualquier parte.

Linda dijo:

—Estoy convencida de que cuando estás de tres meses incluso el supermercado te parece remoto.

—A la gente le gusta exagerar, con este tema —dijo Susan—. Mi madre nos tuvo a mí y a mi hermano antes de los veintiuno y sin dinero, y se las arregló de maravilla.

Beth y Ellie volvieron a mirarse de reojo.

—Pero yo no soy mi madre —dijo Ellie.

Susan sabía que ella era la intrusa contra la que aliarse. Cuando dejara ese puesto de trabajo, no volvería a saber de ellas nunca más.

—Será mejor que vuelva al trabajo —suspiró—. Puede ocurrir una catástrofe si no acabo de archivar mis carpetas antes del mediodía.

—De acuerdo —dijo Beth con un tono de paciencia exagerado.

Al abandonar el cuartito de los empleados, a Linda se le quedó enganchada la falda en las medias y dejó al descubierto sus muslos blancos y llenos de ondas. Susan vio de repente, con una terrible claridad, el futuro de Linda. El marido no ganaría suficiente dinero, ella engordaría —ya había empezado— y estaría en casa con los niños mientras el marido describiría órbitas cada vez más grandes alrededor de una casa como las que construía el padre de Susan, una casa hecha con materiales baratos, con madera falsa.

Las casas de su padre estaban hechas para gente a la que no le iban bien las cosas.

Susan sabía que Linda había pasado por el instituto como una chica alegre, del montón. Y que había sido amiga de las muchachas más populares porque no podía hacerles ni pizca de sombra. Sabía que Ellie había ofrecido buena voluntad para compensar su pecho plano y la falta de barbilla. Susan veía esas cosas de un modo automático, igual que un joyero no puede evitar advertir el valor relativo de una piedra. Procuraba no dictar sentencias, pero no podía dejar de ver lo que veía y, al parecer, no sabía mirar de otra manera. Para escarmentarse, pensaba en Rosemary, coronada y llorosa en el campo de fútbol. Se repetía: «No empieces a sentirte superior. Solo llegaste a princesa, no ganaste». Pero cuanto más pensaba en ello, con más ahínco parecía insistir su mente en la fealdad de Linda, en la falta de chispa de Beth, en Ellie y su hábito de pintarse los labios y los ojos en exceso.

Al llegar a casa encontró a Todd ante el escritorio. Se estaba convirtiendo en alguien. Ella observaba el proceso. Se había comprado gafas nuevas, con la montura de color regaliz. Algo de su carácter juvenil se había evaporado —su necesidad lejana y transparente de ser amado— y en su lugar se había instalado una reciente voluntad de trabajar. Susan juzgaba devoradora su manera de estudiar. Se tragaba los libros con un hambre insaciable. En algún lugar, ocultos, estaban la satisfacción y el descanso, el momento dorado, pero antes de llegar a él tenía que viajar a través de quilómetros y quilómetros de páginas impresas. Tenía que escribirlas, contestar a cada pregunta de un modo completo y correcto, tenía que entender los conceptos hasta el punto de poder reproducirlos después en su mente rigurosa y trabajadora.

—Hola —dijo ella desde el vano de la puerta.

—Hola. —Levantó la cabeza, sonrió, se subió las gafas. Tenía descubiertos los antebrazos. Eran fuertes, sólidos, poblados de un vello rubio brillante.

Ella se le acercó, le acarició los hombros.

—¿Cómo va eso? —le preguntó.

—Bien —dijo—. La economía internacional es un monstruo.

—No lo dudo.

Ahora que era alumno de los cursos superiores, los temas que estudiaba le resultaban tan vastos y remotos como lo que se contaba sobre las cordilleras asiáticas. Durante los dos primeros años, Susan se había mantenido al día. No le había resultado difícil enfrentarse a la literatura del siglo xx ni a la biología celular. Pero

ahora estudiaba las invisibles leyes del comercio, la historia de las ideas. Lo veía volverse mayor y adquirir mayor densidad por el saber. Pensaba en los hijos, que la necesitarían para que les enseñara bondad, que requerirían bondad de ella todo el rato.

—¿Qué tal te ha ido a ti? —le preguntó.

—Bien, como siempre. Voy a preparar la cena.

—De acuerdo.

Le dio un último apretón en los hombros y se fue a la cocina. El apartamento era común y corriente. Era la primera casa que compartían, pero Susan no parecía concederle ninguna importancia. Era algo absolutamente pasajero, como su trabajo. Lo mantenía limpio, compraba flores de vez en cuando. Por la mañana ya sabía lo que iba a hacer para cenar. Cada día era igual al anterior y en algunos esporádicos momentos de esperanza, sentía que algo luchaba por abrirse camino a través de ella, un empujón suave pero insistente en el tejido de su piel.

El teléfono sonó mientras lavaba la lechuga.

—Diga.

—Hola, cariño.

—Hola, mamá.

—¿Llamo en mal momento?

—No, empezaba a preparar la cena. ¿Cómo estáis?

—Bien, estamos bien.

A Susan le bastó con oírla para saberlo. Lo supo por el zumbido que acompañó el silencio en la línea.

—¿Qué ha pasado? ¿Qué ocurre?

—Nada. Nada importante. Es que Billy ha llamado desde la universidad para decirme que no va a venir a casa por Navidad, en fin, ya ves.

—¿Adónde va?

—A la casa de un amigo. Alguien que tiene una cabaña en alguna parte... en Vermont. Una cabaña en Vermont.

—Bueno, eso suena divertido —dijo Susan—. Mamá, Billy tiene su propia vida. No tiene por qué ir a casa cada vez que tenga vacaciones.

—Oh, ya lo sé. ¿Acaso crees que no lo sé? Tiene que hacer su camino. Quiero que sea así.

—¿Pero? —dijo Susan.

—¿Cómo?

—¿Pero cuál es el problema? Ya veo que este asunto no te hace feliz.

—Bueno, cariño, claro que no me hace precisamente feliz. ¿Qué madre no querría pasar con sus hijos las Navidades?

Susan sujetó el auricular del teléfono entre la oreja y el hombro y empezó a cortar la lechuga para la ensalada.

—Pero hay algo más. ¿De qué se trata?

—Ya lo sabes, cariño.

—Dime.

—Tú y yo sabemos perfectamente que Billy no quiere venir a casa en Navidad por culpa de su padre. Sabía que esto iba a ocurrir. Lo estaba esperando. ¿Recuerdas las últimas Navidades?

—No las olvidaré en la vida.

Susan oyó el suspiro de la madre y el nudo que se le había hecho en la garganta.

—Tu padre está alejando a Billy —dijo la madre—. Me resulta insufrible y desesperante.

—Nadie aleja a Billy de casa, mamá. Está estudiando, su vida está cambiando. Ya volverá.

—A veces me dan ganas de matarlo. ¿Por qué tiene que ser tan terco? ¿Tienes la menor idea? Lo veo empezar esas peleas y le pido que no lo haga, pero no para. No va a dejar de hacerlo. No puede parar, es como un macho cabrío.

—Bueno, mamá.

—¿Cómo?

—Quiero decir que bueno, te casaste con él, ¿no?

—¿Cómo puedes decir algo así? Me casé con un muchacho, hace veintidós años. La gente cambia. Tú todavía no lo sabes. Y no es que piense que Todd vaya a cambiar. Todd es distinto.

—No creo que nadie cambie tanto —dijo Susan—. Y si papá se comporta ahora como un cabrón, es que ya debía de ser un cabrón entonces.

—No es un cabrón. Cariño, yo nunca he dicho que fuera un cabrón. He dicho que era como un macho cabrío.

—¡Oh, vamos, no me vengas con esas! Es terrible, yes...

—Cariño, yo amo a tu padre. Tu padre es mi vida entera.

—Yo no he dicho que no lo quisieras.

—Haría cualquier cosa por tu padre.

—Mamá, oye...

—Y dime, ¿cómo está Todd?

—Todd está bien. Trabajando duro, como siempre.

—Eso es estupendo —dijo la madre—. Es un verdadero trabajador, el bueno de Todd. ¿Y tú qué tal? Ese trabajo tuyo no te agotará demasiado, ¿verdad?

—No, el trabajo va bien. Oye, con Billy todo irá bien. Se hará mayor y él y papá resolverán sus diferencias.

—Si ya, ya lo sé. Estas son las dificultades del crecimiento, todos los chicos pasan por ahí. Bueno, te voy a dejar hacer la cena. Todd se estará muriendo de hambre.

—De acuerdo. Mamá...

—Dime.

—Nada. Papá no está en casa ahora, ¿verdad?

—¿Tu padre? Bueno, no, aún está en el trabajo. Ya lo conoces. Él y Todd son de la misma especie, un par de trabajadores a tiempo completo. Cuando vengáis en Navidades, no permitas que se traiga los libros.

—Veré lo que puedo hacer.

—Ya no me aguanto de ganas de verte, cariño. Las Navidades me parecen lejanísimas aún. Dale recuerdos a Todd.

—Muy bien, Adiós, mamá.

—Adiós. Me ha gustado hablar contigo, cielito.

Susan colgó y se quedó quieta un instante. Dejó que pasara el tiempo. No lloraría, esa noche no. Acabó de cortar la lechuga y sacó un tomate de la nevera. Dejó que pasara el tiempo y volvió a su vida, a sus movimientos regulares, al brillo temporal de su cocina pasajera. Esta es mi vida, pensó, y aquí estoy yo, en medio de ella. Cortó el tomate en tajadas. Sin pensar en nada.

Aquella noche ella y Todd hicieron el amor. Sabía que él estaba agotado. Se habría contentado con darle un beso breve, rápido y ponerse a dormir enseguida. Pero era una de sus noches. Le recorrió la ancha espalda con las palmas de las manos, lo besó con demora, y él comprendió. Le acarició los pechos, le mordisqueó la nuca. Metió las manos por debajo del camisón, le tocó el interior de los muslos. Con solo aquellos tanteos ella ya gemía. El matrimonio había disminuido y profundizado el misterio. Lo había visto en el lavabo. Lo había visto agotado y avinagrado. Lo había pillado con una mirada tan vacía, estúpida y pagada de sí misma que había llegado a pensar: «Este es el fin de todo mi interés». Aquel lastre ya no podía desaparecer. Pero al mismo tiempo su piel le parecía cada vez más familiar. Sus particularidades —la forma de punto de cruz del vello fino del abdomen, la vena gruesa que le cruzaba los bíceps— se habían vuelto también suyas, de modo que la sola vista de ellas le inspiraba una especie de baño de ternura triste que jamás había conocido ni imaginado, una sensación vacilante de posibilidad y pérdida. Ahora creía que nunca nadie estaba seguro en el amor. El amor llegaba de una manera solapada, sinuosa, pero incluso cuando permanecía latente, ya se había atravesado un confín, se había renunciado a la santidad. Toda su seguridad, la uniformidad de sus días, albergaba ahora el temor de que le ocurriera algo a Todd. Si se hiriera, si cayera enfermo, si muriera, una parte de sí misma quedaría en libertad, pero otra, la parte de mayor peso, quedaría silenciada para siempre.

—Ah —susurró.

Ahí estaba. La empujaba con la punta para meterse en su interior. Todd estaba cansado. Sería especialmente breve. Ella le recorría con las manos los músculos de la espalda arriba y abajo. Su fuerza todavía la impresionaba. La carne bajo su piel estaba siempre tan prieta, tan tensa. Imaginaba que Todd vivía en una tensión física continua, que solo desaparecía cuando dormía o cuando hacían el amor. Pensaba que un cuerpo tan grande y musculoso debía de doler y al tocarlo deseaba sosegarlo, aliviarlo.

—Ah —volvió a decir, más alto.

Ella, por lo general, hacía más ruido que él, y eso la incomodaba. Le preocupaba sentir demasiado placer, ser demasiado lasciva o ávida. Se decía a sí misma: «Es por el bebé». Mientras Todd la penetraba ella pensaba en el bebé, con esperanza. Quizá fuera aquella noche. Sabía un montón de cosas. Sabía que sería moreno, como ella. Que sería formal y bueno, y que nunca caería en debilidades. *Todd* entraba y salía sin parar, y ella notaba en las manos la tensión dolorosa de los músculos de su espalda. Pobrecito, pensó. Su aliento le hizo cosquillas en la oreja. Pobrecito. Se agitaba con una velocidad constante, silencioso excepto por la respiración, la sensación se volvió más intensa. Ella se abría cada vez más. Con cada embestida se abría más aún, hasta que se oyó a sí misma gemir y jadear y notó el sudor que bajaba por la espalda de Todd. Ya llegaba. Pensó en el bebe, con la esperanza de que en aquella ocasión ocurriera, sí, en ese instante mismo. Ahí llegaba el mayor de los estremecimientos, ese recóndito y brillante interior de un lugar desconocido. Pensó en el bebé y pensó en Todd. Y mientras él se vaciaba con una sola exhalación de sorpresa, ambos se confundieron en su mente, Todd y el bebé, lo interno y lo externo, toda la carne que la esperaba para fundirse con ella y así librarse del sufrimiento y del dolor.

1972

La madre de Trancas lo había abandonado todo: un marido, los macizos de petunias, una casa con persianas azules en la calle de Zoé. Se llevó a Trancas a vivir con ella en un período de borrachera que debía continuar hasta que encontrara la semilla desde la que volver a empezar desde la nada. Bebía para encontrarla, y se fumaba los Chesterfields de dos en dos. Miraba el televisor a la espera de que llegara ese día en que hubiese desperdiciado tantas horas como para que se hubiesen pulverizado y se hiciera imposible distinguir los días de las noches y entonces fuera capaz de ver en sí misma a alguien diferente en medio del naufragio. Quería consumir ácido con su hija, pero Trancas aseguraba que no sabía dónde conseguirlo.

—Hasta luego, chicas —dijo la madre de Trancas I desde las sombras de colores. Las luces del televisor cambiaban continuamente reflejadas en el cristal de su vaso de *whisky*. Había decidido que Trancas y ella eran como hermanas, dos jóvenes criminales con todo por delante.

Zoé comprendía a la madre de Trancas. Había abandonado las cortinas y las repisas tapizadas para ir a vivir de un modo salvaje. Quería mirar su vida a través de ojos animales, para ver dónde se ocultaban los errores.

—Que te zurzan —musitó Trancas.

Zoé le pellizcó el brazo, duro y gordo como un salchichón. Zoé amaba a la madre de Trancas. Respetaba su agotada e irónica esperanza de renacer.

—Que lo paséis bien —dijo la madre de Trancas. Miraba la pantalla del televisor a través del *whisky*. Seguro que parecía un calidoscopio, pensó Zoé. La madre de Trancas era delgada y precisa como una antigua bailarina, terriblemente desaliñada como una reina loca. Llevaba una blusa india con bordados de flores y espejitos fulgurantes. Emitía una luz pálida y fluctuante cómo la del televisor. Realmente parecía una figura de la pantalla proyectada en la sala.

—Buenas noches, señora Harris —dijo Zoé.

Trancas la empujó fuera y cerró la puerta como si encerrara alguna radiación mortal. Trancas compadecía y temía a su madre con un ardor más fuerte que el del amor.

—Que te zurzan —volvió a decir Trancas, con voz más fuerte, dirigida hacia la puerta pintada con varias capas de pintura desconchada.

—No seas tan dura con ella —dijo Zoé.

—Tú no eres su hija —contestó Trancas—. Mañana estarás de vuelta en Garden City.

—Tú odias Garden City.

—Ayer por la noche le prendió fuego a una silla —dijo Trancas—. Con uno de sus cigarrillos. Salí de mi habitación y ahí estaba, profundamente dormida, con toda la habitación llena de humo y el corazón del fuego en su mismísimo culo. —Debería ser más cuidadosa— dijo Zoé, pero entendía incluso el deseo de arder. La madre de

Trancas probablemente había soñado con sentarse en una silla de fuego, elevarse con el humo y observar desde arriba la vieja historia del mundo.

—Maldita sea —dijo Trancas—. Si se quiere matar, pues muy bien. Pero que no me lleve a mí y a medio edificio.

—Está deprimida.

—Es una lunática perdida, eso es lo que es. Venga, vámonos de aquí.

Trancas y Zoé bajaron juntas por la Jane Street, bajo el débil resplandor nocturno de los árboles. Trancas se había convertido en la mejor amiga de Zoé desde que ambas tenían nueve años, y ahora Trancas había abandonado el antiguo mundo de normas y anhelos infantiles. Zoé la visitaba los fines de semana. Tenía ropa guardada en el armario de Trancas: una minifalda negra, una blusa transparente de color café oscuro. En Nueva York, algunos hombres la trataban como si fuera hermosa.

—Mañana —dijo Trancas—, quiero ir a ver una moto.

—¿Qué clase de moto?

Trancas sacó un recorte de periódico del bolsillo trasero.

—Alguien en la calle Diez Oeste se vende una vieja Harley por trescientos dólares —dijo.

—Pero no tienes trescientos dólares. En realidad, no tienes ni un cobre.

—Si esa moto me gusta lo suficiente, conseguiré los trescientos.

Trancas iba a intentar otra imprudencia, una libertad fogosa y maligna que no encontrara obstáculos de ninguna clase. Planeaba su propia huida. Últimamente había ganado peso, sacaba las mandíbulas hacia afuera para que su rostro tuviera un aspecto más anguloso y menos amigable. Hablaba de comprarse una moto, una cazadora de cuero, una navaja con mango de nácar. Zoé todavía era su mejor amiga y, de alguna manera nueva y desconocida, la novia de sus recientes ideas. Recorrían las calles como amantes.

—¿Cómo vas a conseguir los trescientos dólares? —preguntó Zoé.

—Puede hacerse —dijo Trancas—. Hay maneras.

Cultivaba secretos. Cuando se conocieron, Trancas era alta e inteligente, desmañada y poco deseada. Vivía en una confusión pesada y lenta, hecha de su propio caos, un lío formado de errores y esperanzas. Ahora crecía. Hablaba de California.

—A lo mejor tu madre te la compraría —dijo Zoé.

—Claro —contestó Trancas.

—Podrías preguntárselo.

—No tiene dinero.

—Tu padre debe de enviarle algo.

—No cobra sus cheques. Con el último se limpió el culo y luego se lo devolvió.

A Trancas le encantaba el mal comportamiento de su madre. Algunas de las historias eran ciertas.

—En ese caso, ¿por qué no le pides a tu padre? —dijo Zoé.

—¿Dinero para una moto? Quiere comprarme zapatillas de *ballet*. No deja de decirme que todavía estoy a tiempo de empezar.

Al cruzar la Hudson Street, Zoé cogió la mano de la amiga. El cielo nocturno estaba repleto de montoncitos de nubes de un gris brillante sobre la intensa oscuridad.

Fueron a uno de los bares que le gustaban a Trancas, en el East Village. En el interior de aquella oscuridad flotaba una luz húmeda y azul. Los hombres iban con ropa vaquera de cuero, y nadie notó que Zoé y Trancas tenían dieciséis años. O, al menos, no les importó. Era ese tipo de bar donde uno puede entrar con una serpiente enrollada al cuello sin que nadie lo advierta. En el tocadiscos automático, James Brown cantaba *Super Bad*.

Se sentaron en el sofá roto que había al fondo, cerca de la mesa de billar y el aire fétido de los lavabos. Trancas encendió un porro y se lo pasó a Zoé.

—Mucha gente, esta noche.

—Sí.

—Mira el tío aquel de los tatuajes.

—¿Dónde?

—Ahí, el que juega al billar.

Un tipo fuerte, de rostro felino, inclinado sobre el charco de luz brillante que caía sobre la mesa, se concentraba sobre la bola siete. Llevaba los brazos llenos de corazones, puñales y calaveras sonrientes, cuerpos serpentinos y caras vigilantes y hambrientas de dragones.

—Es increíble.

—Sí.

—Me voy a hacer un tatuaje.

—¿De qué?

—Puede que una rosa —dijo Trancas—. En el culo.

—Se te quedará para siempre —le dijo Zoé.

—Me gustaría saber que voy a tener algo para siempre. ¿A ti no?

—Pues sí, supongo que sí.

Se fumaron el porro mientras escuchaban música. En el bar el tiempo no pasaba, no había más que música y distintos tonos de oscuridad. Zoé tenía miedo y le gustaba. Le gustaba la noche en la ciudad, en bares como ese, la cantidad de minúsculos peligros y promesas. Era como irse a vivir al bosque. De vuelta a Garden City la comida se ordenaba en los estantes por orden alfabético.

—O puede que un relámpago —dijo Trancas.

—¿Eh? —Zoé se estaba quedando petrificada. Notaba que la música se movía en su interior. Vio que la felpa marrón y gastada del brazo del sofá era un mundo en sí mismo.

—Un relámpago, en vez de una rosa —dijo Trancas—. Lo de la rosa puede que sea demasiado, ya sabes, suena...

—A mí me gustan las rosas —dijo Zoé.

—Pues deberías tatuarte una.

—Tal vez lo haga.

—Tú te haces una rosa y yo me hago un relámpago. O un dragón. Me gusta el dragón que lleva ese tipo en el brazo.

—Puedes hacerte un relámpago y, además, un dragón —dijo Zoé.

—Eso haré. Solo tengo que decidir cuál quiero primero.

Trancas sacó otro porro y de pronto había un hombre sentado en el brazo del sofá. Zoé no se había dado cuenta de que se sentara. Se preguntó si habría estado allí todo el rato. No, no había estado allí. Unos minutos antes ella había quedado absorta en la felpa marrón.

—Hola —dijo el hombre. Sonrió. Era todo pelo. La cabeza coronada por un tumulto quebradizo de pelo negro y la cara poblada por unas patillas espinosas y una barba en forma de triángulo pequeño y electrizante. Era oscuro y borroso como un tatuaje.

—Hola —dijo Zoé. En ese instante recibió un beso de aquel hombre sonriente e invadido por el pelo. La droga la volvía lánguida y propensa al sexo.

—¿Qué hay?

—Nada. Aquí, sin más.

Le ofreció el porro y él dio una calada. Su rostro se encogió como una caricatura alrededor del porro, los ojos apretados y los labios fruncidos. Zoé rio.

—¿Qué pasa? —preguntó él, y le devolvió el porro.

Ella sacudió la cabeza, aspiró el humo de otra calada. Había algo excitante y dulce en aquel hombrecito de caricatura. Parecía estar en guardia y extraviado, como un perro. Llevaba unas botas negras de motociclista y una camisa negra de terciopelo. Era como una imagen salida de un reloj negro de cuco para anunciar la hora.

—Eres muy guapa —dijo—. ¿Te molesta que te lo diga?

—No soy guapa —dijo ella—. Ojalá lo fuera.

—Lo eres.

—No. Puede que parezca guapa con esta luz, porque es lo que deseo, pero no es a mí a quien ves, sino a la chica que me gustaría ser, aquí sentada en el sofá de un bar.

Volvió a reír. La hierba era buena.

—¿Qué has dicho?

—No sé. No tengo ni idea de lo que acabo de decir.

—Eres una chica rara, ¿eh?

—Sí. Soy una chica rara.

—Eso está bien. Me gusta lo raro. Eres una chica, ¿verdad?

—¿Eh?

—No eres un chico.

—No, no soy un chico.

—Bien —dijo—. ¡Eh! A mí me gustan los chicos, pero me gusta saber qué es qué. ¿Entiendes lo que quiero decir?

—Creo que sí. Bueno, no, no del todo.

—De las chicas que vienen por aquí, hay un montón que no son chicas.

—Ya lo sé —dijo ella. ¿Lo sabía? Se estaba perdiendo.

—Sin embargo, sé que tú lo eres. Tienes ese algo que ellos no pueden falsificar.

Un especie de brillo. ¿Me entiendes?

—Sí, brillo dices, ¿eh?

—Exacto. Me llamo Ted.

—Hola, Ted. Yo soy Zoé. Y esta es mi amiga Trancas.

—Encantado de conoceros. Oye, ¿queréis unas rayitas? —preguntó.

—Claro, desde luego que sí.

—Tengo uno o dos gramos en mi casa. Vivo al otro lado de la calle. ¿Qué os parece si os venís conmigo y nos metemos unas cuantas rayas?

Zoé miró a Trancas, que se encogió de hombros. Trancas se negaba a decir que no. No se convertiría en la clase de persona que hace uso de esa palabra.

—De acuerdo —dijo Zoé.

—Vamos.

El hombre se puso en pie y Zoé y Trancas se levantaban tras él cuando una voz dijo:

—Chicas, no os vayáis con ese.

Zoé vio primero sus zapatos, rojos y con unos tacones de diez centímetros de altura. Pensó: «Mi madre tiene un par de zapatos como esos, pero no tan altos». Lo que faltaba por ver era un mono del ejército, una blusa con volantes y una peluca color platino que le caía sobre los hombros con un resplandor químico. Estaba de pie, con las manos en las caderas, y emitía una luz tenue y polvorienta.

—Que te den por culo, Cassandra —dijo Ted.

—Ese tío no os va a traer nada bueno, chicas —dijo el hombre de la peluca—. No os mezcléis con él, a menos que os vaya la marcha dura. Quiero decir dura de verdad.

—Que te jodan.

—Mandó a una chica al hospital el mes pasado, y ya le dije que si volvía por este bar le rompería el culo. Crees que me estoy echando un farol, ¿verdad, Nick, ricura?

—En realidad, su nombre es Ted —dijo Zoé.

El hombre dijo a Zoé y a Trancas:

—Este bar atrae a la escoria de las calles igual que la mierda a las moscas. Vámonos.

—Vosotras mismas, chicas —dijo el de la peluca—. Ya sabéis en qué os vais a meter.

Zoé vaciló, aún medio sentada. Sabía que Trancas no iba a cambiar de opinión. No podía. Cualquier demostración de miedo o sentido común la llevaría a ser otra vez la chica alta, poco deseada y nerviosa que había decidido dejar de ser. Zoé miró al tipo de caricatura, que ahora presentaba un aspecto amenazador, y luego al de la peluca, que parecía una diosa loca del decoro y el delirio, con el rostro asomado en el

centro de las cortinas platinadas de la peluca y los brazos llenos de pulseras de colores resplandecientes. Zoé pensó en Alicia al otro lado del espejo, una niña cándida y sensata. Lo que Alicia aportó al país de las maravillas fue su apacible buen sentido, su inglesidad. Se salvó gracias a que obró correctamente, gracias a escuchar con seriedad a los animales y a los locos que le hablaban.

Zoé se decidió. Le dijo a Ted o Nick:

—Creo que nos quedaremos aquí —y dirigiéndose a Trancas añadió—: a menos que tú quieras ir.

Trancas, aliviada, sacudió la cabeza.

—Me quedo contigo —dijo—. Jo, tía, no puedo dejarte sola en un lugar como este.

El hombre dijo:

—¿Vais a dejar que os intimide este marica cursi? Estáis bromeando. Me estáis tomando el pelo, ¿verdad?

—No —dijo Zoé—. Nos quedamos. Gracias de todos modos.

El rostro se le encogió tanto que parecía que intentara forzar la cabeza para que se le encogiese.

—Pues muy bien —dijo—. Haced caso de rateras y vagabundas, que saben de lo que están hablando. Haced caso de las reinas travestís que hace una semana estaban encerradas en Bellevue.

—No es cierto —dijo el hombre de la peluca a Zoé. Su voz sonaba segura como la de una señora respetable, con esa grandeza que proporciona la pronunciación lenta y pausada—. Jamás he estado en Bellevue ni en ninguna otra institución para dementes. No voy a negar que alguna que otra vez he robado pero, querida, eso no merma para nada mi capacidad para reconocer a un degenerado cuando lo veo.

—Un degenerado —dijo el hombre—. Vaya, me llamas degenerado.

—Un degenerado —dijo el de la peluca— es alguien que hace a la gente cosas que la gente no quiere que le hagan. Punto.

—Vámonos —le dijo a Zoé el hombre—. No quiero verle la jodida cara a ese gilipollas.

—No vamos —dijo Zoé—. De verdad.

Él meneó la cabeza.

—Putas de mierda —dijo.

El hombre de la peluca levantó las manos y movió los dedos.

—Lárgate —dijo—. Aquí no tienes nada que hacer.

Y Nick o Ted se marchó mascullando insultos entre dientes y diseminándolos como pequeñas rosas venenosas.

—Habéis hecho lo correcto, chicas —dijo el hombre de la peluca—. Creedme.

Zoé se sentía llena de miedo y gratitud, de una consideración evasiva. Había visto travestís en el bar antes, pero jamás le había sucedido que repararan en ella.

—Me llamo Trancas —dijo Trancas con vehemencia—, y esta es mi amiga Zoé.

¿Cómo te llamas? —Trancas quería vivir una vida de bar, saber el nombre de todos los travestís.

—Cassandra —dijo el hombre—. Encantada. —Ahora que Nick o Ted se había ido, Cassandra pareció haber perdido interés. Miró a su alrededor para marcharse. Brillaba en el ambiente como un banco de peces brilla en la superficie del agua.

—Me gustan tus pendientes —dijo Zoé. Uno de los pendientes de Cassandra era una nave espacial plateada, y el otro una luna de cobre con gesto irritado y de pocos amigos.

Trancas dijo:

—Sí, son geniales.

Cassandra se tocó los pendientes.

—Ah, el cohete y la luna —dijo—. Fantásticos, ¿eh? ¿Los queréis?

—Oh, no —dijo Zoé.

—Sí, ¿por qué no? —Cassandra se sacó la luna de la oreja. El rostro minúsculo de cobre se oscureció en la penumbra del bar.

—No, en serio, de verdad —dijo Zoé—. No puedo.

—¿Es una cuestión de medidas sanitarias? —preguntó Cassandra.

—No. Es que...

—Vamos a repartirlos —elijo él—. Tú te quedas con la luna y yo me quedo el cohete. —Le balanceó la luna, del tamaño de un centavo, delante de los ojos.

—¿De veras? —dijo Zoé—. Quiero decir, ni siquiera me conoces.

—Cielo —le dijo Cassandra—, soy como un árbol de Navidad. Suelto un adorno por aquí, otro por allá. Y siempre quedan cosas. Créeme. El mundo es grande y está todo hecho de cosas. Además, estas baratijas las robo y puedo robar más.

Zoé cogió el pendiente. Trancas le ayudó a ponérselo.

—Vaya cosa más bonita —dijo Trancas—. Es un pequeño tesoro.

—Ahora somos hermanas de pendientes —dijo Cassandra—. Ligadas para toda la vida.

—Gracias —dijo Zoé.

—De nada —dijo Cassandra—. Y ahora tendréis que perdonarme, ¿de acuerdo? —Se retiró con andar experto sobre sus tacones. Su peluca platinada chisporroteaba bajo las luces artificiales.

—¡Vaya! —dijo Trancas—. Esto sí que es todo un personaje.

—Me pregunto si nos habrá salvado la vida —dijo Zoé.

—Es probable. Es nuestra maldita hada madrina, eso es lo que es.

Trancas y Zoé volvieron al sofá, a fumarse otro porro, pero ahora cualquier cosa que ocurriera iba a ser nada en comparación con aquello. Acabaron el cigarrillo y abandonaron el bar. Fueron a unos cuantos locales más, fumaron otro porro, bailaron juntas y observaron a los hombres. Cuando volvieron a la casa de Trancas, se encontraron a la madre roncando frente al televisor. Zoé buscó los primeros indicios de fuego. Trancas colocó el dedo sobre la cabeza de la madre dormida. Dijo:

—¡Bang!

La madre sonrió y siguió durmiendo.

Mamá dijo:

—Me gustaría que te quedaras en casa este fin de semana. ¿Qué hay en Nueva York que te resulte tan maravilloso?

—Trancas se siente sola allí —dijo Zoé—. Necesita que vaya.

Mamá llevaba zapatillas de tenis rojas. Su sombra se proyectaba sobre las judías minúsculas y las lechugas, sobre el despliegue más confiado y oscuro de las calabazas. Mamá estaba en un lugar poblado de pequeños afanes. En cuanto las judías estuvieran maduras, las arrancarían de su planta y las sumergiría en agua hirviente.

—Seguramente Trancas puede arreglárselas ella solita por uno o dos fines de semana.

—La echo de menos —dijo Zoé—. Yo también me siento sola aquí.

Llevaba puesta la lima cobriza de Cassandra. Iba vestida con la ropa de cada día: unos vaqueros con parches y una camiseta estampada. Se acuclillaba entre las hileras plantadas y arrancaba las malas hierbas. La suciedad vomitaba su propia sombra, algo frío y latente surgido de su interior más profundo.

—Déjala que vaya, Mary —dijo papá. Llevaba un semillero de caléndulas tan brillante que daba la sensación de que tenía que despedir calor. Él mismo emitía un brillo caliente, una pesadumbre intensa como el fuego.

—Es que me parece que esto ya pasa de castaño oscuro —dijo mamá—. Todos y cada uno de los fines de semana.

Papá se acercó a Zoé y le acarició el cabello. Cuando estaban juntos en el huerto, él defendía su derecho a hacer cuanto le apeteciera. Fuera del huerto, le perdía la pista. Su amor perduraba, pero no podía hacerse una idea de ella sin que por medio hubiera referencias a las raíces o al humus. Esa ambición compartida y evidente de fomentar los cultivos.

—Es su mejor amiga —dijo—. Y además, no parece que haya mucho que hacer en Long Island, un sábado por la noche. ¿Me equivoco, Zoé?

Zoé se encogió de hombros. Ocurrían muchas cosas en todas partes. Pero ella tenía ciertos intereses en Nueva York. No le interesaban la fama ni la victoria de la autodestrucción, como a Trancas. Ella deseaba algo más, algo más parecido a lo que Alicia debió de encontrar después de haber ido al país de las maravillas y de regresar al mundo de los jardines, los libros escolares y la ropa lavada y tendida. Quería sentirse más grande, pero por dentro.

—Bueno —dijo mamá, y su voz adoptó un encono pagado de sí. Disfrutaba de la derrota con una apetencia rancia, avinagrada, del mismo modo que disfrutaba de la comida—. Haz lo que quieras.

Pisó la hierba con las zapatillas de lona roja y volvió a meterse en casa. Papá se quedó junto a Zoé, con una mano todavía en su cabeza y la otra cargada con el semillero de caléndulas. Las flores emanaban un aroma dulce y exuberante. Las

caléndulas se hundían desvalidas en su propio perfume. No eran más que perfume y color, nada de la fuerte entereza de las verduras.

—Vamos a plantar esto —dijo papá con ternura—, y luego te llevo al tren de las doce y media.

—Gracias —dijo—. Siento irme tan a menudo.

—No pasa nada —le dijo él, y ella supo que decía la verdad. La ausencia de Susan abrió un agujero en la casa, y la de Billy también. Susan, al dejarlos, se llevó con ella un fragmento del futuro. Billy se quedó con los errores del pasado y los hizo inalterables. Pero su propia partida tenía una lógica muy diferente. Marcharse formaba parte de su papel.

A veces Cassandra estaba en el bar. A veces no estaba. Zoé se dio cuenta de que se pasaba toda la semana esperando que llegara la noche en que salía con Trancas e iban juntas al bar. Cuando Cassandra no estaba allí, se sentía abatida y humillada, como si se hubiera roto alguna promesa. Cuando Cassandra estaba, Zoé lo saludaba con un ataque de ansiedad esperanzada, como si se dirigiera a un chico del que estuviese enamorada. Cassandra siempre contestaba: «Hola, encanto», y seguía con lo suyo. Zoé no estaba enamorada de Cassandra, pero quería algo de él, aunque no sabía exactamente qué.

Trancas empezó a hacer la calle para ganar el dinero de la moto. Relató la primera de sus historias como un verdadero logro.

—Me puse a merodear delante de aquel teatro de la Cuarenta y Dos —le dijo a Zoé en una cafetería de Waverly—. Estaba realmente aterrorizada. Pensaba, ¿y si nadie me lo pide?, ¿y si nadie se da ni siquiera cuenta de lo que pretendo?

El rostro de Trancas, brillante y de facciones ordinarias, se había enrojecido por lo que parecía un enojo. Se puso cinco cucharaditas colmadas de azúcar en el café. Llevaba la chaqueta gris de algodón y una camiseta de Grateful Dead: un esqueleto con una corona de rosas.

Dijo:

—Me prometí que estaría allí unos quince minutos y que si no ocurría nada, me iría a casa. Así que, más o menos cuando hacía catorce minutos y medio, de pronto aquel tipo se me acercó, un tipo normal y corriente, de unos cincuenta años. No tenía pinta de rico, pero tampoco tenía mal aspecto, uno de esos tipos vestidos de tergal, ya sabes, un tipo y punto, que probablemente trabajaba en una oficina y se pasaba el día haciendo alguna cosa y luego volvía a casa y ya está. Bueno, en definitiva, que se me acerca, y al principio yo pensé que sería un amigo de mi padre. Y luego pensé que no, que seguro que iba a decirme que la parada del autobús estaba en la esquina de abajo o que me iba a dar alguna clase de panfleto sobre Jesús o cualquier otra cosa. Pero no. Vino directo hacia mí y dijo: «Hola». Yo le contesté con otro «hola», y él prosiguió: «¿Podemos hacer un trato?». A mí se me dispara el corazón y me siento muy asustada, pero la voz sale como si lo hubiese hecho miles de veces ya, como si fuera una experta en el asunto. Lo miro un minuto y luego digo: «Quizás». Y fue un

misterio, Zo. Fue como si supiera exactamente qué decir y qué hacer y cómo comportarme. Preguntó: «¿Cuánto cobras?». Y yo dije: «Depende de lo que quieras». Hablé con una tranquilidad que no sé de dónde me salía.

—¿Y qué dijo él? —preguntó Zoé. Se inclinó sobre la superficie rayada y llena de manchas de la mesa. En la cocina de la cafetería había un hombre que cantaba con acento: *Hang down, Sloopy, Sloopy, hang down*.

Trancas dijo:

—«Quiero una mamada, y un poco de cariño». ¿Y sabes lo que le contesté yo?

—¿Qué?

—Dije: «Una mamada cuesta treinta dólares, y yo no doy cariño».

—No te creo.

—Es cierto. Estaba tranquila, Zo. Era como interpretar un papel, y me salía bien.

—¿Y luego qué pasó?

—Él dijo: «¿Lo dejamos en veinticinco?». Y yo me limité a mirarlo como diciendo «no me hagas perder el tiempo, pelmazo». Y él dejó escapar algo parecido a una risa, ese ja-ja-ja de siempre, con los grandes dientes descubiertos, y dijo de acuerdo, treinta entonces. Y yo pensé, «mierda, ¿y ahora qué? ¿Se supone que tengo que conocer algún hotel a donde ir?». Pero dijo que fuera con él y nos fuimos unas cuantas manzanas más abajo, al hotel en el que se alojaba, el Edison o algo así. «Antes de seguir, ¿qué hay de mis treinta pavos?». Él volvió a reír con su ja-ja-ja otra vez y me dio el dinero. Joder. Tenía los dientes grandes como dados. No me hizo ninguna pregunta. Ni siquiera cuántos años tenía. Lo que hizo fue quitarse la ropa, y no es que fuera nada fantástico para mirar, pero tampoco era lo peor que había visto en mi vida. Me quité la ropa, se la chupé a ese mal nacido allí mismo en la cama y luego me vestí y salí de ese infierno.

—¿Eso es todo? —preguntó Zoé.

—Eso es todo. Treinta dólares.

—¿De veras que lo hiciste?

—El único modo de conseguir dinero.

—¿Y no estabas asustada?

—Zoé, ya te he dicho que sí estaba asustada.

—Me refiero a él.

—No. Era imposible tenerle miedo. Si lo vieses lo entenderías.

Zoé dio un sorbito al café, miró a través de la ventana empañada hacia Waverly Place. Un hombre obeso paseaba un perro amarillo de aspecto alegre, al que había vestido con una blusa blanca y una falda a cuadros. Había un nuevo mundo sin norma alguna, y allí estaba el viejo mundo, con demasiadas. Ella no sabía cómo se vivía en ningún lugar. Su madre era el espíritu guardián del viejo mundo. Su madre se sentía orgullosa y herida, y prevenía a Zoé: Nunca dejes que un chico te persuada de que pierdas el control, los chicos quieren arruinar todo lo que tú valoras.

Cassandra era el espíritu guardián del nuevo mundo. Creía en el sexo, pero

también en la seguridad. Advertía a las chicas sobre los riesgos de irse con hombres que servían en secreto al mal.

Zoé dijo a Trancas:

—No sé si deberías hacer todo esto.

El rostro de Trancas conservaba su luminosidad extasiada y colérica. Estaba agotada.

—Treinta dólares, Zo —dijo—. Por, pongamos por caso, veinte minutos de trabajo. Nueve tipos más y podré comprarme la moto.

—Pero es prostitución.

—Joder. Pues lo mismo que ser camarera o secretaria. Solo que esto se paga mejor.

Zoé miró a Trancas e intentó comprender. ¿Había empezado a ser libre o había comenzado a matarse de una forma larga y lenta? ¿Cómo saber la diferencia entre emancipación y suicidio?

—Si vas a seguir haciéndolo, ten cuidado —dijo Zoé.

—De acuerdo —contestó Trancas, y Zoé la vio muerta. Vio su piel azulada y la ligera sonrisa que afloraría a sus labios, después de haber derrotado a la madre, de haber llegado antes al lugar más salvaje y remoto de todos. Después de haber vencido.

Aquella noche Cassandra estaba en el bar. Llevaba un vestido de gala antiguo, un revoltillo de satén color esmeralda y gasa verde limón. Zoé esperó a que Trancas se hubiese ido al lavabo y se acercó rápidamente a Cassandra. Cassandra sostenía su bebida en una mano y conversaba con un hombre negro y alto, vestido con una capa de terciopelo y un sombrero redondo de color canario.

Zoé dijo:

—Hola, Cassandra.

El rostro de Cassandra, inteligente y suave, se escondía bajo una gruesa capa de maquillaje, de pintalabios y máscara. Los cosméticos y la intención intrincadamente confusa de ser hombre y de ser mujer, parecían impulsarlo hacia adelante, y a veces era como si estuviese con la cara apretada contra un cristal y hablara con claridad y un poco demasiado alto a alguien que se encontrara al otro lado.

—Vaya, hola, pequeña —dijo—. ¿Cómo va todo?

—Bien. De hecho, me preguntaba si podría hablar contigo un minuto.

—Encanto, puedes hablar conmigo todo lo que quieras. No tienes más que empezar por el principio y seguir hasta que llegues al final.

—¿Podría ser a solas? No será más que un minuto.

—No hay nada en este mundo que pueda asustar a la señorita Cinnamon —dijo Cassandra.

—Tienes toda la razón —dijo la señorita Cinnamon. Un trozo de velo amarillo le tembló sobre la frente brillante como las alas de un insecto.

Zoé vaciló con nerviosismo.

—Bueno —dijo—, ya conoces a Trancas, mi amiga, ¿no?

—Sí, claro.

Zoé se interrumpió. Deseaba esconder el rostro en el vestido de gala de Cassandra, en su brillo bruñido. Quería sentársele en la falda enjuta, susurrarle secretos al oído y que le dijera que existe una invulnerabilidad que espera más allá de los peligros del mundo ordinario.

—Habla, encanto —dijo Cassandra. Su voz sonaba fuerte y segura como la lluvia en un canal.

Zoé dijo:

—Ahora sale a buscarse la vida.

—Bueno, no cabe duda de que eso es provechoso.

La señorita Cinnamon colocó una mano inmensa sobre el brazo de Zoé.

—¿Lleva un pulverizador Mace, encanto?

—Estoy preocupada por ella.

—Debería llevar un Mace y una navaja —dijo la señorita Cinnamon—. Puede conseguirse una buena navajita, no hace falta que sea demasiado grande, y llevarla dentro de una bota.

—¿Por qué estás preocupada? —preguntó Cassandra.

—Tengo miedo de que le hagan daño.

—Eso es precisamente para lo que se necesita el Mace y la navaja, encanto. Hazme caso.

—La gente hace daño —dijo Cassandra—. Ocurren cosas terribles.

—Ya lo sé —dijo Zoé.

—Y vosotras sois muy jovencitas. ¿No tenéis padres o algo así? ¿Alguien que cuide de vosotras?

—Trancas y su madre viven aquí, en la ciudad. Yo vengo los fines de semana, y vivo con mi familia fuera, en Long Island.

—Otro planeta —dijo Cassandra.

—También allí pueden ocurrir cosas terribles —le dijo Zoé.

—Me lo imagino, encanto. Mira, ahí viene tu amiga.

Trancas estaba de vuelta del lavabo. Vio que Zoé hablaba con Cassandra y se dirigió hacia allí, llena de felicidad ávida, de afición por las pruebas y la ruina. Zoé la imaginó mientras se guardaba el dinero en un bolsillo antes de chupársela a un hombre con los dientes del tamaño de un dado.

—Qué hay, Cassandra —dijo Trancas con un tono de voz elevado y familiar. Y dirigiéndose a la señorita Cinnamon añadió—: Bonito sombrero.

—Gracias, pequeña —dijo la señorita Cinnamon con modestia.

Zoé comprendió que la señorita Cinnamon había sido un niño que asistía a misa con su madre. Que se había sentado ante un altar, bajo los ojos de madera doliente de Cristo, mientras un coro de brocados, terciopelos y crinolinas suspiraba en torno.

Cassandra dijo:

—Discutíamos los pros y los contras del negocio.

Trancas miró a Zoé de reojo, y su rostro quedó empañado por el embarazo y un enojo desafiante que parecía orgullo pero que no lo era.

—Ya —dijo ella—, del negocio.

—El único consejo que te puedo dar, querida —dijo Cassandra—, es que no te malvendas. A tu edad no. Puedes conseguir veinte por quitarte la camisa, por decirlo de algún modo, no chupes una polla por menos de cincuenta. Si alguien intenta decirte que en la manzana de arriba le hacen una mamada por la mitad de precio, se refiere a que consigue que se la chupe una vieja que apenas puede caminar si no es con ayuda y que necesita unas gafas para distinguir una polla dura. Dile que se largue a otra parte y que se consiga una ganga, si eso es lo que quiere. Ahora bien, si estás dispuesta a tirártelos, entonces cóbrales por lo menos cien. No titubees al decir el precio. Y no regatees. Y si follas, haz que se pongan un condón. Nadie sabe dónde pueden haber estado metidas esas pollas.

—De acuerdo —dijo Trancas.

—Y pequeña —dijo la señorita Cinnamon—, como le decía antes a tu amiga, lleva algo para defenderte. Un pulverizador Mace y una buena navajita que puedas meterte en la bota.

—Así lo haré —dijo Trancas.

—Somos la voz de la experiencia, querida —dijo Cassandra—. Haz caso de tus tías.

—Muy bien —dijo Trancas, y por un momento su rostro perdió la habitual expresión de ardiente recelo.

Se quedaron unos instantes en silencio, las cuatro. Zoé se sentía invadida por una complicada mezcla de cariño y temor que no se parecía a ninguna de las emociones que recordaba. Sentía que abandonaba su vida de antes, las cenas y el mobiliario, la verde calma vacía del patio de atrás. Cuando era pequeña imaginaba que viviría en el bosque, pero sabía que en realidad no podría hacerlo. No podía construir un nido en un árbol y alimentarse de setas y de bayas. Aunque hubiese tenido el coraje de intentarlo, alguien habría ido a buscarla. La habrían enviado a uno de esos lugares en donde acogen a las chicas que creen que pueden escapar de la vida en una casa y donde las retienen hasta que renuncian a sus deseos.

Pero nadie podía impedirle vivir en ese bosque de ahora. Era un destino que a una chica le estaba permitido labrarse, esa ciudad inmensa y licenciosa que albergaba a los chicos más extraños.

Le dijo a Cassandra:

—¿Puedo invitarte algún día a tomar el té?

Cassandra pestañeó y esbozó una sonrisa:

—¿Perdón? ¿Té?

—Bueno, ya sabes, un café. Me gustaría hablar contigo. Eres mi tía, ¿no?

Cassandra vaciló mientras consideraba la propuesta. Sonrió a la señorita

Cinnamon. Zoé se sentía como si hablara con dos mujeres ricas y famosas. Poseían esa especie de autoridad propia. Esas maneras altivas, burlonas.

—Té —dijo a la señorita Cinnamon, y pronunció la palabra como si al mismo tiempo fuera extraña y amenazadora. Acto seguido le pidió un bolígrafo al camarero y anotó su número en una servilleta.

—Debes saber —dijo mientras le tendía la servilleta a Zoé—, que tu tía Cassandra, si se te ocurre llamar alguna vez antes de las tres de la tarde, sea cual sea el motivo que tengas, no dudará en matarte. ¿Lo has entendido?

—Sí. Entendido.

La señorita Cinnamon dijo:

—No hay nada peor que despertar a una reina antes de hora. Créeme, pequeña, y no quieras comprobarlo por ti misma.

1972

Will, Inez y Charlotte tomaron juntos un ácido por última vez, se declararon su lealtad y regresaron a casa de los padres para pasar el verano. Cuando los padres lo recogieron en la estación de tren de Garden City y lo llevaron a casa, Will se sorprendió al ver el aspecto al mismo tiempo ridículo y familiar de la ciudad, familiar casi en un sentido espiritual. Era como si fuese víctima de un hipnotismo y estuviese a punto de recordar toda una vida pasada. Como si viajara por otro país y, de un modo sobrenatural, supiese que el conductor iba a girar por la próxima a la izquierda y que entonces, tras la oscuridad enmarañada de una morera, iba a aparecer una casa amarilla provista de gabletes. Se había preparado para esa sensación de enojo y de fastidio que lo asaltaría ante la vista de los céspedes siempre iguales y las casas decorosas y prósperas. Había imaginado con exactitud su propio sentido de ingravidez mientras el padre conducía con ambas manos colocadas en el volante y la madre hablaba de los nuevos bañadores que le había comprado en las rebajas. Lo que no había previsto era ese sentimiento de comodidad, de ubicación casi subjetiva. En ningún momento había esperado que, al girar su padre con el Buick aquella esquina conocida, fuese a sentir que estaba de vuelta en casa. Cuando bajó del coche se quedó en el césped, con la vista fija en la casa construida con el dinero del padre, grandiosa a su modo, una gran extravagancia con formas irregulares, tejados abuhardillados y miradores, limpia como un hueso bajo la luz veraniega. En su interior no había libros, excepto los *bestsellers* con encuadernación de bolsillo que la madre leía durante las vacaciones de verano. No había ningún objeto, vajilla ni mueble más antiguo que Will. Pero sí comida familiar. Un refugio. El padre dominaba la casa desde una posición de propietario insondable y perpetuo, y Will seguía siendo el siervo del padre de un modo incuestionable, más poderoso aún por el hecho de que no se mencionara.

—¿En qué piensas? —le preguntó la madre.

—¿Eh? Vaya, lo siento.

—He hecho ensalada de pollo. ¿Tienes hambre?

—Me parece que sí, desde luego.

—Entonces vamos dentro. Me gusta tanto tenerte en casa.

Se quedó menos de dos días. Su partida quedó decidida durante la primera noche. El padre le interrogó durante la cena:

—¿Has pensado ya en alguna especialización?

—Creo que quiero enseñar —dijo Will.

Era mentira. Se sorprendió al oírse decir esas palabras. No quería enseñar. Enseñar le parecía monótono, ingrato, mal pagado. Deseaba estudiar arquitectura. Quería construir.

La madre, más delgada y propensa a los silencios sonrientes de lo que recordaba, recorrió el borde del plato con la uña. Las luces de la araña despidieron reflejos

iridiscentes, pequeños rayos electrizantes.

—Enseñar —repitió el padre. Pronunció la palabra con una neutralidad desdeñosa. Emitió un sonido compacto. El padre de Will se había vuelto más corpulento. Sus carnes tenían ese aspecto hinchado y flácido que da la grasa de sobra al cuerpo de un hombre que ha nacido para ser delgado. Will sospechaba que el padre había ganado exactamente la misma cantidad de peso que había perdido la madre.

—Exacto. Enseñar.

Zoé estaba sentada frente a Will. Iba vestida con sus ropas juveniles multicolores y llenas de remiendos, y su bisutería profusa y tintineante. Le sonrió con mi gesto de impotencia.

—¿Enseñar qué? —preguntó el padre.

—A niños —dijo Will.

Él mismo se sorprendía de cuanto decía. Al principio se había decantado por la literatura inglesa, luego había cambiado a lingüística y ahora había resuelto seguir los cursos necesarios para solicitar el ingreso en la facultad de arquitectura después de su graduación. Se había inscrito para estudiar a Palladio y a Frank Lloyd en otoño. Aprendería sobre la conducción de electricidad en una sala. Pero necesitaba una vida distinta que presentar ante su padre. Necesitaba un yo que no tuviera nada que ver con él.

Dijo:

—Creo que me gustaría trabajar con niños a los que todo el mundo ha dejado de lado. Por ejemplo, con el programa educativo estatal para gente sin recursos.

—Seguro que tendrás buena mano con ellos —dijo la madre—. Serías un maestro maravilloso.

—¿Y necesitas ir a Harvard para eso? —dijo el padre—. Podrías enseñar a esos negratos con un primer ciclo universitario sin más.

—No uses esa palabra delante de mí —le dijo Will.

—Perdón. Ne-gros. Chicos de color. No lo entiendo. ¿Y qué sentido tiene una educación tan selecta?

—No, mejor contéstame tú a mí, papá. ¿De dónde proviene todo ese odio? ¿Y con qué finalidad? ¿Qué sacas de él?

—Oh, no empecéis —dijo la madre. La uña produjo un leve chirrido, un sonido seco y claro, en la porcelana de la vajilla.

—¿Qué odio? —dijo el padre—. Yo no odio a nadie, a menos que me den una razón para hacerlo. ¡Lo que me gustaría saber es por qué vas a Harvard, a la maldita Harvard, si lo único que quieres es enseñar a muchachos ne-gros!

—Se acabó —dijo Will. Se retiró la servilleta de la falda y la tiró contra el plato—. La cena estaba deliciosa, mamá.

—Pero, cariño, si no has comido nada.

—He perdido el apetito.

—Venga —dijo el padre—. No te hagas la estrella. Si no puedes soportar una conversación franca y directa, no sé cómo te las vas a arreglar frente a toda una clase de fieras.

Will se puso de pie. Miró al padre, que masticaba sentado sobre su opulencia. Llevaba unos pantalones verdes a cuadros. El papel pintado estaba decorado por pagodas azules que se erigían entre puentes rústicos y aves zancudas. Will deseaba una cosa solamente: resultarle ajeno a su familia. Desaparecer. Por un momento imaginó que miraba con calma al padre mientras este comía con satisfacción y que le decía: «Me acuesto con hombres». Pensó en renunciar al padre. Lo invadía una sensación de cólera y de vergüenza, y un vago deseo que le retumbaba en la sangre como un enjambre de abejas.

—Billy —dijo la madre—, cariño, siéntate y acaba de cenar.

Billy. Al oír su antiguo nombre, pronunciado por la voz de la madre, Will abandonó la sala. No les había dicho nada acerca de su nuevo nombre. Se sentía aturdido por las emociones. Oyó al padre que decía:

—Si no puedes con una conversación clara como esta, será mejor que tengas suerte en el mundo.

A Will se le encogió el estómago. No estaba preparado para desaparecer, todavía no. No sabía aún cuál era su verdad, y si hablaba demasiado no podría volver jamás.

Aquella misma noche, más tarde, Zoé lo visitó en su cuarto. Golpeó con tanta suavidad la puerta que él no tuvo necesidad de preguntar quién era.

—Pasa, Zo —dijo.

Su padre habría aporreado la puerta. La madre habría dado unos golpecitos secos, cortos, con educación pero firmes y calculados, el sonido de una serie de intenciones firmes como el granizo. Tan solo Zoé transmitía la impresión de que podía pasar inadvertida.

Llevaba una camiseta desgarrada de color anaranjado que anunciaba las Carlsbad Caverns, lugar donde nunca había estado, y una falda fina con dibujos de arabescos rojos. Alrededor del cuello llevaba una cinta de terciopelo negro de la que colgaba una campana del tamaño y forma de la uña del pulgar de una mujer.

—Hola —dijo.

—Entra, Zoé —dijo. La habitación todavía conservaba algunos objetos. Un póster de Dylan, estrellas plateadas pegadas al techo—. Ven aquí y siéntate conmigo en la cama.

Pensó un instante en Cody, que aseguraba ver la luz de las emanaciones humanas. A veces, Will tenía la sensación de percibir una tenue luz vacilante alrededor de Zoé, aunque no se parecía a las esferas electrizadas que describía Cody. Apenas era visible, una fosforescencia, como si algún espectro de la propia Zoé sobresaliera unos milímetros de la superficie de su piel. Will no era místico. Jamás consideró como algo serio los efectos ópticos. Pero en ese momento admitió para sí que en algunas ocasiones, cuando miraba a Zoé rápidamente, le parecía descubrir una luz

parpadeante y pálida que fluctuaba sobre ella cuando nadie miraba.

Cuando entró, saturó el ambiente de su aroma a pachuli. Se sentó en el borde de la cama. ¿Cómo era posible que una familia tan ruidosa y ambiciosa hubiese criado a alguien como ella?

—¿Qué hay? —dijo él. Le tocó la negra maraña de la cabeza. Solo Zoé le despertaba aquel afecto doloroso. Amaba a otras personas, pero Zoé era la única que lo preocupaba, que le inspiraba temor. Era inestable. Aparecía y desaparecía.

—Estoy contenta de tenerte en casa —dijo—. Te echaba de menos.

—Zo, no voy a pasar aquí todo el verano —dijo Will—. Será mejor que vuelva a Cambridge.

—¿Ya? —dijo ella.

—¡Por Dios, Zoé! ¿Se puede saber qué haces con el pelo? No habrá por ahí arañas o cualquier otra cosa, ¿verdad?

—Es demasiado pronto —dijo ella—. Ni siquiera has visto a Bix, ni a Larry, ni a nadie.

—Las cosas se pondrían peor. En unos cuantos días, papá y yo llegaríamos a las manos. ¿No te acuerdas del verano pasado?

—¿Qué vas a hacer en Cambridge? —preguntó.

—Puedo buscar un trabajo, no importa de qué. Siempre se puede encontrar algo, si no te importa hacer cualquier cosa.

—¿No podrías quedarte al menos una semana?

—Creo que será mejor que me vaya —dijo—. Ni siquiera voy a deshacer el equipaje.

—Por favor.

—Venga, déjalo.

Asintió.

—Me estoy comportando como una egoísta —dijo—. Tengo miedo de que un día no seamos más que, no sé, parientes.

—Yo nunca dejaré de reconocerte, Zo. Te conoceré por el pelo.

—A mí también me gustaría irme —dijo.

Él le cogió la mano. Quería decirle que no se podía quedar porque ya no pertenecía a la familia, pero que tampoco encontraba una manera de abandonarla. Deseaba contárselo todo. Pero Zoé todavía formaba parte de la casa, y él necesitaba su secreto. Necesitaba levantar el vuelo.

—No tardarás en marcharte —dijo—. Y puedes venir a verme a Cambridge cuando quieras, ¿eh? Te compraré el billete de tren, ¿de acuerdo?

—De acuerdo.

—¿Quieres que nos fumemos un porro? —preguntó.

—Sí.

Sacó un cigarrillo de marihuana del bolsillo de la cazadora, lo encendió y se lo pasó. Ella aspiró el humo y se lo devolvió, se quitó el pelo de la cara y algo en el

conjunto de sus gestos le indicó a Will que se había hecho mayor. Había sucedido. Tenía una vida propia, un sueño y algunos secretos. La observó con cierta muda admiración. De ahí, se dio cuenta, es de donde provenían los adultos. Surgían súbitamente de niños extraños e infelices como Zoé o como él mismo. Vivirían en el próximo siglo.

—Zo —dijo.

—Qué.

—Nada.

¿Qué había querido decirle? Que la quería y sufría por ella, que quería protegerla del dolor. Que él se estaba convirtiendo en otra persona y ella también. Permanecieron sentados, juntos y en silencio, mientras se pasaban el porro. Las estrellas plateadas, pegadas al techo cuando él tenía doce años, esparcían su luz mínima.

1973

Constantine daba a la tierra semillas y la tierra le respondía con lechugas de hojas rojizas, con la sinuosidad de las judías y la contundencia sexual del pimiento dulce. Él y Zoé trabajaban juntos en el huerto, y hubo épocas en que... podía encontrar una calabaza perfecta de la medida exacta de su dedo anular temblando bajo una hoja, o Zoé podía levantarse envuelta en la luz de la tarde con los brazos llenos de albahaca. Hubo una época en que él creía haber llegado a donde quería llegar. Pero eso también pasó. Siempre pasaba.

Solía ser el desorden, una luminosidad inquietante.

Ahora Mary usaba guantes para dormir. Hacía arreglos florales sobre un soporte de pinchos. Susan se había ido. Apenas si lo había mirado a través del velo cuando la había acompañado por la nave central. Llamaba a veces, pero ya no constituía una compañía.

¿Y qué había pasado con Su hijo? A los veinte años era un muchacho de gafitas redondas, de esas que llevan las viejas solteronas y amargadas. Un muchacho al que el pelo le rozaba los hombros escuálidos con una sequedad nerviosa, como las cortinas de una anciana. Atento a su vida en Harvard, cada vez más devoto de los humildes de la tierra que en toda su vida no habían trabajado ni la mitad de lo que Constantine había hecho en una semana. Constantine tenía mucho que decir sobre la inferioridad de condiciones. Por ejemplo, tras intentar abrirse camino en aquel país, sin dinero y sin saber más que dos o tres palabras en inglés, «hola» y «por favor». ¿Cuántos hombres que tuvieran como punto de partida tan solo «hola» y «por favor» habrían conseguido lo que él? Así que ahora eres negro. Lo siento. ¿Y qué? Ahora cuéntame la verdadera historia.

¿Qué había ocurrido? Alguien como Billy, un joven tan bien preparado, lo único que debería estar haciendo es comerse el mundo. Debería avanzar a grandes pasos, con la fuerza de un caballo, la inteligencia de un zorro y sacarle a los corazones de las mujeres hasta la última gota de su sangre humilde. Cuando Mary dio a luz un niño, Constantine se imaginó a sí mismo con puñados de futuro entre las manos, puñados que llevarse a la boca. La hijas, aun las mejores, desaparecían en las vidas de algún hombre. Pero un hijo lo arrastraba a uno. Sus placeres lo incluían. Uno vivía en su propia piel y al mismo tiempo en la del hijo.

Puede que me haya equivocado, pensó Constantine. Era consciente de haber sufrido accesos de pasión, una grandeza brutal que rehusaba vivir en la pequeñez. Siempre había contado sus emociones violentas entre las virtudes. Tenía muchos motivos para creer que un chico necesita disciplina ^del mismo modo que un árbol precisa la poda. El propio padre de Constantine le había abierto la cabeza contra la cocina, le había apretado con tanta fuerza el brazo que se lo había dislocado con la misma facilidad con que las habas se extraen de la vaina. Los castigos habían formado la voluntad de Constantine, lo habían convertido en alguien. Los castigos

habían hecho posible que aquel hombre fuertemente ambicioso sobreviviera a sufrimientos de los que había aprendido a vivir sin temor alguno. Sin embargo, no quería a su padre. Había aprovechado la primera oportunidad para cruzar el océano y construirse un yo tan fuerte como para que su padre no pudiera tambalearlo. ¿Podía ser, era posible acaso, que Billy estuviera haciendo exactamente lo mismo? ¿Podían ser el pelo largo y los abalorios su idea de unos logros lo suficientemente extraños como para que lo protegieran del padre? La revista *Life* aseguraba que había llegado la era de Acuario. En *Life* aparecían fotografías de hombres con el pelo hasta los hombros, de pie y alegres junto a sus mujeres, que no se preocupaban lo más mínimo de los votos matrimoniales. Esos muchachos tenían tanto sexo como querían, nadaban desnudos y aseguraban no tener más planes que los árboles y el agua, las mujeres y los niños en sus camas. Había una nueva permisividad. Nacía un mundo lujurioso en el seno del antiguo, otro país con unas costumbres y un lenguaje propios. Y ahora, al parecer, Billy había partido hacia allí, de la misma manera que Constantine había abandonado Grecia para ir a América. No sabía si deseaba que su hijo volviera o que lo llevara consigo. Constantine era marido y padre, amante más apasionado que estable, gran trabajador. No veía lugar para él en las páginas de *Life*.

Se llamaba Magda, como una de las hermanas Gabor. Constantine se había perdido en ella a la manera en que una moneda lo hace en un desagüe. Con ella se sentía como si cayera y a continuación surgiese brillante desde la oscuridad, una recompensa escondida y difícil de alcanzar. Magda era húngara, como las hermanas Gabor, aunque dos décadas en Nueva Jersey le habían apagado y suavizado el acento. Cuando se entregaba a ella, cuando invadía su enorme cuerpo blanco, Constantine emitía los sonidos salvajes y exultantes que siempre había reprimido en consideración con Mary. Con cuarenta y un años, Mary era una niña envejecida. Magda había sido una mujer casi toda la vida. Constantine empujaba con fuerza para entrar en su abertura amplia y húmeda —ella no pedía delicadeza— y mientras se clavaba en su interior, mientras la embestía una y otra vez, los gritos de ella ahogaban los suyos del mismo modo que con su cuerpo absorbía el de Constantine. Ella debía de pesar unos setenta kilos, cuando él mismo no pesaba más de setenta y seis. La machacaba. Le mordía los pechos, le tiraba del pelo. A veces chillaba con tanta fuerza que luego a él le retumbaban los oídos, y más tarde, cuando se tumbaban sudados sobre las sábanas y a través de las paredes se filtraba el sonido de la radio de una casa vecina, ella le colocaba una mano de uñas pintadas de rosa sobre el pecho y susurraba:

—Fantástico, amor. Un polvazo condenadamente fantástico...

La obvedad formaba parte de lo que amaba. Se tiraba a la secretaria de su socio en la habitación de un motel durante la hora del almuerzo. Era una cita como sacada de una historieta, y se sentía como si se hubiera afiliado a un club, a una asociación nacional con sus propios ritos e historia. Le gustaba no solo el sexo en sí, sino todo lo que lo rodeaba: aparcar el Buick en la parte trasera, que le diera la llave un recepcionista de sonrisa afectada con ojos legañosos y media docena de pelos

aplastados contra la cabeza calva. Le gustaba el chisporroteo del cartel de neón «Se alquila», en rojo, y tres flechas rosadas. Le encantaban las dos fotos de margaritas azules, idénticas, que colgaban en la cabecera de todas las camas de matrimonio. Le gustaba el hecho de que, a los cuarenta y seis años, se le pusiera tiesa cada vez que oía a Tom Jones o a Engelbert Humperdinck por la radio. Eran como sus hermanos, que cantaban canciones de deseo y de pérdida a un mundo lo bastante grande para contener cualquier sorpresa.

—Eres demasiado, amor —le dijo Magda, y la habitación del motel pareció estar de acuerdo con ella. Era demasiado para aquel cuarto, con ese techo lleno de manchas de humedad y aquella moqueta deslucida y gastada. Era demasiado para aquella mujer, una rubia teñida y obesa que compartía un dúplex con la madre y cuatro gatos.

Le dio unas palmaditas en la inmensidad de su costado y dijo:

—Tú tampoco estás nada mal.

Lo había asombrado su deseo. Sus sueños habían sido siempre de belleza, y ahora se le ponía dura nada más sentarse por las mañanas ante el escritorio con la radio puesta, y el pensamiento ocupado por un vientre prominente o un culo como dos calabazas blancas. *It's not unusual to make love with anyone*, Tom Jones cantaba. A veces, en el trabajo, Constantine se escapaba al lavabo y se hacía una paja mientras pensaba en Magda, un buque hecho de carnes. Con cuarenta y siete años, estaba tan a punto como uno de quince. Podría haber sido su hijo, el hijo que habría querido tener. Se sonreía a sí mismo en el espejo del lavabo al tiempo que se sacudía el pene encima de la pila, comprometida ya para un excelente ejercicio al cabo de dos horas en el Mayflower Motel. Las sorpresas no habían terminado. La edad era una triste ficción, la historia de los débiles.

La vida con Mary perdió protagonismo y descubrió que podía vivir con mayor libertad. Algo se reblandeció. Algo que había vivido dentro de su piel, un espinoso flujo de ira y decepción, empezó a relajarse y en su lugar no quedaron más que las horas, una tras otra, el trabajo, un buen polvo, más trabajo y luego la cena y a dormir. La vida de Mary transcurría a su costado. Probaba nuevas recetas —*fondue* de queso, *quiche* Lorraine—, compraba lo que le hacía falta. A medida que el amor y la lucha se aquietaban, Constantine empezó a darse cuenta de la presencia de una simplicidad que siempre había estado ahí, latente bajo el conflicto diario. Empezó a darse cuenta de que bastaba con follar y ganar dinero, con hablar por teléfono con la maravillosa hija de uno siempre que se le ocurriera llamar, con escardar las malas hierbas del huerto con la hija más pequeña de uno y lanzar con ella una exclamación ante el primer rábano. Con no pensar demasiado en el chico. Las horas del almuerzo de Constantine en compañía de Magda, que no esperaba de él nada que no quisiera darle, parecían haberlo salvado de un modo profundo que él jamás habría podido prever. Se sentía como si viviera una vida nueva y más sencilla, y todo cuanto quedaba de su antigua vida, la única costumbre obstinada, era el hábito de conducir hasta sus casas por la noche para observar a los habitantes en el desempeño de sus

actos ordinarios. Ahora lo hacía menos a menudo, solo una vez cada dos meses. Pero seguía yendo. Todavía aparcaba allí el coche y escuchaba, con un deseo vivo y terrible, a aquellos hombres y mujeres inescrutables que vivían sus comidas, sus disputas, sus actos sexuales, su inagotable preocupación por el futuro que labraban para los hijos. Todavía se sentaba en el silencio de su Buick y fumaba un cigarrillo tras otro atento a cada pequeño ruido del vecindario con la misma solicitud rabiosa de un sacerdote en el confesonario, preocupado por captar el funcionamiento del bien y el mal auténticos que subyace a las desatinadas anécdotas de sus fieles acerca de las tentaciones de la carne.

1974

Mary se vistió de color crema para la ceremonia. Llevaba un sombrero de paja color crema y un vestidito sencillo del mismo tono debajo de una chaqueta de lino *beige*. Cuando caminaba por el campus, cogida del codo de Constantine con la mano enguantada, mientras las sombras del follaje se movían sobre la hierba alrededor de ellos, era consciente de que había llegado un momento que, a pesar de todo lo ocurrido, la apoyaría siempre. Fuera cuales fuesen sus errores o las humillaciones sufridas, siempre tendría aquello: la imagen de sí misma caminando en Harvard junto a su marido al tiempo que desde las ventanas de los dormitorios llegaba una música extraña y los hijos, de cara ya a sus prometedores futuros, hacían muecas ante las cámaras vestidos con sus togas y sus birretes. Era consciente de la luz que se reflejaba en sus pendientes. De una de las ventanas, una voz clara de tenor cantaba algo sobre la desolación del mundo. O puede que sobre la ampliación del mundo.

—Menudo sitio —dijo Constantine.

—Pues sí —dijo ella con un gesto de fastidio. No deseaba comportarse de un modo admirativo. Tan solo quería estar allí, pertenecer a aquel lugar, ser exactamente quién era en ese instante: una mujer atractiva, vestida con elegancia, que había acudido para asistir a la graduación de su hijo en Harvard. Para sentarse entre su marido, con un traje azul marino, y su hija, esposa de un joven y prometedor estudiante de leyes de Yale.

—He hecho la reserva para la comida —dijo Constantine—. En un lugar que a los Florios les gusta muchísimo.

—Muy bien —dijo ella. No tenía ganas de hablar. No deseaba extenderse en su temor de que la idea que Paul y Liz Florio tendrían sobre un buen restaurante se basaría en el precio más que en el buen gusto, y sería un lugar ostentoso con platos sofisticados pero de mala calidad. Un lugar acerca del que otras familias harían bromas mientras pasaban a su lado camino de algún restaurante que Mary y Constantine ni siquiera conocían. Había consultado a Billy sobre el lugar de la comida después de la ceremonia, pero Billy aquellos días se comportaba de un modo extraño. Lo único que se dignó decir fue:

—Por favor, no vayamos a hacer de esto un problema. Cualquier hamburguesería está bien. No me apetece en absoluto un local con menú de lujo, y menos aún en vista de cómo se está hundiendo el mundo.

Ella no había tenido respuesta, excepto lo que ya era obvio:

—Ya sabes que eres el primero de la familia, tanto de la de tu padre como de la mía, que se gradúa en la universidad. En toda la historia de la familia.

—Ya lo sé, mamá. Ya lo sé.

Billy iba a ser el único. Susan estaba casada y Zoé era Zoé. Los de la familia de Constantine seguían siendo granjeros en Grecia, al menos por lo que se sabía, y los hijos del hermano de Mary tendrían mucha suerte si llegaban a los treinta sin ingresar

en prisión. Quería que Billy fuese consciente de que aquello era tan importante como una boda, o como un funeral. Billy había vivido toda la vida bajo su protección. Él no podía imaginar de lo que se libraba: años y años de desesperanza, los hombres encorvados sobre máquinas herrumbrosas y las mujeres murmurando sobre la sopa. Él no sabía que el tiempo podía flotar suspendido en las habitaciones. Billy creía que la vida impulsaba a todos sus hijos hacia un buen final.

—A la una —dijo Constantine—. Era lo que tú querías, ¿no?

—¿Qué?

Estaban ya en el campus donde se celebraría la ceremonia de graduación. Hileras de sillas de madera plegables permanecían en un orden mudo y perfecto, y sobre una tarima había un hombre de pelo canoso trajeado, tan lleno de energía como el mismísimo éxito, que discutía los detalles del micrófono con un hombre joven vestido con vaqueros.

—La comida —dijo Constantine—. He hecho la reserva para la una. Eso nos dejará tiempo de sobra para encontrar el sitio.

—Perfecto.

Él suspiró, y a ella le llegó el sonido flemoso de su respiración. Su cuerpo era propenso a la mucosidad. El de ella, a la sequedad. Estaba convencida de que cuando se hicieran mayores, él sería grueso, viscoso y peludo, mientras ella sería delgada como un palillo. Sus diferencias crecerían, se volverían más profundas. A veces le preocupaba hacerse vieja junto a Constantine pero ahora, precisamente ahora, sentía que estaba a punto de acometer, a través de su antigua membrana de dudas, un futuro indestructible que brillaba entre las hojas, que resplandecía y entonaba su canto junto a las tuberías blancas de esos viejos edificios de ladrillos donde grandes hombres habían sido jóvenes en otra época.

Constantine dijo:

—Deberíamos ir a casa de Billy.

—Enseguida —contestó ella—. Todavía hay tiempo. Quiero pasear por el campus un ratito más.

—Bonito, ¿verdad?

Mary tenía roja la cara y una fina película de transpiración le cubría el labio superior. Amaba a Constantine por todo lo que sentía por Harvard, por el orgullo que mostraba en sus senderos umbríos y en sus amplias escaleras. Sin embargo, era un hombre que hablaba incorrectamente. Había ganado dinero, y había permanecido a su lado, y la amaba, a su manera. No obstante, ese mismo mediodía los llevaría al restaurante de los Florio, Chez Fulano o Mengano.

—Vamos a buscar a Billy —dijo ella de repente.

—Pensé que querías pasear un poco más.

—No podemos. No sé en qué estaría pensando, se nos hace tarde.

Como más tarde diría a las amigas, cuanto menos se hablara del apartamento de Billy, mejor. Al principio, Constantine creía que tenían una dirección equivocada. El

edificio parecía estar a punto de dar un último y polvoriento suspiro antes de derrumbarse sobre los hierbajos del patio y no dejar en pie más que un esqueleto de tuberías oxidadas y una chimenea en pleno desmoronamiento. Mary parpadeó ante el trocito de papel en donde había anotado las señas:

—Es aquí —dijo ella.

—¡Por todos los santos! —dijo Constantine—. Era de esperar.

—Por favor, no empieces —dijo ella—. Este es un día feliz. Tengamos la fiesta en paz.

Él asintió sombríamente.

—Espero que meterse ahí no sea peligroso.

La cogió por el codo y atravesó junto a ella los tablones desiguales del porche y luego unos cuantos escalones que apenas si servían para hacer leña, pintado cada uno de un color chillón distinto.

—¡Santo cielo! —murmuró Constantine.

El ambiente estaba cargado, invadido por olores dulces y salvajes que Mary era incapaz de distinguir. Gatos, sin duda, e incienso. Conocía ese aroma por la iglesia. El edificio tenía el aire de un santuario profanado, un lugar en otra época santificado y ahora entregado a los gatos vagabundos y al apetito insaciable de las sabandijas.

—Era de esperar —dijo Constantine, y Mary le pidió que se calmara.

Cuando llamaron a la deteriorada puerta, se oyó a Billy que gritaba:

—Está abierto.

Entraron y lo encontraron vestido con los vaqueros llenos de parches, una camisa de franela hecha jirones y sentado al lado de Zoé en un sofá que debía de provenir directamente de la trapería. El apartamento resultaba bastante difícil de describir, podría haber sido tranquilamente el hogar de un lunático, de alguien tan ajeno a los principios fundamentales del orden y la limpieza que había acarreado con cualquier basura inmundada de la calle, la había subido a casa y expuesto allí con orgullo. Al tiempo que Mary y Constantine entraban, ella se tocó de manera involuntaria uno de los pendientes con la punta de los dedos.

—Hola, familia —dijo Billy—. Bienvenidos a la Casa Usher.

—Por Dios santo, ¿pero tú ves esta pocilga? —dijo Constantine. Lanzó una estentórea carcajada y Mary pensó: Bueno, pueden vivirlo como una broma. Pueden verlo como un chiste de aspereza masculina.

—Yo lo llamo casa —dijo Billy.

—Desde luego, está llena de colorido —sonrió Mary. Y añadió dirigiéndose a Constantine—: Me gusta. Es divertida.

De nuevo sus emociones afloraron con tal confusión que notó que se le humedecía el labio superior. Quería defender a Billy de su padre. Quería quedarse junto a Constantine y, preguntarle a Billy en quién se había convertido, cómo se había extraviado tanto. Sintió los pulmones oprimidos y los hinchó con un suspiro profundo.

—Un condenado nido de ratas —dijo Constantine. Su voz aún no había abandonado el tono humorístico. Por favor, dijo Mary en silencio—. ¿Qué eres ahora? ¿Una especie de bohemio o qué?

—Exacto, papá —dijo Billy—. Nuevamente has dado en el clavo. Soy un bohemio, eso es. Has ido directo al meollo de la cuestión.

—Escúchame, listillo...

—Venga, chicos —dijo Mary, aunque le costaba respirar porque le faltaba el aliento. Unas tiras de metal invisibles le oprimían los pulmones y parecían apretar un poco más con cada poco de aire que conseguía aspirar—. Es un día feliz, no debemos pelearnos.

Billy y Zoé seguían sentados uno al lado del otro en el sofá, que daba la sensación de estar plagado de algo que acabaría por metérseles en el pelo. Mary tembló y tomó aliento. Advirtió, de pronto, que las ropas astrosas de Billy y de Zoé —esos disfraces que ella consideraba disparatados pero inofensivos— formaban parte de una perversidad más vasta. Ahí estaban, sentados los dos, hijo e hija, heredero y heredera de siglos de lucha diaria, del rezo de oraciones para buena fortuna y mejor clima, del acopio de reservas. Allí estaban, sentados con su vestimenta andrajosa, los pelos desgredados, repantigados como los más pobres de los obreruchos en aquel mueble que debió de ser desaliñado y raído incluso cuando nuevo. El padre borracho de Mary había sido más orgulloso. Su abuela siciliana, demasiado pobre para comprar vasos, había mantenido sus tarros de jalea en hileras impecables. Por primera vez en la vida, Mary vio a su hijo como un extraño. Como alguien que puede hacer cualquier cosa, cuya cabeza estaba repleta de pensamientos y deseos que ni siquiera podía imaginar.

—De acuerdo —dijo Constantine. Levantó el brazo y consultó el reloj. El azul oscuro de la tela de la americana y la raya fina y blanca de la manga de la camisa, se retiraron para descubrir el Roléx con toda su apacible exactitud. Al ver el reloj del marido, Mary se los imaginó, a él y al hijo, como miembros de dos bandos enemigos: uno fuerte y acaudalado, provisto de tanques. El otro agudo y taimado, anárquico, armado con dardos pequeños de punta guarnecida con venenos desconocidos.

—Será mejor que cojas el birrete y la toga —dijo Constantine—. Aún tenemos que pasar por el hotel a recoger a Susan.

Billy dijo:

—No me voy a poner ni toga ni birrete.

—¿Cómo?

—Que no voy a llevar ni toga ni birrete. Estoy dispuesto a pasar por toda la historia de la ceremonia y demás. Pero no voy a ponerme ese uniforme tan elegante.

—No seas ridículo —dijo Constantine—. Venga ya, arréglate, que vamos a llegar tarde.

—No tengo nada que arreglar —dijo Billy—. No he encargado ninguna toga ni nada de eso.

—¡Oh, Billy! —dijo Mary.

Constantine tragó saliva. Mary oyó sus secreciones, la acción del enfado en el funcionamiento interno de su cuerpo. Tenía ganas tan solo de tumbarse en algún lugar limpio y seguro hasta que hubiera recuperado el aliento.

Constantine dijo:

—O sea, que quieres ir a la ceremonia con tu ropa de bohemio, ¿no? ¿Pretendes pasearte por ahí con ese aspecto de libertino?

—Quiero ir con mi ropa. ¿Por qué tiene que convertirse en un problema?

—Tienes que ser distinto, ¿verdad? —dijo Constantine—. Tienes que destacar.

—Basta, muchachos —dijo Mary, pero sabía que su voz apenas resultaba audible.

—Oye —dijo Billy—, tengo amigos que van a mofarse de mí por el solo hecho de que participe en estos actos. Sentados ahí, atentos a los discursos acerca de esa antigua e imponente institución que nos ofrecerán las personas que ayudaron a inventar el napalm. ¿Sabes cuáles son los efectos del napalm? Es como un fuego que no te abandona, que te corroe hasta los huesos.

—No sé de qué me hablas —dijo Constantine—. ¿Qué tiene que ver todo eso?

—Harvard tiene importantes contratos de investigación con el gobierno —dijo Billy—. ¿Te has dado cuenta de lo bonito que es el campus, de lo bien cuidado que está? ¿De dónde crees que sale todo ese dinero? ¿De los derechos de matrícula? ¿De la venta de los equipos de gimnasia?

—Desde luego puedo decir unas cuantas cosas respecto a la procedencia del dinero...

—Chicos —dijo Mary—. Vamos, Susan nos espera.

—Papá, me siento muy feliz de que tú y mamá estéis aquí —dijo Billy—. Me satisface que podamos compartir esto. Pero todo tiene un límite. ¿Comprendes lo que te quiero decir?

—No sé de qué me hablas y...

—Se trata de mi aspecto, de mi vida, y no me voy a poner el condenado traje ese.

—Muy bien —dijo Constantine—. Tiene que ser a tu manera, ¿verdad? Te da lo mismo que tu madre, Zoé, Susan y yo hayamos venido hasta aquí.

—No. Por supuesto que no me da lo mismo. Y os agradezco de veras que hayáis venido para mi graduación. A la que yo asisto en consideración a vosotros. Con mi ropa.

—Entonces, olvídalo —dijo Constantine—. Si es por nosotros, no hagas nada. No te esfuerces.

Billy sacudió la cabeza. Mary notó que la asaltaba el llanto. Vio a través de una película de lágrimas calientes que Billy se ponía de pie y decía:

—Hay dos formas de hacer las cosas, ¿verdad, papá? Tu manera y la manera equivocada. Tenemos que aprovechar todas las ocasiones de foto en el campus de Harvard, y luego, al acabar el acto, tenemos que meternos en el coche para ir a algún restaurante francés caro y horroroso. Tú no estás aquí para ver mi graduación. Estás aquí para ver la graduación del hijo que tú quieres. Pues tengo noticias para ti. Son

dos personas distintas.

—Bonito discurso —dijo Constantine—. Muy bonito. Pero... ¿no tienes corazón o qué? ¿Sabes lo que le estás haciendo a tu madre?

—Sea lo que sea, de eso puede hablar ella conmigo. Este asunto es entre tú y yo. ¿No? Tú quieres aparecer por Harvard como una persona importante y posar para las fotos al lado de un chico con toga y birrete. Mira, te puedo conseguir una docena de muchachos así. Chicos fornidos y con el pelo corto, de camino a la facultad de leyes o de económicas. Tengo conocidos, trae la cámara y vámonos directamente al campus...

—Cállate la boca —gritó Constantine—. Cállate ya. —Tenía el rostro sombrío y los brazos rígidos pegados al cuerpo. Mary sabía que bastaría una única y mínima provocación más para que arremetiera contra él.

—¡Oh, Con, Billy, por favor! —dijo en un susurro.

—A mamá no le importa lo que lleve en la graduación. ¿A que no, mamá?

—No lo sé —dijo—. Yo solo... por favor. No discutáis.

—No le hagas esto —dijo Constantine—. No te atrevas.

Billy asintió.

—Todo ha sido un error —dijo con calma—. Mamá, papá, siento que hayáis venido hasta aquí para nada. —Pasó con cautela junto a su padre y caminó hacia la puerta.

—¿Adónde crees que vas? —preguntó Constantine.

—A dar un paseo. Y más tarde quizá me vaya al cine. ¿Qué dices tú, Zoé? ¿Quieres venir? En el Orson Welles ponen *Midnight Cowboy*.

Zoé parpadeó, como si ella misma se hubiese olvidado de su propia presencia. Mary pensó: «Todo ha salido mal. Todos los esfuerzos, todo el amor, el cuidadoso hilvanado de los días, todo ha sido para nada».

Zoé dijo:

—No puedo. Lo siento. Tengo que estar con Mary y Constantine.

Había empezado a llamarlos por su nombre de pila y no había ninguna reprimenda o argumentación que la persuadiera de lo contrario.

—Muy bien —dijo Billy—. Hasta luego.

Se marchó. La puerta se cerró tras él con un ruido ligero. Mary pensaba que Constantine correría tras él, pero se quedó quieto. Nadie se movió.

—Increíble —dijo Constantine—. Esto es increíble.

Ahora por las mejillas de Mary corrían las lágrimas, unas lágrimas gruesas y pesadas que le bañaban el rostro. Sacó un pañuelo del bolso.

—¿Y ahora qué hacemos? —dijo con un tono suave.

—Iremos a la maldita ceremonia de graduación, eso es lo que vamos a hacer —le contestó Constantine—. Venga. Tenemos que pasar por el hotel a recoger a Susan. Nos estará esperando.

Nadie se movió. Zoé permaneció en el sofá, con la mirada puesta en sus zapatos,

y Mary hizo todo lo posible para reprimir sus ganas de abalanzarse sobre Zoé y ponerse a chillar: ¿Se puede saber qué te pasa? ¿Qué problema tienes?

—Venga, vámonos —dijo Constantine.

—Con.

—Nada. Ni una sola palabra más. Susi nos espera. Eso es lo que tenemos que hacer.

—Necesito ir al lavabo —dijo Mary.

—¿Te encuentras mal?

—No. Estoy bien. Será solo un minuto, ¿de acuerdo?

Atravesó el comedor y fue hacia el pasillo. Pasó por delante de una cocina desordenada de azulejos amarillos y de dos puertas cerradas. No tenía ninguna necesidad de ir al lavabo, sino de estar sola, aunque solo fuera por dos o tres minutos. Tenía que concentrarse en respirar profundamente. Cuando encontró el lavabo, entró, cerró la puerta y cogió una píldora del bolso. Se la tragó y se quedó unos instantes apoyada sobre la pila, mientras tomaba aire. En la pila había un pelo largo y oscuro en forma de signo de interrogación. Encima, un espejo lleno de salpicaduras. Y una jarrita de cerámica que contenía tres cepillos de dientes, el de Billy y el de sus dos compañeros de piso, a quienes no conocía. Mary no sabía cuál era el cepillo de dientes de Billy. ¿El amarillo, de aspecto despachurrado? ¿El más nuevo y corto, de un verde brillante, con los pelos tiesos como los de un cepillo del pelo? ¿El transparente, con una pequeña media luna de dentífrico pegada en el borde? Ninguno de ellos pertenecía con claridad a su hijo, y ninguno era tampoco incuestionablemente ajeno a él. Se dio cuenta, de repente, hasta qué punto le había perdido la pista. Su propia vida, los detalles de la casa, su cuidado y mantenimiento, le habían parecido tan reales, tan absolutamente esenciales, que las vidas vividas en un sitio distinto a ese, incluso las vidas de sus hijos, habían tenido lugar en las afueras, en un reino peculiar e inalterable como una fotografía. A pesar de que pensaba en Billy continuamente, los términos eran ligeramente abstractos, parecidos a los que utilizaría para pensar en el personaje de una serie de televisión cuando no la veía. Pero ahí estaba ese lavabo, con un aroma ácido y mohoso que flotaba bajo un cañamazo de cloro. Ahí estaban los tres cepillos de dientes. Al observarlos la acometió un acceso de ansiedad tan intenso que tuvo que sentarse en el borde de la bañera e inclinar la cabeza hasta casi tocarse con ella las rodillas. «Respira», se dijo a sí misma. «Relájate». «Deja entrar el aire». El tiempo pareció detenerse hasta que escuchó a Constantine, que daba unos golpecitos en la puerta y preguntaba si se encontraba bien:

—Sí, sí, bien —dijo ella con tono animoso. Se levantó y tiró de la cadena. Al ponerse en pie, sintió la tentación de deslizar en su bolso los tres cepillos de dientes para poder examinarlos más tarde y determinar cuál pertenecía a su hijo. Pero habría sido una locura. Todo el mundo sabría quién lo había hecho. Constantine volvió a llamar.

—Mary, voy a entrar.

—No —dijo ella, demasiado seca. Añadió con voz más suave—: Estoy bien. De veras.

Respiró profundamente una vez más. Y luego, antes de abrir la puerta, cogió una toalla desteñida de color rosa de una percha y la metió rápidamente en el bolso, sin pensarlo.

Cuando Susan oyó que iban a ir a la ceremonia sin Billy, dijo:

—Pero entonces, ¿qué sentido tiene?

Llevaba un vestido muy elegante, verde con flores blancas. La falda era más corta de lo que Mary habría deseado pero, por lo demás, estaba impecable. Los labios de rosa brillante y el cabello hasta los hombros. Al hablar, miraba fijamente a Constantine. En la habitación del hotel lucían, como en la propia Susan, la limpieza y el orden.

—Vamos a ir —le dijo Constantine—. Vamos.

—Esto es absurdo —dijo Susan—. Si Billy se comporta como un malcriado, deja que se comporte como tal. No hay razón para que asistamos a una ceremonia rodeados de un montón de extraños.

Mary no dejaba de maravillarse ante los hombros desafiantes de su hija mayor, la seguridad firme, el brillo del vestido. Sabía llamar malcriado a Billy. Sabía dar con la palabra que convertía su mal comportamiento en algo insignificante y pasajero. Mary no podía comprender por qué se sentía irritada contra Susan tan a menudo sin razón alguna, ni por qué Billy, el menos respetuoso de sus hijos, el más destructivo, le inspiraba tan solo un dolor nebuloso que parecía surgir, en cierto modo, de su propio desconcierto.

—Yo me voy —dijo Constantine—. Vosotras podéis hacer lo que os dé la gana.

Susan miró a Mary, que sonreía con tristeza, y se encogió de hombros, desdeñosa. Mary conocía aquel gesto: «De mamá mejor olvidarse. Hará lo que resulte más fácil». Se le enrojecieron las mejillas, pero sabía que si hablaba, si decía una sola palabra, empezaría a llorar de nuevo y esta vez ya no sería capaz de parar. Odiaba a su familia, a todos y cada uno de sus miembros. Nadie tenía ni idea de lo que sentía por dentro, de aquella sensación suya de estar en la cuerda floja, de esa terrible necesidad de aire.

—Bueno, pues muy bien —dijo Susan—. Vamos a la ceremonia de graduación de Billy sin Billy. Todd se ha marchado a ver a un viejo amigo suyo. Nos encontraremos con él allí.

Asistieron a la ceremonia de graduación. Se sentaron en las sillas de madera de una de las últimas filas del campus. Ahora que estaba allí, entre las madres de vestidos color pastel y los padres con trajes oscuros, Mary tuvo una sensación de ridiculez que enseguida se convirtió en rabia. Billy los había dejado como verdaderos idiotas. Los había humillado delante de toda aquella gente. De aquellos hombres de rostro satisfecho y cordial, de aquellas mujeres locuaces con las uñas pintadas. La irritación contra Susan se desvaneció y dejó paso a una gratitud recatada. Sentía

agradecimiento hacia Susan, sentada a su izquierda, y hacia Todd, sentado junto a Susan, tan guapo y serio en su traje del mismo tono azul oscuro que el de Constantine. Mary se tocó el pendiente y se movió hacia Constantine, que estaba sentado a su derecha, presa de una cólera gélida. Intentaba que su irritación no se volviera contra Zoé, que estaba sentada a su lado, con su holgado vestido de muselina, su pelo enmarañado y unos zapatos con lazo pasados de moda que había insistido en ponerse. Zoé había empezado a vestirse como una figura de daguerrotipo, como una de esas mujeres con el cabello encrespado que miraban fijamente desde una fotografía de colores sepia con solemnidad severa y que parecían imperturbables, temerosas, formales hasta la aberración y que, en la actualidad, estaban todas muertas.

—Yo creo que Billy aparecerá por aquí —susurró Mary a Susan—. Creo que se está tirando un farol.

—Pues te va a dejar sin respiración —le contestó Susan—. Ha heredado la tozudez de quien ya sabes.

Mary asintió comprensiva, aunque apenas si veía algún parecido entre su hijo y su marido. Habitaban diferentes esferas del aire, respondían a distintos sistemas lógicos.

—Aun así, tengo la sensación de que vendrá —dijo—. ¿Qué motivo en el mundo iba a hacer que se perdiera su propia graduación, después de tanto trabajo?

—Bueno, ya te digo que te vas a quedar sin respiración.

Mary se preguntó, en un breve acceso de temor, si Susan se había dado cuenta de sus problemas respiratorios. No, era solo una forma de hablar. Posó la mano con suavidad sobre la curva de la rodilla de su hija, cubierta por unas medias lisas.

Comenzó la ceremonia. Fueron pronunciados todos los discursos por voces que parecían aún más profundas y resonantes de lo que eran a causa de los altavoces colocados sobre los árboles. Mary no prestaba atención. Había elegido, para entretenerse, a un muchacho sentado en las filas de delante, en la sección de estudiantes. Se parecía un poco a Billy, tenía unos hombros anchos y delgados que a Mary le recordaban unas alas, y las mandíbulas huesudas daban la sensación de ser demasiado grandes y pesadas para el cuello enjuto y elegante. Sin embargo, el pelo del muchacho estaba bien cortado, y además él estaba allí, presente. Se preguntó quiénes podían ser sus padres. Justo frente a ella había un hombre que parecía demasiado mayor para tener un hijo en la universidad pero que, sin duda alguna, estaba casado con una mujer mucho más joven que él, una de aquellas mujeres de cara redonda y figura pequeña que estaban tan solicitadas como bellezas pero que, en realidad, no eran particularmente bellas. Eran, simplemente, las hijas de familias adineradas lo bastante poderosas para exigir que se ampliara el concepto de belleza con el fin de quedar incluidas en él. A Mary se le formó un nudo de envidia y admiración en el estómago. Aquel hijo era probablemente producto del segundo matrimonio del viejo, y Mary creyó poder imaginar a la mujer abandonada y envejecida (¿sería estéril?, ¿pobre?) a la que había dejado de lado por esa rubia

platinada con su barbilla graciosa y su fertilidad, su nariz diminuta y su fondo fiduciario. Después de observar a la pareja de enfrente, Mary dirigió la mirada al muchacho que se parecía a Billy. Lo vio susurrar al oído del chico sentado a su lado mientras de los altavoces surgía una profunda voz masculina que decía algo acerca del camino largo pero satisfactorio que dejaban atrás.

Cuando, una vez acabada la ceremonia, Mary y su familia salieron entre los demás, ella intentó localizar al chico que se parecía a Billy.

—No puedo creer que hayamos hecho esto —dijo Susan—. No puedo creer que haya tenido que perder así dos horas de mi vida.

Todd la cogió de la mano y le dedicó un gesto que era al mismo tiempo optimista y compasivo. Zoé iba envuelta en su vestido sin forma con el pensamiento lejos de allí.

—Billy es un rebelde —dijo Todd—. Hay gente para todos los gustos.

—Bueno, chicos —dijo Constantine—, tenemos que hacer tiempo media hora. He reservado mesa para la una.

—Tenemos que llevar esto hasta el final, ¿verdad? —dijo Susan.

—¿Qué quieres? ¿Que no comamos porque a tu hermanito se le ha metido una sandez entre ceja y ceja? ¿Tenemos por eso que saltarnos una comida?

—¡Oh, no! —dijo Susan—. Desde luego que no.

Mientras abandonaban el campus, Mary cogió a Susan por el brazo y le dijo:

—Gracias por ser tan prudente.

—No me des las gracias —dijo ella.

Mary se sorprendió ante el tono de reproche de su voz. El odio de su hija todavía la sorprendía, después de todos aquellos años. Siempre sentía el deseo de cogerla por los hombros y decirle: «¿Cómo es posible que estés en contra de mí, cuando soy yo la que sufre?».

—No sé qué voy a hacer con estos dos —dijo, y estuvo contenta al ver la ligereza que había imprimido a su voz, el carácter alegre. Ya llegarían tiempos mejores.

—¿Y qué puedes hacer? —dijo Susan—. ¿Qué podrías llegar a hacer?

—Bueno, supongo que nada. Algún día Billy cambiará. Pero, en fin... ¿y tú qué tal estás? ¿Todo va bien?

—Perfecto, mamá. Todo va de maravilla.

Susan se separó de ella mientras comentaba algo inaudible dirigido a Todd. Mary y su familia se abrieron camino hacia la plaza por entre los corros de graduados y parientes. Su entorno estaba plagado de chicas y chicos jóvenes que gritaban y se abrazaban entre ellos mientras sus togas centelleaban oscuramente bajo la luz sencilla y clara del verano incipiente. Alguien destapó una botella de *champagne*. Por encima del tejado de la biblioteca había aparecido una media luna. Después de cruzar la puerta de salida y al llegar a la calle, Mary volvió a ver a aquel muchacho, que se metía en un coche con sus padres (gente de aspecto normal y corriente) y una bonita muchacha rubia vestida de blanco. La chica iba cogida de su mano, y el padre, con el

brazo apoyado en un gesto natural sobre los hombros de su esposa de tez rosada, comentaba algo que los hacía reír a todos. Mary los observó marcharse. Inevitablemente, se preguntó adonde irían, qué comerían aquella noche, cómo se hablarían entre ellos, adonde se dirigirían después. Con indiferencia, como si buscara un pañuelo o un caramelo, deslizó la mano en el bolso y tocó la toalla que se había llevado del apartamento de Billy.

1975

Susan se despertó una noche y supo, de una manera súbita y diáfana, que ella y Todd jamás concebirían un hijo. Sencillamente, se negaba a suceder. La espera de aquel hijo había sido toda su ocupación, la justificación de su vida. Ahora iba a hacerle falta otra cosa. Todd dormía a su lado con uno de sus fuertes brazos sobre la cara. Se levantó y fue al lavabo a buscar un vaso de agua. Notaba el roce de la franela del camisón al caminar. Se vio a sí misma en aquella habitación oscura, una figura tenue y azul entre las negruras difuminadas de la cama, la lámpara, el tocador.

Entró en el lavabo, llenó un vaso con agua del grifo y regresó a la habitación. El aire estaba impregnado de la respiración de Todd, del sonido de sus ronquidos tranquilos, suaves y rítmicos. Así dormido, Todd le recordaba a un submarino. Se revolvía sin interrupción durante las horas de sueño, y los sonidos que emitía —el sonido nasal, los murmullos esporádicos— entrañaban una especie de avance ciego, guiado por las señales ultrasónicas de una sonda que detectaba arrecifes de coral y cadenas de montañas sumergidas e invisibles. Incluso cuando dormía iba hacia alguna parte. Se trasladaba con firmeza hacia la mañana, momento en que se despertaría y se levantaría impaciente por reanudar el trabajo.

Susan bebió unos sorbos de agua, se acercó a la ventana y apartó las cortinas. Tras las cortinas existía una capa de aire frío, atrapado entre el vidrio y la tela, y cuando aquel frío llegó a su rostro pensó, muy brevemente, que algo con vida se abalanzaba sobre ella. La New Haven Street aparecía tranquila, iluminada por la débil neblina anaranjada de las farolas. Allí estaba el mundo del sueño y de los proyectos, las ventanas sin luz de gente como Todd y como ella, que disfrutaban de su tiempo de descanso antes de que llegara el nuevo día con sus afanosas tareas. A veces pensaba, con cierta dosis de admiración, que justo en aquella calle vivía gente que ayudaría a moldear de nuevo el mundo. Ellos serían los científicos y los políticos del futuro. Serían quienes encontrarían los remedios y quienes regularían las leyes. Acercó la barbilla al vidrio. Fuera, un gato se escabullía furtivamente por la acera, atraído por su propia sombra. Siguió al gato con la mirada y al verlo meterse bajo el arbusto de lilas le pareció ver una figura de pie tras la planta. Tenía la vista fija en la ventana, en ella. Tenía los hombros cargados de su padre, la postura encorvada y pugilista de su padre. Se sintió vencida por el miedo, por la certeza de que la despojarían de todo, de absolutamente todo lo que quería. Entonces parpadeó, y vio que tan solo había sido un efecto óptico producido por las ramas desnudas, por la confluencia de las sombras. No había sucedido prácticamente nada, se recordó a sí misma. Solo besos, nunca había ido más allá de eso. Corrió las cortinas con fuerza, como si cerrara un cajón. Y, antes de volver a la cama, esperó hasta recuperar la calma.

1976

Cassandra le decía que era como su hija. Se concentraba en sus propios asuntos, pero le seguía la pista a la manera en que lo hace una madre. Zoé tenía otras amistades, un apartamento y un trabajo que más o menos daba para pagar el alquiler. Tenía amantes. Su vida estaba repleta de acontecimientos y todos ellos atraían su atención diaria con más fuerza y premura de la que Cassandra imprimía con su clínica religión privada basada en la ropa, los hombres, el amor por la sorpresa y la convicción de que la sorpresa era imposible. Ella vivía en el espejo. Vivía en los bares (Zoé ya había aprendido a pensar en Cassandra en femenino). Aun así, afirmaba que había adoptado a Zoé. Interpretaba los rituales maternos de orgullo y de queja. En el bar, elegía hombres para Zoé.

—Aquel de allí, encanto —le susurraba mientras señalaba con su largo dedo—. Dice que es homosexual, pero se le conocen una o dos chicas, y yo sé de muy buena tinta que entre esas piernas larguiruchas tiene una polla de muerte.

Cassandra instruía a Zoé sobre los detalles de cómo hacer una mamada. Le cosía la ropa y la urgía a que se arreglara el pelo. —Una cosa es que esté alborotado— le dijo—. Pero el tipo Medusa es otra cosa. Con esa especie de selva asustas a los hombres. ¿Por qué no me dejas que te lo lave con un suavizante y que te lo corte un poquito, a ver si conseguimos dominarlo?

Pero Zoé no quería cambiarse el pelo. Había algo en él, algo importante y confuso que deseaba conservar.

Había alquilado un apartamento con Trancas al acabar el instituto, pero ahora Trancas se había marchado y Zoé vivía con sus amigas Ford y Sharon en un cuarto piso sin ascensor en la calle Tres Este, frente a la sede de los Hell's Angels. Trancas estaba en Oregón, enamorada de tres hombres a la vez. Zoé trabajaba en una tienda de ropa de segunda mano en MacDougal Street. Repartía el tiempo entre fumar porros en el estrecho cuartito en la parte trasera de la tienda, y ayudar a los extraños a tomar una decisión respecto a la compra de antiguos vestidos de fiesta, chales de seda o camisas hawaianas. El olor almizclado de la ropa usada le impregnaba la piel y por la noche se daba baños de agua caliente y se aplicaba aceites con la intención de sentirse otra vez como nueva. En casa, fumabais más porros y bebía vino con Sharon, que trabajaba como camarera, y con Ford, que tocaba la guitarra por la calle. Colgó retratos de extraños en las paredes de su habitación y cubrió la lámpara con bufandas de colores. Vivía en Nueva York como Alicia, con la convicción de que volvería al otro mundo. Los jardines, los libros escolares, la colada. Por el momento ahí estaban sus amigos, de carácter suave, y su trabajo poco exigente, dinero negro contante y sonante. Sexo con hombres que luego resultaban ser alguien. Ácidos en el Central Park. Jeringuillas llenas de metanfetamina cristalina que la hacía deslizarse por el tiempo como lo hace el hilo por el ojo de una aguja. Aprendería todo lo que pudiera. De niña había vivido en casa de sus padres y visto a los hijos y las hijas de la época

pasada bailar por televisión, vestidos con su ropa vieja y trozos de la bandera, con flores trenzadas en el cabello. Cuando creció, una especie de promesa había palidecido, la creencia descarriada e inconsciente de que los seres humanos podían vivir inocentemente entre los animales. Zoé, por una parte, se lamentaba de la desaparición de aquel antiguo futuro, pero por la otra no. Había en ella demasiado deseo, demasiados circuitos eléctricos chisporroteantes para querer una vida dedicada al cultivo de las drogas y la alimentación de cabras y gallinas. Deseaba los verdaderos peligros del bosque, los pastos y los corrales se parecían demasiado a las casas.

Cassandra la llamaba cuando se acordaba. A veces iba a verla. De día no iba travestida. Se la veía en su delgadez de siempre, el cabello fino y pelirrojo. Usaba unos pantalones holgados color caqui, camisetas grandes y, a veces, una o dos pulseras.

—Bueno, ¿y cuál es el plato fuerte de hoy, encanto? —dijo mientras daba sorbos de café sentada a la mesa de la cocina. Con ropa de hombre parecía más femenina. Con vestidos y peluca tenía el aspecto de un hombre con vestido y peluca.

—He conocido a alguien —dijo Zoé. Intentaba tener siempre una o dos historias.

—Habla. —Cassandra estaba sentada, con sus codos puntiagudos apoyados sobre la mesa, y miraba el borde de la taza de café como una esposa perspicaz.

—Lo conocí en Tompkins Square Park —dijo Zoe—. Yo estaba fumando un poco de hachís cerca de la glorieta y él le lanzaba un disco de plástico a un perro.

—En general, los hombres con perros son de fiar, pero no son buenos en la cama.

—El perro se me acercó. Era una perra, bonita, un chucho. En fin, que le hice una gracia y el chico y yo nos pusimos a hablar.

—¿Y qué aspecto tenía?

—Dulce. Algo así como incorrupto. Dijo: «¡Vaya!».

—¿Eso es todo?

—No. Dijo cosas como: «¡Vaya! ¿Fumas hachís aquí al aire libre, sin más?» y «¡Vaya! Llevas una gargantilla preciosa». Era como un niño de diez años que acababa de cumplir los veinte, ¿sabes lo que quiero decir?

—A los de esa clase los conozco de lejos. A los travestís siempre nos mantienen a una distancia prudencial de cincuenta metros.

—Nos fumamos lo que quedaba y luego nos dedicamos a tirarle el disco a la perra.

—Mejor que vayas directa al sexo. Esto se pone aburrido.

—Sudamos muchísimo, y él se quitó la camisa.

—¿Y qué quedó a la vista? —dijo Cassandra.

—Un cuerpo bonito. Delgado. Un cuerpo algo infantil, con las tetillas minúsculas. Pero me gustó. No necesito músculos para nada.

—Las chicas heterosexuales sois un portento. No me sorprende que os caséis todas. Solo los hombres de verdad pierden el culo en busca de la perfección, ¿no?

—Pues no sé —dijo Zoé—. Yo no me casaría con ese chico.

—Da lo mismo. ¿Lo llevaste a casa?

—Sí. Le dije que vivía a la vuelta de la esquina y que si quería podía darse una ducha allí.

—Buena chica —dijo Cassandra—. Como el león cuando captura a la gacela.

—Yo soy una perra —dijo Zoé—. ¿Qué puedo decir?

—Así que lo llevaste a casa.

—Eso es. Y se dio una ducha y bueno, ahí estábamos.

—¡Por todos los santos! ¿Qué pasó con la otra perra?

—Le puse un recipiente con agua y se quedó tumbada en el salón. Era una buena perra.

—¿Y el sexo qué tal? —dijo Cassandra—. Cuéntale a mamá.

—Bien. Bueno, un poco rápido. Un poco rápido para mí. Pero agradable. Se quedó dormido inmediatamente después, se me quitó de encima y creo que se quedó dormido antes de tocar el colchón.

—Lo que yo digo —dijo Cassandra—. Hombres con perro.

Cassandra trabajaba como modista, y actuaba en obras representadas en sótanos. No era la estrella. Actuaba de doncella o de sierva, o de la mejor amiga de la heroína. Zoé siempre iba a verla. En *Barba Azul* Cassandra hizo de esposa condenada a muerte. De pie ante una puerta pintada en cartón decía: «Oh, mi señor me advirtió que respetara siempre la privacidad y la inviolabilidad de esta, su más secreta alcoba, pero debo saber qué hay en ella». En *Anna Karenina*, o en *Tren nocturno* formaba parte de un coro que cantaba: «No puedo dejar de amar a ese hombre mío». En *Secrets of the Chun King Empire* entraba con un quimono y decía: «El emperador ha elegido a Wing Li para ser su concubina y a la madre de su heredera para ascender con él al reino de la tranquilidad que habita más allá de las Montañas Azules, así que el resto de vosotras, chicas, podéis ir moviendo el culo de aquí».

Zoé aplaudía siempre con orgullo y con una vergüenza oculta y punzante. Quería a Cassandra, aunque la agobiaba un poco. Se sentía elevada y degradada porque Cassandra extendía la idea de que ella, Zoé, era una chica que se había liberado. Una muchacha que no era ni bonita ni corriente. A veces podía ser esa chica. Pero a veces tan solo deseaba dormir en una habitación blanca y pequeña mientras Cassandra y la otra Zoé caminaban por las calles rutilantes hasta desfallecer.

Después de las actuaciones, Cassandra salía y se tomaba una copa con Zoé. Los locales eran gélidamente oscuros, y en ellos flotaba un aroma rancio, una fetidez que Zoé reconocía por las cajas de ropa sin lavar guardadas al fondo de la tienda. Cassandra presentaba a Zoé en todas partes:

—Esta es mi chica, sí, señoras, absolutamente cierto, al cien por cien. Mi protegida, ¿no os parece una delicia?

La gente asentía respecto a que era una delicia. ¿Quién podía saber lo que pensaban? Zoé se sentaba en un taburete alto, vestida de negro y distante, escondida tras la oscuridad del kohol que empezaba a usar en los ojos. Bebía cerveza y

escuchaba las conversaciones. Los travestidos no necesitaban charla, tan solo que se los mirara.

—¿Sabes qué me da envidia? Esos piececitos. Imagínate entrar en una zapatería y comprarte precisamente los zapatos que te pirran.

—Francamente, querida, no se me ocurre nada más deprimente. Cualquier imbécil puede entrar en una tienda, es lo más fácil. A mí lo que me gusta es el desafío. Encontrar un par de zapatos bonitos en talla descomunal, eso sí que es algo de lo que una chica puede sentirse orgullosa.

—Ya, ya. ¿Pues no eran tus zapatos los que la semana pasada estaban en la horma del zapatero?

—Mira quién habla. Encanto, la policía todavía intenta averiguar quién se llevó aquel par de canoas del lago del Central Park, pero no te preocupes, mis labios están sellados.

Cassandra y sus amigas no requerían la presencia de Zoé durante mucho tiempo. Decía buenas noches y las dejaba con sus risas y parloteos en el bar. Por lo general, Cassandra la acompañaba hasta la puerta.

—Gracias por venir, ángel mío.

—La obra ha estado muy bien, Cassandra.

—Bueno, por algo lo llaman espectáculo de primera y no cualquiera puede hacerlo. Llámame.

—De acuerdo.

—No muy temprano.

—Nunca.

Cuando Cassandra la visitaba, vestida con pantalones y una camiseta, se sentaba a la mesa de la cocina de Zoé y recogía migas con la punta de los dedos. Decía:

—Deberías hacer un poco más de limpieza o se os va a llenar la casa de cucarachas.

De vez en cuando Zoé pensaba que debería tener algún proyecto. Que debería tener alguna ambición, de modo que si alguien le preguntaba ¿y tú a qué te dedicas?, ella pudiera dar alguna respuesta mejor que «Hago supositorios de opio», o «Me folio al del quinto piso». Su talento más sobresaliente era el de vivir, y a veces pensaba que era suficiente. A veces pensaba: «Soy un testigo. Estoy aquí para ver las cosas que ocurren».

Al cumplir los veintiuno dejó la tienda de ropa usada y encontró un trabajo mejor pagado tras una barra. Se enamoró de uno de los camareros, un hombre bien parecido y nervioso que tenía el pelo lleno de canas desde la infancia. Se trasladó del apartamento de la Tres Este para vivir con él en su piso del Soho, y luego volvió a trasladarse, después que la golpeará presa de un ataque de celos. Encontró trabajo en otro bar, donde estaba hasta las cuatro de la madrugada, y dormía hasta las doce o la una del día siguiente. Miraba los culebrones de la tele con Ford y Sharon, empezó a fumar y luego lo dejó otra vez. Se enamoró y se desenamoró de una mujer apacible y

silenciosa llamada Brenda, que leía las cartas del tarot y se ganaba la vida como técnica de iluminación en Broadway.

A veces Zoé no sabía nada de Cassandra durante meses. A veces Cassandra la llamaba cinco veces por semana. A veces —nada a menudo—, iba a su apartamento y se quedaba allí toda la tarde.

Le dijo:

—Me gusta conocer a alguien tan joven como tú. Me gusta que no seas fabulosa.

—Soy todo lo fabulosa que necesito ser —dijo Zoé.

—Me refiero a esa clase de fabulosas que aparecen en cualquiera de las películas que hizo Ida Lupino. Puedo sacar los trapos sucios con las otras chicas pero francamente, querida, es un poco como hablar en francés. No es mi lengua materna, da lo mismo lo bien que llegue a hablarla. Es fantástico venir aquí de vez en cuando y sentarse a jugar al Scrabble.

Cassandra y Zoé habían adoptado la costumbre de jugar al Scrabble cada vez que se encontraban. Siempre ganaba Cassandra.

—También a mí me gusta —dijo Zoé.

—¡Ah, mi niñita! La hija que no he tenido nunca. Y ahora dime, ángel, ¿te estás tirando a alguien nuevo?

1977

Mary lo sabía. Lo sabía por cómo olía al volver a casa, por las melodías que tarareaba. A Constantine se le veía una mujer en la cara. El hecho en sí no la sorprendió. Los hombres se desmandaban, se dejaban guiar por sus apetencias. A ella la habían educado desde pequeña, y nunca había permitido que sentimiento y pensamiento se confundieran en uno. Lo que la sorprendió no fue el hecho en sí sino su propio sentido de distanciamiento e incluso de alivio, en algunas noches de especial agotamiento. Constantine le era infiel, y desde luego era lógico. Estaba lejos de ser la esposa perfecta, aunque se había aplicado afanosamente para conseguirlo. Se había preocupado por los pasteles de cumpleaños, lo había mantenido todo limpio y cosía dobladillos de una manera primorosa. Pero pasaron años y años y nunca asumió el hábito del deseo. En la cama era hosca y fría. Robaba, y al parecer era incapaz de dejar de hacerlo. No logró granjearse la amistad de las mujeres distinguidas, ni convertirse en su íntima, por más que participó en un sinfín de comités. Si Constantine tenía algún asunto, si había encontrado un modo de aplacar sus más vivos deseos igual que otros hombres salen de casa para fumarse un cigarrillo, por ella no había ningún problema. Sabía, con una seguridad absoluta, que no estaba enamorado. Los límites de su afecto, tan pagado de sí estaba, tan satisfecho, lo seguían a todas partes, como el perfume de la mujer. Construir, conquistar, formaba parte del temperamento de Constantine, y podía añadir una o dos mujeres a su vida, pero jamás renunciaría voluntariamente a ninguna de sus posesiones. Nunca sacrificaría la espinosa amistad que había encontrado en Mary ni las comodidades de la casa que habían cimentado. De modo que se mantuvo al margen. Le disgustaba fingir que no se enteraba. La hacía sentirse estúpida y subestimada. Pero aun así, el precio no era demasiado alto. No podía vivir bajo pacto. No podía regar tranquilamente la hiedra o preparar nuevas recetas si reconocía abiertamente que estaba al tanto de la infidelidad del marido. Pero podía mantener un secreto.

Mantuvo el secreto durante casi un año, y podría haber seguido así mucho más tiempo, pero un día, en plena ola de un calor sin precedentes desde el siglo anterior, se detuvo en la oficina de Constantine de camino a la tienda de ultramarinos para dejarle un contrato que él había olvidado en casa. Visitaba la oficina en muy raras ocasiones. No tenía nada que hacer allí. No era el tipo de sitio que a una esposa le gustara visitar. No había comodidad ninguna, ni revistas ni sillas confortables, y el lavabo era inenarrable: uno solo para todos. Estaba al final del pasillo y se abría con una llave colgada de un llavero inmenso que había que llevar a cuestras cada vez. Si Constantine y su socio eran despiadados con la parquedad de medios que empleaban en las casas que construían, eran como mínimo igual de severos respecto a su propio bienestar profesional. Las oficinas, en el tercer piso de un edificio comercial imitación Tudor, estaban revestidas de entablados Masonite y amuebladas de manera descuidada con escritorios de madera falsa y sillas de escai verde. A Mary le parecía

de un mal gusto total. Su baratura la hacía sentir incómoda y en las raras ocasiones en que se veía obligada a ir, después, durante algún tiempo, se sentía inquieta e insegura, como si hubiera avistado brevemente las termitas que devoraban los cimientos de su hogar.

Con todo y con eso, el contrato hacía falta, así que aquella mañana bochornosa, antes de las diez, fue a la oficina vestida con una falda de lino *beige* y una blusa de seda color tostado. Encontró a Constantine ante el escritorio, con aspecto de estar tan agitado y agotado de trabajo, como si en realidad fuera la encarnación exacta de ese estado, que la asaltó la sospecha de que, al oír la puerta de entrada, había levantado el auricular, encendido los tres botones de espera del teléfono y empezado a emborronar palabras sin sentido sobre un bloc amarillo. Pensó que podía tratarse de una pose de relaciones públicas, del protocolo pensado para seducir por igual a acreedores y accionistas, y que tan pronto viera que se trataba de ella se relajaría, colgaría el teléfono y se echaría hacia atrás en su gran silla de ruedas que, cada vez que se deslizaba sobre la plancha de plástico transparente que Constantine había colocado en el suelo tras la mesa para proteger la moqueta, emitía un sonido agudo como de serrucho.

Pero siguió con la conversación.

—... Dije una tasación baja, y si esa es tu idea de una condenada tasación baja, Jimmy, no sé qué decirte...

Le dirigió un ademán, un gesto rápido de bienvenida y despedida a un tiempo. Señaló la esquina derecha de su escritorio, donde ella dejó el contrato. Dibujó la palabra gracias con los labios y prosiguió su charla en el auricular.

—... Quiero que consigas un buen precio, eso es lo que quiero, y ¿quieres que te diga qué es para mí un buen precio?, te lo diré, un buen precio es...

Mary se volvió para marcharse, ansiosa por regresar a los aspectos relativamente apaciguados, nítidos y acolchados de su propia vida. Se encontró de frente con la secretaria de Nick Kazanzakis, cuál era su nombre, esa chica gorda que había conocido en la fiesta de Navidad de hacía dos años.

—¡Oh! —dijo Mary, y sonrió—. ¡Hola! ¿Qué tal?

¿Cuál era su nombre? Martha, Margaret. No, uno extranjero.

La chica se quedó de pie ante Mary con una expresión tan vacía, tan atontadamente asombrada, que Mary pensó que debía de ser un poco imbécil. En cierto modo ese era su aspecto, gorda y de cabeza pequeña, con ese cabello medio rubio descolorido recogido en un moño tirante en lo alto de la cabeza. El primer impulso de Mary fue el de hablar despacio y claro, como lo haría con una niña. Pudo haber dicho algo como: «Soy la señora Stassos, qué vestido tan bonito llevas».

—Hola —dijo la muchacha, con una voz chillona y cierto acento, pero de ningún modo natural. Mary advirtió, como si se tratara de un vaso de vidrio de color que se llena de algún líquido transparente, que, bajo el maquillaje, en el rostro de la muchacha se mostraba un gesto quisquilloso y de triunfo, como si solo ella conociera

la existencia de alguna infracción en el pasado de Mary, algún pecado antiguo que Mary creyó enterrado y a salvo.

—Creo que ya nos han presentado —dijo Mary—. Soy la señora Stassos.

—Magda Bolchik —dijo la chica. Y mantuvo esa mirada de odio victorioso de un modo tan abierto que parecía surgir de ella en olas, como el calor que despiden el asfalto.

—En la fiesta de Navidad, me parece —dijo Mary—. Ya me marchaba, solo he venido a dejar unos papeles.

—Sí, en la fiesta de Navidad —dijo Magda.

—Sí. Bueno, ha sido un placer volver a verte. —Mary pasó junto a la muchacha en su camino hacia la puerta, y podría haberse marchado con una sensación de desconcierto y nada más, un sentimiento agrio de desasosiego, pero se volvió a mirar y los vio. Vio que la muchacha se había puesto al lado de Constantine, tras el escritorio, con la mano en su hombro. Vio que Constantine le quitaba la mano y dirigía la mirada hacia ella, hacia Mary, con los ojos llenos de terror, aun cuando continuó hablando sobre el precio más adecuado por un enlistonado.

Esa era la chica.

Mary se sintió perdida, perdió sus más profundas convicciones acerca de la relación causa y efecto. Hacía tiempo que sabía que Constantine tenía una aventura, pero la chica que imaginaba era absolutamente distinta, tan superior a aquella que las leyes de la física parecían haber sido violadas. Si esa muchacha simple y con exceso de peso podía acostarse con su marido —podía ser su rival— entonces los papeles que había sobre el escritorio de Constantine podían dar alaridos y ascender como pájaros y volar por la habitación. La cafetera podía explotar, las paredes podían agrietarse. Mary permaneció un momento ante Magda, que la miraba con la fiera satisfacción de un oso comilón, y Constantine, que la observaba con ojos suplicantes y culpables sin dejar de discutir por teléfono.

Mary hizo lo único que sabía hacer. Dijo con un tono agradable:

—Hasta luego.

Se tocó el pendiente. Y se marchó.

No era capaz de quedarse en casa, ni aun después de haberse tomado una de las píldoras. Las habitaciones parecían infectadas, llenas de un silencio tan aterrador que daba la sensación de pesar en el aire, como si un gas invisible y letal se filtrara a través de las paredes. Mary valoró la posibilidad de que sus problemas respiratorios se debieran a algún elemento de la casa, algún vapor que rezumara la tierra y que la envenenara tan solo a ella porque era la que pasaba allí más tiempo que nadie. Por supuesto, era una idea absurda. Había tenido aquellos ahogos durante la mayor parte de tiempo de su vida adulta. Aun así, no podía permanecer en aquella casa. No podía respirar. Era incapaz de estar allí. No podía ir de compras. Ni visitar a ninguna amiga, porque todas sus relaciones eran de compromiso, bien por el trabajo de Constantine, bien por sus obras de caridad. Las mujeres que más le gustaban, las mujeres refinadas

que formaban los comités y organizaban los refrigerios, jamás le habían ofrecido más que una distante atención afectuosa. Y aunque ese era el modo en que había subsistido durante años, ahora no podía hacer lo mismo. No podía presentarse sin avisar en casa de alguien que toleraría con cordialidad su presencia. Y aun en el supuesto de que la recibieran y la hicieran pasar al salón y le sirvieran una taza de té helado, no podía estar segura de sí misma, de que no se derrumbaría. Y si se desmoronaba ante una de aquellas mujeres de frialdad calculada se convertiría acto seguido en nada más que una inmigrante, con todos los problemas históricos e insondables de una inmigrante: gesticulante, balbuceante y anhelante frente al barco blanco que zarpa. Sabía que la tratarían con amabilidad, pero sabía igualmente que la considerarían patética y ella no podría sobrevivir a algo así.

Condujo, en lugar de hacia casa, hacia Nueva York, y tomó una habitación en el Plaza.

El Plaza le proporcionó algo de sosiego. En la calma ornada de oro de la entrada se sintió de nuevo dueña de sí misma, una mujer poderosa y con medios capaz de hacer lo que hiciese falta. Dejó que la condujeran hasta la habitación, murmuró algo al botones sobre que su equipaje llegaría más tarde y en cuanto estuvo sola puso el aire acondicionado al máximo y se tumbó en la cama. La habitación daba al sur, que no era lo que ella deseaba, pero no había nada disponible con vistas al parque, al menos no para una mujer que llegaba sola, sin reserva ni equipaje. Por la ventana se divisaba Nueva York, blanca y turbia bajo el calor. Nunca paraba, ni siquiera en un día como aquel. Los taxis circulaban con estruendo por la Quinta Avenida y al otro lado de la calle, en Bergdorf, las dependientas se movían entre los percheros con un aplomo gélido y diligente. El calor no impedía esa búsqueda de perfección obstinada y creciente, la babucha, la joya o el vaso de vino. El huevo de oro que podía tenerse en la mano y luego decir: «Sí, aquí está, aquí y ahora». Nueva York era lo contrario de Garden City. En la primera, el tiempo se modificaba para adaptarse al estado de uno, y en la segunda, si alguien se dejaba vencer por la apatía o la futilidad, el mundo parecía compartir su falta de fe, que se manifestaba mediante la visión de habitaciones vacías llenas de muebles, el bebedero de los pájaros sin usar y la vieja señora Rabie que salía a la calle armada de abrigo y bufanda a recoger un trozo de papel que había volado hasta el césped de su casa. Nueva York seguía adelante, no se preocupaba de nadie, y durante diez minutos Mary fue capaz de permanecer tumbada en la cama en un estado de paz relativa, con la respiración acompasada, rodeada del ruido amortiguado de la calle y el lujo helado e impecable de la habitación, las rosas del empapelado, la cestita de artículos de tocador caros que a buen seguro habría junto a la pila del lavabo.

Luego pensó otra vez en la muchacha, con esa expresión ufana y una hilera de botones de perlas de plástico que le brillaban sobre la blusa sintética de color albaricoque. Con la mano en el hombro de su marido. La chica que había elegido Constantine.

Mary se enderezó en la cama y marcó un número de teléfono. De pronto deseaba hablar con sus hijos. Desde luego, no para contarles a qué se dedicaba su padre, sino simplemente para oír sus voces, para recibir el cariño que pudieran ofrecerle, fuera cual fuese, para recordar que sus vidas avanzaban sin detenerse. Con quien más ganas tenía de hablar era con Billy, pero estaba fuera, de viaje, con itinerario desconocido, tras haber evitado cualquier tipo de cortesía excepto la de prometer que enviaría alguna postal de cuando en cuando. Tres postales en un año, eso era todo, una de San Francisco, otra de Gallup, Nuevo México, y otra de British Columbia. Intentó dar con Susan, en Connecticut, pero no contestaba nadie, y mientras sonaba el teléfono visualizó las habitaciones vacías de la casa de su hija, los distinguidos objetos de anticuario y el empapelado formal y sobrio. No recordaba haber sentido jamás una soledad tan acuciante. Finalmente marcó el número de Zoé. Zoé vivía a menos de un par de kilómetros de donde Mary descansaba en una cama alquilada, pero parecía, de algún modo la más lejana de todos. La hija a la que llamaba desde una distancia mayor.

El teléfono sonó tres veces antes de que alguien lo cogiera y dijese:

—¿Diga? —Era la voz de una mujer, ronca y grave.

—Oh, disculpe —dijo Mary—. Creo que me he equivocado.

—No, no, este es el número de Zoé Stassos, ha salido un momento. Soy la criada.

—Perdón, ¿cómo dice?

—Era una broma. Soy amiga de Zoé, volverá en un abrir y cerrar de ojos. ¿Quiere dejarme algún mensaje para ella?

—Bueno, soy su madre.

—¡Oh! Señora Stassos. He oído hablar mucho de usted.

—¿De veras?

—Sí. Soy amiga de Zoé y me muero de ganas de conocerla. Me llamo Cassandra.

—Ah, sí —dijo Mary—. Zoé me ha hablado de ti.

De hecho, y si la memoria no la engañaba, Zoé no había mencionado ni dicho nada acerca de alguien que se llamara Cassandra. Aun así, eran cosas que se decían. Por su tono, la mujer parecía mayor que Zoé, lo cual resultaba extraño, pero su voz era cálida y refinada. Mejor que la de aquella muchacha ordinaria y extraña, Trancas, y de esas otras amistades raras con las que Zoé se había presentado en casa.

—¿Quiere que le diga que la llame cuando llegue? —preguntó Cassandra.

—No, no hace falta. Dile que he llamado para saludar.

—Lo haré.

—Espero que no sufra mucho este calor —dijo Mary—. Bueno, ni tú tampoco.

Sabía que debía cortar la comunicación, pero no tenía ningún deseo de regresar al silencio de la habitación de hotel, a la incertidumbre de aquella hora y de la siguiente. Hablaría un minuto o dos, tan solo unas cuantas trivialidades con una extraña amable.

—Bueno, a mí el calor no me molesta —dijo Cassandra—. Aprendí el secreto hace años. Tienes que rendirte ante él. Cuando hace tanto, no me pongo ni gota de

maquillaje, y me da lo mismo a quién asusto en la calle.

Por fin, pensó Mary, alguien con quien se podía hablar en un lenguaje que le resultaba comprensible. Alguien que no se burlaba de las medias o el maquillaje, que no insistía en ir a todas partes con las piernas desnudas y despeinada, vestida con harapos que gente desconocida había desechado.

—En verano yo solo uso lino y seda —dijo Mary.

—Ideal —contestó la mujer.

—¿Y puedo contarte un secreto?

—Por favor.

—Pongo el sujetador y las medias en el congelador durante toda la noche.

—Oh, lo probaré.

—Es fantástico —dijo Mary—. Y si tienes las piernas bastante morenas, se puede ir sin medias.

—Yo adoro el sol. Pero me salen un montón de pecas.

—Tendrás que tener cuidado con eso si eres muy blanca.

—Soy exactamente del color de un huevo —suspiró Cassandra—. De raza escandinava, todos mis antepasados se agruparon a orillas de los fiordos y se casaron uno tras otro con la chica más pálida del lugar.

—Bueno, pero la piel blanca es preciosa. ¿Qué color de pintalabios usas? ¿Te gustan los rosas mate?

—Mira, si me pongo un tono demasiado mate o rosado parezco alguien recién salido de la playa en la que acaba de calcinarse al sol. Igual te sorprende, pero he empezado a darme rojo. Quiero decir rojo de verdad. Carmín.

—¿De veras? —dijo Mary.

—No puedes ponértelo para ir a cualquier sitio.

Pero mira, aquí en Nueva York a veces creo que es mejor asombrar antes que te asombren a ti.

—Supongo que sí. Bueno, ya no te molesto más.

—Al contrario, me ha gustado muchísimo esta charla.

—A mí también. En fin, seguro que hablaremos en otra ocasión.

—Eso espero. Le diré a Zoé que has llamado. Adiós.

—Adiós.

Mary colgó el teléfono y se tumbó en la cama otra vez. Tal y como temía, el silencio y la incertidumbre la esperaban allí. Pero, en cierto modo, se sintió consolada. Había alguien en el mundo con quien podía hablar de cosas sencillas y sin importancia, una mujer encantadora que hablaba sin aires de grandeza o condescendencia. Mary dirigió la vista hacia el enlucido impecable del techo y oyó la agitación del tráfico. La próxima vez que hablara con Zoé la regañaría con suavidad por haber mantenido en secreto a aquella adorable amiga suya.

1979

Las canciones decían que el amor estaba en todas partes. Bajo la ventana de Will, un hombre con gorra de caza y pantalones a cuadros se pasaba la mitad de la noche gritando: «¡Eh, me amas, me amas, eh, cabrón, es a ti a quien le hablo!». Se podía avisar a la policía, pero siempre volvía, era su territorio. Will ponía discos para ahogar su voz, cantantes de *rock* y trombonistas de *jazz* que preguntaban mediante la música, uno tras otro, la misma insistente cuestión. «¿Me amas, me amas, eh, cabrón, me amas?». Will, al parecer, era incapaz de enamorarse de algo tan complejo y escurridizo como otra persona. No le preocupaba. No le preocupaba demasiado. Compartía un piso espacioso y frío con una amiga suya que tenía una hijita de cinco años. Su círculo de amistades era reducido. Las historias de amor ocurrían en otra parte, les sucedían a otra gente. Podía pasarle a él, a su tiempo. Tenía veintiséis años, y en su opinión, no estaba mal del todo. Solo un poco, solo en ciertos momentos. A veces, cuando nadie lo oía, tras unos días de clase, se sentaba tras el escritorio y dejaba escapar una serie de agudos y ahogados gemidos por todos los encuentros y las victorias ingeniosas sobre los alumnos, por el potencial para la mortificación que parecía surgir de manera creciente e infinita de la costura que unía su trabajo como profesor de los estudiantes con su más complejo, y tal vez más auténtico, papel de sirviente. Will pensaba algunas veces en aquella noche de hacía años, en que había mirado el rostro enojado de su padre mientras este comía, y le había dicho: «Voy a ser maestro». Lo había dicho únicamente para provocar, para frustrar las expectativas del padre. Pero a continuación no pudo dejar de pensar en la respuesta ultrajante del padre: «¿Y hace falta ir a Harvard para enseñar a esos negratas?». La mancha de salsa en la barbilla del padre, el azul suave del empapelado del comedor. Mientras viajaba por el país y trabajaba de camarero o de mensajero —y con ello se preparaba para salir de la infancia y entrar en el mundo laboral—, se dio cuenta de que su idea sobre la arquitectura se desvanecía y empezó a asumir, poco a poco y con una claridad vehemente y satisfactoria, que, efectivamente, se iba a convertir en profesor.

De modo que impartía quinto curso en Beacon Hill por dieciséis mil dólares al año. Disfrutaba de las amistades, de alguna que otra cena en restaurantes económicos, del cine francés e italiano. Paseaba, leía, se compraba ropa en tiendas con descuento.

Conoció a aquel hombre una noche cualquiera. Lo conoció en un bar del centro, donde los hombres mayores ofrecían bebida y sonrisas de porcelana, el anhelo fornido de los padres, a jóvenes vaqueros recién llegados. Will iba allí por su peculiaridad. No esperaba nada concreto. Se bebía una o dos cervezas, hablaba con los tipos de siempre. Le gustaban. Pensaba en ellos como en héroes fantasmales que habitaban los reinos de las sombras. Provenían de otra época. Habían pasado sus mejores años agazapados en lavabos públicos, a la búsqueda valiente de los silencios de los parques urbanos. Ahora eran como refugiados llegados a la tierra de la abundancia. Will podía perdonar que sus sonrisas fuesen voraces, que sedujeran a

algún jovencito recién llegado de Worcester o Fall River. Eran como sus tíos: se habían maltratado. Contaban algunas historias increíbles.

El hombre estaba cerca de la puerta, bebía cerveza. Lo iluminaba la luz del tocadiscos automático y permanecía de pie como si tal cosa, como si fuera normal ser tan grande, tan elegante y tan guapo, tener esa mandíbula firme y los hombros anchos como los brazos de un arado. Era demasiado para ese lugar. Incluso los tíos mayores estaban asustados. Los tíos se las arreglaban a las mil maravillas con un chico nervioso de una ciudad textil mortecina. Podían hablar con insistencia irónica a la cara de seguridad de pacotilla de alguno de esos muchachos delgaditos, porque sabían qué se escondía tras ella. Conocían el miedo mejor que nadie. Habían vivido en la ansiedad y habían sobrevivido a ella. Se habían casado sin amor, la policía y los criminales les habían dado palizas, se habían dejado los dientes en el asfalto. Ahora se sentaban con valentía en los taburetes de los bares, limpios y perfumados, prósperos, y hablaban con voz suave a las materializaciones más privilegiadas de sí mismos veinte o treinta años atrás. Mostraban la desatención serena de un niño emperador que se ha hecho mayor. Pero ese hombre era demasiado perfecto. No se le acercó nadie.

Will estaba apoyado en la barra mientras hablaba con un hombre llamado Rockwell. Rockwell era la viva imagen de Everett Dirksen. Llevaba un tulipán de invernadero en la solapa.

—Debe de tratarse de algún error —dijo, y dio un trago al daiquiri mientras hacía con la cabeza un ademán hacia el hombre—. Se le deben de haber incendiado las alas y ha caído en Washington Street. A veces ocurre, ¿sabes? Vuelan demasiado cerca del sol.

Will dijo:

—Estoy seguro de que no es de verdad, que sufrimos una alucinación. Esto es histeria de masas. Reúnes a unos cuantos hombres homosexuales en un lugar y va y se materializa su sueño común.

—Oh, no, esto no es un sueño, Willy. Ese hombre es auténtico, está al acecho. Créeme, esta noche ha salido a buscar algo.

—Amor —dijo Will—. Amor, amor, amor, amor, amor. ¿Qué busca todo el mundo?

—Un montón de cosas —dijo Rockwell. Cantó—: *Most gentlemen don't like love, they just like to kick it around.* Colé Porter, el sabio del siglo.

—No sé —dijo Will—. El amor nos da miedo, ¿no te parece? Decimos que amamos lo que podemos conseguir. Si podemos pegar un polvo, decimos que eso es todo lo que queremos. Pero la verdad, ¿no crees que lo que quiere todo el mundo es enamorarse?

—Una bonita visión de la naturaleza humana. Casi desearía que se hubiera marchado. Me está poniendo de los nervios. ¿Qué está buscando aquí? En mi opinión, que lo adoremos y punto. Hay hombres así. Reinas de la admiración. Te

apuesto una copa a que esta noche se va a pasear por media docena de bares, no va a hablar con nadie y luego se irá a casa a ponerse delante del espejo.

—Quién sabe —dijo Will—. ¿Tú crees que es justo juzgar a alguien así tan solo porque es guapo?

—Las viejas brujas han emitido juicios severos sobre las cosas bellas desde tiempos inmemoriales. Aquellos que en un tiempo formamos parte de las cosas bellas solemos estar en lo cierto.

—Puede estar aquí para encontrarse con alguien. ¿Por qué no?

Rockwell dijo:

—La duquesa de Windsor podría estar curioseando por Woolworth con la esperanza de encontrar algo que le guste, pero lo más probable es que tuviera un motivo oculto. ¿Cuántos años tienes, Willy? ¿Aún no estás dispuesto a deshacerte de tu idealismo juvenil? Pasada cierta edad, ya no resulta apropiado.

—¿Qué me das si voy a hablar con él?

—Mi eterno respeto.

—Si resulta que es un tipo normal y decente, me pagas todas las copas de este mes, ¿qué te parece?

—De acuerdo. Ve. Y vuelve a dar el parte.

Will cogió la cerveza y caminó resuelto hacia donde estaba el hombre. Era la única manera. El coraje se lo dio Rockwell y la idea de que lo consideraran incauto y valiente. Dijo:

—Perdona, pero tengo que hacerte una pregunta. ¿Qué haces aquí?

—¿Cómo? —El rostro del hombre era rudo, apacible, profundamente marcado. Era de la edad de Will, un poco mayor.

—Este bar es territorio particular de homosexuales tristes y viejos —dijo Will—. Creo que voy a tener que pedirte que te marches.

—Tú no eres un homosexual viejo —dijo el hombre. Se llevó la botella de cerveza a los labios. En el cuello de la botella se reflejó un óvalo de luz.

—Yo tengo derecho a visitar este lugar —dijo Will—. Me llamo Will.

—Matt —dijo el hombre. Se estrecharon las manos. Matt llevaba una camisa blanca de vestir y pantalones de pana azul claro. Olía demasiado a colonia. El cabello, profusa cantidad de rizos de un rubio oscuro, no le llegaba al cuello de la camisa.

—Has conseguido que todo el mundo se sienta a disgusto —dijo Will con suavidad, en tono de complicidad—. Eres demasiado guapo para este lugar. Haces que todo el mundo sienta que parece lo que de verdad es.

—Tal vez debería irme —dijo Matt.

Una oleada de incertidumbre lo recorrió. ¿Estaba echando a aquel hombre? Sabía que cuando se ponía nervioso podía ser demasiado desagradable, demasiado ingenioso, aunque también sabía que, en cierto sentido, quería que el tal Matt se marchara. Era excesivamente guapo y afortunado. La naturalidad de su belleza

pesaba de un modo obscuro en el aire viciado.

—No —dijo Will—. No quería decir eso, solo intentaba resultar ingenioso, es todo.

—De todos modos ya estoy cansado —dijo Matt—. Tengo que levantarme temprano.

—Ah, ya.

Matt bostezó para ilustrar su fatiga. Se le formó un hilillo de saliva entre los dientes superiores e inferiores.

—También yo madrugo, en realidad —dijo Will—. Doy clases por la mañana. Solo he salido un rato, a tomarme una cerveza con mis tíos y mis tías.

—¿Eres profesor? —preguntó Matt.

—Sí.

—Yo he acabado mis estudios hace poco.

—¿De veras?

—Me he especializado en gobernación. En Harvard.

—Bueno. Alguien tiene que hacerlo.

—Pues sí —dijo Matt—. En fin, tengo que irme.

—De acuerdo.

Hubo una transición equívoca e innombrable. Will y Matt se miraron, se encogieron de hombros como si compartieran algún juego. Matt preguntó:

—¿Te apetece venir a mi casa a beber la última cerveza?

Will parpadeó. Matt debía de ser, en efecto, una alucinación. No parecía posible que un hombre como ese, un hombre de cara angulosa y musculoso, como él siempre había soñado, lo invitara a su casa. El mundo en que vivían no era así.

—Sí —dijo Will—. Claro que sí.

—Pues, venga, vámonos.

Cogieron los abrigo. Mientras abandonaba el bar junto a Matt, Will miró de reojo a Rockwell. Rockwell levantó la copa de daiquiri y Will lo imaginó en un puerto, de pie entre los padres y los amores abandonados, frente a un barco que se aleja. Rockwell había sido guapo en sus tiempos, había vivido con todas las posibilidades y Will sintió, por un instante, la absoluta soledad que esperaba a todo el mundo. La bolsita de víveres, el largo ascenso por las escaleras. Luego salió del bar detrás de Matt.

Fuera, el aire centelleaba con una fina llovizna helada. Matt hizo señales a un taxi y la conversación se acabó. Le dio una dirección al conductor, en Cambridge, a seis manzanas más o menos de donde Will había vivido cuando estudiaba en Harvard. Se acomodó en el asiento trasero cerca de Will y desapareció dentro de sí mismo. Will hizo un par de preguntas sencillas, acerca de la universidad y el lugar de nacimiento, pero Matt contestó con monosílabos y no apartó la vista de la ventanilla, a través de la cual observaba la ciudad. Para apaciguar sus nervios, Will se concentró en los rasgos más humanos de Matt. Llevaba las uñas mal cortadas y la colonia, Will la

conocía bien, era barata y vulgar. Seguro que a pesar de su belleza y de su corpulencia, acumulaba un montón de esperanzas y un bosque secreto de decepciones. Alguna vez habría sido niño y habría llorado de frustración.

Matt vivía en un edificio marrón de muchos pisos, uno de esos bloques frente a los cuales Will solía pasar sin dejar de preguntarse qué clase de gente elegiría vivir allí. Siguieron en silencio tanto al entrar en el portal como después, en el ascensor. La belleza de Matt no se redujo en absoluto a la intensa luz del ascensor, pero su rostro, de una quietud pétrea, ya no parecía tan franco y bondadoso como en el bar y en el taxi. De pronto, a Will le era imposible imaginar que lo besaba. Empezó a decirse para sus adentros: «Esto es pasajero. Ocurra lo que ocurra, pronto estaré de nuevo en la calle, en mi propia vida». Pensó en lo que comería al llegar a casa. Había plátanos un poco pasados. Había sobras de comida china.

El apartamento de Matt solo contenía montones de cajas y un sillón mullido. Las paredes desnudas despedían su blancura bajo la luz blanca del globo del techo. No había sombras. En una de las cajas estaba escrita con firme caligrafía la palabra «discos».

—Me marcho —dijo Matt—. Pasado mañana salgo para Washington.

—Ah, vaya, pues que tengas un buen viaje.

—¿Quieres una cerveza? —preguntó Matt.

—Claro.

Matt fue a la cocina y volvió con dos cervezas. La luz era tan regular e incolora como el agua del grifo. Toma posesión del asunto, se dijo Will. Hazlo, haz lo que sea y luego vete. Pero el ambiente se lo impedía. Esa habitación era lo opuesto al sexo. Era como si le estallaran en la cara destellos de luz. Se quedaron de pie, uno junto al otro, mientras bebían la cerveza. Will sintió que la ropa le quedaba grande. Sus zapatos le parecían enormes. Se le ocurrió pensar que se habían malinterpretado. Por alguna razón, Matt no había llegado a comprender que el lugar al que había ido era un bar de homosexuales. Lo había invitado simple y llanamente a una cerveza entre camaradas antes de abandonar su antigua vida para estrenar la nueva. Esa idea lo reconfortó. No tendría necesidad de arriesgarse a una relación sexual con alguien absolutamente desconocido y de una complexión tan perfecta.

—¿Qué clase de trabajo has conseguido? —preguntó Will.

—No puedo decirte el nombre de mi jefe. Pero está bien situado en el gobierno y voy a convertirme en su secretario personal. Es un gran trabajo. Soy afortunado.

—¡Qué bien! ¡Felicidades!

—Gracias.

Acabaron las cervezas. Matt dio vueltas a la botella en la mano y dijo:

—No tengo demasiada experiencia. Esto es bastante nuevo para mí.

—¡Vaya! —dijo Will—. Entonces, ¿hace poco que lo has descubierto?

Matt se encogió de hombros, sopesó la botella con la mano y Will creyó comprender. Ahí estaba la clave de toda su hosquedad: la torpeza. Todo quedó a la

luz, de pronto cobró sentido. Matt era nuevo. Había aparecido en el bar porque no sabía a qué local dirigirse, probablemente había oído el nombre en alguna parte. Un miedo ancestral habitaba en el interior de aquel cuerpo perfecto. Por fin, después de años de imposturas, antes de abandonar el pasado y de iniciar el futuro, Matt iba a dejar que afloraran sus deseos. A Will se le formó un nudo de ternura en la garganta.

—Es duro, ¿verdad? —dijo—. Yo, las primeras veces, estaba enfermo de los nervios.

Matt intentó un profundo trago de su botella vacía. Ahora, pensó Will. Dio unos pasos hacia adelante y rodeó con sus brazos los anchos hombros de Matt. Con la proximidad le llegó el olor del sudor de Matt mezclado con el dulzor de la colonia. Pensó que así se completaba un círculo. Ahora era él quien tenía que ser paciente y generoso para ayudar a alguien a aceptarse. Dijo:

—No hay nada que temer. Todo está bien, así que tranquilo, yo me encargo de todo.

—De acuerdo —dijo Matt y su voz se volvió sorprendentemente dura. Después de una lucha larga y amarga, se le otorgaba algo que le pertenecía en pleno derecho.

—¿Todavía tienes una cama? —preguntó Will—. ¿O ya la has despachado a Washington?

—Está aquí —dijo Matt.

Condujo a Will hasta la habitación contigua y le dio a un interruptor que la llenó de la misma luz. En la habitación había una cama de matrimonio, sin hacer, y más cajas.

—Perfecto —dijo Will—. Me alegra ver que la cama está todavía aquí.

—¿Quieres quitarme la ropa? —dijo Matt.

—¿Quieres que lo haga?

—Te lo estoy pidiendo.

—Bueno, sí, lo haré.

Matt se quedó en medio de la habitación y dejó que Will lo desvistiera. Le quitó la camisa, le indicó que se sentara en la cama para así sacarle los zapatos y los calcetines.

Matt preguntó:

—¿Te gusta? ¿Te gusta quitarle la ropa a un tipo?

—Sí —dijo Will. Algo no iba bien. Matt no parecía nervioso. Su actitud era despectiva, bravucona. Su voz tenía un matiz burlón.

—Lo imaginaba.

Will se recordó a sí mismo que debía actuar con delicadeza. Cada hombre actuaba de un modo distinto frente al miedo. La delicadeza era la respuesta, la capacidad de ternura de un padre. Desembarazó a Matt de zapatos y calcetines y luego hizo que se pusiera otra vez en pie. Matt lo miró con una mueca.

—Sí, desde luego que te gusta —dijo.

—Pues claro —dijo Will—. ¿Por qué no iba a gustarme? —Le desabrochó el

cinturón, le bajó los pantalones y luego los calzoncillos hasta los pies. Matt salió de los pantalones, sonriente. La tenía medio dura. En su pecho había un medallón de vello dorado que descendía hacia la entrepierna en una línea irregular. Will se fijó en que el pene de Matt era más pequeño que el suyo.

—¿Qué vas a hacer ahora? —preguntó Matt.

—Bueno, me parece que también yo me voy a quitar la ropa —dijo Will. Matt asintió. Will se desvistió rápidamente, avergonzado de su constitución flacucha pero orgulloso de su pene—. Ya está —dijo, cuando también estuvo desnudo. Ambos hombres se colocaron cara a cara.

—¿Y ahora qué vas a hacer? —preguntó Matt.

—Voy a tumbarte en la cama —dijo Will. Deseaba que su voz sonara autoritaria, en absoluto dubitativa. A pesar de la determinación de ser delicado y paternal, no podía deshacerse de la sensación de que aquello era una especie de examen que podía tanto aprobar como suspender.

—Yo mismo me tumbaré —dijo Matt con calma. Se tendió en el colchón en una postura cómoda, con las manos cruzadas tras la cabeza. En sus axilas brillaba el pelo rubio oscuro. De pronto, Will se sintió enfadado. Aquel hombre estaba demasiado seguro, demasiado resuelto.

—No te muevas —dijo Will—. Quédate como estás.

Se arrodilló en la cama, y se sentó a horcajadas sobre los muslos de Matt. Sabía que su aspecto sería pálido y débil, bajo aquella luz tan clara. No le importaba. Se puso manos a la obra. Lamió los pezones rosados de Matt, los mordió con suavidad y poco a poco fue bajando con la boca por su vientre. Siguió el camino de vello que lo recorría. Reconoció el olor de su colonia y del propio Matt, un olor suave pero áspero, como el del hierro en un día helado. Will dio vueltas con los labios alrededor del pene de Matt. Era pequeño y estaba rígido, con la cabeza color rosa oscuro y el resto de un tono más claro. Le besó los muslos, le pasó la lengua por el escroto, atrapó su vello púbico entre los labios y estiró ligeramente. Cuando Matt empezó a gemir, Will le mordió los muslos y le chupó los testículos. Will pensó en su lengua como si fuera fuego y la piel de Matt una tetera a punto de hervir. Así, así, una y otra vez. La llama va a llegarte a todas partes. Vas a hervir enseguida. Matt empezó a mover las caderas y Will le cogió el pene con la boca.

—¡Ah! —exclamó Matt, y Will se apartó. Sufrimiento, pensó. Lo necesita.

—Date la vuelta —le dijo.

—Estoy bien así —dijo Matt. Su voz era ahora más débil, tenía un sonido gutural.

—Date la vuelta. Haz lo que te digo.

Para su sorpresa, Matt obedeció y dejó a la vista los músculos de la espalda, el relieve de la columna, sus nalgas, tan adorables e inocentes. A la vista de todo aquello, a Will se le secó la boca. Adoraba los culos de los hombres. Eran la parte del cuerpo más benévola e infantil. Ver el culo desnudo de un hombre era ver que aquel ser grande y agresivo, todo músculo y fanfarronería, había sido alguna vez pequeño y

asustadizo.

Will lamió las corvas de las rodillas de Matt y ascendió poco a poco por el muslo. Matt volvió a gemir. Balanceó las caderas. Cuando llegó al final del muslo, Will lamió el pliegue que separa la pierna de la nalga. No podía creer que toda la inmensidad de aquel cuerpo estuviera a su disposición. Will siguió con la lengua hasta el montículo del cachete derecho de Matt y lo mordió con más fuerza de la que pretendía, aunque a Matt no pareció molestarle. Will mordisqueó las nalgas de Matt y se sintió más poderoso y más corpulento de lo que se había sentido jamás. Era un caníbal que había capturado a un mercenario. El gran hombre blanco del mundo del dinero y los revólveres allí no era más que comida, tan solo eso. Will deslizó la lengua en la hendedura del trasero de Matt. Despedía un olor agrio y humano que provocó en Will un deseo y una furia renovadas. No pensaba en su propio placer. Tenía que devorar a Matt. Debía dominar el cuerpo de Matt para que nunca volviera a actuar con superioridad. Para que no fuera nunca más un bravucón. Le lamió la hendedura y le colocó la lengua en el redondel del esfínter. Sí, hombre blanco, sí, traficante de armas, no dejaré ni los huesos. Tus armas no pueden igualar la lengua y los dientes de la auténtica hambre. Me como todas tus normas. Tus fanfarronerías. Te como a ti. Ahora.

—¡Ah! —gritó Matt—. ¡Ah, Dios mío!

—Ponte otra vez boca arriba —le ordenó Will. Matt hizo lo que le decía. Tenía el pene en plena erección. Will le chupó la punta, la suavidad rosada. Matt ahora jadeaba con breves aspiraciones, como un corredor de carreras cortas. Acompañaba el jadeo con gemidos, un sonido tenue de placer. «¿Ah? ¿Ah? ¿Ah?». Will deslizaba la boca por el pene erecto. Ahora me voy a comer tu parte más auténtica. Vas a correrte en mí y nunca volverás a poseerte. Te voy a comer, y parte de ti quedará en mi interior para siempre. Will lo cogió todo con la boca y empezó a moverlo arriba y abajo, no demasiado deprisa. Le tocaba los testículos con los dedos, los empujaba y los hundía contra su oscuro redondel.

Matt se corrió acompañado de un ligero chillido, un sonido agudo que sorprendió a Will. Matt apretó la cabeza de Will con los muslos y este se perdió en su carne, los oídos tapados y la boca llena del semen de Matt.

Se acabó. Los muslos de Matt se relajaron y Will lo soltó.

—¡Vaya! —dijo Matt.

Will sonrió. Matt se pasó la mano por el pene un par de veces y se olió la mano. Will esperaba a ver qué sucedía. Matt bostezó.

—Así que era esto —dijo—. Este era el espectáculo.

—Es solo el primer acto —dijo Will—. ¿Estás bien?

—Estoy genial, tío. Perfectamente. Eh, es tarde. Tengo que irme a dormir.

Will no estaba seguro de lo que quería decirle. ¿Pretendía que pasaran la noche juntos?

—Sí, es un poco tarde —dijo. Todavía se sentía aturdido por el sexo, por su

propia erección. Quería acercarse a él, que le dijera que había estado muy bien y acabar sobre los gruesos músculos del vientre de Matt.

—Mañana me espera un gran día —dijo Matt—. Será mejor que te vayas.

—De acuerdo —dijo Will. Le ardía la cara, pero no se resignaba a la idea de tener que pedir su compensación. No podía caer tan bajo. Se puso en pie y empezó a vestirse. Mientras lo hacía, Matt le dijo:

—Creo que no te lo he dicho. Me voy a casar.

—Ah, felicidades. ¿No habrás visto por casualidad mi zapato izquierdo?

—¿Has pensado en casarte, alguna vez?

—No, nunca.

—Pues deberías. Eres un buen tipo y podrías conseguir una chica realmente bonita.

—No es lo que quiero.

—¿Y qué quieres? ¿Pretendes hacer una carrera de esto?

—¿De qué?

—De esto. —Hizo un gesto que abarcó la habitación desnuda y sus dos cuerpos—. La mariconería.

—A mí la mariconería me gusta.

Matt sacudió la cabeza.

—¿Quieres ver una foto de la chica con la que voy a casarme? —dijo.

—No especialmente.

Matt se levantó de la cama y fue desnudo hasta la otra habitación. Volvió con una fotografía en un marco de plata. De su pene flácido colgaba un hilillo de semen.

—Es ella —dijo. Le mostró una fotografía de una chica rubia, guapa, de rostro despierto y anguloso, con un collar de perlas alrededor del cuello.

—Bonita, ¿eh? —dijo Matt.

—Muy bonita. Tengo que irme.

Matt se quedó con la fotografía entre las manos. Tenía el rostro enrojecido y le brillaban los ojos.

—Quiero decirte algo —dijo.

—Dime.

—Lo he hecho solo para ver si me gustaba. Es lógico que un tío que está a punto de comprometerse de por vida sienta un poco de curiosidad. Y, ¿sabes qué? Me ha dado asco. Toda esta historia de los maricones me da ganas de vomitar.

—Lamento que te hayas sentido así —dijo Will—. Buenas noches.

—Así que en cierto modo tengo que darte las gracias por ayudarme a saber quién soy.

—No hay de qué. —Will abandonó la habitación. La puerta osciló ante él mientras buscaba el picaporte.

—Buenas noches, mariconazo.

Al llegar a casa, Will se dio una ducha, tan caliente como era capaz de aguantar.

Se sirvió un trago de *whisky* y se metió en la cama. Más tarde, cuando contó lo ocurrido a los amigos, todos estuvieron de acuerdo en que esas cosas ocurrían de vez en cuando. A veces se encontraba uno con un cretino. Su amigo Dennis le contó que una vez, un hombre de voz suave y de vestimenta impecable lo había mantenido durante dos días esposado a una cama y parecía estar convencido de que todas las protestas de Dennis eran indicios de su placer. Rockwell tenía media docena de anécdotas de las humillaciones más corrientes en camiones, en parques o en el lavabo de señores del British Museum. Todos los hombres homosexuales habían vivido alguna historia de esas. A unos les habían robado, a otros apaleado, a otros los habían abandonado desnudos en alguna autopista de Nueva Jersey. Eran cosas habituales. Ocurrían. Las vivían como anécdotas, como batallas de guerra, y en cuanto quedaban lejos en el tiempo se convertían en algo que mejoraba la reputación. Matt, el ángel nazi, como lo llamaba Rockwell, no era más que otro episodio en el teatro de la pasión. Le dijo a Will:

—Piensa en ese pobre gilipollas, casado con esa chica preciosa y estúpida. No hará más que merodear por los bares y los cines. Créeme, he visto muchos de esos casos. Solo se ponen desagradables cuando les has tocado el punto débil. Guarda un minuto de silencio por ese patético necio y luego sigue con tu vida como si tal cosa.

Will creía en lo que Rockwell le decía. Aun así, el recuerdo de Matt seguía en él. Algo de su desdén tranquilo, el modo en que se había quedado allí de pie, desnudo, con la luz blanca e intensa sobre su figura y la fotografía de la chica en las manos. Will imaginó a Matt avanzar a zancadas —trajeado, con las mandíbulas apretadas, calmadamente resuelto— por el silencio de un edificio del gobierno y se sintió invadido por un pavor que hería como el agua helada.

1979

No se trataba de una aventura. Aventura no era la palabra adecuada para definir lo que Susan vivía en esos momentos. Entonces, ¿qué era? Un error que se permitía. Una tentación progresiva a la cual Susan descubrió que, de un modo temporal, no tenía capacidad o deseos de resistirse. Cuando pensaba en una mujer que tenía una aventura, a su cabeza acudían habitaciones de hotel, tardes lacrimosas, toda una serie completa de anhelos y arrepentimientos. Esto era sexo y algo más, un afecto recatado que se parecía, sorprendentemente, a las amistades que había tenido durante la infancia. Las aventuras eran premeditadas. Se mantenían con vida gracias a un tortuoso sistema de encuentros. Ella y Joel, por el contrario, solo hacían el amor cuando les apetecía y las circunstancias no lo impedían. Era un cirujano de árboles. Parecía un cruel chiste, pero Susan se abstuvo de pensar en esos términos. Ella y Todd llevaban menos de tres meses en la casa de Connecticut cuando Joel se presentó para hacerse cargo del viejo olmo que por alguna razón había conseguido sobrevivir a la enfermedad holandesa de los olmos. Era la única casa que, tiempo atrás, había sido conocida por sus árboles. Al comprarla, Todd y Susan se dieron cuenta de que se los consideraba guardianes de algo precioso, de un monumento. Los vecinos les aconsejaron —en realidad les ordenaron— que continuaran con la costumbre de los antiguos dueños de contratar a Joel cada seis meses para vigilar la inexplicable buena salud del árbol. El árbol hablaba de la salvación, de un futuro que no podría quedar totalmente borrado ni siquiera mediante el apetito insondable de la enfermedad. Susan llamó obedientemente a Joel, un hombre bajo y afable de unos cuarenta años, que fumaba en pipa y arrastraba con él un leve aire de recelo mezclado con las esencias del tabaco y la madera. Era una criatura del bosque, alerta y preparada para la lucha. Tenía la combinación de cautela y misteriosas intenciones de un animal. La primera vez que fue, lo vio trepar sin miedo por su escalera extensible y cromada para cortar una rama muerta, y se quedó impresionada por la manera absoluta en que parecía haberse compenetrado con su trabajo simple. Serró la rama con movimientos delicados y cuando cayó, descendió de la escalera y la llevó a la camioneta con cierta ternura, como si se tratara de una mascota que acabase de morir. Llevaba el pelo casi rapado. Iba con unas botas amarillas de trabajo y una chaqueta verde a cuadros. Susan percibía el romanticismo de aquel hombre tenaz y competente que había tenido esa única ambición y que, según sospechaba, podía llevarla a una a los bosques y decirle el nombre de cada una de las cosas que viera. Solía silbar y, en la puerta de la camioneta, llevaba pintado su nombre con letras de color azul brillante.

Sucedió la segunda vez que la visitó. Después de revisar el árbol, se dirigió a la casa para cobrar. Ella le ofreció una taza de café, él aceptó y se quedaron de pie en la cocina a hablar de la milagrosa salvación del árbol de Susan. No había otro tema.

—Es extraño —dijo con suave monotonía—. No hay ningún otro caso parecido, ninguno. Un tornado puede llevarse una casa por delante, arrasarla, pero dejar una

única pared de pie, con un estante lleno de tacitas de porcelana sin que se hayan siquiera rajado.

—Supongo que ese es el espacio donde tiene cabida la religión —dijo ella, y se encogió de hombros, incómoda por cualquier referencia al más allá.

Probablemente aquel era un hombre que admitía tan solo lo real. Cuando estaba a punto de irse, Susan, le estrechó la mano y él le dirigió una mirada inquisitiva, fijos en ella sus ojos tiernos y salvajes. Era prudente. A ella le bastaba con apartar los ojos y retirar la mano. Pero dudó y él despacio, deliberadamente, la acercó a sí. Era apenas un par de centímetros más alto que ella. Sabía, de todos modos, que no debía besarla en los labios. Le besó las mejillas con una suavidad casta. Luego le besó la frente y el cabello. Si hubiese intentado adularla, lo habría rechazado. Si hubiese sido violento y la hubiera asido o acorralado contra la pared, ella lo habría echado a la calle y habría telefoneado a Todd al despacho. Fue su modo de actuar lo que lo hizo posible, su cordialidad simple y ligeramente sumisa. El sexo, parecía afirmar, era lo obvio y correcto, lo que dos personas en su situación naturalmente harían. Prosiguió igual que habría seguido ante un giro imprevisto en una conversación con alguien mayor y mejor educado que ella. Permanecieron de pie, abrazados en el vestíbulo, hasta que él susurró:

—Sería buena idea que subiéramos, ¿no?

Ella dudó. Solo había una forma de decirlo.

—No utilizo ningún método anticonceptivo, y no tengo nada en casa.

—De acuerdo, no pasa nada —le dijo—. No lo necesitamos.

Ella volvió a vacilar, se encontró en el perchero de madera y el empapelado de rayas. Asintió. Mientras subían por las escaleras, tuvo la sensación de que no era ni quien guiaba ni quien seguía. La mano de él le rozaba la espalda, pero sin presionarla, como si solo quisiera mantener con ella el contacto, como si su pérdida pudiera significar la pérdida de todas sus aspiraciones. Estaba excitada y nerviosa, pero caminó con determinación por el pasillo hasta la habitación de los invitados. No lo llevó a la cama que compartía con Todd. Mientras estaban de pie sobre la alfombra gastada, rodeados de aquellos muebles que mezclaban los estilos —la habitación de invitados era una especie de cajón de sastre— se le ocurrió pensar que no tenía más que veintinueve años y era la propietaria, a medias, de esa casa colonial de tres habitaciones y todo un acre de tierra, probablemente una casa más lujosa que la de Joel. Era el ama de casa y la víctima voluntaria de todo cuanto sucedía. Dejó que le desabotonara la blusa. Tenía la mente clara. Sabía lo que estaba ocurriendo. Si alguna vez había pensado en algo parecido, lo había imaginado como un desvanecimiento total, una confusión de bebida y de pasión. Pero ahora observaba con compostura casi analítica cómo le quitaba la ropa y se desvestía también él. No sentía ni orgullo ni vergüenza de su cuerpo. Su cuerpo era un hecho, lo revestía la misma fatalidad que al olmo, idéntico privilegio incuestionable. Él era fuerte, poco peludo y no tan musculoso como se había figurado. Le miró con interés el pene —aparte del de Todd,

no había visto otros más que en foto—. El de Joel era más grande que el de Todd, la cabeza más roja y contundente, y aunque sabía que el tamaño del sexo se consideraba una virtud, ella no lo analizó de ese modo. Amaba el pene de Todd, su vara de un tono marrón rosáceo y la punta color lavanda. El de Joel era tosco, se le transparentaban venas gruesas y al verlo sufrió el único instante de duda. Le pareció que aquel pene era una especie de órgano aberrante, algo extraño y malsano. Quizá debería cambiar de opinión y echarlo. Estuvo a punto de hablar, pero entonces volvió a abrazarla, le llenó el cuello y el cabello de besos y ella dejó que siguiera adelante. Después recordaría que había sido una decisión.

La llevó a la cama, un mueble viejo que había pertenecido a sus padres, y retiró la colcha. Se sentía conmovida por su domesticidad, por su suavidad. Se deslizó bajo las mantas y fue como convertirse en una niña de cuento de hadas capturada por una bestia con inmensas garras y poderosa grupa, una bestia que se comía a otras pero que a ella la adoraba. Cuando había imaginado algo así, había pensado en algo peligroso, en jadeos violentos y ropas rasgadas. Jamás se había figurado algo amable ni elegante.

Joel se tendió a su lado y ella le puso la mano sobre el hombro. Él sonrió con timidez. Su rostro no era bello ni feo. Era simplemente un rostro, con una nariz redonda, unos ojos normales y corrientes y cejas oscuras y espesas. Le recorrió el brazo con los dedos, le cogió el codo como si la confortara, igual que un amigo. Esto era real, pensó ella. Así es como suceden estas cosas. Él trasladó la mano hasta su pecho y al tomarle el pezón entre las puntas de los dedos, su boca formó una O como si también él hubiese sentido sorpresa y placer por el contacto. Dio vueltas alrededor del pezón con el dedo índice y luego colocó el dedo bajo su seno y lo sopesó, con suavidad, en la palma de la mano:

—Mmm —susurró.

Ella sentía ternura, pero no estaba excitada y empezó a creer que todo le resultaría tierno, lejano e insignificante. Sucedería en otra parte, no en ella. Se vio haciendo la cama una vez él se hubiera marchado. Su teoría probablemente había sido correcta: el sexo, en el mejor de los casos, era una experiencia placentera y sin importancia, muy sobrevalorada. Porque daba lo mismo y porque aquello acabaría enseguida y no habría cambiado nada, dejó caer la mano sobre el pecho de él. Lo exploraría como una enfermera y acto seguido conocería algo que otras mujeres ya conocían, el peso y la textura del cuerpo de los hombres. Era una curiosidad indiferente, nada anhelante. Estaba satisfecha con Todd. Pero en alguna ocasión se había preguntado en qué coincidía y en qué se diferenciaba. Se había preguntado qué querían decir exactamente las otras mujeres cuando hablaban de sus hombres en la cama. Bajo una capa blanda, el pecho de Joel estaba duro, como los muslos de Susan. En el centro había una fuente de pelos rizados y oscuros, que le rodeaban los pezones (más abultados que los de Todd, más femeninos) y se dispersaban luego por la curva de su vientre. A los veinte debía de ser un sueño, y ante ese pensamiento se lo imaginó en

sus tiempos de estudiante. Silencioso, pensó. Atlético, pero no heroico, ni líder ni marginado, uno de esos chicos juiciosos que se mantenían fieles a una sola chica (una chica decente, bastante guapa, miembro del coro del instituto), con la que se casaban poco tiempo después. A esas alturas podía estar casado desde hacía veinte años o más y sus hábitos de fidelidad finalmente se habían atenuado. Se inclinó sobre ella, sonriente, y le puso la boca en un pezón, que se parecía ligeramente a los suyos. Ella sintió náuseas y estuvo a punto de apartarlo, pero sus labios eran aterciopelados y le besaba el pezón sin que se notaran los dientes. A continuación la rozó con la lengua y se sintió invadida por la primera emoción intensa, un vértigo cosquilleante que la obligó a respirar hondo. No había esperado nada parecido. Le lamió primero un pezón y después el otro, y ella se debatía entre el placer y los remilgos, como cuando era pequeña y su padre la cogía para hacerle cosquillas. Era incapaz de decir si aquello le gustaba o no. La sensación de pudor le subía del vientre a la garganta, y sin apartar los labios Joel descendió con los dedos por la barriga hasta las ingles.

—¡Ah! —dijo ella, lo bastante fuerte como para sorprenderse a sí misma.

Los dedos de Joel jugaron con su vello púbico, avanzaron como una araña por el montecillo y a ella le dio la sensación de que el viento le soplaba entre las piernas. Aquello se consolidó en su interior, la idea de que el viento la rozaba, y mientras le tocaba el vello empezó a desear que se metiera más adentro. ¿Y si no le hacía nada más? Empujó con la pelvis hacia arriba para topar con sus dedos, y cuando él los retiró se sintió momentáneamente contrariada. ¿Quién era él, ese silencioso y vulgar muchacho de edad madura? ¿Quién creía que era ella? Carraspeó y él le sonrió al tiempo que empezaba a descender por su vientre con besos. Entretanto, emitía un leve sonido, un gemido sibilante. Ella permaneció quieta, con la mirada puesta en sus orejas y en su escasez de pelo, sin saber qué deseaba y qué no. Lo vio trazar una línea de besos por su vientre y en ese instante se dio cuenta de lo que pretendía. Todd nunca se lo había hecho. Nunca se había aventurado por allí con la boca. No quería, iba a sentirse indefensa, pero Joel le besaba ya la parte interior de los muslos y no le dijo que se detuviera. Esperó. Sentía un miedo atroz y una excitación incómoda y nueva. Se arrepentía de haber llegado hasta ahí. Deseaba estar sola en su cocina y preparar una cafetera o regar las plantas. Le metió la cabeza entre las piernas. Le puso la lengua ahí. La sensación fue eléctrica, ligeramente repugnante, una impresión caliente y húmeda que le invadió el cuerpo de arriba abajo. Gimió, aunque no era su intención. Siguió con los lengüetazos, luego le abrió los labios con los dedos pulgares y lo encontró. Encontró el lugar, y se dio cuenta. Al principio ella pensó que lo había rozado por casualidad, los hombres no sabían nada de eso, pero él lo rodeó con la lengua y sabía lo que hacía, lo sabía perfectamente, lo había encontrado y sabía qué hacer. Ahora ella gemía y deseaba que siguiera. Le cogió la cabeza con las manos, notó su cabello ralo y áspero, y ya no lo soltó, porque tenía miedo de que se detuviera. Sentía temor de que perdiera lo que, al parecer, sabía que había encontrado.

—Ah, Dios mío —dijo ella.

Era algo extraordinario que le invadía la sangre. Ya sabía lo que era abrirse, aquella dilatación estremecedora, pero ahora se inauguraba un camino distinto. Estaba acostumbrada al ascenso y la caída, a la rapidez. Una sombra encarnada y ardiente que pasaba con presteza por su lado y dejaba atrás el recuerdo de la exasperación. Pero esto no terminaba. La lengua era implacable, seguía en el lugar preciso, y ella se contorsionaba con el falso deseo de esquivar la lengua, pero sin hacerlo, porque la lengua seguía ahí, sin perderse, diestra, y ella gritaba y murmuraba y sollozaba. Aquella inmensidad seguía abriendo brecha en su interior. No podía soportarlo, no podía ensancharse más, la inundaba por completo. Él no se perdía, seguía allí con habilidad, con sabiduría, y hacía que se contrajera. Aquello la ocupaba, la llenaba, perdió el recato y le dio igual, estaba dentro de sí misma y el flujo no se detenía, el calor húmedo latía, no se detuvieron y después, al fin, lo lograron.

Levantó la cabeza y la miró con una sonrisa. Ella lo observó con cierta incompreensión, una leve incomodidad que había empezado a crecer. Vio que estaba cubierta de una fina película de sudor. Él le besó con ternura la rodilla. Le apartó un mechón de pelo de la frente.

Y entonces empezó a llorar. No lo esperaba. El llanto empezó con suavidad, con un brillo húmedo en los ojos, pero al mirar el rostro susceptible de Joel, el llanto continuó por sí solo, silencioso pero profundo, marcado por suspiros suaves e irregulares. No se contuvo. Se sentía invadida por la pena y el alivio, como si hubiera escapado a una felicidad simple y acabara de entrar en algo más grande, más complejo y prometedor. Joel le acarició el cabello.

—Vamos, vamos —susurró, y ella imaginó que ese era el modo en que le hablaba a los árboles mientras permanecía trepado a sus ramas y serraba las partes dañadas.

Cuando dejó de llorar ambos se vistieron, recorrieron juntos el corredor, pasaron por delante de la tercera habitación, reservada para convertirse en el cuarto de los niños. Susan estaba un poco desorientada, como si se hubiera despertado en plena noche en una casa que al principio le resultaba extraña y que después se revelaba como el lugar al que de verdad pertenecía. Ahí estaba el empapelado a rayas que ella misma había elegido, el espejo antiguo que colgaba al final de las escaleras. Joel se detuvo frente a la puerta.

—Ha sido agradable —dijo.

—¿De veras? —dijo ella. Luego se rio y se frotó los ojos—. Sí, ha sido agradable.

Podría haberlo estropeado con gran facilidad. Podría haberse mostrado lascivo o pagado de sí mismo. Podría haberle dado a entender, por un gesto cualquiera, que sentía compasión por ella. Podría haberle preguntado cuándo volverían a hacerlo.

—Adiós —dijo.

—Adiós.

Él abrió la puerta y salieron al porche. El día todavía era claro y cálido. Todavía

era otoño. Ella todavía vivía en una calle de construcciones coloniales en Darien, Connecticut. Había calabazas sonrientes en los portales. Dentro de unos cuantos días, los hijos de otra gente acudirían vestidos con sus disfraces y llamarían a la puerta para pedir caramelos.

—¡Oh! —dijo ella—, ¿te has acordado de coger el cheque?

Se llevó la mano al bolsillo de la chaqueta. Ambos rieron.

—Aquí lo tengo —le dijo. Fue hasta la camioneta, arrancó y se marchó. La saludó con ademanes desde la carretera.

Se sorprendió a sí misma cuando, una semana más tarde, camino del supermercado, vio su camioneta y aparcó el coche para ir a hablar directamente con él. Estaba trabajando en los terrenos de una escuela. Podaba un grupito de árboles plantados al azar para suavizar la austeridad de los edificios de ladrillo y cemento. Llevaba sus botas de siempre, un jersey azul marino y unos vaqueros que le quedaban demasiado bajos de cintura. Las ventanas del edificio de una planta que se elevaba tras él estaban tapadas con hojas de papel de colores.

—Hola —dijo él, aparentemente contento de verla. Tenía los ojos marrones, corrientes. Su piel brillaba a la luz del cielo encapotado.

—Hola.

Se quedaron en silencio un instante. Ella dijo:

—¿Está mal que me haya parado a hablar contigo?

—Claro que no —dijo él—. ¿Por qué lo dices?

—Bueno, no sé... ¿Estás casado?

—Ah, sí, pero vivimos fuera. En Wilton. Ella no vendría hasta aquí. No lo haría. ¿Qué tal estás? ¿Bien?

Ella asintió.

—Nunca había hecho nada parecido —dijo—. Supongo que eso es lo que dicen todas.

Él se encogió de hombros.

—No es que haya tantas.

—Vamos, venga. —No sentía celos. Deseaba que fuera algo habitual, que la hubiesen dejado entrar a un club.

Se encogió de hombros otra vez y rio.

—Bueno, hay unas cuantas.

—Debería irme —dijo ella—. Te he visto y no sé, me parecía raro seguir sin más.

—Verte es un placer.

—Tal vez nos veamos otra vez. Quiero decir, antes de que llegue la época del control del árbol. ¿Me estoy pasando?

—No. Me gustaría volver a estar contigo. Sería fantástico.

—Creo que será mejor que no vengas con esa camioneta —dijo—. Ya sabes, los vecinos. ¡Santo cielo! Menudas cosas de decir, un ama de casa.

—Podrías venir a mi oficina —dijo—. Tienes la dirección, es en Norwalk.

Podrías pasarte por allí.

—Sí. ¿Qué te parece el martes por la tarde?

—¿A las cuatro? A las cuatro sería perfecto.

—Es un poco tarde —dijo ella—. ¿Y a las tres, qué tal?

—Tengo que hacer un trabajo en New Canaan. Podría estar de vuelta a las tres y media.

—De acuerdo. A las tres y media.

—De acuerdo.

—Hasta entonces.

—Sí. Hasta entonces.

Volvió al coche y se fue al supermercado. No podía creer en la desafección de todo aquello. Nada de conmociones, nada de sentimientos confusos. Tan solo esa compaginación de horarios y una triste pero inconfundible sensación de alivio.

Se sorprendió al darse cuenta de que podía escaparse en secreto a Norwalk para ver a Joel y que aun así su amor por Todd permanecía intacto. Antes había creído que la devoción era limitada. Creía que al dirigir el afecto hacia alguien nuevo había que restarlo del que se daba al antiguo amor. Pero su amor por Todd siguió inmaculado. A veces parecía haber crecido. Conservaba toda la ternura. Todavía le gustaba tranquilizarlo cuando regresaba de la dureza y la pesadez de sus jornadas en la ciudad. Se había dado cuenta de que la manta de trabajo que se había cargado sobre los hombros en la época de Yale nunca desaparecería. Se había equivocado al creer que saldría de los estudios íntegro, mejorado y libre. Sus tareas en Yale no habían constituido un esfuerzo, habían sido las primeras en un creciente avance de ocupaciones. A aquellas alturas ya estaba claro que un trabajo conducía tan solo a otro trabajo. Siempre podría cuestionarse su valía y él necesitaba ponerse a prueba una vez tras otra. Si acaso, la lucha se había vuelto más encarnizada, los listones más altos, mientras los hombres inferiores quedaban eliminados. La firma de Todd contratava solo a los mejores, y contaba con despedir a la mitad de ellos. Todd no tenía ninguna intención de que lo despidieran, y más aún, no tenía ninguna intención de acabar como un simple abogado. Quería gobernar. Deseaba crear nuevos sistemas de orden. Cualquier momento que le quedaba libre en su apretado horario, lo dedicaba a dar consejo a la comisión de proyectos urbanos de Darien y atendía las consultas de la junta escolar. Hacía que lo conocieran por todas partes. Tenía motivos para creer que un día podía llegar a ser un representante, un senador. Podía llegar incluso más lejos. No había nada que lo detuviera. Era inteligente y bien parecido, tenía un encanto sobrio e inofensivo. Estaba casado con una mujer inteligente y bien parecida que se había dedicado a trabajar para respaldarlo durante la época universitaria y que ahora iba a clase al centro universitario subvencionado por la comunidad. La idea del terrible daño que podía hacerle si la descubrían le parecía algo abstracto, como esas historias de los castigos infligidos a las mujeres acusadas de brujería. Hacía lo que necesitaba hacer, vivía en los lindes de la selva, lejos de lo

que Todd concebía como el mundo. Trabajaba en casa, asistía a sus clases y consolaba a su marido después de la dura lucha de la jornada.

La historia con Joel era cada vez más importante. No deseaba nada más que las sensaciones y una amistad simple. No buscaba amor. No se preocupaba por el embarazo. De todos modos, había llegado al convencimiento de que no podía tener hijos. Lo que amaba de Joel era no tener que pensar en un bebé. No pensar en el fracaso y la incapacidad. Con Joel buscaba el placer sin más. Se colocaba sobre él a horcajadas y empujaba arriba y abajo. Se rozaba contra su cara, le tiraba del cabello mientras gritaba y le decía que no parase. Nunca había esperado nada parecido, aquel ascenso caliente, áspero y después el estallido interno. Nunca se había imaginado a sí misma tan poseída. Después, cuando conducía hacia casa, se sentía limpia, ligera, como si le hubieran quitado de encima una capa de polvo. El aire frío la rozaba de un modo diferente. La falda le caía distinta sobre los muslos.

Su madre le telefoneó temprano una mañana del siguiente mes de septiembre.

—Hola, cariño —dijo con un tono animado. Susan supo de inmediato que había ocurrido algo.

—Mamá, ¿qué pasa?

—Bueno, tengo algo que decirte.

—¿Qué? Mamá, ¿qué ha ocurrido?

—Cielo, le he dicho a tu padre que se marchara de casa. Por ahora está en el hotel Garden City.

—¿Cómo? ¿Qué quieres decir?

—Nos hemos separado. No sé exactamente qué va a pasar. Siento tener que decírtelo por teléfono, pero pensé que deberías saberlo.

—¿Qué ha pasado?

—Esto no es cosa de un día, cariño —dijo la madre—. Ya sabes que tu padre y yo siempre hemos tenido... digamos, pequeñas diferencias.

—¿Pero, por qué ahora? —dijo Susan—. Tiene que haber ocurrido algo.

La madre vaciló. La línea telefónica emitía su característico sonido tenue.

—¿Quieres saber realmente de qué se trata, cariño? —dijo la madre—. Pues mira, que finalmente soy dueña de mí misma. No es que me haya puesto a defender la igualdad de la mujer ni nada de eso, créeme. No voy a quemar mis sujetadores. Pero no sé exactamente cómo explicarlo. Supongo que desde hace mucho tiempo sé que tengo que vivir mi vida. Tu padre y yo os criamos y nos quedamos ahí, y ahora que todos vivís por vuestra cuenta, también nosotros necesitamos independizarnos. ¿No es lógico?

Susan se había puesto rígida. No podía pensar más que en su fracaso. En que la habían descubierto. No estaba segura de lo que quería decir. No estaba segura de lo que pensaba.

—No lo sé —dijo—. No sé qué decir.

—Esto es un golpe —dijo la madre—. Lo entiendo.

—Tengo que dejarte.

—Susan, todo irá bien. Todavía somos tus padres, esto no va a cambiar nunca.

—Mamá, de veras que tengo que irme. No puedo hablar contigo ahora.

—Tú verás. Lo entiendo.

—No lo entiendes —dijo Susan—. No entiendes absolutamente nada.

—No te culpo por enfadarte.

—Gracias.

—Tu padre, en fin, su temperamento, yo...

—Tengo que irme, lo siento.

—De acuerdo, cariño. Lo que tú quieras.

Susan estaba sentada a la mesa del comedor cuando Todd llegó a casa. No le había telefonado al despacho. No había llamado a nadie. Se había quedado con el auricular en la mano y manoseaba el disco con la intención de llamar a su marido, a su hermano, a su hermana, a alguien. Luego había apartado la mano y se había encaminado al comedor, donde se quedó sentada a la mesa de caoba que le habían regalado sus padres para la fiesta de inauguración de la casa. Dejó que el teléfono sonara en tres ocasiones distintas, sin contestar. Sentía náuseas, estaba desorientada, como si estuviera mareada. A través de los ventanales divisaba el jardín trasero, el verde vivido y brillante de la hierba. Cuando ella y Todd se decidieron respecto a la casa, discutieron con detalle las características del jardín: bien apartado del tráfico y con lugar suficiente y sobrado para un juego de columpios, un cajón de arena para los niños y una piscina poco profunda. Se habría podido construir una casita entre las ramas del celebrado olmo. Lo vio todo de repente, lo que había estado arriesgando, lo egoísta que había sido. Ahora se daba cuenta —¿cómo no se había percatado de ello? — de lo frágil que era todo. Había cometido un error terrible, y no podía presentarlo como un desliz, una breve debilidad de la carne. Había mentido. Lo había hecho una vez tras otra, sin parar. Aunque no era religiosa, empezó a rezar, allí sentada en el comedor vacío. Por favor, deja que esto pase sin castigo y seré buena el resto de mi vida. Se quedó allí sentada, en una silla de caoba estilo Reina Ana durante casi dos horas. No se movió en absoluto, y al cabo de un rato ya no pensaba en nada. No sabía dónde ir ni qué hacer, y por eso no hizo nada. Cuando Todd llegó a casa la encontró sentada en medio de la oscuridad. Corrió hasta ella y dijo:

—Mi amor, ¿qué haces? —Traía con él su aroma, su inquietud, su vocabulario de gestos.

—Sentarme —dijo—. Estar aquí sentada y nada más.

—¿Por qué? ¿Qué pasa? ¿Qué ha ocurrido?

—Hoy ha llamado mi madre. Ella y papá rompen.

—¿Qué?

—Rompen, se separan. Él se ha marchado a un hotel.

—¡Por todos los santos! —dijo Todd—. ¿Y eso?

—No puedo aceptarlo, no puedo.

—Oh, cariño, menudo golpe.

—Yo... es demasiado.

—Venga —dijo él—. Ven conmigo a la cocina. Prepararé algo para cenar y luego te meteré en la cama, ¿de acuerdo?

—De acuerdo.

Hizo huevos revueltos y bacon para los dos y cuando acabaron de comer la llevó arriba y retiró la colcha de la cama con tanta delicadeza como Joel lo había hecho una vez en la habitación de invitados. Ella se ruborizó de vergüenza.

—Métete en la cama conmigo —le dijo—. ¿De acuerdo? No te quedes levantado a trabajar, ni a leer.

—Desde luego —dijo él. Se desvistió y se metió en la cama junto a ella. Su cuerpo era exactamente eso, su cuerpo, casi tan familiar como el propio. Intentó no mirarle el pene, ese lugar de forma y color conocido.

—Pensé que habían pasado lo peor —dijo ella—. Realmente creía que después de haber llegado tan lejos...

—Dales tiempo —dijo Todd—. Apuesto a que el viejo Constantine estará de vuelta en casa en menos de una semana.

—Quizá. No estoy segura.

—Confía en mí. ¿Qué harán el uno sin el otro?

Le colocó la mano sobre el pecho plano y suave. En ella se abrió paso un vacío, un miedo que no se parecía a nada que recordase. Perdóname, dijo en silencio. No volveré a hacerlo. Lo besó y le recorrió las costillas con los dedos. Le susurró junto al oído:

—Te quiero, te quiero muchísimo.

—También yo te quiero, preciosa —dijo él.

Lo besó con ternura en los labios. Era su único amigo de verdad y lo había traicionado. El beso se prolongó y él se dio la vuelta y se puso encima de ella. Susan abrió las piernas y él se le deslizó dentro por primera vez en ¿cuánto tiempo?, ¿un año?, ¿más? Ahí lo tenía, empujando, y ahí llegaba el acaloramiento familiar y conocido, la sombra encarnada. Se quedó como siempre se quedaba, aferrada a los músculos tensos de la espalda de él, acariciándolo. Le dio besos de agradecimiento en la mejilla y en la oreja. La llenaba el calor de siempre, la agitación oscilante y placentera. Tuvo cuidado de no hacer nada inusual, de no poner en práctica nada de lo que había aprendido con Joel. Podría haberle pedido que la penetrara más despacio, que le diera tiempo para ponerse a su altura. Podría haberle pedido que la acariciara allí abajo con la lengua. Pero entonces él lo habría sabido, lo habría imaginado. Se sentía transparente, su infidelidad palpitando justo debajo de la superficie de su piel. Su avidez y su lascivia. Su capacidad para la destrucción. Susurró:

—Oh, Todd, te quiero.

Él sonrió, suspiró y terminó, el brazo colocado con afabilidad sobre sus pechos.

La besó y ella se quedó junto a él mientras rezaba en silencio. Tres semanas más tarde, al descubrir que estaba embarazada —puede que de Todd, pero más probablemente de Joel—, hizo un último voto. Sería fiel por siempre jamás. Dejaría las clases, dejaría de pensar en buscar trabajo. Sería perfecta, leal, un dechado de gentilezas y buenas obras.

Verlo desnudo en la escalera de incendios mientras entonaba *Didn't It Rain* y la oscuridad menguaba en torno a su cuerpo oscuro, liso y brillante mientras la puta del piso de arriba gritaba para que acabara con aquel barullo. Verlo así era todo lo que Zoé necesitaba conocer del amor. Estaba sentada sobre el colchón y tarareaba *Dark Angel*. Esas dos únicas palabras, una vez tras otra, al tiempo que la música se dispersaba por el aire brillante y la puta marcaba un ritmo contrario en el techo por encima de sus cabezas. «*I got a dark angel gonna visit me tonight*». Si Zoé tuviera el talento necesario, escribiría la canción. Alas negras, suaves costados, el relieve y la forma de los músculos de una firmeza absoluta. Nada de grasas humanas. Lo último del ácido le regaba aún la sangre y canturreaba *Dark angel in my window*. Él había dicho que quería cantarle un himno a Annie, a quien la corriente llevaba despeinada por algún lugar del East River como a un silencioso ángel de los ahogados que iba a la deriva rodeado del brillo de los peces y de las joyas perdidas. Había más gente entre él y el agua, pero esa música no era para ellos.

—¡Eh! —dijo Zoé, y vio que su voz cortaba la neblina que había en la habitación y que iba a parar como un dardo al lugar en donde estaba Levon—. ¡Eh!

Él no se detuvo. Ella vio su propia voz ocupar la oreja y quedarse allí. Ahora había dentro de él otra parte de ella. No siempre la restituía.

Podría haber dicho: «Venga, vuelve a la cama», pero no quería soltar eso. No quería que él se lo quedara. Se levantó del colchón y se envolvió con la colcha. Centellearon sus dibujos de colores. La tela se electrizaba en aquel ambiente frío y húmedo. Se formó una aureola y la siguió a través de las tablas de madera del suelo hasta la ventana.

—¡Eh! —dijo otra vez, mientras trepaba.

Desde arriba la voz de la prostituta caía en forma de lluvia:

—Vosotros, maníacos de mierda, si no cerráis el pico llamo a la policía.

No llamaría a nadie. Zoé lamentaba no saber su nombre. Floretta había sido muy amable, y Luz, ocurrente y maligna, pero desde entonces había habido tres chicas distintas y las tres eran como agujeros negros en el mundo, sin generosidad ni tampoco alegría en su propia mezquindad. Era imposible saber sus nombres.

—Levon —susurró, una palabra límpida con la que podría quedarse porque de todos modos era suya. Cantaba y estaba abstraído en su cantar. Al otro lado del cementerio brillaban las luces diseminadas de los distintos apartamentos. Zoé pensó que quienes estuvieran despiertos tras esas ventanas podían asomarse y ver a Levon, absolutamente desnudo mientras cantaba un himno bajo la primera luz vacilante de la mañana. Pensó que podían sentirse reconfortados o que podían asustarse. «Hombre negro y corpulento cantando una canción frente al cementerio. Día del Juicio Final, precisamente cuando usted iba a preparar el café y a comprobar si los calcetines se habían secado en el radiador durante la noche».

—Levon, eso de ahí afuera es como un océano. —No estaba segura de lo que había querido decir, pero se había dado cuenta de que si dejaba hablar a su boca, podía decir cosas que su cerebro aún no sabía—. Es como encontrarse de pie al borde de la Atlántida —se oyó decir a sí misma. Y empezó a comprenderse. Nueva York, a las horas de esas últimas oscuridades neblinosas, era como una ciudad perdida que creaba cavernas submarinas, negras y profundas, mientras el cielo disipaba sus sombras y se aclaraba ahí arriba. Un silencio acuático flotaba por el antiguo camposanto y una ballena enorme chapoteaba lánguidamente, la aleta tachonada de percebes, en medio de las lápidas y las luces eléctricas. Los peces viraban bruscamente, veloces y plateados como pensamientos.

—Oh, Levon —susurró—. ¿No te parece extraño? ¿No resulta al mismo tiempo maravilloso y sin embargo extraño?

Sabía que la oía. Lo oía todo. Se había pasado la vida aprendiendo a escuchar. Pero nunca se arriesgaba. Era un pescador que conservaba todo lo que atrapaba.

Le acarició la firmeza de los hombros y bajó con sus dedos por la columna. Levon era visible por completo. Se le veían los músculos mientras se movían bajo la piel satinada de color berenjena. La escalera que formaban los huesos de la espina dorsal. El funcionamiento interno de su cuerpo aparecía de un modo implícito en su piel, igual que la desnudez de los hombres se adivina bajo su ropa, y ella se imaginaba que lo desvestía, que quitaba la piel que cubría las madejas de músculos húmedas y granates y llegaba a los pulmones y los intestinos. Imaginaba que le sacaba el corazón centelleante y desenfrenado —su latido turbulento— y que lo sostenía entre las manos. El cuerpo de Levon era flagrante, desvergonzado, manifiesto. Su único secreto residía en el cerebro, en donde guardaba un pequeño y apretado haz de sus levonerías, pesares y necesidades a los que ningún consuelo o placer sexual, ninguna ceremonia, absolutamente nada, podía llegar.

—Levon —dijo, y estuvo contenta de que él no contestara. ¿Qué quería decirle? Que lo amaba tanto que deseaba desarmarlo, órgano por órgano, y sostener en alto cada parte con reverencia, como el sol se eleva sobre los apartamentos. Que deseaba follarlo allí mismo, en la escalera de incendios, para aniquilarse, volverse canción y moverse alrededor hasta convertirse en otra cosa, otra forma en ese mundo cambiante.

Él acabó la canción a su tiempo. Durante la espera, mientras le recorría la superficie fibrosa de la espalda con las manos abiertas, Zoé supo lo que era ser como la viuda de un capitán de la marina, de paseo con el fantasma del marido, que le gimoteaba las noticias una hora antes que llegara el mensajero. Conoció el golpe, el eco y la satisfacción tempestuosa y resonante. El duelo era sincero, una mera aflicción. Desde ahora, su vida sería más fácil. Ya no tendría que preguntarse si estaba vivo. Ya no tendría que preocuparse porque su amor hubiese empezado a desmoronarse y a marchitarse.

—Levon —dijo una vez más, solo para ver el dibujo que recortaba su nombre en

el aire.

—Mmmm. —Su voz era siempre suave y precavida. Cualquiera podía estar a la escucha y tomar notas, tramar un futuro en el que Levon perdiera importancia.

—Cariño, se ha hecho de día. Será mejor que entres, podrían arrestarte.

Él asintió. Se movieron los cordones de sus músculos como serpientes delgadas y perezosas que se calientan al sol. Se quedó ahí, como si valorara la situación y pensara que el arresto no estaría tan mal. Una purga, algo duro pero redentor. Luego se volvió a mirarla. Le dio con su erección en la cadera y ella pensó: «Ha estado ahí afuera cantando un himno con el pene enhiesto». Él la abrazó. Desde arriba, la prostituta llamaba a gritos a la policía.

Zoé no recordaba haber entrado. Sucedió. Estaban afuera y a continuación estaban adentro. Estaban de nuevo sobre el colchón, follaban, llenaban la habitación de gemidos y de los ruidos que producían al chuparse. Aquel ácido no se acabaría nunca. Zoé sintió el pene dentro y notó los colores que lanzaba a través de su sangre, los anaranjados encendidos y los amarillos, líquidos y sonoros, como repentinos chorros de agua electrizada. Se hizo consciente de sí misma con las piernas colocadas sobre los hombros de Levon y llorosa, consciente de la habitación, con los viejos muebles cubiertos por sábanas y colchas y de las fotografías en sus marcos dorados y descantillados. Vio que aquello era una sala de almacenaje, construida solo con espera. Mientras follaba se perdió de vista a sí misma. Flotó a lo lejos. Empezó a darse cuenta de que Levon y ella follaban en una habitación árida de un edificio lleno de prostitutas, drogadictos y ancianas mortificadas. Alguien hervía un huevo en la habitación contigua. Alguien intentaba localizar una vena bajo la luz grisácea. El tráfico rugía en la Segunda Avenida y el conductor de un autobús suspiraba por los breves placeres de la noche anterior. El presente se expandía hasta derramarse sobre el pasado y sobre el futuro. Las sombras de inmigrantes, marineros y comerciantes se abrían paso con dificultad en el salón amodorrado y allí estaba Levon, en la escalera de incendios, con su canción y el pene tieso, con su música dedicada al espectro de Annie la Loca, quien había decidido que el éxtasis violento del largo trago de agua centelleante, oscura y oleaginosa era mejor que otro día de incertidumbre. Allí estaba Levon. Follaba en silencio, en una abstracción sudorosa. Follar era un proceso de horadación. Tuvo que cavar el camino para salir de prisión con una cucharilla. Oh, lo amaba. Amaba su paciencia y su descuido, su costumbre de desaparecer antes de abandonar la habitación. Lo amaba y hasta cierto punto no podía decir que deseara realmente verlo muerto. Preveía el futuro, en el que Levon la dejaría sin explicación alguna, con un respeto triste y premeditado, de la misma manera que cantaba sus himnos.

Se acabó el polvo y los colores calientes se enfriaron hasta volverse azules. Levon suspiro y se apartó. Ella nunca podía correrse si iba de ácido. No lo pensaba. Correrse habría sido demasiado. La habría hecho estallar como un petardo dentro de un melón. La habría abierto demasiado. Su cuerpo se enfriaba, colocó la cabeza sobre el pecho

sudoroso de Levon y aspiró su aroma intenso a cítrico. Se puso a jugar con su pene flácido y húmedo. Era distinto a otros hombres, y no porque fuera de tez oscura. Conservaba todo su odio, lo albergaba dentro de sí como si fuera algo valioso que se negara a compartir con el mundo.

—Bello —susurró.

—¿Eh?

—Eres realmente bello.

Él gruñó con tedio o con desdén. Se guardó sus palabras, pedazos de cintas que guardaría para siempre dentro del cerebro. Se sostenía del modo en que se había enseñado a sí misma, con manos invisibles que aferraban sus entrañas. Era fácil soltarse, si uno se ponía a contar sus pérdidas y sus flaquezas humanas.

—Eres hermoso —le dijo. Lo dejó salir. Sin preocuparse por lo que se quedaría y lo que le devolvería—. Tienes la polla más fantástica de todas las que he visto.

Él se rio entre dientes, como haría un padre ante el entusiasmo alborotado de un hijo.

—Los negros son famosos por sus dotes físicas —dijo Levon—. Los exploradores del continente negro a veces los han traído como curiosidades. No es de aquí. Es algo africano.

—Podría amarte —dijo ella—. ¿Qué pasaría si eso fuera cierto?

Él volvió a gruñir y le acarició el muslo con la mano. Afuera se oía el zureo de una paloma. Las hormigas trepaban laboriosas por los árboles que había entre las tumbas y los armatostes marrones y diseminados de los edificios.

—Oye —dijo ella—. Quizá deberíamos dormir un poco.

—Mmmm.

Alcanzó la cesta que había junto al colchón y sacó dos pastillas para dormir de un frasco de cristal.

—Vamos a dormir un poco —dijo mientras le alargaba una.

—Sí —dijo él en un murmullo, y se tragó la píldora—. A dormir y a soñar.

Ella se tragó su píldora y se quedó a la espera del arrullo gris, de la sensación de globo. Levon respiraba a su lado con los ojos cerrados, aunque era imposible que se hubiera dormido tan deprisa. Le pasó por la frente la punta del dedo, con suavidad, y luego por el pecho y por el vientre, como si buscara el botón, el mecanismo que lo abriría por completo. Deseaba lo que él no quería darle. Su infancia, sus temores. Sus explicaciones. No era desconsiderado, pero habitaba su propio país. Y ella era incapaz de aprender las reglas hasta no haberlas infringido. En el país de Levon, los cumplidos eran insultos y los cuentos, mentiras. De todos los sonidos humanos, tan solo la música estaba libre de la carga oculta de la corrupción, la destrucción o la dominación.

Lo que preocupaba a Zoé: que ella podría haber aspirado realmente a matarlo. Era su primer hombre decente, su primer hombre negro, y lo amaba con una ferocidad de cazadora. ¿Acaso no había pensado en meter las manos dentro de él? ¿No se había

mojado al imaginar que le mordía el culo de un modo voraz, sin ninguna clase de suavidad, y que hundía los dientes en la redondez de sus nalgas, de su inocencia musculosa y enloquecedora? Se había figurado que habitaba en Levon para vaciarlo de sí mismo. Llevó los dedos hasta su vello púbico y la invadió un pensamiento ácido sobre Cassandra durante la cena, las mandíbulas desencajadas, tan abiertas como las de una serpiente, que por eso podía engullir cuerpos casi tan grandes como el suyo. Espera, pensó. No te dejes ir de este modo. Pensó en los árboles llenos de serpientes. Observó el perfil de Levon.

Sí, se marcharía pronto. Nunca había estado allí, no exactamente, y se dirigía hacia un lugar al que ella no podía seguirlo. Soñaba en un lenguaje diferente al suyo.

Se recorrió con el dedo desde los pechos hasta la curva del vientre. Nada se agitaba allí, todavía. Pensó que él se marcharía antes de que el bebé empezara a manifestarse, y pensó que tal vez aquello era lo mejor. No se lo diría. A fin de cuentas, se trataba de su hijo, suyo solamente. Levon querría ponerle un nombre desconocido para ella. Querría acaparar el alma ligera de la criatura entre sus manos y sumarla a su propio y enfurecido inventario. Lo miró durante mucho tiempo. Vio el progreso del sueño en su rostro extraño y bello.

Poseía su parte inefable. La mantendría a salvo. Le hablaría en un lenguaje claro y verdadero.

—Adiós, amor mío —susurró. Sin abrir los ojos, él contestó:

—Buenas noches.

Luego la droga se abrió camino y ella persiguió un sueño fuera de la habitación.

La tarde del día en que se firmaron los papeles del divorcio, Constantine se compró un paquete de seis botellas de cerveza y condujo hasta sus casas. No quería ver a Magda. No quería hacer nada y no quería no hacer nada. Aparcó en una calle, y allí se quedó a fumar y a beber. Esperaba que lo invadiera una sensación de calma, pero a medida que pasaba el tiempo su irritación no hacía sino aumentar con la luz de las ventanas, las discretas llegadas y partidas, la formación de patitos amarillos de cerámica alineados detrás de una madre pata de cerámica blanca. ¿Quiénes creían que eran, esos pelmazos? Mamones, patanes que echaban los bofes para pagar los plazos de aquellas casas de mierda cuyas paredes se podían romper con una cucharilla y cuyos marcos de aluminio servían para aislar del frío igual que un impermeable servía para mantenerse seco si uno caía en las aguas de un océano. Condujo hasta otra calle —Amity Lane— y luego hasta una tercera, Meadowview. En Meadowview, en medio de la manzana, una de las casas permanecía vacía. El número 17, exactamente. Todo el mundo, y en especial quienes se dedicaban a la construcción especulativa, sabía que, por motivos desconocidos, algunas casas parecían cargar con una maldición. Eran clavos, fiascos, aunque se hubiesen construido del mismo material que las otras, el mismo pino y el mismo yeso. Los mismos garajes de dos plazas, la misma moqueta, idénticos accesorios en la cocina. En las urbanizaciones de Constantine tres o cuatro puertas las separaban de sus hermanas gemelas, por todos los santos. Sin embargo, por alguna razón, esas casas no se venderían. Permanecerían oscuras y vacías mientras el resto de la urbanización se llenaba. Los pájaros empezarían a hacer nido en los aleros, los zorrillos parirían sus crías en los sótanos. Los muchachos forzarían la puerta y entrarían para fumar marihuana o para follar en las salas vacías, para escribir obscenidades en las paredes. Finalmente se cerraría un trato con alguien a quien se le dejaría la casa por cinco de los grandes y, en todo caso, por debajo del valor del mercado, y ese solía ser el final del asunto, pero otras veces, con unas cuantas de esas casas, el problema persistía. Los nuevos propietarios incumplían los pagos, el banco entonces se quedaba con la propiedad, pasaba de nuevo a manos de Constantine, y los siguientes propietarios —gente bien, normal y corriente— morían en un accidente de tráfico o perdían un hijo o desaparecían un buen día y en los armarios quedaban los platos cuidadosamente apilados. En el negocio nadie creía en las maldiciones ni en los fantasmas, en campos de sepulturas sagradas ni en nada parecido, pero de vez en cuando, por alguna razón, había casas como esa del 17 de Meadowview, más veces vacía que ocupada y propensa, cuando había gente en ella, a la mala suerte. Había casas como esa, que se debatían en la vorágine de la mala estrella, aunque estuvieran recién pintadas y con las chimeneas en perfecto estado.

Constantine salió del coche y caminó despacio alrededor de la casa silenciosa, absorto en sus detalles más simples. Entablados de aluminio blanco, contraventanas

verdes de lámina de fibra que había comprado al por mayor. Demasiado nueva y limpia para que la visitaran los fantasmas, pensó. La casa conservaba en su interior la oscuridad, el silencio vacío de las habitaciones, aunque él conocía aquellas salas tan bien como su propia casa. Desde el vestíbulo (las esposas adoraban esos pequeños detalles, como el de llamar «vestíbulo» a la entrada), se pasaba directamente al salón, con el comedor en desnivel. A la izquierda quedaba la cocina y un minúsculo cuartito con suelo de linóleo al que se daba el nombre de cuarto de juegos. A la derecha había tres habitaciones pequeñas y dos baños. Total en metros cuadrados, trescientos ochenta y cinco. Constantine fue hasta el patio de atrás, un pedazo de terreno lleno de tierra transportada desde Passaic para cubrir la zona pantanosa que había antes, un enorme y húmedo enredo de ancas, ranas y de las infrecuentes grullas blancas. Se quedó en medio de la tierra baldía, de cara a la casa que había construido. Ahí estaba la puerta corredera de cristal, que daba al salón, y la gran ventana rectangular de la habitación principal. Se agachó, cogió una piedra y la lanzó, sin rabia, casi de un modo especulativo, contra la ventana de la habitación. La piedra se coló por el cristal como habría desaparecido en hielo negro, con un sonido ligero y claro, y dejó al pasar su figura dentada de bordes blancos. Constantine no podía dar cuenta de sus sentimientos. Enfadado, tal vez, pero quizás era más bien vacío, como si necesitara romper todas las ventanas de aquella maldita casa para estar otra vez a cero, para empezar a sentir algo tan simple como la rabia. Lanzó otra piedra, y otra más. Rompió las tres hojas de vidrio de la ventana de la habitación principal y luego también el cristal de la puerta corredera que no se haría añicos sino que recibiría las piedras como un cuerpo las balas, un agujero tras otro. Arrojó algunas piedras más y luego, cada vez más nervioso por miedo a la policía, pero invadido todavía por la sensación de vacío, sin ningún otro sentimiento particular más que el del apremio de salir de allí, volvió rápidamente al coche y se alejó.

Hacía una noche cálida y clara. La autopista tenía su propio ritmo regular, su luminosidad ligeramente blanca. Conducir, en cierto modo, le procuraba algún alivio y se dijo para sí, durante casi cien kilómetros, que eso era lo que hacía, conducir sin más, para resolver algo en su organismo. Hasta haber pasado Manhattan no admitió, con vergüenza, que estaba yendo hasta la casa de Susan, en Connecticut.

Llegó después de medianoche. Al ver la casa de Susan, una sólida construcción colonial que se erigía entre árboles añosos en una buena propiedad, los ojos se le llenaron de lágrimas. Lo había conseguido. Era feliz y sano. Tenía la vida que él había deseado para sus hijos y para sí mismo. Salió del coche y caminó silenciosamente a través del césped, atento. No se oía nada excepto los grillos y los leves murmullos de la noche misma. Ningún bebé lloraba. Pero, eso sí, las luces de arriba estaban encendidas. Subió al porche y se quedó allí quieto. ¿Qué le diría a Susan cuando le abriera la puerta? Tendría que decir la verdad. Ese día él y su madre se habían divorciado y no soportaba la idea de estar con nadie más que con ella. Aun así, ni golpeó la puerta ni tocó el timbre. Se había instalado en él una especie de

remordimiento feroz, y no quería que Susan lo descubriera. No deseaba el aguardiente y la compasión del marido, un recién salido del cascarón, un muchacho guapo que había triunfado porque sus padres eran ricos y porque no lo atormentaban las pasiones que a veces sometían a otros hombres. Constantine no quería sentirse viejo en aquella casa, ni solo, ni derrotado en ningún sentido. Y sin embargo no deseaba estar en ningún otro lugar. Amaba esa casa, su línea robusta y próspera, las buhardillas y el palomar. Allí todo era auténtico. Esos eran los detalles que él y Nick Kazanzakis reproducían, con maderas y aluminio de mala calidad, en las casas que construían en Jersey y Long Island. Tenía unos cuantos detalles —la puerta de estilo holandés, los ventanales— iguales a los de la casa maldita de Meadowview. Constantine no era capaz de marcharse, pero tampoco podía tocar el timbre. No podía presentarse así, como un triste caso, como un ser necesitado de amparo. Se quedó un instante en el porche hasta que oyó el llanto inquieto y lejano del bebé, que llegaba desde una de las ventanas de arriba, y a continuación, como si tuviera alguna cita, regresó al coche. Permaneció allí hasta que se apagaron todas las luces. Vio la oscuridad que crecía y el juego de las sombras sobre el entablado, mientras la madre, el marido y el bebé dormían en el interior. Pasó una hora, y otra más. Observó el paso furtivo y desasosegado de la noche hasta que la propia noche olvidó que él estaba allí, hasta que su presencia despierta se hizo una y la misma cosa con el silencio que surgía de la tierra para encontrarse con otro silencio, uno más profundo y helado que provenía de las estrellas. Vio a un mapache que se contoneaba con decoro pausado por el césped de su hija. Vio a una lechuza que alzaba el vuelo desde un olmo, como si fuera el espíritu del árbol mismo. Oyó llamadas, ligeros gorjeos de placer o de sobresalto o puras afirmaciones del ser. Oyó el largo reclamo de un ave, un sonido amedrentado que sin duda alguna era una pregunta. Rápidamente, en ráfagas agudas: ¿Puede ser? ¿Puede ser? ¿Puede ser? Encendió otro cigarrillo, abrió una nueva cerveza. No habían sido más que besos y abrazos. Nunca se había liado con ella. La amaba de veras, por todos los santos. Él era ella misma, en cierto modo, y ella era él. Si es que eso tenía algún sentido. Los besos eran inocentes. Los besos eran inofensivos. La noche pasó ante sus ojos. En un momento se sintió como si estuviera allí para defender la casa de la oscuridad vibrante que hervía a su alrededor. En otro, sintió que estaba desamparado, abandonado, llegado allí para reconocer sus imperfecciones y para tratar de obtener cualquier tipo de protección que pudiera encontrar a la entrada de una ciudad de eterna noche.

1982

La insignificancia para él se había acabado. Había perdido todo interés por ser flexible e inteligente, un chico travieso. Con veintinueve años, Will deseaba una buena talla. Quería moverse con la naturalidad y la autoridad de la geografía. No más brincos nerviosos de muchacho enclenque. Estaba cansado de hacer bromas. Estaba preparado para tener un aspecto algo temible, para no necesitar excusas.

Empezó a ir a un gimnasio de las afueras. Acudía con fidelidad, inmerso en una vergüenza insensible. Estaba avergonzado de su cuerpo de niño mayor y avergonzado igualmente de su deseo de mejorarlo. Era más fácil ser delgado y con ello cínico y desafiante. Era más fácil sentarse en el taburete de un bar y decir sutilezas. Ahora lo admitía, poseía esa vanidad. Quería lo mismo que los necios. Compartía su devoción por el cuerpo. Aun así, temblando de tensión, iba. Conducía hasta el gimnasio después de la escuela y de sus quehaceres acostumbrados. El gimnasio que había elegido estaba en un decadente centro comercial de Malden, lejos de los ámbitos de cualquiera de sus mundos. En el gimnasio había hombres de mediana edad que sudaban sobre las bicicletas fijas. Cuadrillas de muchachos muy musculosos con cortes de pelo anticuados que levantaban enormes pesas y se hablaban uno al otro en voz alta con insultos alentadores. Aquellos chicos podrían haber sido hermanos de su viejo amigo Bix, estrepitosamente confiados, enamorados de su propia belleza y preparados para matar a cualquier hombre que la admirara. Will se mostraba reservado. Los detestaba y, a su pesar, los admiraba desde el otro lado de la pista enmoquetada, poblada de barras con pesas y aparatos.

No cejaba en su empeño mortificante. Sonreía falsamente bajo pesas de veinte quilos. A veces, cuando se sentía enrojecido y sudoroso después de levantar un peso bastante insignificante, echaba un vistazo alrededor y sonreía, impotente, ansioso por hacer saber a los presentes que se daba cuenta del ridículo. Al ver que nadie había estado observando y nadie parecía reparar en él, cogía otra pesa y empezaba de nuevo.

Las pesas de veinte quilos se convirtieron en algo fácil para él, así que pasó a las de cuarenta y luego a las de sesenta. Después de casi dos meses empezó a notar una leve prominencia en el pecho. Al principio se negó a creer que fuera el resultado de sus esfuerzos. Había creído que su cuerpo era incapaz de responder a la disciplina o al trabajo duro. Su cuerpo había parecido vivir siempre por su cuenta. Tenía el aspecto que tenía y se mantenía sano sin descansar lo suficiente, sin abstenerse del alcohol y sin ningún cuidado especial en la alimentación. Will examinó su reflejo y vio que había dos montículos de músculos que empezaban a crecerle bajo la piel blanca y lisa del pecho. Se puso de lado y luego de frente otra vez. Estaban allí, era innegable. Pequeños montículos de músculos conseguidos por él.

Trabajó más duro, y aquello aumentó. Parecía un milagro. Aparecieron completos los músculos del pecho y a continuación, más lentamente, los músculos de los

hombros y de la espalda. Se sentía como si surgiera un segundo cuerpo. Se observaba, como si así reafirmara su figura: las fajas protuberantes de sus tríceps, los sólidos almohadones de los bíceps. Empezó a comprarse libros de nutrición y, aguijoneado aún por la vergüenza, compró revistas de gimnasia en las que hombres brillantes y bronceados ejemplificaban nuevos ejercicios. Probó algunos ejercicios distintos. Compró vitaminas y se obligó a realizar cinco comidas diarias. Vivía dentro de ese cuerpo nuevo y observaba sus cambios con la esperanza de no haberse convertido todavía en otro hombre. También le preocupaba aquel tema —¿en qué clase de persona se convertía así?— pero siguió adelante. Se dejó admirar, por sus propios ojos y por los ojos de los demás. Se estaba convirtiendo en un buen bocado. Él, Billy, el chico delgadito cuyos únicos poderes eran su habilidad y su talento para decir no. En el gimnasio, mientras sonreía falsamente bajo las pesas cada vez mayores, se estimulaba con el pensamiento de la talla y de la fuerza, del fin de la duda. Cuando cambió el tiempo se compró camisetas que realzaban sus músculos y un bañador ceñido. Empezó a vivir como dos personas a la vez, el chico asustadizo que había sido y el hombre cuyo paisaje de músculos proyectaba ligeras sombras color carne sobre su propia piel. A veces se imaginaba que le mostraba el cuerpo a su padre. Imaginaba la admiración del padre y, de un modo más solapado, el deseo del padre. En ocasiones Will se sentía culpable de gastar tiempo y energías en un proyecto tan efímero. A veces lo invadía una sensación de contingencia que lo remontaba al pasado, más de diez años atrás, a los días en que salía a conducir por la noche con los amigos, en aquellos coches prestados enormes que podían llevarlos a cualquier parte.

—¿Diga?

—Con Mary Stassos, por favor.

—Yo misma.

—Mary, soy Cassandra. La amiga de Zoé. ¿Te acuerdas de mí?

—¡Cassandra, sí!

—Mary, oye, Zoé está bien, pero está en el hospital.

—¿Qué?

—No te asustes, está bien.

—Pero ¿qué ha ocurrido?

—Verás, se ha tomado unas cuantas píldoras de más.

—¿Qué?

—Se ha pasado un poco. Demasiadas pastillas para dormir, le puede pasar a cualquiera. Y ahora escúchame bien, no le pasa nada, dicen que saldrá mañana o pasado. No quería que te llamara y casi no lo hago, pero qué narices, nunca he obedecido a nadie, ¿por qué iba a empezar ahora? Y la verdad, una madre tiene que enterarse de estas cosas.

—¿Dónde está? ¿En qué hospital?

—En el St. Vincent. Aquí estoy yo.

—Yo iré enseguida. Oye, Cassandra...

—Sí.

—¿Estarás con ella todavía cuando yo llegue?

—No voy a abandonar a mi hija ahora, ¿no?

—Perdón, ¿cómo dices?

—Era una forma de hablar Y ahora, encanto, métete en el coche y ven.

—Estaré allí dentro de una hora.

—No te rompas la crisma, cariño. Ella está bien, en serio. Te lo diría si no fuera así. Todas las chicas cometen algún error de vez en cuando. Y una cosa más, Mary.

—Qué.

—El bebé está bien. Cuando llegues aquí tenemos que hablar seriamente con esta chica para que se comporte como es debido en el estado en que está. Seremos I como una ráfaga de sermones...

—¿El bebé?

—Será mejor que vengas. Tienes que enterarte de algunas cosas.

Zoé estaba dormida. Pálida y delgada, tumbada sobre una cama de hospital. Mary se quedó quieta delante de ella en busca de señales que identificaran a su hija. La muchacha de la cama poseía una inexpresividad que podía corresponder a cualquiera. Era delgada, nada guapa, y tenía el cabello lacio y sucio sobre la almohada. Mary se dio cuenta de que miraba fijamente las manos de Zoé. El rostro era céreo, y dormitaba perdido en su silenciosa demostración de cómo la piel puede reposar sobre

una calavera. Mary miró las manos de Zoé y la reconoció en ellas, en los dedos torcidos y crispados. Allí estaba el ser rudimentario de su hija, el empuje y la fuerza animal que Mary recordaba. Allí estaba la irritable niña de un año que dormía y soñaba en el regazo de Mary, quien sentía que se le cortaba la circulación de las piernas porque no se atrevía a cambiar de postura por miedo de despertar a Zoé y provocar con ello otra hora de llanto inexplicable y desconsolado.

Seguía con la vista en las manos de la hija cuando, tras ella, una voz dijo:

—¿Mary?

Era un hombre con vestido.

Ahí estaba, bajo las luces del hospital, un hombre alto con los labios de un rojo chillón y las aspas enormes y negras de unas pestañas postizas. Llevaba una peluca negra de peinado cardado y un vestido rojo que mantenía el vuelo gracias a la gasa, el tul y el encaje sintético, también de color rojo.

—Sí —dijo Mary.

—Soy Cassandra.

Mary pasó por un momento de trastorno, una pérdida del orden como el que había sentido en el despacho de Constantine el día en que se había dado cuenta de que tenía una aventura con aquella gorda y desagradable Magda. Esa era Cassandra. Las palabras tomaron forma en su mente. Su hija se había dado una sobredosis y esa era la mujer que a Mary le había gustado tanto por teléfono.

—Lo siento mucho —dijo Cassandra—. No he tenido tiempo de cambiarme. No suelo venir así a la sala de urgencias de un hospital.

Mary asintió. Dijo:

—Cassandra.

—Ah, ya lo sé, ya lo sé. La vida está llena de sorpresas, ¿verdad? ¿Has hablado con el médico?

—Sí.

—¿Lo ves? Se va a poner bien.

—¿Qué ha ocurrido?

—No estaba haciendo de Marilyn, si es lo que piensas. Estoy segura. Tal y como te dije por teléfono, fue un simple error. Pero esto se va a acabar. Ya sabes cómo son los jóvenes, están convencidos de que no puede pasarles nada malo.

Una parte de Mary ascendió hasta el techo y se quedó allí a observarse a sí misma de pie al lado de su hija dormida y conversando con un hombre alto de vestido rojo. Otra parte de Mary hacía preguntas y quería respuestas.

—¿Mencionaste algo acerca de un bebé? —dijo.

—Pensé que lo sabías. Me dijo que te lo había dicho. No me cansaba de decirle: «¿Qué crees que vas a hacer, ¿vas a esconder al chico durante los primeros dieciocho años o qué?». Le dije: «No eres la Lucy Ricardo de la serie, no intentes venir ahora con una especie de plan absurdo».

—¿Cuánto tiempo lleva embarazada?

—Cuatro meses.

—¿Y el padre?

—No he tenido el placer.

—Bueno —dijo Mary.

Se quedó allí, sin más. Sin llorar. Sin moverse.

Cassandra le puso una mano sobre el hombro. Su mano era suave y ligera y Mary, para su sorpresa, no sintió repulsión al notar su contacto.

—Lo sé, encanto —le dijo—. Es un mal trago, ¿verdad?

DENTRO DE LA MÚSICA

Magda no era una belleza, no era de esas mujeres de revista que los hombres persiguen, delgadas como un palo, sin caderas ni tetas y una espesa onda de cabello en forma de S. Máry sí era ese tipo de belleza. Tenía esas uñas de revista, esos muslos que no se rozaban entre sí. Constantine había estado cerca de todo aquello. Sabía exactamente qué clase de hambre habitaba al otro lado. Sabía de la severidad de la mesilla de noche. Sabía de la angustia insondable e infinita que no tenía cura porque no tenía causa, nada excepto la pura y simple realidad de un hombre que trabajaba mucho y de una mujer cuya belleza la llevaba a esperar del mundo más de lo que este podía ofrecer. Había estado cerca de todo aquello, y tal vez esa era la diferencia entre otros hombres y él. Casi había tenido lo que la mayoría de los tipos desean alcanzar toda su vida. Quizá sabía algo que la mayoría de hombres no sabía. Tal vez se había abierto paso hacia una especie de talento, una visión más grande y fabulosa, que se situaba más allá de las reglas de la belleza ordinaria.

Así que... de acuerdo. Si Mary se divorciaba de él por Magda, si se quedaba con la casa que él había construido más un buen pellizco de sus ganancias de cada mes, envenenaba las mentes de los hijos en su contra... De acuerdo. Tenía una réplica, y era sencilla y cierta. En su amor por Magda había talento. No era un amor corriente, de un infeliz que deja a su esposa por una pantera rubia que lo abandonaría en cuanto encontrara una oferta mejor. Ese amor suyo era distinto, era más, y si alguien no lo entendía, si alguien resultaba ser tan inseguro que necesitaba alardear por ahí con jovencitas, pues bueno, peor para él.

En casa, en su apartamento alquilado, Constantine escuchaba sus viejos discos y pensaba en Magda. Escuchaba a Tom Jones, Engelbert Humperdinck. Los escuchaba en privado porque los chicos, incluida Susan, se burlaban de él por sus preferencias musicales y esos días no soportaba que nadie se mofara de él. De acuerdo, nunca le había gustado que le tomaran el pelo, pero en esos días se ponía furioso por cualquier broma que se hiciera a su costa, cualquier comentario agudo que sugiriera a su persona y se convirtiera en motivo de diversión. Y enfadarse tanto delante de los hijos no hacía más que dar a Mary más munición para el veneno que les inoculaba. Así que escuchaba los discos a solas, después del trabajo. Tom Jones cantaba, *It's not unusual to make love at any time*. Guardaba esos discos aparte, en un cajón, no exactamente escondidos, pero fuera de la vista, para que en caso de que lo visitara alguno de los hijos y mirase la música que tenía, no empezara a meterse con él. Ya había tenido bastante. En aquellos días tan solo deseaba que lo quisieran.

Deseaba que lo quisieran. ¿Qué había de malo en ello? Se casó con Magda en St. Bartholomew, la iglesia episcopal más grande en seis condados a la redonda. Que le dieran por culo el catolicismo, con sus excomuniones, sus redenciones y su insistencia en la jovialidad durante la desgracia como única virtud posible. Que le dieran por culo a la iglesia ortodoxa griega de su infancia, con sus velos, sus secretos

y los santuarios al borde del camino. Los episcopalistas entendían que Cristo visitó la Tierra para anunciar la carne, para decirnos que ser hombre es natural. Que es natural desear las cosas. Que no hay nada malo en poseer, mientras se mantenga la humildad en el recuerdo de que, de todos modos, habrá de devolverse todo otra vez, cuando a uno le llegue su hora. De modo que Constantine insistió en la idea de una boda episcopal, y la madre de Magda, antigua católica confinada por la artritis a una vida de televisión y quejas graciosas y solapadas, no propuso nada que Constantine no pudiera arreglar. Si había podido vencer a los inspectores del condado y a todo un escuadrón de trabajadores fraudulentos a diario, podía dominar a una vieja húngara enferma y con sentido del humor, vestida con una bata del color del pan seco. Además, la vieja no era tonta, y sabía reconocer un buen partido cuando aparecía.

Constantine y Magda organizaron la boda más impresionante en la historia de St. Bartholomew. Se cortaron para la ceremonia mil gladiolos blancos. El pastel, que tenía casi un metro y medio de altura, estaba cubierto de rosas blancas de azúcar, cisnes y campanas, y arriba de todo, una novia y un novio de porcelana —de porcelana, no de plástico— con los rostros borrosos y extasiados y bocas minúsculas, rojas e idénticas. Quienquiera que fuese que se dedicara a ello, monjas belgas o francesas, había tejido un encaje blanco de cuarenta metros para el vestido de Magda, además de algo menos de un acre de seda blanca y tul, y lentejuelas y perlas blancas del tamaño del ojo de un gorrión. Mary, en una ocasión, le había comentado a Constantine algo sobre el bordado prohibido, algo chino, una especie de encaje tan fino que tuvieron que prohibirlo porque las mujeres que lo realizaban se quedaban ciegas sobre las agujas. Mientras estaba ante el altar, miró de reojo a Billy. Su mejor hombre, su único hijo y heredero, ahora más corpulento, macizo e inquieto en su esmoquin alquilado. La sangre se le agolpó caliente en las sienes. Sabía lo que era Billy, pero era incapaz de decir la palabra, ni siquiera en lo más profundo de su propia conciencia. Allí estaba él, delante de todo el mundo, con su hijo musculoso y afeminado, y también en el primer banco, estaba Zoé, con el pequeño bastardo negro, y a su lado Susan —la perfecta Susan, que apenas le dirigía la palabra—, el alegre lameculos de su marido y el hijo de ambos, su nieto, de rostro limpio, con un traje azul en miniatura. Su nieto. Con tres años, el niño ya era capaz de escribir su nombre. Y lanzaba una pelota de béisbol con fuerza suficiente para hacerle doler a uno la mano. Tenía un aire precoz de seriedad, como de importancia personal. Allí estaba el futuro para el que Constantine trabajaría, ese chico robusto de mandíbula griega y ojos americanos, muy abiertos. Al menos, de todo aquel ovillo enmarañado, salía aquel hilo sano, auténtico y resistente. Ante el altar, Constantine sintió una felicidad antigua, como la de antes, nacida de una conciencia punzante del cambio del mundo y de su orden inescrutable. Había sufrido, tal vez incluso había fracasado en cierto sentido, pero allí estaba, ante el altar de una iglesia enorme, orgulloso y crecido como un león en su esmoquin, y se dijo para sí: «Muy bien. Dejemos que las cosas sigan su curso». Como respuesta a su orden silenciosa, empezó a sonar la marcha nupcial y

Magda inició su camino hacia él por el pasillo alfombrado de rojo con el jardín lunar centelleante que llevaba por vestido. Pensó que... Bueno, tal vez resultara algo extraño, pero pensó que le gustaba la idea de las costureras que se habían quedado ciegas para elaborar aquello, le agradaba aquel momento gélido de vidrieras de colores, de música y de sólidos cetros blancos de innumerables gladiolos, brillantes y claros como antorchas en la penumbra colorida de la iglesia. De algún modo sugería la resurrección, la liberación del mundo de lo insignificante. Parecía deplorable y al mismo tiempo justo, que esa riqueza que él había creado, esa magnificencia, tuviera que quitarle algo al mundo. Alguna gente encontraba amor y un inmenso bienestar. Algunas mujeres se volvían ciegas por culpa de la costura. Así eran las cosas. La materia no se crea ni se destruye, solo se transforma. Un poco menos aquí significa un poco más allá.

1984

Mary fue hasta la ventana y contempló las ruinas del huerto de Constantine. Era su única concesión a la rabia, a su más profundo deseo de causar daño. La casa se conservó immaculada: las camas hechas y los suelos fregados, la superficie de la mesa del comedor bruñida y lustrada con esmero, aunque ella hiciera sus comidas en la cocina o en una bandeja delante de la tele. Pero descuidó por completo el huerto de Constantine. Observó con una indiferencia ligeramente irritada que los tomates maduraban y se pudrían en la planta. Que las judías se marchitaban y la albahaca se volvía marrón. Observó el crecimiento de las parras de los calabacines que estrangulaban el huerto entero, y a los propios calabacines, que se ahogaron a sí mismos de un modo grotesco, grandes como bates de béisbol anegados, la carne convertida en madera, incomestibles. Y luego observó la muerte de los calabacines, aplastados bajo su propio peso, arrugados, hasta que al fin no quedó nada excepto hojas muertas, quebradizas a causa de las primeras heladas, y los esqueletos inertes de las calabazas, largas, flácidas y ya sin vida alguna. Mary tapó los rosales, guardó en turba los bulbos perennes de las flores y podó las ramas muertas del peral. Se cuidó con celo de cualquier otra cosa viviente, pero no tocó, ni siquiera pisó, el difunto santuario de Constantine, su huerto. La nieve, al llegar, cubrió las puntas ennegrecidas de las lechugas. Ni los conejos podían comerse aquello tan asqueroso. El viento derribó los palos de las judías y en una ocasión, un día de ráfagas violentas a principios de diciembre, Mary se asomó a la ventana justo a tiempo para ver que una pequeña serpiente de parra, con una hoja marrón en forma de abanico, salía volando por encima de la valla hacia un gris gélido y desasosegado.

Yamal se comía el cielo. Abría tanto la boca que, al aspirar aquella blancura pesada y espesa que soplaba y hacía remolinos a su alrededor, notaba en las mandíbulas un pequeño crujido de bisagras. Corría en círculos y engullía un fragmento de aquel cielo denso, blanco y bajo y se veía repleto de él, del frío y de la distancia, de la inmensidad arqueada del espacio vacío.

—Yamal. —Era Cassandra, que se acercaba con sus gafas azules y una chaqueta blanca. Yamal absorbió una última bocanada. Parecía apenado por todo el cielo que no iba a comerse.

»Vamos, pequeño. —Llegó Cassandra, enorme en sus botas—. Todo el mundo está listo.

Yamal esperó de pie. Había comido parte del silencio blanco, pero quedaba mucho más.

—Bonito, ¿eh? —dijo Cassandra. Le puso la mano, grande, sobre la cabeza—. Si te gusta la naturaleza. Yo, personalmente, siento predilección por un salón de cócteles o un apartamento, un lugar en el que una pueda controlar un poco la luz. El día es para los jóvenes. Pero date prisa, vamos, tu abuela estará a punto de perder la paciencia. Yamal la cogió de la mano, que era cálida y tenía el relieve de unos cuantos anillos. Los copos caían sobre su chaqueta blanca y desaparecían allí. Mientras lo conducía de vuelta hacia la casa, abrió la boca, bien grande, y comió un poco más.

—Si uno no sale de Connecticut antes de que se haga de noche, se vuelve de piedra —dijo Cassandra—. Pero no, espera, no es verdad. Le he prometido a tu abuela que dejaría de exagerar delante de ti, está preocupada por tu sentido de la realidad. Así que oye, retiro lo dicho. No te vuelves de piedra si te quedas en Connecticut después que anochezca. Lo único que pasa es que la vida sigue, pero en Connecticut.

Yamal se llenó la boca y marcó las pisadas. La casa apareció blanca con blancos perfiles en los postigos negros. Los copos caían sobre los marcos amarillos de las ventanas.

—Hemos llegado —dijo Cassandra al entrar por la puerta de atrás. El interior era templado y estaba lleno de normas. La abuela fue a su encuentro desde la cocina y se acuclilló frente a él.

—Así que ya estás aquí —dijo. Esbozó su sonrisita dolida. Era más oscura que Cassandra, más alegre y ansiosa. Ella y Cassandra tenían la misma boca.

—¡Pero bueno! —le dijo la abuela—. ¡Mira que estar ahí afuera sin los guantes puestos!

—Poseído por un impulso —dijo Cassandra.

—Tiene las manos congeladas. —El rostro de la abuela se contrajo. Conocía el sabor de la inquietud.

—Entra a la cocina, Yamal —dijo Cassandra—. Vamos a calentar un poco esas manitas.

—Ahora en serio —dijo la abuela—. No puedes corretear por ahí medio desnudo como vas. Hace un frío terrible.

—Cierto, cierto —dijo Cassandra—. Demos gracias al Señor por la calefacción central.

—¿Me has oído, Yamal? Tienes que pensar las cosas, no puedes hacer todo lo que se te pase por la cabeza sin más.

—Oh, Mary —dijo Cassandra.

La cara de la abuela se petrificó. Estaba enfadada y resuelta.

—Va en serio —dijo—. Soy su abuela.

—Y yo su madrina, si es por eso. Y creo que es natural que alguna vez un niño de cuatro años salga a la nieve sin guantes. Y eso no quiere decir que vaya a lanzarse a una vida delictiva.

—Cassandra...

La abuela bajó la vista y luego le sostuvo la mirada.

—De acuerdo —dijo. Se tragó una bola de enfado y ansiedad con sabor agridulce—. Venga, a moverse.

Yamal dejó que la abuela lo cogiera de la mano y lo condujera a la sala en la que por lo general se hacía la fiesta. Los globos todavía se entrechocaban y se meneaban colgados del techo. Encima de la mesa blanca destacaba la blancura de medio pastel con las velas derretidas a su alrededor. Ben estaba sentado en su silla a la cabecera de la mesa, junto a la tía Susan. El abuelo estaba de pie tras él y miraba la sala con hambre. Quería comerse la casa. Yamal deseaba comer lo que estaba fuera de la casa. Ben paseaba su camión nuevo de color anaranjado por encima del mantel. Miró a Yamal con ojos severos.

—Aún sigues aquí —dijo Ben.

Yamal asintió. Ben y el abuelo lo observaron y vieron que era pequeño, oscuro y propenso a esfumarse. Él advirtió que lo miraban de ese modo.

—Desde luego que sigues aquí —dijo el abuelo—. No te ibas a ir de tu propia fiesta de cumpleaños, ¿verdad, amigo?

—Todo el mundo pensaba que te habías perdido —dijo Ben.

La tía Susan acarició el cabello de Ben. Luego se acercó y una décima de segundo más tarde acarició el pelo de Yamal. Él notó la mano vacilante y luego el contacto.

—No sabíamos dónde te habías metido, cariño —dijo la tía Susan.

Yamal sacudió la cabeza. Había estado comiendo aire helado. Había estado en todas partes y en ninguna.

—Tenemos que irnos —dijo la abuela—. No quiero conducir de noche con este tiempo.

Le hablaba al abuelo, aunque sin mirarlo. Los caminos eran malos y oscuros. Y había algo más, un apetito perseverante que esperaba.

—Sí —dijo la tía Susan—. Yamal, bonito, me ha encantado verte.

El tío Will apareció de algún otro lugar. No estaba en la sala, y de pronto se encontraba allí.

—¡Eh! —dijo—. Pensábamos que habías decidido irte a casa.

Yamal miró la alfombra. En ella había gente escondida. Estaba la mujer japonesa, gorda, con los brazos dislocados. Y el diablo sonriente. Cuando levantó otra vez la vista, el tío Will aún estaba allí. Estaba con la tía Susan. La tía Susan sonreía desde un vestido idéntico al de la madre pero más brillante, con más botones. La tía Susan llevaba un pájaro de oro en el pecho, un pájaro centelleante y silencioso de pico afilado.

—Vamos, cuadrilla —dijo la abuela. Yamal buscó con temor a Cassandra. Se había marchado y, de pronto, estaba de nuevo allí, detrás de él. Tenía su propio brillo y aroma. Alargó el brazo para tocarse el pelo y luego le cogió la mano. La habitación resplandeció chispeante.

—Gracias a todos —dijo Cassandra. Luego tuvo lugar el largo proceso de abrigos y adioses. Al abrirse la puerta delantera, la nieve se coló en el interior. Yamal la vio desvanecerse en el parqué. Pensó en todo lo que no se había comido. Llevaba entre las manos algunos de los regalos: un camión anaranjado como el de Ben y una nave espacial de Star Trek. El tío Will sostenía el gran oso de peluche que tanto deseaba poseer y que ahora lo incomodaba, a pesar de que aún quería tenerlo y, al mismo tiempo, lo despreciaba. El oso tenía los ojos negros e inexpresivos, y la lengua de un tono anaranjado pálido.

—Dile a Zoé de nuestra parte que deseamos que se mejore —dijo la tía Susan.

—Claro que sí —dijo la abuela. Besó a la tía Susan. La tía Susan era como la abuela pero más oscura, más inquieta y afable. El pájaro le resplandeció en el pecho. Yamal caminó hasta el coche entre Cassandra y el tío Will, con los brazos cargados de regalos. Gravitaban confusas olas de amor y de odio, un zumbido tenue y complejo. Cuando miró hacia atrás, vio a Ben y al abuelo en el vano de la puerta, de contorno amarillo, que lo observaban mientras se iba. El tío Will conducía, la abuela iba delante y Yamal en la parte de atrás, con Cassandra.

—Bueno, se acabó —dijo el tío Will.

—Me parece que ha estado bien —dijo la abuela.

—Desde luego que sí —contestó el tío Will—. Ha estado bien. Ha sido una fiesta perfecta.

Yamal veía los copos de nieve que golpeaban contra las ventanillas del coche. Veía pasar los árboles, y otros coches, y casas. Se vio a sí mismo hacerse con todo, asomarse por la ventanilla y recoger todas las casas y árboles que encontraban al atravesar la blancura que soplaba. Se vio a sí mismo llevando todo a casa y mostrándoselo a la madre.

—Vuelve a contarlo —le susurró a Cassandra.

—¿Qué?

—Ya lo sabes.

—¿Lo mismo? —dijo ella.

—Sí.

—Estás obsesionado, ricura.

—Cuéntalo.

—De acuerdo. Acababas de aparecer, eras la cosita más pequeña que...

—¿Cómo de pequeña?

—Pues, eras un poco más pequeño que uno de esos pollitos del escaparate de la carnicería china Lee Chow's.

—No.

—No se puede modificar ni un ápice, ¿eh? Bueno, pues tan pequeño como Pulgarcito.

—Eso.

—Y te metimos en el coche y te llevamos hasta el río Green de Massachusetts.

—Se tardó mucho tiempo —dijo Yamal.

—Sí, es cierto. Fueron más de dos horas. Había ríos de ubicación más adecuada, pero tu madre había estado en una ocasión en el río Green y había intuido que allí había algo mágico, de modo que, cuando naciste, no habría servido nada que no fuera bautizarte allí.

—Sí.

—Condujimos más de dos horas —dijo Cassandra—. Era un bonito día de julio, junto a la carretera crecían azucenas atigradas y margaritas amarillas. Yo llevaba, modestia aparte, un encantador trajecito de bautizo con pantalones de cuero blanco, una chaqueta blanca de esmoquin y un par de botas de excursión porque, encanto, había toda una excursión hasta ese río, porque tu madre no eligió uno que estuviera cerca de la carretera, no señor, en absoluto.

—Íbamos en un coche azul.

—Sí, así es. Un Toyota prestado, nada del otro mundo, pero seguro. Estábamos tú, tu madre, Will y yo.

—Ya.

—Y cuando llegamos, aparcamos el coche y te llevamos hasta el río.

—¿Cuánta distancia? —dijo Yamal.

—A ver, ¿cuál es aquí la respuesta correcta? Más distancia que de la Canal Street al Central Park.

—Eso es.

—Y por fin llegamos al lugar, y el peinado de tu tía Cassandra estaba un poco estropeado, pero era como una verdadera actriz ambulante, una parienta muy lejana del explorador Daniel Boone. Y la verdad, el río era precioso. Había allí un río ancho y grande con árboles a ambos lados, y el señor sabe que apenas si había nadie por allí, porque a poca gente se le ocurre caminar todo ese trayecto para ver algo que sale directamente del grifo de su casa...

—Había peces.

—Sí. Truchas. Se las veía bien. Nos quitamos los zapatos y metimos los pies en el agua, que estaba helada, y la tía Cassandra sufrió un breve momento crítico del que se recuperó de un modo admirable. El agua era muy clara y el fondo estaba cubierto de piedras pequeñas y redondas. Era realmente bonito, aunque la temperatura le habría alterado los nervios incluso a un esquimal.

—Mamá me llevaba en brazos.

—Sí, eso es —dijo Cassandra—. Te llevamos al agua, dijimos unas cuantas palabras y Will prometió cuidar de ti, y luego, a pesar de las objeciones de tu tía Cassandra, Will te tiró un poco de aquella agua gélida por la cabeza. Porque, al fin y al cabo, se trataba de un bautismo.

—Yo chillé.

—Como habría hecho cualquier persona sensata. No dejaste de llorar en todo el camino de vuelta al coche y después, cuando llevábamos un minuto de viaje, te quedaste dormido.

—Y así acaba.

—Más o menos. Así es como este trasto viejo y cansado que tienes ante los ojos se convirtió en madrina. Encanto, el mundo está lleno de sorpresas.

—Así acaba —dijo Yamal.

—Pues sí, y ya no más veces —contestó Cassandra.

Cuando llegaron a casa, Zoé tenía fiebre. Se había librado de ella un rato y se había sentido simplemente como una mujer sentada en una habitación frente a una taza de manzanilla, que observa la nieve por la ventana y espera el regreso de su hijo. Luego la fiebre la había hecho arder otra vez y se había convertido en calor, enfermedad y pensamientos extraños y siseantes que querían convertirse en sueños. La enfermedad era como la droga, pero vil y de bordes más afilados. Ella luchaba por mantener el orden y el paso natural del tiempo en una habitación bajo la nieve. Era Nueva York, en febrero. Las rosas descoloridas del sillón intentaron moverse, adoptar rostros, pero ella se negó y siguieron siendo rosas, rojas y granates, inalterables. Estaba tumbada sobre el colchón con la vista fija en las rosas y de pronto ellos se encontraban allí, demasiado absorta en las rosas como para oír la puerta. Yamal trepó con timidez e impaciencia por el colchón y le acercó su frío, el cabello salpicado de gotitas perfectas de agua clara.

—¡Eh! —susurró ella—. Ya has vuelto.

—Tengo una nave espacial —dijo él. Se la enseñó, un platillo volante de color gris con una burbuja transparente en lo alto. La hizo bajar en picado con una vuelta amplia y a ella le llegó el olor del plástico nuevo, su dulzor sin vida.

—Justo lo que querías —dijo ella. Oyó su propia voz, un hilo diluido que provenía de algún lugar próximo, pero no de su interior—. ¿Te lo has pasado bien?

—Sí —dijo él, aunque ella sabía que no decía la verdad. ¿Cómo era posible que aprendieran a mentir tan pronto, incluso cuando nadie les había pedido que lo

hicieran?

La madre se sentó al borde del colchón y colocó una mano sobre la frente de Zoé.

—Aún estás ardiendo —dijo.

—Estoy bien —contestó Zoé—. Durante un rato me he sentido perfectamente, ha vuelto hace media hora más o menos.

—Creo que debería verte un médico —dijo Will—. Si no le llamas tú, lo hago yo.

—No, si estoy bien —le dijo Zoé—. Es la gripe, la gente coge la gripe. Yamal la tuvo la semana pasada. ¿A que sí, cariño?

Él asintió. Estaba absorto en la contemplación de la nave espacial y ella se quedó con la mirada fija en él. La luz del faro brillaba sobre la superficie gris de la plataforma, sobre la palabra *Enterprise* en blanco. El espacio interplanetario no era oscuro, sino resplandeciente. Se podía ir a cualquier parte.

Cassandra dijo:

—Voy a calentar un poco de sopa para Yamal. Oye, cariño, ¿te apetece comer un poquito?

—No —dijo Zoé. La plataforma de la nave era lisa y brillante como el granito, y por un instante creyó que en el interior de aquel simple juguete se ocultaba algo fabuloso. Luego ya no lo creyó, y acto seguido volvió a hacerlo.

—No quiero sopa —dijo Yamal.

—Pues muy bien —contestó Cassandra—. De todos modos, no me apetece arriesgar las uñas para abrir una lata.

—Debería comer algo —dijo la madre de Zoé—. Yamal, en todo el día no has comido más que porquerías.

—Ha comido pastel de cumpleaños, helado y bastante nieve —dijo Cassandra—. Como si fuera día de dieta blanca.

—Solo unas cuantas cucharadas de sopa, Yamal —dijo la madre de Zoé.

—Sopa, no —dijo Yamal, pero la madre de Zoé se metió en la cocina a calentar la sopa porque así lo había decidido. Zoé advirtió la pequeña confusión de temores y deseos de Yamal, su hambre, su necesidad de no tener hambre, su amor por la nave espacial. Se dijo: eres su madre. No seas demasiado blanda con él.

Will se arrodilló junto al colchón y le acarició el cabello.

—Estoy preocupado por ti —dijo.

—Pues no lo estés —le dijo ella—. Es gripe, ¿qué problema hay?

—Tres veces desde septiembre.

—Me ha contagiado Yamal. Cualquiera que pase mucho tiempo con un niño, se enferma. No hacemos más que pasarnos los gérmenes una y otra vez.

—Aun así, me gustaría que te viera un médico.

—No necesito un médico —dijo—. Me quedaré en cama un par de días y se me pasará todo.

Cassandra se arrodilló junto a Will. Y allí estaban, en su cerco de inquietud y amor, su orgullo, su odio a sí mismos y su complicada aversión del uno por el otro.

Cassandra dijo:

—Sospecho que lo que necesitas es que nos larguemos de aquí y que te dejemos sola de una vez por todas, a ver si duermes un rato.

Zoé sonrió envuelta por el calor. Allí estaba el rostro de Will, más guapo desde que se había inventado un yo, asentado y seguro como un huerto dedicado a un solo cultivo. Allí estaba la fealdad franca y desafiante de Cassandra, su lustre áspero.

—No hace falta que os vayáis —dijo Zoé, y era consciente de que, dijera lo que dijese acabarían por irse, al margen de su deseo.

Había tenido un sueño febril, turbulento, plagado de estremecimientos de terror ligeros y ansiosos que parecían habitar en el mundo igual que las anguilas viven en las rocas. Se despertó y se quedó tendida, jadeante, mientras en la habitación todo volvía a su lugar, el techo desigual y los muebles viejos, la ventana azul a través de la cual se veía brillar débilmente la única estrella del invierno. Yamal se había metido con ella en la cama. Combatió contra la necesidad de despertarlo, y se despertó por sí mismo, como si hubiera oído sus pensamientos. Eso a veces ocurría. No sabía si considerar aquello una virtud o un fracaso de su maternidad. Abrió los ojos y la miró fijamente.

—¡Eh! —dijo ella. Él no contestó. Tenía junto a sí la nave espacial.

—¿Estás bien? —preguntó ella. Él asintió. Le tapó el pecho con la colcha. La estrella única, pálida y fría, brillaba a través de la ventana y Zoé vio entre sueños que ella y su hijo estaban escondidos en unas ruinas, a la sombra azul de un monumento decrepito, ocultos entre mármoles reverberantes y marañas húmedas de enredadera mientras alguien o algo iba en busca de ellos. Era tan vivido que se llevó el dedo a los labios, para indicar a Yamal que permaneciera en silencio. Acto seguido el sueño se evaporó y se dio cuenta de que no era más que una mujer con su hijo, en una habitación, en Nueva York, a pesar de que la sensación de acoso se resistía a desaparecer. Le dijo a Yamal, con un susurro, que se volviera a dormir, y él le contestó colocándose la nave espacial sobre la cabeza.

—Súbenos.

Su madre lo buscaba. Estaba debajo de la cama y respiraba la oscuridad mientras la voz de ella pronunciaba su nombre por las habitaciones, como si eso le permitiera dar con él.

—Ben, Ben, Benjamin.

Él se encogía dentro de su propio silencio. No estaba preparado para que lo vieran, ahora no. Antiguos errores zumbaban alrededor, pensamientos agridulces, la húmeda pobreza de su propio ser. Ella lo quería en su estado brillante. No podía brillar, ahora no, de modo que desapareció y dejó que repitiera su nombre de habitación en habitación y que le contestaran tan solo los papeles pintados y la luz de la tarde, la dignidad femenina y muda del mobiliario. Espera. Le llegó su perfume cuando pasó cerca. Por favor, dijo él, en silencio, y por fin ella se fue y le dijo al abuelo:

—No está aquí, puede que haya bajado a la playa.

Bien, pensó, la playa, y se vio allí, en versión favorable, feliz y fuerte, sin temor, en la mano una concha o el asa de una taza de porcelana o cualquier otro pequeño regalo que hubiera encontrado. Esperó, ahí, escondido en su versión más triste, un chico debajo de la cama que no respondía a la llamada de la madre, y cuando hubo pasado un minuto reptó fuera de allí y se asomó a la ventana. Y la vio. Caminaba hacia la playa, en busca de él, su figura delgada y definida, vestida con una falda color rosa pálido que se movía con un profundo sentimiento de propiedad, como si fuera la perdida esposa del océano que volvía para reclamar sus derechos. Mamá, dijo él en silencio, y la observó mientras se alejaba a grandes pasos para encontrar al hijo que necesitaba, no al triste o al censurable, sino al que la esperaba con un regalo.

Cuando se marchó la madre, trepó a la cama y se tumbó allí, a sentir la casa del abuelo que lo rodeaba. Amaba esa casa más que cualquier otro lugar. Proyectaba sombra sobre sus propios árboles. Todos sus secretos eran nuevos y limpios. Desde las ventanas de las habitaciones se veía el huerto y desde el huerto se veía la raya azul y fija del océano que parecía, desde allí, algo inmenso, simple e inimaginablemente caro que se había colocado en ese sitio para destacar las bellezas más sofisticadas de la casa. La casa tenía ventanas de vidrios rojos y azules. La casa tenía arañas que temblaban con una brillantez clara e incolora, una chimenea de piedra en la que Ben cabía de pie, una habitación a la que él llamaba El Palacio de Hielo, con gruesas alfombras blancas y flores blancas de papel y sillas blancas de mimbre que esperaban en un silencio helado que alguien se sentara en ellas para emitir su oculto concierto de crujidos y gemidos glaciales. Había algo brillante y prometedor, algo invisible, que se trasladaba de habitación en habitación con una seguridad pausada. No era un fantasma: la casa era demasiado impecable para los fantasmas, demasiado iluminada. Pero había algo que la habitaba junto al abuelo y a Magda, un espíritu vivo e inhumano que Ben identificaba con el de un pavo blanco, fantástico, orgulloso y

sereno, que a veces se pavoneaba en el recodo de las escaleras, a veces en el corredor alfombrado de la habitación de la torrecilla en el tercer piso, donde el telescopio dirigía su ojo hacia el huerto y el océano y en cuyo tejado ondeaba una bandera americana.

Estaba tendido en la cama que se había pedido para él, en la habitación pequeña que daba al árbol y en la que las cajoneras tenían tiradores de cobre en forma de águilas ceñudas e indignadas. Dejó que pasara un minuto, y luego otro. A continuación se levantó, practicó brevemente un gesto de inocencia ante el espejo y salió a buscar al abuelo.

El abuelo estaba abajo, en la cocina, colocando tomates en el antepecho de la ventana. Era corpulento, e iba con una camisa color azul oscuro y el cabello, suave, bajo un sombrero de paja muy viejo.

—Hola —dijo Ben, y pensó que su voz había sonado con la debida naturalidad. El abuelo se volvió. Poseía la humilde generosidad de los ancianos, sus contundentes necesidades.

—Eh, amigo, tu madre te ha estado buscando.

—Estaba aquí —dijo Ben. Caminó rápidamente hasta el alféizar y cogió un tomate, que, pesado y translúcido, brilló sobre su mano. Tenía por un lado el tomate y por el otro el olor del abuelo, mezcla de la colonia para el afeitado y el aroma acre a especias de su piel.

—Ha ido a buscarte a la playa —dijo el abuelo.

Ben balanceó el tomate en la palma de la mano.

—Tomate *beefsteak* —dijo.

—El orgullo de Nueva Jersey —contestó el abuelo—. Venga, vamos por tu madre. Tu padre vendrá a recogeros de un momento a otro.

Ben devolvió el tomate a su lugar, de mala gana, y siguió al abuelo fuera de la cocina. Mientras caminaban hacia el mar, el abuelo le cogió la mano. Ben, con siete años, se sabía demasiado mayor para un gesto como aquel, pero lo permitía, incluso lo deseaba, si se trataba del abuelo, porque el abuelo poseía una sabiduría secreta y una vida más auténtica y satisfecha. Ben le dio la mano y caminó por el borde exterior del huerto con la sensación de estar lleno de un vigor ardiente, un deseo grande e inconcreto formado por el olor del abuelo y el recuerdo del peso del tomate en su mano, su plenitud y su brillo, las gruesas irregularidades de su carne. Sintió un júbilo puro y hormigueante —entre sus piernas la abundancia y en la cabeza la palabra *beefsteak*—, e instantes después lo invadió por completo la vergüenza. Estaba equivocado, aunque no habría sabido decir exactamente por qué. Era el ser inferior de sí mismo, el pusilánime, el que se escondía y ya no tardaría nada en encontrarse con la madre, quien necesitaría que él fuera de otro modo. Cuando hubieron rebasado el huerto y una vez enfilados hacia la cuesta que llevaba a la playa, Ben se imaginó que trepaba por dentro del abuelo, que viajaba en su interior como un soldado en un tanque, y así se encaminaba hacia la mujer de falda rosada que exigía integridad. Y

allí estaba, en la arena, recostada contra el mar, en busca de él.

—¡Eh, Susi! —la llamó el abuelo—. Mira lo que he encontrado.

Ella se dio la vuelta y lo vio. Ben nunca estaba seguro de cuánto sabía ella, de hasta dónde podían penetrar sus ojos. Recompuso el gesto y se soltó de la mano del abuelo. Corrió hacia ella y al correr empezó a ponerse a la altura de su propia fuerza y pureza. Dijo:

—Hola, mamá.

Su voz sonó consistente como las olas.

—Eh, tú —dijo ella, y no estaba enfadada ni decepcionada. Al verlo en su carrera el rostro se le enrojeció de alegría—. Te he estado buscando por todas partes —dijo.

—Y estaba por ahí —le dijo él. Empezaba a suceder. Podía notarlo. Se había librado de sus miedos y del error, había esquivado todo eso y ahora estaba ahí, era ese chico animado sin nada que esconder. Corrió hacia la madre, trazó frente a ella un amago de baile, cogió una piedra y la lanzó al agua azul. Notó la fuerza de su brazo, el calor del placer que lo invadía.

—Vamos —dijo ella—. Tu padre llegará de un momento a otro y aún no estamos listos.

Ben arrojó otra piedra, y otra más. Bailó en la orilla con saltos espasmódicos que celebraban la corrección de su propia vida.

—Vamos —dijo la madre, pero él sabía que sus pequeñas desobediencias y su energía exuberante formaban parte de su encanto. El abuelo intentó poner una de sus manos oscuras y enormes sobre el hombro de la madre, pero ella se apartó. Se acercó y cogió a Ben por la nuca, con una dignidad sin límites.

—No he podido encontrarte por ningún sitio —dijo con una voz suave y emocionada, como si aquello fuera un secreto compartido e hiciera falta ocultárselo al abuelo. Ben cogió una piedra y se la quedó. El océano estaba lleno de motitas brillantes, era una voluntad constante. Se quedó de pie junto a la madre, la mirada atenta. Se guardó la piedra.

—Será mejor que nos movamos —dijo el abuelo, y Ben advirtió lo que la voz del abuelo provocaba en la piel de la madre, aquel ligero arañazo. Arrojó la última piedra, que brincó dos veces, y abandonó la playa a todo correr. Adoraba el aire que soplaba sobre su piel, los últimos rayos de sol y el viento. Mientras corría dejaba tras él ligeros destellos, lo contrario de las sombras, pequeños rayos que parecía emitir él mismo, como el fulgor que despide la hoja de un cuchillo. Corrió hacia la casa, consciente de que sería bienvenido. Pensó en ir directamente a la habitación de la torrecilla, y llevar hasta allí el interés de la madre, pero cuando llegó al vestíbulo Magda estaba en casa, guardaba las llaves del coche todavía en el bolso. Producía sus cascabeleos y centelleos, como siempre, el fulgor blanco y rígido de su atención. Magda lo miró. Su mirada era como un reflector. Sabía el nombre de todas las cosas.

—Hola —dijo ella. Retiró la vista de Ben y la devolvió al bolso, en donde vio un mundo en miniatura, un mundo que le había dado más satisfacciones y comodidades

que el grande.

—Hola —dijo Ben. Magda era la única, entre los adultos que conocía, que no se sentía obligada a decir ni a hacer nada con lo que agradarle más. Y por esa razón, entre muchas otras, él la quería. No necesitaba nada, ni de él ni de nadie. Era rica, de espíritu fuerte, desafiante y de una gordura desmedida.

—Estaba en la playa —dijo en un tono de convencimiento apremiante, como si necesitara explicarle algo, ubicarse a sí mismo con exactitud. Magda tenía un pecho enorme y palpitante, y la cabeza cuadrada. A veces pensaba en ella como en el espíritu profético y la voz del volcán.

—Esa playa está llena de vidrios rotos —dijo ella—. No sé de dónde salen tantos.

Cerró el bolso, extrajo del pecho un suspiro tan sonoro que pareció que la araña de cristal se sintió obligada a una demostración frenética y tintineante de su habilidad para el reflejo y la transformación. Magda dejó el placentero mundo en miniatura de su bolso por otro lleno de vidrios rotos, un mundo que necesitaba poderes brutales de justicia y moderación.

—Siempre voy con cuidado —dijo Ben, con exactamente el mismo espíritu con el que echaría una ofrenda demasiado pequeña (la flor de un hibisco, una granada) en un cráter.

—¿Tienes hambre? —preguntó ella, y su voz daba a entender que el hambre estaba íntimamente relacionada con la amonestación. A Ben le pareció un acertijo, con una respuesta correcta y otra incorrecta.

—No —dijo él inseguro, y ella asintió. Había escogido correctamente. Magda llevaba en las orejas unas perlas grandes e irregulares, las primas pequeñas y opalescentes de los tomates del abuelo. Una lagartija de diamantes se arrastraba, petrificada, por la pendiente de su pecho. En los dedos, lucía brillantes que desafiaban el brillo nervioso de la araña. Ben había ido una vez con ella a una joyería de Nueva York, y había visto que le proporcionaba la misma satisfacción que obtenía del interior de su bolso. La joyería había resultado metódica y ordenada, repleta de una quietud gélida y próspera, y Ben imaginó que Hungría, de donde Magda provenía, era como la joyería y el interior del bolso. Ella sentía nostalgia de un mundo de seguridad absoluta y de organización reluciente y aterciopelada.

—Hace calor, hoy —dijo ella.

—Sí.

—Me voy a servir un vaso de gaseosa. ¿Quieres?

—Bueno —dijo él, y ella le sonrió lánguidamente. Magda era completa. Todas sus carencias encontraban final, se compraba cuanto necesitaba.

Entonces llegaron la madre y el abuelo, y todo cambió. Cuando Magda los oyó entrar por la puerta de la cocina miró a Ben como si este le hubiera ocultado información, algo que podría haber necesitado en su campaña contra la confusión y la sorpresa. Dejó el bolso, con pesar, sobre el taquillón y se dirigió hacia la cocina en busca de ellos.

En la cocina, el abuelo enseñaba a la madre de Ben uno de los tomates. Al entrar Magda, Ben vio que su madre desviaba la vista del tomate hacia Magda y advirtió que lo que había allí era la causa de todo lo demás, a través de hilos invisibles de culpa y efecto. De algún modo, Magda era la imperfección del tomate.

—Hola —dijo la madre de Ben jovialmente.

—Hola —contestó Magda.

El abuelo se acercó a besar la mejilla fría y poderosa de Magda. La madre de Ben dibujó una línea con la boca, un gesto tirante y sonriente.

—¿Qué tal? —dijo el abuelo—. ¿Te has comprado las tiendas enteras?

El rostro de Magda se mudó en un gesto de impaciencia y desdén, como un coche que va marcha atrás. La playa estaba llena de vidrios rotos. Las gaviotas estropeaban el tejado.

—No he podido encontrar ningún vestido —contestó—. Todo era espantoso.

—La próxima semana celebraremos otra fiesta —dijo el abuelo con orgullo—. Una de las obras de caridad de Magda.

—Cáncer —dijo ella, y la satisfacción regresó a su rostro.

—¡Ah! —dijo la madre de Ben.

—Esta vez será algo grande —dijo el abuelo—. Con carpas y banda de música. Un ejército completo de hadas y entremeses variados.

La madre de Ben consultó el reloj y dijo:

—No sé qué puede retrasar tanto a Todd.

Magda era la imperfección del tomate, y el cáncer era la imperfección de Magda y todo, Magda, el cáncer y los vidrios rotos que poblaban la playa, hacían referencia al abuelo, allí de pie, orgulloso y feliz con su sombrero viejo de paja. El abuelo era a quien más quería.

—Anna intentaba convencerme para que me quedara con una cosa verde —dijo Magda—. De gasa, con lentejuelas. Horroroso. Aquí no hay nada, mañana tendré que ir a Nueva York.

—Sí, Nueva York está lleno hasta los topes de vestidos —dijo la madre de Ben—. Oh, ahí llega.

El coche del padre de Ben se deslizaba por el camino de la entrada. Las sombras de las hojas se proyectaban sobre los costados marrones relucientes y Ben sintió en el vientre aquel latido. Pronto estaría otra vez solo con sus padres.

—Llévate los tomates —dijo el abuelo. Cogió una bolsa de papel marrón y la abrió de golpe, con un giro efectivo de la muñeca. El abuelo siempre sabía lo que hacía. Era más afectuoso que Magda pero, como Magda, podía tener todo lo que necesitara. Él adoraba sus tomates, su casa. Colocó los tomates en la bolsa, uno tras otro. Sus manos eran grandes y oscuras, los tomates que tanto le gustaban eran carnosos. Ben volvió a sentir la sensación de hinchamiento, la transformación en la entrepierna, y se dio cuenta de que podía caer en la condición equivocada, en el lugar del descarrío. Se rescató a sí mismo al correr en dirección al coche del padre.

El padre de Ben había aparcado y salía del vehículo. Cargaba con él su sacrificio inflexible, su infinita virtud. Ben corrió hacia él y penetró en la bondad del padre, en su rigor y en su trabajo diario. Por un momento, Ben y su padre fueron la misma persona. Luego el padre dijo:

—Hola, colega, ¿cómo va eso? —Y el sonido de su voz fue suficiente para separarlos. El padre de Ben vivía una vida de esperanza. Ben era lo que esperaba.

—Bien —dijo Ben. Vaciló entre las dos versiones, la descarriada y la visible. Presa de una oleada de amor dominado por el pánico, hizo un gran esfuerzo—. He practicado el tiro libre. He encestado siete de diez.

—Bien. Eso está muy bien.

El padre tenía la piel suave y clara. Estaba deseoso de felicidad. Ben le daba todo cuanto podía.

—Quiero que el abuelo levante el aro —dijo1—. Quiero que lo levante del todo.

—¿Crees que estás preparado?

—Sí.

Ben acribilló el aire a puñetazos. Para su madre, bailaba, y para su padre le pegaba al aire con los puños. El padre tenía un rostro agradable, un cuerpo inquieto y armónico como un barco. Los ojos del padre sopesaban cuanto veían, tomaban decisiones con rapidez.

—Tómalo con calma, colega —dijo el padre, y su voz sonó tan llena de satisfacción que Ben azotó el aire con una nueva energía, con una furia fingida más feroz aún. El padre sonrió, derramó un delgado haz de amor en el futuro. Se presentaría para senador. Conduciría con mano firme, lo satisfaría la comida y practicaría la clemencia en su trabajo.

—¿Tu madre está adentro?

—Sí.

—¿Estáis listos para salir?

—Sí.

El padre cogió a Ben por el hombro. Su mano decía que era hora de tranquilizarse, de moverse con corrección y modestia. Ben se lo imaginaba así en el trabajo, en contacto con la gente, los ordenadores y los teléfonos, para invitarlos a que lo ayudaran a avanzar, a crear un mundo más austero que premiara el bien y aniquilase el mal. Ben dejó de pegarle al aire. Fue junto al padre hasta la casa, donde la madre esperaba.

Ella le dijo al padre que estaba contenta de verlo. Lo besó en los labios con rapidez, para terminar con aquello, y sacó las gafas de sol del bolso.

—Qué hay, Todd —dijo el abuelo, y él y el padre de Ben se estrecharon las manos a la manera de los hombres, como si se avisaran uno al otro de sus buenas intenciones y de su fortaleza. También Magda le dio la mano, no besaba ni a hombres ni a mujeres, y Ben se dio cuenta de que ella estaba pensando en joyerías y en el interior de su bolso, esa perfección de oro y oscuridad silenciosa. Estaba absorta en la

plácida contemplación del orden. Al día siguiente iría a Nueva York, que estaba llena de vestidos.

—Tenemos que irnos, cariño —le dijo la madre de Ben al padre—. Te has retrasado.

El padre de Ben miró al abuelo y se encogió de hombros de un modo expresivo. Ambos eran trabajadores inocentes que intentaban sobrevivir en un mundo de mujeres. Pero el abuelo lo evitó. Volvió a hacer el ruido, rac-rac-rac, y besó sonoramente a la madre de Ben en la mejilla.

—¿Has cogido los tomates? —le preguntó.

—Sí —le dijo ella con la voz rota. Magda era la imperfección de los tomates. El cáncer dominaba a la señora Marshall muy cerca de allí.

—Dame un abrazo fuerte —le dijo el abuelo a Ben, y el niño se entregó a los brazos poderosos e hirsutos del abuelo. Le llegó aquel aroma suyo, el olor almizcleño, dulce e intenso de su aliento. Ben se disolvió en el apretón del abuelo. Era libre de no ser nadie.

Después lo soltó y volvió a estar inmerso en las exigencias de un día corriente. Magda le dio el beso seco de siempre, mientras pensaba en vestidos y en cáncer, en la seguridad perdida de otros países. Se fue con los padres al coche, pasó al asiento trasero y vio que la casa del abuelo desaparecía bajo una luz trémula y apagada, tras otras casas y otros campos de patatas.

—¿Qué tal ha ido? —preguntó el padre de Ben a la madre.

—Bien —dijo ella—. Como siempre. Me habría gustado que no llegaras tarde.

—Hago lo que puedo.

—Magda ha engordado aún más. Está enorme como una casa.

—Supongo que a tu padre le gusta algo de peso —dijo el padre de Ben.

—Por favor, no bromees con eso. Haz bromas de cualquier otra cosa. —La madre de Ben se quitó las gafas de sol, las limpió en la blusa y se las puso otra vez. Se volvió hacia Ben.

—Bueno, cariño —dijo—. Ya está hecho. ¿Qué tal si vamos a cenar a P. J.?

—¡Bien! —dijo Ben, y le dio la sensación de que ella se sentía satisfecha con su alegría. El coche avanzaba por las sombras de las hojas y las zonas de sol. La madre estaba contenta otra vez, a salvo. Tarareaba algo por lo bajo, una canción que era su felicidad convertida en música.

—Me siento tan aliviada —le dijo ella al padre de Ben—, de estar lejos de este lugar...

—Has cumplido con tu deber —dijo el padre de Ben.

—¿Sabes qué va a poner ahora? Una fuente. Lo primero que se verá al llegar frente a la casa será un delfín de yeso que escupe agua dentro de una concha de almeja.

—Cualquier cosa te saca de quicio.

—Es vergonzoso. ¿Quiénes se creen que son? ¿El rey y la reina de Saba?

Ben iba sentado en el asiento de atrás con la bolsa de tomates del abuelo sobre el regazo. Deslizó la mano en el interior de la bolsa. Cogió un tomate, todavía tibio por el calor del sol, y se dejó arrastrar durante unos instantes por el otro, por ese yo silencioso y débil que tan solo deseaba estar solo y dormir.

Los almuerzos de señoras habían sido idea de Cassandra. Mary, al principio, lo despachaba alegando que tenía ya otro compromiso, o dolor de cabeza, o simplemente demasiado trabajo en casa. Pero Cassandra no dejó de llamar, con una paciencia enorme y una inocencia extraña (¿no se daba cuenta de que se lo quitaba de encima?), y finalmente Mary se rindió. De acuerdo, el lunes próximo a la una y media, en una dirección de algún lugar de Greenwich Village. No, estaba segura de que no tendría problema en encontrarlo.

¿Qué otra cosa podía hacer? Cassandra constituía para Mary, realmente, el mejor y único punto de acceso a Zoé. Por alguna razón, Zoé parecía confiar en aquella persona. Zoé había convertido a aquella persona en la madrina (eran sus palabras) de su hijo, aunque por supuesto no había habido un bautizo de verdad y por supuesto, no hubo forma de convencer a Zoé de que lo bautizara como es debido, en la iglesia. Mary tenía sentimientos contradictorios al respecto. Por una parte, estaba el asunto del alma de la criatura. Por la otra, experimentaba, innegablemente, un cierto alivio por no tener que ir al padre McCauley, de St. Paul, para discutir los pormenores del bautizo de un niño ilegítimo y mestizo cuyo padre estaba Dios sabe dónde y cuya madre quería como madrina a un hombre que muy bien podría haberse presentado a la ceremonia con vestido y peluca.

El lunes a las once de la mañana Mary estaba en la habitación e intentaba decidir qué iba a ponerse mientras pensaba: «Esto me está ocurriendo a mí». Aquel pensamiento, con toda su remachada simplicidad, hizo que se sentara, con más fuerza de la que pretendía, en la banqueta de seda verde del tocador. «Esto es real». Hasta ese momento las circunstancias recientes de su vida habían habitado en su mente como una masa cambiante de forma y dimensión indiscernibles, brillante y plateada en algunas zonas, oscura en otras, formada de sucesos más o menos azarosos: el ligero desacomodo del postizo color cobrizo que el abogado llevaba cuando redactó los papeles del divorcio. Un collar de cuentas de ámbar que había comprado para Susan pero que de pronto decidió quedarse para ella. Una mañana de miércoles con el cielo nublado y lleno de esperanzas y de advertencias, como si ambos elementos estuvieran íntimamente relacionados. No había habido más que incidentes insignificantes como esos, incisivos pero a duras penas esclarecedores, sujetos a los detalles de la limpieza, la compra y su nuevo trabajo, y al placer sorprendentemente intenso que sentía cada noche al irse a dormir sola. Ahora, mientras intentaba elegir un vestido para el almuerzo, pensaba con una indiferencia casi científica: «Esto está ocurriendo. Vivo sola en una casa de cinco habitaciones. Mi hija mayor apenas me habla. Mi hijo ama a otros hombres. Yo intento decidir qué ponerme para ir a almorzar con la *madrina* de mi nieto pequeño y no tengo ni idea de qué ponerme porque no sé a qué clase de sitio voy y porque nunca he almorzado con un hombre que lleva vestidos». Cogió un botecito de esmalte de uñas, volvió a sentarse, y se le

ocurrió pensar que Cassandra, en ese momento, podía estar sentado en un apartamento de un lugar cualquiera mientras se preguntaba cómo ir vestido para almorzar con una mujer como ella, adinerada, respetable y acicalada. «No lo soy», dijo Mary en voz alta, y la sorprendió el sonido de su propia voz en la habitación vacía. ¿Qué quería decir con eso? Era acaudalada y respetable. No cabía duda de que tenía buen aspecto. ¿Qué era exactamente lo que no era? Volvió a coger el esmalte de uñas y lo miró como si en aquel líquido *beige* pálido y satinado pudiera esconderse alguna clave. No estoy muy segura, se dijo.

El traje azul St. John, decidió. Y entonces, de repente, se echó a reír. Esto es lo que ocurre realmente, se dijo para sí, y decidió pensar que era divertido. Decidió pensar que era divertido y así, de pronto, lo era. Almorzar con un hombre que podía vestir mejor que ella. De acuerdo, entonces. El traje azul St. John. Los zapatos Ferragamo. Un sencillito collar de perlas.

Cassandra había elegido un restaurante de Charles Street, en una parte de la ciudad donde Mary jamás había estado. De joven, Mary había conocido —había insistido en conocer— solo la Nueva York de los teatros y los hoteles, de las torres que se elevaban sobre la quietud verde y peligrosa del Central Park. Ahora, de mayor, gracias a los hijos, había visitado lugares incalificables. Había pasado entre mendigos y lunáticos, había arruinado unos zapatos planos Charles Jourdan contra una botella rota de cerveza, había subido tramos de escaleras sucias y malolientes. En una ocasión en que fue a visitar a Zoé, tuvo que sortear una mierda humana que lucía exactamente en medio de una entrada de azulejos celestes como la representación de la estupidez y la degradación. Si había sobrevivido a todo aquello, podría sobrevivir también a un almuerzo en otra parte desconocida de la ciudad, en la clase de restaurante que alguien como Cassandra eligiera. Aquello ocurría. Podía ser divertido, si uno lo permitía. Si uno no lo miraba con demasiada dureza o pensaba demasiado en ello.

Ni Charles Street ni el restaurante, sin embargo, resultaron ni la mitad de desagradables de lo que Mary había previsto. En realidad, la Charles Street era muy bonita, con sus árboles alineados frente a las casas particulares en donde la propia Mary podría haber vivido, edificaciones antiguas y sólidas que a través de sus grandes ventanales dejaban entrever fragmentos de molduras trabajadas, de medallones acanalados y de arañas de luces en los techos. Una de las casas estaba cubierta por una glicina, a través de la cual Mary pudo adivinar un entrepañó de piedra grabado con hojas, arabescos y un rostro inclinado que parecía anunciar una de las virtudes más severas: la paciencia, la fortaleza o la virginidad inflexibles. Se quedó frente a aquel rostro, que estaba enredado en la maraña de gruesas ramas marrones, y la invadió una sensación de familiaridad extraña pero nada engorrosa, como si de pequeña hubiese estado allí. El rostro parecía femenino, aunque era difícil asegurarlo con certeza, tanto por la glicina como por aquel estilo antiguo de esculpir en que todos, tanto hombres como mujeres, de algún modo parecían jovencitas

serenas y con un ligero exceso de peso.

El restaurante, que estaba en la esquina y lucía el nombre en la ventana con discretas letras doradas, era el tipo de pequeña cafetería que Mary imaginaba en París: sombrío pero limpio, de paneles oscuros y de manteles níveos que aportaban más luz que los apliques ambarinos de la pared. Al detenerse ante la puerta la asaltó una inesperada punzada de arrepentimiento: ahora esa calle misteriosa y adorable y aquel encantador restaurante la recordarían como alguien que tenía algo que ver con una persona como Cassandra. Alguien cuya vida había llegado así de lejos. Se dijo para sí que iría a París. Cada mes ahorraría una pequeña cantidad de dinero.

Cassandra le hizo señales desde una mesa próxima a la ventana. Mary notó alivio al ver que había elegido ropa de hombre, un sencillo jersey de cuello alto y vaqueros. Cuando Cassandra se levantaba para tenderle la mano, se sintió sobrecogida nuevamente por el aspecto poco distinguido de aquel individuo delgado, de orejas grandes, con el cabello desigual, rojizo, y los ojos apagados. Podría haber sido un dependiente avejentado, o un camarero, una de esas personas en las que apenas se repara porque no triunfaban ni fracasaban de manera espectacular. Se limitaban a vivir sus vidas de servidumbre silenciosa.

—Encantada de verte, Mary —dijo Cassandra.

—Estoy contenta de estar aquí —contestó ella. Le dio la mano y él la estrechó con más fuerza de la que ella esperaba.

—Por favor, siéntate.

—Gracias.

Se sentó y acto seguido cogió la servilleta de la mesa y se la puso en la falda.

—Es un sitio adorable —añadió. Era más fácil ser amable. Era más fácil tomarse aquello como un almuerzo, un simple almuerzo con un amigo. Aparte de ese tipo de cumplidos, no tenía ni idea de qué decir o hacer.

—Sí, ¿verdad? —dijo Cassandra—. Muy sedante. Vengo aquí a veces, cuando mis nervios son incapaces de soportar un momento más *de joie de vivre*. Puedes sentarte junto a la ventana durante toda una hora con una taza de té, si te apetece.

—Me recuerda un poco a París —dijo Mary.

Oui. Ça pourrait être un bistro en plein Marais.

—¿Hablas francés?

—¡Santo cielo! Eso sería terriblemente pretencioso, ¿verdad? Lo siento, encanto, son los nervios. Normalmente no soy una señora que come con otra señora.

—¿De veras hablas francés? —preguntó Mary.

—Desde luego que sí. No me paso todo el tiempo con la sombra de ojos. Hablo francés y español, y me las arreglo con el alemán, pero luego lo único que se puede hacer es hablar con los alemanes.

—¿Dónde aprendiste francés?

—En París, hace unos ciento cincuenta años. Viví allí algún tiempo. Esta vieja embarcación ha atracado en bastantes puertos. Un estudio barato en el Beaubourg.

Créeme, América no es el depositario exclusivo de lo chabacano y lo vulgar.

—Mi marido y yo siempre tuvimos intención de visitar París —dijo Mary.

—Oh, bueno, hay lugares magníficos, como todo el mundo dice, pero no sé. Estos últimos tiempos he dejado que se me caducara el pasaporte. Viajar empezaba a parecerme... un poco patético, algo así. Vas a un sitio, y luego vas a otro y después a otro más, y ya sé que se supone que es fantástico, pero, francamente, comenzaba a darme cierta dentera. Veía a la gente comprar recuerdos y no dejaba de pensar en que reaparecerían entre los artículos de venta con fines caritativos en el año 2000, en que esas bufandas Hermès sobrevivirían a la gente que las había comprado y, bueno, da lo mismo. Basta decir que ahora mi idea de viajar es ir al Central Park.

Por un momento Mary se sintió perdida. Se alisó la servilleta en la falda. Di lo que le dirías a cualquiera, pensó.

—Nosotros siempre hemos querido viajar —dijo—. Pero con los chicos y los negocios y todo lo demás...

—Pues hazlo ahora —dijo Cassandra—. Créeme, si yo fuera una divorciada deslumbrante como tú, me subiría al próximo barco. Aunque, con franqueza, los hombres en Francia son unos cerdos.

—Ahora mismo los hombres no son algo que me preocupe demasiado.

—Bueno, sea cuando fuere que estés preparada para ocuparte de ellos, pasa de los franceses. Hazme caso.

—Y es difícil pensar en mí como en una divorciada deslumbrante —dijo Mary—. Soy una mujer de cincuenta y cinco años y, la verdad, me siento un poco cansada. Estoy, eso, un poco cansada.

—Eso es absurdo —dijo Cassandra—. Eres una gran belleza, sabes que lo eres. Y ahora ha llegado ese momento en que te pones interesante.

—Eres muy amable, pero la verdad...

—Qué verdad ni qué verdad. ¿Cuánto tiempo hace que plantaste a ese mal nacido? ¿Cinco años? Oye, encanto, es hora de que la viuda Stassos se suelte un poco.

Mary cogió el menú.

—¿Pedimos? —dijo—. Estoy muerta de hambre.

—Lo que necesitas —le dijo Cassandra— es un corte de pelo. Necesitas un auténtico cambio. ¿Qué crees que pasaría si te lo cortaras por encima del hombro, una melena recta y sencilla, y lo dejaras caer tal cual, sin rulos ni laca?

—Está bien como está, de veras —contestó Mary—. No sabría cómo peinarme si lo tuviera distinto. A ver, ensalada de pollo con papaya. Suena bien.

—Tal vez no deberías teñírtelo más. Déjate gris. Seguro que tienes un gris plateado precioso.

—Está bien así, de veras. Gracias por tu interés. ¿Has hablado con Zoé, últimamente?

—Esta mañana.

—¿Cómo está?

—Bien —dijo Cassandra—. Hoy es el día en que trabaja hasta las siete, iré a buscar a Yamal a la escuela de párvulos.

—¿Pasas... mucho tiempo con él?

—Zoé necesita ayuda, es mucha carga criar a un niño a solas.

Mary bebió un sorbo de agua. Creía que podía sobrevivir a aquella comida igual que había sobrevivido a una noche de bodas, tres partos, un matrimonio difícil y todos esos pequeños e inexplicables odios de los hijos. Podía conocer a alguien como Cassandra. La singularidad de todo aquello no podía hacerle daño porque había perdido sus viejas esperanzas y ya no sentía miedo, no como antes. ¿Qué más podía ocurrir? ¿Qué más se podía perder?

—Yo me sentía como si estuviera sola cuando crie a mis hijos —dijo Mary—. Mi marido casi nunca estaba.

—Bueno, entonces ya sabes de qué hablo.

—Sí. Lo sé.

—Yamal pasa ahora por la etapa del revólver —dijo Cassandra—. De pronto el mundo está hecho de dos cosas nada más: revólveres y objetos inútiles.

—Supongo que es normal.

—Pues claro que sí. ¿Qué puede ser más normal que la agresión? A Zoé le disgusta, no deja de imaginarse que la entrevistan después de que él haya rociado con balas unas galerías, pero yo le digo que se le pasará. Un niño pequeño no es como Winnie the Pooh, por más que uno quiera.

—Hablas como si tuvieras experiencia —dijo Mary.

—Crie a dos hermanos y una hermana. Nuestra madre a veces se olvidaba de venir a casa y, francamente, no la culpo. Si yo fuera una mujer llamada Erna Butz y tuviera que criar a cuatro hijos en Table Grove, Illinois, sin dinero, también me gustaría perder el contacto con la realidad más de una vez.

—¿Os dejaba solos?

—Por favor, no empieces a mirarme como si fuera uno de los personajes de Dickens. Estábamos mejor sin ella. Conmigo los chicos recibían más cuidados.

—Bueno —dijo Mary. Pensaba en algo más que decir cuando el camarero apareció para tomarles nota. Mary pidió la ensalada de pollo y, después de dudarle, un vaso de vino blanco. Cassandra pidió la ensalada de pollo y una taza de té.

Después que el camarero se marchara, Cassandra se inclinó hacia adelante y dijo en voz baja:

—Por si deseas saberlo, es Bertram.

—Perdón, ¿cómo dices?

—Mi nombre. Nací como Bertram Butz en Table Grove, Illinois. ¿Crees que censuro a mi madre por largarse? Ni por un momento, encanto. Lo entiendo perfectamente.

—¿Te hablas con ella, ahora? —preguntó Mary.

—¡Oh, no! Murió.

—Lo siento.

—Bueno, supongo que yo también. Probablemente no tanto como debería.

—¿Y qué hay de tu hermana y tus hermanos?

—No saben dónde estoy.

—Bromeas.

—No, es mejor así, créeme. Tienen unas vidas muy convencionales. Todos están casados, tienen hijos y viven en Illinois. No desean una visita de la tía.

—Eso es terrible.

—No, en absoluto —dijo Cassandra—. Lo único que ocurre es que no tenemos que sufrir juntos las fiestas de Navidad. ¿Y tú? Eres de Nueva York, ¿verdad?

—Bueno, nací en Nueva Jersey.

—De familia italiana, ¿no? Con esos ojos y esos pómulos...

—De soltera mi nombre era Mary Cuccio. Mis padres nunca acabaron de perdonarme que me casara con un griego.

—¡Santo cielo! La gente se enfada por cada cosa... Te casaste joven, ¿verdad?

—A los diecisiete. Quería marcharme de casa.

—Lo entiendo, encanto —dijo Cassandra—. Para mí el matrimonio no era exactamente una opción, de modo que fui a la universidad. Obtuve una beca para la Universidad de Wisconsin y les dije a los chicos: «Así funciona la lavadora, así se lleva a mamá a la cama cuando necesita que la metan en la cama. Y ahora, *sayonara*».

—Probablemente yo tendría que haber ido a la universidad —dijo Mary—. No lo pensé en serio, no parí cía posible.

—Bueno, yo pasé un año en la escuela universitaria, pero no terminé. Coursaba la especialidad de literatura, pero no parecía que yo... dejémoslo en que me faltaba algo. No era como para volverse loco la idea de acabar por ser ese hombre delgado y de maneras afeminadas dedicado a la enseñanza de literatura de los siglos XIX y XX en algún campus remoto y pequeño de algún lugar del oeste en donde, probablemente, tendría una sarta de amoríos con una sarta de estudiantes que coquetearían con él para asegurarse la nota. Es posible que en otra época lo hubiera hecho de todos modos, las opciones de los homosexuales patentes están más o menos tan limitadas como las de las mujeres, pero bueno, dados los tiempos que corrían, me puse en pie un día, en plena lectura de *The Wings of the Dove*, cerré el libro, retiré mis trescientos dólares del banco y me vine a Nueva York.

—¿Y te sientes bien con esa decisión?

—Sí, totalmente. En realidad nunca deseé dar clases sobre Anna Karenina o Madame Bovary. Y la verdad, cuando la naturaleza ha decidido dotarte del alma de una diva de tragedia y el cuerpo de un hombre flacucho que empezó a quedarse calvo a los veintidós, pues...

Mary dijo:

—Yo tenía dieciséis años cuando conocí a mi marido. Mi exmarido. Pero bueno, dieciséis. Date cuenta.

—Eras una Lolita. Seguro que volvías locos a todos los chicos del lugar.

—¡Qué va! Lo cierto es que era bastante guapa, pero dieciséis años parecían entonces casi nada. No es como hoy en día. Constantine fue mi primer novio, ¿puedes creerlo?

—Te casaste con tu amor de la infancia. Sucede a veces.

—Lo conocí en un baile. Un baile de la iglesia, en mi barrio. Era el segundo capataz del grupo en el que trabajaba mi hermano Joby. Era el jefe de mi hermano mayor y parecía muy importante. Como si fuera alguien. Tenía veintiún años. Apareció en aquel baile lúgubre del sótano de la iglesia vestido con una chaqueta roja.

—Elegante.

—Yo había visto en una revista una foto de un chico que llevaba una igual. Para ser sincera, creo que me enamoré primero de la chaqueta. Primero de la chaqueta y luego del chico.

—Es una forma de hacerlo.

—Y quería enamorarme. Era casi incapaz de esperar. Mira, mis padres... bueno, tenía muchísimo miedo de acabar como ellos. Quería algo... mejor. Pensé que sería capaz de todo.

—Entonces ya somos dos, ¿no? —dijo Cassandra.

Ese fue el primero de los almuerzos de señoras, como Cassandra insistía en llamarlos. A partir de entonces, Mary se reunía con él cada cuatro o cinco semanas, siempre en el mismo restaurante. Empezó a considerar aquellos encuentros con Cassandra como una especie de reto. Le producían un ligero estremecimiento de placer ilícito. Mary se decía para sí que veía a Cassandra para seguirle la pista a Zoé, y no era mentira, pero después de más o menos seis meses, después de cinco almuerzos de señoras, tuvo que admitir que también le agradaba ver a Cassandra por el puro gusto de ver a Cassandra. Respecto a la serie de temas que trataban, podía decir todo lo que se le pasara por la cabeza, y sabía que Cassandra no se sentía superior a ella. Si acaso, ella se sentía superior a Cassandra, aunque no le gustaba pensar en esos términos. En su vida muchas cosas eran difíciles, y en cambio aquellas comidas resultaban sorprendentemente fáciles. Eran algo aparte, sin importancia. Se podía confiar en que Cassandra mantendría la conversación con vida, del mismo modo que tiempo atrás la familia de Mary contaba con que lo hiciera ella. Nunca resultaba aburrida (Mary había empezado, con ciertos remilgos, a pensar en Cassandra como «ella») y, a intervalos regulares, le recordaba a Mary su belleza y el hecho, por dudoso que pareciera, de que a los cincuenta y cinco años acababa de entrar en el reino del verdadero misterio femenino. Tras una de aquellas comidas a Mary se le ocurrió pensar que Cassandra le recordaba, en cierto sentido, a sus amistades de la infancia, a las chicas italianas de su antiguo barrio, con quienes no

había vuelto a hablar desde hacía más de treinta y cinco años. Cassandra mostraba una extravagancia estridente similar. Parecía disfrutar de igual manera de sus posibilidades chillonas aunque limitadas. Esa era ella, una amiga que la lisonjeaba sin amenazarla, y Mary se dio cuenta de que le gustaba aquella amistad secreta. Invisible a los demás la llevaba con ella a las tiendas de Garden City y a las reuniones del club, donde las otras mujeres eran indefectiblemente amables y atentas porque de verdad no les interesaba la esposa italiana y divorciada de un griego que construía casas de mala calidad.

Al sexto almuerzo, Cassandra apareció con Yamal. Mary llegó y los encontró a los dos allí: Yamal sentado en la silla que ella ocupaba habitualmente, subido sobre un listín telefónico. Estaba inclinado sobre la mesa y hablaba con Cassandra, suavemente pero con una marcada necesidad, sus manos pequeñas aferradas al borde de la mesa con tanta fuerza que el mantel se fruncía y el salero se inclinaba a punto de caerse. Mientras estuvo en la puerta, Mary perdió todo el sentido de familiaridad que había desarrollado con Cassandra. En aquella complicidad compartida frente a la conversación ardiente y secreta, Yamal y Cassandra adquirirían un aspecto surrealista e hiperbólico, como los monstruos de un circo ambulante astroso, lleno de perversidades, de pequeños crímenes y de una sabiduría enajenada y risilla falsa. Mary luchaba contra el impulso de darse media vuelta y marcharse cuando Cassandra la descubrió allí. Yamal la vio un instante después y se echó atrás en la silla con tanta rapidez que parecía la parodia de un culpable sentenciado.

—¡Sorpresa! —dijo Cassandra, mientras Mary caminaba sonriente hacia la mesa—. Hoy han tenido que cerrar la escuela de párvulos porque al parecer en las tuberías hay algo mortífero. Era demasiado tarde para llamarte, así que he traído conmigo a Yamal.

—Eso es estupendo —dijo Mary, aunque ella misma estaba sorprendida de sentirse irritada por la idea de tener a Yamal allí durante toda la comida. Era su nieto, ¿qué problema había?

—Hola, cariño —le dijo. Se agachó para besarlo y él se dejó besar sin mostrar ningún deseo en particular. Podría haberse tratado de un niño desconocido, tan silencioso y perplejo, aunque un segundo antes no parecía mostrarse nada reacio a charlar con Cassandra. Mary intentaba mostrarle cariño, sentirse unida a él, y a veces lo conseguía, pero la mayor parte del tiempo aquella sensación se le escapaba y miraba a Yamal como si fuera el hijo de una desconocida, remiso y reservado, un poco tedioso. Podría haber sido de ayuda, pensaba Mary, que se le pareciera un poco más. Que no tuviera esos labios de color púrpura y ese pelo todo ensortijado.

—Hemos estado disparando a los transeúntes —dijo Cassandra—. Hasta ahora hemos cazado a una docena.

Mary cogió una silla de otra mesa y se sentó. Es un niño, se reprendió. Quiere lo que quieren todos los niños.

—Así que han cerrado la escuela, ¿eh? —dijo a Yamal de un modo alegre.

—Dicen que mañana abrirán otra vez —dijo Cassandra—. De vez en cuando pasa alguna calamidad y te dejan un día libre.

—Bueno —dijo Mary—. ¿Acaso no está bien tener un día libre?

—Hemos pensado en ir al Central Park después de comer —dijo Cassandra—. ¿Quieres venir?

—Ya veremos —dijo Mary—. Yamal, ¿qué te apetecería comer?

Yamal la miró con una expresión tan ambigua, tan desprovista de cualquier tipo de reconocimiento, que se preguntó una vez más, como hacía periódicamente, si tendría una inteligencia normal. Tal vez deberían hacerle algunas pruebas.

—Yo me voy a pedir una hamburguesa con queso —dijo Cassandra—, paso de cualquier tipo de dieta.

—Hamburguesa con queso —murmuró Yamal.

—Que sean dos —dijo Cassandra—. ¿Para ti ensalada, Mary?

—Supongo que sí —dijo ella.

Yamal se volvió hacia la ventana, apuntó con el dedo hacia un hombre de avanzada edad que pasaba por allí, y dijo:

—Pum.

—Tuyo —dijo Cassandra—. Un buen ejemplar. —Y añadió para Mary—: No tomamos prisioneros.

—Ya veo —dijo Mary.

Yamal se movió en la silla, apuntó con el dedo hacia una pareja sentada en la mesa de al lado y dijo:

—Pum.

—Date la vuelta, encanto —dijo Cassandra—. Y quita eso de ahí, es descortés disparar contra tus compañeros de almuerzo.

Mary se sorprendió al ver que Yamal obedecía. De pronto se desvaneció toda su extrañeza, y la extrañeza en general, y él y Cassandra cobraron el aspecto de un padre y un hijo corriente que intentan ponerse de acuerdo en asuntos de indulgencia y de demanda, de adoración y de decoro.

—¿Te gusta hacer de vaquero? —le preguntó Mary a Yamal, quien volvió a mirarla con una expresión de total desconcierto, como si no solo sus palabras sino también ella misma fuera inaudita y, muy posiblemente, peligrosa.

—Es una pregunta perfectamente normal, Yamal —dijo Cassandra—. Tal vez sería una maniobra interesante y propia de la conversación que le contaras a la abuela lo del planeta Sark. El planeta Sark es el lugar de donde proviene Yamal —aclaró Cassandra—. Es la estrella de brillo medio situada ligeramente a la izquierda del Cinturón de Orion. No estaba disparando balas a esa gente, porque en su planeta matar no solo está prohibido, sino que es imposible. Los sarkianos no pueden matar, igual que tú o yo no podemos decidir dejar de respirar. Es involuntario. Sin embargo, cuando se encuentran frente a un sujeto particularmente molesto, es posible alcanzarlo con un revólver especial que lo hace invisible, y te advierto que el mundo

actualmente está lleno hasta los topes de ciudadanos invisibles. Se ocupan de sus asuntos, son descorteses, mezquinos, egoístas y están llenos de prejuicios, pero nadie puede verlos. Yamal, ¿lo resume esto más o menos?

Yamal se miró el dedo, luego miró al suelo.

—Supongo que eso es mejor que matarlos a tiros —dijo Mary.

—Mucho, muchísimo mejor —contestó Cassandra—. Eso mantiene feliz a las madres, no niega en absoluto los impulsos agresivos y es una solución altamente satisfactoria.

Después de comer, Mary fue con Cassandra y con Yamal al Central Park. En realidad no tenía ningunas ganas, pero si inventaba alguna excusa se convertiría acto seguido en una de esas mujeres que mencionan la cita con la peluquera para escaparse de su propio nieto. Cuando ofreció el coche, Cassandra insistió en coger el metro.

—El tráfico está terrible a estas horas —dijo—, y además allí no hay sitio para aparcar.

Mary consintió, era más fácil consentir, aunque mientras caminaban las manzanas que los separaban del metro, no pudo evitar preguntarse si Cassandra era reacia a subirse a su coche, a sentarse en el silencio gélido y cómodo que ella poseía. El coche de Mary era apacible, ordenado, correcto. La estación de metro, cuando llegaron, era un tumulto de luces ásperas y de personajes clandestinos, frustrados. El chisporroteo casi inaudible que surgía de algún altavoz parecía el bisbiseo inconsciente de la ciudad misma, sus sueños inquietos y antiguos. Cassandra parecía encontrarse como en casa, de pie en el andén, cogida de la mano de Yamal y hablando con Mary acerca de los nuevos vestidos previstos para el próximo otoño, con el ruedo más corto. El aire era una mezcla de podredumbre, orina y comida frita en aceite rancio. Mary pensó, de pronto, en su propia infancia, en el futuro agobiante que entonces la esperaba, y le pareció que le faltaba el aire, que tendría que irse jadeante y a todo correr de nuevo a la calle. Por el contrario, sonrió a Cassandra, asintió y tomó aliento. Para entonces ya se había hecho experta en controlar el ahogo bajo una apariencia de calma absoluta. Podía pasar por eso. Y si aquello la superaba, siempre estaban las píldoras. Entonces vio que se acercaban las luces del metro y supo que lo conseguiría.

El parque estaba, de un modo incipiente e incompleto, precioso. El reciente abril había empezado a intensificarse, a repartir sus primeros calores, y la hierba parda y seca aparecía aquí y allá teñida del brillo vacilante del verde.

—¡Qué bonito! —dijo Mary. La luz que llegaba del cielo parecía derretir la tierra casi de un modo palpable y en un día como ese era posible creer que, en efecto, prevalecía en el mundo una bondad enorme, ondulante, suave y sencilla, mucho más parecida al sentimentalismo humano que a la más severa benevolencia de Dios.

—Es bonito si te gusta la naturaleza —dijo Cassandra—. Para ser sincera, venimos aquí porque a Yamal le gusta. Yo me pongo de los nervios en los parques, todas estas ramas son capaces de arrebatarle la peluca de la cabeza.

Yamal se había adelantado por el sendero de cemento, y se volvía para comprobar que Cassandra y Mary iban detrás de él. Mary se dio cuenta de que realmente era un niño, contento como los niños en libertad y al aire libre, miedoso como los niños de llegar a ser tan libre como para no encontrar nunca el camino de vuelta. Mientras lo veía correr, con sus piernecitas delgadas y cortas, se prometió en silencio: «Lo trataré mejor. Me acordaré de esto».

—¿Lo traes aquí a menudo? —preguntó.

—Una o dos veces por semana, ahora que cambia el tiempo. Lo redujimos mientras nevaba, y no le gustaba, pero sinceramente, todo tiene un límite. A mí no me sienta bien el frío.

—Yo adoro el invierno —dijo Mary—. Me gustan los días fríos y tonificantes.

—Entonces, encanto, el próximo invierno puedes arrojárselo a conciencia y traerlo a hacer ángeles de nieve.

—Sería fantástico.

—Entonces hazlo, querida.

Era la primera observación salida de Cassandra que no resultaba totalmente complaciente y admirativa, y cogió a Mary por sorpresa. Miró el perfil de Cassandra y descubrió —por supuesto, siempre lo había sabido— que tenía su genio. Descubrió también, bajo la luz suave de la primavera, que Cassandra era de facciones firmes, serena y suntuosamente deterioradas y, a buen seguro, de más edad de lo que Mary había imaginado, bien pasados los cincuenta. Una luz débil pero clara, como la luz de los manteles del restaurante de Charles Street, pareció surgir del rostro de Cassandra para contestar a la iluminación más amarilla y difusa de la tarde.

—Puede que lo haga —dijo Mary. ¿Dónde habría adquirido alguien así semejante orientación, semejante sentido de la voluntad?

—Muy bien —dijo Cassandra.

Entre ellas se estableció una cierta frialdad, y Mary comprendió por primera vez que los sentimientos de Cassandra por ella no se limitaban a la admiración y al deseo de complacerla. Ambas caminaron en silencio un rato. Las ramas proyectaban sobre el sendero sombras apagadas y borrosas.

—Me gustaría que pasaras más tiempo con él —dijo Cassandra al fin, y Mary no supo interpretar el tono de su voz. No era de enojo, ni tampoco de afecto. Era, si acaso, duro pero inexpresivo, como si recitara una serie de hechos importantes e irrefutables.

—Debería hacerlo —dijo Mary—. Lo haré.

¿Cómo podía atreverse alguien así a sermonearla? Aun así, prestó atención.

—Lo digo en serio —dijo Cassandra—. Debería conocerte mejor, algún día puede necesitarte.

—Ya.

—Este niño lleva una vida menos que ortodoxa y créeme, no es que me gusten los ortodoxos. Pero todo tiene un límite. No me gusta pensar que tendría que dar saltos

de aquí para allá si pasara cualquier cosa. No me gustaría que tuviera que irse a vivir con alguien que le resultara un extraño.

Mary sintió algo impreciso. No sabía qué, pero ahí estaba, un estirón en su interior, como el recuerdo perdido de un dolor espantoso. Dos mujeres negras pasaron deprisa con patines y las ruedas chirriaron sobre el pavimento. Cassandra estaba pálida, delgada e invadida por un ánimo oscuro. Mary le tocó el brazo con la punta de los dedos.

—¿De qué hablas? —preguntó.

Cassandra puso su mano sobre la de Mary.

—De nada. Se trata exactamente de lo que he dicho.

—Bueno —dijo Mary, y no supo decir nada más.

Un grupo de palomas pasó cerca de ellas, tanto que Mary creyó que iban a rozarla con sus alas, pero no se echó atrás. Pensó que daría la bienvenida al golpe ligero del ala de un ave. Esa mansedumbre silvestre, esa vida de aleteo sin esfuerzo. Casi notó la caricia de las plumas. Más adelante, Yamal se agachó para recoger algo, una moneda o una piedra brillante, la apretó en la mano y acudió a todo correr para enseñársela a Cassandra.

La belleza más terrible se daba a conocer por la noche. A la luz del día el mundo estaba lleno de actos. Se vivía atrapado en un enjambre de recados. Por la noche, tarde, tan solo existía el deseo o su ausencia, después que el resto de las historias se hubieran eliminado de las calles. Era Boston y la mayoría de los ciudadanos a medianoche ya soñaba. A las más altas horas los hombres eran los amos de las calles, al menos en algunos barrios, y a aquellas horas, en las calles dedicadas normalmente a las gestiones más comunes —un café, un corte de pelo, un seguro contra robo e incendio—, lo único válido era una belleza musculosa y provocadora.

Will, ahora, llenaba sus prendas y se movía sin disculparse. Una noche fría de abril dio un beso de buenas noches a sus amigos frente a las puertas de un cine y se marchó a casa. Todavía se notaba en Boston el olor a invierno y al agua de lluvia sobre las ramas desnudas, a pesar de que ya había pasado la Pascua.

En la acera, delante de él, había dos muchachos que susurraban, reían y se empujaban con la familiaridad natural con que se tratan los hermanos. Eran corpulentos, jóvenes, iban vestidos con chaquetas de cuero baratas y bufandas chillonas, y eran dolorosamente hermosos en sus cuerpos fuertes, en sus rostros firmes y comunes. Con su sola presencia descuidada le decían a la calle que el sexo no era un tormento ni una condenada batalla del espíritu. El sexo era algo natural como la hierba. ¿Cuál era el problema? Will intentó ser discreto, mirarlos sin que se notara. Deseaba... No a ellos, aunque le habría producido placer acostarse con cualquiera de los dos. No era algo tan simple como una apetencia corporal. Deseaba esa seguridad, esa forma espontánea de moverse. Deseaba lo que fuera que crearan con sus bromas y sus carcajadas, y deseaba lo que los esperara en el apartamento de un edificio de ladrillos después de que hubiesen subido las escaleras haciendo taconear sus botas: se irían a la cama juntos o asistirían a una fiesta de la que Will no se habría enterado porque aquella era la provincia de los hombres jóvenes como ellos, confiados y afables, flamantes. Will se acomodó la chaqueta, se ajustó los puños. En poco más de un mes tendría treinta y cinco años. Su vida le gustaba bastante —no podía pensar en otra que le pareciera mejor—, pero aun así se sentía perturbado por la ausencia. Aun así los años parecían tediosos, a pesar de todos los acontecimientos, y él todavía esperaba poseerse. No tenía ninguna queja acerca de los detalles, del trabajo duro pero satisfactorio, del grupo de amigos bonachones e interesantes y de esa serie de aventuras amorosas que en cualquier parte duraban de una semana a un año pero que siempre contenían los ingredientes de su final justamente al principio, en las primeras conversaciones inseguras, los nerviosos encuentros sexuales del comienzo. Las pasiones se convertían en necesidades. Las opiniones firmes acababan en terquedad o en rabia. No le importaba demasiado. Se decía que podía aparecer algo. Que aún podía aparecer. Tenía aventuras, y después del sexo quedaba siempre una especie de amistad y una esperanza truncada. Seguía con el gimnasio, corría ocho

quilómetros cada dos días, se pasaba horas para comprarse el par de botas más adecuado, y sí, todo eso era pura vanidad, pero él quería algo que estaba más allá de la simple vanidad y de las pequeñas y desabridas satisfacciones que le ofrecía. Quería una convicción para no tener que volver a mirar a los extraños de un modo furtivo y con más deseos que esperanza. Para no sentir la necesidad de envidiar a los muchachos necios ni los músculos de hombres menos fornidos que él.

No estaba cansado, así que se apartó cuatro manzanas de su camino para ir a tomar una cerveza y observar a las mujeres que jugaban al billar. Se mantuvo a gusto en el calor amarillento y oscuro del bar mientras las observaba despejar la mesa. Aquel grupo de mujeres tenía una reputación notoria. Nadie podía vencerlas. Y casi nadie lo intentaba. Los hombres daban tragos a sus bebidas mientras las observaban ganarse entre ellas. Al otro lado del bar, en otra sala, unas cuantas almas resueltas bailaban al ritmo de *Smalltown Boy*, aunque en un frío día laborable de abril como aquel incluso el *discjockey* parecía no creer en la música.

Una mujer delgada, vestida con vaqueros negros, jugó sobre la banda la bola 2, que rodó hasta la tronera de la esquina con una destreza intachable y nueva. Will hizo un comentario de admiración al hombre que había a su lado, o el hombre le hizo un comentario a él. Nunca se pondrían de acuerdo sobre quién habló primero. No parecía importar demasiado esa cuestión.

—Estas mujeres son realmente buenas.

—Increíbles.

—A mí me habría gustado ser de esos tipos que juegan bien al billar.

—Yo a veces me olvido de que no sé. Me muevo por ahí como si supiera jugar. Intento moverme de ese modo.

—¿Cómo se mueve exactamente alguien que juega bien al billar?

—Ya sabes, seguro, pavoneándose, puede que con las piernas un poco abiertas.

—Codicioso. Yo en general intento no tropezarme con ellos.

—Yo tropecé hoy, en mi camino hacia aquí. Me caí por culpa de no sé qué menudencia que había en la acera. Todo mientras caminaba pavoneándome como un tipo que juega bien al billar.

—¿Te caíste?

—Di un traspié. Había un montón de gente por allí. Y bueno, nunca sé demasiado bien qué hacer en estos casos, no me decido. ¿Hay que seguir como si nada hubiera sucedido? ¿Sonríes y sacudes la cabeza? ¿Miras hacia atrás para ver lo que te ha hecho caer?

—Siempre puedes sentarte en el bordillo a llorar.

—Supongo que sí.

La mujer de vaqueros negros golpeó con la bola blanca la número 6, que llevó la 10 hasta la tronera.

—No tengo nada inteligente que decir en estos momentos —dijo el hombre.

—Me pasa lo mismo —contestó Will.

Se llamaba Harry. No era guapo ni feo. Tenía los brazos fuertes, delgados, y un remolino en el pelo. Su rostro era especial: los ojos con algunas manchas amarillas y unos surcos como paréntesis alrededor de la boca. Le quedaba bien el nombre de Harry. Harry era el nombre adecuado para su desaliño, para esas gafas de montura negra, para el movimiento gracioso de su trasero dentro de los pantalones de lana arrugados y holgados que llevaba.

Acabaron las cervezas. Abandonaron juntos el bar. Sin haber quedado de acuerdo en lo que iban a hacer. Will estaba harto de chicos guapos pero seguía enamorado de ellos y deseaba, aunque sin saberlo, descansar. Caminó junto a Harry por las calles oscuras y húmedas. No sentía atracción ni rechazo.

—Yo tengo que irme por aquí —dijo Harry. Se quedaron en la esquina. Las gotitas se veían a la luz de los faros y sobre el asfalto se dibujaban las siluetas de los carteles luminosos. Harry se quitó las gafas y las enjugó con la chaqueta.

—¿No crees que podríamos darnos los teléfonos? —dijo Will.

Quizá podrían ser amigos. Tal vez podrían acostarse y convertirse en amigos.

—Sí, desde luego que sí.

—No tengo boli.

—Creo que yo tampoco.

—Podríamos irnos juntos a casa.

—No sé. Ahora mismo tengo decidido no irme a la cama con ningún tipo.

—En realidad, yo he decidido más o menos lo mismo.

—Es una forma un poco rara de empezar, lo de dormir con alguien antes de saber siquiera si sus padres viven o no. Y no es que piense que está naciendo algo.

—Ya.

—Siempre pienso que voy a ser tranquilo, varonil y elegante. Y nunca lo soy.

—Ninguno de los dos ha cometido ningún desliz, todavía.

—Es cierto.

—Quizá deberíamos llamarnos para quedar algún día.

—Eso es realmente aterrador.

—Lo sé.

—Si te digo mi número de teléfono, ¿lo recordarás?

—Claro.

—No lo recordarás. Vámonos a mi casa.

—¿Crees que es buena idea?

—No, pero vamos de todos modos.

Harry vivía en la segunda planta de una residencia particular. Era cardiólogo y tocaba el saxo. Desnudo, a la luz de una sola lámpara, se lo veía pequeño y bien formado, casi imberbe. No hacía ejercicio. Había sido un muchacho de movimientos veloces, vigoroso, y ahora, de adulto, tenía el cuerpo de un acróbata envejecido, con los brazos y las piernas ligeramente musculosos y una barriga incipiente, redonda, dura y moderada bajo el pecho liso. Will supo en aquel mismo momento que si

aquello pasaba de una noche, él sería la belleza y Harry quien pagara con las ocurrencias y la agudeza. Will adoraba y odiaba esa idea. Se sorprendió. En aquel apartamento caro, aunque amueblado al azar, era él quien tenía un buen cuerpo, pero no dinero. No era precisamente eso a lo que aspiraba.

Ya en la cama, Harry besó los músculos del pecho de Will. Le recorrió con la lengua los pezones y siguió hacia abajo. A Will aquello le gustó bastante. Las sensaciones, la lengua de Harry y su cama. Resultaban placenteras, exactamente eso. No era importante ni peligroso. No había nada ante lo que fracasar. Le acarició los hombros y se despreocupó de todo. Dejó que sucediera. Cuando Harry volvió con besos hasta su rostro, se movieron juntos con suavidad, como si sostuvieran un huevo entre sus estómagos.

Harry, pensó Will. ¿Por qué tenía que llamarse Harry?

Después se durmieron. Will se preparó para marcharse, más por cortesía que por deseo, pero Harry lo cogió por el brazo y le dijo:

—Quédate.

Y él obedeció. Parecía preparado para ello. Se quedó dormido enseguida, profundamente, con la espalda pegada a la de Harry.

Cuando todavía era Bill, se sentaba a oscuras en el armario de su padre e investigaba. Se internaba por en medio de los restos de las latas de betún, los cepillos, las monedas perdidas. El suelo del armario era de un negro absoluto y aseado como el de un ojo de tormenta. Las cosas caían y se acomodaban allí. Él buscaba a tientas por el suelo hasta que sus manos topaban con algo sólido: un calzador, que hacía las veces de cerradura ubicua. Se llevaba el calzador a los labios y probaba el sabor anodino del plástico flamante. Lo mordía con fuerza y luego lo sostenía bajo la franja de luz que llegaba por debajo de la puerta. La marca de los dientes era sorprendentemente perfecta, simétrica.

El armario de su madre, justo al lado, era un jardín de colores y fragancias dulces y florales. También le gustaba ese armario, pero su exuberancia le resultaba abrumadora y su aire pesado y aromatizado, difícil de respirar. En el armario del padre, las cosas estaban amontonadas y desordenadas. Las cosas eran del color de la noche. Por encima de la cabeza, las mangas y puños que colgaban desaparecían en la negrura. En el suelo, los zapatos del padre esperaban silenciosos. Billy acercó la cara a uno de los zapatos negros de vestir del padre. Era inmenso, casi tan largo como el brazo de Billy, e incluso en la oscuridad del armario emitía un brillo opaco de tonos negros y pardos. Billy aspiró fuerte. El zapato tenía un olor adobado, pero extrañamente apremiante. Olía a betún y, de alguna manera inexplicable, a la vida secreta de su padre. Un aroma fuerte, hediondo, fascinante. Estaba absorto en el aroma cuando el padre abrió la puerta del armario.

Por la mañana, temprano, Harry se levantó a hacer café. Will se quedó en la cama medio dormido, todavía inmerso en los sueños. Ligeras incidencias de una luz grisácea y lluviosa se desplazaban por las llaves y el pabellón de un saxofón. Había

estantes llenos de libros, libros apilados por los rincones, libros amontonados sobre una silla desvencijada. Narcisos secos en un vaso. Harry volvió de la cocina, con el trasero al aire, soñoliento, con una camiseta blanca marca Hanes, de esas que usan los hombres mayores. Le alargó a Will una taza de café y volvió a meterse en la cama.

—¿Has dormido bien? —preguntó.

—Sí —dijo Will.

No había nada extraordinario que decir. Bebieron el café a sorbos.

—Tengo que estar en la escuela dentro de una hora y media —dijo Will.

—Yo los viernes entro tarde.

—Perfecto.

Las tazas de café eran blancas, pesadas, de esas que las camareras depositan sin ningún cuidado sobre la barra. En la mesita de noche había una caja de pañuelos de papel, una libreta de notas, un puñado de bolígrafos, un ángel de piedra de rostro solemne y una edición de bolsillo de *Anna Karenina*.

—¿Estás leyendo a Tolstoy? —dijo Will.

—Leo *Anna Karenina* periódicamente. Soy un apasionado de Tolstoy.

—También a mí me gusta Tolstoy, pero por quien realmente pierdo la cabeza es por George Eliot.

—Middlemarch es fabuloso.

—Es el que leo periódicamente. Casi me produce hemorragias nasales.

No había nada extraordinario que decir. Existía una sensación de coyuntura, de ocasión creada por los elementos más sencillos, y los segundos que pasaban eran rendijas que se abrían con su tictac. A Will se le ocurrió pensar que tal vez él fuera para Harry lo que él siempre había querido que fuesen para él los hombres guapos. Podía ser amable, inteligente, sereno, con un mundo interior propio. Podía quedarse un tiempo y luego, cuando deseara de nuevo su libertad, podía marcharse.

Will colocó la mano sobre las huesudas protuberancias de una de las delgadas rodillas de Harry con una sensación que mezclaba el orgullo y la simpatía.

Dos noches después cenaron juntos. Se contaron sus vidas, o parte de ellas. Harry venía de una familia de nueve hermanos, de una casa inmensa y fría en Detroit, de un padre que creía en la disciplina militar y una madre que se regía con tanta dureza por las normas que acabó por caer en una secta religiosa. El único reproche de Harry, el único que admitiría mencionar, era la música. Se dedicaba al corazón de sus pacientes, y le gustaba bastante su trabajo, pero nunca ocuparía el lugar de aquellas bocanadas de aire que habría podido entregar a la gente en forma de larga melodía.

Dijo:

—No tuve la valentía de dedicarme a la música.

En las paredes del restaurante había *posters* antiguos que anunciaban trasatlánticos que llevaban treinta años sin navegar.

Will dijo:

—Pero hace falta valentía para ser médico.

—La verdad es que no. No es lo mismo. Una vez comienzas a ejercer la medicina, te lleva hacia adelante, basta con ese momento inicial. Haría falta mucha más valentía para dejarlo que para seguir con ello.

—¿Quieres dejarlo?

—No, me gusta lo que hago. Me gusta tocar el saxo en mi casa y fantasear que toco en algún local. Algunas fantasías son mejores como fantasías, ¿no te parece?

—Supongo. Yo iba a ser arquitecto, y he acabado como profesor.

—¿No es lo que quieres hacer?

—Se ha convertido en lo que quiero hacer. Creo que al principio lo hice para fastidiar a mi padre.

—Yo he hecho cosas mucho peores que ponerme a enseñar para molestar a mi padre.

—Él había puesto en mí grandes esperanzas, estaba tan empeñado en que llegara a ser alguien, y un día lo miré a los ojos y dije: Jódete, voy a ser maestro de escuela elemental.

—Yo me metí en drogas y me pasaba el día tocando la guitarra. Tuve que ir a estudiar medicina a México.

—Yo me emborrachaba y conducía a demasiada velocidad. Mis amigos y yo destrozamos tres coches antes de acabar el instituto.

—Eso debió de enseñarte.

—Imagino que sí.

—Y además, fue divertido.

—¿Cómo?

—Era divertido andar entre drogas y tocar la guitarra. Estoy convencido de que destrozarse coches también era divertido. No era solo para fastidiar a nuestros padres.

—Bueno, no, supongo que no.

Harry sonrió, recorrió el borde del vaso con un dedo. Tenía los dedos poblados de pelitos rubios. Del puño le caía un hilo suelto que le rozaba la muñeca y, sin pensarlo, Will miró de reojo su propia muñeca, como si aquel hilo lo hubiese tocado a él también.

No sentía miedo de Harry. Se preguntó si, frente al resto de los hombres que había conocido, había experimentado un cierto temor.

Hacían el amor con esmero. Eso era sexo de calidad, bastante satisfactorio, pero la piel de Will lo asumía de un modo distinto. Por lo general, se sentía encubierto por el sexo. Desaparecía en la belleza del otro hombre. Con Harry resultaba más visible. En algunas ocasiones aquella sensación le gustaba. En otras, pensaba que se levantaría y se iría, que regresaría a su comodidad y a la desdicha ya familiar de su vida cotidiana.

Iban al cine, comían en restaurantes. El primer día soleado fueron a Provincetown en el coche de Harry, pasearon por la orilla del mar envueltos en jerséis y abrigos, estremecidos de frío. Harry se quedó quieto, con su chaqueta de ante, con algunos

mechones de su cabello oscuro agitados contra las gafas, y a su alrededor se dio cita una belleza perfecta, una belleza circunstancial, con ese cielo gélido y brillante y la sombra de un fino bigote por encima de su labio superior. No hicieron ninguna declaración. Sencillamente, sucedió. Una noche tras otra, todo el domingo con el café y los periódicos.

A veces Will creía que se estaba enamorando.

A veces se decía para sí: «Quiero algo más que esto».

Había esperado muchísimo tiempo a que apareciera un hombre joven de cabellos oscuros, un héroe que cargara con todo lo aprendido acerca de la aventura y el cuerpo. Se había preparado para eso. Se había convertido en alguien que podía obtenerlo. Will nunca había imaginado a un hombre delgado de aspecto respetable a quien no le gustaba ir a bailar ni trasnochar. Nunca se había figurado un gusto cuestionable en el vestir, cuartos desordenados, piernas flacuchas y un trasero plano.

Siempre conversaban. Estaba todo por hablar. Will no encontraba límite a lo que se le ocurriera decir. Por la noche, tumbados en la cama, dijo:

—A veces me preocupa la idea de que en realidad soy incapaz de enamorarme. De sentir lo que la gente entiende por enamorarse.

—¿Y qué entiende la gente por enamorarse? —preguntó Harry. Con una de sus piernas desnudas tenía enganchadas las de Will. La chaqueta y los pantalones de Harry habían quedado colgados de una silla y reposaban en la oscuridad como alguien paciente y de avanzada edad que permanece vigilante.

—No lo sé. La pérdida de uno mismo, supongo.

—¿Para qué querrías perderte?

—Lo que quiero decir es que me preocupa que el amor necesite cierta clase de generosidad imprescindible de la que yo carezco. Temo no ser generoso, quizás es eso. Demasiado vanidoso.

—Ya sé que eres vanidoso —dijo Harry—. No es el peor de los defectos.

—Eso forma parte del problema. Ni siquiera es un pecado capital. Es un pecado menor y rastroso. Es mejor ser de una maldad auténtica, real.

—¿Crees que ha llegado el momento de decirme que me quieres? ¿Te da la sensación de que espero que lo hagas?

—No. No lo sé. ¿Es así?

—No lo sé. Puede ser. Pero no lo necesito.

—Han pasado seis meses —dijo Will.

—Casi siete. Por favor, no conviertas esto en algo ante lo que podrías fracasar.

—Pero fracasar es posible. En el amor. Puedes echarte atrás. Puedes llegar hasta cierto punto y luego decir no.

—Supongo que sí. ¿Crees que es eso lo que te sucede?

—No lo sé. Puede que sí.

—El amor tiene mala fama. ¿Cómo no vamos a tener miedo después de todas esas películas?

—¿Crees que me quieres?

—Lo único que quieres es que lo diga primero —dijo Harry.

—¿Sí o no?

—Sí.

—De acuerdo.

—¿De acuerdo?

—De acuerdo.

—Oye, no me voy a morir si me dices que no estás seguro, no estoy tan perdido.

—¿De veras no estás tan perdido? —dijo Will.

—No lo estoy, de veras.

Se besaron y volvieron a hacer el amor.

Le sucedió un día en que olvidó el paraguas. Se marchó del apartamento de Harry por la mañana, salió a la calle y regresó otra vez. La puerta estaba abierta. Harry tocaba el saxo en la habitación, un breve solo antes de arreglarse para ir a trabajar. No lo oyó llegar. Solo llevaba puestos los calzoncillos y unos calcetines blancos. Will no pudo identificar la melodía. Lo observó desde la puerta. Lo había oído tocar un montón de veces, pero nunca así, nunca como cuando Harry pensaba que estaba a solas. Algo era distinto. Harry se inclinaba sobre el saxo con los ojos apretados y el rostro enrojecido. Estaba más absorto de lo que Will lo hubiese visto jamás, más incluso que durante el acto sexual. En la sien le sobresalía abultada una vena. Tocaba bien, no de un modo brillante, pero se mostraba absolutamente abstraído. Era un hombre a quien empezaba a salirle barriga, que tocaba el saxo en un cuarto desordenado, que llevaba puestos unos calcetines blancos con la goma floja y calzoncillos azules a rayas, mientras la lluvia salpicaba los cristales de las ventanas. No era más que eso. Pero en Will nació algo especial. Nunca lo comprendería. Creyó ver la infancia y la madurez de Harry, la curva completa de toda su vida que pasaba por la habitación en ese instante. Will se desprendió por un momento de sí mismo y se unió a Harry en ese ajetreo y conmoción progresivos de ser Harry, y por un momento vivió los miedos y las esperanzas de él, y aún algo más. La suma de sus días. La sensación de vivir en el interior de su cuerpo y de producir música a través del instrumento. Will se quedó quieto. No dijo nada. Luego cogió el paraguas del salón y se marchó.

Empezó a vivir con satisfacción, una cierta satisfacción. La satisfacción de las comidas y la conversación. Las horas de sus días adoptaron una forma nueva, más convencional, pero más densamente poblada. Vivía como él mismo, como ese hombre más joven amado por Harry y, de un modo confuso, también como el propio Harry. Aquella antigua sensación de inestabilidad parecía haberse disipado, aunque estaba sujeta a apariciones repentinas. Cuando desapareció, Will encontró en su lugar una alegría sencilla y un nuevo desencanto. Su desencanto aleteaba alrededor mismo de su contento, persistente como una abeja. Ahora ya no estaría disponible para el hombre perfecto, el que detuviera el tiempo con el sueño poderoso de sus músculos.

Si ese hombre existía —ese espíritu vital y corpulento—. Will no se lo encontraría porque, en su lugar, había encontrado a este hombre afable de pelo ralo. Había algo que lo ligaba. Algo que se le ataba con fuerza a la piel. Se sentía exultante y, menos a menudo, desolado. Dormía muchas veces con muchachos guapísimos y estúpidos a los que conocía en el bar o en el gimnasio. Compraba discos de *jazz* para Harry, un jersey de cachemira, o papel y sobres de carta franceses, de color crema. Se preocupaba por todo cuanto ocurría, por las desgracias del mundo, y a veces lloraba por un pesar y una felicidad a los que era incapaz de dar nombre.

Zoé se había sentido bien durante bastante tiempo. Estaba enterada de lo del virus. Creyó que iba a notarlo en su interior como un ligero chisporroteo de cables, pequeños cortocircuitos que arderían en algún lugar entre la piel y los huesos. Pero nunca se había sentido enferma, y habían pasado casi tres años. Quiso imaginar que, aunque le habían contagiado la enfermedad, esta no la había afectado, igual que una radio recibe sin dañarse mensajes de un locutor que solicita sistemas más amplios de persecución, más desgravaciones para los ricos o multas más severas para los demás. Una radio podía transmitir mensajes inmorales y no sufrir desperfecto alguno. Con los años, Zoé había llegado a pensar en su cuerpo como si fuera una radio, lleno de agitación y de ruidos, pero intacto.

Tenía más resfriados y más gripes que de costumbre, pero seguían siempre su curso y cuando finalmente desaparecían, se sentía victoriosa y alocadamente viva. Cuando por fin llegaron los dolores de cabeza y las primeras fiebres altas, cuando empezó a despertarse a las tres de la madrugada con las sábanas empapadas, se mostró incrédula, casi tanto como cuando le informaron por primera vez de la enfermedad. O de un modo distinto, pero con la misma intensidad. Al oír la noticia, tres años atrás, se sintió invadida, colonizada. Ahora se sentía traicionada, no por el virus, sino por su cuerpo. Se suponía que se había adaptado, que había aprendido a cargar con ello. Se suponía que vivía en la infección del mismo modo que un pez en el agua.

¿Había creído quizá que ella sería distinta, el caso sin precedentes?

Exacto, así era.

Se mantuvo fuera de la cama el mayor tiempo posible. Acudía a su trabajo de oficina en la Legal Aid Society, limpiaba el apartamento, hablaba por teléfono. Actuaba como si nada ocurriera, con absoluta normalidad. No rezaba, pero lanzaba una continua sarta de súplicas a lo que fuera que gobernase los hilos del azar y la fortuna. Por favor, no dejes que la neumonía le ataque los pulmones. Gracias por mantener sano a su hijo. A veces se elogiaba por cuidar al hijo más que a sí misma. A veces se denigraba por lo que parecía un puro delirio: la gratitud por la salvación de Yamal y sus preocupaciones acerca de su futuro encubrían el hecho de que lo que en realidad deseaba por encima de todo era vivir. ¿Permitiría que él muriera en su lugar? No. Sinceramente, no. ¿Ofrecería parte de la libertad y seguridad de él a cambio de su supervivencia? Sí. Hasta cierto punto, sacrificaría a su hijo.

Se descubrió en la búsqueda de presagios: los números de teléfono todos iguales o distintos, la primera palabra que se le aparecía ante los ojos cuando abría un periódico. En una ocasión, en la Segunda Avenida, al ver a una mujer ciega que caminaba hacia ella, se dijo para sí: «Si me pasa por la izquierda, me pondré mejor. Si me pasa por la derecha, me pondré peor». Cuando la mujer giró para meterse en una tienda, Zoé se sintió, en un principio, bendecida, y a continuación, maldita. Aunque

los presagios y las premoniciones existieran, se dio cuenta de que no sabía cómo interpretarlos.

Había esperado para decírselo a Yamal. Solo tenía cuatro años cuando ella se enteró. Se había dicho que ya llegaría el momento. Aun así se preguntaba: ¿La odiaría más por protegerlo o por decirle la verdad?

Sabía que la detestaría por morirse. ¿No era aquel el único acto imperdonable? Lo que resultaba insoportable era la idea de tener que morir antes de que Yamal fuera lo bastante mayor para saber que también ella había sido niña. Si ella moría mientras él era pequeño, quedaría en su memoria tan solo como una madre. Recordaría las atenciones y los errores. Fabricaría su propio mito y eso sería todo lo que tendría de ella. Así es como viviría después de morir, en forma de exageración y de abstracción. Odiaba esa idea pero, en lo más hondo de sí misma, la fascinaba. Ella, Zoé, se convertiría en un mito. Encontraba en ello una seguridad tremenda y difusa, una especie de refugio.

Cuando a Cassandra se le hicieron evidentes los primeros síntomas, el niño tenía siete años. Zoé decidió que no podía esperar más. Preparó un bocadillo y se sentó a la mesa con él. Era un día frío y blanco pero la nieve se resistía a caer. A través de la ventana, entre los edificios, se veía un cielo espeso, imponente y opaco.

Dijo:

—Yamal, cariño, tú sabes lo que es el sida, ¿verdad?

Yamal masticaba un bocado. Sostenía el pan con ambas manos, como un niño de menos de siete años. Necesitaba un corte de pelo. Le caían tirabuzones negros, sueltos y desgredados por encima de la frente y por la nuca. Ella le miraba las pestañas.

Se preguntaba, ¿le gustaría una bicicleta para Navidad? ¿No se haría daño?

Él asintió.

—Sida —dijo Zoé—. Es una especie de enfermedad, ¿verdad?

Él volvió a asentir.

—Se le llama virus. Es como un bichito minúsculo, demasiado pequeño para verlo. Se mete en la sangre de la gente. Y hace que se pongan enfermos.

—Ya.

—Bueno. Pues yo lo tengo. Está en mi sangre, y puedo ponerme enferma. Es muy probable que suceda.

—¿Cuándo?

—No lo sé. Puede suceder en cualquier momento. Pensé que debía decírtelo.

—¿Cómo lo has cogido? —preguntó.

—No estoy segura. —Vaciló. No te detengas, se dijo para sí. Cuéntale la verdad. Siempre recordará todas las mentiras que digas.

—Probablemente de algún hombre —dijo—. La verdad es que no lo sé. Quizá de una aguja.

—¿Lo cogiste de mi padre? —preguntó.

—No.

No lo sabía. Pero lo que podía decirle tenía límites.

—¿Te vas a morir? —preguntó.

—No lo sé. Espero que no. Pero podría ser.

—Si te mueres, ¿iré a vivir con mi padre?

—No —dijo.

—Bueno.

Ella le acarició el pelo. Él dio otro mordisco al bocadillo, masticó, tragó. Una cañería sonó ruidosamente en el techo.

—Si te murieras, viviría con Cassandra —dijo.

—La quieres mucho, ¿verdad?

—Yo no lo tengo, ¿no?

—No. Te hice las pruebas hace años, es probable que no lo recuerdes. El médico te sacó un poco de sangre, y estuviste berreando durante media hora. Pero no, tú estás bien.

—¿Puedo subir a casa de Ernesto?

—¿Quieres hacerme más preguntas?

—No.

—¿Estás seguro?

—Sí.

—¿De veras quieres ir a casa de Ernesto? —dijo.

—Sí...

Se levantó de la mesa, caminó hasta la puerta.

—Yamal —dijo ella.

—Qué.

—Ten cuidado.

—De acuerdo.

—No juguéis por los pasillos. Quedaos en el apartamento de Ernesto.

—De acuerdo.

—El otro día vi a un hombre que, no sé, no tenía muy buena pinta, y merodeaba por los alrededores. Creo que tú y Ernesto no deberíais jugar más en los pasillos. ¿De acuerdo?

—Sí.

—No te quedes demasiado rato, ¿eh?

—Bueno.

—Muy bien, hasta luego.

Fue hacia la puerta, salió y la cerró tras él. Zoé oyó el sonido de sus pasos al subir las escaleras.

Esa había sido la conversación en la que le había dicho a su hijo que se enfermaría y que, seguramente, se moriría. ¿Qué esperaba? ¿Gritos y acusaciones? ¿Un ataque de llanto en sus brazos? Probablemente así era mejor. Aun así, se sentía

dolida porque hubiese mantenido la calma y preguntado por lo que sucedería con él. Se sentía aliviada, furiosa y triste casi de un modo insoportable. ¿Sería algo como eso, la muerte, algo tan desagradable y corriente? Pensó que era posible. Podía resultar sorprendente, sobre todo en su parecido con cualquier otro suceso. No significaba necesariamente el fin de las emociones indescriptibles o del interés por uno mismo. Incluso podía no suponer el fin del desconcierto social. Sentada a la mesa de la cocina, frente a un pote de vidrio lleno de tulipanes de invernadero y el bocadillo a medio comer de su hijo, con el virus zumbándole en la sangre, se dio cuenta de que podía abandonar la vida preocupada solo por sí misma, rodeada de personas que le apretaran la mano y le acariciasen la frente al mismo tiempo que experimentarían el deseo, por debajo de la aflicción, de que ella acabara de morir para poder continuar con sus vidas. Que estuvieran agradecidas por no encontrarse en su lugar.

Eso no era lo que quería, esa amargura y ese miedo sordo. Deseaba la trascendencia. Deseaba el arrobamiento.

No. Ni siquiera eso. Lo que quería era ir a comprar la comida, escuchar música y leer la prensa en la cama. Estaba tan entregada a esos detalles diarios, tan ligada a ellos, que de repente se percató de que no iba a morir. No iba a morirse. Estaba demasiado presente en la habitación, en su propia piel.

Se acercó la muñeca a la cara, se olió la piel. Luego se inclinó a coger el bocadillo a medio comer de Yamal. Conservaba la marca de sus dientes. Se quedó sentada a la mesa con él entre las manos.

—Bueno, encanto —dijo Cassandra al teléfono—. ¿Y qué esperabas que hiciera?

—No lo sé —contestó Zoé—. La verdad es que no lo sé.

—Averiguar cómo se siente respecto a tu enfermedad va a ser uno de los esfuerzos de toda su vida. Esperar que lo sepa en los cinco primeros minutos indica, en todo caso, una visión de la realidad admirablemente insólita.

—¿Cómo estás tú? —preguntó Zoé.

—Teniendo en cuenta la situación, no del todo mal. Esta mañana he salido y me he comprado seis pares de medias negras, no estoy dispuesta a maquillarme las piernas, todo tiene un límite.

—Todavía no le he dicho lo tuyo.

—Seguramente es lo más sensato. No hace falta darle toda la dosis de golpe.

—Pero, francamente, no sé quién se va a hacer cargo de él, si ninguna de nosotras puede.

—Yo me he dedicado a mentalizar a tu madre.

—No sé si quiero que viva con ella. Hará lo que pueda...

—Pero es una matrona de las afueras de la ciudad y él es un niño salvaje criado por travestís. Lo sé. Pero piensa en ello, encanto. Ninguna de nuestras amistades coincide exactamente con un modelo maternal.

—Alice y Louise podrían hacerlo.

—Alice lo haría, sí —dijo Cassandra—. Louise estaría de acuerdo porque Alice querría. Tendría las mejores intenciones, y en tres semanas convertiría la vida del niño en un infierno. Él se dejaría la manteca de cacao fuera de la nevera y ella lo colgaría.

—Puede que tengas razón. ¿Y Sam, qué tal?

—No quiero que Yamal viva con un alcohólico. Punto.

—No es alcohólico —dijo Zoé.

—Que esté borracho dos noches de cada tres es suficiente para mi negativa.

—¿Y los gemelos?

—Los gemelos apenas saben cuidar de sí mismos. Sería mejor que Yamal los adoptara a ellos.

—Y Tim, Mark y Robert también están enfermos —dijo Zoé.

—Tu madre tiene dinero, un montón de tiempo libre y no está loca. Bueno, no más loca que el resto de la gente.

—He pensado en mi hermano —dijo Zoé.

—¿El muñeco sabio? ¡Uf!

—No entiendo por qué no congeniáis. Es todo un misterio.

—No tiene ningún misterio. Yo soy una maravillosa creación de mi subconsciente y él es un chico musculoso que cree en las revistas. ¿Cómo vamos a congeniar?

—Él no es así. Eres injusta con él.

—Bueno, quizá lo sea —dijo Cassandra—. No puedo evitarlo, posee todas las cualidades que menos me gustan. Le gusta ir a pequeños restaurantes y bares de categoría, se somete a las modas y vive en Boston, ¡por todos los santos!

—Es maestro, y está enamorado de un médico. No te fijes en él como persona, has decidido que no te gusta, y eso es todo.

—Puede ser, puede ser —dijo Cassandra—. Es una de mis aficiones, sentir rechazo por los chicos guapos que creen que el sol sale y se pone en su propio culo. Y perdón por la expresión.

—Sería bueno con Yamal. Le gustan los niños.

—Vestiría a Yamal con ropa clónica, le enseñaría a disfrutar de las fiestas, se lo llevaría a vivir a Boston. ¡Oh! Todo mi trabajo de años se quedaría en nada.

—Voy a llamar a Will, sea como fuere —dijo Zoé—. Tengo que decírselo a mi familia y a él se lo voy a decir antes que a nadie.

—Tu madre es mejor partido para Yamal. Estoy segura.

—Bueno, pero es mi hijo, ¿no?

—Encanto, perdona, pero es nuestro hijo. No abuses ahora de tus derechos.

—Es una decisión que tengo que tomar yo misma, Cassandra.

—Oye, espera un momento. ¿Crees de veras que me he pasado todos estos años cambiando pañales y yendo al zoo para que en el momento de la verdad se me haga a un lado como a una niñera vieja y decrepita cuyos servicios ya no se necesitan?

—No nos vamos a pelear, ¿de acuerdo?

—Y tampoco vamos a colocarnos una por encima de la otra, ¿de acuerdo? El hecho de que tú lo parieras no te otorga el derecho a la decisión definitiva. He entregado toda mi alma por ese niño exactamente igual que tú. También es hijo mío.

—Lo sé. Es que...

—Es que nada —dijo Cassandra—. Me conoces muy bien. No me confundas con una desgraciada pobre y sumisa que conoce su lugar. Puedo ser una madrina de cuento, pero también puedo actuar como Medea.

—Ya lo sé.

—Bueno. Ya volveremos sobre el tema en otro momento, supongo. ¿Cómo te encuentras tú?

—Bien, un poco cansada.

—¿Te apetece ir de compras?

—Creo que no —dijo Zoé—. No necesito nada.

—Encanto, si eso hiciera que la gente dejara de salir de compras, la economía se arruinaría.

—Creo que voy a quedarme en casa toda la tarde. Quizá me ponga a leer.

—Lo que tú quieras. Yo saldré a sisar algunas baratijas, puede que me pase por Bloomingdale's. Hace tanto tiempo que no voy por allí que seguramente ya no me recuerdan.

—Muy bien. Que te diviertas.

—Lo haré, no hay nada como una excursión de estas para levantarle los ánimos a una chica. Y... Zoé.

—Qué.

—Yo solo quiero lo mejor para Yamal.

—Lo sé. Las dos lo queremos.

—Dios mío, ¿puedes creerlo? Soy la voz de la razón y la respetabilidad. En fin, nunca se sabe lo que puede llegar a ocurrir, ¿verdad?

Zoé llamó a Will a Boston. Le dejó un mensaje en el contestador y él telefoneó algunas horas más tarde.

—Hola, Zo.

—Hola, Will. ¿Cómo estás?

—Bien. Bueno, más o menos bien. He tenido un día horroroso.

—Lo siento —dijo ella.

—He estado con uno de los chicos en el aula de estudio, el típico desastre. He hecho que se quedara después de las clases, no para castigarlo sino para trabajar con él a solas, a ver si aprende algo. No me pagan por eso, ¿verdad? Pues lo hago porque me gusta ese chico por alguna u otra perversa razón. Aquí todos los demás lo aguantan hasta que se haga lo bastante mayor para echarlo. El cree que es tonto, y piensa que si consigue sabotear a toda la clase, si puede alterar todo el proceso educativo, quizá nadie se dé cuenta. Así que cité a los padres para hablarles de cómo podían estimularlo en casa. Y son una pesadilla. La madre es de esas de labios tensos,

severa y despectiva al mismo tiempo, una de esas mujeres que de niña fue de esas chicas ligeras de cascos que se quedan embarazadas a los catorce y que luego se vuelven muy religiosas. Y el padre... Un tipo corpulento, gordo, silencioso y de mirada oscura. Gente que en la vida ha leído un libro y que deben de tener un revólver en cada cuarto de la casa. A mitad de la conversación el padre me mira con un solapado destello de superioridad en los ojos y me dice: «No hay muchos hombres maestros». Es lo primero que ha dicho. Luego él y la esposa se han dirigido miradas de complicidad. Eso me ha alterado. No pueden decir que soy homosexual, pero van a aconsejar a su hijo que no se relacione conmigo. Puede que yo sea la única oportunidad que tenga ese chico, de veras que nadie más en la escuela se va a preocupar por él, y esos idiotas lo van a volver contra mí. De todos modos, no les preocupa cómo le va en la escuela, tan solo quieren que sea estirado como ellos. Resulta realmente desesperanzador. O sea, la vileza y la estupidez infinitas están bien arraigadas y, no sé, parecen ir en aumento, es como si la gente se volviera cada vez más miserable y más idiota y se enorgulleciera de ello.

—Pues sí, es terrible —dijo Zoé.

—Siento haberte contado todo esto. Es uno de los riesgos que corres si me llamas entre semana. ¿Qué pasa, Zo? ¿Cuál es el problema?

—Tengo el sida, Will.

—¿Cómo?

—Que tengo el sida.

—¡Cielo santo!

—Di positivo en la prueba hace casi tres años. No se lo dije a nadie de la familia, lo siento.

—¡Oh, cielo santo!

—No hay excusa, realmente. Es solo que, de alguna manera, mientras la gente no lo sabía, me parecía menos real, supongo. Si la gente no lo sabía, no hacía falta que viviera como una enferma.

—¿Te ha visto un médico?

—Pues claro que me ha visto un médico.

—¿Uno bueno?

—Sí, uno bueno.

—¿Y cómo...? ¿Has tenido síntomas?

—Algunas noches de sudor, acaban de empezar. Dolores de cabeza. Por eso he decidido contártelo.

—¿A qué nivel están tus linfocitos T? ¿Lo sabes?

—Sí, lo sé. A cuatrocientos.

—Voy para allá.

—No es necesario.

—Salen aviones cada hora.

—No puedes hacer nada, Will.

—Tardaré dos o tres horas.

Will llegó poco antes que pasaran tres horas. Zoé estaba haciendo té. Yamal cenaba sentado a la mesa de la cocina. Will vaciló, al entrar, inseguro sobre si Yamal conocería o no la noticia.

—Hola, Will —dijo Zoé. Lo besó como si se tratara de una visita común y corriente. Estaba igual que siempre, como todo el mundo al principio. Will había enterrado a media docena de amigos, sabía cuánto tiempo podían llegar a tardar los cambios. La gente, cuando empezaba a ponerse enferma, conservaba en los ojos la misma intensidad límpida, la piel seguía tersa y pegada a los músculos y a los huesos. Los primeros efectos de la enfermedad eran invisibles, una red que se hilvanaba meticulosamente en el interior. Pero se trataba de su hermana, y a pesar de todo lo que había visto, dejó que su imaginación creyera, por un momento, que todo iba bien. Que había sido una confusión, un error. El apartamento de Zoé era el mismo de siempre, brillante y zaparrastroso. La cocina, grande, de tablones anchos, con su aroma a canela y a café. Allí estaban los platos baratos y las tazas todas distintas, apiladas detrás de los cristales del aparador, y las estampas de santos mexicanos y los horribles cuadros de aficionados que compraba en tiendas de objetos usados (un ángel con el cabello en cascada al estilo Nancy Sinatra, un chihuahua, un hombre con el pelo cortado a lo militar, sonriente y de ojos porcinos descentrados). El lugar no parecía lo bastante grave para una enfermedad mortal. Le faltaba peso y solemnidad.

—Hola —dijo Will—. Hola, Yamal.

Yamal, a la mesa, fingía comer.

—Hola —dijo.

Últimamente, Yamal había abandonado su tendencia al silencio con la gente a la que no conocía demasiado bien. En su lugar, ofrecía una formalidad regia, ligeramente afectada. Decía «Hola» y «Gracias» y «Hasta la próxima».

—¿Tienes hambre? —preguntó Zoé a Will.

—No. Sí. Un poco.

—Tenemos arroz con judías —dijo—. Yamal se ha vuelto vegetariano.

—¿De veras? —le preguntó.

Yamal asintió.

—Sí —dijo.

—¿Ni siquiera pescado?

—Los pescados son seres vivos. Tienen sangre.

Zoé sirvió un plato de arroz con judías para Will, que se sentó junto a Yamal. Yamal cazó una única judía con el tenedor, se la colocó con cuidado entre los dientes y la chupó hacia adentro.

No parecía nervioso ni preocupado. Aparentemente, no se preguntaba por qué su tío había recorrido de repente los quinientos quilómetros que los separaban.

Will preguntó:

—¿Qué tal la escuela?

—Fascinante —dijo Yamal. No parecía irónico.

—Segundo curso, ¿verdad?

—Sí —contestó Yamal.

—Podría ser tu profesor dentro de algunos años, si vivieras en Boston. Doy clases a quinto.

—Ya lo sé.

Zoé se sirvió una taza de té y se sentó a la mesa.

—He acabado de cenar hace veinte minutos —dijo—. Yamal es el comedor más lento del mundo.

Yamal sonrió con timidez, como si aquello hubiera sido un cumplido. Pinchó un grano de arroz con un diente del tenedor.

—Supongo que es mejor para la digestión —dijo Will. ¿Por qué la presencia de los niños tan a menudo se parecía a la de políticos venidos de países oscuros y remotos?

—Cassandra nunca come nada —dijo Yamal.

—Claro que come —dijo Zoé—. Todo el mundo come.

—Cassandra solo bebe agua, zumos y café —insistió.

—No es cierto —le dijo Zoé—. Cassandra come mucho, lo que dice no se parece ni por asomo a la verdad.

—Come una manzana una vez al día. Una manzana verde.

—No voy a discutir contigo. No te lo crees ni tú. Apuesto lo que quieras a que la has visto comer alguna hamburguesa con queso en las últimas cuarenta y ocho horas.

—¿Cómo está Cassandra? —preguntó Will.

—Bien —dijo Zoé.

—Cassandra ha dejado de comer hamburguesas con queso —dijo Yamal—. Le parecen asquerosas.

Cuando Yamal y Will acabaron de cenar, Zoé envió a Yamal a la habitación a hacer los deberes. Llevó los platos al fregadero. Will la siguió. Le puso una mano en el brazo delgado.

—Pequeña —le dijo.

Ella dejó que corriera el agua caliente sobre los platos.

—Yamal lo sabe —dijo—. Pero gracias por no mencionarlo delante de él.

—Yo nunca...

—No quiero que se encuentre con el tema cada cinco minutos. A veces me pregunto si será lo correcto, si no sería mejor que oyera hablar de lo mismo todo el día, hasta que se le mezclara con el resto de las cosas cotidianas.

Puso jabón en la esponja igual que lo hacía su madre. Guardaba el detergente en una botella opaca de plástico, como su madre. Llevaba una camisa negra y unos vaqueros desgastados.

—Me parece que probablemente sea la decisión correcta —dijo él—. O, bueno, ¿quién sabe? ¿Quién sabe qué hacer con los niños?

—Gracias por venir —dijo ella.

—No me des las gracias.

Por raro que resulte, hubo una pausa de cortesía, como si fueran conocidos recientes que se han quedado sin tema y que no encuentran la manera de despedirse con gracia. Era como si tuvieran que caer uno en brazos del otro y llorar juntos. No lloraron. Eran adultos que lavaban los platos en una cocina mientras un niño hacía los deberes en un cuarto próximo.

—Me siento algo incómoda —dijo ella—. ¿No resulta absurdo? De todas las cosas que podría sentir en un momento como este.

—¿Te estás tomando algo?

—Todavía no. Sharon, mi médica, quiere que empiece con el AZT. Pero no me gusta la idea, he oído cosas terribles al respecto. Le dije que lo pensaría.

—Creo que deberías aceptar lo del AZT. O quizá no. No lo sé. También yo he oído cosas terribles sobre eso. ¿Sharon... es buena médica?

—Sí, ya te he dicho que sí. No te preocupes tanto.

—Claro, por supuesto, ¿por qué iba a tener que preocuparme?

—Y por favor, déjate de sarcasmos.

—Si me despojas de la preocupación y del sarcasmo, me dejas sin respuestas —dijo—. ¿Tomas algún tipo de droga?

—Aún no. Me estoy tomando una tonelada de vitaminas. Como bien.

—Eso no parece suficiente.

—Es probable que pronto empiece con algo para las enfermedades infecciosas oportunistas —dijo—. Bactrim, me parece. Tal vez preferiría la pentamidina en aerosol, pero cuesta una fortuna.

—¿A quién le importa el precio?

—Will, mi seguro no lo cubre todo. Tengo suerte de tener al menos un seguro. ¿Por qué crees que durante todos estos años me he puesto cada día una falda y he ido al centro a sentarme frente a un ordenador?

—No te preocupes por el dinero —dijo.

—Tengo que preocuparme por el dinero.

—Puedo ayudarte.

—Gracias. Pero... ¿cuánto ganas? ¿Veinticinco mil al año?

—Harry tiene dinero. Papá tiene dinero. Susan tiene dinero.

—De acuerdo, no me preocuparé por el dinero.

—Hablando de drogas... —dijo—, he traído un porro. ¿Quieres que nos lo fumemos?

—De acuerdo. Me encantaría.

Will señaló con el rostro hacia el cuarto de Yamal, con las cejas enarcadas.

—Ya me ha visto colgada otras veces —dijo Zoé—. ¿Qué podría decir? Soy de ese tipo de madres, ya sabes, de las que salen en los periódicos.

—A mí me parece que eres una buena madre —sacó el porro de la cartera.

—No sé. Lo intento. Es mucho más duro de lo que una cree. O no exactamente eso, sino que es duro en cosas distintas a las que una se imaginaba. Es... más humano de lo que se supone. Yo siempre me había figurado que los límites estarían más claros, que siempre sabría qué decirle a una criatura.

Will encendió el cigarro, aspiró el humo y se lo pasó. Ella se secó las manos en un trapo de la cocina con dibujos de la selva.

—Mamá no era tan humana, ¿no te parece? —dijo él—. No es que crea que fuese una especie de ogro, pero nunca parecía del todo una persona, quiero decir alguien que vive y sufre sobre la faz de la tierra. ¿Sabes a qué me refiero?

Zoé aspiró el humo y soltó luego una espesa voluta que se acumuló pesadamente bajo la luz de la lámpara.

—Bueno, mamá estaba asustada —dijo ella—. Ella vivía muy... eso, asustada.

—Supongo. ¿Se lo has dicho ya?

—No, todavía no. Primero necesitaba ensayar contigo.

Will cogió el cigarro, aspiró.

—Lo he llevado bien —dijo—. ¿No crees?

—Sí. Sabía que lo harías.

Will cogió del mármol un hombrecito de plástico.

—¿Qué es esto? —preguntó.

—Uno de los personajes de Star Trek, de Yamal. Ese es el médico, no me acuerdo cómo se llama.

—Bones. El capitán Kirk lo llamaba Bones.

—Exacto —dijo—. No era uno de los personajes principales, ¿verdad?

—Casi. Salía siempre. Era... útil.

—Yamal los tiene todos. Mira, aquí hay un Klingon.

—Repulsivo.

—Adora a los extraterrestres. Le da lo mismo que sean buenos o malos. Will...

—Dime.

—Cassandra también lo tiene.

—¡Oh, Dios mío!

—Lo tiene hace más tiempo que yo. Ya padece el sarcoma de Kaposi en la pierna.

—Vaya.

Sostuvo el médico de plástico, el hombrecito llamado Bones. El médico tenía los ojos pequeños y negros, la piel del color carnosos de una tirita.

—¿Ha probado con el AZT?

—Lo intentó, pero le produjo una anemia tal que apenas podía aguantarse en pie. Esa es una de las razones por las que yo me resisto a probarlo.

—No sé qué decir.

—No tienes que decir nada —le dijo—. Me basta con que hayas venido.

Se acercó a la mesa y se sentó de un modo resuelto, como si aquello fuera obviamente lo que había que hacer a continuación. Todavía sostenía el extraterrestre

de plástico. Lo puso de pie en la mesa, frente a ella, y lo observó con la misma gravedad con que un joyero considera una piedra preciosa para tasarla en su justo valor.

—Papá está construyendo un invernadero —dijo ella.

—Lo sé.

Will llenó un vaso de agua fresca del grifo y lo llevó con él a la mesa. Bebió un sorbo, dejó el vaso junto al Klingon. Zoé bebió otro sorbo.

—Quiere cultivar orquídeas —dijo ella—. ¿No te resulta raro pensar que él va a cultivar orquídeas?

—Él y Magda intentan estar a la moda. Ella ha empezado a hacer obras de caridad, ¿no te has enterado?

—Como mamá.

—Como las campesinas de Beverly. Se pasea por Bridgehampton con un abrigo de zorro. No puedo creer que todavía no la haya rociado con sangre ningún defensor de los derechos de los animales.

Zoé rio.

Sus ojos no se habían alterado.

—Mamá está muy sola —dijo ella—. Debería vender la casa.

—¿Te molestaría si lo hiciera?

—No. La verdad es que no me siento ligada a ella.

—Yo tampoco. Se supone que se trata de un acontecimiento traumático, cuando tus padres venden la casa en la que creciste, pero todo lo que se me ocurre pensar es: «Mamá, vete a una comunidad de vecinos. Venga ya».

—Allí no fuimos demasiado felices.

—A veces sí. Hubo momentos.

—Sí, claro. Hubo momentos.

Puso al Klingon en equilibrio sobre el borde del vaso.

—No he hecho nada importante en la vida —dijo.

—Vamos, no digas esas cosas.

—Es la verdad, eso es todo. Cuando pienso en mí misma, sabes, en irme de aquí para siempre, a veces pienso que, bueno, que no estoy en plena realización de una obra de arte ni salvando vidas ni nada en especial. Solo tengo a Yamal, mi trabajo y mi casa.

—Es suficiente —dijo Will—. No tienes por qué ser una gran cirujana.

—La cuestión es... si esto desapareciera. Si ocurriera un milagro y ya no estuviera enferma. No creo que cambiara tanto. No puedo decir, honestamente, que me convertiría en médica o que trabajaría para los pobres, ni nada parecido. Quiero decir que, durante algún tiempo, tuve ese tipo de conversaciones con... digamos un especie de poder invisible, e intentaba convencer a lo que fuese de que, si me daba otra oportunidad, lo haría todo de otra manera. Pero incluso mientras lo decía sabía que no era cierto.

—Ya has hecho mucho, cariño. No quiero que te preocupes por esas cosas.

—Lo verdaderamente extraño —dijo ella—, es que no me ayuda a sentirme mejor al respecto, sabes. La idea de morir. El hecho de que eso no interrumpirá ninguna gran obra.

—Ya.

—A veces siento que me gustaría que mi desaparición fuera una gran tragedia. Es ridículo, ¿verdad? Desearía que mi ausencia fuera una terrible pérdida para el mundo, y sé que no puede serlo. La única persona para la que será devastadora será Yamal.

—Oye, Zo, esa forma de hablar es prematura, ¿no crees?

—Si me ocurre algo, y si le ocurre algo a Cassandra, es decir, pensaba que... me preguntaba si...

—Tienes buen aspecto. No has tenido más que los primeros síntomas...

—Me preguntaba si podrías considerar la idea de quedarte con Yamal. Necesito saber que va a haber alguien que cuide de él.

—Por Dios, Zo —dijo Will—. Supongo que sí.

—Cassandra quiere que Yamal vaya a vivir con mamá. Y, no sé, mamá está bien, es mamá, al fin y al cabo, pero ella y Yamal no tienen demasiado que ver y yo había pensado que eras mejor tú.

—Tendría que pensar en ello. Pero, bueno, seguramente no habrá problema. Seguramente me lo llevaría, si ese fuera tu deseo.

—Gracias.

Will dijo:

—¿Quieres venir a Boston? Podría ayudarte a encontrar algún sitio allí.

—No. Esta es nuestra casa, Yamal tiene aquí a sus amigos. Y no puedo separarlo de Cassandra.

—De acuerdo.

—Cassandra es al menos tan buena madre como yo. No tienes ni idea.

—Bueno, si cambias de opinión, si quieres venir una temporada al norte, no tienes más que decírmelo.

—Gracias.

—No me des las gracias, por favor.

Zoé hizo caminar al Klingon por encima de la mesa y lo detuvo frente a Will.

—Gracias, Will —dijo con una voz profunda.

—De nada —dijo él.

Estuvieron sentados a la mesa hasta que Yamal se presentó en la cocina para decir que había acabado los deberes y que quería ver la televisión. Miraron la tele durante una hora y luego Zoé lo llevó a la cama. Ella y Will volvieron a la mesa de la cocina y se sentaron allí durante casi toda la noche, a charlar. A veces Will movía ociosamente al Klingon por la mesa, y a veces era Zoé quien lo hacía. Mientras hablaban, Will desenredaba los nudos del cabello de Zoé.

1989

Mary iba a Boston una o dos veces al año, para ver a su hijo y para visitar una ciudad que le permitía el anonimato. O, más bien, iba para ver a su hijo y, de una manera indirecta, a modo de placer añadido y nada complicado, disfrutaba de Boston. Boston era una especie de Nueva York en miniatura, donde ella tenía mejor aspecto que la mayoría de mujeres de su edad y donde carecía de historia. Siempre se alojaba en el Ritz-Carlton, una extravagancia se mirara como se mirase, más aún ahora que vivía de la pensión del divorcio y del dinero que ganaba por su trabajo en Anne Klein. Aun así, el Ritz valía la pena. Mientras atravesaba el vestíbulo con su traje chaqueta, se sentía como si fuera una mujer de negocios de San Francisco, rica y discreta. O la esposa americana de un importador de vino que tenía apartamento en París y casa en Toscana. Ahorraba para aquellos viajes, no se tomaba más vacaciones, y cuando compraba ropa nueva siempre era con la idea de llevársela a Boston. En Boston, cuando caminaba por Newbury o por Arlington Street y pasaba junto a los escaparates de tiendas caras, se sentía como si pudiera ser casi cualquiera. En Boston, donde las mujeres de la parte alta de la ciudad tenían la apariencia regordeta, altanera y desilusionada de los antiguos anglicanos acaudalados. Donde los impermeables Burberry parecían ser el colmo de la moda y las mujeres con varios quilos de más no sabían llevar nada mejor que capas a cuadros escoceses, allí, Mary estaba encantada de su propia aura de rareza exótica, de su piel italiana, oscura y de su rostro anguloso y de facciones grandes.

Allí podía olvidarse, alguna que otra vez, de la realidad de su vida. Dejaba de ser la madre de una hija con una enfermedad mortal. No había perdido su juventud junto a un hombre de temperamento brusco y sin educación que la había abandonado por una secretaria gorda con el cabello color canario. No vivía modestamente en una casa inmensa y vacía. No hacía visitas de cortesía a ninguna de las mujeres con las que una vez anheló, y jamás pudo, tener una amistad.

Cuando iba a Boston era una mujer alojada en un buen hotel. Llevaba en el monedero un suave lápiz dorado, un pintalabios negro esmaltado de Francia. Estaba allí para ver a su hijo, un hombre robusto vestido con vaqueros y una americana de paño.

Billy (ya había aprendido a llamarlo Will cuando hablaba con él) quedaba con ella en algún restaurante, en alguna tienda, o la recogía en el Ritz. En muchas de sus visitas ni siquiera había pisado su apartamento. En aquellos viajes a Boston prevalecía una cierta formalidad. Ella dejaba su vida para ir hasta allí y, en cierto modo, Billy también abandonaba la suya. Se ponía una chaqueta y sus mejores zapatos y viajaba en metro a una parte de Boston que le resultaba casi tan extraña como a ella misma. Hacían de turistas. Caminaban por las calles y despedían un anonimato orgulloso y desafiante. Boston tenía ladrillos y piedras calizas moteadas, la furia egocéntrica del comercio, los escaparates llenos de mercadería. Mary cogía a

Billy por el codo y le hablaba de cosas cotidianas y placenteras. Entre ellos había un sinfín de asuntos sin declarar. Ella sabía lo de él, aunque él jamás le había dicho nada, ni ella había hecho preguntas directas. No podía fechar con seguridad el momento en que se enteró. No podía decir si fue en la primavera de 1980, o en el otoño de 1982, o en las Navidades del año en que él cumplió treinta, cuando se dio cuenta de que su hijo era homosexual. Creía poder recordar cuando no lo sabía, pero si intentaba recordar esa época de desconocimiento, su mente se rebelaba y se daba cuenta de que lo había sabido siempre, incluso cuando era un bebé. La evocación de la inocencia existía tan solo en la periferia, como otra persona a la que se intuye pero a quien aún no se ha visto. Cuando volvía la mirada atrás, cuando intentaba localizar con precisión a la Mary que había creído que su hijo amaba a las mujeres y que algún día tendría una esposa, lo que veía se encontraba contaminado por lo que sabía, y la imagen de sí misma con un hijo heterosexual se desvanecía como si esa Mary jamás hubiese existido.

Dejaba que fuera una realidad apacible y remota como la propia Boston. Permitía que aquel hecho la habitara en silencio y no prestaba atención a los detalles. Entre ellos había un acuerdo tácito. Él iba a buscarla, vestido con decoro. Le hablaba del trabajo, preguntaba por las hermanas, escuchaba más que conversaba. Parecía, a veces, un pretendiente tímido. Había momentos incluso en que le recordaba a Constantine cuando era joven: Constantine el peón, vestido con las mejores ropas que podía permitirse, con un inglés menos que fluido, que la trataba con paciencia cortés porque estaba deslumbrado y porque guardaba sorpresas —su temperamento, los asuntos de la entropierna— para después del matrimonio. No pensaba en las sorpresas de Billy. Dejaba que la llamara desde el vestíbulo. Lo llevaba a las tiendas y le compraba ropa nueva, que siempre cargaba en su tarjeta de crédito a pesar de las protestas que él ofrecía como un ritual. Lo llevaba a cenar a lugares bonitos, y permitía que escuchara evasivamente su propia conversación. Parecía un modo de respeto, una forma de mostrar el amor que se tenían.

Había sido así durante muchos años. Y por lo que a Mary se refería, habría continuado así en el futuro. Podía imaginarse de mayor, meticulosa y solemne en un traje oscuro, conocida por los directores del Ritz, viajando cada pocos meses para ver a su hijo, que también tendría los cabellos grises, y sería un hombre fuerte y guapo con un bigote gris bien recortado y la piel arrugada y curtida como el cuero fino. Caminarían juntos por los jardines públicos. Cenarían en restaurantes pequeños y tranquilos en donde ella seguiría insistiendo en pagar con la impertinencia serena e infantil de la edad avanzada.

Parecía una buena manera de hacerse mayor al lado del hijo, y se felicitaba en silencio a sí misma por su propia imparcialidad. No cualquier madre respetaría la opción de un hijo como aquel, ni entendería su intimidad. Algunas madres eran viejas brujas. Otras madres imploraban y amenazaban. Ella, Mary, llenaba un bolso de sus mejores ropas y cogía una habitación en el Ritz.

Fue durante su visita de primavera. Billy se inclinó hacia ella en un restaurante y dijo:

—Mamá, creo que estoy enamorado.

Tal cual, ni más ni menos. Ella, al principio, no se dio cuenta de la cantidad de cosas que suponía aquello. Bebió un sorbo de agua y dijo:

—¿De veras?

Estuvieron en silencio durante casi un minuto. Mary se percató del ruido moderado y tranquilo que el resto de clientes producía con sus cubiertos, sus tazas de café y sus conversaciones. Era un restaurante precioso, uno de sus favoritos en Boston, un lugar formal, donde los camareros eran todos guapos y donde las velas titilaban frente a sus propios reflejos en espejos ahumados. Era el tipo de sitio al que Mary habría deseado ir a comer después de la graduación de Billy, tantos años atrás, cuando Constantine se había encargado de todo y la había llevado a un restaurante horrible cubierto de zaraza y de fotos de paisajes, con una única rosa de invernadero medio marchita en cada mesa. Ahora, sentada frente a su hijo y a la espera de que continuara con su charla, sentía la necesidad de marcharse. No de levantarse y abandonarlo allí —nunca haría algo así—, sino la de fundirse con el restaurante, la de dejar su propio cuerpo y habitar esa sala con sus susurros de conversaciones íntimas y sus paredes forradas de damasco cremoso, su brillo caro y adecuado.

Billy dijo:

—Se llama Harry.

—Bueno —dijo Mary. Decidió no fingirse sorprendida. ¿Qué ganaría con ello?—. ¿Cuánto hace que lo conoces? —preguntó.

—Casi un año. —Billy cogió el cuchillo y volvió a dejarlo. Mary vio que se sentía orgulloso e incómodo. Vio que había una parte de sí mismo que no había cambiado en absoluto desde el día en que, a los diez años, acudió a casa con un sofisticado collar de cuentas que había hecho para ella en el campamento de verano. Supo que estaba encantado con el collar, igual que supo que la mayoría de los compañeros habría elegido hacer ceniceros o carteras para sus madres. Se había imaginado a su hijo sentado entre las niñas, ensartando cuentas con una mirada de absoluta concentración, en un total abandono a su propio gusto por las labores femeninas. Ahora, a los treinta y seis años, fruncía el ceño sobre el cuchillo de un modo tímido y apocado.

Dijo:

—Imaginaba que probablemente lo sabías, lo mío.

Mary no dijo nada. Era como si al admitir su conocimiento fuera a perder algo que podía necesitar más adelante. Billy daba vueltas al cuchillo mientras esperaba, y cuando se dio cuenta de que ella no iba a decir nada, prosiguió.

—Darme a conocer a estas alturas hace que me sienta bastante estúpido —dijo—. Debería habértelo dicho hace años. Lo cierto es que sabía que lo sabías, y siempre me dije a mí mismo que comunicaría formalmente este hecho si alguna vez me

enamoraba. Porque, bueno, quería decírtelo con una persona viva y real a mi lado, no como una especie de... inclinación. Lo que probablemente, por mi parte, fue una cobardía. Pero sea como fuere, así son las cosas. Más vale tarde que nunca, ¿no? Estoy enamorado de un hombre llamado Harry.

—Bueno —dijo Mary.

—¿Estás disgustada? —Billy la miró y ella se percató de hasta qué punto necesitaba que no estuviera disgustada. Hasta qué punto necesitaba... ¿qué? No su perdón, no exactamente eso. Su reconocimiento. Necesitaba de un modo desesperado no resultarle extraño. A aquella edad, después de casi veinte años de vivir por su cuenta y de hacer cuanto le daba la gana. Durante veinte años, sus tres hijos habían vivido lejos del alcance de sus opiniones. La habían desdeñado con su urbanidad y su indulgencia. Habían hecho lo que habían querido y le habían empequeñecido la vida. Y ahora, a estas alturas del partido, Billy estaba de repente en sus manos, tan vulnerable al dolor como cuando era un bebé.

Su primer impulso fue el de tomarse la revancha. Podía decirle que pensar en su único hijo enamorado de otro hombre era algo que le revolvía el estómago. Podía decir que todas sus esperanzas quedaban destrozadas. O, peor aún (sabía, de algún modo, que sería peor), podía limitarse a cambiar de tema. Podía tratar aquel amor suyo como una distracción sin importancia, que apenas merecía comentario.

Podía pagarle con aquella moneda todos sus actos de falta de respeto, cada decepción. Pensó en los gimoteos de los cuatro años. En la rebeldía de los diecisiete, en que era más fiel a un grupo de amigos estúpidos y brutales que a ella. Pensó que se había ido al cine en su propio día de graduación, y que así le había negado una profunda satisfacción que a él no le habría costado casi nada.

Estaba casi a punto de caer presa del enojo y de una exasperación palpitante, como un trozo de ternilla queda atrapado entre los dientes, pero lo que dijo, casi en contra de su voluntad consciente, con voz suave y clara, fue:

—No, no estoy disgustada.

—Bien —dijo él.

—Cuéntame más cosas sobre Harry.

Billy sonrió, un gesto involuntario y espontáneo esbozó su sonrisa, y ella vio —o más que ver, sintió—, que los ojos se le llenaban de lágrimas de agradecimiento. Simplemente porque ella había mostrado serenidad e interés. Solo eso. Lágrimas incipientes en un chico, en un hombre que durante tanto tiempo había permanecido lejano como la almendra en el interior de su cáscara.

Él dijo:

—Es cardiólogo. Toca el saxofón. Lo principal de Harry es que siento que podría hablar con él toda la vida.

Mary inclinó la cabeza. Sintió que algo se hinchaba en su interior, una especie de saco de aire, pequeño y duro, que parecía situarse debajo de las costillas como un tercer pulmón. Estaba decepcionada. Enfadada. Pero no podía hacerle daño a su hijo,

aunque deseó ser lo bastante fuerte para hacerlo. Si hubiese sido de esa clase de mujeres que pueden dar a su hijo una patada, que pueden vengarse, quién sabe lo distinta que podría haber sido su vida. Si hubiese sido ese tipo de mujer, firme, insensible e irritable, ¿habría acertado más en el matrimonio? ¿Habría educado hijos que la respetaran, que lo logaran todo en el mundo porque su madre iba tras ellos con su espada y su balanza? ¿No era aquella la mujer del Ritz? Alguien con agallas, con poder.

Pero allí en el restaurante, frente al ardor y la fragilidad del hijo, frente a sus manos ya de hombre, supo al fin y para siempre que ella no era esa mujer. Era ella misma. Llevaba auestas toda la confusión de su historia. Todo lo que podía hacer era escuchar a su hijo con amor, con temor y con un sentimiento de rabia ligero y lejano, mientras él le sonreía tímidamente y hablaba, con voz vacilante, acerca del hombre al que amaba.

—Para mí es como un misterio —dijo Billy—. No es el hombre más guapo que he conocido. Es inteligente y amable, pero no es ningún sueño hecho realidad. Sencillamente, lo quiero. No me había sucedido nunca nada parecido. Cada vez me intereso más por él.

—Parece algo serio.

—Lo es —contestó Billy—. Creo que lo es. ¿Te gustaría conocerlo?

Mary pensó, de pronto, en sí misma junto a Cassandra y Yamal en un paseo por el Central Park dos años atrás. En aquel niño extraño que llevaba su propia sangre mezclada con la de un hombre negro al que no había conocido. Pensó en el rostro de Cassandra, en la mirada vetusta y dominante que se apoderó de él al perder toda pretensión de cordialidad femenina.

¿Qué había dicho Cassandra? «Puede necesitarte algún día». Algo parecido. «No quiero que vaya a vivir con extraños».

Mary pensó en las alas que casi le habían rozado el rostro.

—Sí —dijo—. Sí, claro que quiero conocerlo.

1992

Al otro lado de las casas había un vacío verde. Había una profundidad de hierbas susurrantes. Ben fue con Andrew y con Trevor, mientras entonaba fragmentos *de Jeremy* y teñía el aire con el humo del cigarrillo.

—Adoro a Mary Kelly —dijo Andrew—. De veras que adoro a Mary Kelly. — Andrew tenía cierta grandeza, cierta intrepidez romántica. Trevor era más pequeño, más intrincadamente equilibrado, más propenso a la precaución y a la risa.

Ben era el más silencioso. Controlaba a Andrew y a Trevor con sus ojos, aseguraba sin hablar que había alguien que sabía, alguien que lo sabía todo y los controlaba.

—Lo que tú quieres son las tetas de Mary Kelly —dijo Trevor—. Quieres exactamente un quilo y medio de Mary Kelly, cerdo.

—Pesas más de un quilo y medio.

—¿Se las has pesado?

—Créeme.

—Sí, claro, que te crea.

—Pues chúpamela.

—Qué más quisieras.

Se adentraron más en la zona verde. Andrew era rubio, caminaba a grandes pasos. Trevor era corpulento, recio, y paseaba por todas partes su fuerza y su costumbre de burlarse.

Tras ellos, los cristales de las ventanas de las casas les devolvían cuadrados de un cielo tardío. Las flores perdían el color en la oscuridad. El agua se elevaba en espirales, giraba y siseaba sobre los céspedes.

—Mary Kelly es una maldita diosa —dijo Andrew—. Mary Kelly podría ser mi dueña si quisiera.

Trevor rio con fuerza suficiente para exaltar a un cuervo, que salió de un abeto y voló lentamente lejos de allí, como la ilustración viviente de la idea del color negro.

—Mary Kelly ha tenido a su disposición a todo el equipo de fútbol —dijo—. Tanto los de los cursos superiores como los de los inferiores.

Ben iba detrás, sin decir nada, sin mirar la curva inocente y fuerte de las espaldas de los amigos.

—Mary Kelly —dijo Andrew— es una puta, de acuerdo, pero no se ha tirado a todo el equipo de fútbol. Eliminó a unos cuantos tipos.

—Los únicos tipos del equipo a los que no se ha follado Mary Kelly son maricones —dijo Trevor—. ¿Eh, Ben?

—¿Qué?

—¿Llevas cigarrillos?

—Sí.

Trevor preguntó a Ben:

—¿Tú crees que Andrew tiene alguna oportunidad con Mary Kelly?

—Mary Kelly es mayor —dijo Ben.

—Odio tener doce jodidos años —dijo Andrew.

—No durará.

Ben encendió un cigarro, se lo pasó a Andrew, encendió otro para sí mismo. Andrew se colocó entre los labios el cigarrillo que Ben había tenido en la boca, y aspiró. Luego soltó un flujo desigual de color gris azulado.

Dijo:

—Es odioso. Todas las mujeres que me gustan tienen diecisiete malditos años.

—Pues haz que te gusten las mujeres a las que puedas tener —le dijo Trevor.

—No pueden gustarme las mujeres que no me gustan.

—A mí me gustan todas las mujeres —dijo Trevor—. Me gustan las viejas, las jóvenes, las gordas y las que han perdido todo el pelo a causa de la quimioterapia.

—Ya.

—¿Y a ti, Ben?

—¿Qué?

—Estás muy callado.

Ben dijo:

—Sí.

—¿No te molestamos, verdad?

—No me molestáis.

—Hablar de mujeres no te ofende, ¿no?

—No. No me ofende.

—Perfecto.

Se hizo un silencio. Cuando eran pequeños bastaba con estar allí. Bastaba aprovechar las oportunidades, ser fuerte y de una habilidad simple para los juegos. Ahora que empezaban los cambios, había que hablar como alguien nuevo. Había que poseer un mundo de deseos y un lenguaje para manifestarlos.

Andrew dijo:

—Ben es un tipo tranquilo. Ben es de esos individuos que actúan, que no necesitan hablar de lo que hacen.

Cuando llegara el momento de odiar, pensó Ben, Andrew sería el último.

—Ben —dijo Trevor— es un blando.

—Cállate —le dijo Andrew.

—¿Eres un blando, Ben?

—No —dijo Ben.

—¿Eres un gilipollas?

—Basta, Trevor.

—¿Eres una mariquita?

Andrew le pegó un bofetón a Trevor con el dorso de la mano, lo bastante fuerte para hacer que se tambaleara. Trevor casi se cayó. Saltó hacia atrás, parpadeó, y miró

soslayadamente mientras recuperaba la orientación. A su alrededor el aire zumbaba de manera confusa. Miró a Andrew como si este fuese demasiado pequeño para verlo.

—No hables así a tus amigos —dijo Andrew.

—Era una broma estúpida.

—A nadie le ha hecho gracia.

Trevor se tragó la sensación de acidez y la indignación. Se las guardaría, se las ahorraría.

Dijo:

—Era broma, tío. Deberías tener más sentido del humor.

—No me gusta esa clase de bromas —dijo Andrew.

Era lo bastante grande para comportarse de un modo generoso, para defender a los demás. Podía permitírselo. Llevaba el futuro escrito en sí mismo. Era de una belleza estoica, escultural, y tenía un brazo perfecto para dar.

—Vámonos de aquí —dijo Trevor.

Pero no se movió nadie. Fumaron los cigarrillos en aquella luz verde mortecina. Tras ellos estaban las casas y enfrente, una hilera de árboles negros que bordeaba el lago. Los árboles proyectaban sus sombras alrededor de sí mismos.

En casa, la madre servía el caldo de la sopera blanca. El vapor subía en espiral y rozaba la belleza cansada de su rostro. Existía un vivo deseo de lo bueno en el mundo y habitaba en casa de Ben, donde se valoraba cada cuenco y cada cuchara. Donde el propio Ben sonreía, a todas sus edades, desde las fotografías colgadas en las paredes.

—He estado pensando —dijo la madre—, que quizá deberíamos abrir una cuenta para los estudios universitarios del hijo de Zoé. —Llenó un cuenco de sopa para Ben, y luego otro para el padre.

—Mmm —dijo el padre de Ben.

—Estoy preocupada por él. Nadie toma ninguna medida, y crece de cualquier manera.

—¿Y de quién es la culpa?

—Da lo mismo de quién sea la culpa. Podríamos colaborar un poquito, eso es lo que importa.

Ben tragó una cucharada de sopa.

—Claro que podemos —dijo el padre—. Ben, ¿qué opinas de Yamal?

La habitación se nubló a causa de la alta temperatura interior de la cabeza de Ben. Sostuvo la cuchara, miró al padre y dijo:

—Me parece bien.

El padre dijo:

—Eres su primo, y eres mayor que él y... bueno, eres el tipo de ejemplo que necesita un chico como ese. Eres lo más parecido que tiene a un hermano mayor, realmente.

Ben mantuvo el tipo, como de costumbre. Permanecía concentrado en ser quien era.

—Sí.

—Quizá deberíamos invitarlo a venir más a menudo —dijo el padre—. Que corra por el bosque y que se airee un poco. Deberías tenerlo bajo tu protección, ¿te parecería bien?

El padre de Ben vivía invadido por una seguridad inquieta. Había muchas cosas que dependían de él. Tenía que estar en la Junta Estatal desde temprano en la mañana hasta muy tarde por la noche. Tenía que pagar todos los gastos, conducir con cuidado y conocer los problemas del ancho mundo. Cada día debía esforzarse en ser de manera intachable el hombre paciente que iba a mejorar el funcionamiento del gobierno —por el momento de Connecticut, pronto del país— mediante la fortaleza firme de su conocimiento y el rechazo de la pereza y el derroche.

—Claro —dijo Ben. El tono de la voz salió correcto, era él mismo.

—La ciudad no puede ser buena para él —dijo el padre de Ben—. Hay un montón de gentuza que no tiene nada mejor que hacer que aprovecharse de niños inocentes de diez años.

Ben sintió temor de que los golpes de la sangre en su cabeza resultaran audibles. El salón era borroso, deslumbrador.

—Creo que deberíamos ahorrar algo de dinero para él, además —dijo la madre de Ben—. A la larga presentará su solicitud en alguna universidad.

—Eso si alguna universidad decente lo admite —dijo el padre de Ben.

La madre de Ben se llevó la servilleta a los labios. Había hecho todos los sacrificios posibles.

—Yamal es muy inteligente —dijo—. Lo sabes. Sus tests casi se salen de la normalidad.

—Y tú sabes que asiste a la escuela un día de cada tres. Las buenas universidades no basan sus decisiones en los niveles alcanzados en los tests y nada más. Quieren muchachos que muestren interés.

—Ahora está pasando una mala época. Por razones obvias. Y solo está en quinto curso.

—Ese es el motivo por el que digo que deberíamos invitarlo más a menudo. Acogerlo un poco, darle calor de familia.

—Supongo que sí —dijo la madre de Ben—. No he dicho que no debamos hacerlo. Pero además, creo que necesitará dinero.

—Regalar a la gente dinero no significa necesariamente ayudarlos.

—Por favor, no empieces.

—Además —dijo el padre de Ben—, alguna universidad u otra le concederá una beca incluso aunque deje de ir a la escuela. Claro que no hablo de la Ivy League. Pero créeme, hay otros lugares que pagarían por tener chicos como ese. Hacen cola por ellos.

La madre de Ben dijo:

—Ben, cariño, ¿quieres más sopa?

—No sé si me parece una buena idea abrirle una cuenta bancaria —dijo el padre de Ben—. No sé si le serviría de mucho, si sería un buen mensaje para él. Tal vez resultaría inútil. Creo que sería mejor que Ben le enseñara algunas cosas acerca de los valores y el trabajo duro mientras aún está tierno para aprender.

—Cariño, ¿más sopa?

La voz de Ben se le quedó hecha un nudo en la garganta. Tensó los músculos de las piernas, pensó en céspedes y en cielos, en el golpe firme de una pelota de tenis en medio de la raqueta.

—Sí —dijo—. Más sopa, por favor.

Esa noche se despertó con el pantalón del pijama pegajoso. El sueño se había sumergido por completo en su flujo sanguíneo. Andrew aparecía allí. Había estado nadando. Había salido centelleante y desnudo del agua transparente y fría. Había una especie de rugido, como de viento, pero que no era viento. Andrew se había quedado de pie, desnudo, y de pronto estaba aterrorizado en una fuente de agua congelada, y el rugido se había vuelto más fuerte y sin quererlo, involuntariamente, Ben se había corrido. Se despertó. Saltó de la cama, se quitó con violencia el pantalón del pijama y fue al cuarto de baño. Colocó el pijama mojado en el fondo del armario y cogió otro limpio de la cajonera. Intentó volver a dormir, pero estaba demasiado nervioso para dormirse.

¿Cómo podía haberle ocurrido algo así?

Casi una hora más tarde bajó a la cocina. Oyó que los padres dormían. Oyó el tictac del reloj del vestíbulo. Una vez en la cocina, cogió de la nevera la jarra, bebió un vaso de agua y luego lo enjuagó. Se dijo a sí mismo que a eso había ido. Pero se quedó en la cocina, con el pantalón del pijama, y miró a su alrededor como si jamás hubiese estado allí. Vio los armarios y estantes de roble bien barnizados, los azulejos con dibujos de hierbas. Y los botes de cristal transparente, llenos de fideos, de alubias, de azúcar y de sal.

Cogió un cuchillo del cajón, lo sostuvo entre las manos. Con curiosidad, como si no quisiera nada más que saber lo que sucedería, se pasó el filo del cuchillo por el interior del antebrazo, en el blando espacio que hay por debajo del codo. No sintió dolor, no demasiado. No había más que la raya que había dejado el cuchillo. Acto seguido, empezó a brotar la sangre. Era más de lo que había supuesto. Manó del centro del corte, primero una gota brillante, y luego empezó a salir de toda la herida. Brevemente, la sangre formó una única línea espesa. A continuación una gota del borde le serpenteó por el brazo y se le desparramó en los pliegues de la muñeca. Observaba la sangre. Pensó que era posible que así algo lo abandonara, y que una vez lo hiciera sería libre. Se sorprendió de lo poco que dolía. Se sorprendió también de la cantidad de sangre que salía. Una segunda gota le descendió por el brazo, y luego una tercera. Se dio cuenta de que iba a caer al suelo y levantó el brazo para cambiar la dirección pero ya era demasiado tarde. Una mancha tiñó el suelo blanco moteado, y después otra más. Cogió papel de la cocina. Limpió con él el suelo y la sangre del

brazo. La sangre siguió saliendo y él siguió enjugándola hasta que el papel estuvo totalmente empapado de rojo. Sostuvo el papel sanguinolento con la mano hábil y puso el otro brazo bajo el grifo. Dejó que el agua limpiara la sangre hasta que dejó de salir. Enjuagó la pila y la fregó con detergente. Tiró el papel empapado de sangre a la basura, lo escondió entre los restos de la cena y media lechuga que se había puesto mala. Pero luego pensó que la madre podía encontrarlo de todos modos. No era probable que lo encontrara, pero si lo hacía, le preguntaría y no sabría qué contestar. De modo que volvió a coger el papel del cubo de la basura. Se le habían pegado motitas del poso del café, un trozo de celofán y un grano de maíz. Al ver la basura pegada a la sangre pensó que iba a desmayarse. No se desmayó. Caminó en silencio y llevó el papel al lavabo de abajo. Pensó que lo tiraría por el inodoro, pero ¿y si se atascaba en las cañerías? ¿Qué pasaría si llamaban al fontanero y este encontraba ese lío de basura y sangre? Ben se trasladó con él de habitación en habitación con un pánico creciente que convertía los cuartos en lugares cada vez más extraños, con aquellas sillas cómodas, los almohadones de encaje y los jarrones llenos de flores. ¿Qué podía hacer con aquel resto de su sangre? ¿Dónde podía meterlo para estar seguro de que no lo encontrarían? Era como si los padres conocieran hasta el último rincón de la casa, hasta el más invisible de los escondites. Finalmente, con cuidado de hacer el menor ruido posible, Ben abrió la puerta de la cocina y salió al patio de atrás. Era una noche fría, notó bajo los pies que la hierba estaba húmeda y helada. Caminó deprisa hasta la valla trasera, se agachó e hizo un hueco en la tierra cerca de un montón de abono. Cavó hondo, casi hasta el codo. La tierra olía fuerte, a cerrado, como la ropa vieja. Cavó en un estado tal de temor que se le nubló la vista. En cualquier momento uno de sus padres podía encender la luz y mirar por la ventana, y si eso ocurría, él no sabría dar ninguna explicación. Tiró el papel al agujero, lo rellenó y lo alisó con las palmas de las manos. Volvió a ponerse en pie, aliviado, pero cuando se volvió hacia la casa, esta había cambiado. Todavía era una casa blanca con tejado de madera y postigos verde oscuro, pero ya no era su casa. Corrió hasta ella para entrar y regresar a la cama antes que cambiara tanto como para no poder entrar nunca más. Una vez estuvo en la cocina se sintió mejor. La cocina estaba inmaculada. Era la cocina que él conocía. Se lavó la tierra de las manos en la pila, luego subió con calma y se vendó el corte para no manchar las sábanas. Sería fácil esconder el vendaje, y la noche siguiente podría explicar de un sinfín de maneras que se había cortado. Se metió en la cama. Volvió a sí mismo. O casi. Al final fue capaz de dormirse, pero antes de conciliar el sueño se sintió preocupado por el papel enterrado. Le preocupaba que lo encontrarán, y le preocupaba algo más, algo absurdo. Sabía que era absurdo, pero no podía dejar de pensar en ello. Se imaginó que el papel salía de su pequeña tumba como el fantasma sangriento de alguien asesinado. Imaginó que flotaba allí fuera, en el fondo oscuro del patio.

Querían que cada día fuese igual. Y a veces lo conseguían. A veces Yamal iba a la escuela y estaba con los amigos, la madre iba al trabajo y después ambos regresaban a casa. Ella preparaba la cena. Él hacía los deberes. Cassandra telefoneaba para contar alguna tontería o pasaba por allí a tomarse un café antes de ir a arreglarse para la noche. Yamal y la madre miraban un rato la televisión, se iban a la cama, dejaban que la noche los envolviera con los cantos de las cañerías en el interior de las paredes, las sirenas y los radios. A veces era realmente así.

Pero otras veces ella estaba demasiado enferma para trabajar y se pasaba el día entero en el sofá, con lectura o sin ella, a medias entre la vigilia y un sueño ligero y desapacible. Se quejaba a la par que las palomas que se posaban en la escalera de incendios. Entonces, él volvía de la escuela y junto a ella había aquella atmósfera espesa en la que se sumergía. A veces se quedaba en el portal hasta tarde. Esos días se sentaba, ni en casa ni lejos de casa, escuchaba los radios cercanas y se fijaba en los cortes de pelo que le pasaban por delante. Luego se encendían las farolas y se quedaba aún un buen rato allí, mientras la calle vivía a su ritmo de siempre. A veces, cuando los días se alargaban, iba a casa de Cassandra con el deseo de desaparecer allí según su costumbre, entre los espejos y los collares. Se unía al ritmo del traqueteo de la máquina de coser mientras ella confeccionaba tules y velos, y aplicaba sus adornos de abalorios. Pero últimamente el aire resultaba demasiado cerrado. Ya no había lugar para sus largas piernas, para los movimientos que necesitaba. Se aburría. Cuando era pequeño era su lugar preferido, dos habitaciones pequeñas con tal cantidad de tapices y telas que no se veían las paredes ni el suelo, tan solo la blancura alta del techo. El suelo y las paredes eran de perlas, de pieles de leopardo falsas, de chales de colores, de alfombras y sombreros orientales, de fotografías antiguas y trozos de encaje amarillento. Había un sofá de terciopelo azul, lámparas con las pantallas ilustradas por distintas escenas, y palmatorias y sombrereras a rayas y ramilletes de rosas secas en copas de plata y altas sillas doradas y un tapiz en el que personas azules y marrones bailaban con pelucas de color marfil. Había estantes llenos de libros y una trompeta oxidada y un ventilador antiguo y cajas de seda y cajas de madera tallada y cajas de plata y un Buda blanco y sonriente con la piel cuarteada y el cuadro enmarcado de una chica rubia exuberante en un columpio y dos monos de hierro de tamaño natural que llevaban ceniceros en la cabeza. Yamal había adorado todo aquello, pero ahora no cabía allí, había crecido demasiado. Había adquirido un ritmo más veloz que el de la máquina de coser de Cassandra, distinto a toda aquella nada de colores brillantes que albergaban sus habitaciones.

Cassandra se había vuelto más hermética, más severa. Se ponía impaciente frente a la máquina. Había empezado a fumar otra vez.

—No deberías hacerlo —le dijo Yamal una tarde. Era marzo, aún no había nada verde. Los árboles de Tompkins Square todavía parecían hechos de cemento.

—Ya lo sé, es un hábito asqueroso —dijo Cassandra—. Pero hay unos cuantos lugares a los que no se puede ir sin un cigarrillo. —Estaba sentada y cosía unos cañutillos a un corpiño negro con mangas hasta la muñeca mientras exhalaba nubes enormes de humo sobre la oscuridad de lentejuelas. Llevaba puesta su bata de felpilla rosa. Junto a ella, uno de los monos silenciosos sostenía su cenicero.

—Es malo para ti —dijo Yamal.

—Encantó, ya sé que es malo, ¿crees que necesito que me lo diga un niño de diez años?

—Pues entonces no lo hagas.

Bizqueó ante una lentejuela.

—Con todos mis respetos —dijo—, ocúpate de tus propios asuntos.

—Es que es asunto mío —dijo él—. También yo lo respiro.

—Hay una solución muy fácil para ese problema —dijo ella.

—¿Cuál?

—Adivínalo.

—¿Quieres decir que me vaya?

—Si el humo te molesta tanto, hay todo un mundo entero sin humo al otro lado de esa puerta.

Yamal levantó un trozo de seda blanca del suelo y lo rasgó por la mitad. Le gustó el sonido que produjo.

—¿Sales esta noche? —preguntó.

Cassandra perseguía la misma noche una y otra vez y no obstante creía, de un modo secreto, que si la repetía suficientes veces, todo se destaparía y se le revelaría algo mejor que el amor, algo mejor que la música.

—Lo haré si consigo acabar este vestido a tiempo —dijo Cassandra con la boca llena de alfileres—. Tengo que ser más atenta que antes con mis clientes, ya no tengo tantos. Tengo que trabajar sin parar, como todo el mundo.

—Quiero salir contigo alguna vez —dijo él.

—Los lugares a los que voy no son para niños de diez años.

—¿Qué haces cuando sales? —preguntó Yamal.

—Ya hemos hablado de eso.

—Quiero que me lo cuentes otra vez.

—Bailar en la pista de un bar y hablar con necios. Si pensara que te pierdes algo, te llevaría, de veras.

—Entonces, ¿por qué sales tanto?

—Es para lo que tengo talento. La gente tiene que hacer lo que le sale bien, ¿no crees?

—Pues alguna vez quiero ir contigo.

—Muy bien, de acuerdo. Tú vendrás conmigo a Pyramid y yo iré al baile de quinto contigo.

—Puedes venir al baile conmigo —dijo.

Cassandra cosía y fumaba. No vacilaba en la gran tarea de ser ella misma, pero dejó que el silencio se apoderara de su rostro. Se metió dentro de sí, y la habitación quedó medio vacía. El humo flotaba en el aire dorado y espeso.

—¿Cuándo es el próximo baile? —preguntó ella con una voz que no era la suya, que provenía de algún lugar lejano, como de una radio encendida en el apartamento de al lado.

—Para Pascua —dijo él—. No creo que te guste.

—No te preocupes, no quiero ir al baile de quinto contigo. Solo quería saber cuándo era el próximo.

—Pascua. En Pascua.

—¿Tienes compañera?

—No —dijo él.

—Te haces mayor, ¿no es cierto?

—No lo sé.

—Perdóname por ponerme sentimental. Te haces mayor, te estás convirtiendo en alguien.

—No —dijo él—. No es así.

—Yamal.

—Qué.

—Nada. Hazme un favor, ¿quieres?

—Cuál.

—No te hagas mayor para convertirte en un idiota.

—Ya.

—He sido una buena madre para ti, ¿no? Razonablemente buena, dadas las circunstancias, ¿no te parece?

—Supongo que sí.

—Bueno, si vas a crecer sin mí, este es el único consejo que puedo darte. Intenta no volverte idiota.

—De acuerdo.

Cassandra aspiró el humo del cigarrillo y exhaló un penacho denso e irregular.

—Muy bien, y ahora, fuera —dijo—. Zoé ya debe de tener la cena lista, y no tendrías que hacerla esperar así.

—No tengo ganas de irme —dijo.

—Ya las tengo yo por ti.

Levantó la cabeza y escupió un alfiler sobre la alfombra. Estaba cambiando, se había vuelto más pequeña. Yamal deseaba arrebatarse el cigarrillo de la mano, arrancarle la ropa y dejarla desnuda al otro lado de la puerta, en el hedor amarillo del corredor, donde los traficantes hacían sus tratos y las mujeres cantaban en otros idiomas. Quería encerrarla afuera, meterse en su cama y permanecer indiferente a sus golpes y a sus súplicas.

—No —le dijo.

—Mueve el trasero y vete a casa, aquí no haces nada y tu madre está sola.

Yamal tocó la pata de la silla, la curva fría de la oreja del mono. Sintió la necesidad de tocar todo lo que había en el apartamento, solo tocarlo.

—¿Y bien? —dijo Cassandra. La blancura de su rostro resplandeció. Tenía una grandiosidad esquelética, la rectitud aristocrática de un espectro.

Yamal se tocó la frente, la nuca. Cassandra se acercó a él y le tocó donde lo había hecho él. Retiró la mano enseguida, como si su solo contacto lo hubiera quemado.

Al principio, cuando se enteró, lo llamó «huevos». Mi madre tiene la sangre llena de huevos. Así es como lo imaginaba: como huevos podridos, rancios y virulentos. Los huevos le hacían daño, pero si se deshacía de ellos sería peor. Cuando a alguien le salían huevos no podía quedárselos, pero tampoco podía eliminarlos.

Ahora sabía lo que ocurría. No era ningún estúpido. Pero en privado, para sí mismo, continuaba llamándolo «huevos». Todavía pensaba en su madre y en Cassandra a su regreso de un gallinero con los brazos llenos de huevos contaminados.

Se marchó a casa, pero no entró. Fue uno de esos días en que se sentó a mirar desde el portal. Se sentó en el suelo mientras el aire se volvía azul y se llenaba de fragmentos nocturnos. Observó a los hombres y a las mujeres que se dirigían con prisa hacia lo que fuese que los esperara. Observó a los perros que olfateaban aquí y allá. Dejó pasar al interior del edificio a la gente que vivía en él, a la gente que él sabía que era digna de confianza. Miró la calle con una atención continua.

Cuando entró, era más tarde que nunca. Ella estaba allí, tan igual a como la había imaginado que no podía creer que fuese de verdad. Estaba demasiado ansiosa, en el sofá, con los almohadones, la caja de Kleenex, el libro y el vaso de agua a medio llenar.

—¿Sabes qué hora es? —preguntó ella.

—Sí.

—Son casi las diez y cuarto.

—Ya lo sé.

—¿Dónde has estado?

—Por ahí.

No podía contárselo todo. No podía llevarla con él.

—No puedes estar por ahí hasta tan tarde.

Él miró la habitación, el desorden brillante. Había empezado a comprar bombillas de cien vatios para las lámparas. En el suelo había bolsas de la compra. El pelo sudado le dibujaba un signo de interrogación en la mejilla.

—¿Has oído lo que te he dicho? —preguntó ella.

—Sí.

—Entonces, contesta.

—¿Cuál es la pregunta?

Ella tomó aire un par de veces.

—La pregunta —dijo—. La pregunta es qué te hace pensar que a tu edad está

bien que te pases la mitad de la noche fuera.

—No es la mitad de la noche.

—¿Pero tú sabes lo que es estar aquí desde la tres de la tarde, convencida de que tú vienes de la escuela a casa? Hace siete horas. Si Cassandra no me hubiese llamado no tendría ni idea de dónde has pasado esas siete horas. Al menos ahora solo me quedan en blanco las que pasaron entre las seis y las diez y cuarto.

—No he hecho nada malo —dijo.

—Tienes que avisarme. Tienes que decirme dónde estás. ¿Has cenado? ¿Has hecho los deberes?

—Claro.

—Yamal...

—¿Qué? —dijo.

—No vuelvas a hacerlo, por favor. Necesito que colabores un poquito. Necesito que por las tardes, al salir de la escuela, vengas para casa. Necesito que me digas adónde vas cuando sales.

—Sí.

Ella cogió un Kleenex, pero no se enjugó los ojos ni se sonó la nariz, sino que lo partió por la mitad, en dos pedazos.

—No sé qué hacer contigo —dijo—. Cumpló con todos mis deberes. Dame alguna pista, ¿de acuerdo?

Él no podía decirle nada. Ambos sabían lo que querían, pero si no había días como los de antes, estaban perdidos. Ella estaba mal en el sofá. Él estaba mal en todas partes.

—Yamal —dijo. En el aspecto plástico de sus ojos se traslucía la enfermedad. Él intentó decirle que no había nada que hacer, y no encontró otra forma de hacerlo que la de retirarse a su habitación. Desde allí oía su respiración en la sala. Se tumbó en la cama, a oscuras. Pensó en sí mismo, tumbado en la oscuridad, pensando en sí mismo. Y no pensando en ella.

El día siguiente, al llegar a casa, se encontró con que su tío y su tía estaban allí. La tía había ido con Ben. Estaban sentados con la madre en la sala y bebían sorbos de agua como si fuera deliciosa. ¿Lo habían estado esperando?

—Eh, Yamal —dijo el tío Will. El tío Will repitió sus gestos de siempre: la media sonrisa escéptica, una ligera inclinación de la cabeza y el crujido serio y nervioso de todos los nudillos como muestra de atención.

—Hola —dijo Yamal.

La tía Susan le dio un beso. Siempre actuaba con seguridad. Se movía de manera uniforme.

Ben le estrechó la mano. Era de esos chicos que estrechan la mano. Lo rodeaba un aura de vergüenza formada por pequeños rayos invisibles. Era de una cortesía sofocante.

Yamal sospechó que los había sorprendido al llegar puntual a casa. Estaban allí

para ayudar a la madre durante su ausencia. Su presencia suponía un problema.

—Has crecido —dijo la tía Susan. No era cierto. En el último año no había crecido ni un centímetro.

Ben estaba casi un palmo más alto. Había algo invisible y amilanado en sus modales, en sus músculos, en el azul claro del polo que llevaba. Había en él algo famélico, a pesar de su corpulencia.

—¿Cómo va todo? —preguntó el tío Will.

—Bien —contestó Yamal. Inmediatamente añadió—: Ben, ¿quieres que vayamos a echar unas partidas de vídeo?

Ben miró a su madre. La tía Susan miró a la madre de Yamal y esta miró al tío Will.

—Acabas de llegar —dijo su madre.

—Ya lo sé.

Ben dijo:

—De acuerdo.

Su voz ascendió desde la prominencia azul de su pecho y salió a través de su boca.

—Media hora —dijo la tía Susan—. Ni un minuto más.

El tío Will dijo:

—Me gustaría pasar un rato contigo, Yamal. No te veo casi nunca.

—Ya.

Lo que odiaba del interés de los demás era lo visible que lo hacían a uno. Todo lo que deseaba era pasar inadvertido y observar.

—Vais al local de la Segunda Avenida, ¿verdad? —preguntó la madre.

—Estaremos de vuelta en media hora —dijo él.

—De acuerdo. Hasta luego.

Cruzó la puerta seguido de Ben. Echó un vistazo atrás, a la madre, la tía y el tío. Pensó en el océano, esa tierra de nadie fría y verde. Pensó en su primo mayor, nervioso y extraño como un caballo.

Fuera en la calle le preguntó:

—¿De veras quieres ir a los juegos de vídeo?

Ben dejó caer la pregunta y miró hacia el suelo, donde había aterrizado.

—Supongo que sí —dijo—. ¿Tú no quieres?

Pensó que había una respuesta correcta y otra incorrecta. Deseó dar la correcta.

—Podemos ir a los vídeos —dijo Yamal—. Me da lo mismo lo que hagamos, necesitaba salir de ahí.

—Ah —dijo Ben.

Fueron hacia el parque por la avenida B. Hacía un día frío y soleado, se oían las radios. Una mujer con una caja en la cabeza caminaba mientras anunciaba a gritos las conspiraciones de holandeses y judíos. Llevaba una manta estampada con jinetes de rodeo, vaqueros pálidos que enlazaban pálidos toros azules.

—Debe de estar loca —dijo Ben.

—Supongo que sí.

—¿Todavía vas con ese tipo tan loco?

—¿Qué tipo?

—Ese que usa vestidos.

—Ah, Cassandra. Ella no está loca.

Ben dijo:

—Ese tipo me da grima.

—A Cassandra debes decirle «ella» y no «él».

—¿Por qué?

—Por cortesía —dijo Yamal.

Ben asintió. Creía en cualquier clase de normas.

Atravesaron el parque y pasaron junto a las tiendas de la gente sin hogar. Había un hombre sentado en un banco, con su colección de espuma de caucho sucia. Lamía una hoja de papel de plata que centelleaba y relumbraba bajo el sol como algo de valor. En la barba del hombre temblaban restos de espaguetis.

—Qué cerdo —dijo Ben.

—Chsss —contestó Yamal—. Puede oírte.

Caminaron un rato sin hablar. Yamal se sentía como si guiara a un caballo por las calles del barrio. Un caballo blanco, magnífico, pero asustado y desesperado por agradar.

—No vamos a ir a los vídeos —dijo Yamal.

—Bueno.

—Nos vamos a esconder un rato.

—¿Qué?

—Vamos.

Yamal se encaminó al edificio abandonado de la calle Once. El edificio estaba tan decrepito como la mujer de la caja en la cabeza, desmoronado y vacío. Se había derrumbado el techo y en la planta superior había brotado un arbolito, de modo que el edificio estaba coronado por algunas ramitas. Las ventanas se habían quedado sin marcos y algunas todavía conservaban algún triángulo de cristal.

—¿Quieres entrar ahí? —dijo Ben.

—Sí.

Ben se detuvo en el portal. Resopló y manoseó el hormigón, relinchó nerviosamente, preparado para desbocarse. Pero a Yamal le gustaba la idea de llevar a ese asustadizo primo mayor a un lugar silencioso de aspecto imponente. Llevarlo a un sitio que no formara parte del mundo parecía lo correcto. Parecía justo lo que necesitaba: esconderse.

—Hay algo dentro que quiero enseñarte —dijo Yamal.

—Creo que no me apetece —dijo Ben.

—Venga ya, vamos.

Yamal se precipitó por los escalones resquebrajados de la entrada y apartó el tablón suelto que tapaba el acceso. Esperó. Al cabo de un momento, presa de la angustia de una sumisión ansiosa, Ben lo siguió.

—¿Crees que esto es seguro? —preguntó.

—Es seguro. Yo vengo muy a menudo.

Guio a Ben por el vestíbulo, que olía a yeso, a orina y a podrido. En las paredes quedaba algún trozo de papel enrollado, con sus flores grasientas y mohosas. Reinaba una quietud húmeda. En el suelo había frascos rotos. La luz era sombría.

—Por aquí —dijo Yamal, y empezó a subir por las escaleras. El pasamanos lo habían cortado hacía tiempo para hacer leña, y faltaban la mitad de los peldaños, pero aún se podía subir con relativa facilidad. Desde algún lugar del segundo piso, de una habitación al fondo, llegaba el zureo de una paloma.

—¿Estás convencido de que esto es seguro? —preguntó Ben.

—Sí. —Probablemente era seguro. Podía haber algún que otro chiflado, pero eran inofensivos. La mayoría. Su madre y Cassandra lo matarían si se enteraran de que iba allí, pero lo necesitaba, un lugar privado que no formara parte de las cosas.

Condujo a Ben por el corredor del segundo piso, con los vanos de las puertas vacíos y abiertos a habitaciones vacías también, excepto por las botellas y las jeringas que la gente dejaba tiradas por ahí, por los colchones mohosos. En una de las habitaciones había un par de zapatos de mujer color rosa brillante, de plataforma, desafiantes y solitarios, como si fueran la clave de algún misterio que todo el mundo había desistido de resolver.

—Todo esto es muy extraño —dijo Ben.

—Tú, sígueme.

Yamal siguió por el tercer piso hacia arriba, donde no había techo y donde el arbolito de color gris ceniciento había conseguido echar raíces en el poco de polvo y tierra arrastrada por el viento que hubiera bajo los tablones rotos. Las paredes, de ladrillos desnudos y quebradizos, todavía se mantenían de pie, y sus ventanas vacías daban a la calle Once. Yamal guio a Ben hasta la habitación donde crecía el arbolito.

—Mira esto —dijo. Fue hacia la ventana. La ventana daba a una iglesia que había al otro lado de la calle, a la misma altura que la estatua dorada de un hombre con traje talar y barba. El hombre tenía una expresión solemne, ligeramente sobresaltada. Llevaba una cruz en una mano y con el índice de la otra la señalaba, aunque parecía señalarse su propia cabeza. Cuando Yamal era más pequeño, creía que aquel hombre representaba alguna pregunta vital acerca de la relación entre la cruz y su cabeza.

—Antes creía que se trataba de Dios —dijo Yamal—. Pero no. Es san Francisco Javier.

—San Francisco Javier —dijo Ben.

Se quedaron un rato frente a la ventana, mirando la iglesia y la calle. Un gorrión se posó en la rama del árbol larguirucho, se agitó y luego reanudó el vuelo.

—A veces vengo a este sitio —dijo Yamal—. No tanto como antes. Cuando era

pequeño, lo llamaba mi casa. Pensaba que este lugar era mío. Estaba convencido de que si un día me escapaba podría venir a vivir aquí.

—Entraría la lluvia.

—Lo sé.

Ben dirigió su rostro serio al de san Francisco Javier. Un escuadrón de ciclistas recorrió la calle con estrépito.

—¿Tienes novia? —preguntó.

—No. ¿Y tú?

—Hay una chica que me gusta —dijo Ben—. Se llama Anne. Anne Dempsey.

—Ah.

—Es muy guapa.

—Ah.

Ben cogió un trozo de cemento viejo del antepecho de la ventana y lo sopesó en la mano. Yamal se sacó un centavo del bolsillo. Lo lanzó a la estatua de san Francisco Javier. El centavo cayó cerca, aterrizó en la calle.

—¿Para qué haces eso? —preguntó Ben.

—Para que me dé suerte.

—Yo no tengo ningún centavo.

—Toma.

Yamal le dio un centavo y Ben lo tiró. El centavo le dio a la estatua en el pecho, en los pliegues dorados y rígidos de la túnica.

—¡Bien! —dijo Ben. Levantó el puño en señal de victoria. Se sentía simple y llanamente feliz porque le había acertado a una estatua con un centavo. Yamal lo compadeció, por razones inexplicables, y sintió por él cierto cariño. Su vida era tan segura, estaba tan intacta.

—Tienes buena suerte —dijo Yamal.

—Vuelve a intentarlo.

—No, yo no creo en la suerte.

—Entonces... ¿por qué has tirado antes ese centavo?

—¿Tienes todavía aquel fuerte? —dijo Yamal.

—¿Qué?

—Aquel fuerte, en tu casa, encima del árbol.

—Ah, la casita del árbol. Sí, todavía está allí.

—Cuando era muy pequeño solía pensar que subiría allí a hurtadillas y me quedaría a vivir.

—¿Por qué querías eso? —dijo Ben.

—Me gustaba aquel fuerte. Pensaba que me iría a vivir allí y que robaría comida de la cocina de tu madre por las noches.

—A veces todavía voy a la casita del árbol.

—No me dejabas subir —dijo Yamal.

—No es cierto.

—Sí lo es. Cuando éramos pequeños, me decías que era un club privado. Decías que era solo para socios.

—No me acuerdo.

—Yo sí.

—Éramos muy pequeños.

—Yo estaba loco por aquel fuerte. No sé qué creía que había ahí arriba. Un tesoro, quizás. Algo.

—No hay nada allí arriba —dijo Ben.

—Ya lo sé. Ahora ya lo sé.

—Oye, puedes venir a Connecticut cuando quieras.

—De acuerdo.

—Quiero decir, somos primos.

—Ya.

El rostro de san Francisco Javier miraba a la ventana con una fijeza ciega y dorada. Yamal y Ben se quedaron juntos un rato con un aspecto apaciguado, una tranquilidad animal más calmada que cualquier otra calma conocida. Ben se acomodó un rizo del cabello oscuro tras la oreja, y Yamal se dio cuenta de lo que pasaba con él. ¿Cómo podía habersele escapado todos aquellos años?

Estaba allí, a la vista, en todo lo que decía y hacía, pero Yamal no lo había reconocido hasta ahora, hasta que vio a Ben acomodarse un rizo de su propio cabello con tanto cuidado y ternura como habría utilizado para introducir una carta en un sobre. Después, Yamal se diría para sí que el secreto de algún modo se lo había revelado san Francisco Javier, el de la cruz y la cabeza inquisitiva.

Ben era como Cassandra.

Yamal sintió la necesidad de acariciarle esa cabeza grande, de apaciguarlo y montar a su grupa y recorrer así, con él, las calles de la ciudad. Tranquilizaría a Ben con su capacidad. Le diría, mediante la presión de sus muslos, que no había nada que temer.

—Será mejor que volvamos —dijo Ben.

—Sí.

No se movieron. Continuaron de pie en la habitación abierta de par en par donde nadie podía encontrarlos. El hombre dorado seguía enfrente, en la calle Once, con su silencio indagador.

Al cabo de un rato, Ben dijo:

—Me gusta estar aquí arriba.

—¡Bien!

No se movieron. Estaba sucediendo algo, algo sin nombre. Yamal no intentó comprenderlo. Dejó que ocurriera. Tenía que ver con ser de la misma sangre, con ser caballo y jinete. Tenía que ver con la pregunta de la estatua y con el árbol que crecía entre los tablones del suelo. Yamal y Ben estaban juntos en el lugar secreto, y Yamal deseaba dar consuelo. Deseaba desaparecer en el acto de ofrecer consuelo a un chico

más afortunado que él. Cuando Ben lo tocó, temeroso, Yamal no se retiró. Quería darle consuelo. Él y Ben se quedaron en aquel lugar durante mucho tiempo y cuando regresaron a casa todos estaban enfadados con ellos.

El dinero nunca había sido cosa fácil, y ahora que Bush había sustituido a Reagan, prácticamente había desaparecido. El negocio de la construcción era un cementerio. Primero se fundieron los tipos de pacotilla, y a continuación empezaron a derrumbarse los más sólidos. Era como si los muchachos jóvenes que solían comprar las casas de Nick y Constantine se hubiesen esfumado, todos esos mecánicos y dependientes y técnicos de laboratorio que trabajaban como bestias y que, con un pequeño préstamo de sus padres y algo más que ponían los suegros, podían afrontar las mensualidades de una casa barata con tres dormitorios situada en un cuarto de acre de tierra en Nueva Jersey o en Long Island. Se habían desvanecido, tanto ellos como sus esposas, mujeres de abundante melena y aspecto descuidado. Ahora alquilaban apartamentos, o vivían con los padres. Ya nadie se sentía seguro, ni siquiera la gente con un puesto de trabajo. Nadie quería correr riesgos.

Constantine le dijo a Nick que si querían seguir con el negocio, era hora de abandonar la afectación. Fuera las vallas de estacas puntiagudas, fuera las buhardillas, nada de paneles de vidrios de colores en las puertas de entrada. El nuevo período iba a moverse en torno al verdadero valor, y él quería seguir por ese camino. Dejar de imitar un lujo prometedor y accesible, de atraer mediante las facilidades de financiación. Pero a Nick le encantaban los adornos, la barra donde tomar el desayuno y los miradores. Constantine se sorprendió ante la tozudez de Nick, y finalmente se sintió ofendido. Estaba claro que, incluso después de veinte años de sociedad, Nick se consideraba el cerebro y veía a Constantine como la fuerza bruta.

—Con —le había dicho al principio—, la gente no va a comprar casas así, sin adornos. Sé que los tiempos que corren son duros, pero si seguimos fabricando las casas que quiere la gente, la gente las comprará. Hazme caso.

Había hablado con calma, como si le explicara a un niño una idea simple.

—Si es que hay alguien por ahí que tenga dinero para una casa —había respondido Constantine—, no se lo va a gastar en cosas superfluas. Esos días se acabaron, tenemos que abaratar lo máximo posible. Nuestra única oportunidad es ofrecer los precios más bajos de toda la zona.

Unos cuantos días más tarde, cuando la insistencia férrea de Constantine acabó con la paciencia de Nick, este le había dicho:

—Eso que tú dices no son más que unas casillas de mierda, ¿qué pretendes?

—Toda la vida han sido unas casillas de mierda —había dicho Constantine—. Son unas casillas de mierda que no pueden dejarnos sin negocio.

Nick se había sentido verdaderamente herido por aquello. Por un instante, los ojos se le pusieron vidriosos. Pobre hombre equivocado. ¿Qué había pensado que estaban construyendo todos aquellos años, monumentos que perdurarían durante siglos? ¿Realmente había creído que los ornamentos coloniales de latón tenían alguna importancia?

—No es más que un producto, Nick. Y un producto tiene que cambiar con la demanda del mercado.

Por fin, con una voz vacilante de rabia, Nick había dicho:

—Me he pasado cincuenta años haciendo lo mismo. ¿No te parece que quizá sé de lo que hablo?

—No —había respondido Constantine—. Ya no, no lo creo.

Al final decidieron hacer lo que llamaron una «separación de prueba». No disolvieron la sociedad, pero acordaron que el nuevo proyecto sería solo de Constantine, que lo financiaría él y sería el único responsable de las pérdidas. Nick se negó a renunciar a sus creencias. Repitió una y otra vez, con la seguridad monótona de un cura, que los toques de lujo ayudaban a vender las casas. Consideraba aquello una fórmula comprobada, el secreto de su éxito: por cada dólar gastado en colocar una bañera con masaje o una chimenea, podían sumarse veinte al precio total. Pobre hombre equivocado. Era la inversión más grande que la gente hacía en la vida, decía, y la menos guiada por la razón. Un presunto comprador ve un montón de casas, y queda impresionado por sus comodidades. Quiere enamorarse. Desea imaginarse a sí mismo y a su familia reunidos todos alrededor del hogar en la época navideña. Quiere gozar en el *jacuzzi*. Quiere tocadores de imitación de mármol, quiere impresionar a los parientes. Ofrece a esos muchachos algo que adorar, por insignificante que sea, sé razonable con el precio y comprarán.

Constantine lo había visto de otro modo. Con Bush, la economía se había convertido en un desastre. No había movimiento de ningún tipo. Nick se había hecho demasiado mayor para entenderlo, pensaba que el dinero fácil de los años de Reagan eran el resultado directo de su propio trabajo duro. Constantine sabía lo lejos que había quedado ese dinero, pero sospechaba que podía haber un nuevo tipo de comprador perdido en la versión nueva y rebajada de América. No pensaba en los americanos auténticos, la gente blanca, optimista, que trabajaba con toda su energía, tercera o cuarta generación del país, para quienes él y Nick habían utilizado las molduras de yeso y el aluminio. Pensaba en los inmigrantes. No en la gentuza, sino en los trabajadores insaciables, decididos a mejorar. El marido y la esposa que pasaban doce horas diarias en puestos de trabajo que los americanos auténticos rechazaban, mientras los hijos se quedaban con alguna vieja tía que no hablaba ni pizca de inglés. Solía trabajar con gente así, antes, cuando hacía de peón. ¡Santo cielo! Si casi había sido uno de ellos. Esa gente, creía Constantine, estaba desesperada por tener una propiedad, por invertir, por hacer suyo un pequeño pedazo de Estados Unidos. Querían una sola cosa... algo de valor. Su única pasión era la posesión. Comprarían las casas más baratas que encontrarán.

De modo que confió en la suerte e invirtió su parte de los fondos en la construcción de setenta unidades de tres habitaciones en Rosedale. Ofreció una cantidad competitiva de metros cuadrados —en parte, la razón por la que aquella gente iba allí era para dejar de sentirse hacinada— y eliminó todo lo demás. Las casas

eran mondas y despejadas, recubiertas de estuco blanco, tan desnudas de detalles que parecían las ideas de las casas, en hilera, a la espera de adquirir su forma definitiva. Lo que, en cierto modo, era el quid de la cuestión. Aquellas casas estaban específicamente pensadas para Juan, Vladimir y Shadeed, que habían crecido con el sueño de tener una casa en América. Cómprala y haz lo que quieras con ella. Píntala de rosa o de turquesa. Construye un lugar sagrado para un dios elefante en el patio delantero. O arréglalo al maldito estilo colonial de Williamsburg. O pégate un tiro, lo que quieras.

Un modo de empezar. Ahorramos para usted. Convierta sus sueños en realidad.

Habían sido tres años y cuatro zonas distintas. Había ido mejor incluso de lo que Constantine había previsto. Baja los precios hasta un nivel determinado, anúncialo en los diarios étnicos y toda una población invisible sale a la luz. Llegaban en coches de segunda mano, pero no en aquellos Cécicas o Chevy Novas pequeños y razonables que conducían los anteriores clientes de Constantine, sino en ostentosos Buick Rivieras y Chrysler Imperials de quince o veinte años, que habían dado más de una vuelta al cuenta quilómetros, pero mejor cuidados que algunos de los niños que se amontonaban en el asiento trasero junto a alguna tía o a un abuelo, o a dos o a tres. Rostros negros, rostros morenos. Rostros blancos, también, pero estos normalmente hablaban un inglés vacilante y daba la sensación de que habrían estado más cómodos al llevar una carreta de bueyes en lugar de uno de esos viejos modelos. Entre ellos había un montón de gente que prefería las cosas baratas. Les gustaba el linóleo y los fluorescentes. Eran lo contrario de los nacidos americanos, quienes deseaban que se invirtiera una pequeña fortuna en conseguir que los lugares tuvieran un aspecto antiguo. A esa gente le importaba un pito que hubiera revestimientos de roble, paredes de ladrillo simuladas o ventiladores de estilo colonial en los techos. Querían que el vinilo pareciera vinilo. Y al encender las luces, querían deslumbrar a los vecinos de tres casas más allá.

¿Por qué esperar? Haz tu sueño realidad ahora mismo.

Constantine se hizo millonario al tiempo que todos los demás quebraban. Tenía un millón en el banco, y estaba rodeado de un montón de constructores arruinados. Nick era historia, ¿quién lo necesitaba? Constantine había empleado su propia fórmula, y eran tan solo dos palabras: *reducir gastos*. Sabía que esa fórmula no pasaría nunca de moda, y con todos los demás en apuros, era fácil cerrar tratos favorables. Encontró una cementera en Scranton dispuesta a elevar el contenido de agua por encima de lo legal solo por hacerse con sus pedidos. Dio con un tipo de Teaneck —de personalidad sobrecogedora, y eso que Constantine no se asustaba fácilmente— que poseía un almacén lleno de aislantes hechos con fibra de amianto, material prácticamente tan ilegal como el plutonio. El tipo casi le pagó para que se lo quitara de encima.

Sin embargo, no permitió que aquel hábito del ahorro afectara su vida personal. Cuanto más economizaba en las casas para otra gente, más deseos sentía de mejorar

la suya. Se regía por una ley de compensaciones. Hizo instalar un invernadero y una sauna, cubrió el vestíbulo de mármol blanco. Su casa se estaba convirtiendo en un palacio y a veces, cuando se paseaba por las habitaciones, sentía en el pecho un latido de profunda satisfacción. Había creado aquello a partir de la nada, sin ayuda alguna. Todo era intrínsecamente suyo, tanto la cama con dosel como los sofás mullidos de terciopelo, como el mural pintado a mano del salón comedor: una escena en un pueblo húngaro por el que Magda se había preocupado y discutido durante medio año o más. Daba a Magda todo cuanto deseaba: decoradores homosexuales y pintores de murales, vestidos innumerables, un anillo de esmeralda más caro que un coche nuevo. Todo era magnífico y satisfactorio.

En su mayor parte satisfactorio. Luego había pequeñas cosas. Su salud, ese maldito corazón delicado. Ya había sufrido un ataque, ese horrible agarrotamiento, un puñetazo directo al pecho. Le había quitado importancia. No era de esos que se miman a sí mismos. Rechazaba la idea de que hacerse mayor fuese ligado a dietas y a cuidados especiales. Pero a veces le producía intranquilidad. Uno podía pasear sin más, mientras pensaba en la cena o en un buen polvo, o en el agua que contiene el cemento, y de pronto, al instante siguiente, podía estallarle el corazón.

Y, bueno, había uno o dos detalles respecto a Magda. ¿Por qué no podía ser una señora? Ni estirada ni estrecha. No buscaba una viuda respetable y enojada que fuera todo sonrisas cansadas y un peinado rígido e intocable. Pero una señora. Algo extraño, electrizante, con misterios perfumados, una sabiduría ganada a pulso y un efluvio sexual rico y del color de la miel. Constantine escuchaba cantar a Frank Sinatra *La señora es una golfa*, y pensaba, sí. Eso es. La señora es una golfa. Fuerte pero elegante, hace que la mayor parte de las demás mujeres parezcan gardenias marchitas. Magda casi era así, estaba tan cerca de ello que a veces Constantine se sentía entusiasmado por el solo hecho de entrar con ella en una tienda o en un restaurante caros. Se sentía un tipo brillante, dueño de sí mismo, un tipo que había abandonado a una mujer preciosa y recatada y una vida ordenada para adentrarse en la aventura. Un tipo capaz de enfrentarse a unos pechos abundantes y al sonido de un acento extranjero, de vibrar en la cama como muchos hombres de su edad solo se atreverían a hacerlo en sus fantasías. Se podía dejar arrastrar por esas ideas algunos minutos, pero después caía de nuevo en la incertidumbre, en una incomodidad punzante. Magda tenía veinte kilos o más de exceso de voluptuosidad, y cuando comía producía un ruido suave de aspiración, algo adenoideo, como si al masticar se le desacompararan las mandíbulas y las cavidades nasales y fuera necesario resoplarse para regresarlo todo a su lugar.

Unas veces la amaba por ser grande y extraña. Otras veces se lamentaba amargamente de toda la belleza que se perdía, sentía nostalgia al pensar cómo quedaría un vestido de noche sobre unos hombros esbeltos.

No pretendía hacerla desdichada. No pretendía insultarla. No obstante, a veces perdía el control. Formaba parte de su forma de ser. Luego siempre se disculpaba.

¿Era realmente imperdonable lo que la había llamado durante la cena de la Fundación de Beneficencia? Un cerdo, sí señor, se había emborrachado. Sí, había soltado un ronquido tras otro, como un cerdo en el comedero. Pero era una broma, había estado de broma.

—¿Se puede saber qué quieres?

Se había tambaleado ebria en la puerta de entrada, había tropezado en el primer escalón, se había desgarrado el vestido, y se había caído lentamente en el suelo de mármol. Tenía el pedazo de tela rota agarrado entre las manos y lo miraba con fijeza, como si se tratara de un fragmento de su propia piel.

—Quiero ir a la cama.

Constantine estaba de pie sobre las baldosas de puro mármol blanco, tampoco demasiado sobrio y algo inseguro acerca de cómo se las había arreglado para llegar a casa en coche.

—Un cerdo. Tú crees que soy un cerdo. —Miraba el agujero del vestido. Luego se arrodilló en el suelo.

—Era broma, ¿no puedes aceptar una broma? He bebido demasiado, llama a la policía.

—Lo has hecho para burlarte de mí. Ese es el motivo. —Tenía los ojos manchados y el peinado despachurrado. Arrodillada junto a los pliegues rígidos del vestido, tenía el aspecto de una planta acuática gigante y marchita.

—No sé de qué me hablas. —Se encaminó a las escaleras. La dejó desahogarse, estaba demasiado borracho y cansado como para tomarla en serio.

—Esto. Todo esto. —Abrió los brazos, gordos pero recios. Hizo algunos ademanes en el aire con las manos—. Todo esto.

—Me voy a la cama.

—Lo has hecho para humillarme. Te casaste conmigo y construiste esta casa para llevarme a las fiestas y llamarme cerdo.

—Estás loca, eso es lo que pasa.

Pero para sí pensó: En esto hay una cierta verdad disparatada. Alguien que estaba demente escupía la verdad porque había perdido de vista lo que no era posible.

Estaba borracho. Ambos lo estaban.

—Soy tu cerdo —dijo ella—. Ese es mi *escablo*.

Él la rodeo y empezó a subir las escaleras.

—Se llama establo —le dijo—. ¿Por qué no aprendes a hablar inglés de una buena vez?

—Eres un cabrón. Un verdadero cabrón.

Le resultó divertido verla mientras lo llamaba bastardo. Se había emborrachado, y sabía que aquello salía de alguna película. Ella habría visto a alguna chica fascinante, derrumbada al pie de unas escaleras enormes, que llamaba cabrón al marido. Al decirlo, incluso había perdido su acento extranjero. Así que le dio risa. Y se fue a la cama.

Constantine se pasó de rodillas los tres días siguientes. Ella se guardaba cosas como aquella. Las acumulaba. No había disculpa, por lacrimosa que fuera, ni regalo, por espléndido que resultase, que pareciera capaz de restituir el equilibrio. Vivía en un ambiente de rencor y agravio, en una casa pequeña e invisible que erigía dentro de la casa de ambos. Vivía allí sola. Tres días de disculpas continuas no conseguían derribarla completamente. Ni un reloj Cartier. Acabó por pasársele, al fin, como todo, a pesar de que a veces, cuando Magda volvía a casa con un vestido o un par de zapatos nuevos, aún decía:

—Mira lo que se ha comprado tu cerdo.

Él se limitaba a sonreír. Aquello estaba camino de convertirse en una especie de relación cariñosa, en uno de esos enfrentamientos agridulces que suele existir entre las parejas.

De vez en cuando, por la noche, conducía hasta alguna de las nuevas urbanizaciones. Por la noche parecían algo más normales. La pintura color verde pálido o amarillo limón no destacaba tanto. Los jardines decorados con pagodas o santuarios para la Virgen quedaban amortiguados por la oscuridad. En sus paseos por aquellos lugares le llegaba el aroma de comidas diferentes, oía música difícil de reconocer como música. Ni odiaba ni quería a aquella gente. Simplemente, los observaba hasta cansarse, y luego volvía a casa.

Una noche, ya tarde, pasadas las diez, aparcó el coche y estuvo allí sentado un rato antes de darse cuenta de que, frente a él, al otro lado de la calle, había un niño sentado en el bordillo. Era tan moreno que se confundía con la noche. Era una noche fría de octubre. Sin embargo, el niño iba vestido con unos pantaloncitos cortos y una camiseta demasiado pequeña. Tiritaba con las piernas pegadas al pecho. No podía tener más de cinco o seis años.

Constantine bajó la ventanilla:

—¡Eh! —dijo.

El niño lo miró, no dijo nada. No era negro. Indio, tal vez. Pero moreno.

—¡Eh! —dijo Constantine—. ¿No deberías estar en casa?

El chico siguió mirándolo con muda incomprensión. Quizá no hablaba inglés.

Constantine salió del coche. Cruzó la calle y se quedó delante del niño.

—Te estoy hablando —dijo—. ¿Me entiendes? ¿Sabes lo que estoy diciendo?

El niño asintió con gravedad.

—¿Vives por aquí?

El niño asintió de nuevo.

—¿Y tus padres no te estarán buscando?

Esta vez el niño no asintió. Se quedó allí quieto, con la vista fija en Constantine.

—Vete a casa —dijo Constantine—. Aquí fuera hace frío.

El niño no se movió. En el aire flotaba un aroma a alguna especia singular: pimienta mezclada con algo que a Constantine le recordaba el olor de un perro mojado. Le pareció oír que, de lejos, llegaba el eco de esa música negra que en

realidad no era música, sino solo un puñado de tipos que insultaban a gritos a los blancos mientras alguien golpeaba un tambor de acompañamiento.

—Vete a casa —dijo otra vez. El chico lo miró con una atención perpleja, como si Constantine le pidiera un confuso favor que el chico deseaba otorgar pero era incapaz de llevar a cabo.

El niño no dejó de temblar, ni de mirar fijamente.

—De acuerdo, tú ganas —dijo Constantine.

Pisó el acelerador y se marchó de allí. Se preguntó si debería avisar a alguien, pero decidió que no. Con gente así, nunca se sabía. Quizá dejaban a sus hijos por ahí toda la noche sin ropa suficiente. Puede que aquella fuera una de esas tradiciones extranjeras que deben respetarse, el tipo de costumbre que Billy siempre defendía. ¿Cómo lo llamaba él? Todo-céntricos. No seáis tan todo-céntricos. Bien. Al volver la esquina, Constantine pasó por entre una oleada de música, por entre esos gritos rítmicos de los negros, que provenían de una casa pintada de rosa y marrón, como un pastel gigante. A esa distancia no conseguía entender las palabras. Probablemente instaban a otros tipos negros a matar agentes de policía, a violar a sus esposas, a incendiar el mundo entero. Probablemente había tenido suerte de que el niño del bordillo no hubiese sacado un revólver para dispararle. Condujo lejos de aquel lugar, lejos de la música, y se dijo que no volvería a aquel sitio por la noche nunca más. Al llegar a casa, aparcó un rato allí delante, y sintió que no le apetecía aún bajarse del coche. Encendió un último cigarrillo y se quedó sentado hasta que vio a Magda, grande y furiosa, pasar en camión por delante de la ventana del dormitorio, con el periódico alemán al que se empeñó en suscribirse y con un bocadillo que parecía de salchichón.

La vida era el trabajo y el amor, un cierto amor. Los pequeños fallos se ignoraban. Y luego estaba Zoé. No se permitía pensar demasiado en ello.

Nunca preguntaba cómo lo llevaba. No quería saber. Tenía buen aspecto, no parecía distinta, y la mitad del tiempo olvidaba el asunto por completo. No siempre era fatal. Estaban investigando para encontrar una curación. Hacía que fuera a su casa más a menudo, y normalmente se mostraba dispuesta a visitarlo. Para ayudarlo con el huerto, decía él, y ella casi nunca rehusaba. Él sabía cuánto echaba de menos un huerto, encerrada en la ciudad como estaba. A veces iba sola, en el tren, otra veces llevaba al niño. ¿Qué se podía hacer? No era malo, y sabía entretenerse él solo. Constantine se preguntaba cuándo empezaría a escuchar esa música sanguinaria, cuándo volvería de la escuela a casa con un revólver. Intentaba no pensar demasiado en eso, tampoco. Él y Zoé trabajaban juntos en el huerto toda la primavera, y en verano, y en otoño. Era un huerto fantástico, refugiado tras una elevación cubierta de hierba, no demasiado alta, que descendía hasta el Atlántico. Habían llevado hasta allí dos toneladas de humus, porque sino, tan cerca del océano, no crecía absolutamente nada. El huerto prosperaba, en parte gracias al humus y en parte porque él lo rociaba con pesticidas químicos y fertilizantes cuando Zoé no lo veía. Ella no lo aprobaba, así

que ¿para qué decírselo? Era mejor dejarla creer que las lechugas, las judías y los tomates brotaban lustrosos y perfectos porque los trataban con amor. Trabajar con ella en el huerto, de aquella manera, le producía una sensación extraña, le hacía sentir que había hecho algo bueno de su vida. Poseía aquel huerto para su hija enferma. Disponía de aquella vista del océano para ella.

Solo hubo un momento crítico con Zoé, una tarde de septiembre, al coger ella un tomate maduro de una de las plantas.

—Es precioso, ¿verdad? —dijo. Se agachó, lo cogió en la palma de la mano y se lo acercó al pecho como si se tratara de un pájaro.

—Antes odiabas los tomates —dijo Constantine.

—He crecido.

—Sí. ¡Bueno, vamos a tener una cosecha sensacional! —Se arrodilló junto a la hija. Ella llevaba unos vaqueros demasiado grandes y una camiseta vieja con las mangas recortadas, precisamente la ropa con la que él detestaba verla, pero en ese instante tenía un aspecto magnífico, como si cada segundo de su vida, como si todas las circunstancias en que la había visto, hubiesen conducido a ese momento: Zoé acucillada en el huerto, pálida y tranquila, una tarde de septiembre, con el Atlántico agitándose un poco más allá y un tomate maduro entre sus manos. La niña pequeña de Constantine. La más joven, la inesperada, la hija a quien él había querido dar el nombre de la abuela, en contra de la voluntad de Mary, que deseaba llamarla Joan o Barbara. Le limpió con el dedo una pizca de tierra que tenía en la mejilla y pensó en lo grande que resultaba su dedo, en lo basto que era al lado de su piel.

—Últimamente no me apetece comer nada que no haya visto crecer —dijo—. La comida de las tiendas tiene un aspecto extraño, no sé, peligroso, una nunca sabe dónde ha estado metida.

Rio. Se llevó el tomate a la boca, y Constantine sintió la necesidad de gritar: ¡No! ¡Está envenenado! Lo cual era absurdo. No estaba más envenenado que la mayor parte de las cosas que comía la gente, y lo más probable es que lo estuviese menos. Pero al verla morder el tomate notó que un escalofrío le recorría el corazón.

—¡Mmmm! —dijo ella—. Es uno de los mejores tomates que he probado en mi vida.

Lo invadió el terror, un miedo helado que osciló en su pecho como algo que se balancea sobre una cuerda. Podría haberla cogido entre sus brazos y suplicarle perdón. Entonces se dominó. ¿Perdón por qué? ¿Por quererla, por ser el mejor padre que sabía ser? La próxima primavera alquilaría una casa en la playa lo bastante grande para que cupieran todos. Una casa de vacaciones, no para él y Magda solos. Podría llevar al niño, y dejar que se aireara un poco.

—Pruébalo —le dijo ella. Alargó la mano blanca y delgada y le ofreció el tomate.

—Gracias, cariño —dijo él. Aceptó el tomate y le dio un mordisco voraz.

1993

Yamal vivía en él. Ben pensaba en sus ojos y en sus labios, en el centelleo denso de su cabello. Cada vez que pensaba en Yamal lo invadía una sensación vil y pesada que no se parecía a nada anterior, una bola caliente y húmeda de sentimiento inescrutable que silbaba con miedo, esperanza y vergüenza, aunque la bola no estaba hecha de esas emociones. Daba vueltas confusamente en el interior de su estómago. Lo asustaba. No era amor, no lo que él imaginaba del amor. Se parecía más a lo que él se figuraba como un cáncer, un cáncer como el que tenía la vecina, la señora Marshall, una bola de células locas que, en palabras de su madre, se la estaba comiendo viva. El cáncer era y no era él mismo. Se lo comía y reponía lo comido con más de lo mismo.

1993

Connie pretendía que Ben hiciera lo que ella decía. Estaba en el desembarcadero, bonita y con mal genio, envuelta por una luz diluida y apoyaba los puños en las caderas. Tenía una fe de atleta en la disciplina, en los poderes del movimiento metódico.

—¡Vira! —le gritó.

Solo en el barco, a cien metros del desembarcadero, Ben notaba cómo se empeñaba en trabarse, en perder velocidad. En dejar de avanzar. Le había costado menos de dos días comprender la indolencia del barco, esa tendencia a una vida soporífera sin más actividad que la de dar suaves golpes al embarcadero. Había que intimidarlo, que persuadirlo. Era un perrito faldero. Pero él había imaginado zancadas lobunas sobre las aguas de un azul brillante, hendidas por una garra perfecta.

—Esto es una mierda —gritó él.

—¡Vira! —contestó Connie. El *Sunfish* navegaba de bolina, luego hinchó velas, aligeró la marcha y por un instante Ben adoró la embarcación por su pequeña vida, modesta pero obstinada. Incluso un perrito faldero tenía momentos de certidumbre animal, cierta gracia desalmada—. Muy bien —gritó Connie—. Ahora voltejea hacia la boya.

Voltejeó hacia la boya, viró, voltejeó de nuevo. Se inclinó sobre el agua tranquila para trabajar sobre el botalón. Tenía la sensación de que en un barco siempre sabía cómo actuar, igual que si supiera lo que necesitaba la embarcación. Navegar era instintivo en él, una inteligencia automática sobre las maneras en que las velas podían contestarle al viento.

—¡Vuelve de nuevo hacia la boya! —gritó Connie. Lo hizo, voltejeó con facilidad hacia la boya. Echó un vistazo al embarcadero, a la mezcolanza de casas de tejamaniles grises, a la media luna pálida de la playa de la bahía. Allí estaba Yamal, en la playa, a la espera de su turno. De pie en la arena, delgado, con sus vaqueros blancos holgados, con las manos morenas entrelazadas en la nuca. Miraba el agua, miraba a Ben en la barca. Ben se obligó a pensar en el viento que inflaba las velas. Se obligó a pensar en Connie, que se preparaba para gritar la siguiente orden.

Luego fue el turno de Yamal. Ben se quedó en el embarcadero, a observar. Yamal no tenía talento para la navegación, aunque incluso en la impotencia poseía la precisión de movimientos de un bailarín, una autoridad desafiante. La vela tembló y perdió el empuje. Connie se rodeó la boca con las manos fuertes y gruesas y le gritó que virara. En la barca, Yamal aparecía sereno y predestinado como un joven príncipe. El sol le enrojecía los músculos color miel de su espalda suave, el espesor negro de los cabellos.

—¡Hazla virar! —gritó Connie.

Yamal lo intentó. Se le escapó el cabo de las manos y sonrió como siempre, de una manera recelosa y sagaz. El mundo entero era divertido, emocionante y extraño.

—Tu primo no lo entiende tan rápidamente como tú —dijo Connie.
—No está tan preocupado por hacer lo que le manda la gente —dijo Ben.
—Buena manera de decirlo. ¡Yamal! ¡Vira!
—Va a hacer lo que le dé la gana —le dijo Ben.
—No mientras a mí me paguen tanto dinero por enseñarle a navegar.
—Buena suerte —dijo Ben.

Después de la clase, mientras Connie instruía a Ben y a Yamal sobre cómo inmovilizar la vela, el abuelo salió del coche y se quedó de pie al final del embarcadero, mirando el agua y asintiendo, como si la bahía y el cielo estuvieran en la posición que él había previsto. Ben dejó que Connie y Yamal acabaran de inmovilizar la vela y corrió al encuentro de la aprobación del abuelo.

—Así que te estás convirtiendo en un marinero —dijo el abuelo.

Ben conocía la respuesta.

—Quiero probar con un barco más grande —dijo.

—Claro que sí. —El rostro del abuelo se frunció con un gesto de contento. El rostro del abuelo estaba lleno de grietas y de fisuras, en algunas partes corroído y en las demás muy abultado. A veces parecía trascender el carácter humano para ingresar en el geológico. Cargaba con toda una montaña de deseos y propósitos silenciosos, una vida tan vieja que ya había quedado pulida. El granito estaba liso como un suelo recientemente barrido, no había árboles, solo las manchas brillantes del musgo aferrado a la roca. En presencia del abuelo, Ben respiraba más hondo, como habría hecho en la montaña.

—Ya sé navegar —dijo Ben—. Ya he aprendido y este *Sunfish* es una mierda.

El viejo le puso una mano en el hombro. Sus dedos eran gruesos como cuerdas.

—Acaba las clases —le dijo—. Luego pensaremos lo del barco más grande.

—Quiero salir de la bahía —dijo Ben—. Quiero ir al océano.

—Después de dos días de clase. —El abuelo sonrió, le apretó el hombro. El viento levantó y acto seguido alisó los mechones color acero de su cabello.

—Puedo hacerlo —dijo Ben.

—Te creo, amigo. Puedes hacer lo que te propongas.

Connie y Yamal, una vez acabaron con el barco, recorrieron juntos el embarcadero. Caminaban uno al lado del otro, parecían completos, dos seres tan opuestos que se correspondían, la rubia dictatorial y tenaz, y el chico color café cuya fortaleza residía en el silencio y en no considerar jamás la retirada. Parecían enemigos cuyas batallas han durado tanto tiempo que ya no pueden vivir separados.

—Bueno, ¿qué tal se portan, Connie? —preguntó el abuelo.

Ella vaciló, sonriente. Ben sabía que Yamal la disgustaba, no por ser un marinero poco prometedor, sino por ser lo que era. Pequeño, oscuro y resuelto.

—Muy bien, señor Stassos —dijo Connie.

—Este dice que quiere un barco más grande —dijo el abuelo. Dio unas palmadas a Ben en el hombro—. Cree que ya sabe navegar.

La mirada de Connie se hizo más intensa. Unas cuantas motas pálidas desaparecieron en la parte superior de su traje de baño.

Ben se había dicho para sí lo que quería. Pensó en las historias que podría contar a Andrew y a Trevor, al llegar a casa.

—Le ha cogido el truco —dijo Connie—. Podría llegar a ser un gran marinero.

—Pensé que lo sería. Esa es, en parte, la razón de que hayamos venido todos aquí este verano. Es hora de que este chico salga al agua.

—Tiene que acabar con el *Sunfish* —dijo Connie—. Hay que cumplir con las horas, tres días más. Luego puede pasar a una embarcación más grande.

—No sabe esperar —dijo el abuelo. Se llenó de orgullo igual que un árbol se llena de abejas—. Más grande y más rápido, ese es su lema.

Yamal permaneció quieto, orgulloso, visible a medias. Miraba hacia el embarcadero, a la espera de que acabara aquello y empezara lo siguiente. Sus ojos eran sus propios ojos. Su sombra tocaba la de Ben.

La tarde era fresca y azul. Algunos fragmentos de nubes, inconexos y afilados como los trozos de algo hecho añicos, conservaban el último brillo anaranjado del sol desaparecido y proyectaban su luz trémula sobre los bajíos.

Ben y Yamal caminaron descalzos por entre las marañas de algas verdinegras, rocas viscosas y hediondas como morsas dormidas. En algunos charcos de agua marina estancada, las sombras de los peces pequeños se movían con rapidez bajo la superficie agitada y rayada por el centelleo anaranjado.

—Un poco más allá hay marsopas —dijo Yamal.

—No, no hay.

—Vienen detrás de los barcos de pesca. Durante la noche brincan por la bahía.

—Estás loco.

—Eso tú.

—Esto está demasiado al norte para las marsopas.

Yamal vaciló, reflexionó.

—Ayer por la noche vi una —dijo—. La vi saltar por ahí.

—Estás como una cabra.

—Va a venir Will —dijo Yamal.

—No, no viene. Lo invitaron y dijo que no.

—Ha cambiado de opinión. Oí a mi madre hablar con él por teléfono.

—El tío Will me da grima —dijo Ben.

—¿Por qué?

—Porque sí. Al abuelo tampoco le gusta.

—Es el hijo del abuelo.

—Eso no significa que tengan que caerse bien.

—A mí Will me cae simpático.

—A ti te gusta todo el mundo.

—Todo el mundo, no —dijo Yamal.

A Ben se le enrojecieron las orejas, se le agolpó la sangre.

—Yo te gusto —dijo.

Yamal se agachó y cogió algo de la arena.

—Mira —dijo. Sostenía una cabecita de plástico, sin pelo ni ojos, descolorida por el sol.

—Vaya —dijo Ben. Yamal siempre encontraba cosas: huesos de animal, dinero, cartas sueltas, una delgada pulsera de oro. Sencillamente, las veía, las detectaba en los paisajes vacíos.

—Una cabeza de muñeca —dijo. La cabeza tenía las cuencas de los ojos negras y una sonrisa sosegada. Yamal la levantó para que la viera Ben y luego se agachó y volvió a dejarla, con cuidado, como si hiciera falta devolverla exactamente al lugar en donde la había encontrado. Como si formara parte de un proyecto inmenso, incierto.

—¿No te la vas a quedar? —preguntó Ben.

—No, ¿para qué la quiero?

—Seguramente es antigua, puede valer algo de dinero.

—Creo que debería quedarse aquí. Prefiero que este en la bahía.

Ben cogió la cabeza de la muñeca y se la metió en el bolsillo.

—Si tú no la quieres, me la guardo yo —dijo.

—Claro, como quieras.

La luz se volvió violeta. Las nubes abandonaron la tonalidad anaranjada y se pusieron plateadas. Un minuto más tarde, había pasado ya el último instante del día. Había empezado a ser de noche. Las luces brillaban en el embarcadero y en las ventanas de las casas y en las barcas ancladas mar adentro.

—Deberíamos volver —dijo Ben.

—Dentro de un minuto.

Nunca obedecía. Hacía lo que le daba la gana.

Ben arrojaba piedras que desaparecían en la oscuridad y devolvían el sonido suave de salpicaduras invisibles. Un tumulto de gaviotas aleteó y luchó por algo que habían encontrado: un pescado muerto o alguna basura succulenta. Las gaviotas batían el aire con violencia. Una voló hacia lo alto, muy blanca contra el cielo, y en el pico llevaba el jirón de algo que había atrapado.

—Creo que Will viene mañana.

—Al tío Will que le den por saco —dijo Ben.

Se encontraría a sí mismo. Querría una chica como Connie.

Acarició la cabecita en el bolsillo.

La casa alquilada tenía las ventanas empañadas y las paredes revestidas de madera tenían una tonalidad anaranjada a causa de la luz de la lámpara. La chimenea olía a moho y a comida pasada, a cenizas frías. En la cocina se oyó reír a la madre de Ben, y a continuación también a la madre de Yamal.

—Yo no puedo. Te corresponde a ti. —La madre de Ben había bebido una o dos copas. El padre de Ben estaba en casa, pendiente de su vida de trabajo. No le

molestaban los placeres de los demás, pero consideraba el placer algo demasiado insignificante para sí mismo.

—Muy bien. ¡Ahí va! —La madre de Yamal tenía el sida, pero todo el mundo la trataba como si fuera la de siempre, loca y frágil, con todo un historial de mal comportamiento.

El abuelo de Ben y Magda estaban en el salón y miraban las noticias en televisión sentados en las sillas de bambú adornadas con estrellas de mar y conchas veteadas de amarillo y verde que parecían limones. Magda llenaba su silla, llenaba su vestido, repleto de mariposas amarillas del tamaño del dedo pulgar. Por televisión salía un incendio en alguna parte. Los animales morían. Un caballo huía desbocado por un barrio de casas acomodadas. Magda frunció el entrecejo interesada.

—Hola, chicos —dijo el abuelo—. Nos preguntábamos por dónde andaríais.

—Algún loco con una cerilla —dijo Magda a la televisión—. Un idiota, y fíjate tú. Cuando lo cojan tendrían que matarlo.

Magda creía que había que matar a la gente desconsiderada. Creía en la protección de los animales, ya que no podían cometer errores pues vivían en un estado de ignorancia inspirada. Ben no había dejado de querer a Magda, pero además había empezado a temerla. Había empezado a tratarlo con mayor desconfianza de la habitual.

—Matarlo es demasiado bondadoso —dijo el abuelo—. Tendrían que prenderle fuego.

Magda asintió. Ella y el abuelo se hallaban en raptó de enjuiciamiento ceñudo. En televisión ascendía, portadora de las almas de los animales muertos, una columna de humo de color gris y amarillo, como una magulladura.

—¡Eh! —llamó su madre desde la cocina—. ¿Son los chicos?

—Sí, mamá —dijo Ben. Su voz sonó bien. Probablemente.

Fue a la cocina, se quedó en el vano de la puerta.

—Hola, cariño —dijo su madre. Lo besó, mientras la tía Zoé metía una langosta en la olla.

—Asesinato —dijo Ben.

—Lo sé —contestó la tía Zoé—. Pero se trata de la cadena alimenticia, ¿qué puedo decir? La naturaleza no es ninguna maravilla. —Llevaba vaqueros negros y una camiseta con el rostro púrpura del presidente Mao. La madre de Ben iba con una blusa blanca y pantalones cortos a cuadros. Los cubitos entrechocaban en el vaso de *gin-tonic*: que sostenía en la mano.

Se alisó el pelo, exhaló una suave fosforescencia de perfume y ginebra, un leve tarareo de interés por él. Ben imaginaba que empezaba el día contando, que se pasaba los días contando en silencio, y que empezaba por uno. Que se mostraba tranquila porque sabía qué número correspondía a cada minuto.

—¿Qué tal ha ido el paseo? —preguntó.

—Muy bien. La marea está baja. Se puede ir más allá del embarcadero.

—Se te huele perfectamente —dijo mientras le aspiraba el cabello—. La sal.

En ella estaba toda la belleza de la estancia. Fuera de ella no había más que aquella cocina antigua, la formica color salmón llena de marcas y los armarios de pino con nudos y espirales negros y grandes, como si alguien hubiera apagado cigarrillos en la madera. Fuera de ella no había más que la tía Zoé, enferma y loca, de piel blanca e irregular, como la de un santo de yeso, que metía langostas en agua hirviente.

Yamal apareció y se colocó al lado de Ben.

—Hola, Yamal —dijo la madre de Ben.

Él meneó la cabeza, sonrió con timidez, como si acabaran de conocerse.

—Yamal es vegetariano —dijo la tía Zoé.

—Ya lo sabemos, cariño —dijo la madre de Ben.

—Yo también era vegetariana —dijo la tía Zoé—. Durante quince años. Y luego, un día, entré en un McDonald's y me comí una hamburguesa doble. Así, sencillamente.

—Lo sé —dijo Yamal. Estaba enroscado sobre sí mismo, como si quisiera agazaparse, prepararse para saltar. Él era él, ni masculino ni femenino. Él era Yamal, valiente y despreocupado, silencioso, de ojos vivos y grueso cabello negro en espirales.

—Yo haré la ensalada —dijo la madre de Ben. Besó a Ben en la frente. Luego partió la cabeza de una lechuga con las manos.

—Lo sentí de un modo cada vez más profundo —dijo la tía Zoé—. Llegué a tal punto que no podía soportar la idea de arrancar las zanahorias de la tierra, de separar a los tomates de su planta, de segar el trigo. Era como si incluso la vida vegetal tuviera algún tipo de conciencia. Como si una planta de tomates sufriera. Llegué a tal punto que solo comía frutos que hubieran caído por sí mismos. Frutas caídas del árbol, nueces. Mi dieta era cada vez más reducida. Tampoco podía aplastar mosquitos ni matar moscas de un golpe. Pero entonces, un día, entré en ese McDonald's, casi sin pensarlo, y pedí una hamburguesa doble. Me provocó náuseas. Pero al día siguiente volví y pedí otra. Y ese fue el principio de mi caída.

—Una de esas hamburguesas contiene, digamos, setenta gramos de grasa —dijo Ben.

—Bueno, la grasa forma parte de la vida, supongo —dijo la tía Zoé—. La muerte, y la grasa y, en fin, todo tipo de cosas.

—Ahora comemos muchos más cereales —dijo la madre de Ben—. He intentado reducir nuestro consumo de grasas por lo menos a la mitad.

La tía Zoé observó con apetito y arrepentimiento a las langostas que hervían.

—Últimamente he descubierto el placer del cuscús —dijo la madre de Ben—. Es sencillo, y se puede preparar de un montón de maneras distintas.

—Ya lo sé —dijo la tía Zoé—. Es bueno tener una nutrición adecuada. Lo sé perfectamente. Es solo que... no sé, tenía que librarme de la obsesión, creo.

—No tienes que convertirlo todo en una obsesión, desde luego —dijo la madre de Ben.

La tía Zoé rio.

—El equilibrio —dijo—. Es lo más difícil del mundo.

Miró a Yamal de un modo jocosos e impotente. Se preparaba para dejar que fuera él quien se preocupara, midiera y dijera: Esto y basta. Once años de maternidad habían sido suficiente para ella. Quería volver a ser una niña.

Yamal se mantuvo impasible. Dejó la sala, abrió la mampara y salió al porche. Ben lo vio a través de la ventana, lo vio estirar sus brazos largos y delgados mientras miraba el cielo.

La madre siguió sus ojos, vio a Yamal, guiñó el ojo a Ben. ¿Había captado la dirección de sus pensamientos al alisarle el cabello?

—Ben, cariño —dijo—. Podrías poner la mesa, ¿verdad?

—Claro, mamá. —Cogió los platos y los cubiertos y se fue al comedor. Había una mesa azul, larga, y las paredes, de madera, estaban pintadas con pececillos voladores. En el comedor, un locutor hablaba sobre una barrera de fuego que avanzaba por el océano. Mientras ponía la mesa, Ben se aseguró de que tenedores, cucharas y cuchillos quedaran perfectamente rectos.

El tío Will llegó a la mañana siguiente, con su compañero. A Ben se le revolvía el estómago de solo pensarlo. Los observó desde una ventana del piso superior. Con la uña, descascaraba la pintura del marco.

Llegaron en el coche del amigo, un antiguo MG que a Ben no le habría molestado en absoluto conducir. Pero no iba a entrar en ese coche, no iba a poner su trasero en esa tapicería. Los vio salir de él y encontrarse con su madre y con la tía Zoé en el jardín. Abrazos, besos. El tío Will era alto, con cara de conejo, demasiado listo, llevaba bermudas y una camiseta blanca sin mangas para mostrar que poseía uno de esos cuerpos musculosos y sin fuerza que un tipo podía tallar gracias a las pesas. Un cuerpo inventado: corpulento, sin ser sano. Tenía aspecto de haberse entrenado para el decatión y probablemente no podría correr ni diez metros. Su amigo era el típico profesor, con un cráneo angular y una actitud aturullada, como si en la cabeza le sonara una música que él no había elegido. Sus piernas delgadas acababan en un par de zapatillas de deporte altas, que llevaba sin calcetines.

La madre de Ben y la tía Zoé querían al tío Will con la estabilidad hipnotizada del carácter femenino. Eran hermanas y eran mujeres. No tenían elección. Los hombres eran quienes decidían. Las mujeres tan solo podían decir sí o no al amor que habitaba en su interior. Los hombres eran los responsables de su devoción. Las mujeres salvaban el mundo. Solo la más poderosa de las decepciones podía conseguir que dejaran de amar, y cuando era así, ya no eran capaces de amar otra vez. Las válvulas internas se cerraban. La química de sus cuerpos cambiaba. No era la que ellas querían.

—... Pensaba que ya no veníais —dijo la madre, y él la oyó a través del cristal.

—No nos gusta perdernos la verdadera diversión —contestó el tío Will. Hablaba siempre con un lenguaje sagaz y privado. Todo quería decir algo más.

Ben los vio subir las escaleras del porche. El tío Will llevaba dos maletas, y la madre de Ben y la tía Zoé se apiñaban junto a él. Dejaron al amigo rezagado, atento a esa música suya, silenciosa y desconocida.

Ben los oyó entrar por la puerta delantera. Oyó que el abuelo intentaba navegar entre la cortesía y la indignación.

—Hola, Billy —dijo el abuelo. La voz subió por la escalera, paciente y poderosa como la casa misma, esa fortaleza de madera que había permanecido ahí de cara a la bahía durante casi cien años.

—Hola, papá. Ya conoces a Harry.

La voz del tío Will sonaba animosa, aguda, satisfecha de sí misma. Una voz aflautada. Ben se levantó y corrió escaleras abajo. Ya no quería estar en esa casa. No quería escuchar. Tendría que verlos para salir.

Estaban en el salón, todos excepto Yamal, que tenía un don especial para estar siempre en otra parte. Cuando Ben bajaba las escaleras, el tío Will alzó la vista y preparó un gracioso gesto de sorpresa.

—¡Ben! —dijo.

Ben dijo «hola» suavemente y bajó al piso inferior.

—Vaya, vaya, has crecido mucho, por lo menos tres palmos.

Ben se encogió de hombros. Su tamaño era el suyo, el correcto, no algo inventado. No algo en lo que aplicar la destreza.

—Ahora hay que medirlo al menos una vez por semana, si no quieres despistarte —dijo su madre.

No lo ayudes. No le des nada.

El tío Will se acercó y extendió su mano, suave. Ben le dejó interpretar la parodia de un saludo viril.

—¿Qué tal? —preguntó el tío Will—. ¿Qué hay de nuevo?

—Nada —dijo Ben.

—Tienes buen aspecto.

No toques. Déjame solo, no me mires.

—Eh, Ben —dijo el tío Will—, este es Harry.

Ben no sabía dónde mirar. Miró al suelo, a un lado, donde la luz del sol se proyectaba sobre la alfombra gastada. Luego miró al abuelo. El rostro del abuelo estaba nublado como el de una montaña.

El amigo le estrechó la mano. Era más fuerte y más seca de lo que había supuesto. Tenía un aroma a talco, más parecido a la tiza que a las flores.

—Hola, Ben —dijo el novio.

Por él mismo, y también porque el abuelo estaba delante, Ben no miró al novio a la cara. Dejó que le estrechara la mano y acto seguido la retiró.

—Voy a salir —le dijo a la madre.

—¿No quieres quedarte un ratito más? —preguntó la madre.

—No —dijo él. Y se marchó, a sabiendas de que el abuelo respetaría que no fuese educado.

Fuera, la luz flotaba lánguida, con el peso blanco del aire de agosto. Era un día absolutamente calmo, sofocante como la respiración contenida, malo para la navegación, aunque Connie llegaría algunas horas más tarde y para entonces las cosas podían haber cambiado. Ben caminó por la bahía, junto al tramo estrecho de camino cubierto de conchas desmenuzadas, blanqueadas bajo el aire deslumbrante. En la bahía brillaba el verde del agua. Formaba una espuma apática alrededor de las cabezas de las rocas sobresalientes.

Encontró a Yamal en el embarcadero, tumbado boca abajo en las tablas. Llevaba unos pantalones cortos holgados, de color púrpura. Ben se quedó quieto un momento, para observarlo. No pensaba en la belleza. Avanzó por el embarcadero.

—¿Qué tal? —preguntó.

—Hay un pez enorme aquí abajo —dijo Yamal.

—¿Dónde?

Ben se tumbó junto a Yamal y colocó el ojo en la ranura entre tablones.

—Tienes que esperar a que se mueva.

Ben no veía más que el agua verde que reflejaba, de manera irregular, los tablones del embarcadero, como una escalera de cuerda agitada por el viento. Era consciente del cuerpo de Yamal junto al suyo, de la presión inocente del codo de Yamal contra el suyo y de la rodilla desnuda de Yamal contra su muslo. Estaba pendiente del pez. No pensaba en nada más.

—Está ahí abajo —dijo—. Es realmente enorme.

—No veo ningún pez —dijo Ben.

—Ahí, ahí va.

Ben vio la curva de una aleta plana, ancha como su mano. Y luego un ojo. Un ojo amarillo que miraba fijamente, grande como una ficha de póquer. Ascendía hacia la superficie. Ben se sentó de inmediato. El corazón le latía con fuerza.

—¡Mierda! —dijo.

—¿Qué pasa? —preguntó Yamal.

—Es enorme —dijo.

—Realmente grande. Apuesto a que mide dos o tres palmos.

—Más, seguro —dijo Ben.

—No.

—Pero si es enorme.

—¿Te da miedo? —preguntó Yamal.

—No.

Pero el corazón latía fuerte aún. Luchó contra el deseo de correr de vuelta a tierra y de gatear por el camino hacia algún lugar alto.

—No es más que un pez —dijo Yamal—. No puede hacerte daño. Es solo un pez.

1993

Ahora Zoé vivía en la enfermedad. Podía hablar como siempre, y hacer las bromas de costumbre, pero se movía hacia alguna otra parte. Notaba que se transformaba, incluso mientras se preparaba la cena, las estrellas aparecían en las ventanas y el televisor producía su sonido familiar. Lo miraba todo desde un lugar en el que jamás había estado.

Will subió las escaleras del porche, resplandeciente. Harry estaba sentado en una silla metálica en forma de concha, y leía el periódico.

—Muy bien —dijo Harry—. Correr veinte quilómetros en agosto, en plenas vacaciones.

—Me encanta —dijo Will. Su pecho subía y bajaba. Llevaba una cinta en la cabeza. Estaba alegre, olía a sudor y llevaba con él un ángel de la esperanza diminuto y casi invisible. Zoé recordaba sus tetillas desde cuando era pequeño.

—Y Zoé y yo hemos disfrutado al verte —dijo Harry. Apoyó la mano en el respaldo de la silla de Zoé. Colocó los pies, sin calcetines, calzados con zapatillas altas y sucias, en la barandilla.

—Hola, Zo —dijo Will. Se colocó detrás de ellos. Se inclinó para besar la coronilla de Harry—. Estás empapando mi periódico —le dijo.

—Aún lo voy a empapar más. ¿Qué tal, Zoé?

—Bien —dijo ella—. Se está bien aquí fuera.

—Sí.

Estaban rodeados de abejas, del cielo azul claro y del agua inquieta y brillante de la bahía. Era como si nada fuera a ocurrir, porque eso existía: el ramoneo de las abejas entre las rosas bajo la luz de agosto.

—¿Qué os parecería un baño? —preguntó Will.

—Yo aceptaría —dijo Harry—. ¿Y tú, Zoé?

—¿Qué?

—¿Te apetece un baño?

—Ah, pues no sé. ¿Qué tal si me quedo sentada en la playa y os miro mientras os bañáis?

—Como quieras —dijo Will.

Zoé se cogió un mechón de cabellos con la mano. Era incapaz de decir si lo que hacía era abandonar el tiempo o penetrar en él de un modo más profundo. Se sostuvo el cabello como si así mantuviera el equilibrio.

—Lo que me gustaría es sentarme en la playa —dijo— y ver cómo nadan estos chicos.

—No somos chicos —dijo Harry—. Solo en nuestros sueños.

—A mí me lo parecéis —dijo ella—. Así os llamo cuando hablo para mí misma, los chicos.

—No me molesta que piensen en nosotros como si fuéramos chicos —dijo Will.

—Pues no debería ser así —dijo Harry.

—No me fastidies.

—De acuerdo, el chico más viejo del mundo.

Se enzarzaron en una falsa pelea. Will hacía amagos y se defendía de una manera exagerada, como un canguro boxeador. Harry golpeaba con los puños sin cesar.

—No me maltrates —dijo Harry frente a los puños de Will—. No estoy en forma.

—Ni siquiera he empegado a maltratarte —dijo Will.

Una abeja empezó a zumbar y a revolotear en el porche. Zoé reparó en la pesadez exuberante y suspendida de su cuerpo, en la sombra translúcida que proyectaba. Observó al hermano y a su amante mientras se movían a la par. ¿Tenía que ver el afecto del uno por el otro con el vuelo de la abeja? No, eso era fruto tan solo de su hábito de buscar conexiones.

Will le dijo algo, y ella se limitó a sonreír. Ahora no siempre daba importancia a las palabras.

—La Tierra a Zoé —dijo Harry.

—Estoy aquí —les dijo—. No os preocupéis. Estoy bien aquí.

Ben y Yamal subieron las escaleras del porche y se detuvieron allí. La abeja se decidió. Cruzó en ángulo y voló hacia el este, por encima de las cabezas de Ben y de Yamal. Zoé reparó —¿ya lo sabía?— en que Ben y Yamal eran también una pareja. Una especie de pareja. Will y Harry eran otra pareja. La abeja en cambio tenía deseos independientes. Ella mantenía sus cabellos asidos.

—¡Eh, chicos! —dijo Will—. ¿Cómo va eso?

—Hemos visto un pez —dijo Yamal.

—¿De veras?

Ben permaneció silencioso con su virtud herida, con todo ese amor que quería y no quería.

—Uno muy grande —dijo Yamal—. Debajo del muelle.

—Oye, ¿os apetece ir a nadar un rato? —dijo Will.

—Sí —contestó Yamal.

Ben no dijo nada. Se metió en la casa tras dar un portazo a la mampara. Al porche llegó el aire viciado y lleno de los olores de la casa. Will miró a Harry. Qué muchacho extraño, ¿eh?

—Bueno, pues vámonos a la playa —dijo Harry.

—¿Mamá? —dijo Yamal.

—Id vosotros tres —dijo Zoé—. He cambiado de opinión. Estoy bien aquí.

—¿Estás segura?

—Totalmente.

Al ver que Yamal se quedaba donde estaba, le dio un golpecito suave en el trasero.

—Ve —dijo.

—¿Quieres que vaya a nadar?

—Sí. Quiero que vayas a nadar.

—De acuerdo.

—De acuerdo.

Se sentó en una silla mientras Will, Harry y Yamal entraban a ponerse sus bañadores. En el ambiente se advertían cambios minúsculos, intervalos de mayor o menor incandescencia. Había algo que se concentraba, algo dorado, azul y antiguo. Cuando Yamal, Will y Harry salieron, Ben iba con ellos, vestido con un bañador anaranjado, a la vista su musculatura incipiente. Will dio un beso a Zoé y los demás le dijeron adiós, a pesar de que estarían de vuelta en menos de una hora. En aquellos días, la gente siempre decía adiós. Los vio caminar hacia la bahía.

Mientras el hijo, el sobrino, el hermano y su amante se alejaban juntos, Zoé advirtió que se había producido una especie de equilibrio. Allí estaba, en ese preciso instante: el corazón del verano. Durante meses, las fuerzas de la madurez y el decaimiento habían avanzado hacia eso, una enorme quietud, una adormecida profundidad dorada y azul que no contenía cambios ni contradicciones.

Luego lo vio pasar. Vio llegar la primera luz decadente, el primer chasquido infinitesimal del otoño. Se dio cuenta de que todo aquel rato había seguido asida al pelo. Cuando perdió de vista al hijo, al hermano y al amante, lo soltó.

—¿No tienes frío? —dijo una voz. Por un momento, creyó que se trataba de la voz del aire, honda, con un eco lejano de oboe y de timbal. Las abejas podían flotar en una voz como esa, pequeñas chispas que volaban dentro de la música.

—No —dijo.

El padre se acercó y se quedó a su lado. Era su voz. Era su olor dulce y exuberante.

—¿Estás bien? ¿Sentada a solas?

—Estaban todos aquí —dijo—. Se han ido a nadar.

—¿Quiénes?

—Will, Harry, Yamal y Ren.

Se acercó a la barandilla. Arrugó la frente para mirar el día, que había iniciado su largo enfriamiento, su descenso. Mañana sería el primer día de otoño, aunque el calendario no lo reconociera hasta tres semanas más tarde. Mañana la luz sería más densa, más proclive al azul.

—Ben y Yamal tienen una clase de navegación a las dos —dijo el padre.

El odio y el amor giraban en su interior, como un sistema de mareas. El pelo se le volvía transparente. Con la edad, la piel se le llenaba de pecas.

—No pasa nada —le dijo Zoé.

—¿Eh?

—Que volverán a tiempo.

—Bien.

Abandonó la barandilla, de mala gana. Se inclinó sobre Zoé, puso la cara al lado de la de ella.

—¿Estás bien aquí? —dijo—. ¿No tienes frío?

—No. Estoy bien.

Él asintió. Aspiró una buena bocanada de aire por entre los dientes, y Zoé pensó que era su manera de saborear el día, la promesa desleída del día.

—Estoy bien —repitió—. Me gusta estar aquí sentada.

—Mi niña —susurró él—. Mi pequeña.

Aquella noche, dado que no había habitaciones suficientes, Will y Harry plantaron una tienda en el terreno de hierba lleno de maleza que había detrás de la casa. Habían comprado una tienda especialmente para el viaje, de nailon rojo, brillante como un caramelo. Zoé los vio reír y discutir acerca de cómo ponerla. Observó los brazos y la espalda de Will mientras clavaba las estacas en la tierra arenosa. La noche estaba poblada de luciérnagas y mosquitos, del murmullo de las hojas y de la presencia invisible e inquieta de la bahía. Oyó a Susan, la olió, y acto seguido Susan le tocó el hombro.

—¿Cómo les va a esos ahí fuera? —preguntó Susan—. ¿Eh?

—Cómo. Les. Va. A. Esos —lentamente y en voz muy alta, como si le hablara a una extranjera.

—Abbott y Costello van de acampada —dijo Zoé.

Susan le hizo un masaje en los hombros. Tenía los dedos más fuertes de lo que nadie imaginaba.

—¿Te encuentras bien? —preguntó.

—Sí.

—¡Eh! —llamó Susan por encima de Zoé, hacia la noche—. Si no lo conseguís vosotros, Zoé y yo podemos montar la tienda.

La voz de Susan era el motor de la familia. Su desdicha solo intensificaba su brillo bien bruñido.

—Nos va bien, gracias —contestó Will. Su piel resplandecía en la oscuridad. Había un cuarto menguante.

—Vamos a ayudarlos —dijo Susan.

—De acuerdo —dijo Zoé.

—Vamos. A. Ayudarlos.

—Te he oído, Susie. Estoy aquí.

Zoé y Susan salieron del rectángulo de luz de la cocina, abandonaron el porche de madera y bajaron a la hierba. Zoé se sintió como si vadeara un lugar de aguas cálidas. Era como si notara los ojos de los animales, observadores ocultos en los arbustos. Susan llevaba a Zoé por el codo, igual que habría guiado a una mujer de edad avanzada.

Harry dijo:

—Gracias a Dios, la Guardia Nacional está aquí.

—Lo hemos conseguido —dijo Will—. Hemos acabado.

Se puso de pie. Y allí estaba la tienda, floja pero erecta.

Con su simplicidad roja y triangular, podría haberse tratado del dibujo infantil de una tienda.

—¿Estáis seguros de que vais a estar bien aquí fuera? —preguntó Susan.

—Seguro que estamos seguros —dijo Will—. Nos encanta el aire libre.

—Creemos que nos encanta el aire libre —dijo Harry—. Ninguno de los dos ha dormido nunca a la intemperie.

—No es cierto —dijo Will—. Yo estuve una vez de acampada, a los doce años, con la familia de mi mejor amigo.

Zoé dijo:

—Quiero ver cómo se está dentro.

—Eres mi invitada —dijo Will.

Zoé apartó la tela y gateó al interior. Allí había un mundo rojinegro y liso, sorprendentemente aparte del otro mundo, y estaba invadido de un olor a plástico caliente.

—Se está bien aquí —dijo Zoé—. Es acogedora.

Will gateó hasta adentro y se acurrucó a su lado.

—No está mal, ¿eh? —dijo.

—Yo también quiero dormir aquí —dijo Zoé.

—No puedes. Es solo para hombres.

Susan apartó la tela de la entrada, se arrodilló en un triángulo de hierba negra y de estrellas.

—Esto promete estar bien —dijo.

A continuación, también Yamal estaba en el triángulo junto a ella. Zoé vio su cabello, el brillo confuso de sus ojos.

—¡Genial! —dijo.

—Entra —le dijo Will.

Yamal vaciló y reptó al interior. Zoé se percató de lo parecido a un animal que podía llegar a ser. Pensó en un mapache que entraba en la tienda y en el sentido de propiedad que arrastraría.

—Genial —dijo Yamal. Se sentó junto a ella, que lo cogió por una esquina de la camiseta.

—Puede que los chicos te dejen dormir con ellos aquí afuera.

Will dijo:

—Claro que sí, si te apetece. Creo que hay sitio para tres.

Yamal miró a Zoé. Ella notó su deseo y su miedo. Conocía su necesidad de permanecer junto a ella y su necesidad de alejarse.

—Vamos —le dijo—. Será divertido. Nunca has dormido en una tienda.

Él dobló las piernas y las apretó contra la barbilla. Hizo de sí mismo el mínimo bulto posible y permaneció sentado frente a Zoé y Will.

—No roncas, ¿verdad? —preguntó Will.

—No —dijo Yamal.

—Bueno, pues estás invitado. Puedes protegernos a Harry y a mí si nos asustamos.

—Eso es una estupidez.

—Es verdad. Puedes quedarte aquí, si quieres. Y si no quieres, no se enfada nadie.

—De acuerdo —dijo Yamal—. Me quedaré con vosotros.

Más tarde, en la casa, Yamal se puso unos pantalones de pijama de color amarillo. Todavía llevaba la camiseta de Jesús y Mary Chain.

Mientras él se lavaba los dientes, Zoé lo miraba desde el vano de la puerta.

—Será divertido —le dijo.

Yamal observó su propio reflejo en el espejo salpicado. Una mariposa nocturna aleteó fríamente contra la pantalla de la lámpara de hojalata pintada.

—Will y Harry te caen simpáticos, ¿verdad?

Él asintió. Era posible que Will y Harry le cayeran bien. Era posible que solo quisiera complacerla.

Ella dijo:

—¿Quieres llevarte algo allí fuera? ¿Algún personaje de Star Trek?

—No —contestó con impaciencia, la boca llena de dentífrico. Su amor por los personajes de Star Trek se había convertido en una pasión secreta. Creía que era demasiado mayor para los juguetes. Zoé pensó: Una madre conoce demasiados secretos. Esa era la razón por la que debía morir.

Yamal escupió la pasta de dientes en el lavabo y se enjuagó la boca. Allí estaba la estabilidad de su ser, en el hecho de coger agua entre las manos y llevársela a la boca. Allí estaban los años por venir, una noche tras otra.

—Venga —dijo Zoé—. Iré contigo.

Al salir con él, se dio cuenta de que algo no iba bien. Su padre estaba cerca de la tienda en su postura de pelea, los pies separados y los puños apoyados en las caderas. Zoé se preguntó si sabría él lo femenino que parecía en aquella posición, lo mucho que se parecía a una reina indignada. Will hablaba con él, y Harry estaba detrás de Will, ni presente ni ausente.

—... ¡Pero es que es increíble! —decía Will ante la expresión disgustada del padre.

—Tranquilízate —le dijo el padre—. Comportate como es debido.

Zoé y Yamal caminaron por la hierba hasta donde estaban Constantine, Will y Harry.

—Zoé —dijo el padre. Le cambió el rostro. Se bloqueó, vaciló, se tensó todavía más.

—¿Algún problema? —preguntó ella.

Will dijo:

—Papá no quiere que Yamal duerma con nosotros.

El padre no se movió. Si alguien le hubiese dado un golpecito, habría caído tal

cual, con los puños en las caderas y los pies separados. Habría caído sobre la hierba como una estatua derribada de la reina Victoria con ropas de hombre.

—¿Cómo?

—Llévate a Yamal a casa, Zoé —dijo el padre.

Will dijo:

—No, de ninguna manera. Yamal debe oír todo esto, forma parte de su educación.

—Tú no tienes vergüenza, ¿verdad?

—¿Estás preparada para la última? —dijo Will a Zoé—. Papá teme que Harry y yo abusemos de Yamal si se queda con nosotros en la tienda.

—No le digas eso. Yo no lo he dicho.

—Pues adelante, niégalo.

—Yamal tiene su cama en casa —dijo el padre—. Es demasiado joven para esto, es todo lo que he dicho.

—Exacto —dijo Will—. Es demasiado joven para dormir en el jardín de atrás. Papá, eres repugnante, ¿lo sabes? Realmente un asco.

—Modera tu lenguaje. Zoé, llévate a Yamal.

—No os mováis —dijo Will—. No os mováis.

—Papá —dijo Zoé—. Por favor.

—Cerdo cabrón —dijo Will—. ¿De veras crees...?

—Cállate ahora mismo —dijo el padre.

—¿O qué? ¿O me vas a pegar? Ya no soy el mismo, papá. Eso ya no puedes hacerlo.

—Quedaos quietos —dijo Zoé—. Ambos.

—Ya te he aguantado suficiente —dijo el padre a Will—. Apareces aquí con tu amigo, os exhibís delante de los chicos, y no me importa. Mantengo la boca cerrada. Pero cuando me dices que habéis pensado en dormir con un niño de once años entre ambos toda la noche, ahí no puedo ceder. Tengo que ponerme firme.

—Soy tu hijo, maldita sea —dijo Will—. Por mucho que me odies. Y de veras crees, honestamente piensas... ni siquiera puedo decirlo. Eres un asqueroso perverso.

—Este chico ya crece con suficientes malas influencias —dijo el padre—. ¿Esperas que salga invertido solo para no tener que sentirte culpable?

—¿Culpable? ¿Tú crees que yo tengo algo de lo que sentirme culpable?

—Yo no he dicho eso.

—En definitiva, sí lo has hecho. Mira a Susan. Mira a Zoé.

—¿Qué tienen que ver Susan y Zoé con esto? ¿De qué estás hablando?

Will iba a matar al padre. Zoé se dio cuenta. Era como si saliera de él en forma de olas. Will había adoptado una claridad asesina, e iba a caer sobre el padre y le iba a golpear la cabeza hasta paralizársela. Zoé se dio cuenta de que Will se había estado preparando para aquello. Era un hombre de físico lo bastante fuerte para matar al padre con la sola fuerza de su cuerpo. Ahí estaba la verdadera finalidad. Eso era lo

que los hombres hacían en los gimnasios.

—Will —dijo ella.

Harry le puso una mano en el hombro y dijo:

—Vámonos ahora mismo, y punto.

Will vaciló. El contacto de la mano de Harry hizo que la rabia se debilitara y empezara a modificarse. Lentamente, con una paciencia inmensa y fatigada, Will sacudió la cabeza.

—De acuerdo —dijo—. Nada me gustaría más que salir de aquí y no tener que ver nunca más la cara de este cretino.

—No me hables de esa manera —dijo el padre. Permanecía presa de la furia, con una fuerza justa y en declive.

—A partir de ahora no te voy a hablar más —dijo Will—. Nunca más.

Se volvió hacia Zoé y Yamal. Su rostro estaba oscurecido por la ira, pero había algo más, algo que estaba más allá de la ira. Una especie de revelación aciaga.

—Nos vamos —les dijo con suavidad—. Lo siento. Os llamaré cuando estéis de vuelta en la ciudad.

Ella hizo un ademán de asentimiento. Harry y Will le dieron un beso, y Will estrechó la mano a Yamal.

—La tienda es toda tuya, colega —le dijo—. Es nuestro regalo de despedida.

Se fueron a la cocina, pasaron junto a Susan, Magda y Ben. En menos de diez minutos tenían hechas las maletas y se habían metido en el coche. Susan y Zoé caminaron hasta el coche con ellos.

—Esto es absurdo —dijo Susan—. No os vayáis.

—No podemos quedarnos —le dijo Will—. Lo siento. De hecho, no tendríamos que haber venido. Debí imaginar que podía suceder algo así.

—¿Por qué no le das otra oportunidad? Déjame hablar con él.

Will cogió las manos de Susan entre las suyas y la atrajo hacia sí.

—¿Te acuerdas —dijo— que una vez te dije que lo mataría?

—No —dijo ella.

—Pues yo lo recuerdo perfectamente. Estábamos los dos en el jardín de atrás, éramos niños. Te dije que un día lo mataría y, ¿sabes?, esta noche casi lo hago. De veras.

—Estás exagerando.

—Puede ser. O tal vez no. Creo que habría podido hacerlo.

—Billy —dijo Susan—. Quiero decir, Will...

Él le dio un beso rápido.

—Ya nos veremos, Suz —dijo—. Iré a Connecticut, Adiós, Zoé.

—Adiós.

Will le dio un beso y Harry hizo lo mismo. Ella se llevó la mano de Will a la cara y apretó los labios contra sus dedos.

—Cuídate —le dijo.

Harry dijo:

—No te preocupes. Yo cuidaré de él.

Harry arrancó y se marcharon. Zoé creyó ver que Will escondía el rostro entre las manos. Creyó ver que Harry le acariciaba la cabeza. Estaba en el camino junto a Susan.

—Bueno —dijo Susan.

Eso fue todo lo que dijo. Se quedaron allí, en medio de la oscuridad, hasta que desaparecieron las luces rojas traseras del coche.

Volvieron al comedor. El padre estaba derrumbado en el sofá. Magda había subido a la cama. El padre sacudió la cabeza.

—Lamento que hayáis tenido que presenciar todo esto —dijo—. Pensé que mi deber era imponerme.

Susan dijo:

—Deberías sentir vergüenza de ti mismo.

—Vamos, Susie, no empieces tú también.

—Pero... ¿a ti qué te pasa? —dijo. Se había crecido. Brillaba en la penumbra de la sala—. ¿Tú qué tienes que ver con el lugar donde duerma Yamal?

—Es mi nieto. Intento hacer lo mejor.

—¿Ah, sí? ¿Eso intentas?

—Sí, así es.

Susan lanzó un quejido.

—Por favor —dijo Zoé—. Dejadlo ya.

—Está bien, Susie —dijo el padre—. Lo superará.

Se hizo un silencio. Cuando pudo hablar, Susan dijo:

—No lo superará. La gente no es así.

Zoé no soportaba seguir allí. Era incapaz de encontrarse a sí misma. Se sentía desaparecer. Atravesó la cocina y salió por la puerta de atrás. Pensó en ir un rato a la tienda. Se escondería allí hasta que volviera en sí. Vadeó la hierba, pero al llegar cerca de la tienda, oyó los susurros de Ben y de Yamal, que ya estaban dentro.

1994

Mary dibujó una última rosa de azúcar sobre el pastel, dio un paso atrás y miró con ojo calculador y esperanzado. Feliz cumpleaños Zoé, enmarcado por rosas y lirios de mantequilla con hojas de pasta de almendras. Las clases de decoración de pasteles habían sido una buena idea. Ahora sabía lo que hacía. Sentía el consuelo de la suficiencia. El pastel reposaba sobre el mármol de la cocina y ofrecía al silencio de la sala sus pétalos y sus hojas, su mensaje azul pálido adornado de volutas. Mary, al observarlo, sintió una satisfacción tan simple que fugazmente tuvo la sensación de que aquel era el estado humano fundamental, y de que todos los extremos de pérdida y vacío eran aberraciones.

Fue al comedor y arregló uno de los tulipanes del centro de mesa. Mientras inspeccionaba su trabajo —las servilletas bien enrolladas en los aros de plata y las velas rectas en los candelabros también de plata—, la satisfacción de Mary creció hasta retirarse y convertirse en una mezcla compleja pero igualmente familiar de felicidad y de temor. Allí, entre los cubiertos y la cristalería expectantes, residía una belleza aún más conmovedora y aterradora por su carácter efímero. No tendría sentido si los invitados no tuvieran que llegar en breve y, no obstante, los invitados, cuando llegaran, la estropearían. No tenía quejas, ninguna en concreto, respecto a las personas que iban a llegar en cualquier momento. Solo se lamentaba del desorden, del agotamiento. En su condición primera, la mesa era puro placer, una presencia impecable. Mary había creado la fiesta perfecta y los invitados estaban a punto de estropearla.

Will y Harry fueron los primeros. Llegaron en el coche deportivo. Will saltó afuera como un adolescente y levantó a Mary en brazos.

—Hola, hermosísima —dijo. Habían empezado a salir le canas.

Harry iba tras él, con un traje de tela de cáñamo color ante.

—Hola, Mary —dijo. La besó en la mejilla. Era un hombre atractivo, de movimientos cuidados, rostro despierto, singular, y de una serenidad vigorosa, amplia. En algunos momentos, Mary lo comprendía todo a la perfección. Había imaginado a alguien así para ella.

—Pasad —dijo—. Habéis venido deprisa.

—No había tráfico —le dijo Will—. ¡Eh, la casa tiene un aspecto estupendo!

—Eso intento —dijo Mary. Hizo caso omiso de aquel ligero terror, de la necesidad de enseñarles el comedor y escoltarlos luego fuera de él tras advertirles que los huéspedes debían dejarlo intacto. Ellos son los huéspedes, se recordó a sí misma.

—Os he puesto arriba —dijo—. En la antigua habitación de Will. Espero que Ben y Yamal estén bien aquí abajo, en sacos de dormir. Vamos a tener la casa llena.

—¿Quieres que te ayudemos en algo? —preguntó Will.

—No, gracias. Está todo preparado. ¿Os apetece beber algo, chicos?

—Voy a preparar un poco de café, ¿de acuerdo? —dijo Will—. Nos hemos

levantado temprano, nos vendrá bien una dosis de cafeína.

—Yo lo traigo.

—Tranquila. Ya sé dónde están las cosas. Antes vivía aquí, ¿te acuerdas?

—Bueno —dijo ella. Dejaría que fuera así. A Will parecían agradecerle estas pequeñas demostraciones de su derecho, de todos los poderes de territorio y crítica doméstica que la infancia había adquirido para él. De acuerdo, entonces. Ella intentaría renunciar a sus propios hábitos de propiedad, al menos durante el fin de semana. Llevaba demasiado tiempo sola en aquella casa. Dijo:

—Harry, ¿quieres que te muestre la habitación?

—Mamá —dijo Will—. Harry ya ha estado aquí. Sabe perfectamente dónde está la habitación. Siéntate y descansa. Imagino en qué habrás pasado el tiempo. Habrás hecho tres tartas de cumpleaños, y habrás tirado las dos primeras, y luego te habrás paseado por setenta y cinco tiendas distintas para buscar los regalos de Zoé. ¿Tengo razón o no?

—Oh, todo eso quedó atrás, en épocas pasadas —dijo—. Ahora la gente tiene que aceptarme tal y como me encuentre.

—Muy bien —dijo Will—. Anda, siéntate y charla.

Mary vaciló, llena de amor y de una ira implacable e ininterrumpida que la obligaba a pensar en hormigas que invadían la casa. Ahí estaba su hijo mayor, todo lo que había hecho de sí mismo. Allí estaba, con su compañero, y empezaba a tratarla como a un personaje infantil y excéntrico, demasiado mayor para inspirar miedo. El hecho de aceptarlo le había hecho perder la mayor parte de su poder, y se daba cuenta de que, aunque quisiera, ya no podría recuperarlo. Él se había trasladado a un lugar situado más allá de su censura. Ella lo había soltado. En cierto sentido, ya no era su madre. Desde su infancia le había sido más fácil seguir la lógica de sus emociones que la de Zoé o la de Susan, y también ahora era así. Era consciente de la necesidad de liberarse de una madre. Conocía la forma de amar de los hombres. Reconocía a su hijo, sin odiarlo, aunque de vez en cuando la invadía esa cólera sorda, ese flujo de hormigas. Lo quería más y menos al mismo tiempo, por lo que había demostrado ser. Estaba ligada a él de un modo que no sentía respecto a ninguna de sus dos hijas.

—Vamos al salón, Harry —dijo—. Will, cariño, quedas encargado.

Guio a Harry hasta el salón y le hizo ademán de que se sentara en el sillón de orejas. Ella se colocó cerca, en el sofá, con las manos entrelazadas sobre una rodilla.

—Bueno —dijo—. ¿Qué tal va todo?

—Muy bien —dijo él—. Todo va más o menos bien. Mucho trabajo.

—Lo imagino. Debe de ser una responsabilidad terrible la de los pacientes afectados del corazón.

—Para ser sincero, la mayor parte de casos carece de todo dramatismo. De vez en cuando se salva alguien que habría muerto de no estar uno allí. Y ese es el aspecto que nos gusta resaltar, pero lo cierto es que la mayor parte de veces la gente va a vivir o no, y uno no es más que un mecánico que, si no comete errores estúpidos, consigue

que la gente que iba a vivir, viva, y que la que iba a morir, muera.

—Bueno, me sigue sonando bastante dramático —dijo Mary—. Al menos desde mi perspectiva de mujer corriente.

—¿Cómo va el trabajo?

—No va mal. Me he convertido en una vendedora bastante eficiente. Sé a qué le temen las mujeres cuando van de compras.

—¿Tienen miedo de algo?

—Tienen miedo de parecer pasadas de moda y también de tener aspecto de payaso, y justo en medio de esas dos cosas hay un estrecho espacio... yo procuro ayudarlas a que lo encuentren.

—Suenan delicado —dijo Harry.

—Un poco. Francamente, ojalá me hubiese atendido alguien así cuando era joven. Alguien que hiciera un poco de hermana. Me crié en una casa llena de chicos.

—Duro, ¿eh? Ser la única chica.

—Bueno, también tiene sus ventajas. Pero al hacerte mayor, cuando intentas arreglarte, es difícil hacerse una idea, porque es imposible verse desde fuera, por más que te pases horas delante del espejo. Y a veces pienso cuánto habría agradecido una vendedora que no me engañara. Porque, ¿sabes?, las mujeres se sabotean entre ellas, y una se puede poner verdaderamente nerviosa en el intento de no parecer un payaso. Todo esto debe de sonarte terriblemente tonto.

—En realidad, no —dijo—. No me preocupa demasiado mi ropa, pero creo que lo entiendo.

—A las mujeres se las juzga de otra manera.

—Lo sé. A los hombres homosexuales también. La gente de pronto cree que puede tratarte menos en serio.

—Supongo que es así —dijo Mary.

Harry alargó las piernas. Mary oyó el crujido de los huesos de las rodillas.

—Perdón —dijo él—. Ha sido un viaje muy largo en ese coche tan pequeño.

Tenía los ojos grises, la piel clara, y empezaban a salirle arrugas. No le disgustaba Mary, pero tampoco necesitaba su afecto. A veces, con una intensidad inesperada, ella se lamentaba por no tener una nuera. Una de las razones por las que una mujer cría a un hijo, pensaba, es para ver qué clase de mujer elige. Harry era encantador, pero era otro hijo. No podía hacer méritos. Era incapaz de conquistarlo.

—A mí tu coche me parece adorable —dijo Mary.

—Nunca te has subido en él, ¿verdad?

—No, me parece que no.

—Si quieres, luego te llevo a dar una vuelta. Y lo conduces tú.

—Ah, no, me encantaría dar un paseo contigo, pero no podría conducir un coche como ese.

—Claro que sí. No tiene ningún misterio.

—Ahora que me acuerdo —dijo Mary—, se me olvidó decirle a Will que no se

puede llenar del todo la cafetera nueva porque luego gotea sobre el mármol. ¿Me perdonas un momento?

—Claro —dijo él.

Parecía escucharla, tomarla en serio. No sabía si eso le gustaba o no.

Will estaba en la cocina, observando la tarta. Al entrar Mary, se volvió con una expresión sobresaltada y de disculpa, como si lo hubiera descubierto en algún acto indiscreto.

—La tarta es fantástica —dijo.

—Gracias. Y no tiré dos a la basura.

Una. Había tirado una.

—Zoé cumple treinta y ocho —dijo Will.

—Así es.

—La pequeña Zoé. Siempre ha sido así, no sé, siempre ha parecido tan joven, y todavía lo parece.

—Sí.

Y luego nada más. Mary se quedó junto a Will. Ambos estaban solos con la tarta.

Susan aterrizó dos horas más tarde. Mary se quedó en la puerta a mirar cómo desembarcaban, y aquella visión la llevó, por un instante, a soñar despierta. Del Volvo color crema de Susan salieron, primero, la propia Susan, elegante, sonriente y rencorosa, con vaqueros y chaqueta *beige* de lino. Luego, silencioso y guapo, Ben. Después salió Yamal, de labios gruesos y cabello crespo. A continuación Cassandra, más delgada aún de lo que Mary recordaba, y finalmente, con la ayuda de Cassandra, Zoé, de piel blanca y opaca como el papel. A Mary le dio la sensación de que ya antes había visto aquel desfile, o uno igual, aunque le resultaba familiar de la manera rudimentaria en que los sueños resultan familiares: al mismo tiempo conocidos y vertiginosa, profundamente ajenos.

Mary no titubeó más y caminó sobre el césped con sus sandalias, para darles a todos la bienvenida.

—Hola, cuadrilla. ¿Qué tal el viaje?

—Hola, mamá —dijo Susan—. Ha ido bien. Ya estamos aquí.

Susan besó a Mary y luego Ben hizo lo mismo. Yamal, que estaba junto a Ben, ejecutó una especie de baile, un movimiento rápido y serpentino que pareció surgir del suelo y entrarle por la planta de los pies.

—Zoé —dijo Mary—. Feliz cumpleaños, cariño.

Zoé sonrió distraídamente. Cassandra la llevaba de la mano.

—Bonito lugar, Mary —dijo Cassandra.

—Gracias, querida.

—Es el castillo de la Bella Durmiente, ¿no?

—Es demasiado grande. Llevo años diciéndome que debería venderla.

—Yo no lo haría —dijo Cassandra—. Todo este espacio, no puedo pensar en nada que me gustara más.

—Por las noches, a veces, parece muy vacía —dijo Mary—. Si estoy en la cocina con solo las luces de la cocina encendidas, me siento como si estuviera en una hoguera de campamento en lo más intrincado de algún bosque.

—Pero sin insectos —dijo Cassandra—. A mí me suena a paraíso.

Zoé permanecía callada junto a Cassandra. Zoé se aquietaba cada vez más, desde hacía meses, y había adoptado la distancia contemplativa y ofuscada de la gente muy mayor. Como cierto tipo de anciana, era atenta, prudente y sigilosa. Se preservaba.

—Zoé —dijo Mary—. Feliz cumpleaños. ¡Eh! ¿Ya lo había dicho?

—Sí —dijo Zoé—. Pero gracias, mamá.

No había llamado a Mary así desde que era pequeña. Apoyó su peso sobre Cassandra.

—¿Entramos? —dijo Mary.

Zoé asintió, pero se quedó quieta. En sus ojos brillaba una luz oscura y asombrada. Dijo:

—Feliz cumpleaños a ti también, mamá.

Pasaron la tarde. Harry dio lecciones de conducción a Yamal y a Ben en el camino particular de la casa. Will y Zoé se sentaron en el césped, a mirar. Susan se había buscado entretenimiento en el sótano y se puso a revisar papeles antiguos a ver si encontraba el diario que escribía cuando iba al instituto. Cassandra, más deprimida de lo que Mary la había visto nunca, se había envuelto en una sábana y se había acomodado en la tumbona del patio trasero, con la cara angulosa y pálida expuesta al sol, como una de las mujeres de la sociedad de ancianas que incubaba en el balneario. Era una cálida tarde de mayo, poblada del susurro frondoso de las plantas y del aroma de las lilas en sus últimos días.

Mary se mantuvo ocupada en la cocina, sola con los preparativos de la cena, una soledad en la que ella misma había insistido, que apreciaba y por la que, en cierto modo, se sentía ofendida. Salteó cebollas y puso a hervir las patatas. Era la guarnición habitual. Cogió la mantequilla de la nevera y echó un vistazo a la tarta. La había puesto en el estante de abajo, para que Zoé no la descubriera. Era una tarta preciosa. Sería una cena bonita. Cerró la nevera y se quedó quieta, sin hacer nada, con la mantequilla en la mano. La tarta estaba en la nevera, perfecta en su oscuridad helada. Mary sintió que era incapaz de dar el paso siguiente. No podía tocar nada de la cocina. La observaba como si fuera la réplica de una cocina expuesta tras la vitrina de un museo. Con su papel de fardos de trigo. Con los moldes de cobre y la cesta llena de peras Bartlett y de manzanas Granny Smith. Y las patatas siseando en la cacerola. Era una representación perfecta de su cocina y sintió como si fuera a suceder algo inexplicable si tocaba uno solo de sus componentes. Estaba en la sala, pero no le pertenecía. Depositó con delicadeza la mantequilla sobre el mármol. Desde fuera llegó el sonido del motor acelerado del coche de Harry y la voz de Yamal que gritaba: «Déjame a mí».

Mary subió a su dormitorio. Esperaría a que aquella sensación desapareciera. Se

repararía el maquillaje y luego volvería a acabar de preparar la cena. Deambuló un rato por el interior de la habitación. No sabía dónde acomodarse. Todo era imposible. Las sombras de las hojas se proyectaban a través de la ventana sobre las flores níveas de la colcha. La cama se repetía, dividida, en un ángulo oblicuo, en el espejo del tocador.

Se sentó en el tocador. Vio su rostro en el espejo. Se observó y pensó qué pasaría si no acababa la cena, si se quedaba en la habitación. Si renunciaba a todo el bienestar. Sobre el tablero de cristal del tocador había frascos de perfume y un joyero de piel blanca solitario y permanente. Miró todas esas cosas. No hizo nada más.

No era consciente de cuánto tiempo había pasado cuando alguien llamó a la puerta. Vete, pensó Mary. Esperó. Volvieron a llamar, y sonó la voz de Cassandra.

—Mary —dijo Cassandra—. ¿Estás ahí?

Mary no contestó. No se movió.

Cassandra volvió a llamar.

—Encanto, voy a entrar, ¿de acuerdo?

No, pensó Mary.

Cassandra abrió la puerta.

—¿Te encuentras bien? —dijo—. Lamento haber irrumpido de esta manera.

Mary meneó la cabeza.

—Estoy bien —dijo.

—He ido a la cocina por un vaso de agua —dijo Cassandra—, y he visto las patatas a punto de quedarse sin agua. Y he pensado: Mary Stassos no es la clase de mujer que olvida sus patatas a menos que ocurra algo verdaderamente importante. De modo que me he puesto a buscarte.

—Estoy bien —dijo Mary—. Gracias.

Dio por sentado que Cassandra murmuraría algo atento y cerraría la puerta.

Cassandra entró en la habitación y se sentó en el borde de la cama.

—Te consume, ¿verdad?

Mary no contestó. Se volvió hacia el espejo y allí se encontró con ella misma y con Cassandra. Cassandra estaba casi calva. Cuanto menos pelo y corpulencia le quedaban, más grandes parecían sus ojos. Mary vio con claridad que los ojos de Cassandra estaban en las cuencas del cráneo. Que Cassandra le hablaba desde un cráneo.

Cassandra suspiró, miró la habitación con la ligera curiosidad de un turista.

—Es una habitación preciosa —dijo.

—Gracias —contestó Mary.

—Yo solía soñar con una casa como esta.

—Por favor, no te burles de mí, y menos en este momento —dijo Mary.

—Si no es eso. No podría hablar más en serio. Cuando era un niño fantaseaba con la idea de casarme y tener una gran habitación como esta. No era una fantasía especialmente adecuada, pero ¿para qué queríamos una fantasía adecuada?

—Debería vender esta casa —dijo Mary—. Es demasiado grande. Me inquieta.

—Ya.

—Mira —le dijo Mary—, es que... no puedo.

—No puedes ¿qué?

—Con esto —dijo—. Con nada de todo esto. No creo que pueda con la fiesta.

—Claro que puedes. Es una fiestecita preciosa. Es lo más fácil de hacer en el mundo, participar de una fiesta como esta.

—He trabajado mucho —dijo Mary—. No quiero estropearla.

—Una pequeña crisis nerviosa no va a estropearla. Yo las tengo continuamente.

—Parecía posible, no sé, antes de que llegaran todos estaba aquí, sola, y todo parecía tan perfecto.

—Sé de qué hablas —dijo Cassandra.

—Quizá sería mejor que estuviera sola un ratito.

Cassandra dijo:

—No quiero contarte las horas que he pasado arreglándome el vestido. Lo de las compras, y, en fin, otras formas de abastecimiento, lo del maquillaje, el pelo y los atavíos en general. Me he pasado horas sentada en mi apartamento y después de eso, al fin, cha-chán, aquí me tienes. Tú no me has visto con mis mejores galas, puedo tener un aspecto bastante espléndido. O podía tenerlo, antes, en mi juventud. Una vez envolví una jaula con una peluca y llevé un canario vivo sobre la cabeza, era mi homenaje a *madame* Pompadour. Y verás, siempre hay un momento, cuando ya estoy lista y he superado incluso mis propias expectativas, y me encuentro sola en mi apartamento, hay siempre un momento en que me siento increíblemente buena. Invencible, como un miembro de una especie nueva, mejorada. Y luego estoy ansiosa y como loca por salir allí afuera a lucirme, de eso se trata, imagínate lo deprimente que sería ponerse todo eso encima, pasearse delante del espejo y luego sacártelo para meterte en la cama. No, yo adoro pavonearme frente a las multitudes, pero hay algo en ese estar ahí sola, a punto de salir, que, a su manera, resulta perfecto. No sé si diría que es mejor que salir porque, encanto, yo nací para exhibirme. Pero sé muy bien lo fabuloso que puede parecerse tu vestido antes de que lo vea nadie.

—Es curioso —dijo Mary.

—¿Qué?

—Pues no sé. Es curioso pensar en mí preparando esta fiesta y en ti, ya sabes.

—Vestida como un árbol de Navidad en el Rockefeller Center —dijo Cassandra—. En una dimensión paralela, yo soy el ama de casa y tú la travestí.

—Es curioso.

—Es fenomenal.

—Debería volver abajo.

—He quitado las patatas del fuego, no te preocupes.

—Ah, es verdad, las patatas.

Cassandra dijo:

—La vida es dura. Resulta duro seguir andando por ahí, cambiar de traje continuamente y sencillamente no derrumbarse.

Mary pensó que se levantaría. No se levantó. Continuó allí, con la mirada fija en sus propios ojos y en los de Cassandra. Sintió que se abría algo en su interior. Apoyó las palmas de las manos sobre el cristal frío del tocador.

Dijo:

—No hay nada más inconcebible que la pérdida de un hijo.

—Lo sé.

Se volvió. Cassandra estaba allí.

—Lo sé, encanto —dijo Cassandra.

—¿Estás bien? —preguntó Mary.

—Me estoy muriendo, querida.

—No me refería a eso.

—¿Quieres decir si tengo miedo?

—Bueno, no exactamente.

—A veces estoy asustada —dijo Cassandra—. No de morirme en sí, eso no parece que me dé tanto miedo. Quiero decir, cuando te has subido al metro a las cuatro de la mañana vestida de Jackie Kennedy, bueno... No, lo que me da miedo es debilitarme. Toda la vida he confiado en mi ferocidad, en mi porte majestuoso, como tú dices, y lo cierto es que funciona. Es mi poder. Soy alta, no soy una loca insignificante, y cuando alguien incluso piensa en follar conmigo, me levanto sobre mí más de metro ochenta y es como si les dijera, «no te metas conmigo, que no tengo nada que perder, y si me meto yo contigo saldrás mal parado». Te sorprendería la cantidad de embrollos de los que me he librado gracias solamente a mi actitud. Pero temo que si empiezo a parecer débil, si no conservo este aspecto rudo y feroz que los mantiene alejados, los lobos empezarán a seguirme las huellas. Huelen la debilidad a distancia. Y francamente, hay unos cuantos personajes en mi edificio que acabarían con una sin miramientos.

—Supongo que no puedo ni imaginarlo.

—Me das envidia, con esta casa tan grande en una zona residencial como esta. ¡Pareces tan a salvo, aquí!

—Yo no me siento especialmente a salvo.

—Bueno, probablemente yo tampoco puedo ni imaginarlo.

Mary era consciente de la tranquilidad de la habitación, de su sosiego perfumado, de los volantes almidonados. Cassandra estaba ahí en medio, sentada, como una criatura salvaje, pálida, de nariz prominente, enferma, maquillada, y aun así daba la sensación, por un instante, de que pertenecía a aquello más que ella misma.

—Has sido maravillosa con Zoé —dijo—. Y con Yamal. Espero que sepas que te estoy muy agradecida.

—No me des las gracias —dijo Cassandra—. No te atrevas. Zoé es mi hija. Y Yamal mi ahijado. No he hecho nada por ti.

Mary miró directamente el rostro severo y moribundo de Cassandra.

—No —dijo—. Supongo que no. Lo siento.

—No pasa nada —dijo Cassandra—. Corren tiempos difíciles, una chica puede cometer errores.

—Así es.

—Bueno, y ahora —dijo Cassandra, y se levantó del borde de la cama con un respingo ligero, inseguro—, ¿qué tal si volvemos con nuestros invitados?

—De acuerdo —dijo Mary—. Sí, deberíamos bajar.

—Mejor será que antes te retoques un poco esa cara.

Mary se volvió hacia el espejo:

—Oh, mi..., sí —dijo.

Cassandra se quedó de pie junto a ella.

—Encanto, ¿has probado el rímel impermeable?

—Una vez —dijo Mary—. Era demasiado espeso.

—Bueno, lo han mejorado. La tecnología vuelve a beneficiarnos.

—Quizá lo pruebe.

—En estos tiempos —dijo Cassandra— es casi una necesidad.

—Así parece.

—No hay duda. ¡Oh, cielo santo! ¿Es Opium?

—Sí. ¿Quieres ponerte?

—Un toquecito nada más. No hay nada cómo un auténtico buen perfume para eliminar el hedor de la mortalidad.

—¡Cassandra!

—Era una broma, querida. Por cierto, ¿cómo te las has arreglado todo este tiempo sin rímel impermeable ni sentido del humor?

—Bueno, no ha sido fácil —dijo Mary.

—No. No es fácil para nadie, ¿verdad? Ni siquiera para la Bella Durmiente en su castillo.

—No estoy ni la mitad de segura de lo que tú crees. —¿Segura?— dijo Cassandra. —Encanto, lo que yo creo es que eres un verdadero lío. Pero tienes un corazón decente. Venga, ahora vamos a arreglar ese rímel.

1994

Constantine permanecía en la cama de matrimonio mientras miraba a Magda desvestirse. Ahora todo parecía cordial. Más o menos cordial. De acuerdo, no era exactamente lo que él había deseado. No se ajustaba a ese modelo de encanto que él había previsto, esa cosa auténtica de las hermanas Gabor. Pero ya tenía bastante. Una casa grande, una magnífica parcela de tierra y una mujer que se destacaba. No era Mamie Van Doren, pero tenía talla y convicción, intimidaba a las esposas de los demás. En cuanto al sexo, siempre podía ir a buscarlo a la ciudad. Alquilar una puta no era más complicado que comprar media docena de cervezas. Era mejor así. Su vida sexual seguía cambiando y aquellas chicas conocían el oficio. A su edad, aún sentía un escalofrío cuando una nueva subía al coche. La mezcla de lujuria y nerviosismo que sentiría un hombre joven. Aún le quedaba todo eso, a un tipo de sesenta y siete años cuyo corazón había fallado una sola vez. Tenía la novedad de las putas, la rigidez desafiante y vikinga de su esposa, el huerto floreciente y los nietos. Tenía el velero que acababa de comprar para Ben. Ese chico era perfecto, podía con todo, nada lo frenaba. Nada. Era guapo, fuerte, inteligente y rico. Constantine todavía se sentía satisfecho de haber ido a comprar el velero con Ben: un Rhodes de seis metros, rápido, demasiado barco para un chico que aún no tenía más que catorce años, pero lo manejaría, le gustaban los retos. Magda se quitó el sujetador como si sus senos fueran armas secretas en una guerra contra los hombres. ¿Qué más daba? Eso era la felicidad. Una clase de felicidad. Ese sería el modo de vivir en adelante. No pensar tanto en uno mismo, en las propias ambiciones, en la necesidad de comunicarlas a voz en grito. Una vez que todo aquello se aquietara y disminuyera, empezaría a estar satisfecho de ser un hombre a quien los nietos podían querer y respetar. Los hijos resultaban demasiado próximos, habían heredado muchos de los errores que uno había cometido en la juventud. Pero los nietos... Lo mejor de uno mismo era para los hijos de sus hijos. Conversar con ellos, animarlos. Cuidar de sus afectos como se habría cuidado a un pájaro de la selva que pudiera vivir cien años. Se les compraba un velero y con la proa apuntando al horizonte, se montaba en él y se decía: Vamos. Movámonos. Saquemos a este viejo de aquí. Se imaginaba en plena navegación.

Ben adoraba lo que significaba aquel barco. Le entusiasmaba lo que daba por supuesto acerca de sus habilidades, de la importancia de su futuro. Pensaba en la casa del abuelo, con sus luces proyectadas sobre el océano, y pensaba en la dársena de la bahía, donde, sobre las aguas negras, el barco se balanceaba a la expectativa. Observó el océano que se dilataba hasta encontrarse con las estrellas y vio las constelaciones con sus planetas habitados, un sistema de mundos tan inmenso que en uno de ellos debía existir un chico como él, un chico con su voz, su cuerpo y sus pensamientos, pero privado de todo lo demás. Era como si pudiera meterse en el barco y navegar hacia ese otro mundo, en busca de sí mismo. Era marinero por naturaleza. Crecería y

cambiaría, marcaría un récord de velocidad en un viaje en trasatlántico antes de cumplir los diecisiete. Saldría en el *National Geographic*. Una fotografía suya, satinada, de dos páginas, en donde se lo vería con el pecho desnudo y brillante de gotitas, el rostro severo, seguro como el perfil de una moneda. En cuanto una fotografía así se publicara, él sería su propio gemelo. Allí, tumbado en la cama, tuvo la convicción de ser feliz. Todo era su pasado, hasta ese mismo instante. Lo dejaba fluir. Todo podía suceder. Notaba sus propios cambios. Luego oyó la voz del tío Will seguida por su risa aguda y agitada, que subía de la planta baja. Un momento después, cuando se abrió la puerta de la habitación de Ben, su felicidad se convirtió de inmediato en terror, como si estuvieran a punto de descubrirlo en algo vergonzoso.

Susan había olvidado llamar a la puerta. Intentaba acordarse. Tenía casi quince años, necesitaba intimidad. Pero le resultaba difícil recordarlo, porque aparentemente no guardaba secretos, ningún vestigio de la irritabilidad que ella había esperado de un hijo adolescente. Su vida parecía tan suave e inmaculada como su piel.

—¡Eh! —dijo ella—. Siento no haber llamado, estaba preocupada por ti. ¿Estás bien?

No tenía buen aspecto. Se había retirado de la mesa con mucha rapidez. No era típico de él. Le contestó que estaba bien. Ella asintió, todavía de pie en la puerta, con la mano apoyada en el tirador. A veces no necesitaba más que mirarlo. Estaba cada vez más asombrada y satisfecha de haber criado a ese chico: esa presencia luminosa en el mundo que sacaba las mejores notas sin esfuerzo, que entendía los deportes igual que un pájaro el vuelo y, eso era lo más milagroso de todo, que nunca intimidaba a otros chicos, aunque la mayoría de ellos era inferior a él en una u otra cosa. Parecía una liberación. Si hubiese sido creyente lo habría considerado como una señal de la aprobación de Dios, su aprobación de nuestros esfuerzos y su buena voluntad de pasar por alto nuestra carne propensa al fracaso. Juntos, ella y Todd habían criado a un chico que alegraba el hogar con su afabilidad y su suficiencia humilde y completa. Él era su perdón y la razón de todo. Le preguntó:

—¿Estás seguro de que no te pasa nada?

Y de mala gana —porque era quien era, un chico visiblemente herido por sus enfados y sus celos ocasionales—, de mala gana le dijo que el tío Will no le caía bien. Ella se mordió el labio inferior. Ah, Billy. No quería hablar de él, lo conocía desde pequeño, tan indefenso. Conocía muy bien la red de lesiones urdida por su padre y por su madre. Pero al mismo tiempo comprendía las objeciones del hijo. Y con un ardor interno que le hacía daño, incluso las aplaudía. Su hijo vivía en un mundo de virtud simple, no había lugar para la vida que Billy había construido. Se sorprendió al descubrir que era capaz de adorar a su hijo, de querer a Billy y, al mismo tiempo, de admirar a su hijo porque le disgustaba Billy. Le recordó cuán importante era ser tolerante con todo tipo de gente. Le dijo que el tío Will era un hombre bueno y que, aunque no se aprueben algunas de las elecciones de la gente, hay que ser generoso con ella. Él debía ser el contrapeso de la arraigada moralidad de Todd, de su creciente

odio de lo diferente. Ben estuvo de acuerdo, tal y como había previsto, aun cuando ella no estaba totalmente de acuerdo consigo misma. Le pidió que volviera a la mesa a tomar el postre. Le prometió que después podría decir buenas noches y regresar a su habitación.

Todd se sintió aliviado cuando Susan regresó con Ben. No le gustaba estar a solas con su cuñado. No es que ese tipo de cosas lo pusiera nervioso. Era una incomodidad de tipo social, no un embarazo físico. Extraña, una sensación extraña. Ni siquiera era estrictamente social, en realidad, porque siempre podían hablar de educación. Por fortuna, el tipo era maestro. Siempre que Todd y Will se quedaban solos, uno de ellos sacaba el tema del penoso estado del sistema de educación norteamericano, y ambos se entregaban al asunto hasta que Susan volvía y los rescataba. De modo que no era solo social. Había algo indefinido en la presencia del cuñado. Era como un pájaro en la casa. Su presencia inspiraba ese mismo sentimiento absurdo de amenaza. Nadie lo reconocería, pero se puede sentir miedo de una alondra o de un grajo, incluso de un gorrión, si anda suelto por la casa. Esas cosas conmueven. La negligencia, la vida que se mueve donde no le corresponde. Cuando Susan y Ben entraron, sintió como si el pájaro hubiese sido atrapado.

Will siempre se sobresaltaba al ver a Susan, incluso cuando se había ausentado tan solo unos cuantos minutos. Se hacía mayor y eso lo sorprendía. No el que se hiciera mayor, sino que se estuviera convirtiendo en una de esas mujeres correosas y cubiertas de laca de quienes se decía: «Fue guapísima». Se sorprendía de que aquella belleza perteneciera al pasado, de que su hermana se hubiese subido al tren de la decadencia. Mientras Ben, de mal humor, se derrumbaba de nuevo en la silla, Susan dijo:

—Ha trabajado demasiado en un experimento, le voy a servir un poco de postre y lo mandaré de vuelta a la cama.

Resultaba perverso que Susan adquiriera aquella apariencia agotada y que Zoé tuviera mejor aspecto que nunca. Zoé, que estaba enferma y vivía sin dinero y con un hijo en el East Village. Aquellos días Zoé estaba luminosa y pálida como una rosa. Claro que Susan, al fin y al cabo, había comprado el paquete completo. Se había casado con un abogado y con una casa con columnatas en Connecticut. Había aceptado la obligación de ser una preciosidad. Y la fatiga pasaba factura. Se pagaba un precio por esa existencia ordenada, por toda esa obediencia. Will quería a Susan y sentía compasión por ella, buscaba escrupulosamente cada uno de los signos de su desdicha. Entendía que su hermana tuviera una deuda de sufrimiento a causa de todo lo que había recibido. Will tenía remordimientos, pero le era imposible librarse del deseo de que algún castigo cayese sobre toda esa fortuna republicana, esas habitaciones de estilo rústico de pacotilla, ese marido mentecato cuya política se alejaba solo ligeramente de la de Hider y ese hijo de ambos, educado en una riqueza sin restricciones que, cuando se hiciera mayor, podría causar verdadero dolor en el mundo. Will soportaba aquellas visitas a casa de su hermana, pero no las disfrutaba.

Le decía a Harry que se sentía como un antropólogo intentando recordar los ritos y rituales de una cultura antigua que comenzaba a derrumbarse bajo el peso de su propia historia acumulada, de su insistencia en que era posible vivir sin cambiar. Al pensar en Harry, se excusó y se fue al teléfono del desván. Se excusó diciendo que había olvidado llamar a Harry para comunicarle que había llegado a Connecticut, aunque, de hecho, lo único que quería era oír la voz de Harry en medio de los armarios de pino y los espejos antiguos, los acolchados Amish, los cuencos de cobre, los viejos almohadones de calicó lustroso y el hecho, nunca reconocido, de que si no fuera el hermano de Susan, ni su cuñado ni su sobrino se sentirían cómodos de tenerlo en casa. Harry le recordaría que aquella gente no llevaba las de ganar.

—¿Diga?

—Eh, soy yo, ya he llegado.

—¿Estás bien?

—Sí. Más o menos.

—¿Ya estás hartó?

—Sí. Exactamente.

—¿Puedes hablar?

—En realidad, no.

—Pronto habrá acabado. Los fines de semana solo duran dos días y aquí tengo una botella de *whisky*, esperándote.

—Eso sí que está bien.

—Y yo. Yo también te espero.

—Esas son buenas noticias.

—Ahora vuelve y habla con amabilidad a los republicanos. Apiádate de ellos. Han perdido las elecciones y las cosas ya no les están saliendo a pedir de boca.

—¿De veras?

—No. Solo intentaba animarte. Llámame mañana, si quieres.

Zoé aspiró a través del plástico. No sabía si su aspecto era sonriente. Miró a Will y a Susan, que la observaban. Se había marchado a un lugar nuevo. Donde vivía ahora existía la misma enfermedad, el peso en los pulmones, el agotamiento que la frenaba como si tuviera todo el cuerpo atado por sogas minúsculas. Existía el dolor y un límite a la respiración, existía el mismo miedo, pero ahora vivía en su interior. Había empezado a unirse a su enfermedad y veía a la hermana y al hermano desde la distancia, como si ella estuviera en un tren y ellos en el andén, despidiéndose. Y, como si estuviera en un tren, sentía una mezcla de tristeza y de alivio, una satisfacción sorprendente y perversa frente al mero hecho de marcharse mientras los demás se quedaban atrás. Empezó a darse cuenta de que quizá la muerte no fuera tan dura como había supuesto. Empezó a darse cuenta de que aquello era tan solo una partida. Podía unirse a la enfermedad y dejar de preocuparse. Podía dejar de contenerse. Que se apoderara de ella. Su hermana hablaba. Zoé levantó la mano, lo que la obligaba a luchar contra las sogas invisibles. Dejó su mano sobre la de Susan.

Susan necesitaba consuelo. Le gustaba dar consuelo. Era algo que sabía hacer, era algo sencillo, habitual. Luego regresó la madre, con Yamal, y se quedó de pie, impotente, bien vestida, con las manos en los hombros del nieto. Al verlo, Zoé abandonó la enfermedad y regresó a la habitación, porque dejar a su hijo no le producía placer, ni el más mínimo, ni en secreto. Yamal retrocedió. La miraba con cierta rabia, como si no la reconociera. Se esforzó por quedarse en la habitación a causa de él. Intentó oler a sí misma. ¿Se la veía sonriente? Quitó la mano de encima de la de Susan y se la tendió a Yamal. Su hijo retrocedió y, por primera vez, Zoé oyó una voz que no era una voz, que no hablaba con palabras sino que rodaba a través de ella como una piedra. Otórgale su terror y su odio y aquello que elija recordar del amor y libéralo. Pensó que lo haría, y la invadió un alivio bienaventurado, más intenso y más profundo que cualquier sueño. Sin embargo, se debatió contra esa entrega. Permaneció en el cuarto, jadeante, hasta que Will al fin se dio cuenta de su esfuerzo e hizo que todo el mundo saliera de allí.

Yamal no tenía lugar. No podía estar solo, ni en casa, ni tampoco en casa de Cassandra, nunca, ahora que la enfermedad existía allí también. Podía quedarse con Delores. Era el único sitio. Delores era velluda, bastante fea y no le importaba nada. Con ella sí podía estar.

—Eh, nene —susurraba—. ¡Eh! Házmelo aquí mismo.

Y se lo hacía en el edificio abandonado de la calle Once, y se lo hacía en la cocina de la hermana, y se lo hacía al final del andén del tren. Delores tenía los pechos muy grandes para trece años. Tenía los muslos fuertes y delgados, un rostro voluptuoso, un ligero estrabismo y ese calor húmedo entre las piernas. Él empujaba hacia adentro y se perdía allí. Con ella no era nadie, ser solo aquel calor, y los cojines de sus pechos y el aroma del brillo de labios y del perfume de vainilla. No la quería, ni quería los detalles de su ser, ni esas cosas de las películas, pero le encantaba perderse a sí mismo. Adoraba meterse adentro. Lo hacían en todas partes. Lo hacían en las azoteas, en el pilar de la Christopher Street y en la entrada de la iglesia ucraniana. Ella lo mordía, susurraba su nombre. Lo cogía con ambas manos por el culo y lo ayudaba a empujar más fuerte, lo quería todo dentro de ella. Yamal no pensaba en otra cosa. Cuando no estaba con ella o bien se masturbaba o bien hacía planes sobre dónde y cuándo lo volverían a hacer. La idea de Delores lo mantenía día a día. En una ocasión, mientras estaba sentado junto a su madre dormida en el hospital, se masturbó allí mismo. Metió la mano por el bolsillo de los pantalones mientras ella aspiraba una y otra vez a través del tubo. Era un desvalido. Vivía solo en ese deseo. En una ocasión un pensamiento consiguió detenerlo. Iban por la avenida B y estaba lo bastante oscuro como para hacerlo entre los arbustos del Toms Square, así que Delores lo guio hasta allí, pero él la detuvo. No era seguro.

—Ya —dijo ella—. Y hacerlo en las escaleras de la iglesia sí lo era.

Él insistió. Se separó de ella, atravesó el parque. Lo siguió. Se quejó, y él no tenía ninguna excusa. No le dijo que desde el parque se veían las ventanas del apartamento

de Cassandra y que no podía hacerlo allí. No podía hacerlo allí.

Cassandra no se molestó en encender las luces. Se sentó a oscuras, a fumar y a escuchar música. Cuando Mary llamó al interfono le abrió y encendió la lámpara que había en la mesa con patas de garra. Ahora la penumbra tenía un matiz distinto: un tono de miel tras los lugares de oscuridad fluctuante. Cassandra entreabrió la puerta y esperó. Oyó los pasos de Mary, le llegó el aroma de su perfume. Hoy era Joy, a tres treinta la onza.

—Hola —dijo Mary.

—Hola, encanto —dijo Cassandra—. Pasa, quítate el abrigo. ¿Cómo está Zoé?

—Algo mejor, creo. Le han dado algo para ayudarla a dormir.

—Quiero que la saquemos del hospital tan pronto como sea posible —dijo Cassandra—. Los hospitales son peligrosos.

—Bueno, parece que cuidan bastante bien de ella.

—Esos sitios son terribles, no te engañes.

—En fin —dijo Mary—. Tal como están las cosas, no se puede elegir demasiado, ¿no crees?

—No se puede, es verdad.

—¿Has comido? —preguntó Mary.

—Sí.

—¿Qué has comido?

—Un poco de sopa —dijo Cassandra.

—¿Solo eso?

—No me apetecía nada más. Deja el tema, querida.

—¿Tienes ganas de un poco de lectura?

—Un momento, tengo algo para ti.

Cassandra se dirigió al tocador y revolvió hasta dar con el collar de perlas.

—Toma —dijo, y lo alargó hacia donde pensó que estaba Mary de pie.

—Oh, no puedo aceptarlo.

—Por favor, di que sí, apenas lo uso y la verdad, fue uno de mis robos más sonados. Nunca he robado en Tiffany ni en Cartier, en esos lugares tienen demasiado cuidado, pero créeme, hurtar algo así de un lugar como Bergdorf tampoco resultó tarea fácil. La mayor parte de mis trabajos son para la basura, este collar es una de mis pocas pertenencias que puedo imaginar en ti.

—No, dé veras —dijo Mary.

—Dame ese gusto. Acepta unas cuantas perlas de una vieja reina. Al menos, pruébatelo.

—Muy bien. De acuerdo.

Mary cogió el collar. Cassandra oyó el sonido del broche al cerrarse.

—¿Cómo te queda? —preguntó.

—Es precioso.

—No hay razón para que no te las quedes ahora, de todos modos voy a dejártelas.

Y la verdad, encanto, cuando llegue la hora aquí se puede formar una contienda general. Conozco a travestís que pueden desmontar una habitación más deprisa que una cama.

—Bueno —dijo Mary. Se hizo un silencio.

—¿Te encuentras bien? —preguntó Cassandra.

—Estoy bien.

—Estupendo.

—Sabes, hay algo que no te he contado nunca... —dijo Mary.

—No te pongas sentimental, por favor. No estoy de humor.

—No me pongo sentimental. Iba a contarte que yo también solía robar cosillas.

—¿Cómo dices?

—Ratear por las tiendas. También yo solía hacerlo.

—Te entiendo —dijo Cassandra.

—No sé por qué lo hacía. Nunca cogí nada demasiado importante.

—No hay ningún misterio. Quieres cosas, a todo el mundo le pasa. Este mundo está lleno de cosas y hay algunas que a la gente le apetece poseer.

—Pero podría haberlas comprado sin problema.

—Pues eras una buscadora de emociones. Tenías una vena delictiva. En fin, que en otra versión de nuestras vidas podríamos haber sido compañeras de celda.

—Me arrestaron una vez —dijo Mary.

—Yo... a ver, déjame pensar, he estado arrestada cinco o seis veces, creo. No obstante, jamás se hizo realidad ninguna de mis mejores fantasías carcelarias.

—Nunca se lo he contado a nadie. Mi marido lo sabía, pero los chicos no.

—Y ahora que te has confesado. ¿Te sientes diferente?

—La verdad es que no.

—En mi opinión, la confesión se sobrestima.

—He traído el libro que querías —dijo Mary.

—¿Lo has mangado, encanto?

—No, lo he comprado. Hace mucho que no robo nada. Dejé de hacerlo. Lo cierto es que no sé por qué empecé ni por qué lo dejé.

—Somos seres misteriosos.

—Sí, supongo que sí. Durante mucho tiempo tuve también aquellos accesos de ahogo, tomaba Valium para calmarlos, y luego, poco a poco, parecen haber ido desapareciendo. Bueno, han desaparecido casi por completo. Son tan esporádicos que ya no necesito las pastillas.

—Yo siempre he sostenido que con las neurosis se pueden hacer dos cosas: eliminarlas o prolongarlas.

—Puede ser.

Cassandra dijo:

—¿Cómo te sientes?

—¿Yo? Yo estoy bien. ¿Y tú? ¿Cómo estás tú?

—Yo también estoy bien, encanto.

Mary cogió a Cassandra de la mano.

—Todo irá bien —dijo.

—Por favor.

—Quiero decir, que Yamal estará bien. Cuidaré de él.

—Bien.

—Es un chico encantador.

—Es un salvaje —dijo Cassandra—. Y tiene un gran corazón. Por favor, no intentes refrenarlo demasiado, no conseguirás nada, excepto sentirte desgraciada por intentarlo.

—Haré las cosas lo mejor que pueda.

—Nadie puede más que eso, ¿verdad?

Mary acarició las perlas que le rodeaban el cuello.

—Son preciosas —dijo.

—¿Eh? ¡Ah, las perlas! Sí.

—¿Por qué no te sientas? Debes de estar cansada.

—Sí, un poco.

Mary guio a Cassandra hasta un confidente zanquilargo, tapizado de terciopelo azul claro. Cassandra dijo:

—Esto lo robé en el lavabo de señoras de Bonwit Teller. —¿Este confidente? ¿Cómo lo hiciste?

—No fue fácil, querida, créeme. Apuesto lo que quieras a que tú nunca has conseguido nada ni la mitad de grande que esto.

—No —dijo Mary—. Nunca.

Cassandra se acomodó un almohadón bajo la cabeza. Mary se sentó cerca de ella, en una silla de respaldo alto.

—¿Quieres algo? —preguntó Mary—. ¿Un vaso de agua? ¿Una taza de té?

—No, nada. Empieza.

Mary abrió el libro.

—«Tenía una granja en África, al pie de las montañas Ngong».

La tía Zoé había decidido dejar que su cuerpo muriera y seguir viva de todos modos. Eso fue lo que dijo, sentada en la galería del abuelo de Ben y envuelta en una manta. La tía Zoé despedía un resplandor blanco y gélido, una brillante ausencia de color. Se defendía de la luz de octubre con gafas de sol y temblaba ligeramente bajo la manta en aquel día claro y cálido.

Zoé podía oír a los árboles. Estaban inquietos por todo lo que recordaban. Vivían en el tiempo real, parecían sosegados en su quietud. Zoé no hablaba su lenguaje, pero sabía de su presencia como testigos. ¿Qué le había dicho su padre? Estos son mis tejos. Como si los árboles fueran de su propiedad.

La tía Zoé reía sin razón alguna. La madre de Ben estaba sentada a su lado, en una de las sillas de lona, e ilustraba la diferencia entre la salud y la muerte. La madre de Ben centelleaba. Llevaba una blusa roja y se la veía delgada y erecta como el tallo de un girasol. Su cabello estaba tan lleno de energía que lanzaba destellos minúsculos y efervescentes al aire suave y dorado.

La madre de Ben dijo:

—Zoé, cariño, mira qué día tan bonito hace.

—Sí —contestó la tía Zoé. La madre de Ben puso una mano sobre el bulto de una de las rodillas de la tía Zoé, cubierta con la manta. Estaba nerviosa, quería a la tía Zoé y al mismo tiempo estaba cansada de ella. Quería una escoba enorme con cerdas de acero. Limpiaría mejor que cualquier otra escoba en el mundo.

Susan era la perjudicada. Poseía la mayor de las perfecciones, el corazón más estricto y ávido. Todos los accidentes de la fortuna le ocurrieron a ella. Will y yo pudimos escabullirnos. Tuvimos vidas mundanas. Ella se entregó al deber. ¿No hay una hija cuyo papel es morir en todas las historias acerca de un hombre que pide a la bruja, a la bestia o al pez demasiados deseos?

—Susan —dijo la tía Zoé—. Susan.

—Chsss —dijo la madre de Ben—. Descansa, no hagas esfuerzos.

La tía Zoé miró el aire vacío a través de las gafas de sol. Asintió como si estuviera de acuerdo con algo escrito allí. La madre de Ben aún le acariciaba la rodilla, se la alisaba como si estuviera llena de arrugas. Ben estaba al final de la galería. Se sorprendió al ver cuánto tiempo tardaba la muerte, lo cotidiana que era. Había imaginado un instante dramático, un suceso concentrado que los sometería a todos en el momento de la pérdida, que sería terrible, enorme y reconfortante. Nunca se había figurado todos esos silencios embarazosos, el modo en que las horas podían derramarse una sobre la otra, con el acompañamiento de fondo del televisor.

Ben tenía aquella crispación, la pasión insensata. Era su secreto y su salvación. Era su destino. Zoé hablaba con su otra voz. Le dijo a Ben que sobreviviera, aunque los niños nunca hagan caso de los consejos.

Volvió su cabeza enajenada, poco a poco, y lo miró fijamente. Él rogaba que

mirara a cualquier otra parte.

El abuelo de Ben y el tío Will irrumpieron en la galería, absolutamente silenciosa. La perturbación de la tía Zoé había suprimido todas las discusiones, las había congelado, y el abuelo y el tío Will podían salir juntos de casa como un padre y un hijo cualesquiera. El tío Will vestía como un hijo, como alguien inofensivo. Llevaba vaqueros y una camisa de franela a cuadros.

—Hola, chicas —dijo el abuelo de Ben. Ben podía imaginárselo de padre. Habría sido amable y generoso, muy divertido. Por las noches habría vuelto a casa cargado de regalos. Se habría quedado en la puerta, con los brazos llenos, y habría dicho: «Hola, chicas».

La tía Zoé seguía mirando el aire. Seguía asintiendo.

Estaba demasiado saturado. Había demasiados anhelos envejecidos, demasiados propósitos. Zoé escuchaba a los árboles que el padre creía poseer. Hablaban en un lenguaje demasiado antiguo para conocerlo. Zoé se vio a sí misma vestida con pijama, intentando sonreír en un momento de luz blanca y deslumbrante. Vio al padre y a la hermana vestidos con la perseverancia de la blancura. En todas las historias hay una hija cuyo papel es morir.

—No es una buena idea —dijo Zoé—. Hacedme caso.

El tío Will se acuclilló junto ella. Ben miraba desde el rincón, al lado de las macetas de plantas perennes. El tío Will le susurró algo en la oreja de la tía Zoé, que seguía con la vista fija en algún punto.

—Hace sol —dijo la madre de Ben—. Creo que le sienta bien estar sentada aquí afuera.

—Por favor, no hables de Zoé en tercera persona —dijo el tío Will—. Está aquí. ¿Verdad que sí, niña?

La tía Zoé movió la cabeza en señal de asentimiento. Dijo:

—Nunca he estado en ninguna otra parte.

—Claro, cariño —dijo el tío Will—. ¿Estás cansada?

—Sí. Y no.

—Te vendría bien un descanso, ¿no crees?

—Sí —dijo ella—. Y no otra vez. ¿Me entiendes?

—Sí, creo que sí. Es tan duro quedarse como irse, ¿no?

—Verdadero —dijo ella—. Y por otra parte, falso otra vez.

Will sobrevivía por debajo de su piel. Algo en él había perdurado, una bolita de fuego puro que ardía en el interior de todos los errores y costumbres absurdas. Zoé le acarició el pecho, pero no con el cuerpo. Él le alisó el cabello. Lo hizo con sus manos verdaderas.

El abuelo de Ben se colocó de pie detrás de la silla de la tía Zoé. Puso las manos en el respaldo de la silla, le miró la cabeza. La vigilaba como si fuera una hoguera.

—Me voy a llevar a los chicos en el barco —dijo en dirección a la tía Zoé, por encima de su cabeza—. Es un buen día para navegar.

—¿No hace demasiado viento? —preguntó la madre de Ben.

El abuelo levantó la vista hacia Ben. Tenía la piel curtida y el cabello cano, era el centro de todas las cosas. Ben pensó en lo que veía el abuelo: los tablones de la galería, a Ben mismo, la ancha ladera de dunas de hierba que dibujaba una línea desigual paralela al océano. Ben intentaba formar parte de aquello, parte de la galería, del océano y del cielo, de todo lo que al abuelo le proporcionaba placer.

—¿Tú qué opinas, Ben? —le preguntó el abuelo—. ¿Hace demasiado viento?

—No —contestó Ben, y se vio en el rostro del abuelo, transformado por la valentía del anciano.

—Entonces, vámonos —dijo el abuelo.

—Sí, vámonos.

—¿Dónde está Yamal? —preguntó el tío Will.

—Eso —dijo el abuelo de Ben—. ¿Dónde está Yamal?

—Lo encontraré —dijo Ben.

Saltó por encima de la barandilla de la galería, feliz de hacer gala de su agilidad. Sabía dónde estaría Yamal. En casa del abuelo, Yamal siempre acababa en el bosquecillo minúsculo que había en el rincón más lejano, un grupo de pinos empequeñecidos y deformados por el viento que soplaba desde el océano. Allí iban los dos juntos el año anterior, y se acurrucaban entre los matorrales para compartir de prisa su secreto mientras las agujas de los pinos les caían sobre las cabezas y los padres bebían cerveza en la galería. Ben se sentía complacido de que Yamal fuera allí solo, en busca de aislamiento, cuando ya no podía soportar la perfección de la casa del abuelo. Mientras atravesaba las dunas de hierba, consciente de que lo observaban desde la galería, lo invadió el orgullo y una sensación purificadora y complaciente de contrición. Le diría a Yamal que tenían que parar. Tenían que ser responsables. Tenían que pensar en los demás. Sería difícil y satisfactorio decirle todo aquello. Sería una especie de muerte. Ben defendería su propia rectitud. Pensaba que Yamal lo comprendería. Más tarde, él, Yamal y el abuelo saldrían a navegar. Tal vez pudiera enseñarle todo lo que Connie no pudo el verano anterior. Llevarían la caña del timón como hermanos. Mientras descendía la ladera que llevaba hasta los árboles se sintió feliz, con un sentimiento de regocijo que desde hacía un año o más no tenía. El océano se extendía ante él, deslumbrante, salpicado aquí y allá por la espuma. Detrás quedaba la rectitud sombría de la casa y los ojos de la familia.

La exaltación se disipó en cuanto llegó al bosquecillo y lo encontró vacío. Estaba absolutamente convencido de que iba a encontrar allí a su primo, sentado a solas, soñando despierto, en el suelo, con una piña entre las manos y la espalda apoyada en uno de esos troncos marrones y escamosos. Todo había girado en torno a la idea de quedarse de pie junto a Yamal en aquella postura, hablarle de un modo tierno pero con firmeza, directamente al rostro alzado y solitario. Ben se sintió vencido por una soledad súbita y violenta, por la desolación, como si al entrar en el lugar en donde se suponía que estaría Yamal, hubiese irrumpido, de manera accidental, en los

sentimientos que más legítimamente le pertenecían. Pensó en buscarlo, arrastrarlo hasta los árboles, tirarlo al suelo y decirle: ¿qué? Pedirle una explicación. Algún tipo de explicación.

Fue hasta el final del bosquecillo, junto al mar. Miró enfadado el océano mientras pensaba en regresar a casa y decir a todos que Yamal había vuelto a desaparecer y que tendrían que salir a navegar sin él. Entonces lo descubrió en la playa. Estaba de pie, en la orilla. Las olas le salpicaban los tobillos mientras recogía piedras y las arrojaba al mar. Las recogía y las lanzaba, una tras otra, de manera metódica, como si lo hubieran contratado para dejar la playa sin piedras. Ben corrió hasta la playa. No gritó el nombre de Yamal. No lo lanzó al aire.

Yamal no lo oyó acercarse y Ben tuvo que contenerse para no cogerlo por su holgada camisa amarilla y darle la vuelta violentamente. Permaneció a unos cuantos pasos de distancia y dijo:

—¡Eh!

Yamal se volvió y todo cambió nuevamente. Allí estaba su rostro, espantado de un modo que solo Ben conocía. Allí estaban sus ojos.

—¿Qué? —dijo Yamal.

Un nuevo torrente de sentimientos invadió a Ben con tal rapidez que se estrelló contra su enfado y estalló. Estaba tan lleno de rabia y de ternura que pensó que no sería capaz de soportarlo.

Yamal dijo:

—Mira lo que he encontrado. —Se agachó y recogió el ala de una gaviota. El ala era de una blancura mustia, de casi sesenta centímetros de largo desde las plumas rígidas y estriadas hasta el círculo de hueso amarillento y esquilado limpiamente, como con una cuchilla. El ala había quedado descolorida, endurecida y libre de su carne. No era más que hueso y plumas.

—Asquerosa —dijo Ben.

—Algo asquerosa —dijo Yamal—. Y algo magnífica, ¿no?

Se quedó con el ala entre las manos.

—¿Quieres salir a navegar? —dijo Ben.

—No sé.

—¿Qué más tienes que hacer?

—Nada.

—Pues ya está.

—Aquí no hay nada que hacer.

—Navegar ya es algo que hacer.

Yamal sostenía el ala rota con ambas manos y la miraba con el ceño fruncido, como si fuera un tesoro y, de un modo más oscuro, una carga.

—De acuerdo —dijo—. Voy.

Comenzaron a recorrer la playa. Ben dijo:

—No te vas a llevar eso, ¿verdad?

—Creo que quiero quedármela. Quiero llevármela conmigo a la ciudad.

Ben sabía lo que pensaría el abuelo: El hijo loco de la loca tía Zoé se lleva a casa trozos de animales muertos.

—Tal vez deberías dejarla aquí —dijo Ben.

—No. Quiero quedármela. Quiero ponerla en la pared de mi habitación.

—Realmente, eres raro.

—Puede que sí.

—Olerá mal.

—Me da lo mismo.

Yamal recorrió el trayecto de arena y se internó en el bosquecillo con el ala. En sus manos, aquello resultaba extrañamente apropiado, como si él hubiera aparecido en el mundo y se hubiese llevado algo que necesitaba, algo horrible y fabuloso. Cuando estuvieron ocultos entre los árboles, Ben dejó de caminar y dijo:

—Espera un momento.

—Qué.

—Quiero hablar contigo.

—Bueno.

Yamal se quedó de pie de un modo despreocupado, a la espera. Examinaba el ala, metía la punta del dedo entre las plumas. Estaba enamorado de ese trozo de basura, de esa cosa atroz. Imbécil, qué imbécil. Ese chico imbécil... pero todos los planes de Ben habían contemplado la idea de encontrarlo allí sentado, y ahora se encontraba frente a las complejidades de Yamal, frente a su belleza sin rumbo, desinteresada. Ben estaba rendido de deseo, un amor insistente y obsesivo. Se arrodilló y tiró del borde de la camisa de Yamal.

—Ven —susurró—. No nos ve nadie.

Yamal siguió de pie. Ben le tiraba de la camisa, que se le pegaba al pecho y al vientre. La punta de las plumas rozaban con su rigidez la cabeza de Ben.

—Ven —dijo. Quería abrazarlo, sentir su cabeza desafiante contra el pecho. Quería ganarlo, consolarlo y hacerse dueño de sus afectos. Había perdido la virtud y no le preocupaba.

—No —dijo Yamal.

Ben, jadeante, seguía arrodillado en el suelo. No dijo nada. No soltó la camisa de Yamal.

—No quiero hacerlo más. Lo siento.

—Yo tampoco —contestó Ben.

—Suéltame.

Ben no lo soltó. No dijo nada.

—Tengo novia —dijo Yamal.

—Yo también.

—Deberíamos dejarlo, ¿eh?

—Esta será la última vez.

—No.

—Por favor —dijo Ben.

Yamal le miró. La mitad inferior de su rostro estaba irregularmente enmarcada por el ala.

—Oye, tío —dijo—. Yo no soy gay.

Ben no habló.

—No es porque no te quiera —dijo Yamal.

—Yo tampoco te quiero. ¿Qué crees que soy? ¿Tu novio o algo así?

—No —dijo Yamal. Sus ojos eran negros y opacos como el café—. No creo que seas mi novio.

Ben le desabrochó la cremallera de los vaqueros. Iba a perderse, iba a conseguir que Yamal dejara de hablar. Iba a habitar otro lugar. Tan solo quería perderse.

—Ben —dijo Yamal.

Ben sacó el sexo de Yamal. Nunca había hecho aquello. Con una sensación nauseabunda de alivio, como la de tirarse desde una gran altura, se metió aquel pene en la boca.

Apenas tenía sabor, quizá ligeramente salado. Era Yamal. La parte más secreta de su belleza suave pero firme. Ben puso las manos en el trasero delgado de su primo, lo apretó con fuerza, y se perdió a sí mismo. Sentía todo lo que estaba sucediendo. La parte inocente y dorada lo abandonaba, pero le daba lo mismo, solo quería estar vivo así, como un anhelo amante, inmenso e irracional.

—Para —dijo Yamal.

Ben no se detuvo. Era todo deseo. No paró hasta que Yamal lo cogió del pelo y lo miró con severidad.

—Me ha parecido oír que se acercaba alguien —le dijo.

Ben se puso a escuchar. No oyó nada. Se sorprendió al notar que le rodaba una lágrima por la mejilla. Estaba perdido. No había en él nada más que deseo. Se lanzó otra vez sobre Yamal, pero este se apartó y se ajustó los pantalones. Ben temblaba de vergüenza y de excitación. Se puso de pie. Acababa de hacerlo cuando el abuelo se abrió paso entre los arbustos y dijo con voz fuerte como el crujido de la madera:

—¡Eh, chicos! ¿Qué os retiene por aquí?

Ben se volvió hacia el abuelo antes de acordarse de la lágrima. Se la enjugó con un manotazo impaciente, como si apartara a una mosca, pero supo que el abuelo la había visto. Ben se ruborizó. Dijo:

—Hola, abuelo. —Y le salió con su voz más suave, con la que solicitaba placeres de niña.

El abuelo vio los vestigios de lo que había ocurrido. Ben estaba seguro. El abuelo podría haberse convertido en fotógrafo de sí mismo tomado en el preciso instante de su muerte, ese instante en que el alma había iniciado su ascensión infinitesimal, pero estaba todavía demasiado enredada en una carne cada vez más fría para saber nada excepto que ascendía hacia la gloria, el tormento, o, sencillamente, el fuego

irreflexivo y helado de las estrellas.

Lo sabía. Puede que aún no supiera que lo sabía, pero el hecho había penetrado en él. Había visto a Ben en su otro estado, con el rostro enrojecido, culpable y lacrimoso.

Cuando el abuelo dijo: «Vámonos, chicos», su voz había perdido la resonancia animada y vigorosa.

Yamal se acercó a Ben y se quedó a su lado. Le pasó el brazo por los hombros. Ben notó el esfuerzo de su propia respiración, la presión de aquel brazo.

Se lo quitó de encima.

—Déjame en paz —le dijo.

Yamal vaciló, parpadeó inseguro.

Ben dijo:

—Lárgate de aquí, maldito marica. —Lo dijo lo bastante alto para que lo oyera el abuelo.

Yamal pareció volverse más pequeño y más oscuro, como si una porción de aire lo hubiese abandonado. Entrecerró los ojos.

—Déjame en paz —dijo Ben—. Lárgate.

Yamal se volvió, despacio, y regresó a la playa. Ben lo observó mientras se marchaba. Si hubiese corrido, Ben podría haber sentido un cierto desquite. Si hubiese gritado, llorado o llamado a Ben por cualquiera de los nombres obvios... Pero se marchó sin decir nada, como si tuviera el resto de la vida para digerir lo que había sucedido. Regresó, al parecer, al mismo lugar en donde Ben lo había encontrado. Empezó a coger piedras y a tirarlas al agua como si aquel fuera su auténtico e incomprensible trabajo.

Había dejado el ala en el suelo. Allí estaba, curvada como un arco, con la punta seca apuntada hacia arriba.

Ben se volvió hacia el abuelo. Reinaba un silencio hilvanado por el sonido lejano de una campana. Se notaba el aroma de la savia de los pinos.

El abuelo dijo:

—¿Qué pasa?

—Nada —contestó Ben.

Sabía que el abuelo no le creería. El secreto flotaba en el aire como la pólvora.

—¿No viene Yamal? —dijo el abuelo. Su voz sonaba comedida, indescifrable.

—No. No quiero que venga.

—¿Estás seguro?

—Sí. Vamos a navegar nosotros dos.

—De acuerdo.

Atravesaron juntos y en silencio las dunas de hierba. El sol iluminaba todavía cada brizna, proyectaba una infinidad de sombras incompletas. La casa aún centelleaba, el estuco ligeramente rosado, resplandeciente, en la luz intensa del mar. Los pájaros seguían parloteando roncamente entre los pinos.

En la galería, la tía Zoé estaba sentada entre la madre de Ben y el tío Will. Dirigió

una sonrisa a Ben y al abuelo como si fuera la primera vez que los veía.

—¿Dónde está Yamal? —preguntó el tío Will.

El abuelo dijo:

—No hemos conseguido arrancarlo de la playa.

Ben respiró hondo. El abuelo se proponía guardar el secreto, al menos de momento. Respetaría la locura de la tía Zoé, su muerte. Se lo diría a la madre de Ben más tarde, en privado. Le diría que algo no iba bien y comenzaría el largo proceso de averiguar qué era.

—Así que, al parecer, seremos Ben y yo solos —dijo el abuelo—. A menos que alguien quiera apuntarse.

—Yo no —dijo la madre de Ben—. Soy un mamífero terrestre, ya lo sabes.

—Yo también me quedaré por aquí —dijo el tío Will—. Nosotros tres podemos preparar la cena.

La tía Zoé sonreía. Miraba fijamente hacia adelante.

Había una luz verde y pálida. Se trataba de lo de siempre, de la vida y de la muerte, pero los árboles carecían de palabras comprensibles para aquello. No era algo que un árbol pudiera entender. Se pondría bajo un árbol, y así las raíces podrían envolverla, penetrar en su cuerpo. No desaparecería. Ascendería por las ramas.

Ben y el abuelo fueron hasta la dársena en el Mercedes. No hablaron. El día era todavía claro. Cuando entraron en el estacionamiento de la dársena, el sol centelleaba con aplomo sobre el asfalto y sobre los mástiles blancos de los barcos. Las banderas de colores ondeaban ruidosamente. Ben estaba sentado en el asiento delantero del coche del abuelo, hundido hasta tal punto en la desdicha y la turbación que supo que jamás regresaría. Estaba manchado por la vergüenza, tan marcado por ella que creyó que iba a dejar una sombra tras él en la tapicería, algo oscuro imposible de limpiar.

El abuelo quitó el contacto pero permaneció sentado al volante. Ninguno de los dos se movió. Acto seguido el abuelo dijo:

—¿Tienes algún problema con tu primo?

—No lo sé —contestó Ben.

—Ese chico —dijo el abuelo. La palabra «chico» se le quedó atragantada como una espina—. Ese chico —soltó la palabra— ha tenido muchísimos problemas, ha crecido junto a un montón de gente estrafalaria.

Ben no dijo nada. Sentía una presión creciente en la cabeza, como un puño de hielo abrasador que le empujaba los ojos y los oídos desde dentro. Todo lo que veía a través del parabrisas —los coches aparcados, las banderas, los mástiles balanceados por las olas— tenía un aspecto estimulante y desolador, como un pedazo de cielo lejano que no podía visitarse.

—Ese chico —dijo el abuelo—, está un poco chiflado. Me tiene preocupado.

—Sí —dijo Ben.

—¿Os habéis peleado o algo así?

—No exactamente.

El abuelo movió la cabeza. Continuaba con las manos en el volante y la vista al frente, como si aún condujera.

Ben lo comprendió. Podía culpar a Yamal. Podía acusarlo de seducirlo, y así salvarse.

—Soy capaz de reformar a unas cuantas personas —dijo el abuelo—. Si Yamal te molesta, puedo hacerme cargo.

Ben asintió.

—No voy a permitir que nadie te confunda, ni siquiera un miembro de tu propia familia. ¿Lo has entendido?

—Lo he entendido.

Ben acusaría a Yamal, si era necesario. Dejaría que Yamal fuera el extraño.

—Vamos a navegar —dijo el abuelo.

—De acuerdo.

El barco los esperaba allí, sereno en su perfección de lujo, pulido y frío como el mármol. Ben aparejó la vela mayor y el foque y se acordó de Yamal con el ala rota. Al izarla, la vela mayor desprendió una luz pura, acusatoria.

El abuelo era demasiado grande para él. La madre y el padre eran demasiado grandes. Los dejaría pensar que Yamal había intentado tener relaciones sexuales con él, y que él lo había rechazado. Dejaría que la mentira se hinchara y se iluminara como la vela mayor al viento, y le creerían.

Hundiría a Yamal. Era él quien debía salvarse.

Ayudó al abuelo en el barco. Desamarró y se sentó en la caña del timón.

Zoé levantó la vista y descubrió que Yamal estaba sentado a su lado y le sostenía la mano. Comenzaba a vivir su propio tiempo. Lo había hecho, lo había amado, y allí estaba, un chico lleno de vida. Allí estaba todo lo que aún podía acontecer. Los pulmones de Zoé se llenaron de juego, se acercó a él. Ardía pero no tenía miedo. Permanecería allí, observando desde las ramas de un árbol.

El abuelo de Ben se sentó en la proa, gallardo como un emperador, con la firme intrepidez de un emperador. Ben guio la embarcación con facilidad desde la dársena hacia la bahía. No estaba acostumbrado a un viento tan fuerte, pero se las arregló con soltura. Se sorprendió al darse cuenta de que encontraba un consuelo amargo en su talento para navegar.

—Día ventoso —dijo el abuelo. El aire le desordenaba los escasos cabellos. Era un buen barco, realmente rápido, y por un momento Ben se sintió mejor. Un poco mejor. El viento y la embarcación sostenían una lucha tensa que él capitaneaba. Podía sentirse mejor porque allí, en el agua, sabía qué hacer exactamente. Podía llevar al abuelo sano y salvo en una tarde de navegación ligeramente complicada o podía, si así lo deseaba, correr contra el viento y acabar con ambos en el agua. Era un día duro, quince o veinte nudos, la clase de viento que, si no se considera con respeto, hace zozobrar. El agua estaba agitada. La marejada urdía copetes espumosos que lanzaban

gotitas al aire. Ben dirigió el barco hacia altamar, hacia el horizonte, hacia las aguas más profundas. Era un buen día de navegación, realmente rápido. Guio el barco hacia el viento, con firmeza, en busca de la mayor velocidad posible.

—Estaremos poco tiempo —dijo el abuelo—. Media hora o así, y volvemos a casa.

Al sonido de la palabra «casa», Ben perdió su precaria y pequeña felicidad. Pronto se confirmaría la extrañeza de Yamal, su peligrosidad. No recibiría consuelo después de la muerte de la madre.

Ben iba a hundirlo.

El agua golpeaba los costados del barco. Una sarta de algas marinas culebreó cerca de la embarcación, sus extremos ambarinos y elásticos flotaban como un collar de pinzas minúsculas. Ben viró más directamente hacia el viento, y el velero escoró hacia babor de tal manera que el abuelo tuvo que sujetarse a la barandilla para no perder el equilibrio.

—Vamos realmente deprisa —dijo.

—Sí, señor —contestó Ben.

—Tú estás al mando, amigo. Eres el marino.

—Lo sé.

Ben gobernó el barco en dirección contraria a la orilla. A sus espaldas, los cristales de las ventanas centelleaban desde las hileras de casas cada vez más pequeñas. El cabello le fustigaba la cara y era como si lo azotara su propio espíritu comprometido, fastidioso y débil. Se quitó el pelo de la cara con agresividad. El viento era cada vez más fuerte. Probablemente era hora de bajar el foque, pero Ben lo dejó en alto, quería más viento y más velocidad. Quería perderse, navegar con una velocidad y una furia que le permitieran ser solo eso, un garfio que hiende las aguas. Orzó: la proa quedó de cara al viento. La vela mayor y el foque se habían tensado como globos, la embarcación escoró hasta tal punto hacia babor que el agua salpicaba por encima del costado. El abuelo lo miró. Ben advirtió el temor en su rostro viejo y fatigado. De momento, y durante un breve período, había abandonado su mundo y entrado en otro, en un mundo gobernado por Ben. El velero avanzaba con tal rapidez que el viento prácticamente lo cegaba, a pesar de lo cual viró aún un grado más. El abuelo dijo:

—Hijo, ¿no vamos demasiado deprisa?

Hijo, lo había llamado hijo. Ben no pudo soportarlo, ni el amor ni la vergüenza, y con un último acceso de amor y de vergüenza, viró demasiado y la embarcación zozobró. Se dio cuenta de lo que ocurría. Vio que el agua invadía la cubierta, advirtió la expresión del abuelo, el abandono pálido y confuso del cuerpo por el alma, y acto seguido vio cómo volcaba el barco y daba con ambos en el agua.

Percibía el paso del tiempo. Percibía que tener miedo era absurdo, tanto como usar un sombrero extravagante en un día de mucho viento y maldecir el clima. Yamal le hablaba en una lengua conocida por ella en un tiempo anterior. Ardía y se sentía

bien.

El agua estaba maravillosa. Fresca y absolutamente clara, animada por la espuma y el picor de la sal. Ben se demoró bajo el agua, a observar desde la superficie brillante y ondulada la verde oscuridad que había debajo de él. Cuando, finalmente, salió a la superficie, vio la cabeza barboteante del abuelo, a menos de tres metros.

—¿Estás bien? —preguntó el abuelo.

—Sí. ¿Y tú?

—¿Qué demonios ha ocurrido?

—Nos hemos ido a pique.

—Eso ya lo sé.

—Estamos bien —dijo Ben—. No estamos en apuros.

—¿Cómo ha ocurrido?

—Ha ocurrido.

—¿Podemos enderezar el barco otra vez?

La embarcación descansaba sobre un costado. Las velas ondeaban al viento y el casco sobresalía como el lomo de una ballena blanca y pequeña. Ben observó el velero y luego el rostro contrariado del abuelo.

Aquel era el fin del breve viaje. Ahora era momento de enderezar la embarcación, subirse a ella y regresar a todo lo que esperaba en tierra.

—No va a ser fácil —dijo Ben.

No quería más que permanecer en el agua, aquel lugar frío y anónimo.

—El vendedor me dijo que no habría problema —dijo el abuelo mientras jadeaba y movía sus brazos fuertes y gruesos para mantenerse a flote.

Ben dijo:

—Será mejor que vaya en busca de ayuda.

—¿Cómo que a buscar ayuda? ¡No la necesitamos!

Pero Ben empezó a nadar. Aún no estaba preparado para volver, así que se alejó a nado. El abuelo gritó:

—¿Adónde vas?

La única respuesta de Ben fue seguir nadando. No se dirigía hacia otro barco. No se dirigía a la orilla. Se iba lejos y su libertad aumentaba con cada brazada. El agua salada le golpeaba el rostro y él nadaba con toda la velocidad y la fuerza de que era capaz. Frente a él solo había más agua, agua y el brillo del cielo. Nadaba, y así se alejaba del barco y del abuelo. Se limitaba a nadar. No pensaba. Oyó que el abuelo lo llamaba por su nombre, pero también se alejaba de eso. No se detuvo. No disminuyó la velocidad.

Zoé rio por la extrañeza, por la extrañeza y por la inesperada simplicidad. Oyó el sonido de su propia risa. Después de todo, era fácil. ¿Quién habría imaginado que era fácil? Sabía cómo morir. Lo había sabido toda la vida. Era tan extraño y tan común, tan perfecto como un hombre desnudo cantando un himno en una escalera de incendios al amanecer. Uno entrega su nombre. No se lo devuelven. Recordó el chiste

que se había contado a sí misma algunos años atrás: algunos inquilinos podían mirar desde el otro lado del cementerio para enterarse del origen de la música y pensar, en fin, joder, es el día del Juicio Final, supongo que no tengo que ir a trabajar. Aquí está, la música inmaculada y una erección bajo las primeras luces. Era extraño pensar que los ángeles desnudos estaban tan perdidos como sus hermanas y hermanos mortales, temerosos y admirados ante el paso de las horas. Nadie sabía y todos sabían. Después de la luz había otra luz, y otra. Solo eso. Sostenía la mano del hijo. Soñó que le entregaba un ala para que la guardara.

Ben nadó un buen rato antes de parar y mirar hacia atrás. El abuelo y el barco habían desaparecido. No había más que agua y, sorprendentemente, una taza de papel que flotaba a cierta distancia. Una tacita de papel, se dijo para sí. La luz del sol brincaba sobre el agua como un enorme banco de peces saltadores y electrizados. Tenía miedo, pero el temor era algo sólido en su sangre, una sensación poderosa no del todo desagradable. Mientras permaneciera en el agua, mientras continuase nadando, no ocurriría nada. No podía nadar para siempre, pero podía nadar un poco más. Nadó hacia la raya en que el agua se encuentra con el cielo despejado y ardiente. Nadó un buen rato. Era fuerte. Seguro que alguien lo encontraría. Los helicópteros irían a buscarlo enseguida, las lanchas de los guardacostas, los hombres bronceados con chalecos salvavidas cuyo trabajo era estar atento y llevar a cabo el salvamento. Iba a nadar hasta que lo encontraran. Nadó con energía, para cansarse, para acabar con la imperfección de su ser. Cuando empezó a sentirse seriamente cansado, dejó de nadar, pero en cuanto lo hizo se sintió recobrado. Todavía no estaba lo bastante cansada. Aún tenía fuerzas. Lo acometió por la espalda una gran ola que rompió en su cabeza e hizo que le entrara agua por la boca y por la nariz. Tosió. Le pareció que el sonido de su tos era insignificante en medio de aquel silencio inquieto y vibrante. Percibió que había algo en el agua, algo enorme, y de pronto se sintió paralizado por el terror a los tiburones. Luego el terror lo abandonó, cuando recordó que allí no había tiburones. No era ese tipo de hambre. Era algo más grande. Estaba a solas con algo enorme que vivía en el agua, algo perseverante que se combaba y murmuraba bajo el cielo diurno y por las noches observaba las luces que aparecían en la costa, impasible ante su belleza leve. Podía notarlo, era el espíritu del agua, aunque no exactamente el espíritu. Podía percibir el ser inmenso y adormecido del agua. Ahí, en el agua, el tiempo era generoso, plano, amorfo. Vio que las constelaciones ya estaban presentes en el cielo de la tarde. Se dio cuenta de que el agua tenía una vida distinta.

Ni rastro de helicópteros en el aire, ni botes salvavidas de color gris brillante que se deslizaran por el agua. Recordó —¿cómo había podido olvidarlo?— que el abuelo no sabía navegar. Lo más seguro era que su abuelo hubiese podido enderezar el barco, pero no habría sabido moverlo de allí. Se habría sentado impotente a gritar una y otra vez el nombre de Ben.

De pronto Ben deseó regresar a tierra y vivir allí con su nombre. Deseó todas las humillaciones, los reproches, todo. Quiso nadar hacia allá pero no se veía más que

agua, y no sabía dónde estaba la orilla. Por ahí, probablemente. O tal vez no. Si nadaba en aquella dirección era posible que se alejara de tierra todavía más. A la derecha, aproximadamente en la dirección en que él pensó que se hallaba la orilla, vio dos velas, pálidas como lunas. Se obligó a nadar con energía. Nadó hasta que los brazos y las piernas empezaron a arderle y la respiración se convirtió en un jadeo. El cuerpo le pedía que parara, pero él se negaba a parar. Necesitaba alcanzar los barcos con la misma urgencia con que había necesitado alejarse de su nombre. Necesitaba que unas manos extrañas lo sacaran del agua y lo devolvieran a tierra. Mientras nadaba se dio cuenta de que había empezado a tiritar. Lo sorprendió la violencia de aquellos espasmos, que parecían acompañarlo desde hacía un rato, aunque era incapaz de recordar cuándo habían empezado. Las mandíbulas le castañeteaban ruidosamente. Se dijo que tenía que alcanzar los barcos, y nadó con todas las fuerzas de su voluntad hasta que los brazos dejaron de moverse. Nunca le había ocurrido, y creyó que se trataba de algo pasajero. Siempre que había querido, sus brazos se habían movido. Aún podía mover las piernas con vigor, y así lo hizo en espera de que sus brazos se recobraran. No conseguía dejar de temblar. Los brazos colgaban pesadamente en el agua y él seguía moviendo las piernas. Buscó los barcos. No logró verlos. Se le hundió la cabeza en el agua y, por un momento, los brazos recuperaron su movilidad y lo sacaron a la superficie. Buscó los barcos. Ordenó a su cuerpo que nadara y así lo hizo, con movimientos convulsivos y al estilo de una rana. ¿Estaba en un apuro? Tal vez. Tal vez estaba en un apuro. Nadó. Pensó que estaría bien. Estaba cansado. Sin pretenderlo, empezó a soñar. Estaba de pie sobre la hierba. Más allá del campo había montañas, y en las montañas, una ciudad. No iba a la ciudad, pero sabía que estaba allí. Un ave que voló cerca, lo regresó a la realidad. Luchaba por volver. Había algo en el agua, un ser silencioso e inmenso. Las gaviotas se zambullían ligeramente en la superficie en busca de pesca, y Ben pensó que no podía estar en un apuro demasiado serio si por allí había aves. Nadó, pero tiritaba y le dolían los brazos. Vio una de sus manos que flotaba cerca y por un instante creyó que había alguien más nadando junto a él. No, era su propia mano. Se miró la mano. Vio cómo temblaba. Volvió a meterse en un sueño, un sueño en el que lo acunaban como a un bebé. Lo mecían, y él tenía su coche rojo, aquel que había amado tanto, con los asientos color crema y las puertas que se abrían. El sueño terminó, pero una parte de sí mismo quedó atrapada en él. Vio que había un lugar en el sueño. Podía dejar que lo mecieran. Podía coger el coche y hacer rodar las ruedas con los dedos. O podía seguir nadando. Sabía que podía encontrar la capacidad para hacerlo, pero también podía parar, y si paraba estaría ahí, en el silencio, ajeno al tiempo y a su nombre. Lo impresionó como un placer culpable, algo maravilloso y prohibido. Soltó un suspiro voluptuoso. Tenía una canción en la cabeza, algo estúpido que nunca había tenido intención de recordar. Se permitió soñar con meditas de caucho, un ala y un árbol. Todo resplandecía. Se sorprendió al darse cuenta de que no soñaba con personas, sino con ruedas y con un ala. Ante él se abrieron verdes transparencias, un campo

exuberante salpicado de estrellas. Se vio a sí mismo mientras descendía por una oscuridad fría y granulosa, aunque parecía arrastrar con él una luz pálida e irregular. Observaba, fascinado. El agua bajo él parecía oscura, pero cuando llegaba a esa oscuridad descubría que era una claridad débil, como en su habitación, en casa, cuando la luz del pasillo se colaba por debajo de la puerta. Hizo girar con los dedos las ruedas del coche. Miró hacia arriba. La superficie estaba muy lejos por encima de su cabeza, iluminada como un cristal encendido. Era sorprendente lo lejos que estaba. Se dio cuenta de dónde estaba, se dio cuenta de lo que ocurría. Su cuerpo se sacudió con un espasmo de terror y subió hacia la superficie. Estaba cada vez más cerca, le ardían los brazos, las piernas, el pecho. Todo iría bien. La superficie estaba lejos, y no tenía sensación de haberla alcanzado, pero debía de ser así, porque sus pulmones, dolorosamente, se llenaron de aire. Miró a su alrededor en busca de las aves y de los barcos, pero tan solo vio el verde granuloso del agua. Vio la luz suspendida en el agua. Vio las burbujas perfectas como estrellas. Fue entonces cuando se percató de que podía abandonarse y respirar el agua. Podía irse o quedarse. Respiró. El miedo se desvaneció. La frialdad del agua lo penetró en su interior como un alivio helado. Ascendía. Se abandonó, dejó que el agua se hiciera con él. Que lo contuviera.

La corriente arrastró con firme perseverancia el cuerpo de Ben de vuelta a la orilla. Los peces pequeños pacían en su rostro y, de tarde en tarde, uno se le introducía en la boca abierta, merodeaba por allí con las agallas en tensión y volvía a salir rápidamente. A medida que Ben transcurría por el agua, el fondo ascendía y se hacía más ligero, más nítido. Los rayos del sol ya débil jugaban sobre su cuerpo y atrapaban el brillo translúcido de sus ojos. Luego la luz del sol comenzó a apagarse. El cuerpo no alcanzó la playa de Shelter Island hasta después de la puesta del sol, y para entonces la playa estaba vacía. Las olas empujaban el cuerpo contra la arena, lo empujaban y lo retiraban de nuevo y volvían a empujarlo otra vez hasta que al fin, con la marea alta, justo antes de medianoche, una ola lo depositó sobre la arena, se retiró y ya no regresó. El cuerpo quedó en la arena, boca arriba, con un brazo abandonado sobre la cabeza y el otro colocado desgarbadamente sobre el pecho, en una postura retorcida característica de los muertos. Era una noche clara. Se veían las Pléyades y el Cangrejo. El cuerpo permaneció inalterado en la playa durante unas cuantas horas, boca arriba. Estaba resplandeciente, siniestro, invadido por una belleza oscura y desamparada. En el cabello había quedado atrapado un puñado de conchas pequeñas, y una esfera transparente de cristal blanco, alisada como un ópalo por el agua, descansaba en su boca abierta.

1994

Si hubiese llegado a casa más temprano.

Si hubiese visitado a Cassandra más a menudo.

Si hubiese amado como es debido.

Si no hubiese sido tan egoísta.

Si hubiese ido en el barco.

Si no hubiese dicho que no.

Susan pensó en robarlo. Estaba despierta. No se había tomado las píldoras. Estaba tumbada en la cama y pensaba en lo que iba a hacer.

Necesitaba verlo. No había tenido tiempo.

Estaba tumbada en la cama y pensaba dónde estaría él. El embalsamamiento ya habría terminado y todo el mundo se habría ido a casa. Estaría allí, en aquel edificio extraño, rodeado de aquellas sillas verdes de imitación piel y de figuras de porcelana con peluca blanca colocadas en el armario de curiosidades.

Sabía lo que ocurriría al día siguiente. Las donaciones de alimento, el pésame de los amigos. No le quedaría ni un solo segundo para estar a solas con Ben. Aun cuando solicitara intimidad en la sala, se trataría de una intimidad limitada, con los amigos y la familia al otro lado de la puerta, en una espera generosa pero cada vez más impaciente de que ella terminara para así proseguir con lo más inminente. Y allí estaría Todd, para cuidarse de todo. Estaba en la cama, a su lado, y respiraba bajo el efecto de las pastillas para dormir que ella tan solo había fingido tragar. No quería dormir, ahora no. Quería todos y cada uno de los minutos. No le serviría de nada una hora robada en la sala funeraria y Ben allí, silencioso, con su traje azul marino y los relojes de pulsera marcando el tiempo en el pasillo. No le serviría de nada sentarse en una sala en medio de la quietud de las flores, el cambio de las luces coloreadas.

Quería que nadie supiera dónde estaban, ni siquiera Todd. Quería llevárselo a una extensión de hierba y sentarse junto a él mientras su cuerpo fuera todavía su cuerpo, antes de que empezasen los cambios. Quería peinarle el cabello y cantarle al oído —impasible, familiar—, las canciones de la infancia. Si pudiera hacerlo así, estaría preparada para entregarlo al luto, al reino de los muertos. Si pudiera hacerlo así, sería capaz de seguir viva sin dejar de reconocerse.

Abandonó la cama con sigilo. Todd murmuró, en sueños. Para evitar despertarlo, ni siquiera se vistió. Bajó en camión y cogió un abrigo del armario del vestíbulo. Salió al porche y pisó descalza las piedras frías.

Condujo hasta el tanatorio y aparcó en la parte trasera del edificio, en un lugar reservado para los trabajadores. Quitó el contacto y apagó las luces. Se quedó en el coche, sentada, con la mirada fija en la pared de tingladillo, en cuya única ventana florecía un geranio en una maceta. No estaba segura de por qué había ido. Realmente no pretendía irrumpir por la fuerza en el edificio, a pesar de que ese pensamiento ocupaba algún pequeño lugar en su mente. Pero aunque rompiera una ventana y entrara, ¿qué iba a hacer? ¿Iba a buscar el cuerpo de Ben en cada ataúd? ¿Iba a arrastrar el cuerpo hasta el coche? No estaba loca, no tanto como para eso. Sin embargo, necesitaba estar allí. Se imaginó con Ben en brazos, la frigidez sumisa de su cuerpo. Imaginó que le revolvía el cabello con los dedos. Se puso a cantar suavemente, en un susurro. Permaneció sentada en el coche varias horas, con la mirada atenta. A ratos cantaba y a ratos se limitaba a estar sentada, sin más. Poco

antes de la salida del sol arrancó el coche y le dio a las luces, que proyectaron una luminosidad diluida y lunar sobre la pared de tingladillo reluciente del tanatorio. Condujo de vuelta a casa. Colgó el abrigo en el armario, subió en silencio las escaleras y regresó a la cama sin despertar a Todd. Esperó a que sonara el despertador.

La sala se parecía un poco a la casa en la que ella se había criado. Tenía ese aire de normalidad esmerada. Había butacas con un tapizado imitación piel y sofás cuya tela aparentaba algunos bordados. Había mesas ovaladas con la superficie de cristal, lámparas de bronce con pantallas de pliegues rígidos y una chimenea immaculada con tres troncos de abedul en su interior. El ataúd de Ben reposaba como un mueble más, delante de un grupo mudo de sillas metálicas de color bronce con almohadones blancos, sobre una extensión alfombrada en tonos amarillos y tierras.

Susan había insistido en mantener el ataúd cerrado. Ahora se arrepentía. Sentía el deseo de romper el espíritu frágil de la sala, su insistencia amarilla y broncea en el orden. Pensó en pedirle al director que retirara la tapa, pero le preocupaba que el cuerpo de su hijo, su rostro pintado y sus manos inmóviles, se parecieran demasiado a los muebles de la sala. La tapa continuó cerrada. Ella recibía a los visitantes que entraban y solo una o dos veces, durante aquella tarde, pensó hasta qué punto una sala como aquella, todo quietud y limpieza, era la verdadera representación de la pesadumbre. De niños imaginamos lápidas profanadas, una oscuridad cambiante o nubes que se trasladan frente a la luna y creemos rozar los miedos más profundos. Nos equivocamos. El auténtico horror que espera, pensaba ella, son estos sofás de dos cuerpos estampados con telas bordadas en verdes y azules, esos estantes llenos de figuras de porcelana. Esa sala bien cuidada, vacía. Los muertos desaparecían en ella.

Susan hizo su papel de madre en el funeral de su único hijo. No era capaz de escapar del papel, no del todo. No era capaz de no actuar. Había mucha gente que necesitaba de su coraje. Se dijo, mientras el tiempo se escurría delante de ella, que se sentía contenta de tener esos límites. Pensó que probablemente la salvó abrazar a Todd mientras él temblaba ásperamente, atormentado por un dolor que lo obligó a un llanto desconsolado, que la salvó consolar a la madre y a Will y a los padres de Todd, llorar con ellos y abrazarlos de manera tranquilizadora. La salvó ser agradable con Yamal, que se quedó petrificado y desconcertado en un rincón.

—Hola —le dijo ella. Se inclinó ligeramente y le habló con claridad, como si durante aquel silencio él hubiese perdido algo de vista y de oído.

Yamal le sonrió débilmente.

—Estoy contenta de que hayas venido —le dijo.

Él meneó la cabeza.

—¿Quieres algo? —preguntó—. ¿Un vaso de agua?

—No, gracias.

Se enderezó y se apartó de él. Tal vez aquel chico extraño necesitaba que lo dejaran solo. Quizá se le había notado algo en la expresión, por amable que hubiese

sido. Intentaba no pensarlo: Yamal aún estaba vivo. Ese chico, que no era un mal chico pero que no destacaba en ningún sentido, estaba vivo, mientras que su hijo había muerto.

—Allí las sillas son más cómodas —le dijo—, si te apetece sentarte.

—No, gracias.

—De acuerdo. —Y lo dejó solo.

El padre estaba en la primera fila de sillas, con Magda. Había llorado, pero ahora ya no lloraba. Estaba encorvado, con los codos apoyados en las rodillas y las manos sobre la nariz y la boca, como si tuviera miedo de lo que podía oler o decir.

Susan tomó asiento en la silla vacía de su derecha. Saludó a Magda con un ademán de la cabeza, quien le devolvió el gesto con una expresión que igual podía ser de aflicción como de hastío por toda la solemnidad del luto. Susan pensó en pasar un brazo por los hombros del padre, pero vaciló y finalmente dejó las manos entrelazadas sobre el regazo.

—Susie —dijo el padre. Su voz sonaba grave y oscura.

—Dime, papá.

Daba la sensación de ser una anfitriona íntegra. Se mantenía erguida en la silla metálica. El padre respiraba pastosamente a su lado y el hijo estaba frente a ellos, dentro de un ataúd. Advirtió, de pronto, que el ataúd se parecía demasiado al sólido armario de la casa que sus padres habían comprado y amueblado cuando ella tenía trece años. Tenía el mismo lustre castaño. Tenía el mismo bisel curvo alrededor de la tapa. Cuando ella y Todd tuvieron que elegirlo, había ido inmediatamente hacia ese, sin saber muy bien por qué.

—Susie —dijo el padre. La cogió. Le pasó el brazo por los hombros y la acercó hacia sí. A ella le llegó el olor conocido de su colonia, el antiguo almizcle de su piel. Notó cómo la asía. Sabía lo que necesitaba de ella, todo el amor y todo el perdón.

—Quítame las manos de encima —le dijo.

No tenía intención de decir nada. No tenía intención de hablar tan fuerte.

El padre la apretó todavía más contra sí. Notó en los labios el roce de la superficie porosa de su mejilla, y le pareció percibir su sabor, una mezcla de algodón, madurez y vulgaridad, de sexo perfumado.

—Chsss —dijo él—. Ahora no hables.

Ella se libró del abrazo y dijo, todavía más alto:

—Quítame las manos de encima.

Se puso de pie. Una parte de ella actuaba y la otra observaba la actuación. El padre se llevó las manos al pecho, con las palmas hacia afuera, como si se defendiera. Magda miró a Susan con una expresión de piedad más terrible que cualquier acceso de furia.

—Susie —dijo el padre.

—No te quiero por aquí —dijo ella. Oía su propia voz, se daba cuenta de lo alto que sonaba entre los sofás y los estantes llenos de polvo.

—Susan. Cariño. Por favor.

—Fuera —dijo ella—. Ya has presentado tus respetos, ya has visto lo que venías a ver. Ahora vete. No quiero verte, no quiero que me toques.

Notaba el silencio a su alrededor, el horror del impacto. Sin pensarlo, se alisó el cabello con los dedos.

El padre miró al fondo de la sala en busca de ayuda. Magda se puso de pie y caminó hacia Susan. Le dijo:

—Siéntate, querida, no sabes lo que estás diciendo.

Susan retrocedió:

—Sí que lo sé —dijo—. Sé muy bien lo que digo. Magda, quiero que te lo lleves a casa. Quiero que lo saques de aquí. Hazlo y no te pediré nunca nada más.

Sintió una mano en el hombro. Era Billy.

—Ya es suficiente —le dijo al oído.

—No, no lo es —le dijo ella.

—Vamos a dar una vuelta. Déjalo aquí y ven conmigo a dar una vuelta, ¿quieres?

—No —dijo ella—. No puedo irme.

—Volveremos. Vamos, venga.

La cogió de la mano y ella, aunque no tenía intención de hacerlo, lo siguió. Caminaron juntos por el pasillo que había quedado entre las hileras de sillas. Todd se acercó, intentó hablarle. Billy le hizo un ademán para que los dejara.

—Necesitamos estar solos —le dijo—. La traeré de vuelta.

—Susan —dijo Todd.

—Todo va bien —dijo ella—. Quiero irme con Billy.

Salieron del edificio y caminaron por el camino de baldosas hasta la acera. El tanatorio estaba en un barrio de casas ricas y antiguas, en una calle donde se alineaban arbolitos que habían comenzado a amarillear tímidamente. Billy la llevaba de la mano por la acera, en cuyas numerosas grietas asomaban venas color esmeralda de abundante musgo.

Se dio cuenta de que podía estar con el hermano. De que, entre toda la gente, solo podía soportarlo a él. Era capaz de ir de su mano. Podía pasear con él.

—Realmente lo has machacado —dijo Billy.

—No puedo hablar.

—No tienes por qué hacerlo. Lo único que quiero es que pasees conmigo hasta que te sientas lo bastante tranquila como para aguantar la ceremonia, si te ves capaz.

—No estoy segura —dijo ella.

—Espera y verás. Camina un poco y espera a ver qué pasa.

Caminó con el hermano. No tenía nada más que hacer. Lo dejó que la cogiera de la mano y la guiara por la calle, junto a las casas con sus céspedes y sus porches y sus macizos de flores. Al cabo de un rato, dijo:

—No puedo soportar la idea de que esté ahí.

—Lo matarás si lo echas —dijo Billy—. Ya se siente bastante culpable.

—Él nunca se ha sentido culpable de nada en la vida.

—Se siente culpable de esto, créeme.

—Tú qué sabes. No tienes ni idea.

—Era yo el que quería matarlo —dijo—. Tú solías defenderlo.

—Entonces éramos niños.

Caminaron un rato en silencio. Susan se sentía invadida por una especie de frenesí, de rabia desapasionada que no se parecía a nada de lo que había sentido antes. Deseó la ruina de los dueños de aquellas casas acogedoras, de la gente que cuidaba de esos jardines, o de quienes pagaban a otros para que se ocuparan de ellos. Deseaba que se hundieran, que enfermaran, que sufrieran pérdidas irreparables. Tocó el tronco de un árbol y pensó en una crecida rodando por aquella calle inocente, en una pared de lodo revuelto que tirara las puertas de aquellas viviendas y se llevara con él los relojes, los libros y las sillas. Quería acelerar la corriente hacia el tanatorio, arrojarse sobre el ataúd del hijo y montar en él mientras las aguas lo arrastraban hacia el mundo destrozado. Imaginó a los vivos ahogados y a los muertos salir de sus tumbas, un batallón de féretros a toda carrera por delante de las fachadas mudas y destruidas de las casas y las tiendas.

—¿Te sientes un poco mejor? —le preguntó Billy.

—No lo sé. Puede que un poco.

—¿Vas a poder con la ceremonia?

—Supongo.

Dieron media vuelta y emprendieron el regreso al tanatorio. Billy dijo:

—No es más que un anciano. Intenta recordarlo.

Ella dijo:

—¿Recuerdas cómo te pegaba?

—¿Y recuerdas cómo me decías que no sabía lo que hacía?

—Sí.

—Hace mucho tiempo de todo eso —dijo Billy.

—Mucho, ¿verdad?

—Ahora es solo un anciano, y supiera o no lo que hacía cuando éramos niños, está a punto de volverse loco por lo culpable que se siente a causa de lo ocurrido. Quizá podamos echarle una mano, ¿no crees?

—Puede ser.

—También tú te sentirás mejor. Y no quiero que parezca que te estoy dando un consejo ni nada parecido.

—No, ya sé a qué te refieres.

Volvieron al tanatorio, recorrieron el sendero embaldosado, pasaron frente al discreto letrero de hierro con los nombres de los propietarios —dos hermanos—, hecho con letras adornadas con arabescos. Adentro, el vestíbulo y el corredor verde no habían cambiado. Serían siempre iguales. Billy la acompañó a la sala, y cuando entraron hubo una ola de reconocimiento silencioso entre el grupo de asistentes. Ella

se dio cuenta. Se acordó del día de su boda, del momento en que la marcha había empezado y ella había entrado por el pasillo con su vestido y su velo. Todd se acercó de inmediato, igual que su madre.

—¿Te encuentras bien? —preguntó Todd.

Y al mismo tiempo la madre dijo:

—Cariño, ¿qué ha pasado?

—Estoy bien —contestó ella—. Necesitaba un poco de aire.

—Siéntate —dijo Todd—. Aquí.

—No. Estoy bien, de veras.

Los tranquilizó lo mejor que pudo, a pesar de que su auténtico interés estaba puesto en el padre, que esperaba al final del pasillo, junto al ataúd de Ben. Se libró de Billy, de Todd y de la madre y recorrió el pasillo hasta el padre.

—Susie —dijo él. Su rostro aparecía fatigado y expectante, lleno de una esperanza devastada. Llevaba un traje oscuro, se lo veía grave y avergonzado, demacrado bajo su tez bronceada. Nunca había parecido tan viejo.

—Hola, papá —dijo.

—¿Todo bien?

—¿Tú qué crees?

—No lo sé. No sé qué pensar.

Se adelantó hasta él, le cogió firmemente las mandíbulas con las manos. Se dio cuenta del aspecto enajenado y vengativo que debía de tener por el pánico que vio en los ojos del padre.

—Susan —le dijo con un tono suave.

Ella se decidió. Sin soltarle las mandíbulas, colocó su boca sobre la de él. Mantuvo los ojos abiertos. Él intentó zafarse de inmediato, pero ella continuó con la boca pegada a la de él. Y permaneció así, con la vista clavada en sus ojos, hasta que se dio cuenta de que él había comprendido. Entonces prosiguió con aquello un instante más, hasta que estuvo segura de que él sabía que no había perdón.

1994

Tenía las fotografías, pero nunca las miraba. Las tenía. Con eso bastaba.

Tenía la casa y tenía las fotografías. Tenía un terreno con un huerto. Estaba junto al huerto. Observaba las constelaciones que giraban sobre las parras peladas y los fragmentos negros de las hojas. Lucía una luna de invierno.

Ben estaba enterrado. Zoé estaba enterrada. La más joven de sus hijos, la más extraña. La más próxima. Se había arrodillado allí, allí mismo, y había cogido un tomate y creído que estaba limpio. Se había hundido en la tierra con un vestido oscuro de seda.

Había fracasado. No había amado bastante, o había amado demasiado. No lo entendía, no del todo. Podía hacer una lista de sus errores, pero no tenían nada que ver con esto, con la tierra vacía y el cielo lleno de puntos brillantes de hielo.

La casa se erigía tras él. Dentro estaban las fotografías. Pensó que la casa contenía las fotografías. Ahora, esa era su única finalidad. Ese era el motivo por el cual las tablas se sostenían firmemente una sobre otra, las ventanas permanecían cerradas y las cortinas corridas.

No lejos de allí, Mary vivía su vida ordenada. Había querido que a la hija menor la llamaran Joan. Había querido llamarla Barbara.

Había querido para ella seguridad, una belleza corriente, y ahora Constantine se preguntaba: ¿Había soñado Mary con ese huerto de noche, con esa luna gélida? ¿Había creído que Zoé habría vivido con más seguridad bajo otro nombre?

Pronunció sus nombres, sigilosamente, y dirigió su voz hacia el huerto:

—Mary. Susan. Billy. Zoé.

—Constantine.

Se volvió. Era Magda, que estaba allí de pie, pálida y severa como una segunda luna.

—Hola —dijo él.

—Entra —dijo—. Hace frío.

Él se encogió de hombros. Señaló con un gesto de las manos la luna y el huerto helado.

—No te preocupes por eso —le dijo—. Vamos.

—No estoy preparado —dijo—. Aún no.

—No seas ridículo.

—Han salido todas las estrellas. Se ven las Pléyades. —Ella miró hacia arriba con la frente arrugada—. Hace mucho frío —dijo—. Entra en casa.

—Enseguida.

—Ahora.

—¿Ahora?

—Sí, ahora.

Estaba de pie, con los brazos cruzados sobre el pecho.

—Ahora —repitió.

—De acuerdo —contestó él.

—Buen chico —dijo ella.

—Eso es. Buen chico.

—Venga, vamos a meterte en la cama.

—No estoy preparada para irme a la cama.

—Sí lo estás.

—¿Lo estoy?

—Sí.

—De acuerdo.

—¿De acuerdo? —dijo ella.

—Sí —contestó él—. Vamos a meterme en la cama.

—Venga, pues.

—Voy.

Cogió el brazo que ella le ofrecía. Caminó con cautela hacia la oscuridad de la casa, donde estaban las fotografías y donde su cama reposaba en un cuadrado iluminado por la luna.

—Magda —dijo.

—Qué.

—¿Me quieres, cariño?

—Chsss.

—Pero ¿me quieres?

—Calla —le dijo.

La obedeció.

Las olas hinchadas de una marea sorda, oscuras y brillantes rompían con indolencia contra el Battery, acompañadas de un débil sonido de exhalación. Sobre Manhattan lucía un cielo de luz intensa, de un gris mezclado con amarillo aquí, de un verde diluido e irregular allá. En el puerto, la estatua de la Libertad sostenía su libro, mientras gente minúscula se le paseaba por el interior de la cabeza y miraba hacia afuera.

Mary estaba sentada en un banco, con Yamal y Harry, de cara al puerto y a la estatua. Yamal llevaba unos *Walkman* y movía la cabeza al ritmo de la música. A los demás les llegaban los bajos, un ruido sordo estático y continuo.

—Qué bonito es esto —dijo ella—. Nunca había estado en el Battery. Qué raro, ¿verdad? En todos estos años...

—Yo he hecho que Will y Yamal me enseñaran los lugares de interés —le dijo Harry—. Puesto que no soy de Nueva York, puedo romper el tabú de ciertos sitios que se consideran Amigares y turísticos. El fin de semana pasado estuvimos en el Empire State. ¿Verdad, Yamal?

—¿Qué? —Que estuvimos en el Empire State el fin de semana pasado.

—Sí.

Harry no sabía hacer nada más que hablar y actuar. Su vida era una permanente sorpresa y no quería preocuparse. De haberse permitido una duda, se habría amilanado. Se habría lanzado a sus antiguas costumbres: habría dicho no. No quería decir no. Así que no dudó, ni se preocupó. Aceptó el nuevo trabajo en Nueva York, alquiló el apartamento. Insistió en que le hicieran conocer los lugares dignos de interés.

—Aquella es la Ellis Island, ¿verdad? —dijo Mary.

—Sí —dijo Harry—. Así es.

—Constantine no pasó por allí —dijo Mary—. Cuando él llegó a Estados Unidos, la Ellis Island estaba cerrada. Desembarcó en algún muelle del West Side. Nunca he estado segura de dónde fue. Nunca hablamos demasiado sobre su vida antes de llegar a América.

—La han arreglado —dijo Harry.

—Lo sé.

—Ahora es una atracción turística. Te puedes pasear por todas las salas donde examinaban a la gente para ver si era lo bastante saludable para permitirles la entrada con el fin de trabajar como peones por un sueldo que los nativos del país no habrían aceptado. Luego se puede ir a comer al restaurante.

—Algún día me gustaría verla. Ellis Island.

—Podemos ir hoy, si te apetece. Tenemos toda la tarde.

Mary dij.

—¿Tú qué opinas, Yamal? ¿Quieres ir a Ellis Island?

Yamal se encogió de hombros, sin dejar de sacudir rítmicamente los pies. Los miraba como si en cualquier momento esos pies pudieran hacer algo maravilloso e inesperado.

—Quizás Ellis Island sea demasiado insípida —dijo Harry—. Tal vez sería mejor ir de compras al East Village y luego comernos una *pizza*.

—De acuerdo —dijo Yamal.

—Lo malcrías —dijo Mary.

—Lo sé —contestó Harry—. No puedo evitarlo.

Mary se sintió embargada por la emoción, y no dijo nada. Allí estaba, consciente de sí misma, sentada junto a Yamal y a Harry, una mujer de sesenta y tres años, vestida con pantalones, un jersey de algodón y un collar de perlas, regalo de alguien increíble a quien había amado. Quedaba tan poco. La música de Yamal seguía su ritmo y a través de los listones del banco pudo notar su agitación. Observó a las gaviotas que planeaban en el cielo nublado. Vio a Will que volvía con un refresco en vasos de cartón. La acompañaban los cambios continuos de luz y aquellas personas, ese chico que le resultaba tan cercano y tan impenetrable como lo había sido cualquiera de sus hijas. Las bebidas en vasos rojos.

Quedaba tanto.

—Ahí viene Will —dijo Harry.

—Sí.

Mary pensó: puedo amar todo esto. Puedo intentarlo. Puedo intentar amarlo. No tengo alternativa.

—Bueno —dijo Will—. Coca-Cola, Coca-Cola sin azúcar y Coca-Cola sin azúcar.

—Gracias, cariño —dijo Mary.

—Gracias, papá —dijo Harry.

Yamal aceptó su bebida sin decir nada, sin dejar de escuchar la música.

—De nada, Yamal —dijo Will.

Los barcos se balanceaban en el agua. Ráfagas de aire llegaban desde el puerto y agitaban las hojas de los árboles.

Harry dijo:

—Hemos abandonado toda idea de visitar la estatua de la Libertad o Ellis Island. Hemos decidido ir de compras al East Village y luego a comer una *pizza*.

—Lo malcrías —dijo Will.

—Lo sé.

Will se acercó a Yamal y le pasó los dedos por el cabello. Yamal apartó la cabeza con un movimiento que fingía seguir el ritmo.

—Bueno —dijo Will—. ¿Nos vamos al East Village?

—De acuerdo —dijo Yamal.

—Mimado, mimado —murmuró Will.

Yamal se puso de pie, sin dejar de moverse. Llevaba gafas de sol y unos

pantalones tan grandes que Will se preguntó cómo era posible que no se le cayeran. Yamal preguntó:

—¿Qué son esos bloques de ahí?

—Un monumento conmemorativo —le dijo Harry—. De no sé qué guerra.

—¿Vamos a echar un vistazo? —preguntó Will.

—Me da igual —dijo Yamal.

—Vamos —dijo Will—. Ese será nuestro acto educativo y de mejora personal en el día de hoy, ¿de acuerdo?

—Yo creo que es de la Segunda Guerra Mundial —dijo Mary.

—¿Cómo?

—Esas lápidas. Creo que son en recuerdo de los hombres que murieron en la Segunda Guerra Mundial.

—¿Y las mujeres? —preguntó Yamal.

—Bueno, claro. Supongo que también habría mujeres.

Caminaron por la explanada hacia las lápidas. En los árboles temblaban las hojas que la luz grisácea teñía de un verde plateado. Subieron unos cuantos escalones y llegaron a una amplia plaza flanqueada por dos hileras de losas altas del color del cemento, grabadas con miles de nombres. Al final había un águila inmensa de bronce con las pesadas alas abiertas. Caminaron en silencio entre las lápidas. Yamal pasó la mano por una lista de nombres y produjo un rechinamiento. Se movía al ritmo de la música.

Dentro de un año, Constantine estaría tendido en la cama de un hospital, con la vista fija en el cielo blanco del verano que entraba por la ventana, mientras empezaba a morir del último ataque sufrido. Iba a notar la manta blanca sobre los pies y la pluma gris que flotaba más allá del cristal. Magda se sentaría a su lado. No diría nada cuando él susurrara «mamá». Ni contradicciones ni réplicas. Lo dejaría cogerle la mano, y lo escucharía repetir la palabra. Estaría sentada en silencio, esperando.

Poco después de la muerte de Constantine, Susan se separaría de su marido. Encontraría trabajo en el departamento de ventas de una imprenta y con el tiempo acabaría por casarse con uno de los dueños de la compañía, un hombre bastante mayor que ella. El nuevo marido, un viudo con hijos mayores, cogería a los hijos la noche anterior a la boda y les diría, con una voz casi descontrolada por la emoción, que había llegado a creer que su vida no conocería más dichas, nada ajeno a los detalles diarios de la tinta y el papel, hasta que conociera a aquella mujer.

Los hijos le desearían buena suerte, y, en secreto, lo despreciarían por traicionar a la madre muerta. Iba a amar a Susan con una tenacidad tranquila e inagotable y Susan daría a luz, a los cuarenta y nueve años, una niña. Iba a insistir en que se llamara Zoé.

Will, Harry y Yamal seguirían juntos en Nueva York hasta que Yamal partiera para Berkeley, a los dieciocho años. Antes de que Yamal se hiciera mayor, Mary vendería la casa y compraría un apartamento en la ciudad. Lo esperaría allí a la salida de la escuela e intentaría, no siempre con éxito, retenerlo hasta que Will y Harry

volvieran a casa después del trabajo. Después que Yamal se marchara a la universidad, Mary iba a vivir otros veintidós años, en los que la soledad y la satisfacción se repartirían sus días. Conocería, en algunos momentos, una perfecta felicidad hecha de las cosas más sencillas: la sombra de una taza de té en el antepecho de la ventana, el libro que se llevaba al parque cualquier tarde cálida de septiembre.

Will y Harry pasarían juntos, no sin algún que otro problema, el resto de la vida. Will tendría una aventura, sería perdonado, y luego tendría otra. Él y Harry se separarían durante casi todo un año, a los cincuenta, y luego se unirían otra vez. Will asumiría una completa fidelidad, a medida que sus músculos fueran ablandándose y su piel fuera volviéndose más opaca con la edad.

Harry moriría antes, a los setenta y ocho años. Cuando cayera enfermo, Yamal volaría desde California con su esposa e hijo para estar con él. Se quedarían unos cuantos días y luego Will les diría que regresaran a sus vidas, que ya se habían despedido de Harry y que no podían hacer nada más. Will besaría a Yamal, que lloraría. Le diría que había sido un buen hijo, y que Harry sabía que lo quería, que daba lo mismo lo de las visitas. Después de la partida de Yamal con su familia, Will, prácticamente sordo, permanecería sentado junto a Harry unos cuantos días más. Le hablaría en susurros, pondría su mano llena de manchas sobre la mano consumida de Harry. Al final, cuando Harry temblara por culpa de un frío interior que el calor de la habitación no conseguía aplacar, Will se metería con cuidado en la cama junto a él y lo abrazaría con la intención de darle todo el calor que pudiese. Nunca tendría la certeza de que Harry supiera que estaba allí. Le diría con suavidad, al oído, que todo iba bien, que podía marcharse. Que era un buen momento para hacerlo. No habría ninguna señal que le revelara si Harry lo oía o no. Harry iba a vivir doce horas más, y partiría muy avanzada la noche, mientras Will dormía cerca de él, en la otra cama.

Will iba a vivir otros siete años. Yamal volvería para acompañarlo en la agonía. No contrataría a ninguna enfermera. Él mismo le daría de comer, le limpiaría la barbilla, le cambiaría la ropa sucia. Se impacientaría ante la debilidad de Will y llegaría a renegar, para sí mismo, pero haría todo lo necesario. Le daría de comer, lo limpiaría y cuando Will pudiera hablar, le daría conversación. Hablaría con Will de los temores que albergaba respecto a sus hijos. El hijo del primer matrimonio crecía en estado salvaje, no tenía ambiciones. La pequeña, nacida cuando Yamal rozaba ya la edad madura, lo agotaba con sus cambios de humor y la fuerza de su voluntad. Yamal le hablaría de su segunda esposa, a quien amaba con una desesperación que lo hería, lo exaltaba, lo dejaba sin energía. Will asentiría, atento y abstraído a la vez. Pensaría en Yamal, no en los hechos que le relataba de manera nerviosa, en su presencia allí. Pensaría en la existencia de Yamal y en la presencia de Harry, que no se había visto demasiado afectada por la muerte de su cuerpo. Lo visitarían todos los conocidos y vería que sus rasgos, sus miserias, sus defectos, sus virtudes habían desaparecido. Tendría compañía, una satisfacción auténtica. Flotaría un

estremecimiento, como si la habitación misma derramara sus características —la cama, la mesa, el cuadro en la pared— y se disipara en una intensa luz sin nombre, brutal.

En este preciso instante Yamal ejecuta un baile desencajado y solitario entre las lápidas. Cuando tiene la cabeza ocupada por la música no piensa en su madre ni en Cassandra. Ni tampoco en Ben. Se desplaza a algún otro lugar. Will y Harry permanecen juntos, de pie, y leen en silencio los nombres de los extraños. Tratan de concentrarse en la lista porque ninguno de los dos puede imaginar cómo llegará al final de la tarde o al día siguiente. Mary pasa el dedo por los extremos del nombre de un extraño, mira hacia el puerto. Si leyera todos los nombres probablemente reconocería a alguien, él hijo de una amiga de su madre o un chico algo mayor que ella y por quien había suspirado en el instituto. Bebe del vaso que le ha traído el hijo. Toca las perlas que le rodean la garganta.

Will aprieta la mano de Harry. Ha vivido hasta entonces y se siente agradecido. Ha vivido hasta llegar a ser un hombre de cuarenta y dos años, que ama y es amado por otro hombre y que debe actuar, en cierto modo, como padre de un niño de trece años traumatizado y afligido. Y allí están, Harry y él, fingiendo interés por una lista de extraños fallecidos, a punto de pasar unas cuantas horas de tienda en tienda. Will sabe que Yamal desea con todas sus fuerzas unas Nike blancas. Sabe que Mary se las va a comprar. Sabe que, para Yamal, gran parte del sufrimiento palidece ante la vista de unas Nike blancas nuevas. Un nuevo par de zapatillas lo pondrán a salvo. Con el calzado adecuado queda libre de peligro y recorre un trayecto immaculado.

Will lee unos cuantos nombres, en silencio. George E. Swink, Leonard J. Szulc, William E. Talley. Hombres a los que probablemente doblaba en edad, hombres jóvenes caídos del cielo mientras ardían, heridos, ahogados o machacados en una guerra que ya había perdido sus contornos y se había convertido en un hecho histórico. Imagina los nombres de sus propios muertos tallados en la piedra y piensa en comprar las zapatillas para Yamal. Esto es lo que hacemos los vivos, se dice para sí. Realizamos pequeñas actividades y visitamos las lápidas.

Hace señas a la madre, que está de pie entre él y el puerto. Su figura aparece perfilada por la luz.

—Vámonos —dice.

Ella asiente y camina hacia él.

Harry dice:

—Yamal, ¿estás listo?

Yamal menea la cabeza al ritmo de la música. Hace un paso de baile medio al sol medio a la sombra de una de las lápidas.

Will habla.

Yamal observa desde dentro de la música.

—¿Adónde vas?

—Ya te lo he dicho.

—¿Adónde?

—Voy a la bahía. No tardaré mucho.

—¿Qué hay en esa caja?

—Ya te lo he dicho cinco veces.

—¿Qué hay?

—Las cenizas de tus abuelos. ¿Te acuerdas de tu abuelo Will?

—No.

—Fuimos a verlo, bueno, hace más de un año. En esa época eras muy pequeño. Volamos a Nueva York y estuvimos en su casa con él. Era muy viejo.

—Ya lo sé.

—Estas son sus cenizas. Las tuyas y las de Harry. Voy a arrojarlas a la bahía y luego vendré a casa y nos encargaremos juntos del huerto, ¿de acuerdo?

—Quiero ir contigo.

—No puedes venir. Ya te lo he dicho un montón de veces.

—¿Por qué no?

—Porque necesito estar solo.

—¿Por qué?

—Bueno, pues porque yo viví con Harry y con Will hace mucho, muchísimo tiempo.

—Cuando eras pequeño.

—Exacto. De modo que ahora necesito estar solo cuando arroje las cenizas a la bahía. Necesito que te quedes aquí con mamá, y cuando vuelva nos cuidaremos del huerto, ¿de acuerdo?

—Quiero ir.

—No puedes.

—Quiero llevar la caja al coche.

—De acuerdo. ¿Te hará feliz llevar la caja al coche?

—Hace un ruidito.

—¿Cómo?

—Hace un ruido.

—Bueno, claro, si la agitas así. Sé un poco más cuidadoso, ¿eh?

—¿Qué hay dentro?

—Cenizas. Ya te lo he dicho. Solo cenizas.

—Hacen ruido.

—Son cenizas y algunos pedacitos de hueso. No hay de qué tener miedo.

—Yo no tengo miedo.

—Claro, ¿cómo se me ha podido olvidar? Tú no tienes miedo de nada, ¿verdad?

—Las oigo.

AGRADECIMIENTOS

Me gustaría dar las gracias a Joel Conarro, Ken Corbett, Stacey D'Erasmus, Stephen Kory Friedman, Jonathan Galassi, Gail Hochman, y Anne Rumsey, quienes leyeron este libro en sus distintas etapas. De enorme ayuda también fueron Evelyn Burkhalter, Marcelle Clements, Dorian Corey, Anne D'Adesky, Paul Elie, Nick Flynn, William Forlenza, Dennis Geiger, Nick Humy, Adam Moss, Angié Xtravaganza y los miembros de la Casa de Xtravaganza, en particular Daniyy y Hector. La *John Simon Guggenheim Memorial Foundation* aportó su muy apreciado soporte económico, y una mañana inoportunamente fría, en el *Washington Square Park*, Larry Kramer me concedió generosamente el título.



MICHAEL CUNNINGHAM (Cincinnati, Ohio, 1955) se crio en Los Ángeles. Es licenciado por la universidad de Stanford, y sus primeros relatos y novelas tomaron forma en el taller de escritura creativa de la universidad de Iowa. En la actualidad es profesor de escritura en la universidad de Columbia en Nueva York, ciudad donde reside.

Se han traducido al castellano sus novelas *Una casa en el fin del mundo* y *De carne y hueso*, esta última también en Muchnik Editores. Su relato «White Angel» fue seleccionado para la recopilación de *Best American Short Stories*. En 1995 le fue concedido el Whiting Writer's Award. Con *Las horas* ha conseguido el premio Pulitzer y el PEN/Faulkner Award en 1999.